



LA ESPADA DE FUEGO

Javier Negrete

(Nota: Al final del libro va un glosario de términos y un índice de personajes.)

ADVERTENCIA:

SOÑAR ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD Y PARA LA CORDURA
(INCLUSO LAS DE LOS DEMÁS);
AUNQUE PAREZCA CRUEL, HAY QUE RENUNCIAR A LOS SUEÑOS

Si obedece este consejo, el caminante respira aliviado, pues descubre que acaba de coronar una empinada cumbre. Más allá, la senda se desliza en un declive que apenas exige esfuerzo a las piernas, el corazón o la mente. Pero el descanso que ofrece esta nueva forma de viajar acarrea una contrapartida: por largo y sinuoso que sea el camino, el final del trayecto está ya a la vista. Nada hay que oculte la desnuda pared que nos aguarda.

Pues tal es la virtud de los sueños: que apartan nuestra mirada del huesudo rostro de la muerte.

Pero si el caminante es demasiado joven, le será imposible renunciar a sus sueños aunque el mundo se empeñe en robárselos. Por eso, muchas noches, Derguín Gorión, estafado por la vida a sus diecinueve años, aguardaba a que el silencio se adueñara de la casa. Entonces abandonaba el calor del lecho, cruzaba de puntillas las losas del corredor y se deslizaba en la sala de varones. Sus manos palpaban a oscuras el armero familiar, buscaban la empuñadura de la espada y tiraban de ella con cuidado para extraerla de la panoplia.

Cuando sentía el peso del acero en la mano, Derguín tenía la ilusión de que recobraba una mano perdida. Con los dientes apretados, tiraba

de la puerta hacia arriba para que sus goznes no chirriaran, la empujaba con el hombro y salía al patio trasero. No le importaba pisar descalzo la tierra batida aunque escarchara. Allí dejaba caer la túnica de lino y se quedaba desnudo bajo el firmamento: solos él y su espada, la luz de las lunas y el blanco Cinturón de Zenort. Sin más ruido que el silbido de la hoja al rasgar el aire y los golpes de su respiración, Derguín volvía a dibujar los movimientos de esgrima que su padre le había enseñado desde niño. Mientras lanzaba tajos y estocadas al vacío, se imaginaba que estaba cercenando los cuellos de los maestros de Uhdanfiún. Ellos le habían robado la oportunidad de convertirse en un campeón del Tahedo, y tal vez en un héroe.

Aquella noche la luna Rimom señoreaba el cielo y tallaba los perfiles con su luz azul. Cuando Derguín volvió a entrar en la casa agradeció la tibieza que emanaba del hipocausto, pues el sudor empezaba a enfriarse sobre su piel. En las sombras, mientras devolvía la espada a su retiro, advirtió que la hoja desprendía un vago resplandor cerúleo, como si hubiera quedado impregnada del icor de la luna. Besó con reverencia la empuñadura y se despidió del arma.

--¿Otra vez perdiendo el tiempo?

Derguín se volvió, sobresaltado. Tras la cicatera luz de una lámpara de aceite se adivinaba la figura abombada de su hermano Kurastas, vestido con la túnica y un cobertor que se había enrollado alrededor del pecho. Kurastas era diecisiete años mayor que él, padre de tres hijos y jefe de la familia desde que su padre se había retirado.

--Se lo quito al sueño, hermano, no al negocio familiar.

Derguín, segundo hijo varón de Cuiberguín Gorión, no tenía esperanzas de recibir una herencia digna de tal nombre. Su destino era ser asalariado de Kurastas. Éste, que lo sabía bien, percibió el resentimiento de Derguín y mitigó su enojo. Tenía el sueño ligero desde que nació su hija pequeña. Al oír unos pies descalzos había pensado que se trataba de un intruso, o que algún esclavo lascivo había abandonado el ergástulo sin permiso. Le había irritado descubrir que era Derguín, pero ahora se compadeció de su mirada dolida.

--Ese tiempo te lo quitas a ti mismo, Derguín. Es inútil. Esos maestros Ainari nunca te darán una segunda oportunidad. -Kurastas se acercó a Derguín y le revolvió el pelo, aunque su hermano era más alto y atlético que él-. Vete a dormir y sueña con cosas mejores que el filo de una espada.

De vuelta en su alcoba, Derguín se acurrucó bajo la manta y trató de dormir, pero las palabras de su hermano le hurgaban en la herida.
Nunca te darán una segunda oportunidad.

Era la víspera del día 13 de Anfiundanil. Un cruel aniversario. Dos años antes lo habían echado de Uhdanfiún, la escuela de artes marciales de Áinar. Él y su amigo Mikhon Tiq recibieron de propina trece latigazos.

Aquella expulsión infamante le había impedido conseguir el grado de Tahedorán, maestro mayor del arte de la espada, y por no lograrlo jamás podría alcanzar su verdadero sueño:

Conquistar el arma de los dioses, la hoja forjada por el dios herrero Tarimán. Empuñarla para convertirse en héroe, en un personaje tan poderoso y renombrado como emperadores y generales. Convertirse en el Zernalnit, el dueño de la mítica Espada de Fuego.

Pero los sueños, que no siempre son piadosos ni inofensivos, tienen la costumbre de seguir su propio camino y elegir a sus soñantes. Sin que Derguín lo supiera, su destino empezó a cambiar en ese preciso momento. Porque el 13 de Anfiundanil del año 999 fue el día en que murió el actual Zernalnit, y en el que la Espada de Fuego, como tantas veces había sucedido durante los mil años de la historia de Tramórea, quedó sin dueño, libre para que la empuñaran las manos de otro guerrero.

LIBRO I

Sueños de acero

Entre las personas que rodeaban a Hairón, el Zernalnit, sólo hubo dos que no se sorprendieron de su muerte. Una de ellas sólo le sobrevivió unas semanas; la otra disimuló bien lo que sabía el resto de su vida.

Hairón, gobernante de una pequeña república de mercenarios conocida como la Horda Roja, había gozado de una salud de toro durante sus cincuenta y siete años de vida. Pero el 10 de Anfiundanil se levantó del lecho con vértigos, un zumbido en los oídos y una pesadez de plomo detrás de los ojos. Abrió los postigos buscando aire y se asomó a la ventana de su torreón, que dominaba la fortaleza de Mígranz al igual que ésta señoreaba la llanura desde su peñasco solitario. Por el este se avecinaba una masa de nubarrones bajos. El terón, la gran bestia solitaria que anidaba en el pico de la Espuela, se perdió por encima de ellos batiendo sus gigantescas alas. Hairón pensó que su malestar tal vez se debiera a aquel tiempo mohíno y que se le pasaría cuando volviera a asomar el sol.

Lejos de alterar sus planes, celebró un consejo con los diez capitanes de la Horda para deliberar sobre la próxima campaña. Era vital conseguir fondos, pues en la ciudadela los víveres escaseaban ya, las monedas parecían haberse escondido debajo de los ladrillos, los hombres murmuraban y a la mínima excusa utilizaban cráneos ajenos para reventar jarras de cerveza. La misión que se le ofrecía a la Horda era terciar en una disputa tribal entre bárbaros jinetes Trisios, pero cualquier empresa les venía como agua del cielo y todos lo expresaron así salvo Kratos May.

--Yo no lo aconsejaría. Es un viaje de más de treinta leguas - objetó, señalando hacia el centro de la mesa redonda.

Allí se extendía un gran mapa de Tramórea, en el que mares y montañas, ríos y bosques aparecían primorosamente dibujados, y las ciudades se mostraban como miniaturas amuralladas en proporción a su tamaño e importancia. Sin embargo, no era más que una copia reducida de la maqueta creada por el geógrafo Tarondas, que se podía admirar en la biblioteca de Koras.

--Conozco bien esas tierras -prosiguió Kratos, pasándose la mano por el cráneo afeitado-. Cuando llegue el calor, los ríos se secarán, la poca agua que quede en ellos se corromperá y perderemos más hombres por la disentería que por las flechas enemigas.

--¡Perderemos muchos más si no traemos oro a Mígranz cuanto antes! -respondió Aperión, haciendo retemblar la mesa de una palmada-. ¡Si no puedes proponer nada mejor, cierra el pico!

Kratos soltó un bufido y, con un ademán teatral, se arremangó el brazo y acercó la mano derecha a la empuñadura de *Krima*, su espada. Todos vieron el brazalete de oro cruzado por nueve estrías rojas. Kratos era, junto con Hairón, el único Tahedorán del noveno grado que se sentaba a aquella mesa. Nunca presumía de ello...

...excepto si tenía que hacerse valer ante Aperión.

--Reserva ese tono para aquel con quien lo puedas defender - respondió, rechinando los dientes.

Hairón extendió una mano para apaciguar a sus capitanes. Aperión sólo poseía ocho marcas de maestría; pero había conquistado tanto ascendiente entre los hombres de la Horda que Hairón no había tenido más remedio que nombrarlo su primer oficial. Aperión era impetuoso y acostumbraba arrollar a los demás como una carga de caballería, pero bajo sus arrebatos de cólera y sus rugidos se agazapaba un corazón sin alma. Los demás sabían que era el típico hombre al que si se ataca con las manos, contestará con una piedra; si se le ataca con una piedra, desenvainará la espada, y si se desenvaina la espada, usará el veneno, el fuego, la traición o lo que sea menester. Con ese tipo de hombres sólo cabe matarlos, decapitarlos, arrojar el cuerpo a un río y la cabeza a un cenagal y rezar a los dioses para que no regresen del inframundo en busca de venganza.

La discusión entre los oficiales se prolongó como un zumbido de moscas. Por fin, pese a las objeciones de Kratos, decidieron enviar mil hombres a aquella empresa. Cuando llegó el momento de nombrar a los capitanes que los mandarían, Hairón se volvió a su lugarteniente.

--Veo que estás sediento de acción, Aperión. Puesto que has defendido con tanto interés esta campaña, debes dirigirla tú.

Aperión miró a su jefe entrecerrando los ojos, que eran fríos y duros como cuentas de cristal, y se acarició la barba.

--Es un honor que confíes en mí, *tah* Hairón.

--Confío en ti, *tah* Aperión.

--Pero siempre me es doloroso apartarme de tu lado. Seguro que otro capitán, como Kratos...

--Insisto en que confío en ti. Sé que obrarás a la perfección y traerás gloria y oro para nuestra casa común.

A regañadientes, Aperión bajó la mirada. Hairón, que no acostumbraba repetir las órdenes, empezaba a hartarse de que Aperión pusiera a prueba su autoridad. Era un buen momento para alejarlo de Mígranz y convertir a Kratos en su hombre de confianza. Cuando Aperión volviese, tendría que aceptar los hechos consumados. Por muy peligroso que fuese, ay de él si no obedecía de buen grado al Zernalnit.

Durante el día, Hairón creyó mejorar y no le confió sus molestias a nadie. Pero a la mañana siguiente se levantó peor. Al asomarse a la ventana del torreón le pareció que el patio de armas ondulaba como si el empedrado fuera un mar de orugas. El estómago se le vino a la boca y vomitó sobre el *alféizar*. Volvió a la cama tambaleándose contra las paredes y se desplomó.

Nalobas, el médico, examinó los vómitos con gesto crítico, los olisqueó, incluso los cató con el índice como le había enseñado su

maestro, y dictaminó una misteriosa fiebre producida por el enrarecimiento del aire. En verdad, la frente de Hairón ardía, sudaba de pies a cabeza y su cuerpo se estremecía con violentos temblores. Nalobas le mandó reposo y para refrescarlo ordenó a las esclavas que humedecieran paños en agua de la montaña. También le obligó a comer un puré de verduras y pollo deshuesado, por más que el paciente protestó.

--Esto es fácil de digerir y te asentará el estómago.

Por la noche, Hairón no dejó de delirar, y en su duermevela creyó enfrentarse de nuevo con el Rey Gris, el hechicero que gobernaba a los Inhumanos y al que había derrotado gracias a la Espada de Fuego. Nalobas se desvivió por atenderlo hasta el amanecer; al menos, así lo comentaron admirados los sirvientes del torreón.

A la mañana siguiente, Hairón recobró la lucidez, pero la fiebre no remitió. Tenía la lengua hinchada como un trapo viejo. Se bebió media jarra de agua sin tomar aliento, con tal ansiedad que por las comisuras de la boca le chorreaba el líquido que su garganta inflamada se negaba a admitir. Después Nalobas le presentó otro plato de puré.

--No, por Himíe. Apenas puedo tragar. No quiero vomitar otra vez.

--Debes hacer caso a Nalobas -le recomendó Aperión, tieso como un estandarte a los pies de la cama-. Cuando uno está enfermo es como un niño pequeño, y ha de obedecer los consejos de su médico.

Hairón meneó la cabeza, pero tanto insistieron Aperión y Nalobas que se comió la mitad del plato. Después hizo una seña con la cabeza para que lo dejaran solo. Aperión se resistió.

--No te necesito ahora. Sal -repitió Hairón.

Aperión le mantuvo la mirada unos segundos de más. Después, inclinó la cabeza y salió con un bufido. Cuando por fin lo dejaron solo, Hairón hizo llamar a Kratos.

--Aquí estoy, señor.

Hairón se sobresaltó. Sin darse cuenta, había vuelto a caer en el duermevela. Por un momento creyó ver la barba gris de Aperión y sintió enojo y también miedo. Pero la barba se esfumó y en su lugar reconoció el cráneo afeitado y el rostro de ojos rasgados y labios finos de Kratos, y también las tres cicatrices que le habían dejado en el cuello las garras de un corueco. Se sintió seguro. Kratos era un hombre que sostenía la mirada el tiempo necesario, sin hurtar los ojos ni desafiar con ellos, pues no tenía nada que demostrar. Como maestro de la espada, sabía sacar lo mejor de sus discípulos sin desgañitarse a gritos ni darse ínfulas como hacían otros Tahedoranes. Podría ser un magnífico Zernalnit.

--Acércate. No puedo hablar muy alto.

Kratos avanzó un par de pasos, pero se detuvo a cierta distancia de la cama. Hairón se dio cuenta de que, a sabiendas o no, su oficial procuraba no acercarse demasiado. Ya debía de notarse en su rostro la

máscara de la muerte, esa palidez cerosa y translúcida que repugna a quienes aún tienen los dos pies en el reino de los vivos.

--Esto no va bien, Kratos.

--Señor, llevas tan sólo dos días así. No hay por qué alarmarse.

Hairón se miró las manos. En dos días no podían haber cambiado tanto, y sin embargo ya no veía ante él las manos de un guerrero, sino las de un enfermo, sin color ni sustancia, la piel fina y quebradiza como un papiro viejo.

--Abre el arcón.

Todo el mundo sabía cuál era *el* arcón. Se hallaba a la derecha de la cama, en la pared más apartada de la ventana. Tallado en madera nudosa y ennegrecida, apenas llamaba la atención, pero guardaba el objeto más valioso de Tramórea. No tenía cerrojo ni candado. No era necesario.

Kratos levantó la tapa y extrajo del arcón una espada enfundada. Tomándola por la vaina, se la tendió a Hairón con cuidado de no rozar la empuñadura. Hairón tomó la espada y, con veneración, la sacó de la negra vaina. Kratos retrocedió dos pasos. Aunque la ventana estaba cubierta por una pesada cortina de fieltro, la estancia se llenó de luz. La hoja despedía un brillo que a primera vista se antojaba cegador, y sin embargo se la podía mirar de frente sin quedar deslumbrado. En verdad, resultaba difícil fijar la vista en otra cosa. Alrededor de su filo las imágenes rielaban, y el aire se impregnaba de un olor picante y vibraba con un zumbido sordo y distante que se percibía en los huesos del pecho.

Zemal, la Espada de Fuego, era el arma más poderosa que jamás había existido. En muchas ocasiones había luchado para el bien y en otras tantas para el mal; todo dependía del punto de vista de los cronistas que narraran sus hazañas. No había hoja, escudo o armadura que pudiese resistirse a ella, pues uno solo de sus golpes podía rebanar una columna de mármol. Se decía que, cuando rompió el asedio de Ghim, el propio Hairón había ejecutado una maniobra de giro con la que partió por la mitad los cuerpos de ocho Inhumanos que lo rodeaban.

Pero no era ésa la clave de su fuerza. El poder de *Zemal* se fundaba en algo intangible: el prestigio. Cuando un brazo enarbolaba la Espada de Fuego, no había guerrero que no la siguiera al mismísimo infierno.

Hairón sintió cómo la energía del arma cosquilleaba por su brazo. Suspiró. Aquella fuerza que no era suya venía de fuera y no podía regalarle la vida. Yo tenía planes, se dijo. Si hay algo que uno se lleva al otro mundo son planes, miles de ellos.

Hairón reparó en el rostro de Kratos, que ondulaba borroso a ambos lados del filo. Los ojos del capitán delataban su admiración por el arma forjada por Tarimán, pero no brillaban con la húmeda codicia que traicionaba a Aperión. Qué bien estaría *Zemal* en manos de aquel

hombre. Pero, por suerte o por desgracia, la Espada de Fuego tenía su propia voluntad y acabaría eligiendo a su dueño, como siempre había sucedido.

Hairón besó el pomo de la espada, la enfundó y volvió a dársela a Kratos.

--Guárdala. Pronto tendrá otro señor.

Kratos lo miró con un nudo en la garganta. Acababa de ver algo que no debe tener testigos: cómo un hombre se despide de su amante.

A mediodía Hairón volvió a vomitar y esta vez expulsó sangre, unos cajarones negros y hediondos que hicieron menear la cabeza al médico. Mientras el jefe de la Horda se retorció y mordía la manta, Nalobas se reunió con Aperión y los demás capitanes y les comunicó que el mal era más grave de lo que se había imaginado.

--¿Qué tiene? ¿Qué tiene nuestro jefe? -le preguntaron los capitanes, angustiados.

--Sospecho que algún tumor oculto -respondió el médico-. Ese tipo de mal dormita un tiempo y de pronto despierta para devorar las entrañas de su huésped. He visto casos similares, aunque ninguno se manifestó con tanta rapidez como éste.

Por aquel entonces, el rumor se había propagado entre los hombres de la Horda. Por todo Mígranz, aquel nido de águilas tallado en la roca viva, había corrillos, cabezas agachadas, susurros, manos que se elevaban al cielo y ofrecían votos a dioses, espíritus y númenes por la salud de Hairón. Pues los mercenarios de la Horda Roja sabían que sin el Zernalnit ya no serían un ejército tan poderoso, que tal vez incluso dejarían de existir. Nadie garantizaba que la Espada de Fuego volvería a caer en manos de uno de sus capitanes, aunque muchos de ellos fueran maestros mayores. Había muchos más Tahedoranes en los demás reinos de Tramórea; cualquiera de ellos podía estar destinado a conquistar el arma de los dioses.

A media tarde los heraldos informaron de la enfermedad del general. Se convocó a todos los hombres a formar en el patio de armas. Allí, a la puerta del torreón, estaba dispuesto el sitial de Hairón. Incorporado con unos cojines, sujeto al respaldo con correas y sedado con una poción, el jefe de la Horda Roja pasó su última revista. Los siete mil soldados desfilaron ante él, incrédulos. ¿Era aquel hombre pálido y sudoroso, de ojos hundidos, el mismo al que habían visto cabalgar como un mozo tan sólo tres días atrás?

Nunca un silencio tal había reinado en el patio de armas de Mígranz.

La última noche de Hairón fue espantosa. Por más que Nalobas le administraba pócimas calmantes, el jefe de la Horda se retorció agarrándose el estómago y el vientre y se quejaba a gritos de que las entrañas se le estaban pudriendo. Los diez capitanes lo velaron toda la noche, y cuando Hairón expiró con las primeras luces del alba todos respiraron aliviados.

Nalobas se acercó al cadáver para cerrarle los ojos, pero Aperión lo aferró por la muñeca con sus dedos de hierro.

--Déjame a mí.

Y casi con delicadeza le cerró los párpados. Kratos descorrió la cortina y abrió los postigos. Aunque en un pebetero ardían sándalo y madera de cedro, el hedor era tan penetrante como si el cadáver llevara días corrompiéndose al sol.

--¿Qué haremos? -preguntó el más joven de los capitanes.

--¡Yo sé lo que haré ahora! -exclamó otro oficial, Pianmos de Malabashi, y se abalanzó sobre el arcón de la Espada.

--¡Detente, insensato! -le advirtieron los demás.

Pero Pianmos abrió el baúl, empuñó la Espada de Fuego y la blandió sobre su cabeza con un grito de triunfo. Incluso unos minutos después, ninguno de los presentes supo ponerse de acuerdo sobre lo que había ocurrido: un fulgor, un restallido, una llamarada espontánea, acaso un rayo que entró por la ventana. Cuando se destaparon los oídos y volvieron a mirar, Pianmos yacía en el suelo, con las manos y el rostro abrasados, y de su cuerpo subían volutas de humo. *Zemal*, aún envainada, descansaba sobre la alfombra púrpura que rodeaba el lecho.

En ese momento las pesadas jambas de la puerta se abrieron. Todas las miradas se volvieron hacia ella. Había tres hombres en el umbral que traían pegado a sus negros mantos el frío estremecimiento del alba. Los tres parecían uno y el mismo: flacos, las cabezas afeitadas y venosas, las manos apoyadas en báculos que prolongaban sus dedos sarmentosos, los pies descalzos y encallecidos.

--Son los Pinakles... -susurraron entre sí los capitanes.

Aunque nunca los habían visto, todos sabían que eran los sacerdotes encargados de custodiar a *Zemal* a la muerte de sus dueños. Se decía que moraban en algún lugar de Áinar, a más de diez jornadas de camino. ¿Cómo habían podido aparecer allí en el momento justo? ¿Acaso Kartine, la diosa del destino, les había revelado el instante preciso de la muerte de Hairón incluso antes de que enfermara?

--Vemos que alguien ha intentado profanar a *Zemal* -dijo uno de ellos, con voz de esmeril.

--Nadie puede tomar la Espada de Fuego si no es de su sitio legítimo -prosiguió el segundo.

--Y ese sitio legítimo sólo lo revelaremos en el templo de Tarimán, en Koras, el día primero del mes de Kamaldanil -terminó el tercero.

El primero de los Pinakles se arrodilló, cogió la Espada de Fuego por la vaina y la guardó debajo de su manto. Después, los tres Pinakles volvieron la espalda a los capitanes de la Horda Roja y se marcharon por donde habían venido sin que nadie se lo impidiera.

Aperión, Kratos, Ghiem y Siharmas, los cuatro maestros mayores, se miraron. Acababa de quedar abierto un nuevo certamen por la Espada de Fuego. Tan sólo quedaba un mes y medio para el primero de Kamaldanil. ¿Cuál de ellos o de los demás Tahedoranes de Tramórea sería el elegido?

Aquella noche las furias del cielo desataron una tormenta, como si quisieran contribuir con su espectral homenaje a los funerales de Hairón. Al pie del torreón, bajo el aguacero, la guardia de honor velaba junto al ataúd. Cubierto por una tapa de cristal, el jefe de la Horda abrazaba la vieja espada de acero con la que había ganado en su juventud los siete grados de maestría. Sobre él y los hachones encendidos que lo iluminaban se había tendido una carpa de lona. El agua, tozuda, formaba bolsas en ella, y de cuando en cuando alguien golpeaba el dosel con la contera de la lanza para vaciarlas. Bajo los relámpagos, los soldados pasaban ante su caudillo muerto, inclinaban la cabeza en señal de respeto y volvían a retirarse sin saber muy bien qué hacer.

Las tabernas de Mígranz no cerraron hasta el amanecer, y el vino, el hidromiel y la cerveza compitieron con la lluvia. Había dolor, preocupación por el futuro y también curiosidad, y todo aquello excitaba la sed de los hombres. Se recordaban las hazañas del pasado: aquellos que estuvieron más cerca de Hairón o compartieron con él guardias, pernoctadas a la intemperie, o incluso alguna herida, lo recordaban con el orgullo de convertirse en protagonistas por unos segundos. También hacían cabalas sobre el futuro y calculaban si *Zemal* volvería a sus manos. Porque era opinión general que, sin el arma forjada por el dios Tarimán, el porvenir de la Horda no se veía nada claro. «Togul Barok, el Príncipe de Áinar», susurraban muchos, temerosos de que aquel personaje formidable y un poco legendario les arrebatara lo que tanta falta les hacía a ellos para mantener su prestigio.

Pasados los tres días de funerales y juegos en honor del difunto, el cuerpo de Hairón fue incinerado en una pira alimentada por ramas de

encina y fresno y sarmientos de vid. Los huesos aún humeantes fueron guardados en una urna blanca, y ésta enterrada en un túmulo al sur de Mígranz, fuera de los muros, para que la impureza de la muerte no contagiase a los vivos y para que su espíritu, si se empeñaba en seguir en este mundo, no molestara más que a ovejas y pastores.

Al cuarto día tras la muerte de Hairón, Aperión convocó la asamblea de guerreros. Los hombres de la Horda se apiñaron en el gran patio de armas. Los carpinteros habían armado el viejo estrado de madera que se utilizaba para tales menesteres y a su pie los capitanes esperaban con tanta curiosidad como el resto de los hombres. El frío viento del norte hacía ondear la capa púrpura de Aperión, cuya orgullosa barba se veía mutilada por los mechones que se había arrancado sobre el túmulo de Hairón.

--¡Guerreros! -exclamó, y aquella palabra llegó a todos los rincones. Algunos comentaron que su voz era incluso más potente y clara que la del difunto Hairón. Tal vez fuese verdad; pero por si acaso, a aquellos hombres los había repartido él mismo entre la multitud después de pagarles para que pregonaran sus glorias-. ¡Guerreros! -repitió-. ¡No es necesario que os recuerde qué gran hombre, qué gran general, qué gran héroe nos ha dejado! Cualquiera de vosotros podría hablar de esa pérdida con palabras mejores que las mías.

Se levantaron murmullos de aprobación. Aperión, contradiciendo sus propias palabras, se extendió en un largo elogio de las virtudes de Hairón. Pero los capitanes empezaron a cruzar miradas al percatarse de que en ese encomio el propio Aperión ocupaba cada vez un lugar más importante, como si nadie más en el mundo hubiera compartido la tienda de Hairón, sus vigilias y heridas, sus planes y consejos.

--Os estáis preguntando: ¿qué va a ser de nosotros? ¿Seguiremos siendo aquel orgulloso ejército que creó nuestro jefe, o nos dispersaremos convertidos en harapientas bandas de mercenarios para pelear por una mísera escudilla de lentejas?

Se alzaron gritos de «¡No!», y «¡Eso nunca!». Aperión los acalló con la mano y prosiguió.

--¡Necesitamos la Espada de Fuego! ¡Sólo con ella podremos mantener el prestigio que Hairón nos hizo ganar!

--¡Sí, sí, *Zemal*! ¡La Espada de Fuego! -gritó la asamblea.

--¡Pero debemos estar unidos para conseguirla! -Aperión señaló con un gesto dramático a los capitanes, al pie del estrado-. Hay aquí debajo tres grandes maestros que legítimamente pueden aspirar al arma que forjó Tarimán. Pero yo digo: ¿debemos competir entre nosotros, y correr el peligro de que algún otro rival se apodere de *Zemal*, o unir nuestras fuerzas para el bien común de la Horda Roja?

--¡De ninguna manera! ¡Hay que estar unidos! -clamaron los guerreros.

Ghiem, un mestizo de sangre Ainari y Trisia que lucía en su brazalete ocho marcas de maestría, se volvió hacia Kratos y susurró:

--Nos la está jugando. No deberíamos haber dejado que hablara en público.

Kratos se limitó a fruncir las cejas. Aperión no era ningún maestro de la retórica, pero había sabido tomar la iniciativa y ahora manejaba a su antojo las pasiones de la asamblea.

--¡En vuestras manos está, guerreros, decidir cuál de nosotros debe ser el candidato único de la Horda Roja para luchar por la Espada de Fuego! ¡Yo juro, como sin duda hará el resto de mis compañeros, que apoyaré hasta la muerte a aquel que vosotros elijáis y sacrificaré mis propias ambiciones por él! ¡Pero debe ser vuestra voz la que mande!

A nadie le sorprendió escuchar el mandato unánime de la asamblea, un rugido que se elevó como una ola: «¡Aperión, Aperión Zemalnit!». Las miradas se volvieron hacia los capitanes y, entre ellos, a los tres Tahedoranes que podían disputarle la Espada de Fuego a Aperión. Ghiem olisqueó de dónde venía el viento y se sumó a los gritos de la multitud. Siharmas se quedó mirando a su amigo Kratos. Éste ocultó las manos en las mangas y agachó la cabeza. Siharmas lo imitó. El gesto era ambiguo, pero entre los soldados corrió la interpretación de que ambos maestros acataban la decisión de la asamblea de guerreros, aunque no la compartieran. Aquello bastó, por el momento.

Delante del espejo de latón, mientras se pasaba la cuchilla por las sienes, Kratos advirtió que las bolsas de sus párpados se veían más hinchadas que otros días. Llenó el pecho de aire e irguió los hombros, y observó complacido cómo las fibras de sus músculos cabrilleaban inquietas. Aún se sentía lleno de vigor. En la sala de adiestramiento tocaba los petos de los demás cada vez que quería y hacía hincar la rodilla a todos menos a Aperión, porque éste jamás se arriesgaba a medir su acero con él. Pero aquellas bolsas, las arrugas en las comisuras de los ojos y el hombro derecho, que por las mañanas rechinaba como una puerta vieja, le canturreaban al oído una tristona monserga. Tus días de plenitud se agotan como hojas en otoño. Pronto te quedarás pelado como un álamo bajo la lluvia. Y lo cierto era que cuando en el Tahedo pronunciaba la fórmula de la Mirtahitéi, la segunda aceleración, su cuerpo tardaba horas en recobrase del esfuerzo. En cuanto a la tercera... No se atrevería a invocarla a no ser que le fuese la vida en ello.

Tiempo, todo era cuestión de tiempo: tiempo que pasa, tiempo que se desliza, tiempo que no llega a tiempo...

¿Debía dejar pasar su oportunidad de conseguir la Espada de

Fuego? Según la norma ancestral tenía derecho a presentarse ante los Pinakles, pues su antebrazo derecho ostentaba el brazalete de oro con las nueve marcas que lo convertían en uno de los mayores Tahedoranes de Tramórea. Pero Aperión había dejado bien claro que no dejaría salir de Mígranz a ninguno de los tres maestros mayores que le podían disputar la posesión de *Zemal* Antes deberían jurarle en público vasallaje y fidelidad. Ghiem lo había hecho fingiendo entusiasmo. Siharmas se resistía, pero ya le había confesado a Kratos que lo estaban agobiando y que tal vez acabaría por ceder. Todas las miradas estaban fijadas en el propio Kratos. Cuánto tardaría en rendirse y jurar, ésa era la cuestión.

Le llamó la atención un movimiento en el espejo. En él se reflejaba el lecho; Shayre, su concubina, ya estaba despierta y se había sentado con la espalda recostada contra un almohadón y la manta cubriéndole apenas los pechos. Solía protestar por la luz cuando Kratos abría los postigos de las ventanas para afeitarse, pues era de natural indolente y le gustaba dormir hasta bien entrada la mañana. Pero ahora tenía los ojos muy abiertos y lo miraba atenta.

--¿Necesita el guerrero que su humilde sierva le afeite la nuca?

Kratos sonrió. Shayre podía ser cualquier cosa menos humilde, pero le gustaba su ronroneo juguetón.

--Llevo muchos años haciéndolo solo. Prefiero cortarme yo a que me corte nadie más.

--¿Cuándo confiarás en mí?

--Confío a ciegas en ti, mi hermosa dama, pero no tanto en tu pulso.

--Esta noche no has parado de dar vueltas en la cama. ¿Qué te preocupa?

Era típico de Shayre cambiar bruscamente de tema. Kratos se volvió para verla mejor. Le pareció tan deseable como siempre, con el cabello negro y brillante, los ojos de almendra, aquellos labios carnosos que parecían otro rostro dentro de su rostro y todo lo demás que la manta ocultaba. Aún era joven y cuando se despertaba no había bolsas bajo sus párpados, y olía a pan horneado en vez de a leche agria.

--Lo siento si no te he dejado dormir bien.

--Es por Aperión, ¿verdad?

--¿Por qué habría de preocuparme Aperión? Ahora es el jefe de la Horda, como lo fue Hairón y como más tarde lo será otro. Le debo disciplina, pero no la vida. Yo soy un guerrero libre.

--No me gusta cómo me mira.

--¿Qué quieres decir?

Ella se desperezó, estirando los brazos. Después apartó la manta, se levantó tapada tan sólo con su propio cabello, que le caía hasta la cintura, y se acercó a Kratos como si caminara de puntillas sobre un

alambre.

--Ya sabes que sólo soy tuya -le dijo, rodeándole el cuello con los brazos y dándole un beso fugaz. Después se apartó un paso-. Pero ese hombre mira como una fiera. Cuando me clava los ojos, siento que querría destrozarme con los dientes, y es porque estoy contigo. Te odia.

Kratos se volvió para seguir afeitándose. Mientras, Shayre le recorría los hombros con las uñas, jugueteando con la cicatriz que le habían dejado las zarpas del corueco y que le corría desde la oreja hasta el extremo de la clavícula. Volvió a cambiar de tema, como una veleta que en el fondo sabe hacia dónde quiere acabar apuntando.

--¿Sabes lo que se dice por ahí? Nalobas, el médico de Hairón, ha desaparecido.

--No tenía idea.

--Alguien me contó que lo vieron salir por la puerta de Áinar hace dos noches. Llevaba una mula muy cargada y las alforjas tintineaban. Parece que tenía mucha prisa por marcharse de Mígranz.

--¿Qué insinúas? -preguntó Kratos, volviéndose hacia ella.

--Hay quien piensa que el médico tuvo algo que ver con la muerte de Hairón...

--¿Qué ganaría Nalobas con matar a Hairón?

--Él, dinero. La persona que le pagó... Hay alguien que ya ha salido beneficiado.

--No digas ningún nombre.

Shayre volvió a besarle, pero esta vez se demoró más. Kratos volvió a agradecer a los dioses que la cintura de su concubina fuera tan tibia y estrecha, y su boca tan jugosa.

--Kratos -susurró ella, apartándose y mirándolo con aquellas pupilas tan negras y redondas-. Debes huir de Mígranz. Él te odia, y no se detendrá hasta destruirte.

--¿Por qué ha de odiarme?

--Lo sabes muy bien. Eres mejor que él. Aunque le juraras fidelidad y no compitieras con él por la Espada, le bastaría mirarte para recordar que es inferior. Se ha atrevido a matar a Hairón. ¿Crees que dudará en matarte a ti? ¡Huye!

Kratos sonrió con tristeza.

--¿Y dejarte aquí? ¿Te buscarás otro capitán que te haga hermosos regalos?

Ella le clavó las uñas en la espalda.

--Debes tratarme como a una mujer decente...

--¿Desde cuándo lo has sido, mi princesa?

--Desde que estoy contigo ningún otro hombre me ha puesto un dedo encima.

--Perdóname, yo...

--¡Chsss! Voy a pedirte una cosa.

--Lo que tú quieras.

--Quiero que me lleves contigo.

--No sabes lo que dices.

Ella le tapó la boca.

--No me he vuelto loca. -Sonrió zalamera-. Eres un gran guerrero y no tardarás en encontrar otro señor a quien servir. Volverás a ganar oro y a ofrecerme hermosos regalos... Tendré paciencia.

No era el momento para decir nada más. Kratos la tomó por la cintura, dispuesto a echársela al hombro, llevarla hasta la cama y dejar que sus cuerpos terminaran de despertar juntos. Pero entonces el gesto de la joven se congeló y sus párpados se quedaron muy abiertos.

--¿Qué te pasa, Shayre?

Algo chapoteó a su espalda. Kratos se volvió. En la jofaina, el agua se estaba levantando en ondas, y éstas se picaban y rielaban en otras menores, hasta que una tempestad en miniatura agitó la palangana. Aquel diminuto oleaje tomó forma y esculpió un rostro humano que abrió la boca para hablarle.

Kratos retrocedió espantado. Pero una voz que sonaba a burbujas de cristal reventando en el aire le habló.

«No temas, Kratos. Soy Yatom...»

Kratos asomó la cabeza sobre la jofaina y reconoció aquel rostro moldeado en agua. Era Yatom, el anciano brujo que lo había salvado del corueco.

--Te reconozco, maese Yatom -respondió, sin acercarse demasiado-. ¿Qué quieres de mí?

«Debes ir a la Pezuña del Jabalí, en la aldea de Banta, y adiestrar a un joven guerrero.»

--Pero no sé si podré salir de Mígranz...

«Es preciso. El destino de los reinos depende ahora de nosotros.

¿Lo harás?»

--Te juré obediencia. ¿Para qué he de adiestrarlo?

«Para que se convierta en el próximo Zemalnit.»

El corazón de Kratos dio un vuelco. Lo que le pedía el brujo era enfrentarse a la ira de Aperión por los intereses de un desconocido.

--¿Cuál es el nombre de ese guerrero?

«Gorión. Derguín Gorión. Me queda poco tiempo. Debes tratar con mi hermano Linar. Adiós, Kratos.»

La voz se apagó al tiempo que el rostro de Yatom se disolvía en las últimas ondas del agua. A su espalda, Kratos oyó un gemido. Se volvió justo a tiempo de recoger a Shayre antes de que se desplomara. La llevó a la cama en brazos, pero el deseo por su cuerpo desnudo lo había abandonado. Aquel prodigio lo había asustado, como todo lo relativo a los magos; pero lo que le atemorizaba de verdad era lo que debía hacer a continuación. Pronuncié un voto y no tengo más remedio que

cumplirlo, se dijo. Pero ¿qué era lo que le ceñía la garganta? ¿Tan sólo la aprensión, o el frío de la hoja de acero que podía esperarle?

AQUI EMPIEZA EL BOSQUE DE COROCÍN
QUIEN SALGA DEL CAMINO PARA ENTRAR EN ÉL
LO HARÁ POR SU CUENTA Y RIESGO.
NO CULPÉIS A LOS DIOSES
DE VUESTROS ERRORES

Ante el cartel astillado, el joven mercader que viaja por primera vez al norte siguiendo la Ruta de la Seda se rasca la cabeza y pregunta al veterano por qué la calzada, en vez de penetrar en el bosque, se desvía hacia el oeste para atravesar la estepa. Su pregunta no carece de razón, pues tras cruzar junto al desierto de Guiños y sufrir durante días las tormentas de polvo y los rayos de un sol descarnado, las oscuras frondas de Corocín prometen una deliciosa frescura.

--¡No lo permitan los dioses! -responde el veterano, poniendo los ojos en blanco.

Y entre susurros enumera los horrores que esconde el bosque: lobos salvajes, serpientes bípedas, basiliscos, cornigrifos, brujas sanguinarias, ninfas que seducen a los hombres para ahogarlos en las charcas y, sobre todo, las enormes criaturas antropófagas conocidas como coruecos.

--Pero ¿siguen existiendo los coruecos? -pregunta el novato, incrédulo, pues cree que aquellas criaturas de los cuentos de su infancia ya están extinguidas.

--¿Por qué crees que el bosque se llama así?

Corocín. El bosque de los coruecos. Un lugar lleno de tesoros para quienes quieran y sepan apreciarlos, pero peligroso para los caminantes que no conozcan sus sendas, y a menudo letal.

Cuando Shirta, la luna verde, abandonó el firmamento, la luz de su hermana Taniar tiñó de sangre el claro en el que el joven Mikhon Tiq se había detenido a descansar. El corazón le palpitaba como un tambor; poco a poco se había apoderado de él un extraño miedo. Su fuente no era otra que el propio bosque, de cuyos peligros le había advertido el maestro Yatom.

--Pero aunque sea peligroso, es imprescindible que entres en él para encontrar a mi hermano Linar. Él hará que mi syfron crezca en ti, te ayudará en tu misión y, llegado el momento, te despertará a la Hermosa Luz.

--Maestro, pero tú no puedes...

--Todos podemos morir. Hasta a los antiguos dioses les llega su día. Cuando yo muera debes estar listo para recibir mi syfron, pues de lo contrario la energía que encierra se escapará sin control y todo lo que haya en una legua a la redonda desaparecerá de la faz de la tierra.

Mikhon Tiq apoyó la delgada barbilla en el bastón de viaje y respiró hondo. Los sonidos de la noche (ulular de buhos, cuchicheo de ramas agitadas por el viento, chillidos de alimañas cuyo nombre no quería conocer), el aroma dulzón y húmedo de la hojarasca en descomposición, la luz carmesí de la luna: todo entretejía un velo fantasmagórico tras el que el bosque se antojaba un lugar irreal. Había que precaverse contra esa engañosa impresión, pues Corocín era tan material y tangible como los peligros que albergaba. Ante ellos, Mikhon Tiq ya no contaba con la protección de los hechizos de Yatom, pues su mentor había muerto antes del amanecer, en la espectral frontera que separa la noche del alba. Mikhon Tiq había oído que a esa hora, cuando el negro del firmamento se tiñe de gris, es cuando más almas abandonan este mundo, despedidas por los aullidos de los perros vagabundos.

Pero no era así, se corrigió. Ni el alma de Yatom ni su sede mística, su syfron, habían partido. Justo antes de exhalar su último suspiro, el brujo le había agarrado de las manos. En ese instante, Mikhon Tiq sintió que un oscuro pozo se abría a sus pies. Con un grito, se precipitó en el abismo. Cayó durante una eternidad, rodeado por una pared circular que cabrilleaba con destellos y colores palpitantes. Su propio grito quedó perdido muy arriba, lejos de él. En algún momento la caída terminó y el joven se encontró en una llanura que no se distinguía del cielo. Ante sus ojos brotó una construcción imposible. Era un castillo edificado con grandes sillares de piedra gris recubierta de líquen, que se levantaba por sí solo desde sus cimientos como un monstruoso árbol de roca. Las paredes se alzaron, hilera tras hilera de sólida mampostería, y de ellas empezaron a surgir torreones, almenas, contrafuertes, poternas, baluartes, arbotantes, atrevidos pináculos que desafiaban al cielo. Cuando el castillo dejó de crecer, los mil ojos de sus ventanas se quedaron mirando a Mikhon Tiq con un resplandor rojizo. Era una obra majestuosa, casi perfecta, aunque aquí y allá quedaban pequeños vacíos, líneas que se perdían, grietas minúsculas.

«Nada queda acabado jamás, Mikhon Tiq -le susurró la voz de

Yatom-. Recibe mi syfrón y sírvete de ella para construir tu futuro.»

Después resonó un acorde tan bajo que los huesos de su pecho se estremecieron. Mikhon Tiq creyó sentir que su carne se convertía en arena esparcida por el viento. Los espacios de su ser se abrieron, se dilataron como una esponja a punto de romperse; y cuando más permeable e indefenso se sentía, una presencia ajena penetró en él. Aquella intrusión, dolorosa y a la vez sedante, duró una infinitesimal fracción de segundo, y tras ella no quedó nada.

Y ahora sabía que casi todo lo que había sido Yatom, sus recuerdos, sus proyectos, su poder, estaba encerrado dentro de él, en un minúsculo rincón de su mente que no era capaz de localizar, pero que vibraba como si dentro de su cabeza palpitara un diminuto corazón. Para abrir el túnel por el que podría entrar a ese lugar secreto debía encontrar a Linar el Tuerto, compañero de Yatom en la orden del Kalagor.

Ignoraba dónde vivía Linar. Yatom le había hablado del «corazón de Corocín», un término muy vago para una espesura de leguas y leguas. Pero, antes de expirar, el Kalagorinor le había clavado una aguja de pino en el dorso de la mano. Cuando se apartaba de la dirección correcta, la aguja se removía bajo su piel, produciéndole una dolorosa comezón que no cesaba hasta que regresaba al camino acertado.

Estaba agotado, pero no se atrevía a dormir. De niño, en su lejana ciudad de Malirie, le habían contado historias de terror sobre el bosque. Ahora tenía diecinueve años, había recibido formación militar en Uhdanfiún y se suponía que era un hombre seguro de sí mismo y dispuesto a enfrentarse a sus temores. Pero a media mañana se había encontrado con un grupo de cinco hombres que merodeaban entre los árboles buscando las preciadas setas rojas de Corocín.

--¿Qué haces aquí, muchacho? ¿Es que has perdido la cabeza?

Cuando Mikhon Tiq les explicó que buscaba a un anciano llamado Linar, le contestaron que sí, que habían oído hablar de él: el viejo tuerto, el brujo, el loco del bosque. Dudaban de que aún siguiera vivo. Uno de ellos, un hombretón con una espesa barba que se le mezclaba con la pelambre del pecho, añadió:

--Mira esto. -Le enseñó su lanza, que tenía un asta de madera de fresno de metro y medio y una moharra de hierro forjado de más de dos palmos-. Cada uno de nosotros lleva una. Si aparece un corueco, trataremos de clavárselas en la tripa, que es el único lugar de su cuerpo donde se le puede herir. Pues aun así, aunque le hinquemos cinco hierros en el cuerpo, el corueco puede matarnos a todos. Quédate con nosotros y vuelve por la tarde a nuestra aldea.

Mikhon Tiq les respondió sin dudar: seguiría solo.

--Por lo menos haznos caso: si te viene olor a sangre, ¡corre por tu vida! -le dijeron antes de irse, y como lo vieron tan flaco, le dieron de

propina, además del consejo, media hogaza de pan y una gruesa salchicha de cerdo.

Cuando se despidió de aquellos hombres, se sintió orgulloso de su propio valor. Ahora, de noche, cercado por la lúgubre presencia del bosque, ese valor se había ido esfumando al tiempo que las siluetas de los árboles se desdibujaban en el crepúsculo.

--Ojalá nunca hubiera seguido a Yatom -se repetía, por el alivio de oír su propia voz-. Ahora estaría en casa de mis padres, viendo el reflejo de Taniar en el océano...

Se perdió por un instante en la ensoñación. Malirie, su ciudad, era uno de los lugares más hermosos de Tramórea, y allí la vida era fácil y cálida. Ahora, sin embargo, estaba aterido. A través de la capa, la corteza del olmo, húmeda y rugosa, se clavaba en su espalda. No se atrevía a encender una lumbre porque, según se decía, las llamas, lejos de asustar a los coruecos, los atraían. Era mejor seguir moviéndose. Se puso en pie y giró sobre los talones, hasta que la aguja de pino dejó de escarbar bajo su piel. Tanteó con el bastón delante de sí y se puso de nuevo en camino.

Más tarde, en algún momento, advirtió que el cabello de la nuca se le había erizado, y al cabo de unos segundos se dio cuenta de cuál era la razón: allí había alguien.

O algo.

Se agazapó tras el tronco de un roble. Pero ignoraba de dónde provenía la amenaza. Tal vez el peligro se ocultara justo a su espalda. Se giró, asustado de su propia idea, y blandió el bastón. El corazón se le había desbocado y estaba resollando como un fuelle. A buen seguro, cualquier criatura que se hallase a menos de quinientos pasos podía oírlo. Recordó su adiestramiento militar, clavó una rodilla en el suelo y permaneció inmóvil.

Debéis ser vosotros quienes acechéis, les decía su instructor de supervivencia. Si pensáis que sois la presa, entonces os convertiréis en la presa, y estaréis perdidos.

No había elegido un buen lugar para detenerse. Se hallaba en una hondonada cubierta de helechos y rodeada de maleza, donde no podría ver a un atacante hasta que fuese demasiado tarde. Y si lo veía, y era un corueco, ¿qué podía hacer? Mejor no pensar en ello. Se concentró y poco a poco logró aquietar sus pulsaciones.

Cuando se incorporaba, dispuesto a seguir, descubrió un nuevo olor, fétido y metálico, como el de las fauces de una gran bestia carnívora. Recordó el consejo de los buscadores de setas: si te viene olor a sangre, ¡corre! Se levantó y huyó de aquel hedor. Huyó sin

rumbo, sin plan, buscando tan sólo un sendero abierto entre la vegetación que sembraba de trampas su camino. Tropezó con una raíz aérea y cayó de bruces sobre una tierra húmeda y fría. Fue entonces cuando oyó un bramido, a medias grito humano y a medias rugido de fiera. Venía de su espalda; su instinto le había hecho huir en la dirección correcta. Se incorporó y volvió a correr. Las ramas azotaban su rostro. Algo punzante le hirió en la ceja. Su propia sangre le goteó cálida junto al ojo. Otro bramido, más furioso y cercano que el anterior; se decía que a los coruecos los excitaba el olor de las heridas. ¿Era un corueco? Por el estrépito que levantaba en su carrera, aquella criatura era tan pesada como un jabalí, tal vez como un oso.

La espesura se abrió sin previo aviso y Mikhon Tiq se encontró con un talud que bajaba hacia un riachuelo. El suelo era resbaladizo; perdió pie y cayó rodando. Se golpeó en el codo derecho con un canto y se pilló los dedos entre el bastón y una piedra, y el agua estaba helada, pero apenas reparó en ello. Trató de levantarse y volvió a resbalar. Se giró hacia la orilla, donde una forma grande y oscura acababa de surgir de entre los árboles. A la luz roja de Taniar, Mikhon Tiq distinguió el enorme y abombado tórax, los brazos largos, las piernas cortas y musculosas, la cresta de hueso que coronaba la cabeza y, sobre todo, los ojos amarillos como dos malignas luciérnagas.

La criatura bajó hacia el arroyo, apoyándose en sus largos brazos. Mikhon Tiq miró a los lados, incapaz de decidir si debía huir corriente abajo o corriente arriba. La mirada fosforescente del corueco lo tenía hipnotizado. Se había convertido en una presa.

El corueco metió un pie en el agua. Estaba a menos de dos metros de Mikhon Tiq, tan cerca que su aliento sanguinolento le revolvía el estómago. Por fin, el joven reaccionó y, con las fuerzas que sacó de su miedo, descargó el bastón contra la cabeza del corueco. La bestia se cubrió con el brazo a una velocidad impensable en una criatura tan grande. El bastón topó con hueso, y Mikhon Tiq sintió como si hubiera golpeado contra un mojón de granito. Todo el daño proyectado en aquel golpe lo recibió él en sus muñecas y sus dedos, que se abrieron sin fuerzas y dejaron caer el bastón.

Cerró los ojos, agachó la cabeza y esperó a la oscuridad final. Pero el golpe no llegaba.

El corueco gorgoteó. Mikhon Tiq aventuró una mirada. La bestia había retrocedido un paso y tenía los ojos amarillos fijos en algo nuevo. Una luz azulada se reflejaba en las escamas de su tórax. Mikhon Tiq se volvió. A unos pasos, suspendida sobre la superficie del riachuelo, flotaba una figura envuelta en un aura luminosa. Era un hombre alto, vestido con una larga capa sobre la que caía una trenza blanca. Sus pies descalzos estaban posados sobre el agua, pero no se hundían en ella, como si fuera una visión fantasmagórica, un fuego fatuo de escala

humana. El corueco gruñó, frustrado, y agitó los brazos en una bravata, pero no se atrevió a dar un paso más. Poco a poco, Mikhon Tiq retrocedió hacia el centro de la corriente, apartándose de la bestia.

--Tranquilo -dijo una voz pausada y suave-. Ya no tienes nada que temer de esa criatura.

Mikhon Tiq se volvió de nuevo hacia la espectral figura, y en aquel momento sintió una punzada en la mano. Cuando se miró, tenía en el dorso una pequeña herida que apenas sangraba. La aguja de pino había salido por sí sola.

--Esta noche el corueco habrá de buscarse otra presa.

Mikhon Tiq miró hacia la orilla. La bestia había subido por ella y ya se internaba en la espesura. Su fetidez aún persistía cuando desapareció de la vista.

Mikhon Tiq se volvió de nuevo hacia el extraño. Su fulgor fantasmal había desaparecido y ya no flotaba sobre el agua. Aún así, hundido hasta las rodillas, le sacaba a Mikhon Tiq casi una cabeza. A la luz de Taniar sus rasgos se adivinaban agudos y largos, como cincelados en la roca de una cueva. Tenía el ojo derecho tapado por un parche oscuro y llevaba un bastón alrededor del cual se enroscaba una serpiente tallada.

--Te debo la vida.

--Ese es un privilegio propio de tus padres, y no me gustaría arrebatárselo -contestó el extraño, y se volvió dispuesto a alejarse.

--¿Adonde vas?

El hombre se volvió a medias y señaló a un punto indeterminado con su caduceo.

--Hacia allí. Lo mismo que tú.

--¿Cómo sabes adonde voy yo?

--Si eres una persona inteligente me seguirás.

Mikhon Tiq consideró aquello una invitación y echó a andar detrás de su salvador.

--¿Puedo preguntarte tu nombre? -aventuró.

--¿Puedes?

--¿Te llamas Linar?

El hombre se paró en seco y miró a Mikhon Tiq. Su ojo parecía brillar en la oscuridad.

--¿Cómo sabes mi nombre? Nadie lo ha pronunciado desde hace mucho tiempo.

--Me lo dijo un hombre al que tú conocías -se explicó Mikhon Tiq, satisfecho por haber despertado el interés del extraño-. Yatom.

El llamado Linar le clavó su único ojo. El muchacho se sintió intimidado, pero no apartó la vista.

--Eso debes explicármelo -dijo el mago-. Pero no antes de que lleguemos a mi morada.

Mientras caminaba detrás de Linar, Mikhon Tiq se dio cuenta de lo

fatigado que estaba. Ahora que todo miedo había desaparecido, su cuerpo quería relajarse y dejarse caer en el suelo, pero aún no había llegado el momento de hacerlo. Aguantad un poco más, les dijo a sus piernas, y pronto descansaréis. Aunque la presencia del mago lo intimidaba, algo muy hondo le decía que podía confiar en él y que ya no había nada que temer.

Llegaron a un camino que se abría nítido entre la espesura. Linar apresuró el paso sin mirar atrás. Daba trancos tan largos que Mikhon Tiq se veía obligado a breves carreras para no quedar rezagado. A la izquierda se abría un prado, del que venía una fragancia intensa y empalagosa, mientras que a la derecha del sendero se alzaba un muro de árboles apiñados como soldados de infantería. Cuando llegaron a lo alto de una loma, Linar señaló con el dedo. Allí se levantaba un extraño árbol. Bajo la luz púrpura, Mikhon Tiq advirtió que lo formaban cuatro troncos fundidos en uno solo.

Cuando llegaron ante el árbol, lo que parecía una oscura hendidura se abrió ante ellos en una puerta natural. Linar agachó la cabeza para pasar y Mikhon Tiq lo siguió. El interior se iluminó para recibirlos. La luz provenía de unas líneas finas y tortuosas que recubrían las paredes interiores y que se habían iluminado con un resplandor amarillo.

--Es la propia savia del árbol -explicó Linar-. Bienvenido a mi casa, joven amigo. Toma asiento y descansa, pues falta te hará.

Mikhon Tiq se sentó en un escaño natural que formaba la pared interior del árbol y, con un suspiro de alivio, apoyó la espalda en ella. Se hallaba en una estancia pequeña, cálida y seca, de forma irregular. A derecha e izquierda se abrían sendas grietas a modo de puertas. Linar desapareció por una de ellas sin decir nada. Mientras esperaba a que volviera, un tibio sopor se apoderó de Mikhon Tiq. Intentó mantener los ojos abiertos, pues el calor era tan dulce y la fatiga de sus miembros tan placentera que se sentía adormilado.

Las reglas de la hospitalidad son universales. Antes de interrogar al viajero hay que dejar que repose, que se limpie los pies del polvo del camino, que sacie su hambre y su sed. Si no se respetaran, Tramórea sería un lugar aún más salvaje. Hacía muchos años que Linar no recibía a ningún huésped, pero no había olvidado aquellas normas. Pese a su curiosidad por saber quién era aquel joven moreno y delgado al que había salvado de las garras del corueco, le preparó una cena a base de pan, queso, caldo caliente y agua asperjada con savia del Gran Viejo, el árbol milenario que le servía de hogar.

Al ver la bandeja de madera con la comida, el muchacho se espabiló. Linar se preparó café, uno de los escasos lujos que recibía del

mundo exterior, se sentó en el suelo frente a su visitante y se lo tomó en una taza de barro.

--Te agradezco tu hospitalidad, maese Linar. Ojalá el calor de tu hogar se mantenga por siempre.

--Come. Te vendrá bien.

El muchacho no tardó en dar buena cuenta de todo. Después, dejó la bandeja a un lado y abrió la capa de camino que lo cubría. Bajo el manto pardusco vestía una túnica Ritiona hasta la rodilla y se cubría las piernas con unas calzas de lana al estilo norteño. Pero lo que no revelaban aquellas ropas híbridas lo delataban la tez morena y el acento cantarín, propios de un Ritión de las Islas. Tenía unos rasgos delicados, casi femeninos. Sus ojos eran grandes, oscuros y húmedos; ojos hambrientos, y no era sólo hambre de comida, sino algo más, una carencia esencial, insaciable, como la que él mismo...

¿Acaso fui joven alguna vez?

--Conoces a Yatom. Quiero que me expliques más. Pero primero, mi temerario huésped, dime quién eres.

--Me llamo Mikhon Tiq. Soy de Malirie.

--Hermoso lugar -respondió Linar, con sinceridad, pues Malirie era llamada la Perla del Mar por la belleza de sus rocas blancas y la transparencia de sus playas.

--El mejor del mundo.

Su padre, explicó el joven, era un tratante de púrpura que lo había enviado a Uhdanfiún para que siguiera la carrera de las armas y diera honor a la familia. Mikhon Tiq estudió allí unos años, hasta que abandonó. El motivo, fuera el que fuese, lo pasó por alto. Al regresar a Malirie, trabajó para su padre y en un viaje conoció a Yatom, a bordo de un navío mercante.

--Siempre fue inquieto y viajero, el viejo Yatom -asintió Linar-. Sigue.

Yatom debió ver en Mikhon Tiq algo; el caso es que decidió adoptarlo como discípulo. Linar enarcó la ceja: tomar aprendices era algo insólito en un Kalagorinor.

--Yatom sabía que le quedaba poco tiempo, y no quería que su syfrón se perdiera -explicó Mikhon Tiq.

Linar adelantó el rostro y clavó la mirada en su huésped.

--¿Qué le ha pasado a Yatom?

--Ha muerto, maese Linar.

Sólo su extremado control impidió que a Linar se le escapara un gemido. Los Kalagorinor no son eternos; pero para aquellos cuyo corazón no late, las décadas pasan como los años para los humanos. Yatom era apenas más anciano que él. Aún debía de quedarle mucho tiempo.

Linar apoyó la mano en la frente del muchacho. Fue una leve

invasión, apenas una visita fugaz a su mente. Dentro de aquel pequeño receptáculo que era la cabeza de Mikhon Tiq se ocultaba otra presencia, un lugar enorme desdoblado en dimensiones ajenas al mundo normal. Aquel pequeño cosmos sólo podía ser la syfrón de Yatom. Por fortuna, el muchacho la había recibido antes de que el mago muriera: si no, la syfrón se habría colapsado sobre sí misma en un cataclismo que habría destruido buena parte del bosque y tal vez al propio Linar.

El muchacho lo miraba con ojos desenfocados. Linar recordó que había pasado una dura prueba aquella noche y se compadeció de él. Antes de apartar la mano de su frente, le infundió a través de la piel la tibieza del sueño. Mikhon Tiq parpadeó un par de veces, y luego su respiración se hizo más profunda y su cuello se venció a un lado.

Linar se levantó y empezó a pasear a largas zancadas que en cuatro o cinco pasos lo llevaban de uno a otro extremo de la estancia. En los últimos días había notado una inquietud creciente, como si se fraguara una tormenta colosal, de escala telúrica. Tal vez había presentido la muerte de Yatom; o acaso sólo era la primera señal de males mayores.

--Soy un eco...

Esta vez Linar dio un respingo. Se volvió hacia Mikhon Tiq. El joven seguía durmiendo, pero sus labios se movían y de ellos brotaban palabras graves y despaciosas, arrancadas del hondo aliento de su sueño.

--Cuando me oigas estaré muerto, hermano...

Linar se acercó al muchacho y se inclinó sobre él. Tenía los ojos cerrados y las pupilas se le movían bajo los párpados. La voz que salía de su boca sonaba con el timbre juvenil de Mikhon Tiq, pero la cadencia, el acento y las palabras eran de Yatom.

--Hace tiempo que la enfermedad me devora. Pese a mi poder, el mal ha diseminado sus semillas por mi cuerpo y soy una barca que hace aguas por mil vías. Debes acoger a Mikhon Tiq para que cuando llegue el momento puedas despertarlo a la Hermosa Luz y evitar que mi alma se pierda.

»Recurso a ti porque veo signos de tiempos difíciles como no vivíamos desde hace cientos de años. No confío en que los demás miembros de la Mesa acepten mis palabras. Atiende bien, Linar...

Linar se sentó frente a Mikhon Tiq y escuchó aquel mensaje de ultratumba. Según su hermano, un temor antes desconocido se extendía por Tramórea. Los caminos se habían vuelto más peligrosos, los mercaderes se reunían en caravanas más nutridas por miedo a los asaltantes; incluso la Ruta de la Seda, que había sido segura durante décadas, ya no lo era. Se hablaba de rituales atroces en los que se sacrificaban seres humanos a deidades oscuras y sanguinarias, como en tiempos remotos y más crueles.

Linar sacudió la cabeza. Vaguedades, amenazas confusas, aprensiones de un viejo agorero que siempre había creído en tramas ocultas. Pero la voz del durmiente seguía desgranando augurios.

--En el remoto sur ha surgido un caudillo religioso al que llaman el Enviado. Sus seguidores no aceptan más que a su propio dios; arrasan los templos de los demás, derriban sus imágenes y empalan a sus sacerdotes. No dudan en sacrificar su propia vida, la de sus mujeres y sus hijos en nombre de él. Con los demás hombres, a los que llaman infieles, no tienen piedad. Se cuenta que cuando tomaron la ciudad de Marabha excavaron una gran zanja y en ella quemaron vivos a sus diez mil habitantes.

Linar se estremeció. Nunca había tenido noticia de ninguna religión similar. Hasta entonces, todas habían convivido en promiscua paz. Los Yúgaroi, los grandes dioses que habitaban el Bardaliut, no parecían sentir celos de las mil tribus de démones, genios, númenes y demás criaturas divinas y semidivinas que pululaban por Tramórea.

Pero Linar sabía que, en realidad, los grandes dioses eran enemigos de los hombres. El peor y más terrible de ellos dormitaba encerrado en una cárcel de piedra desde hacía mil años. Pero su poder era tal que, incluso dormido, los efluvios de sus sueños escapaban por las grietas de la roca y se convertían en las pesadillas y los males del mundo. ¿Era aquel Enviado una visión del letargo del dios loco? ¿O la señal del momento inevitable en que el rey de las sombras debía despertar?

--Cuando los seguidores del profeta tomen la capital de los Australes y se apoderen del trono -prosiguió la voz- volverán sus ojos hacia los demás reinos. Se avecina una nueva guerra contra los hombres del sur.

Después de los presagios oscuros, el mensaje de Yatom le habló de sí mismo y de cómo sus inquietudes lo habían impulsado a hacer un largo viaje que acabó llevándolo a las Tierras Antiguas.

--No conseguí llegar a Zenorta. Si antes el viaje era difícil, ahora resulta imposible. El camino estaba cortado por un inmenso pantano, una especie de mar de lodo en el que no crecía nada vivo. No encontré ningún sendero para atravesarlo, así que envié un mensaje a nuestro hermano Kalitres...

Linar asintió, aunque su gesto no tenía espectadores. Kalitres era un mago de Zenorta, la ciudad más antigua del mundo. No habían recibido noticias de él desde hacía más de tres siglos, cuando dejó de asistir a las raras reuniones de Trápedsa.

--No sé si aún está vivo -prosiguió el eco de Yatom-. La ciénaga ponía una barrera a mi visión, así que no pude averiguar si la ciudad seguía existiendo o el pantano la había sepultado. Sólo logré despertar a una criatura espantosa del cenagal, una babosa de lodo, informe y repulsiva y tan gigantesca que apenas se puede concebir. Verla bastaba

para enloquecer. No sólo no pude destruirla, sino que desde la lucha que sostuve con ella mi poder empezó a declinar, como si la fuerza de aquel ser hubiera alimentado el mal que corroía mis entrañas.

Linar se levantó y se sirvió más café. El eco de Yatomi le habló de Áinar y de su emperador, Mihir Barok. Había recortado el poder de los señores de la guerra; pero aunque la presa de su mano era cada vez más férrea, en los últimos tiempos gobernaba desde lo más recóndito de su palacio, oculto a la vista de todos.

--Muchos sospechan que se esconde por miedo a su propio hijo. Es comprensible que lo tema, porque él es, de todas, la peor amenaza. Togul Barok lleva el signo de los Yúgaroi. Aunque está inscrito como hijo del emperador y de su segunda mujer, por Áinar corren muchas historias distintas. Los más belicosos creen que es un elegido de los dioses, y que ha de traer al imperio el esplendor de los tiempos de Minos Iyar. El príncipe no sólo es ambicioso, sino también un Tahedorán invencible. Sin duda aprovechará la admiración de su pueblo para conducirlo a la guerra.

»Mi tiempo se acaba, Linar. El Enviado en el sur, Togul Barok en el norte, desunión, miedo y odio en todas partes... Llega el año Mil y se avecina una conflagración como el mundo no había vuelto a presenciar desde la guerra entre los hombres y los dioses.

»Adiós, Linar. Si dudas, mira por los ojos de mi joven discípulo...

Linar aguardó un rato, pero de los labios de Mikhon Tiq no volvió a salir ninguna palabra más. Apuró el café, paseó de nuevo por la estancia, y por fin se inclinó sobre el joven y lo despertó apretándole el hombro.

--¿Eh? ¿Qué... ?

--No te muevas.

La vista de Linar se agudizó como una gigantesca lupa y penetró en las pupilas de Mikhon Tiq. Allí, en el fondo de su retina, entre las rojas venas que la regaban de sangre, había una imagen, un fresco impreso a escala minúscula. Se trataba de un hombre joven, que por la altura y las proporciones parecía la estatua de un héroe. Pero en su rostro imperturbable se advertía un rasgo anormal: dos ojos inhumanos de pupilas dobles.

Dos pupilas en cada ojo. Linar se estremeció. *Lleva el signo de los Yúgaroi*. Los grandes dioses, aquellos a los que los Kalagorinor aguardaban y temían.

«Somos los que esperan a los dioses», se recordó Linar. Tal vez era cierto que el año Mil tenía un significado, que se acercaba el momento de la ordalía final.

Linar contempló por última vez la imagen grabada en la retina de Mikhon Tiq, y después le posó la mano sobre el ojo.

--Maese Linar, ¿qué estás... ?

--Chsss... Tu ojo vuelve a estar limpio. La imagen que en él había ya ha cumplido su misión.

Linar se puso en pie y de nuevo paseó por la estrecha estancia que le brindaba el árbol. Después se volvió hacia su huésped.

--¿A qué has venido? ¿Tienes algún propósito, o sólo has llegado para inquietar mi espíritu, como ese mensaje incompleto que me ha dejado mi hermano muerto?

Mikhon Tiq frunció las cejas.

--No sé de qué me hablas, maese Linar.

El Kalagorinor le resumió las palabras que había pronunciado en sueños. Mikhon Tiq escuchó con atención. No parecía demasiado sorprendido.

--Me ha formulado más preguntas que respuestas -concluyó Linar-. Lo que más me preocupa es ese príncipe de Áinar. Los seres de pupilas dobles no habían caminado entre los humanos desde antes que nació el Kalagorinor.

--Yatom también temía a Togul Barok, maese Linar.

--Pero si esos peligros que Yatom presiente llegan a ser reales, aún está la Espada de Fuego. Hairón es un hombre sensato y...

--Hairón ha muerto.

El ojo del brujo se clavó en el muchacho como una brasa.

--¿Qué has dicho?

--Hace dos semanas. La noticia ha corrido por todas partes: la Espada de Fuego no tiene dueño. Los Pinakles han convocado dentro de veinticinco días a los guerreros que han de competir por ella. Entre los maestros aspirantes estará Togul Barok. -Mikhon Tiq hablaba sin tomar aire, como si temiera que Linar aprovechara cualquier pausa para quitarle la palabra-. Yatom estaba convencido de que debíamos... de que debes impedir que consiga la Espada de Fuego. El príncipe es ya muy poderoso por su naturaleza y su nacimiento. Si se convierte en el Zemalnit...

--No debemos intervenir en el certamen de la Espada. Si Togul Barok es el mejor, ha de ser él quien la posea.

--Sin duda es lo que ocurrirá si no hacemos nada.

--¿Hacemos, joven candidato a convertirte en mi aprendiz? -preguntó Linar, enarcando la ceja.

--Perdón por mi presunción, maese Linar. -Mikhon Tiq agachó la mirada, pero la humildad del gesto estaba ausente de su voz-. Conozco a Togul Barok. Cuando yo estudiaba en la academia de artes marciales, él se convirtió en Tahedorán. Ya entonces superaba a todos sus maestros. Ese hombre es invencible. Tratar de detenerlo es ponerse en el camino de una galerna.

Linar se sentó en el sucio y cruzó las piernas.

--Sospecho que Yatom pensó en algo antes de enviarte a mí.

Mikhon Tiq tragó saliva y miró a los lados. Sin duda, temía que lo que iba a decir sería difícil de aceptar.

--Él creía que conviene un aspirante joven, alguien que pueda ser el Zemalnit por largos años en estos tiempos inciertos. Y ese alguien debe unir a...

--¿Existe un *alguien* o sólo expresas un loable deseo?

Mikhon Tiq volvió a carraspear.

--Maese Linar, conozco al candidato adecuado. Cuando le hablé a Yatom de él, no le pareció mal.

--Te escucho.

--Su nombre es Derguín. Derguín Gorión.

Linar entrecerró el ojo. Gorión no le era un apellido desconocido, pero no dijo nada.

--Derguín y yo fuimos compañeros en Uhdanfiún -explicó Mikhon Tiq-, aunque él tampoco recibió la insignia de oficial.

--Supongo, sin embargo, que es un Tahedorán consagrado...

Otro carraspeo.

--Es Ibtahán, pero ya posee seis de las siete marcas necesarias para examinarse de maestría y poder participar en el certamen.

--Luego le falta la séptima...

--... pero la habría obtenido si no nos hubiesen expulsado de Uhdanfiún. ¡Estaba más sobrado que nadie para ello! En la academia se comentaba que era un natural, y que talentos como el suyo no aparecen más que cada cien años. Si no hubiese sido Ritión...

--Por mucho talento que posea, no es un Tahedorán y no podrá participar en el certamen. Eso no tiene remedio.

--¡Lo tiene, maese Linar! Yatom ya lo había previsto. Dentro de dos días debemos reunirnos con un maestro mayor que pondrá a punto a Derguín para que consiga la marca de maestría.

Linar se acarició la barbilla.

--Mmmm... Un maestro mayor. No dejan de aparecer nuevos personajes en esta obra. ¿Hay alguna sorpresa más?

--Si las vuelve a haber, no se deberán a mí, maese Linar.

--¿Quién es ese maestro?

--Kratos May. Un Tahedorán con nueve marcas.

--Ah. Un maestro con nueve marcas que podría conseguir la Espada de Fuego ayudará a entrenar a un posible rival. Un altruismo sorprendente...

Linar sorbió el resto de café que le había quedado en la jarra. Estaba tibio.

--... aunque sin duda nos ha de tocar vivir tiempos sorprendentes. Descansa, Mikhon Tiq. Mañana volverás a viajar.

El rostro del joven se iluminó.

--¿Ayudaremos a Derguín?

--De momento, en honor a Yatom saldré del bosque y comprobaré por mí mismo si el mundo se ha convertido en un lugar tan siniestro como él creía. También quiero conocer a Derguín Gorión y a Kratos May. No te prometo más. Nunca hago promesas; más bien las exijo.

En lo más alto de la copa del Gran Viejo se levantaba una plataforma natural. Desde ella, Linar levantó la vista hacia el cielo, pero aquella noche las estrellas brillaban ajenas a los sucesos del mundo y se negaban a ofrecer presagios. La incertidumbre le hizo sucumbir a una tentación que hacía mucho tiempo que no le vencía, y se alzó apenas el parche del ojo derecho. Un doloroso fogonazo se coló por la ranura. Linar se encorvó y volvió a cubrirse, arrepentido. En una fracción de segundo le había asaltado la visión de espantosas llamaradas y columnas de humo, y una extensión de cenizas moribundas arrastradas por un viento gélido.

Lo que había visto podía suceder o no, se dijo, mientras un espantoso dolor se extendía por sus sienes; pero no volvería a quitarse el parche.

Ahora estaba convencido de que debía regresar al mundo de los hombres. Desde las ramas del Gran Viejo se despidió de Corocín. El espíritu del bosque lo había admitido en su comunión y le había permitido mantener la cordura en la soledad absoluta de un Kalagorinor. Conocía sus sendas y colinas, sus manantiales y sus árboles, los cubiles de los coruecos y las húmedas moradas de las ondinas y las Niryiin, y aun así le quedaban suficientes secretos por desvelar como para ocupar siglos de contemplación. A todo ello debería decir adiós.

Linar apartó un velo de hojas y descubrió un extraño teclado, cuyas clavijas nacían de la propia madera del árbol. Por última vez el brujo tocó el órgano del bosque, la música de Corocín.

Dicen algunos poetas que los sueños los envían los dioses desde el Bardaliut. Dos formas tienen de hacerlo: o bien los sueltan en los bordes de su reino celestial, y por sí solos caen como frutas maduras sobre las cabezas de los

hombres; o bien, cuando se trata de sueños que han de recibir los personajes importantes, como reyes, brujos, generales o videntes, los propios dioses bajan desde las cumbres etéreas y los susurran al oído de los mortales para que no se les escape nada de lo que aparezca en ellos, sean visiones o palabras.

Pero Barjalión y otros han escrito que los sueños poseen su propio reino, una isla que flota a la deriva en el Mar de la Vida. A esta isla ningún marino ha podido llegar, pues cuando un barco intenta acercarse a ella, se aleja en el horizonte como una visión borrosa. La isla está sembrada de vastos campos de amapolas y adormideras, y en su centro se levanta una ciudad cerrada por muros de mica y cristal. Dos puertas se abren en estas murallas. Una, la más grande, es de marfil, y por ella brota el gran tropel de los sueños engañosos. Por la otra, más estrecha, de batientes de cuerno tallado, salen los sueños veraces, que son los menos frecuentes y los más preciosos.

Fliantro, *Sobre la adivinación y el porvenir*, II 3 3

Derguín despertó acurrucado, con las rodillas doloridas de frío. Sin embargo, seguía arropado por la manta de lana y la ventana estaba cerrada. Nada se oía en la casa, salvo el silbido del viento en el exterior. Ni siquiera se escuchaba el familiar ronquido de su hermano Kurastas al otro lado del patio. Un extraño impulso le hizo levantarse y abrir los postigos para atisbar las sombras. Rimom ya estaba alta, y su luz azul se mezclaba con la de Taniar para bañar de violeta el camino que bajaba hacia la muralla. Aún no había amanecido, pero tenía miedo de volver a su yacija. Cerró los ojos y trató de recordar qué había soñado, pues a menudo los ensueños son responsables de temores que parecen irracionales.

A su conjuro se materializó una imagen. Al igual que en las pesadillas de su niñez, caminaba por el sendero que conducía hacia el bosque de los pinos aguja. Desde hacía dos años, en aquel sueño recurrente aparecía un elemento nuevo: ahora, en medio del camino, se topaba con una mísera aldea de campesinos que en realidad no pertenecía a Zirna, sino a otro lugar muy lejano, en tierras de Áinar. Un hombre salía de una cabaña y lo llamaba a gritos, rogándole que le ayudara, pues cuatro guerreros estaban violando a su hija pequeña. Lo extraño del caso era que aquel campesino no debería gritar, ya que no tenía cabeza, y si no la tenía era porque él mismo lo había decapitado. A pesar de ello, Derguín trató de desenvainar su espada y corrió hacia la cabaña, con el afán de expiar su culpa. Pero la hoja parecía fundida en una sola pieza con la vaina, y para colmo se había levantado un ventarrón que lo dejaba clavado en el sitio.

El campesino manoteaba sin dejar de llamarle, pero ya sus gritos eran en vano, pues la pesadilla volvía a su vieja naturaleza, la que había atribulado a Derguín desde niño. La noche cayó de repente y las tres lunas, Taniar, Shirta y Rimom, se aparecieron en el cénit dibujando un

triángulo imposible. El vendaval arreciaba tanto que a Derguín le costaba seguir pegado al suelo. Sus pies se levantaban por sí solos en saltos cada vez mayores que lo alejaban de la aldea y del propio camino, hacia el este. Pasó junto a una comitiva de encapuchados con antorchas y largas túnicas blancas, y les gritó para que alguno lo agarrase, pero nadie quiso escucharlo. Por fin, un fortísimo soplo lo arrebató sobre las copas de los árboles, agitando los brazos en un grito desmadejado.

Viajó por alturas cada vez más frías y enrarecidas. Sin transición alguna, se encontró en una planicie desolada y azotada por una gélida ventisca que soplaba del norte, desde una sierra que parecía una dentadura de carbón. No había nada más en el mundo: sólo aquella cordillera pelada, la llanura muerta, él y el viento hostil. Se sentía desnudo y expuesto, pese a que no había nadie para verlo. No tenía dónde esconderse.

Caminó hacia aquellas montañas que lo aterrorizaban sin saber por qué. El vello de la nuca se le erizó, avisándole de que en las alturas crecía una presencia gigantesca. No quiso levantar la mirada, pues sabía lo que encontraría. Clavó la vista en el suelo, pero el viento tiró de su barbilla y le hizo mirar arriba. En el cielo, las tres lunas se habían unido para formar un ojo que lo dominaba todo. Cuando vio a Derguín, se estrechó y destiló su ponzoñosa luz sobre la tierra. Todo el calor huyó del mundo. Derguín cayó de rodillas ante aquel cruel dios, ante aquel poder supremo e innombrable que le prometía una eternidad de frío y desnudez.

Abrió los ojos, sobresaltado. El recuerdo había sido tan vivido como si lo hubiera vuelto a soñar. Pero no podía ser; era imposible que se hubiese vuelto a dormir allí, de pie junto a la ventana. Tenía tanto miedo que ni siquiera parpadeaba: temía que si cerraba los ojos las tres pupilas de su pesadilla se materializaran en el cielo, o que el familiar paisaje de Zirna se convirtiera en aquel erial barrido por el viento.

Derguín no creía demasiado en los presagios, pero el sueño le advertía de la existencia de un helado poder entre las estrellas, algo de lo que no hablaban los mitos de los dioses tramoreanos.

El cielo empezaba a agrisarse. Durante unos minutos, Derguín siguió inmóvil junto a los postigos, con la mirada perdida en las huidizas sombras del exterior. Entregado a lúgubres pensamientos, no reparó en cuándo había empezado, pero al cabo de unos minutos tuvo conciencia de una música que venía de muy lejos, tan lejos como se hallan el Bardaliut o la isla de los sueños. No pudo distinguir la melodía; tan sólo era para él una vaga armonía, arrastrada por el viento del nordeste. La música de Corocín, se dijo. Había oído hablar de ella a su padre, siendo muy niño. Ahora, extasiado por ella, abandonó todo temor y perdió la noción del tiempo. Para cuando la música llegó a su fin con un apagado

tronar, ya había amanecido.

Así tuvo Derguín Gorión noticia de Linar por vez primera, aun antes de conocerlo.

En el torreón principal de Mígranz, bajo los aposentos que habían sido de Hairón y que ahora ocupaba el soberbio Aperión, se hallaba la sala del consejo de la Horda Roja. Aquella estancia tenía forma de círculo truncado por dos de sus lados, pues ocupaba toda la planta de la torre, salvo los huecos de las escaleras. Sillares de granito gris surcados por vetas rosadas formaban las paredes. En ellas colgaban tres largos tapices, despojos de otras tantas campañas triunfales. En la parte sur se abría un gran ventanal en forma de arco carpanel, cubierto por una vidriera que representaba en siete colores el momento en que el propio Hairón recibía la Espada de Fuego de manos de Tarimán, el dios herrero. En uno de los lados truncados, en el extremo opuesto a la ventana, se abría una puerta de dos batientes. Quien entraba por ella podía ver, a la izquierda de la vidriera, una mesa redonda decorada con el mapa de Tramórea. A la derecha se abría otra puerta, más pequeña, que daba acceso a la escalera de caracol que subía a los aposentos del general de la Horda.

Muchas veces había acudido Kratos a la sala del consejo, pero cuando aquella mañana entró por última vez comprendió que la situación había cambiado y que los nuevos aires de Mígranz no soplaban a su favor. Aperión le esperaba sentado en el sitial. Nueve capitanes rodeaban la mesa. Algunos de ellos eran antiguos oficiales de Hairón, y otros, esbirros de Aperión recién ascendidos. De aquellos hombres, cuatro poseían el grado de Ibtahán y dos eran simples Iniciados. El único Tahedorán, aparte del propio Aperión, era Ghiem, que pronto había decantado su lealtad por el nuevo general.

Al reparar en que su amigo Siharmas no estaba en aquella reunión, a Kratos se le encogió el estómago. Había otro motivo para la inquietud: quince soldados armados con picas se alineaban a lo largo de la pared. Llevaban las carrilleras de los yelmos bajadas en una extraña muestra de hostilidad. Cuando Hairón presidía los consejos no había guardias en aquella sala.

Kratos dio tres pasos y se detuvo. A su espalda, la gruesa aldaba de bronce que unía las jambas rechinó al deslizarse sobre sus argollas. Acababa de meterse en la trampa. Tan sólo Aperión estaba sentado. Los demás capitanes seguían de pie, alrededor de la mesa, pues las sillas que solían ocupar habían sido retiradas de la sala.

Aperión no se levantó. Tenía las palmas de las manos apoyadas en la mesa y hacía un esfuerzo visible por no moverlas. Kratos olfateó el peligro; en aquella sala se mezclaban los olores del temor, la tensión y el odio.

Sobre la mesa había una caja redonda, de madera. Algunos de los capitanes le dirigían de reojo miradas nerviosas. Kratos se preguntó qué amenaza guardaría.

--Te he hecho venir para arreglar las cosas entre nosotros, *tah* Kratos -le dijo Aperión con voz engolada.

--No sabía que se hubieran estropeado, *tah* Aperión. Eres el jefe de la Horda por aclamación de la asamblea, y yo acato sus decisiones.

El tono contenido de Kratos hizo estallar a Aperión, cuya paciencia era tan delgada como el hielo de un charco bajo el sol de mediodía.

--¡Son *mis* decisiones las que tienes que acatar ahora, y no las de la asamblea! ¡No voy a consentir que me ningunees!

Los capitanes cruzaban miradas inquietas y recelosas, con una pizca de remordimiento. Todos ellos habían criticado a Aperión en el pasado. Al principio lo hacían a voz en cuello mientras bebían cerveza en las tabernas. Después, cuando Aperión empezó a medrar, las censuras se volvieron cada vez más crípticas y menos severas, y al final todos habían cambiado de bando.

--¡Quiero que ahora mismo te arrodilles delante de mí y me jures pleitesía, como hiciste con Hairón!

Kratos separó las piernas y se cruzó de brazos. Pero, por debajo del codo izquierdo, los dedos de su mano derecha tabalearon sobre la empuñadura de su espada *Krima*.

--¿Por qué quieres que lo haga? Acato la decisión de la asamblea y te acepto como general de la Horda. Es más que suficiente.

Aperión se levantó del sitio y dio un puñetazo en la mesa.

--¡Acatar! ¡Acepta! ¿Quién te crees que eres, *tah* Kratos, para utilizar esas palabras, como si me estuvieras perdonando la vida?

¡Dime! ¿Quién demonios te crees que eres?

Kratos pensó en morderse la lengua, pero ésta fue más rápida.

--Soy el único Tahedorán de esta sala que tiene nueve marcas de maestría. Incluyéndote a ti.

Entre los oficiales corrió un murmullo de consternación. Los soldados no decían nada; parecían armaduras decorando el vestíbulo de un viejo castillo. Aperión rodeó la mesa y se plantó con los brazos en jarras delante de la vidriera, orlado por su luz multicolor.

--¡Al fin lo dijiste! ¡El humilde Kratos, el discreto Kratos, por fin ha hablado! El maestro entre los maestros, el dios entre los mortales... ¡Arrodíllate ante tu general y jura vasallaje, al igual que han hecho todos los demás!

Kratos entrecerró los ojos y respiró hondo. Recorrió con la mirada el grupo de capitanes que rodeaban la mesa y calculó en qué orden tendría que enfrentarse a ellos si se veía obligado a luchar. Aperión malinterpretó su gesto.

--Estás buscando a Siharmas, ¿verdad? ¡Traedlo!

Un lancero abrió la puerta que daba a la escalera de caracol. Otros dos soldados entraron en la sala; llevaban a Siharmas a rastras, sosteniéndolo por debajo de las axilas. Al llegar al centro de la estancia, lo soltaron, y el capitán se desplomó como un guiñapo. Kratos se arrodilló junto a él para levantarlo del suelo. Siharmas quiso agarrarse a él, pero no pudo. Los muñones cauterizados de sus muñecas mutiladas resbalaron en vano tratando de aferrarse a los hombros de Kratos.

--¿Qué te han hecho?

Siharmas le miró con ojos vidriosos y abrió la boca para hablar, pero de ella sólo brotó un balbuceo ininteligible. Horrorizado, Kratos comprendió que le habían cortado la lengua. Los soldados volvieron a levantar a Siharmas y se lo llevaron fuera. Kratos se quedó allí, con la rodilla derecha en el suelo, la mirada baja y el corazón encogido. Después levantó los ojos y recorrió la sala. Los soldados le apuntaban con las picas. Los capitanes se habían apartado de la mesa y ahora cubrían con sus cuerpos a Aperión. Aún no habían desenvainado las espadas, pero sus manos se apoyaban ya sobre las empuñaduras.

--No hace falta que te levantes, Kratos -dijo Aperión-. Tal como estás, puedes jurar.

--Córtame la lengua si quieres. Con lengua o sin ella, no pienso hacerlo.

Kratos no se molestó en levantarse. De rodillas como estaba podía desenvainar a *Krima*, adelantarse un paso y lanzar una Yagartéi en una fracción de segundo. Pero sin duda los demás lo sabían, pues no había nadie al alcance de su espada. Para llegar hasta el capitán más cercano, Hreug, tendría que ganar casi dos metros.

Si pronunciaba la fórmula de Protahitéi, la primera aceleración, podría llegar hasta la fila de capitanes que protegía a Aperión antes de que los lanceros reaccionaran. Sin embargo, entre los oficiales había cuatro hombres familiarizados con aquella técnica, así que para tener ventaja sobre ellos tendría que recurrir a la segunda aceleración, Mirtahitéi. Sólo Ghiem y el propio Aperión la conocían, y eran peores espadachines que él, pero...

Pero eran diez espadas y quince lanzas contra él solo. Por más tajos y estocadas que parara, por más brazos y cuellos que cercenase,

al final algún hierro se clavaría en su espalda.

Jura, le sugirió una vocecilla. Jura y olvídale todo.

Entonces Aperión, creyendo exhibir el triunfo definitivo, cometió un error. Uno de los soldados que habían traído a Siharmas recogió la caja redonda que había sobre la mesa, la depositó en el suelo delante de Kratos y se retiró un paso.

--Ábrela, Kratos -dijo Aperión-. Es el presente que te hace tu señor a cambio de tu fidelidad.

Kratos negó con la cabeza. Ignoraba qué nueva locura habría planeado Aperión (¿una cobra, un escorpión gigante?), pero no tenía intención de averiguarlo.

--¡Ábrela tú! -le ordenó Aperión al soldado.

El lancero abrió el broche que cerraba la tapa, la levantó, volcó la caja hacia Kratos y reculó unos pasos, como si él mismo temiera ser picado por una criatura venenosa.

Con los negros cabellos apelmazados en sangre y encajados en el fondo circular de la caja, una cabeza a la que le habían arrancado los párpados miraba a Kratos con una última expresión de horror congelada en el rostro. Era Shayre. La hermosa, la alegre, la joven Shayre. Sus ojos ya no parecían bellas almendras ni le miraban con el brillo de sus grandes y negras pupilas. Tan sólo eran dos globos opacos y sin vida, como los de un pez muerto entre las moscas del mercado.

--¡¡Jura ahora mismo y tan sólo te cortaré la mano derecha!! -rugió Aperión, y después añadió una infame obscenidad acerca de lo que aún podría hacer con la mano izquierda cuando contemplara la *cabeza*, de su antigua concubina.

La sangre de Kratos se volvió hielo en las venas. Los músculos se le convirtieron en madera; los ojos, en canicas de vidrio; el corazón, en una masa de arcilla cocida y agrietada al sol.

--¡Jura! ¡¡Jura te digo!! -chilló Aperión.

Los capitanes habían desenvainado ya sus aceros. Las moharras de las lanzas le apuntaban a la espalda, a la cabeza, a los costados. Aquellos ojos de pescado que habían sustituido a los de Shayre le miraban velados y opacos. Jura, jura, le decían.

La mente de Kratos nunca había estado tan fría. Si entraba en Mirtahitéi, Aperión haría lo mismo, y aprovecharía la segunda aceleración para huir por la escalera de caracol. En ningún caso se atrevería a enfrentarse con él. Así que para vengarse debía tener paciencia y seguir vivo. Pero no se hacía ilusiones: si le juraba pleitesía a Aperión, éste le cortaría primero la mano derecha, luego la izquierda, después lo castraría y por último lo exhibiría por todo Mígranz en una jaula sobre un carro y proclamaría ante los mercenarios de la Horda: «¡Miradlo! ¡Este manco capón era el orgulloso Kratos!».

Aún le quedaba una opción. El secreto de Urtahitéi, la tercera

aceleración, sólo lo conocían él y el Gran Maestro de Uhdanfiún. Tendría que pronunciar la fórmula, abrirse paso entre los capitanes, acabar con cuantos lanceros le salieran al paso, rezar para que nadie tuviera tiempo de clavarle una pica entre los hombros y huir. Si salía vivo, su cuerpo tendría que sobrevivir sin ayuda a los terribles efectos de aquella aceleración. Pero no había otra salida.

Cerró un instante los ojos y en un lugar dentro de su mente pronunció una serie de letras y números que jamás le había enseñado a ninguno de sus discípulos. Un latigazo relampagueó por su espina dorsal, y sus riñones sufrieron un desgarrón atroz al tiempo que bombeaban energía ciega en sus venas. Kratos abrió los ojos a un mundo que se había vuelto lento y viscoso como jalea. Uno de los capitanes ya venía hacia él levantando la espada, pesado como un carretón de heno. La mano izquierda de Kratos sujetó la vaina, la derecha tiró de la empuñadura y las piernas lo impulsaron hacia delante. *Krima* dibujó un arco en el aire y el cuello del capitán apenas fue un obstáculo en su trayectoria.

Para los demás hombres que había en la sala del consejo, Kratos se convirtió en un relámpago que la vista apenas podía seguir. La cabeza de Hreug voló más de siete metros y se estrelló contra la pared como una sandía reventada. Los que conocían la fórmula de la primera aceleración la pronunciaron, aunque alguno no tuvo ni tiempo de llegar a la última letra antes de que la hoja de *Krima* se llevara su cabeza por delante. Ghiem y Aperión entraron en Mirtahitéi; el primero reculó para que fueran otros quienes se enfrentaran a Kratos, mientras que Aperión huía por la puerta trasera. Kratos avanzó trazando giros sobre sí mismo y segando todo aquello que entraba en su radio, fueran cuellos, muñecas, cinturas o astiles de lanza. Saltó sobre la mesa, pisoteó el mapa y pasó al otro lado. Con las fuerzas que le daba la aceleración, levantó en vilo el sitial del jefe de la Horda, aunque era tan pesado que se necesitaban dos sirvientes para arrastrarlo de un lado a otro.

Al pie del torreón se hallaba el patio de armas. Era media mañana y había allí unos cien hombres, o tal vez más: guardias que vigilaban la entrada de la torre, grupos de soldados ociosos que conversaban al sol o jugaban a los dados, y otros que practicaban con las armas. De súbito sonó un estallido de cristales rotos y todas las miradas se volvieron hacia la torre. Grandes cuñas de vidrio caían hacia el suelo empedrado, mortíferas como cuchillas de verdugo. Los guardias se retiraron a toda prisa, pero a uno de ellos una hoja de cristal le seccionó la columna de parte a parte. Entre aquel caos multicolor, el sitial de madera en que Hairón había pasado revista por última vez a sus tropas cayó como una piedra, se estrelló contra el empedrado y se hizo astillas con un estrépito sordo que puso el contrapunto al agudo tintineo de los vidrios rotos.

Todos los ojos estaban clavados en la ventana del torreón. Hubo tal vez un segundo de silenciosa espera, y entonces, por el vano festoneado de agujas de cristal, apareció una figura humana. Pero en vez de caer se proyectó hacia delante como si lo impulsara una catapulta, braceando en el aire a una velocidad imposible. Cien miradas incrédulas siguieron su vuelo, que acabó a más de diez metros de la ventana, en las ramas del gran tilo que adornaba el patio de armas. Toda la copa del árbol se estremeció por el impacto. Después, aquella figura saltó al suelo y corrió alejándose de la torre, tan veloz que el aire zumbaba a su paso, y quienes se interponían en su camino se apartaron para no ser arrollados. Pasó fugaz como un bólido y desapareció por la puerta sur de la muralla interior. Sólo quedaron en el patio los murmullos asombrados de los testigos y las voces lejanas de Aperión, que rugía desde la torre.

Así huyó Kratos May de la ciudadela de Mígranz.

El viejo Burbam, a quien el consejo de Banta pagaba por vigilar de noche el embarcadero, aprovechaba su tarea para pescar barbos, lucios o lo que se terciara, y luego venderlos en el mercado. Pero no dejaba de escrutar las brumas que se levantaban del río, y cada vez que intuía una sombra su mano hurgaba en busca del machete que guardaba bajo el manto, pues los tiempos eran cada vez más peligrosos. Sin ir más lejos, hacía tres meses escasos unos bandidos de las tierras de Málart habían llegado en botes de remos, nocturnos y silenciosos, para robar mujeres y caballos y prender fuego a un par de casas. Si algo así volvía a ocurrir, Burbam no tenía intención de recurrir a la herrumbrosa hoja del machete, sino más bien a la trompa de latón con la que daría la alarma y a las piernas que, aunque varicosas, lo llevarían bien lejos del embarcadero.

Río arriba, a su derecha, le pareció ver algo que brillaba. Al principio le costó distinguirlo, porque de momento sólo había salido Shirta, la luna esmeralda, que lo teñía todo de una vaga fosforescencia. Dejó la caña a un lado, se puso en pie y escudriñó a lo lejos. No quería soplar la trompa sin estar seguro de lo que hacía, pues el consejo ya le había dejado sin paga una noche por propagar una falsa alarma, y además había sido el hazmerreír del pueblo durante varios días. Pero un

par de minutos después se convenció de que esta vez no eran imaginaciones suyas. La luz se acercaba decidida, y contra ella se perfilaban dos figuras delgadas, una de ellas muy alta, que se deslizaban sobre las aguas oscuras.

Tranquilo, no hay por qué dar la alarma, le dijo una voz en su cabeza. Aunque solía hablar solo, no le dio la impresión de que aquella voz fuera la suya. Al acercarse más la luz, Burbam se percató de que las dos figuras no levitaban sobre el río, sino que venían montadas sobre una almadía de troncos. Cuando llegó junto al embarcadero, la balsa se detuvo sola. Los viajeros saltaron al muelle y la embarcación siguió su camino.

--¿Quién va? -preguntó Burbam, escondiendo la mano bajo el manto para aferrar la empuñadura del machete.

El resplandor reveló su naturaleza. Era un luznago, una especie de escarabajo luminoso casi tan grande como un gorrión que por alguna extraña industria o encantamiento se mantenía revoloteando a la altura de los recién llegados en vez de alejarse en la noche. Su luz verdosa se acercó al más alto de ellos e iluminó un rostro afilado, medio escondido por la sombra que arrojaba el ala de un ancho sombrero de viaje. El recién llegado levantó un poco la barbilla, y su único ojo taladró a Burbam.

--Sólo somos dos viajeros en busca de un lugar donde pasar la noche. No tienes nada que temer de nosotros.

Burbam no estaba de acuerdo con aquella afirmación, pues algo le decía que sí había mucho que temer en aquellos hombres, pero los dejó pasar. Los viajeros se alejaron por el embarcadero, precedidos por el obediente luznago, y Burbam escupió a la izquierda y se tocó los genitales para alejar el mal. Sin duda, allí había asuntos de hechiceros.

Linar y Mikhon Tiq caminaron en silencio por las calles del pueblo. Los postigos de las casas estaban cerrados y la única luz era la de la criatura que Linar había hechizado. Sin embargo, una racha de viento trajo un rumor de voces ahogadas por la distancia. Linar señaló con el dedo a su izquierda y se desviaron por una callejuela tortuosa. Pasado un rato, llegaron ante una casa de dos plantas de cuyas ventanas salía un resplandor ambarino. Sobre la puerta, un cartelón con una pezuña pintada rechinaba columpiado por el viento.

--*La Pezuña del Jabalí*, me dijiste.

--Así es, maese Linar.

A un gesto del brujo, el luznago se alejó, libre ya para buscar hembras a las que impresionar con su vivo resplandor. Los viajeros entraron en la posada, y enseguida les azotó una vaharada de calor y de

olores sofocantes. En una pared crepitaba una chimenea en cuyas llamas se asaba un jabato. También había varios braseros encendidos, porque la noche era fresca, y gruesas velas de cera en cada mesa. Mikhon Tiq aspiró y trató de separar aromas, como Yatom le había enseñado. Sudor revenido, dientes podridos, ropa mojada que empezaba a evaporar el agua, un guiso de coles pasadas. No quiso seguir distinguiéndolos.

--Había olvidado ya el olor de los hombres -dijo Linar, como si le hubiera leído el pensamiento.

Un hombretón calvo, con brazos que parecían jamones, se les acercó limpiándose las manos en el mandil. Tenía un mostacho de puntas enhiestas que a la luz cambiante del local proyectaban en su rostro sombras como brazos de marionetas. Linar le pidió una mesa. El posadero les señaló un gran tablón alargado, montado sobre borriquettes, donde había clientes comiendo y bebiendo, jugando a los dados o dormitando sobre sus propios codos.

--Hay demasiada gente. Mejor ésa.

Linar señaló a un rincón, apartado de la chimenea, donde tres tramperos greñudos bebían cerveza y daban cuenta de un enorme queso.

--Ésa ya está ocupada.

Linar se acercó a la mesa, seguido por un curioso Mikhon Tiq. Al llegar, el Kalagorinor se limitó a quitarse el sombrero y plantarlo al lado del queso a la vez que decía «gracias». Los tramperos alzaron la mirada con cara de malas pulgas, y al percatarse de que el recién llegado era tan alto tuvieron que alzarla un poco más; algo debieron ver en su ojo que los hizo levantarse a toda prisa sin decir nada, llevarse la cerveza y la comida y dejar la mesa libre.

Había un muchacho que atendía a los parroquianos entre bostezo y bostezo. Linar le pidió una jarra de vino y algo de comer. El chico les dijo que tenía coles, lentejas con cebolla, o, si podían pagar más, carne de jabato. Mikhon Tiq se relamió, pero Linar pidió las lentejas, y le aleccionó sobre el abuso de la carne roja.

--Embota los sentidos y entorpece el espíritu. Es mejor abstenerse de ella.

Mikhon Tiq echó de menos a Yatom. Éste era más cálido y jovial que Linar, y no le importaba disfrutar de una buena comida de vez en cuando, aunque también podía ayunar durante días y días. Había sido un buen maestro y también un amigo; dudaba de que algún día pudiera decir lo mismo de Linar. El brujo de Corocín actuaba la mayor parte del tiempo como si él no estuviera allí.

Cuando terminaron su silenciosa cena, Linar llamó al tabernero y le preguntó por un hombre llamado Kratos May.

--No he visto por aquí a nadie que atienda a ese nombre. ¿Cómo

es?

--Un guerrero -contestó Mikhon Tiq.

El tabernero miró a su alrededor.

--Mirad: veo allí unos tramperos, más allá un montón de campesinos, por ahí un herrero que si sigue bebiendo mañana se dará un martillazo en los dedos, un par de pescadores, incluso un talabartero. Pero guerreros no veo ninguno. Tal vez si me dierais alguna seña más...

--Tiene una cicatriz en la parte derecha del cuello. Creo que es muy llamativa.

El tabernero encogió los enormes hombros.

--Si veo a alguien así, ya os avisaré.

Linar resopló, contrariado, y pidió café. Allí no había esos lujos, le dijo el tabernero. Linar volvió a resoplar y le preguntó si al menos tendría un cuarto para dormir esa noche.

--Oh, sí, uno para visitantes distinguidos como vosotros.

--Sólo aprecio la ironía como figura retórica -contestó Linar, hartado ya-. Y no creo que tú seas un orador.

Se dice que al norte del mundo, más allá de las tierras de los bárbaros Équitros, hay mantos de nieve que se extienden de horizonte a horizonte, y que allí el mar permanece helado los doce meses del año. Aquel país habría sido un horno comparado con la voz de Linar. El tabernero sintió que el vientre se le encogía, y para disimular agachó la mirada y se frotó las manos en el mandil.

--Perdón, señor, no quería faltáros al respeto. Os enseñaré la habitación ahora mismo, si queréis.

El tabernero los condujo hacia una escalera que llevaba arriba. Los peldaños rechinaron bajo su peso, pero Linar los subió silencioso como un gato. Algún día yo también caminaré así, se dijo Mikhon, envidiando la elegancia del Kalagorinor. Llegaron a un rincón del sobrado, donde habían levantado un tabique de ladrillo para hacer una habitación. El tabernero se despidió de ellos, no sin antes dejarles una lámpara de aceite. Había en el suelo dos jergones y un escaño de madera en el que dejaron su bagaje. Mikhon Tiq, cansado, se acostó enseguida, pero Linar estuvo un rato revolviendo entre sus cosas. Por fin, encontró lo que buscaba: una bolsa de piel que le arrojó a Mikhon Tiq. El muchacho la agarró al vuelo y comprobó, por el peso y el tintineo, que estaba llena de monedas.

--A mí no se me da muy bien esto del dinero -le explicó Linar-. Encárgate tú. Saca lo que haga falta para pagar los gastos de hoy y de mañana.

Mikhon Tiq abrió la bolsa y examinó su contenido. Había allí monedas de plata y de cobre, pero sobre todo de oro. Algunas eran muy antiguas y estaban desgastadas, y en ellas se veían efigies de reyes que

para Mikhon Tiq eran tan sólo nombres de antiguos cantares. La mayoría eran imbriales, monedas de Áinar que todo el mundo aceptaba en Tramórea, aunque no hicieran lo mismo con la soberanía nominal del Imperio.

--Aquí hay una cantidad más que respetable. ¿De dónde lo has sacado, maese Linar?

--El dinero es el mayor deseo de los hombres. Por él se afanan, por él se vuelven locos y envejecen antes de tiempo. Conseguirlo no es difícil: el secreto es no buscarlo.

Al día siguiente tampoco hubo señales de Kratos. Linar estuvo ceñudo toda la mañana. Mikhon Tiq se sentía incómodo, como si la culpa del mal humor del mago fuera suya. Por la tarde, el muchacho recorrió el pueblo y, acordándose de su enfrentamiento con el corueco, fue a la herrería a comprar una espada. La hoja que consiguió era tan mediocre que cualquier Tahedorán la habría partido contra una pared, ofendido, pero no había más donde elegir. Después volvió a la taberna, donde encontró a Linar sentado junto a una ventana, jugando al ajedrez con el hijo del tabernero. Mikhon se quedó algo apartado y lo observó durante unos minutos. El mago parecía relajado, y sonreía cuando le comentaba o sugería alguna jugada al niño, e incluso una vez se permitió revolverle el flequillo para felicitarle por un movimiento. Mikhon Tiq volvió a preguntarse cuántos años tendría Linar. Si en verdad era como Yatom, contaría su edad en siglos. Pero en realidad no parecía viejo ni joven, ni siquiera maduro, sino que daba la impresión de que siempre había sido así y siempre lo seguiría siendo, como si llevara consigo una hornacina que lo resguardara de la huella del tiempo.

Poco después, el tabernero entró en la sala llamando a gritos a su hijo y amenazando con desollarlo por haragán. Al ver que estaba con Linar suavizó sus modos, pero así y todo se lo llevó de allí. El Kalagorinor se volvió hacia Mikhon Tiq.

--¿Sabes jugar al ajedrez?

--Me enseñaron en Uhdanfiún. Allí decían que el ajedrez es imprescindible para la formación del guerrero.

--Siéntate.

Estuvieron jugando un rato. Linar ganó tres partidas, y en la última Mikhon Tiq consiguió tablas, aunque en todo momento le pareció que jugaba contra la sombra del mago, y que su espíritu se hallaba en algún otro lugar.

--Tu amigo, Derguín Gorión, ¿también juega?

--Al menos jugaba. Casi siempre me ganaba.

--Hmmm.

Por la noche, cuando Mikhon acababa de cerrar los ojos, o al menos eso creía, Linar lo despertó sacudiéndole por el hombro. El muchacho se incorporó con la vista desenfocada. Por la buhardilla se colaba la luz de Shirta, pero Taniar ya asomaba por el este su faz achatada y purpúrea; la noche estaba muy avanzada.

--Ven conmigo.

Con un pie aún en la isla de los sueños, Mikhon Tiq bajó la escalera tras el brujo. El comedor de la taberna estaba lleno de gente que roncaba al calor de los rescoldos de la chimenea. Salieron a la calle. El posadero los esperaba allí, con una lámpara de aceite, junto a un caballo de estampa soberbia y más negro que la noche. El jinete, un guerrero, estaba desplomado sobre el lomo del caballo, abrazado a su cuello y atado a él con las propias riendas.

--Es vuestro hombre -les dijo el posadero, torciendo la afeitada cabeza del jinete para que pudieran ver la triple cicatriz que corría desde su oreja derecha hasta perderse bajo el cuello de la casaca-. Pero creo que ya no podréis hablar con él.

Linar le puso la mano en el cuello, agachó la cabeza y esperó apretando los labios. Después su gesto se relajó.

--Aún tiene pulso. Hay que llevarlo dentro.

Lo desataron con cuidado, y cuando se iba a caer del caballo, el posadero lo recogió en sus gruesos brazos. Lo llevaron escaleras arriba y lo tendieron sobre el camastro de Mikhon Tiq. Linar lo examinó a la luz de la lámpara. Estaba demacrado, tábido, y tenía los labios tan exangües que no se le distinguían del resto de la piel.

--Trae un caldo sustancioso y cerveza en abundancia. -El posadero empezó a regruñir, pero Linar le respondió-: Se te pagará bien, pero no tardes. Este hombre necesita ayuda. No olvides que a los viajeros y a los mendigos los protege Manígulat.

El tabernero no supo qué contestarle, pues en efecto se dice que a veces Manígulat, el rey de los dioses, viaja entre los hombres con un bastón y un sombrero de ala ancha y comprueba si se cumplen los preceptos de la justicia y la hospitalidad. ¿Y si aquel viejo tuerto de la trenza blanca era un avatar del propio dios?

Cuando el posadero trajo lo que se le había encargado, el propio Linar incorporó al hombre, le abrió los labios, le sostuvo la cabeza y le dio la cerveza y el caldo a pequeños sorbos. A Mikhon Tiq le sorprendió por segunda vez en el mismo día. Hasta entonces sólo había percibido su rechazo casi inhumano a la cercanía de los demás; pero con el hijo del posadero se había portado como un abuelo y ahora cuidaba a aquel enfermo con una paciencia y una delicadeza casi femeninas.

Poco a poco y con la ayuda de Linar, el hombre dio cuenta de todo. Cuando terminó, lo dejaron dormir. El hijo del posadero subió a ayudar a Mikhon Tiq, y entre los dos desnudaron al guerrero. Después, lo

lavaron con paños de lino, una palangana de agua y una botella de aceite de romero. Varias cicatrices recorrían su piel, algunas mal curadas, con bridas rugosas; pero ninguna era tan fea como las tres señales rojizas que le surcaban el cuello. Los músculos se veían marcados, pero no gruesos, un equilibrio entre fuerza y elasticidad. El cuerpo era armonioso y no demasiado grande, como convenía a un Tahedorán. Por alguna razón, Mikhon Tiq se sintió turbado al mirarlo y apartó la vista. El hijo del posadero terminó de secarlo y luego lo arropó con un par de mantas.

Linar le cedió el camastro a Mikhon Tiq, y él mismo se sentó con las piernas cruzadas en un rincón para vigilar al enfermo. Cuando el muchacho volvía a hundirse en las nieblas del sueño, le pareció oír que el mago le decía: «Descansa, Mikhon». Y por primera vez desde hacía días, se durmió con una sonrisa en los labios.

Con la primera luz que se colaba por la buhardilla, el hombre se incorporó sobre un codo y pidió más comida y más bebida. Le trajeron caldo, y cerveza, y pan, y después queso y asado frío. Lo devoró y lo trasegó todo sin dejar libres un momento ni la boca ni las manos. Cuando tenía el estómago como un tambor a punto de reventar, se dejó caer sobre la cama y se volvió a quedar dormido. Linar siguió vigilando su sueño, mientras Mikhon Tiq salía a dar un paseo.

Cuando regresó, el hijo del posadero le entregó las ropas del guerrero, limpias y dobladas. Mikhon Tiq las subió al sobrado y las colocó en orden junto a sus armas. Eran ropas de estilo Ainari, aunque mezclado con algunos detalles bárbaros del norte. Las botas, que el propio rapaz había encerado, estaban arrugadas en los tobillos, casi cuarteadas; botas de espadachín acostumbrado a doblar las piernas y girar los pies en la danza del combate. Las mangas de la casaca eran amplias. Sin duda su dueño las utilizaba para guardar en ellas las manos y ocultar así las emociones, según la costumbre de Áinar. Pero tenían corchetes de latón para que, llegado el momento de la pelea, pudieran ceñirse a las muñecas y no estorbar los movimientos. El talabarte, ya descolorido, tenía una pequeña vaina a la derecha para el colmillo de diente de sable que sólo los Tahedoranes podían llevar. A la izquierda había dos trabillas de piel con sendas hebillas para colgar la funda de la espada. Este era otro detalle que lo delataba. Los guerreros normales llevan una sola hebilla, de forma que la espada cuelgue junto al muslo. Los maestros de la espada, sean Ibtahanes o Tahedoranes, necesitan dos para que la espada se mantenga horizontal; de esta manera pueden sujetar la vaina con la mano izquierda y extraer el arma a una velocidad fulgurante, en el movimiento letal conocido como

Yagartéi que es en sí mismo un arte marcial.

Pero lo que más llamaba la atención de Mikhon Tiq era la propia espada. Hacía años que no veía una auténtica arma de Tahedorán. La funda era de cuero repujado, reforzada con guarnición y punta de metal, y con dos pequeños bolsillos a ambos lados. Uno de ellos contenía una navaja con un pequeño gabilán en forma de gancho; de este modo servía de arma y a la vez de herramienta para desmontar la empuñadura de su hermana mayor. En la otra abertura había papel de esmeril para sacar filo a la hoja; aunque un Tahedorán sólo haría esto en una emergencia, pues los aceros dignos de tal nombre deben ser bruñidos y afilados por maestros pulidores.

En torno a la empuñadura de la espada corría una fina tira de piel, enrollada y apretada con fuerza para evitar que la mano resbalara al aferrarla. Mikhon Tiq miró de reojo a Linar. Tenía el ojo cerrado; o dormía o estaba encerrado en su mundo interior. En cuanto al guerrero, su respiración bajo la manta era profunda y pausada. Mikhon Tiq sintió la tentación de desenvainar la espada para examinar la hoja. Pero aquello habría sido una afrenta, como desnudar a una doncella dormida, así que apartó las manos del arma y procuró pensar en otras cosas.

Pasada la media tarde, el guerrero despertó, y esta vez se conformó con beber agua fresca y masticar un poco de pan. Parecía otro hombre. Sus labios habían recobrado el color y sus ojos el brillo; cuando terminó se puso en pie y estiró los brazos y las piernas, satisfecho.

--Me habéis salvado de morir de consunción -explicó, mientras Mikhon Tiq le ayudaba a vestirse-. Si mi espada *Krima* puede servir de algo, la pongo a vuestro servicio.

--Ya estaba a nuestro servicio, Kratos, pero agradezco tu ofrecimiento -le contestó Linar.

El hombre se quedó desconcertado. Después de unos segundos, entrecerró los ojos y recitó con voz titubeante:

--Es penoso seguir la senda de los sabios...

--... pero dulce servir a la luz que no ciega. Sí, guerrero, yo soy Linar el Kalagorinor, y es con nosotros con quienes debías encontrarte aquí, en Banta. ¿Sigues teniendo un hambre tan devoradora?

--El efecto de la aceleración ha pasado -dijo Kratos-. Creo que ahora puedo disfrutar con vosotros de una cena normal, mientras me explicáis algunas cosas.

--Bajemos, pues, y alimentémonos. Mañana mismo hemos de emprender un viaje, y después... quién sabe adonde nos llevará Kartine.

Al día siguiente, recuperado Kratos de su misteriosa consunción, prosiguieron viaje río abajo hasta llegar a Tirimnás, un puesto de caravanas situado en el cruce del Trekos con la Ruta de la Seda. En aquel lugar se encontraban Ritiones soñadores y parlanchines; Ainari estirados y celosos de su honra; bárbaros de las diversas tribus de la altiplanicie de Málart; Trisios con sus largas trenzas y sus crueles tatuajes; las orgullosas mujeres Atagairas, con sus anchos hombros y sus ojos bellos y distantes; comerciantes de Abinia con sus rizadas barbas; negros camelleros de Malabashi; viajeros del lejano sur que traían las sedas de Pashkri; incluso Australes que venían a cuestras con todas sus pertenencias, huyendo de la guerra que se libraba en su país entre el Enviado y los antiguos dioses.

Allí compraron caballos para Linar y Mikhon Tiq, un par de animales que al lado del espléndido *Amauro* se antojaban humildes pollinos. Con aquellos gastos, la bolsa que llevaba Mikhon Tiq empezaba a menguar para inquietud del muchacho, que parecía ser el único que se preocupaba por el dinero. Kratos, que había venido con la espada y con lo puesto, tuvo además que comprar una muda de ropa. Así pues, entre unos preparativos y otros se demoraron hasta el día siguiente.

Ya era media mañana cuando partieron junto con un convoy que viajaba hacia el sur. Con él bordearon el desierto de Guiños, una extensión de matojos, cascajales y tolvaderas que atacaban de improviso y llenaban los ojos y la nariz de polvo y piedrecillas diminutas. Nadie osaba adentrarse hasta su corazón, pues era bien sabido que en él habitaba la maldición de una roca humeante que envenenaba la tierra y emponzoñaba el aire; las pocas criaturas que moraban allí sufrían extrañas deformaciones y se decía que los viajeros que se aventuraban por aquellos parajes no tardaban en perder el pelo y los dientes y morían entre hemorragias imposibles de atajar.

Un par de días después llegaron a la Sierra Seca, que estiraba al sol sus afiladas crestas como un enorme lagarto descolorido. La atravesaron por el desfiladero de Agros, escenario de antiguas batallas y emboscadas. Kratos recordó con orgullo cómo los Ainari habían conseguido aniquilar al ejército del gran rey Austral, Bmorgul-T'aín, en un día glorioso.

--Eso dicen los que no lo vieron -repuso Linar.

Kratos le miró entrecerrando los ojos.

--¿Acaso tú lo presenciaste, maese Linar? Eso fue hace cientos de

años.

Linar abarcó todo el desfiladero con un gesto de la mano.

--Desde la entrada norte hasta la sur había cadáveres Australes, Ainari y Ritiones, todos mezclados en una papilla de sangre y lodo, vísceras y excrementos. Aún percibo algo de aquel hedor, incrustado entre los resquicios de las piedras. No veo gloria alguna en ello. Gritos, pestilencia, miembros mutilados, cabezas cortadas...

Kratos cerró los ojos. Las palabras de Linar le habían evocado la última imagen de Shayre. Aunque trataba de recordarla como había sido en vida, joven y risueña, la visión que lo obsesionaba día y noche era la de su cráneo ensangrentado con los ojos vueltos hacia arriba. Sus dedos buscaron solos la empuñadura de su arma y la apretaron con rabia, saboreando con anticipación el regusto a hierro caliente que deja la venganza. Podría conseguir la Espada de Fuego o no, pero la venganza no se le escaparía. La *hasha* de su espada *Krima* se cobraría la cabeza de Aperión.

A media mañana las paredes de la garganta se abrieron y empezaron a aparecer algunos pinos escuálidos. Del sur les llegó una brisa que refrescó sus gargantas, ya resacas de tragar polvo. El jefe de la caravana ordenó un alto para descansar y almorzar. Linar prefirió separarse del grupo y continuaron camino los tres solos. No habrían pasado aún dos horas cuando avistaron en la lejanía una columna plateada que se elevaba hacia el cielo. Kratos, que nunca había estado en Zirna, tiró del bocado de *Amauro*, pero Mikhon Tiq le explicó que no debía temer nada, pues se trataba de Río Hirviente, el célebre geiser de aquella zona.

--Tan sólo es agua caliente que brota de la tierra.

Kratos no respondió, pero se quedó a la cola de la pequeña comitiva. Tras coronar una prolongada cuesta, doblaron un recodo del camino y el valle entero brotó ante sus ojos, una explosión de verdes, rojos y amarillos nacida como por ensalmo entre estepas y páramos. Bajo la superficie de Zirna corría una red de aguas subterráneas que habían ayudado a sus moradores a convertirla en un vergel. Mientras bajaban el declive que descendía hacia el rugiente geiser, Mikhon Tiq se dedicó a aspirar olores. ¡Aquéllos sí eran aromas! Aún no sabía cómo se llamaban, pero cada uno de ellos se le representaba tan único y diáfano que sin duda debía tener nombre.

La Ruta de la Seda se internaba entre huertas separadas por pequeños muros de mampostería. Al fondo se veía un extenso pinar, y más allá asomaban unas copas altísimas y lejanas. Kratos preguntó qué eran. Las faconias, le respondió Mikhon Tiq. «Espérate a verlas.» Un

rato después, el camino descrestó una loma, y tras un pronunciado declive se encontraron entre las faconias. Sus troncos eran gruesos como casas, sus raíces mordían la tierra y formaban cuevas bajo sus rugosidades, y sus copas se perdían tan altas que las vértebras del cuello crujían de doblarlas hacia arriba.

Zirna apareció un poco más adelante, en un llano cercado por aquellos árboles que parecían gigantes primigenios. Antes de llegar a las puertas de la ciudad encontraron cientos de casas, edificadas en adobe, ladrillo o madera, pero también había otras construidas bajo las raíces de las faconias, aprovechando las oquedades naturales. No tardaron en llegar a la muralla, una construcción de unos ocho metros de altura cuyo abandono desagradó al marcial Kratos. Había viviendas adheridas al muro como mejillones a una roca, lienzos enteros a medio derruir, almenas y aspilleras cubiertas de musgos y madreselvas. En las puertas sesteaban apoyados en sus lanzas un par de guardias que los dejaron pasar con un gesto de las cejas.

--Hace tiempo que esta gente se ha olvidado de la guerra -los disculpó Mikhon Tiq.

--Sin embargo deberían estar preparados, pues la volverán a conocer. Con la guerra la pregunta no es si llegará, sino cuándo lo hará -sentenció Kratos.

Dentro de las murallas las casas eran más prósperas, y la piedra y el estuco alternaban con el adobe y la madera. Aunque aún no habían llegado a la plaza, las calles se veían sembradas de puestos y tenderetes. Lo mismo se vendía un retal de lienzo que unas tenazas de hierro, un caldero de cobre, un pincho de carne adobada, una carlanca de clavos, una fritura de pescado o arroz especiado envuelto en hoja de laurel. La ciudad se adivinaba próspera, aunque no faltaban los críos desharrapados que se acercaban a ellos para ofrecerse como guías o cuidarles los caballos por unas monedas. Pasaron bajo una casa de dos pisos; unas mujeres maquilladas con vivos colores los saludaron desde la balconada y se abrieron los vestidos para tentarlos, aunque la hora invitaba más a la mesa que al lecho.

--¡Eh, guapos! ¡Sí, vosotros, el calvito y el que va con él! -los llamaban.

Mikhon Tiq sonrió y acercó su montura a la de Kratos para darle un codazo, pero se dio cuenta de que el Ainari había agachado la cabeza y rechinaba los dientes. Algún recuerdo, pensó. Sin duda, una mujer. Tal vez el guerrero lo compartiera llegado su momento, o tal vez no, pero no sería él quien le forzara a hacerlo.

Estando tan concurridas las calles, los caballos eran más un estorbo que una ayuda. Los dejaron en una posada junto con el equipaje y pagaron una noche por adelantado. Después comieron salchichas con cerveza en un puesto callejero y buscaron la casa de los Gorión. Por lo

que recordaba Mikhon Tiq, su amigo vivía en la parte oeste de la ciudad. Para llegar allí tuvieron que cruzar la plaza mayor. Entre puestos, corros de ganaderos que trataban de sus negocios, titiriteros, curiosos, fisgones y cortabolsas que andaban buscando la menor ocasión para ejercitar sus dedos, había un orador vestido con una túnica verde, que se había encaramado a unas cajas de fruta y predicaba sus soflamas a un corro de gente.

--¡Olvidaos de la norma y el orden! ¡El mundo nació del fuego y es como el fuego, lleno de violencia y poder! ¡Olvidaos de los arquitectos del pueblo, que intentan utilizaros como adobe para levantar sus obras! ¡La belleza no está en la simetría, sino en el caos!

Mikhon Tiq les explicó que era un Filósofo de la Sinrazón, la última moda intelectual en Ritión. Al salir de la plaza, las palabras del orador aún les llegaron, entreteljadas con el bullicio de la multitud. Después, caminaron en silencio durante un rato. Llegaron a un sector de la ciudad más espacioso, asentado sobre unos canchales. Allí tenían sus moradas los nobles y hacendados de la ciudad, y se levantaban los templos de los Yúgaroi y la sede del Consejo.

Ya casi al límite de la ciudad, llegaron ante la casa de los Gorión. Era una mansión grande, de dos pisos y paredes enjalbegadas, y por su parte occidental se asomaba al borde de un peñasco que dominaba la muralla. Atravesaron la cancela y pasaron a un cuidado jardín. Un sendero de piedras de colores pasaba entre dos fuentes con náyades esculpidas al estilo arcaico. Un sirviente podaba unos setos de tuya, pero no reparó en ellos. Tras cruzar un pórtico de mármol veteado de rosa, se detuvieron ante la puerta. Mikhon Tiq tiró de un cordel y una campanilla sonó dentro de la casa.

Salió a recibirlos un criado que los saludó con una reverencia y les pidió que aguardaran. Se quedaron en el atrio, en el que había un perchero para colgar mantos mojados, una mesita con una jarra y varios aguamaniles, y una gran tinaja adornada con pinturas rojas. Olía a membrillo y a aceite perfumado con jazmín.

El sirviente regresó para comunicarles que el señor Gorión los esperaba en el patio. Después los guió hasta un patio porticado, en cuyo centro había un pequeño estanque. Otro criado colocaba sillas de enea alrededor de un velador de mármol. El hombre que estaba esperándolos en el centro del patio se adelantó para saludarlos. Era de mediana estatura, hombros anchos y *panza* generosa. Vestía con la cara sencillez de un Ritión acomodado: una túnica sin costuras, ceñida con un cíngulo dorado, y un manto de lana blanco con finos ribetes de púrpura.

--Bienvenidos al hogar de los Gorión, viajeros -los saludó ritualmente-. Podéis sentaros aquí, junto a la fuente, o limpiaros en los baños el polvo del camino.

En aquel momento reparó en Mikhon Tiq. Sus ojos giraron hacia la

derecha, escarbando en algún recuerdo, y cuando éste apareció no debió ser del todo agradable, ya que durante un segundo torció la boca. Pero la cortesía prevaleció enseguida y se acercó sonriente a ponerle las manos sobre los hombros.

--¿No eres tú Mikhon Tiq, el amigo de mi hermano Derguín?

--El mismo, señor Kurastas.

--¡Oh, no me llames así! -se rió él, aunque se le veía complacido de recibir el tratamiento-. Sólo soy jefe de la familia porque mi padre decidió hace ya un tiempo que se merecía un descanso. Disculpadme, señores -añadió, retrocediendo y dirigiéndose a Kratos y Linar-, pero ver de nuevo a Mikhon Tiq ha sido una sorpresa. Como amigos suyos, sed dos veces bienvenidos.

Mikhon Tiq presentó a sus dos compañeros de viaje. Linar, tras agradecer la hospitalidad, le dijo a Kurastas que en tiempos había conocido a un Gorión, llamado Cuiberguín. Kurastas contestó que Cuiberguín era su padre, y que, salvando los achaques de la edad, gozaba de buena salud.

--Me alegrará saludarlo -dijo Linar-, aunque el motivo que nos trae a tu morada es ver a Derguín, tu hermano.

Kurastas torció un poco el gesto.

--¿Derguín? Está en el taller de libros. Le gusta copiarlos, como si fuera un empleado más.

Linar asintió, y dijo que él pasaría a saludar al patriarca de la familia mientras Kratos y Mikhon Tiq iban a buscar a Derguín.

Salieron de la casa acompañados por el mayordomo, un Ritión rollizo y de ojos vivarachos que los guió hacia las afueras de la ciudad por un camino sin empedrar. Cruzaron la muralla por una puerta aún más descuidada que la anterior y llegaron a una explanada a la sombra de una grandiosa faconia. Allí se levantaba un conjunto de tres edificios alargados que el mayordomo les describió como el taller de libros.

Entraron por el edificio menor, un barracón de ladrillo. Dentro, un profesor enseñaba a veinte niños los rudimentos de la escritura. Los críos, sentados en filas de taburetes, trabajaban en pizarrines de cera que apoyaban sobre las rodillas. El maestro, al verlos entrar, ordenó que se pusieran en pie, y él mismo los saludó inclinando la cabeza. «Continúa, por favor», le pidió el mayordomo.

--Como veis -explicó- tenemos una escuela junto a los talleres. La familia Gorión completa la paga del maestro. Los padres de los niños están contentos, y nosotros encontramos futuros copistas o escribanos. La mayoría de nuestros artesanos han salido de esta misma escuela.

Después pasaron al edificio aldaño. El mayordomo les explicó que en ese barracón preparaban su propio pergamino, las encuadernaciones y los ornatos exteriores de los libros. Arrugaron la nariz al pasar, pues reinaba un intenso olor a tenería. De lejos, por no ofender más sus

olfatos, el mayordomo les señaló los diversos procesos: se maceraban las pieles en cal y agua para limpiarlas de pelos y grasa, se raspaban con piedra; después se tensaban aún húmedas en bastidores de madera para eliminar las arrugas y las volvían a raer.

--Tienen que quedar tan lisas y suaves como el trasero de una doncella -añadió el mayordomo, riendo su propia gracia.

El último edificio, el taller de los copistas, estaba separado de los demás por un patio de arena. Era de piedra y estaba provisto de amplios ventanales. Sentados en largas mesas y rodeados de plumas y tintas, los copistas se concentraban en escribir y dibujar como si no hubiera en el mundo nada más que el cuadernillo de pergamino en que trabajaban y el original del que copiaban.

Junto a la última ventana de la izquierda había un copista que destacaba entre los demás por su juventud, pues no podía tener más de veinte años. Mikhon Tiq se llevó el índice a los labios para indicarle al mayordomo que no dijera nada. Se acercaron sin que el muchacho reparara en ellos, tan absorto estaba en su tarea. A su izquierda, sobre un atril de madera de cerezo, se abría un grueso volumen de hojas amarillentas. El muchacho pasó una página y la recorrió en diagonal con la mirada; después empezó a copiarla sobre un pliego de pergamino en el que había apoyado un ringlero de hilos plateados para que las líneas no se torcieran. Movía el pincel con gestos precisos, económicos, y contenía el aliento, como si con él pudiera profanar su sagrada labor. De cuando en cuando se volvía a la derecha para mojar las cerdas en el tintero, pero no volvió a mirar al original que copiaba; aquel breve vistazo le había bastado para grabarlo en su memoria. La luz que se colaba por la ventana perfilaba de ámbar su rostro y congelaba su gesto de concentración. Tenía la nariz recta y ascética, pero los labios carnosos sugerían que en aquel joven erudito y espadachín había mucho de mundano.

Antes de que Mikhon Tiq llegara junto a él, el muchacho se dio cuenta de que estaban observándolo y giró la cabeza. Al reconocer al recién llegado, se levantó del banco gritando «¡Mikha!». Los dos amigos se abrazaron con fuerza.

Mientras se saludaban, Kratos estudió a su futuro discípulo. Derguín era tan alto como Mikhon Tiq, pero más ancho de hombros y de cuello más recio. La túnica sin mangas mostraba que sus brazos eran buenos para la espada: musculosos, pero no gruesos, surcados por fibras y tendones, venas y nervios. Reparó, extrañado, en que no tenía ninguna cicatriz. Las manos eran grandes, pero elegantes, de dedos alargados. Le recordaron a las de Hairón. Se las imaginó ciñendo a *Zemal* y sintió una punzada en el estómago.

Cumplirás tu palabra y lo entrenarás. Pero el brujo no tendrá más remedio que elegirte a ti.

--Derguín, este hombre es *tah* Kratos May.

Derguín se volvió hacia él y se inclinó de la forma debida. Aquella muestra de respeto, más propia de Ainari que de Ritiones, agradó a Kratos.

--He oído hablar de ti, *tah* Kratos. Me siento honrado de conocerte. -Y añadió, extendiendo el brazo-: Pocas veces se estrecha una mano con nueve marcas de maestría.

Kratos decidió que lo más correcto era saludar también al estilo del país y apretó la mano del muchacho, que se la estrechó con fuerza. Estos dedos saben agarrar el acero y no sólo la pluma, pensó.

--Yo también me siento honrado de conocerte, *ib* Derguín. Me han hablado de ti como un futuro Tahedorán.

--Temo que ese futuro nunca se cumplirá. Dejé Uhdanfiún hace dos años.

--Aún eres joven. Nunca es tarde para el discípulo, si hay un buen maestro.

Derguín miró a Mikhon Tiq, suspicaz.

--No entiendo. ¿Qué significa esto?

Mikha rodeó el hombro de su amigo con el brazo.

--Creo que por hoy deberías dejar el trabajo. En el camino a tu casa te ofreceremos algo... que no podrás rechazar.

Ya en casa de los Gorión, Derguín le fue presentado a Linar, que había terminado su breve plática con Cuiberguín. El joven saludó con recato. Escuchaba con atención y miraba casi sin parpadear, pero lo pensaba muy bien antes de pronunciar cada palabra. Cuando oyó el nombre de *Zemal*, sus ojos lo traicionaron un segundo, pero después agachó la mirada.

A Linar le agradaron los ojos de Derguín. Aunque la mirada era limpia, bajo su superficie de malaquita se escondía una profundidad insospechada. El Kalagorinor se sumergió bajo aquellas pupilas. Encontró ilusiones frustradas, proyectos rotos, un deseo imposible de huir; y, enterrados por debajo de todo, una sensación de culpa y un temor muy hondo. Demasiados escondrijos y recovecos para el alma de un muchacho de diecinueve años.

Pero, sobre todo, encontró algo que no esperaba en un hombre de armas: una inteligencia viva, curiosa y penetrante. Derguín podía ser valioso, más de lo que Linar había imaginado antes de conocerlo. Pero necesitaba ayuda. En los breves segundos que duró su escrutinio, Linar abrió un poco su *syfron* y dejó escapar un poco de su luz interior. El muchacho relajó las mandíbulas y sonrió. Pero las sombras seguían agazapadas en su interior.

Los Gorión se empeñaron en alojar en su casa a los tres viajeros, y tanto porfiaron que acabaron convenciéndolos. Mientras caminaban de vuelta a la fonda para recoger los caballos y el equipaje, Mikhon Tiq le preguntó a Kratos qué impresión le había causado Derguín.

--Hacer de copista no me parece lo más apropiado para un guerrero. Se ve que es inteligente, pero no creo que pueda ser un caudillo como Hairón o como el propio Aperión, aunque éste sea un asno pomposo. Son hombres que irradian poder, como las chispas que saltan de una forja. A este muchacho le falta algo.

--Aún no lo conoces bien. Cuando lo veas con la espada, todo cambiará. Tal vez tengas una idea equivocada de lo que debe ser un conductor de hombres.

--Calma, Mikhon -intervino Linar, pensando si las chispas de las que hablaba Kratos no serían las que despedían los ojos hambrientos de su aprendiz-. Es pronto para juzgar. Derguín Gorión no parece persona fácil de conocer a primera vista. Y es muy joven. Debe crecer, convertirse en lo que puede llegar a ser. -Añadió, pensativo-: Hay algo en ese muchacho que me recuerda a Minos.

Sus dos compañeros agacharon la cabeza, silenciosos y un tanto atemorizados. Cuando Linar hablaba así, se abría el pozo sin fondo del tiempo. Para Linar, el mítico Minos Iyar era un viejo amigo, pero tras recordarlo su mirada solía perderse en la lejanía y a veces guardaba silencio durante horas.

--Quizás oculte más de lo que parece a primera vista -admitió Kratos-. Pero quien se convierte en el Zemalnit ocupa un lugar entre los héroes, y eso no está al alcance de cualquiera.

--¿Qué es un héroe? -preguntó Linar, volviendo al presente-. Tan sólo un hombre que sabe actuar como debe cuando llegan los momentos difíciles. A ti mismo se te considera un héroe, *tah* Kratos. ¿Estás hecho de un barro distinto que los demás hombres?

Kratos negó con la cabeza y apartó la mirada.

--No vivimos en los tiempos de los mitos, así que nos conformaremos con hombres mortales -añadió Linar en tono más suave-. Si el muchacho no sirve, tú serás nuestro candidato.

Kratos asintió con gesto grave.

--Haré lo posible para que Derguín se convierta en Tahedorán antes del certamen, aunque será difícil. En cuanto a quién sea más apropiado de los dos, acataré tu decisión. Hice un juramento.

--Renunciar a la Espada podría ser muy duro para ti. Pocos candidatos igualan tu maestría.

--Bien sé lo que vale. La habilidad con las armas no hace al jefe.

Mikhon Tiq aplaudió sus palabras.

--*Tah* Kratos, para ser un bárbaro guerrero de la Horda Roja, a veces hablas con la sabiduría de un filósofo.

Kratos le dio un pescozón que envió al muchacho al otro lado de la calle.

--Y tú, Mikhon, a veces, pero sólo a veces, dices cosas tan sensatas que cualquier día creeré que eres un mago de verdad y no un aprendiz que no sabe ni echar mal de ojo.

De vuelta en la morada de los Gorión, y aunque quedaba poco más de media hora de sol, Kratos insistió en poner a prueba a Derguín. Por la casa se corrió el rumor de que se preparaba un duelo de espadas y de que había llegado un auténtico guerrero capaz de derrotar él solo a veinte hombres. Los sirvientes que no tenían nada que hacer, y aun otros que sí lo tenían, se las ingeniaron para inventar tareas en las estancias que rodeaban el patio trasero. Cuando Kurastas se dio cuenta de aquel trasiego, ordenó al mayordomo que los pusiera a todos a trabajar y dejara el patio libre, pero Kratos le pidió que no lo hiciera.

--Es bueno que haya gente alrededor. Así demostrará si tiene los nervios templados.

--No entiendo qué pretendes. Mi hermano no es un guerrero, y nunca lo será.

--Si es así, no tardaré en comprobarlo. Pero si te equivocas, no sería conveniente oponerse a lo que Kartine haya decidido para él, ¿no crees?

Kurastas se mordió los labios y se alejó de aquel hombre de ojos de felino que, con su fría sonrisa, los pies separados y firmes en el suelo y las manos entrelazadas a la espalda, le había arrebatado la autoridad.

Los esclavos se alinearon en las paredes del patio. Tras las celosías de las ventanas se adivinaban rostros femeninos, y las voces curiosas levantaban un tímido runrún. Poco después apareció Derguín, vestido con unas calzas anchas y una casaca con las mangas abrochadas en las muñecas. A la izquierda, colgada del cinturón de cuero por dos presillas, llevaba la espada de instrucción, una hoja de acero embotada y recubierta por una capa de resina elástica. Se arrodilló y abrió los brazos. Mikhon Tiq le acomodó un peto de cuero sobre el pecho y lo ató con correas a la espalda. Tras comprobar que no se movía, le ajustó el yelmo, que era también de cuero, pero estaba además reforzado por una barra de hierro vertical sobre la que se cruzaban diez varillas más finas que protegían el rostro. A ambos lados del yelmo se desplegaban sendas alas que cubrían el cuello y los hombros, y por detrás se ataba con lazos que debían anudarse para caer hasta media espalda de la forma correcta. Una vez equipado Derguín, Mikhon Tiq acudió junto a Kratos y repitió la operación, pues era el único de los presentes que conocía el protocolo necesario para armar a un guerrero.

Cuando ambos estuvieron ataviados, Derguín inició una reverencia que Kratos correspondió. Ambos apoyaron las manos en el suelo e inclinaron los torsos hasta que las cabezas quedaron a un palmo del suelo. Después se levantaron, adelantando la rodilla derecha e impulsándose con la otra pierna. Las manos izquierdas acudieron a las vainas, los pulgares buscaron las guardas para ayudar en la tarea de desenvainar la espada. Con la espalda recta, cada uno de ellos avanzó dos pasos, adelantando primero el pie derecho y arrastrando después el izquierdo hasta su altura. En ese momento, las manos derechas fueron a las empuñaduras, y ayudadas por la otra mano extrajeron las armas en un movimiento casi acuático. Ambos realizaron un giro para llevarlas ante los ojos y después inclinarlas en un último saludo. Por fin, colocaron la mano izquierda al final de la empuñadura, bajo la derecha, de tal suerte que el meñique quedara al final del pomo, sin envolverlo, acariciándolo para equilibrar sus movimientos.

En aquel momento Mikhon Tiq, más tenso que los propios combatientes, pronunció la fórmula.

--*¡Tahedo-hin!*

KRATOS

Un ataque vertical a la cabeza para ver qué tal reacciona. Desprevenido ... ha desviado pero TOQUE. Revés a cuello, me bloquea mal, casi le rozo la cara. Retrocedo, me tira el primer golpe. Agarrotado, demasiado tiempo sin practicar. Contraataco cabeza lateral. TOQUE. Van dos, con éste lo habría matado. Intercambio de técnicas para que se confíe. Parece que se suelta un poco. Es un buen Ibtahán, tiene técnica, pero necesitaría años para llegar a Tahedorán. Le rodeo por la derecha, le bailo. Mueve bien los pies, con naturalidad. Proyecto técnica de *kisha* contra su vientre. Lo desvía con giro bajo de derecha a izquierda. Deja descubierto flanco derecho. Recobro posición con molino sobre mi cabeza y le golpeo costado derecho. TOQUE.

DERGUÍN

A ver qué hace... ¡cuidado, cabeza! Desviado, me ha tocado el hombro, maldita sea. Ya vuelve, bloquea, casi me da en la cara. Retrocede, aprovecha y tócalo. He estado lento. No sé qué les pasa a mis codos.

¡Mierda, me ha vuelto a dar! En Tahedo real estaría muerto. Ahora juega conmigo. No ha hecho nada especial, y ya me ha tocado dos veces. Llevo demasiado tiempo practicando solo. Está empezando a rodearme. Va a intentar atacarme a fondo. ¡Lo sabía! No, no puede ser tan rápido... No tiene sitio para maniobrar, es imposible, pero...

¡Me ha vuelto a dar! Tengo que hacerlo mucho mejor, pero no sé

--¡Protahitéi! -avisó Mikhon Tiq.

Retrocedo. Pronuncio los números. Si se le ha olvidado la primera aceleración, no voy a tener compasión de él.

El calor corre por mis músculos. Mierda, me duele todo. Aún no me he recuperado de la Urtahitéi, y han pasado cinco días.

Ya viene a mi cuello. Derecha, demasiado acelerado incluso para la Tahitéi. Retrocedo bloqueando, me desvío a la derecha y lo hago pasar.

TOQUE en la espalda. Se gira, está rabioso, debe controlar la embriaguez de la Tahitéi. Con

la segunda se volvería loco, no digamos con la tercera. ¿Qué demonios pretende ahora?

TOQUE, TOQUE, TOQUE.

No es capaz de dominarse. La Tahitéi lo supera. ¿Qué ocurriría si tuviera que combatir a pecho desnudo y a muerte? Ahora voy a atacarlo yo de verdad...

TOQUE.....

TOQUE..... TOQUE.....

TOQUE.....

Demasiado fácil. Sólo es un Ibtahán, sí, pero ¿cómo pretende llegar a maestro mayor? ¿Cómo pretende llegar a ser el Zernalnit?

Voy a desarmarlo...

Mierda, si no es por el casco me rebana la oreja. Se va a enterar ahora...

Ataque, ataque, ataque, bloqueo, bloqueo, ahora te voy a... me ha vuelto a parar. Atrás un momento para...

qué les pasa a mis brazos. Tengo que soltarlos, tengo que atacar sin miedo.

--¡Protahitéi! -avisó Mikhon Tiq.

Retrocedo. Pronuncio los números. No los he olvidado. Las voces de los espectadores se hacen más graves, más lentas. Ahora vivo en otro tiempo más rápido.

¡Que sensación! El calor corre por mis músculos. Es lo que me hacía falta. Atácale, atácale, ¡pero ya! Otro, y otro. Insístele el cuello. Parece que ni se mueve, pero siempre está allí. Es tan bueno que no le hace falta ni demostrar que es bueno. Se va a enterar de quién... ¡Mierda, me ha vuelto a dar! Mándale un torbellino de golpes.

¡Aaaggh! Me está vapuleando. Tira la espada y vete a un rincón a llorar.

Ahora viene de verdad, ha levantado los hombros. Está furioso, quiere demostrar que soy un cochino Ritión que no vale para nada.

¡Páralo, páralo, páralo! Mierda, es demasiado para mí. Me va a dejar en ridículo...

Está intentando quitarme la espada. Es un abuso. Se ha confiado...

¡TOQUEEEE!

Está furioso, pero es peor. Es un maestro, sabe utilizar su ira. Bloqueo, bloqueo, bloqueo, contra, contra, bloqueo... ¡A fondo y... !

¡Nooo! Bravo, muchacho, no me has dejado respirar. Vamos a pelear de verdad...

Lo rodeo, giro total y golpe de decapitación... ¡Bien por ti, Derguín!

Una serie de técnicas, como si fueras un Tahedorán de verdad...

Se ha soltado, bien, bien... Tiene naturalidad y es muy rápido. Ahí ha escogido mal... TOQUE.

Le ofreceré un falso hueco y le cogeré a la... ¿Cómo? Me ha pasado por encima y si no es por el yelmo me habría reventado la cabeza como un melón. Lo tengo detrás. Me giro fuerte y

¡TOQUEEEEE!

¡TOQUEEE!

¡Por los dioses, cómo gira, pero... ! Agáchate y tajo a la cintura... ¡TOQUE!

Viene, viene, viene otra vez...

No he visto tanta elegancia en mi vida... Si lo hubiera tenido de maestro...Lo estoy parando...

¡Mierda, me ha dado! Da igual, da igual... Me está citando, pero salto y a la cabeza. ¡TOQUE!

Eso no se lo esperaba. Diablos, demasiado rápido, ya...

Unnnnn...

El tajo cayó sobre la sien izquierda de Derguín con tal fuerza que lo derribó. El muchacho se incorporó y trató de levantarse, pero tenía la vista nublada y la mano que intentaba buscar apoyo en el suelo sólo aferró aire. Mikhon Tiq acudió a ayudarlo, mientras Kratos envainaba la espada, desanudaba las lazadas y se despojaba del yelmo. En el patio reinaba un extraño silencio. Kratos miró un instante a Derguín, al que Mikha ya había descubierto la cabeza. Después se dirigió a Linar, que había contemplado el duelo desde un rincón.

--Está bien. Podemos llevárnoslo. Lo entrenaré por el camino y a lo mejor consigo algo.

El mago asintió en silencio. Kratos se dio la vuelta para salir del patio. Mikhon Tiq, que se sentía tal vez más derrotado y humillado que el amigo cuyas virtudes había pregonado, se plantó ante Kratos con los brazos en jarra.

--¡No le has saludado al terminar el combate! ¡Debes mostrarle respeto!

El Ainari sonrió de medio lado.

--El día que termine en pie después de combatir conmigo, le saludaré. -Y después añadió en voz baja-: Tu amigo es mejor de lo que me esperaba. Pero no se lo dirás, ¿verdad?

Mikhon sonrió y se rascó la cabeza, tan azorado como si el elogio se hubiera dirigido a él.

--¿Eso crees? Ya te lo había dicho yo... -Y bajó la voz al darse cuenta-. Claro que no se lo diré.

Al día siguiente, por la tarde, Derguín acudió a los aposentos de su padre. La puerta estaba entornada, pero aún así la rozó con los nudillos. Nadie contestó. Al pegar la oreja a la madera le llegó el familiar ronquido de su padre, más suave y rítmico que el estrepitoso y sincopado de su hermano Kurastas. Pasó al interior. Cuiberguín disponía de un pequeño despacho, lleno de anaqueles donde los libros se alineaban disciplinados como soldados en formación. Por la ventana se colaba la luz cansada del atardecer. El viejo se había quedado dormido con la cabeza sobre los codos, y éstos extendidos sobre la mesa. A su lado descansaba el manuscrito en que llevaba media vida trabajando, un tratado sobre el Arte de la Espada. Derguín echó un vistazo a las últimas líneas. El trazo de su padre era grueso, como se correspondía a su vista cansada, pero las líneas rectas mantenían el pulso, y volutas y rizos se curvaban con elegancia. El idioma del texto era Ainari, no Ritión, pero Derguín lo leyó sin dificultad. Se trataba de una combinación de ataques y contraataques destinada al adiestramiento de Ibtahanes.

El propio Cuiberguín era un Ibtahán con seis marcas, como Derguín, y tenía autoridad para impartir clases hasta el tercer grado. A lo largo de su vida se las había arreglado para recopilar un gran número de manuales sobre el Tahedo y, al menos en la teoría, la espada no albergaba misterios para él. De hecho, cuando llegó a Zirna trabajó como maestro de esgrima. Después se casó con la hija de Olpos, un rico mercader en pieles, y desde entonces no tuvo más necesidad de ganarse el sustento. Pero mucho tiempo después, cuando ya tenía más de cincuenta años, descubrió en Derguín, su hijo tardío, virtudes para la espada. En cuanto tuvo la edad, lo mandó a Uhdanfiún para que se convirtiera en guerrero, pues era una buena opción para que un segundón como él conquistara posición y honra.

Así pues, era Cuiberguín quien más defraudado se había sentido por el fracaso de su hijo. Cuando Derguín volvió al hogar, expulsado con infamia, los años de los que hasta entonces se había defendido cayeron de golpe sobre Cuiberguín. Desde entonces se pasaba la mayor parte del día sin salir de su despacho, apenas intercambiaba algunos gruñidos con su nieta cuando ésta le llevaba la comida y se limitaba a escribir algunas páginas que casi siempre rompía para volver a empezarlas. En cuanto a Derguín, lo trataba con una cortesía tibia que a éste le dolía más que los latigazos con que habían castigado su indisciplina en Uhdanfiún.

--Padre...

Derguín le apretó el hombro. El viejo entreabrió un ojo, lo volvió a

cerrar y bostezó mientras su mano tanteaba en la mesa buscando apoyo para levantarse.

--Sigue sentado, padre. Soy yo, Derguín.

Cuiberguín arrugó las cejas para concentrar la mirada. Por fin pareció reconocer a su hijo, y por primera vez en mucho tiempo le sonrió. El corazón de Derguín saltó en silencio. ¿Acaso la visita de Linar había despertado al viejo de su apatía?

--Bien, Derguín. Te han ofrecido una segunda oportunidad que no esperábamos. ¿Vas a aprovecharla?

--Lo intentaré, padre -respondió Derguín, conteniendo su alegría.

--No lo intentes. Hazlo. Si no te ves *capaz*, ni siquiera pruebes.

Derguín asintió.

--Hoy casi me he sentido capaz de ello cuando he luchado contra Kratos. Al principio me vapuleó, pero al final conseguí tocarle cuatro veces. ¡He tocado al mejor Tahedorán de Tramórea, padre!

--Eso me complace -respondió Cuiberguín, haciendo tantos esfuerzos como su hijo por contener una sonrisa-. Pero quiero advertirte algo, Derguín. No es sólo el certamen por *Zemal*. Vas a verte involucrado en asuntos de gran alcance. No te comprometas por completo con nadie, y di sólo la mitad de la mitad de lo que pienses.

--¿No confías en Linar?

--Es noble, pero también poderoso, y los hombres poderosos ven a los demás como peones de ajedrez. Tú escucha lo que él te diga y medítalo, y hazle caso si sus palabras te convencen. Pero recuerda que tienes tu propio destino y que debes seguirlo.

--¿Cómo reconoceré mi destino?

--Cuando llegue el momento, deja la mente en blanco. Has heredado mi corazón de guerrero. Que él te guíe.

Durante unos instantes no dijeron nada más. Después, Cuiberguín se levantó apoyándose en el escritorio y entró al cubículo que se abría junto al despacho. Al poco rato apareció con un objeto alargado, envuelto en un viejo paño y atado con tiras de piel. Aunque las articulaciones le crujían, se puso de rodillas y, con dedos meticulosos, deshizo el paquete. El corazón de Derguín empezó a latir con fuerza, pues ya había adivinado que se trataba de una espada.

Cuiberguín descubrió una vaina de madera. Después, sostuvo el arma, con la parte curvada hacia abajo, y se la tendió a Derguín. El muchacho recordó lo que debía hacer, se arrodilló, agachó la cabeza hasta el suelo en señal de respeto y extendió los brazos para recoger el arma. Después contempló la vaina, que estaba tallada con escenas de cacería en las que un guerrero montado en un carro disparaba el arco contra un león de dientes de sable. Mientras la sostenía con la mano izquierda, cerró la derecha en torno a la empuñadura y, muy despacio, empezó a desenfundar, recordando que cuando se examina una espada

debe ser la funda la que abandone a la hoja, y no al contrario. Por fin, cuando todo el acero quedó al descubierto, dejó la vaina en el suelo, frente a él, y admiró la espada.

--Se llama *Brauna* y es regalo de un emperador, de Mihir Barok, cuando era mi amigo y mi señor, antes de que la soberbia lo cegase.

--Jamás me habías hablado de ello, padre... -repuso Derguín, sorprendido.

El pasado de Cuiberguín antes de llegar a Zirna era un secreto para su propia familia.

--Esta espada la forjó Amintas, y utilizó para ello una roca que cayó del cielo, al norte del país del Ámbar. Aún conserva el frío de su origen y la magia del chamán que arrojó sobre ella sus encantamientos. Con esta hoja Mihir Barok logró el trono de Áinar. Fue entonces cuando me la regaló. Después su corazón se llenó de orgullo, se enemistó conmigo y quiso recobrarla. Mas yo supe guardarla bien.

Maravillado, Derguín examinó aquella hoja que, si en verdad la había forjado Amintas, el mítico espadero, debía de tener casi tres siglos, y sin embargo brillaba como si acabara de salir de la herrería. Sus ojos recorrieron la *kisha*, la aguzadísima punta, y la *hasha*, la parte final del filo, y aunque sintió la tentación de tocarlas con los dedos, no se atrevió, pues sin duda se cortaría y profanaría con su sangre la pureza del acero. A todo lo largo de la espada corría un delicado trazado de olas simétricas, la exquisita línea del templado. Después, con ayuda de un pequeño gancho que le dio su padre, Derguín arrancó el pasador que mantenía la empuñadura en su sitio, levantó la espada en alto con la mano derecha y con el puño izquierdo se golpeó suavemente la muñeca hasta que la empuñadura se aflojó. Sólo entonces, con sumo cuidado, apartó las dos piezas y examinó la espiga del arma.

--Ahí puedes ver la firma de Amintas, grabada en runas del norte. Más abajo, en letras Ainari, está el nombre de los Barok. Pero al otro lado, bajo el agujero del pasador, hice inscribir el apellido de los Gorión, y ése es el que de verdad importa. Debes tratarla con respeto, Derguín, pues *Brauna* es más vieja que yo y que tú juntos.

--Parece recién bruñida...

--Hace poco la pulió un artesano de Malabashi que pasa por aquí todos los años, camino del sur. Yo sé guardar mis secretos.

Derguín montó la empuñadura y, siempre con el mismo cuidado, guardó la espada en su funda. Por fin, besó el pomo y dejó a *Brauna* en el suelo, entre su padre y él.

--Te la devuelvo, padre. No puedo aceptarla.

--Tómala, te he dicho. ¿Qué nombre has visto grabado en la espiga?

--El de los Gorión.

--Y tú eres un Gorión, ¿no?

--El menor de ellos.

--Pero eres el único que merece esta espada. ¡Empúnala como un guerrero!

Derguín tomó la espada y se puso en pie como si tuviera un resorte en las piernas. Esta vez ambas manos, la derecha que sostenía la empuñadura y la izquierda que sujetaba la vaina, se separaron a la vez. Todo sucedió en un instante, y *Brauna* trazó en el aire el arco resplandeciente de la Yagartéi. Si hubiese habido una cabeza en su camino, habría rodado por el suelo.

--No te embriagues. Es como un buen vino: poco a poco. Pero recurre a ella cuando tengas que hacerlo, pues es una buena amiga y no te será fácil mellarla. Ni el propio Togul Barok posee una mejor. Si sabe que la tienes, tal vez pretenda reclamártela.

Derguín se sintió extraño al imaginarse que el príncipe de Áinar pudiera disputar con él por una rencilla entre sus padres.

--No pienses en vengar en Togul Barok una antigua ofensa -le advirtió Cuiberguín, leyéndole el pensamiento-. Recuerda quién es él y quién eres tú.

Derguín golpeó y tajó el aire unas cuantas veces, y el silbido de la hoja lo complació. Después volvió a enfundar a *Brauna* y de nuevo la besó, pues la espada siempre ha de ser venerada.

--Sé que estos años has estado dolido conmigo.

--Padre, no hace falta que...

--Piensas que me sentía defraudado.

Derguín agachó la cabeza.

--En este tiempo sólo encontré tu silencio.

--No era decepción, Derguín, sino rencor, porque el destino había cometido contigo la misma injusticia que cometió conmigo. Traté de olvidar y pensé que era mejor dejar que te resignaras en vez de amargarte en vano. Mas el corazón que se colmó de amargura fue el mío.

»Ahora se nos concede una segunda oportunidad, hijo. Si consigues la Espada de Fuego, una pequeña parte de ella me pertenecerá.

Derguín apretó la mano de su padre.

--Te pertenecerá toda entera. Tú has sido mi verdadero maestro.

--Lo entiendes, ¿verdad? ¿Quién que haya blandido alguna vez una espada no ha soñado con poseer a *Zemal*, la reina de todas? Tú la vas a conseguir, porque la deseas más que nadie en el mundo, porque te empujan tu deseo y el mío.

Derguín agachó la cabeza y se tragó una lágrima. Después miró a su padre a los ojos y le dijo:

--Te prometo que volveré y en esta misma habitación te ofreceré la Espada de Fuego.

--¡Que Tarimán te oiga!

Así se despidieron. Si volvieron a verse en vida o no, es algo que queda aún muy lejos del presente relato.

RÍO EDIDOS. AQUI EMPIEZA EL DISTRITO DE EIDOSTAR

Debajo de las letras oficiales rezaba el siguiente mensaje, escrito a mano:

SI VIENES AQUÍ ES QUE TIENES MUCHOS C...
PERO LOS PERDERÁS SI ENTRAS POR ESTOS RINCONES

El gigante embozado había nacido en Koras, pero jamás había puesto los pies en el Eidostar. La fetidez y el hacinamiento de aquel suburbio, que le había brotado a la capital como una enorme pústula, se hacían aún más insanos bajo la luz verde de Shirta. Durante el día había caído una tormenta, y ahora las calles sin empedrar aparecían sembradas de charcos, cuyas aguas se mezclaban con los riachuelos negros que arrastraban las inmundicias arrojadas desde las ventanas. Chapoteando entre ellos, correteaban unas ratas oscuras y feroces, tan grandes que se atrevían a plantarles cara a los perros callejeros. Ratas y perros competían con los mendigos por los restos de comida que se escondían entre las montoneras de despojos. Si fuera de día también se habrían visto cerdos, pero por la noche sus dueños los recogían para que nadie los sacrificara antes de tiempo. Las calles culebreaban estrechas, cercadas por paredes de adobe malamente secado al sol, tan blando que para los ladrones era a menudo más fácil horadar un muro que derribar una puerta; eso, cuando las casas guardaban algo que mereciera la pena robar. Entre la basura y el barro se advertían formas oscuras, cuerpos acurrucados en posiciones desmadejadas, tal vez dormidos o borrachos, o acaso muertos. De cuando en cuando, de una ventana tapada con pergamino salía una luz amarillenta y voces y risas destempladas. Cuando pasaban por una plazoleta se abrió una puerta. De ella salieron dos individuos siniestros envueltos en capotes que

arrastraban del brazo a un par de fulanas y cantaban a voz en cuello. Al ver al gigante embozado y a su escolta, se tragaron su canto, se dieron la vuelta y entraron de nuevo a la mugrienta taberna de la que habían salido.

Cinco hombres acompañaban al gigante: cuatro soldados uniformados con casacas negras bajo las armaduras de metal y cuero, y Kirión el Serpiente. Éste miraba a los lados y husmeaba con su enorme y ganchuda nariz como si aquellos hedores le trajeran gratos recuerdos. Kirión había nacido en el Eidostar. De las ratas de ese arrabal aprendió a hozar y escalar en la basura, y también adquirió la crueldad que le había ayudado a ascender en el ejército. La ocasión de convertirse en general pese a su origen le llegó ocho años atrás, cuando los veteranos de la frontera del noroeste se levantaron para reclamar seis meses de pagas atrasadas. Dos generales intentaron reprimir la insurrección, y a ambos los ahorcaron los rebeldes, hasta que al fin el emperador se decidió a enviar a Kirión. El Serpiente se frotó las manos y actuó a placer. No se privó de ningún refinamiento: hierros al rojo, flagelos, bronce fundido y vertido en la garganta o en el ano, descuartizamiento con sal en las heridas, empalamiento al sol, calderas a fuego lento, rebeldes que se veían obligados a devorar sus propios intestinos. Kirión sacrificó a más de tres mil hombres, pero aseguró la frontera y desde entonces se ganó la confianza del emperador, y más tarde la de su hijo.

--Allí es donde nos han dicho --susurró el Serpiente, acercándose al gigante embozado.

Se detuvieron ante una casucha encajonada entre dos edificios destartados, junto a la fuente de los tres caños herrumbrosos que tenían como referencia, y llamaron a la puerta. Al cabo de un rato, se abrió un postigo tras el que asomaba un rostro fundido con las sombras.

--Hemos venido a consultar con tu amo.

--¿Has dicho mi amo? -respondió una voz en el acento arrastrado del Eidostar-. ¡Yo no tengo amo!

Otra voz llegó desde el interior.

--Déjalos entrar, Dritos.

La puerta se abrió con un quejido de óxido. El gigante ordenó a los escoltas que aguardaran fuera, y él entró en la casucha con Kirión. El hombre al que habían llamado Dritos, un pillastre de mirada insolente, cerró y se volvió para examinarlos a la luz de un cabo de vela. La mayoría de aquellas ratas de suburbio eran hijos de labriegos arruinados que habían trasladado su miseria del campo a la ciudad. El filósofo Brauntas había propuesto una forma de limpiar Koras: prender fuego al Eidostar por los cuatro costados, pero no sin antes cercarlo con el ejército imperial para evitar que las sabandijas que lo poblaban escapasen de las llamas.

El otro morador de la casa era un viejo que vestía una túnica

grasienta y sostenía con mano temblorosa una lamparilla de cerámica. Su voz aguardentosa hacía pareja con su nariz, sembrada de bubas y venillas.

--Bienvenidos a mi humilde hogar, señores. Acompañadme a la bodega, si os place, y acabaremos cuanto antes.

Guiados por el viejo, bajaron la escalera que conducía al sótano. La madera de los peldaños crujió bajo sus pies. Llegaron a un corredor de paredes labradas en la roca que se perdía más allá de las luces. Caminaron durante unos minutos. El aire era húmedo y olía a moho y a orines. Kirión se acercó a su señor y le susurró que tal vez no fuera prudente seguir, pues se estaban alejando demasiado de la escolta. El gigante desechó sus temores. Poco después, la galería dobló a la izquierda y empezó a descender. El suelo era irregular y los hilos de agua que se filtraban de las paredes lo hacían resbaladizo. Tras varios recodos, el túnel desembocó en una estancia más amplia. El viejo encendió unos candelabros que revelaron su forma. Era una cripta circular de unos siete metros de diámetro, techada por una falsa cúpula de hiladas de mampostería. Reinaba un olor agrio y dulzón a la vez. Las paredes estaban adornadas con dibujos y grabados esotéricos, que compartían la piedra con mensajes obscenos y maldiciones surtidas.

--¿Adonde nos has traído? ¿A una guarida de delincuentes? - preguntó Kirión.

--¡No, no, señores! -respondió el viejo, frotándose las manos-. Todo aquí cumple su misión. Si lo decís por lo que veis en las paredes, se trata de invocaciones, pues algunos espíritus son muy rijosos.

--¿Y a cuál de ellos vas a invocar?

--Paciencia, señores -respondió el viejo, hurtando el lomo como un perro apaleado-. Controlo numerosos poderes y tengo relación con muchas potestades del otro mundo, que sin duda os dirán lo que queréis saber.

El gigante apoyó la mano en una larga mesa de madera, y sintió algo frío y húmedo en ella.

--Ten cuidado, señor. Ésa es la mesa de la invocación.

No era sangre, como se había temido el gigante embozado, sino vino. Sin embargo, al examinar la madera con más atención descubrió unas manchas parduscas en las que reconoció sangre, ya antigua. Había también cuatro argollas clavadas a la madera y unos signos casi borrados.

--¿Qué vas a hacer, sacrificar un cerdo o un pollo? -se burló Kirión.

--Por desgracia los cerdos no sirven para este ritual, señor. Los dioses les otorgaron sabrosos atributos, pero entre ellos no se cuenta el don de la palabra. No, debemos hacer un sacrificio... humano.

Al decir esto, su mirada se volvió hacia Dritos. Éste, al comprender para qué lo habían hecho, dejó caer la vela y sacó un estilete del cinto.

--¡Un momento! ¡No me conocéis si creéis que me vais a poner la mano encima! -los amenazó.

--Y tú, ¿me conoces a mí?

El gigante se retiró por fin el embozo. La luz temblorosa de los candelabros reveló una negra melena que caía sobre unos rasgos duros y alargados. El hombre dio un paso más, y las sombras huyeron de las cuencas de sus ojos. En cada uno de ellos brillaban dos pupilas que compartían un iris verdoso y alargado.

--Togul Barok...

Dritos susurró el nombre del príncipe como si hubiera visto a un demonio del inframundo. Sus dedos se aflojaron y dejaron caer el estilete. El príncipe de Áinar dio dos pasos hacia él, lo agarró por los codos, lo levantó en vilo y lo puso sobre la mesa. Cuando el ratero vio sus muñecas y tobillos aherrojados, comprendió que la noche no iba a ser tan provechosa como había imaginado.

Togul Barok se apartó y le hizo una seña al viejo, que al conocer la identidad de su visitante se dejó caer de rodillas y clavó la frente en el suelo.

--Mi señor... Alteza... No sabía que tú...

--Levanta. Quiero respuestas. Me han dicho que tu magia las da.

El viejo se levantó, pero siguió haciendo reverencias a cada momento, ignorante de qué protocolo debía seguir ante el hijo del emperador. Dritos, recobrado del estupor inicial, les dedicó todo tipo de improperios mientras se debatía en vano contra los grilletes.

--Tiene una voz muy desagradable. ¿No puedes hacerlo callar?

--Por desgracia, señor, necesitaremos su voz. Pero no te preocupes. Pronto dirá tan sólo lo que os interese escuchar. En cuanto beba esto...

El viejo se agachó y recogió de debajo de la mesa una jarra de barro, cuyo contenido vertió en un vaso de cobre. La pócima caía a cuajarones, y ni por su olor ni por su textura parecía inofensiva. Togul Barok preguntó de qué se trataba.

--Es una mixtura de sangre de escuerzo, cenizas de feto humano, hojas de yedra machacadas, cristal tóxico de los montes Elbor... Hay más ingredientes, pero no quisiera aburriros. El resultado es un veneno de efectos curiosos -añadió, mientras acercaba el vaso a la boca de Dritos-. Perdonad mi atrevimiento, pero si me ayudarais a administrárselo...

El príncipe tapó con una mano la nariz del malhechor y con la otra le estrujó las mejillas para que abriera la boca. El viejo vació el líquido nauseabundo en la garganta de Dritos y después le cerró las mandíbulas.

--Observa, Alteza.

Dritos agitó la cabeza unos segundos y después quedó inmóvil, con

los ojos fijos en el techo. El viejo sacó de su túnica un cuchillo curvo, le desgarró la ropa y dejó al descubierto su pecho. En él clavó la hoja y practicó una larga incisión hasta el costado. Al lado puso una palangana para recoger la sangre que brotaba de la herida.

--Ahora no siente ni padece, o al menos no puede manifestarlo. Su cuerpo aún vive, pero su espíritu lo ha dejado vacío, y por ello puede servir de morada a otros númenes.

Los ojos de Dritos, forzados a mantenerse abiertos, se estaban llenando de lágrimas. El viejo comenzó su invocación.

--¡Espíritus que moráis bajo la superficie del suelo! ¡Vosotros, que amontonáis tesoros en los cimientos de la tierra! ¡Vosotros, que atormentáis las noches de los mortales con ensueños ora veraces, ora engañosos!

Togul Barok estaba absorto en el ritual. No era entusiasta de las artes negras, pero la Espada de Fuego justificaba tentar todos los recursos.

--¡Tomad como ofrenda la sangre de esta indigna víctima, venid a beberla a su cuerpo! -El viejo tomó la bacina, llena ya de oscura sangre, y vertió su contenido en la boca entreabierta de Dritos-. ¡Acudid, espíritus subterráneos, y decidme lo que debo saber!

El viejo siguió salmodiando sus invocaciones. Togul Barok empezó a impacientarse. Brauntas, su preceptor de filosofía, sostenía que todos los magos eran unos charlatanes, y acaso tuviera razón.

--Un momento... -susurró el viejo-. Ya viene... -Agachó la cabeza, se recogió las descoloridas guedejas y pegó la oreja al pecho de Dritos, pringándose la cara de sangre-. Ahí está. No, no, ahí *están*. Deben de ser por lo menos tres o cuatro. ¿Deseas preguntar ahora, Alteza?

Togul Barok asintió, con las cuatro pupilas fijas en la boca sanguinolenta del ratero.

--Quiero saber dónde está *Zemal*.

Una voz ronca que parecía llegar de las profundidades del infernal Prates le contestó:

--¿*Quieres saber dónde está la Espada de Fuego?*

--Eso he dicho. ¿Quién eres? -repuso el Príncipe, impaciente.

Los labios de Dritos no se habían movido. El espíritu parecía utilizar su pecho como caja de resonancia.

--¿*Quieres saber quiénes somos?* -preguntó otra voz, aún más grave que la primera.

--Ya te he dicho que son varios, Alteza -explicó el viejo.

--Y también insolentes -repuso Togul Barok-. He hecho dos preguntas y aún no me han contestado.

--Perdóname, Alteza, pero hay que tener en cuenta que los espíritus no son como nosotros. Sufren en su mundo de sombras, y como venganza les gusta atormentar a los mortales. Si no pueden

hacernos daño físico, al menos intentan burlarse de nosotros.

--Pues fuérganos a que me digan la verdad.

El viejo asintió, y cerró la boca de Dritos. Los ojos del inerte malhechor estaban rojos y anegados de lágrimas.

--Habládnos con palabras verdaderas o no volveréis a salir por la boca de este hombre. Dadnos respuestas ciertas u os quedaréis confinados por siempre en su miserable cuerpo.

Después volvió a separarle los labios. Una voz atiplada respondió:

--*Pregunta y te contestaremos. No queremos quedarnos en este mortal. Su cuerpo es sucio y maloliente.*

--Mi señor pregunta por *Zemal*, la Espada de Fuego. Quiere saber dónde está.

--*Nunca fui un héroe ni luché por la Espada. A otro has de preguntar* -respondió la voz.

Togul Barok miró al viejo con expresión suspicaz.

--A otro pregunto, a otro de los espíritus que se han alojado en este mísero cuerpo. ¿Dónde está la Espada?

La primera voz respondió:

--*El señor Tarimán, cuyo poder llega hasta las profundidades, se enfurecería si reveláramos el secreto paradero de su arma. Pero puedo decirte qué héroes lucharán por ella, sus nombres y ciudades.*

Togul Barok, que había estado inclinado sobre el cuerpo de Dritos, se incorporó y miró al viejo.

--Pierdo el tiempo escuchando cosas que ya sé o que puedo averiguar por espías. Si he recurrido a la magia es porque quiero saber dónde se encuentra la Espada de Fuego.

--Sí, Alteza -contestó el anciano, tragando saliva-. ¡Espíritus de las profundidades, decidme dónde se encuentra *Zemal*!

--*¡Qué engañosas son las palabras de los mortales!* -exclamó la voz atiplada-, *Acudí a tu invocación para saciarme de sangre negra y recibir noticias del mundo de los vivos, y soy yo quien debo contestar a preguntas que no me complacen. Busca... al este, en... en tierras de...*

Togul Barok hizo chasquear la lengua y curvó apenas los labios.

--Decepcionante.

--No te entiendo, señor... -balbuceó el viejo.

--Al palacio imperial de Koras acude todo tipo de artistas y charlatanes. No hace más de un año que presencié la actuación de un ventrílocuo bastante mejor que tú. Al menos no movía la boca.

--¿Cómo? ¿Insinúas, Alteza, que yo estoy tratando de... ?

Las palabras del viejo murieron en su boca, ahogadas por unos dedos cárdenos que se habían cerrado sobre su garganta. El príncipe y Kirión dieron un respingo y retrocedieron asustados. Dritos había arrancado de cuajo un grillete para aferrar el cuello de su verdugo. Después se incorporó rompiendo la otra argolla y habló, moviendo sus

propios labios. Pero la voz que brotó de ellos no le pertenecía ni a él ni al falso hechicero, ni quizá a ninguna criatura que morara sobre la faz de la tierra.

--¡VIEJO ESTÚPIDO, HAS JUGADO CON FUERZAS QUE NO PUEDES COMPRENDER! CREADOR DE MENTIRAS, EL PAGO POR DESPRECIAR LAS VERDADERAS ARTES NEGRAS ES SIEMPRE EL MISMO: ¡LA MUERTE!

Mientras los dedos del ladrón se clavaban como garfios en el cuello del viejo, una espantosa metamorfosis se operó en el rostro de Dritos.

--¡Mira, mi señor! -exclamó Kirión.

Era ocioso decirlo, pues el príncipe no tenía ojos para otra cosa. Los rasgos del ladrón estaban transformándose entre horribles crujidos de huesos, rezumar de sangre y desgarrones de piel, como si una mano invisible los moldeara desde dentro. Poco a poco fue definiéndose un rostro distinto, una máscara de facciones finas que hubieran sido bellas de no estar bañadas en sangre y surcadas de grietas.

--¡CONTEMPLA MI ROSTRO, VIEJO! ¡GUÁRDADLO EN TU MEMORIA, PORQUE SERÁ LO PRIMERO QUE TE RECIBA EN EL INFIERNO!

La mano que había sido de Dritos se cerró aún más. Con un último esfuerzo, los dedos se unieron, aplastándole la tráquea al viejo, que cayó al suelo como un guiñapo.

Togul Barok desenvainó la espada, dispuesto a decapitar a aquella abominación.

--¡ALTO, MI SEÑOR PRÍCIPE! -Dritos giró el cuello y unos ojos inyectados en sangre se clavaron en los de Togul Barok-. PERMITE QUE ME SIRVA DE ESTE CUERPO UNOS INSTANTES MÁS. ESE ESTÚPIDO VIEJO ME HA OFRECIDO LA OPORTUNIDAD DE HABLAR CONTIGO ANTES DE LO QUE ESPERABA.

--¿Quién o qué eres? -preguntó Togul Barok, sin guardar la espada.

La criatura esbozó una sonrisa desollada. Los esfuerzos de la metamorfosis habían arrancado los dientes de su boca.

--EL DESEO DE ULMA TOR ES AYUDARTE, MI SEÑOR.

--Entonces contesta: ¿dónde está la Espada de Fuego?

Kirión se admiró del aplomo del príncipe. Pero no en vano su señor era el elegido de los dioses.

--NO LO SÉ, MI SEÑOR. -Aquellos rasgos torturados se contrajeron en un fingido gesto de aflicción-. AMPLIOS SON MIS PODERES, PERO EL SECRETO DE *ZEMAL* ESTÁ BIEN GUARDADO. NO CONOCERÁS SU PARADERO HASTA QUE NO TE LO REVELEN LOS PINAKLES.

--Entonces, ¿qué ayuda puedes brindarme, engendro del infierno?

--NO ME LLAMES ASÍ, MI SEÑOR. MI ROSTRO NO ES TAN HORRENDO COMO ÉSTE. -Su voz se rompió en un gorgoteo-. SIETE HABRÉIS DE SER LOS QUE COMPITÁIS POR *ZEMAL*, UNA JAUKA. TUS RIVALES SERÁN APERIÓN DE LA HORDA ROJA, TYLSE DE ATAGAIRA,

DARNIL-MUGUNI-RAHIMIL EL AUSTRAL, KRATOS EL AINAIRI, KRUST DE NARAK Y DERGUÍN GORIÓN.

--Derguín Gorión... -musitó el príncipe.

Aquel nombre le era desconocido, pero sin saber por qué se sintió desasosegado.

--TE AYUDARÉ CONTRA ELLOS. TENDRÁS QUE SUFRIR, PERO...

Las últimas palabras fueron inaudibles. Togul Barok se precipitó sobre el cuerpo de Dritos y lo sacudió para que siguiera hablando. Al hacerlo, sintió cómo la carne se deshacía entre sus dedos. En un último estertor, le pareció oír:

--... NOS VEREMOS...

Se apartó, asqueado. De pronto habían brotado por los ojos, la nariz y la boca de Dritos enormes gusanos que devoraban su carne con avidez. El hedor era insoportable.

--Vámonos, Kirión.

--Esperaba que dijeras eso, mi señor.

El príncipe sonrió con sarcasmo.

--Si tu nariz es tan delicada como grande, supongo que esto debe de ser horrible para ti.

Y salió de la cripta a grandes zancadas. Kirión fue tras él, con una torva sonrisa: nadie en el mundo se hubiera atrevido a meterse con su nariz, salvo su señor Togul Barok.

BIENVENIDO SEAS A ÁINAR, EXTRAJERO

SI TRAES LAS MANOS Y EL CORAZÓN LIMPIOS.

CAIGA SOBRE EL MALVADO LA MANO DE ANFIÚN

El saludo del arco de piedra estaba escrito en letras imperiales, adornadas con las barrocas curvas y los rizos que traían de cabeza a los cinceladores y que hacía cien años se habían dejado de utilizar. A ambos lados del camino, sendos leones de dientes de sable advertían con sus fieros ojos de obsidiana de que aquella bienvenida no era incondicional, pues los viajeros acababan de penetrar en los dominios del dios de la guerra.

Habían empleado seis días para llegar allí, viajando a buen ritmo. En parte, las jornadas habían sido tan largas porque Linar deseaba

alejarse de Corocín cuanto antes. Durante muchas leguas, la Ruta de la Seda había corrido paralela a la linde del bosque. A la izquierda de la calzada se extendían tierras de espinos y matorrales y quebradas de tierra seca y rojiza, mientras que en la margen derecha crecía sin transición la espesa vegetación de Corocín. Desde tiempos olvidados, la línea de sus árboles se mantenía allí, sin avanzar ni retroceder un palmo. Cuando por fin perdieron de vista el bosque, Linar se sintió aliviado. Corocín era tan viejo como los reinos de Tramórea, y quizá más. Alguien que ha visto caer generaciones de hombres como las hojas siente con más angustia cómo se deslizan las arenas del tiempo, y necesita atarse a la tierra y a sus hijos perennes. El alma del bosque era inmutable en un mundo que cambiaba sin cesar, que ardía en las llamas del Gran Fuego que nunca permanece igual.

Ahora, bajo el arco de piedra, Kratos agachó la cabeza y musitó una plegaria. Mikhon Tiq se burló de él.

--¡El fervoroso patriota regresa a su hogar!

Kratos estaba tan contento por volver a pisar el suelo de Áinar que no se ofendió. Temía, sin embargo, que no habrían de pasar mucho tiempo dentro de sus fronteras. Nadie conocía el paradero de *Zemal*, pero todos sospechaban que la Espada se encontraba en algún lejano lugar al oeste de la Sierra Virgen. Cuando los Pinakles revelaran dónde, les convendría abandonar Áinar lo antes posible, pues Kratos estaba seguro de que Togul Barok intentaría deshacerse de sus rivales mientras permanecieran en sus dominios.

El príncipe contaba con esa ventaja y con otras muchas. Derguín y Mikhon Tiq le habían visto competir en los juegos en honor de Taniar y se lo habían contado a Kratos. Su adversario era un Tahedorán del octavo grado, un instructor de Uhdanfiún. En aquella jornada, de la que se habló por mucho tiempo, el príncipe, poseído por un demonio interior, apabulló a su rival con una lluvia de golpes. Derguín aún recordaba el tajo aterrador con el que le había roto el cuello a pesar de la protección de cuero.

--Su técnica es casi perfecta -explicó-. Pero además, todos los que se han cruzado con él comentan que sus golpes son tan fuertes que los brazos se acaban acalambrando tan sólo de intentar detenerlos. Al final mina la resistencia de cualquiera.

--Pues entonces te enseñaré a ser un junco. En doblarse está la fuerza.

Pero a pesar de sus palabras, pensó que lo mejor sería tomar sobre él toda la ventaja posible. Aunque no lo reconociera, incluso el gran Kratos sentía un escalofrío ante la idea de enfrentarse con Togul Barok.

--¡Izhom! ¡Cra! ¡Icos! ¡Icos! ¡Cra!; Decu!; Cra!... ¡Mal, mal, mal!
¡Te he vuelto a pillar! ¡Concéntrate de una vez, o dedícate a partir leña,
que es lo único para lo que vales, hijo de una vaca y un pollino!
¡Dehom! ¡Frempe! ¡Cra!

Linar y Mikhon Tiq, sentados en el suelo, contemplaban con interés aquella extraña lucha. Kratos combatía a cuerpo, mientras que Derguín llevaba encima el peto y el yelmo; pero por debajo de éste tenía los ojos vendados. Eran los gritos de Kratos los que le advertían dónde iba a descargar el golpe, si en el cráneo, en las sienes, en el pecho, en los costados o los brazos o en cualquier otro lugar del cuerpo. Pero la voz de aviso llegaba casi a la vez que el ataque, y Derguín apenas tenía tiempo de interponer la espada de madera entre su cuerpo y el arma de Kratos.

--¡Alto! -gritó Kratos-. Un momento de descanso. No, no te quites el casco. He dicho un momento.

Derguín trató de recobrar el aliento. Era mediodía, el sol caía de plano sobre ellos y bajo el cuero del yelmo la cabeza se le recocía y el trapo que le cubría los ojos estaba empapado de sudor. Nunca había entrenado de aquella manera, y no estaba seguro de si combatir a ciegas servía para mejorar sus reflejos o tan sólo para que Kratos lo vapuleara a conciencia.

--Se acabó el descanso. ¡Cra! ¡Desi! ¡Isi!

La lluvia de golpes se convirtió en una granizada. Sin avisar a Derguín, Kratos recurrió a la primera aceleración. El muchacho advirtió el cambio en la voz del maestro, y tuvo apenas tiempo para pronunciar la fórmula de Protahitéi que lo aceleró a él también. Mikhon Tiq volvió a admirarse de aquel cambio repentino que obraba en los contendientes y los hacía moverse con una agilidad imposible. Las espadas apenas se veían y el repiqueteo de filo contra filo recordaba al de una castañuela. De pronto, Derguín bajó la guardia y Kratos lo derribó con un tajo lateral. Después empezó a insultarlo para que se levantara, pero el muchacho se sacudía, presa de unas extrañas convulsiones. Linar y Mikhon acudieron a ayudarlo alarmados, mientras Kratos le desataba las cintas del casco. Sólo al quitárselo descubrieron lo que ocurría. Derguín estaba riéndose con carcajadas histéricas, que por efecto de la aceleración parecían agudas como las risillas de un gnomo.

--¡Desacelérate y deja de reír, maldita sea! -le ordenó Kratos, sacudiéndolo por los hombros.

Derguín se sentó en el suelo, se quitó la tela que le cubría los ojos y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

--Lo siento, *tah* Kratos. -Reprimió un nuevo ataque de carcajadas y

trató de explicarse-: No he podido evitarlo. ¡Me hablabas tan rápido que parecías una carraca!

Kratos puso los brazos en jarras, enojado. Pero Mikhon Tiq empezó a reírse también.

--¡Pues si lo hubieras oído como yo, que no estaba acelerado! -Se tapó la nariz y empezó a recitar a toda velocidad y en falsete-: ¡Isi-cra-desi-isi-pe-isi-cra-blabla-blabla-blabla-blá... !

Kratos lo miró apretando las mandíbulas y entrecerrando los ojos, ya de por sí rasgados, pero la imitación de Mikhon Tiq era tan cómica que al final a él mismo le empezó a temblar la barbilla y, por fin, rompió a reír a carcajadas. Hasta el grave Linar se permitió sonreír.

--¡Está bien, está bien! -reconoció Kratos-. Mis métodos pueden parecer extravagantes, pero veréis cómo al final funcionan. ¡Arriba, que aún no hemos terminado!

Aún sometía a Derguín a pruebas más exóticas. En los pueblos y aldeas del camino, Kratos compraba sacos de cebollas, patatas o nabos. Después le arrojaba las hortalizas a Derguín, quien las partía por la mitad al vuelo. Al principio era casi sencillo, pero después Kratos empezó a lanzar los proyectiles con peores intenciones, y para colmo pidió a Mikhon Tiq y a Linar que se unieran a él. Para animar a Derguín a concentrarse en la labor, le prohibió llevar protecciones, y todo nabo o cebolla que escapaba de la barrera de su espada acababa estrellándose contra su cabeza, su pecho o zonas aún más dolorosas. El muchacho acabó desarrollando tal habilidad que lograba partir en dos una patata y aún volver a partir los dos trozos resultantes antes de que tocaran el suelo. Aunque los métodos de su nuevo maestro no podían ser más diferentes de los que le habían inculcado en la Academia, día a día su brazo se volvía uno con la espada.

La hoja que le había regalado su padre seguía escondida en la caja de un laúd. Ya tenía decidido el momento en que sacaría a la luz a *Brauna*.

El castillo de Dogar era la primera muestra auténtica del brazo de Ainar en la Ruta de la Seda. Cimentado sobre un cerro solitario, ocupaba la cota y parte de las laderas como un gigantesco animal de piel grisácea. En la parte baja, al pie de las murallas, crecía anárquico el poblado, una serie de posadas, almacenes y tiendas surgidas al amparo de la Ruta. Pensaban dormir bajo techo, por variar, pero todos los albergues estaban repletos. Se hallaban casi a mediados del otoño y la Ruta de la Seda hervía de viajeros que querían hacer los últimos negocios antes de que llegaran los auténticos fríos. Ya había anochecido cuando encontraron un establo cuyo dueño les arrendó por un par de

ases. Aunque olía a estiércol, era caliente, y ya estaban cansados de sufrir el relente y despertar entre rechinar de hombros y rodillas. Encendieron un fuego y asaron panceta y salchichas, que acompañaron con una hogaza de pan y un vino recio que les vendió el anfitrión. Las venas se les calentaron tanto como los pies. Derguín sacó el laúd y cantó una balada de las islas Ritonas. Después, Mikhon Tiq empezó una canción que narraba las increíbles gestas de Briakmat el Glotón. Kratos, que no la había oído nunca, se rió a carcajadas en el pasaje en que Briakmat, que venía resfriado del país de los Équitros, apagaba a estornudos el incendio de su morada.

--No ha sido mala idea traer el laúd -reconoció el Tahedorán, que había arrugado la nariz cuando lo vio al salir de Zirna-. ¿Conoces algo de Ainar?

Derguín asintió. Sus dedos arrancaron de las cuerdas agudas una melodía de una extraña sencillez, con un aire lejano y casi bárbaro. Después, acompañado por un arpegio que fluía como ondas de agua, empezó a cantar unos versos antiguos, con palabras que ya apenas se usaban y que despertaban ecos de tierras lejanas y días perdidos en la bruma. Pero el idioma era Ainari, y se trataba de un planto por Asheret, la esposa de Minos. Linar se sintió transportado a un mundo en el que su corazón era un poco más joven. El gran Minos, tras vencer en todas las batallas, incluso a los Inhumanos y su misterioso soberano, el Rey Gris, había visto impotente cómo la enfermedad consumía a Asheret en cinco días. Desesperado, el emperador había desaparecido sin avisar a nadie y se había perdido camino del este.

Derguín apagó el sonido de las cuerdas y se quedó mirando a las llamas. Mikhon Tiq le preguntó por qué había parado.

--Es una canción interrumpida. En este punto se terminan las crónicas, al menos las que son fiables. Muchos pueblos presumen de albergar los huesos de Minos, pero yo no creo nada de eso. ¿Qué nos puedes contar tú de él, Linar?

Mikhon Tiq objetó que aquel tema no le era grato a Linar, aunque la curiosidad le picaba tanto como a su amigo. El mago le sorprendió, pues contestó con la mirada perdida en las sombras.

--Minos era un hombre tallado en piedra. Tenía las manos grandes, los hombros huesudos, y le gustaba partir nueces entre el meñique y el pulgar para exhibir su fuerza. Sus ojos eran muy negros, pero traicionaban todo lo que pensaba. Su cuello y sus rodillas eran inflexibles: jamás se dobló ante nada, e incluso se negó a someterse a la muerte. Admirable, sí. -Linar meneó la cabeza y pareció volver a la realidad-. Pero no un buen ejemplo. Vivía desafiando la cólera del cielo, y la ruina le llegó... No, eso no lo contaré.

--¿De dónde le llegó la ruina, Linar? -insistió Derguín-. *Pratus bhloxí bhriktu?*

El rostro de Linar se demudó, y su ojo taladró a Derguín, que agachó la mirada, arrepentido de lo que había dicho. Mikhon Tiq lo advirtió y preguntó:

--¿Qué significan esas palabras?

--Hay nombres que es mejor no pronunciar -le respondió el mago.

--Nos ocultas demasiadas cosas, Linar -protestó Mikhon-. Estamos comprometidos en la misma tarea, tu vista alcanza más allá, y sin embargo no quieres decirnos lo que ves. ¿Qué es lo que temes?

En vez de contestar a su discípulo, Linar volvió a clavar su ojo en Derguín.

--¿Qué sabes tú del Prates?

El muchacho desvió la mirada y se rascó la punta de la nariz.

--Es un nombre que he encontrado en viejos libros, pero sé que es de mal agüero. Creo que se refiere al... infierno.

Kratos preguntó:

--¿De qué demonios estáis hablando? Dejaos de misterios y decid las cosas claras.

--No es tan fácil -le respondió Linar-. Siempre ha habido hechos que se ocultan a la mayoría, y también otros que se ofrecen a la vista de todos pero que nadie alcanza a entender. Os movéis en un estrecho sendero, rodeados por sombras que apenas atisbáis, salvo en vuestras peores pesadillas. Gracias a eso continuáis vuestro camino en la creencia de que todo a vuestro alrededor es luz. Los Kalagorinor vemos la oscuridad que rodea la senda, y tratamos de impedir que la invada, pues si las sombras acaban cerrándola... el hombre se perderá.

--¿Qué sombras son ésas? -insistió Derguín-. ¿Hablas en metáforas o te refieres a una oscuridad real?

Linar suspiró.

--Escuchad esto y medita sobre ello. No me interrumpáis, y cuando termine no me pidáis que os explique más, pues no lo haré.

EL MITO DE LAS EDADES

--Cuentan las viejas fábulas que al principio hubo una Edad de Oro, en que los hombres vivían dichosos, sin penar ni trabajar por su sustento, pues una primavera eterna hacía crecer las mieses y los frutos, y de las tierras vírgenes manaban ríos de leche y miel. No existían la guerra ni el hambre, el odio ni la mentira, el engaño ni la codicia, y los hombres caminaban codo a codo con los Yúgaroi, los grandes dioses, y hablaban con ellos en una misma lengua.

»Pero el corazón de los hombres es ardiente y su mente busca siempre algo más allá de lo que ve, mientras que los Yúgaroi son eternos e inmutables. Las dos razas se separaron porque ya no se

entendían, y los dioses dejaron de intervenir en la vida de los hombres. Al cabo, su recuerdo se volvió confuso y cada pueblo les dio nombres e imágenes distintos, y algunos hasta se atrevieron a afirmar que jamás habían existido.

»Trancurrieron eras, y surgieron y se hundieron reinos apenas intuidos. El hombre, en su camino vacilante, no dejaba, sin embargo, de avanzar hacia un único fin, que no era otro que el dominio total de la naturaleza. Aunque no tenía la ayuda de los Yúgaroi, ya no la necesitaba. Su ciencia crecía sin límites, y ni él ni los mismos inmortales sabían si habría un final para su carrera. Por fin, se levantó una civilización tan poderosa como no imaginaríamos ni en nuestros sueños más fabulosos. Los hombres no se contentaron con dominar la tierra, sino que conquistaron los astros. Lucharon contra la enfermedad y contra la misma muerte, y las arrinconaron, pues llegaron a conocer el secreto más escondido de la vida y lo manejaron a su antojo, y se dieron a sí mismos formas extrañas y poderes inconcebibles. Y sus armas eran tan devastadoras que los mismos Yúgaroi las temían.

»Entonces los dioses se reunieron en asamblea, asustados. El odio y el temor por los pequeños seres envenenaron sus corazones, y deliberaron cómo los podrían aniquilar. Tan grande era ya el poder humano que no se atrevían a luchar contra ellos frente a frente, de modo que usaron astucias e insidias para encizañarlos a unos contra otros. ¡Y es verdad que nunca ha sido muy difícil enfrentar a los hombres entre sí! Por culpa de los Yúgaroi, el linaje humano se enzarzó en la guerra más espantosa que jamás el mundo había presenciado. Los mares hirvieron, las tierras se abrieron en simas sin fondo que escupían fuego, las noches brillaron con las llamas de mil soles y los días se ensombrecieron con negras nubes de humo que tapaban el cielo de horizonte a horizonte.

»Y cuando los últimos hombres aún trataban de aniquilarse entre las ruinas de su civilización, cuando sus ciudades no eran más que humeantes montañas de escombros, en ese momento regresaron los dioses, guiados por el gran Manígulat y la lanza roja de Prentadurt, para señorear la tierra y esclavizar a los mortales. Y esta vez no pensaban dejar que les arrebataran su presa, aunque tuvieran que reinar sobre un mundo sin vida.

»Pero el corazón de los hombres no se inclina ni ante el poder de la muerte. Los supervivientes rehicieron sus exiguas fuerzas y las unieron contra los Yúgaroi. Esa fue la primera guerra declarada entre dioses y mortales. Aquel nuevo conflicto hubiera destrozado la tierra en mil pedazos y al final los Yúgaroi se habrían retirado a otros mundos, y no habría quedado ni el recuerdo de la estirpe humana. Pero entre ellos surgió la discordia cuando Tubilok, el oscuro hermano de Manígulat, rey de los dioses, se levantó de sus dominios infernales para reclamar el

trono de los inmortales. Los hombres no confiaban más en este dios que en los otros, pero prefirieron unir sus fuerzas con el extraño y sembrar la división entre los Yúgaroi, como éstos habían hecho con los propios humanos. Cien años de guerra siguieron a los anteriores. Por fin, todos los inmortales desaparecieron en los cielos, y la luz del sol alumbró una tierra irreconocible, un desierto humeante en el que apenas quedaba un hilo de vida.

»Los mortales reemprendieron la conquista de su mundo. Fueron tiempos muy penosos, pero poco a poco, generación a generación, los hombres se extendieron y sembraron de vida la tierra. Con el tiempo, surgieron nuevos y orgullosos reinos. Sombras del esplendor pasado, eran sin embargo mucho más poderosos que los que conocemos en nuestro tiempo; pues es así como todos los asuntos humanos tienden a la decadencia.

»Aquella fue la Edad de Plata, en la que poco a poco se curaron las cicatrices de las guerras y la desolación del pasado, pero también se borró el recuerdo del antiguo esplendor. Tan sólo en el este quedaba una antiquísima ciudad, el único vestigio de la civilización perdida, pero una maldición de los dioses la mantenía cerrada e inaccesible a los demás hombres, como si se hallara en otro mundo o en otro tiempo.

»En el libro del destino está escrito que la felicidad humana no puede perdurar. La amenaza regresó de los cielos. En la lucha entre los dioses, el hermano de Manígulat, el oscuro Tubilok, había prevalecido al fin, y volvía para adueñarse de Tramórea. Por desgracia, entre los humanos ya no existía un poder capaz de enfrentarse a la lanza de Prentadurt, que ahora se había vuelto negra en lugar de roja.

»Tubilok, acostumbrado a las tinieblas que reinan entre las estrellas, levantó de las profundidades de la tierra un velo siniestro, una espesa capa de cenizas que ensombreció los cielos de Tramórea. Aquella fue la Edad Oscura, que aún se recuerda con temor. Sin luz, los inviernos se hicieron interminables, las plantas languidecieron, las tierras de pasto quedaron baldías, los hielos se extendieron, los animales cayeron exánimes sobre el surco del arado y los hombres, pálidos y famélicos, dejaron de hacer sacrificios en los altares de los dioses. Pero a Tubilok poco le importaba, pues para él no había mejor sacrificio que el de los hombres que iban muriendo bajo el sombrío techo que cubría el cielo, que el del linaje humano arrastrándose hacia su inexorable extinción.

»Mas aún quedaba una esperanza, pues algunos de entre los Yúgaroi conspiraban para librarse de aquel tiránico soberano. Mientras Tubilok visitaba las llanuras de Trisia, Tarimán, el dios herrero, descendió hasta las llamas inextinguibles del Prates, la sima del infierno, aunque su nuevo rey se lo había prohibido con todo tipo de amenazas. Allí, a escondidas, forjó a *Zemal*, la Espada de Fuego. En su creación

invocó los poderes de la tierra y del cielo, los fuegos de los cometas, las luces de las estrellas, y los encerró todos en una hoja de brillo cegador.

»Pero la energía liberada por aquellos encantamientos lo delató. El rey Tubilok regresó a toda prisa de su viaje, hirió a Tarimán con su lanza (fue entonces cuando Tarimán quedó cojo, y no al nacer, como cuentan ciertos mitos) y lo arrojó a las tenebrosas mazmorras del inframundo. Mas el divino herrero tuvo tiempo de entregarle la Espada de Fuego a Ónite, la mensajera alada. Esta huyó perseguida por los pájaros negros de Tubilok, y cruzó medio mundo, y cuando al final supo que iba a ser apresada, dejó caer a *Zemal* sobre la ciudad prohibida del este, y así, sin saberlo, rompió la maldición que la mantenía cerrada.

»Allí, en las afueras de la ciudad prohibida, *Zemal* fue recogida por un hombre que había visto una estrella fugaz precipitándose en la noche. Su mano, guiada por su corazón o dirigida por el destino que ni a los dioses rinde cuentas, fue la primera que ciñó la Espada de Fuego.

»Zenort, pues así se llamaba aquel hombre, el primer Zemalnit, salió de los límites de la ciudad prohibida, sorprendido de que al otro lado existiera un mundo tan vasto. Durante un tiempo lo recorrió, luchando contra las bestias informes que se habían apoderado de Tramórea, y cuando Tubilok supo de su presencia hizo que lo llevaran ante él. Al principio lo trató como a un embajador, pues temía a los habitantes de la ciudad prohibida y deseaba saber si en ella pervivía aún el antiguo poder de los hombres que habían conquistado las estrellas y descifrado el secreto de la vida. Zenort no comprendía lo que veía, pues para él los Yúgaroi no eran ni tan siquiera un recuerdo. Pero las criaturas que rodeaban a Tubilok le repugnaban, y cuando supo las vejaciones y torturas que sufrían los humanos en las prisiones del Prates, empuñó la Espada de Fuego y con ella venció a Tubilok y le sacó los ojos.

»Por primera vez en mucho tiempo, el sol amaneció sobre Tramórea. Zenort liberó a los prisioneros de las mazmorras del Prates, entre ellos al dios Tarimán. Éste le juró que los dioses jamás volverían a mezclarse en los asuntos de los hombres, y después forjó unas cadenas para Tubilok, lo aherrojó y se lo llevó lejos. No muy lejos del Prates, en el extremo donde sale el sol, Zenort fundó la ciudad de Zenorta, y fue su primer rey, y jamás volvió a la ciudad prohibida. A partir de ese día empezó el cómputo de nuestra historia y de nuestros años.

»Se dice que Tubilok fue encerrado de la siguiente manera: Tarimán lo arrojó a un pozo de roca fundida, y después ordenó a Belistar, el viento del norte, que enfriara la lava con su aliento. La lava se solidificó alrededor de Tubilok, que quedó apresado en el corazón de la roca. Y después Tarimán arrojó aquella piedra a las profundidades de la fosa más profunda del mar, y los ojos del dios los escondió en la otra punta del mundo.

»Pero aun así el poder de Tubilok no quedó aniquilado. Cuentan que se durmió para no enloquecer en el tedio de su encierro, pero que las visiones de su mente enferma escapan de la piedra y se elevan como vapores venenosos del fondo del mar, y que emponzoñan los sueños de los mortales y tejen sus pesadillas. También se dice que sus sirvientes aguardan su regreso en las mazmorras del Prates y que cuando pueden se apoderan de las almas de los muertos para torturarlas.

»De lo que no existe duda es de lo siguiente: pese a la promesa de Tarimán, los Yúgaroi volverán. Pero en esta ocasión no les será tan fácil conquistar Tramórea como lo fue la última vez.

»Pues para eso estamos los Kalagorinor. Somos los que esperan a los dioses.

Las últimas palabras quedaron resonando como un tañido de bronce, de modo que durante unos instantes nadie se dio cuenta de que el relato había terminado. Linar estaba sumido en trance, con la vista perdida en la nada, como un profeta poseído por la divinidad. Derguín y Mikhon Tiq lo miraban boquiabiertos, cavilando en el sentido de todo lo que había dicho, pero Kratos se levantó y estalló.

--¿Qué significa esta absurda historia? Los dioses a los que adoramos no pueden ser nuestros enemigos. ¡No se puede hablar con tanta ligereza de los inmortales!

Salió del establo a grandes zancadas, con el puño crispado en la empuñadura de la espada. Sólo entonces el ojo de Linar parpadeó.

--¿Por qué se ha puesto así? -preguntó Mikhon Tiq.

--El conocimiento asusta a la mayoría de los hombres. Kratos no ha podido ni querido comprender nada. Le perturba descubrir que el pasado es mucho más largo y sombrío de lo que sospechaba, y le angustia la sugerencia de que los dioses sean nuestros enemigos. La verdad abrumba, excepto a los jovencuelos como vosotros, que no tenéis raíces y podéis dejar que el viento os arrastre de aquí para allá.

Derguín observaba el baile juguetero de las llamas. Por un momento, el viejo sueño de las tres pupilas lo asaltó, pero sacudió la cabeza para ahuyentarlo.

--¿Quién es ese maligno rey de los Yúgaroi? ¿Es de veras el hermano de Manígulat? Jamás he visto que se le ofrezcan sacrificios.

--Y la ciudad prohibida -intervino Mikhon Tiq-, ¿cómo se llamaba? ¿Sigue existiendo? ¿De verdad es más antigua que Zenorta?

La boca de Linar empezó a curvarse en un apunte de sonrisa, pero al instante controló la rebelión de su gesto.

--¿Es que nunca os saciáis de conocimiento? No es bueno abrir de golpe los ojos al sol cuando uno ha estado encerrado largo tiempo.

Fijaos en Kratos, que cree estar ahíto de conocimiento para el resto de su vida.

--Nosotros somos insaciables. Dinos lo que...

Linar levantó la mano.

--Dormid ahora. Mañana hemos de seguir camino.

El mago no volvió a pronunciar palabra. Con las piernas cruzadas, entornó el ojo y reclinó la cabeza sobre el pecho. Era así como dormía, o como aparentaba dormir. Pero los jóvenes estaban demasiado nerviosos para conciliar el sueño. Puesto que no dudaba de que Linar fuera capaz de protegerse solo, Mikhon propuso a Derguín que fueran a la posada cercana a tomar una cerveza y discutir sobre lo que acababan de escuchar. Así lo hicieron, y no regresaron hasta pasada la medianoche. Para entonces, Kratos ya estaba de vuelta, y roncaba junto a los últimos rescoldos del fuego.

En la fértil llanura que baña el Eidos se extiende orgulloso el antiguo país de Áinar, que una vez fue imperio, que quiere seguir llamándose así y que aún alienta sueños de conquista que hacen temer a sus vecinos. Es una tierra de viñedos al sur, de cereales en sus llanuras centrales, de pastizales al norte y de frondosos bosques en el oeste. Abundan en Ainar los metales, como el hierro, el cobre o la plata, e incluso el oro con el que se acuñan los imbriales que toda Tramórea reconoce como las monedas de mejor ley. Aunque sus riquezas son codiciables, Áinar está bien defendido por su poder militar, pues se ha forjado en guerras continuas y sus soldados no tienen parangón. El Tahedo que se enseña en su Academia es la herencia refinada del arte creado por Zenort el Libertador. Fue el Ainari Áscalos quien creó las técnicas de maestría, incluidas las Inimyas, las series superiores que aún se practican, y también fue él a quien los dioses revelaron el secreto de las Tahitéis, las prodigiosas aceleraciones que hacen invencibles a los Tahedoranes.

--Conozco toda esa historia, *tah* Kratos -protestó Derguín, con el cuerpo empapado de sudor.

Sus brazos agarrotados sostenían una barra de bronce con la que llevaba media hora practicando a modo de mandoble.

--Un Tahedorán debe penetrar en el espíritu del Arte. Los movimientos no son más que aire en los oídos si en cada uno de ellos no late la vida que los antiguos maestros les infundieron.

Mientras escuchaba, Derguín trataba de mantener la punta del mandoble en línea recta con su brazo derecho. Un calambre le corría desde el codo, y temía que se le desgarrara algún músculo y no pudiera coger la espada en varios días. Este cabrón Ainari quiere lisiarme para que no pueda luchar por *Zemal*, masculló, pero aguantó con el brazo firme, pues antes moriría que reconocer su debilidad ante Kratos.

--Está bien. Descansa un poco -le concedió el maestro.

Derguín dejó caer la barra y se desplomó sobre la hierba. De su torso, brillante de sudor, habían desaparecido los últimos restos de grasa y sólo quedaban músculos y costillas, que ahora se levantaban jadeantes.

--Yo puedo ayudarte -le dijo Linar.

El mago se sentó junto a él, le clavó los dedos en los brazos y los recorrió hurgando entre huesos y tendones como si quisiera desenterrarlos. Derguín rechinó los dientes y aguantó sin decir nada. Pasado el dolor, el efecto fue instantáneo: los antebrazos le quedaron sueltos y relajados, la inflamación de las venas desapareció y los dedos recobraron su movilidad. Derguín abrió y cerró los dedos, mirándolos como si de pronto pertenecieran a otra persona.

--Gracias, Linar. ¿Es magia, o sólo sabiduría?

--Para mí, ambas son una misma cosa.

Derguín se levantó y volvió a tomar la barra, decidido a vencer a Kratos en aquella nueva prueba. Pese a aquel peso digno de los brazos de un corueco, completó tres series elementales hasta que, por fin, cayó exhausto. Linar volvió a relajarle los brazos, y Derguín se levantó por segunda vez, pero Kratos lo contuvo con un gesto.

--Me está entrando hambre de verte entrenar con tantas ganas, *ib* Derguín. Creo que deberíamos comer.

Derguín no encontró fuerzas para contestarle.

Después de comer, Kratos se recostó contra un cancho mientras Linar y Derguín jugaban al ajedrez. Mikhon Tiq se alejó unos pasos y se sentó a la orilla de un riachuelo. Había en el agua unos insectos que se movían agitando innumerables patitas, como los remos de una diminuta galera. Mientras los observaba, meditó en la conversación que había tenido la noche anterior con Derguín, tras escuchar el relato de Linar.

--Linar te aprecia más a ti que a mí -se quejó con la sinceridad que le prestaba la segunda jarra de cerveza-. Pero su aprendiz soy yo, y no tú.

--Dale la vuelta a tu razonamiento. Mira cómo me trata a mí Kratos, y sin embargo a ti te ríe las gracias. Son los gajes que debemos sufrir los aprendices.

Pero ¿de verdad era él aprendiz de Linar? En el tiempo que llevaban juntos, el Kalagorinor apenas le había enseñado un par de habilidades, poco más que magia de feria, migajas del festín de maravillas que Mikhon Tiq esperaba recibir. Dentro de él se ocultaba la syfrón de Yatom, un inmenso castillo de sabiduría y poder, pero las llaves las guardaba Linar.

--Me raciona el conocimiento como si fuera un usurero. ¿De qué tiene miedo?

--Yo podría quejarme igual de Kratos.

--Pero tú no tendrías razón. Kratos se toma en serio tu adiestramiento. Gracias a él has mejorado mucho. No te había visto manejar la espada así ni siquiera en la Academia.

--¿De veras? -La esperanza iluminó el rostro de Derguín.

--Te lo puedo jurar. -Pero Mikhon no tenía ganas de cantar las alabanzas de su amigo, sino de dar rienda suelta a su propio despecho-. Cuando entrenabas he visto las cicatrices de tu espalda. Son profundas. Las mías apenas se notan.

--Fui yo quien se peleó con Deilos. Así que el flagelador se empleó más a fondo conmigo.

--¿No tienes ganas de vengarte? ¿De restregarles a todos esos malditos Ainari un triunfo?

Derguín agachó la cabeza y susurró:

--Precisamente estamos rodeados de Ainari, así que baja un poco la voz. Y no, no tengo ganas de vengarme. No creo que eso sirva para nada.

Derguín lo había dicho desviando la mirada, y se había tapado los labios sin darse cuenta, como si quisiera evitar que de ellos saliera aquella mentira.

--¡Y yo no te creo a ti! -estalló Mikhon-. Nos la jugaron, Derguín, y es justo que queramos resarcirnos. Ha llegado nuestro momento. Tú y yo somos jóvenes, mientras que Linar y Kratos están tan caducos como sus ideas.

--Son nuestros maestros. Podemos aprender mucho de ellos.

--No digo que no, pero ahora es tiempo de inventar nuevas formas. Si no ves que el mundo cambia, es que estás ciego.

--No se debe despreciar la tradición.

--¡No me hables como una vieja! Lo que yo propongo es tomar del pasado tan sólo aquello que nos convenga. No soy como Linar, que está convencido de que todo tiempo pasado fue mejor. ¿No has oído su historia? Primero fue la Edad de Oro, cuando los hombres eran muy felices. Luego llegó la de Plata, en que aún eran felices, pero ya menos. ¿Qué vendrá luego, la Edad de la Mierda?

--Si hay algo cierto, es que todo puede empeorar.

--Puede, pero no debe. La crónica de Tramórea no tiene que ser la

historia de la corrupción de un cadáver. ¡No pienses como un anciano!

--Yo no intento ser lo que tú quieres ser. Me limito al arte del Tahedo.

--¡No me vengas con ésas! Tú no eres un guerrero ignorante y sin seso. Te conozco bien y sé que buscas lo mismo que yo.

--¿Y qué buscas tú?

--¡La verdad! ¡El conocimiento!

Derguín levantó su jarra y propuso que brindaran por aquellas dos metas tan nobles y ambiciosas. Pero después añadió, susurrante:

--¿Y el poder? ¿Me vas a negar que anhelas el poder, Mikha?

--No, no voy a negarlo. Pero en eso soy igual que tú. ¿Acaso no quieres convertirte en el Zernalnit para tener poder?

Derguín se encogió de hombros.

--No sé muy bien en qué consiste el poder.

--Entonces, ¿para qué diantre estás aquí?

--Quiero convertirme en Tahedorán. Luego, intentaré conseguir la Espada de Fuego. Son metas arduas. No puedo pensar más allá, Mikha. Me ayudarás mejor si no distraes mi concentración con otros pensamientos. Cuando llegue el futuro, lo iremos afrontando.

Derguín le tendió la mano, y ambos se la estrecharon por encima de la mesa. En aquel momento, Mikhon sintió que nada podía desatar el nudo que los unía a su amigo y a él. Ahora, a la luz del día, se preguntó si sería así, si sus intereses no tardarían en separarlos.

Pero como era joven, le bastó tirar una piedra al agua y espantar a los insectos-galera para imaginarse que con ellos había ahuyentado todas las sombras del futuro.

Durante la tarde se acumularon en el norte nubarrones como yunques de hierro y el aire empezó a oler a ozono. El cielo se cerró tanto que no llegaron a ver la puesta de sol, y la lluvia arreciaba ya cuando llegaron a Grata, un pueblo escondido entre colinas. En la calle principal, un cartelón con un cuervo pintado en negro anunciaba la presencia de la única posada, un edificio de madera de dos pisos. Los viajeros ataron a los caballos bajo un porche de chamiza y tejas y pasaron a la posada.

Como ya se habían imaginado, no quedaban habitaciones, y menos en una noche de perros como aquélla, pero el hospedero les ofreció un rincón del salón no muy lejos de la chimenea. Mikhon regateó el precio, y al final llegaron a un acuerdo. Para cenar, se acomodaron en un rincón, en una pequeña mesa de madera encerada donde los viajeros habían grabado sus nombres a punta de cuchillo. Pidieron un guiso de carne con puerros y patatas, un queso de cabra, una hogaza de pan y

una jarra de vino. Los atendió una muchacha guapa y rolliza, que lo mismo regalaba sonrisas que arreaba pescozones cuando alguno de los clientes se atrevía a pellizcarle el trasero. La posada estaba muy animada. En el centro, sentados sobre una mesa cuadrada, había dos juglares vestidos con los vivos colores de su gremio. Uno de ellos tocaba la gaita, mientras que el otro cantaba y rasgueaba un laúd, y entre estrofa y estrofa tomaba una púa de cuerno que llevaba detrás de la oreja y con ella arrancaba rapidísimos punteos y trémolos que provocaban aplausos entre la concurrencia.

Al cabo de un rato, el gaitero se acercó a ellos, se quitó la gorra e hizo una graciosa reverencia.

--Os saludo, nobles guerreros. Por un par de cobres, mi amigo el sin par Oíos y vuestro humilde servidor, Brumos de Tíshipan, podemos interpretar alguna pieza que sin duda será de vuestro agrado.

El vino y la música los habían animado, salvo a Linar, que sin apenas probar bocado había apartado un poco el taburete para recostar la espalda contra la pared, al abrigo de las sombras. Mikhon Tiq rebuscó bajo su manga, donde guardaba monedas sueltas en una bolsa atada a la muñeca, y sacó tres ases de cobre.

--Uno por cada guerrero -dijo, pues también él llevaba una espada colgada a la cintura-. Tocad algo que nos anime.

Brumos tomó las monedas, las hizo saltar en el aire, dio un gracioso giro sobre los talones y las recogió en la gorra antes de que llegaran al suelo, lo que provocó un nuevo aplauso. Después volvió con su compañero, intercambió unas palabras con él, y empezó a interpretar una melodía lenta y arrastrada. Oíos le acompañó primero con un suave arpegio y luego con un trémolo que poco a poco fue acelerándose. El ritmo, aún cansino, era sin embargo tan marcado que los parroquianos empezaron a acompañarlo con palmadas. Kratos y Derguín se miraron con un gesto de inteligencia.

--Una Jipurna...

Sus dedos empezaron a tablear sobre la mesa y sus cabezas se balancearon al compás mientras tarareaban la pegadiza melodía. De pronto, como si se hubieran leído la mente, se levantaron, acudieron al centro de la sala, junto a los músicos, y empezaron a bailar. Los clientes apartaron las mesas para hacer hueco, expectantes y a la vez temerosos de lo que pudieran hacer aquellos guerreros.

--¿Se han vuelto locos? -bufó Linar-. Lo que menos necesitamos es llamar la atención.

--No lo entiendes, maese Linar -respondió Mikhon Tiq, regodeándose en alumbrar la ignorancia de su maestro en los asuntos mundanos-. Es una Jipurna, un baile guerrero creado para los que practican el arte de la espada. Para ellos es una llamada irresistible: si hubiera aquí quince espadachines, los quince habrían salido a bailarla.

--¿Y tú?

--No es lo mismo. Yo sólo soy un Iniciado; no llegué a Ibtahán - explicó Mikhon, aunque él mismo daba palmadas y marcaba el compás con el talón derecho

La danza se animaba. Laúd y gaita intercambiaban frases cada vez más rápidas, las palmadas resonaban por toda la sala, las jarras golpeaban las mesas siguiendo el ritmo, que se hacía frenético. Derguín y Kratos se agacharon uno frente al otro y, en cuclillas y con los brazos cruzados, empezaron a lanzar las piernas hacia delante, primero una y luego la otra, siempre al compás. Después se pusieron en pie y, agarrándose el uno al otro por la punta de los dedos, empezaron a competir en cabriolas y volteretas cada vez más arriesgadas, ante el rugido de los clientes.

Linar miraba fijamente a los juglares. Le pareció advertir entre ellos una mirada de conspiración.

--Aquí hay algún tipo de trampa. Diles que paren.

--Es imposible. Ya que han empezado tienen que acabar.

Y en verdad, Derguín y Kratos habían entrado en una especie de trance, poseídos tal vez por Anfiún, el dios de la guerra; por Terpe, la patrona de la danza, o por ambos a la vez. Sin previo aviso, desenvainaron sus espadas y se acometieron con ellas. Hubo un gemido de consternación general y Linar se incorporó para intervenir, pero Mikhon le agarró por un brazo para calmarlo. Aquello era también parte de la danza. Derguín y Kratos saltaban sobre sus espadas, se agachaban, hacían giros espectaculares, pero las hojas nunca llegaban a acercarse a los cuerpos. Mientras el trémolo del laúd llegaba al paroxismo, ambos entrechocaron sus aceros de frente, una y otra vez, contorsionándose sobre la cintura entre golpe y golpe y acompañando el ritmo con el clangor de los metales hasta el climax final. La danza terminó con ambos pegados, espalda contra espalda, apuntando con sus armas a un enemigo imaginario.

Hubo un segundo de silencio, y después una ovación como no se había oído en toda la noche. Derguín y Kratos, sudorosos, besaron sus espadas, las envainaron y volvieron a la mesa. Por primera vez, el maestro le pasó el brazo por el hombro al discípulo.

--¡Hacía años que no bailaba una Jipurna! He sudado toda la mala sangre que tenía guardada.

--¡Pídenos cerveza, Mikha! -reclamó Derguín-. El vino solo no puede quitarme la sed que me ha entrado.

Como si hubieran vuelto a intercambiar los pensamientos, Derguín y Kratos cantaron el estribillo de una vieja canción de los estudiantes de Uhdanfiún.

¡Ni hambre, ni mujer vieja,

*ni dolores de cabeza!
¡Ni vino, sólo cerveza!*

Mikhon se volvió hacia la cantinera para reclamar una jarra. En ese momento, se abrió la puerta de la posada y alguien entró a la carrera.

--¡Os han robado un caballo!

Tardaron un instante en darse cuenta de que se lo decía a ellos. Kratos, sin llegar a sentarse, corrió hacia la puerta, seguido por Derguín. Salieron al exterior a tiempo de ver cómo el caballo de Mikhon Tiq, azuzado por un jinete que no se distinguía entre las sombras, se alejaba en dirección oeste.

--¡Maldita sea! -gruñó Kratos-. ¡Vamos por él, rápido!

Desataron a los caballos y montaron a toda prisa. Kratos tomó la delantera y los dos jóvenes, compartiendo la montura de Derguín, se apresuraron a seguirle, mientras Linar aguijaba a la mula que llevaba su bagaje.

Ya no llovía, pero soplaba un viento gélido que penetraba hasta los huesos. Aunque el empedrado estaba sembrado de charcos y los cascos de los caballos resbalaban en él, Kratos animó al soberbio *Amauro* a que cabalgara sin temor. Al dejar atrás las últimas casas del pueblo, no tardaron en ver al ladrón; galopaba por una larga recta de la calzada y les llevaba unos doscientos pasos de ventaja. En la oscuridad era difícil distinguir sus movimientos, pero de cuando en cuando parecía refrenarse y se daba la vuelta para mirarlos como si jugara con ellos. La persecución se demoró durante unos minutos. Después, cuando menos lo esperaban, el ladrón hizo parar al caballo, desmontó y, sin tomar nada de las alforjas, salió del camino. Las nubes dejaron pasar un rayo de luna azulado, y durante una fracción de segundo vislumbraron a un hombre barbudo que corría desnudo y se perdía entre la vegetación que rodeaba la calzada.

Alcanzaron el caballo y comprobaron que en las alforjas no faltaba nada. Un extraño enigma por resolver.

--Estas cosas no deberían ocurrir en Ainar -masculló Kratos, indignado-. Si atrapo al ladrón, yo mismo lo colgaré de un árbol.

Emprendieron el regreso con un ligero trote. A ratos, la luz de Rimom se abría paso entre las nubes y las teñía con un fantasmal baño azul, pero no tardaba en ocultarse de nuevo. Aquella oscuridad no invitaba a hablar. Sólo un insensato dejaría que su voz llegara más allá de donde alcanzaba la vista, a parajes en los que los oídos de la noche recogen hasta los susurros de las hojas y la tenue caída del rocío. A veces un hostigo del viento sacudía las ramas y los azotaba con agua helada, y al alejarse dejaba por unos segundos su fría voz entre las ramas. Una de esas rachas trajo con ella un eco lejano y prolongado, tal vez un canto. Se detuvieron.

--¿Qué ha sido eso? -preguntó Derguín.

Linar le pidió silencio con un gesto y giró la cabeza para oír mejor.

--Es un ritual -dijo al cabo de un rato-. No entiendo las palabras desde aquí, pero sin duda es una invocación.

--¡Valiente noche para invocar a nadie! -dijo Mikhon Tiq, frotándose los hombros para entrar en calor-. Por mi parte, preferiría seguir con el ritual de la cena.

--¡Secundo la propuesta! -se apuntó Derguín.

--Primero iremos a investigar -dijo Linar, recordando las palabras de Yatom, que había hablado de «rituales espantosos».

Los demás protestaron, pero Linar fue categórico. Dejaron los caballos y la mula al lado del camino, atados tras unos robles. El Kalagorinor adormeció a las bestias con un sencillo conjuro; después ordenó silencio y abrió la marcha.

Avanzaban con precaución, apoyando primero con los talones y reconociendo el terreno para no pisar cascajo ni ramas secas. Linar buscaba trochas entre la maleza, pero a menudo no tenían más remedio que atravesar macizos de arbustos espinosos, intentando que las ramas no crujieran ni azotaran sus rostros. Durante casi media hora anduvieron entre una espesura que se tupía conforme avanzaban. Los espinos arañaban sus ropas y sus carnes y las hojas los empapaban con la humedad que habían retenido tras la lluvia. Linar podría haber abierto un sendero más cómodo con su vara serpentígera, pero la inquietud que sentía, más intensa a cada paso, le disuadió de recurrir a su poder. Había allí una presencia, aún confusa, que lo impregnaba todo. La última ocasión en que recordaba haber percibido algo tan intenso fue en el asedio de Ghim. Pero allí conocía bien de dónde emanaba aquella sensación: de los magos del Rey Gris, que tomaban el poder de su amo mientras éste velaba por ellos desde su fortaleza en Iyam, a más de mil leguas. Desde entonces, el señor de los Inhumanos no había vuelto a manifestarse, pero muchas de las criaturas sombrías que poblaban el mundo estaban relacionadas con él.

Linar sabía que aún existía otra posibilidad, pero ésa le llevaba a un dios que soñaba encerrado en roca, y era demasiado aterradora para pensar en ella.

Su camino los llevó a un claro surcado de torrenteras que caía en un suave declive. El viento les trajo un rumor ya cercano, un canto persistente, casi una única nota de machacona invocación. Linar apretó el paso. Bajo ellos partía una vaguada. Descuidando las precauciones, se apresuró a cruzarla, pues era difícil que los cantores pudieran oírlos y temía que si llegaban más tarde acabaran encontrando algo que ninguno de ellos querría ver. Como si obedeciese a la invocación, el viento en las alturas rompía a jirones las nubes y despejaba el cielo. Bañada en la luz cobalto de Rimom, la vaguada dejó de serpentear y

desembocó en un nuevo claro. El canto era ya tan cercano que no se atrevieron a cruzar bajo la luz, sino que rodearon el calvero agazapándose entre los árboles.

Un montículo era, al parecer, todo lo que los separaba de su destino. Treparon por él casi reptando. En lo más alto asomaban unas rocas en forma de muelas. Se acurrucaron tras ellas y Linar aventuró una mirada.

Por la otra ladera, la colina caía casi a pico hasta un anfiteatro natural que se abría diez metros más abajo. En su centro se erguía un oscuro monolito, a cuyo pie una profunda sombra revelaba la existencia de una sima. Alrededor ardía un círculo de antorchas. Más allá se abrían varios anillos concéntricos de celebrantes de ambos sexos, vestidos con jirones y harapos. Al ritmo del obstinado canto, las mujeres se retorcían, agitaban los brazos como serpientes, hacían gestos procaces y barrían el suelo con sus cabellos. Mientras, los hombres brincaban con grandes saltos y movían la cabeza en un vaivén que seguía el ritmo de la invocación.

--Asomaos sin hacer ruido -susurró Linar.

La escena los asombró tanto como había asombrado al mago.

--Fijaos allí.

Dos figuras se acercaron al monolito, un hombre que ocultaba el rostro bajo una máscara demoníaca y una mujer. Ésta, sin interrumpir su frenética danza, se arrancó las ropas a tirones hasta quedar desnuda. Su piel lechosa contrastaba con el negro de los tatuajes que le cubrían la espalda, el vientre y los pechos. En su baile se aproximó al enmascarado y le despojó de la túnica, aunque no descubrió el rostro. Después escenificaron una rabiosa cópula, jaleados por los concurrentes en un tono cada vez más agudo y obsesivo. Cuando parecía que la pareja iba a llegar al paroxismo y que todo estallaría en una explosión de gritos, se oyó una voz más estridente, y se hizo un silencio en el que Linar pudo oír los latidos de sus compañeros.

La danza había cesado. Los concurrentes esperaban, tan quietos como el monolito que se alzaba sobre la sima. De entre las sombras que había al pie de las rocas en que se apoyaban Linar y sus compañeros salió un hombre muy alto, vestido de pieles y tocado con una enorme cornamenta de ciervo. Le seguían cuatro encapuchados que llevaban a rastras a una mujer vestida con una túnica blanca. A su paso, la gente que rodeaba el monolito abrió un corredor. La danzarina tatuada se acercó y plantó sus manos sobre la frente de la otra mujer, susurrando unas palabras que Linar no alcanzó a escuchar. Los circundantes comenzaron a ejecutar un movimiento pendular: se inclinaban a un lado, levantaban el pie contrario y lo dejaban caer con todo el peso del cuerpo, marcando un lento compás.

El hombre-ciervo alzó los brazos. Los encapuchados despojaron a la

mujer de su túnica y la llevaron hasta el monolito. Allí la sujetaron a unas argollas, obligándola a cruzar los brazos por encima de la cabeza de modo que su desnudez quedaba expuesta a todas las miradas. La mujer se debatió unos segundos, hasta que comprendió que no lograría arrancar aquellos grilletes y se quedó inmóvil. El hombre-ciervo entonó con voz potente un canto que los asistentes respondieron a coro, repitiendo un estribillo en sílabas guturales que ni siquiera Linar llegó a entender. Los anillos de danzantes se abrieron para separarse del monolito, y el hombre-ciervo, los encapuchados y la pareja que había escenificado la cópula retrocedieron también más allá del círculo de antorchas.

--¿Qué va a ocurrir, Linar? -susurró Mikhon Tiq.

--Invocan a algo que hay en la sima. Creo que vamos a presenciar una hierogamia.

--¿Qué quieres decir?

--Una unión sagrada. No sé qué saldrá de ese boquete. Si tiene forma humana, se unirá con la mujer. Si no es así... tal vez ocurra algo peor.

--Ella no está ahí por su voluntad -intervino Derguín-. Tiene miedo. Hay que hacer algo.

Linar se volvió hacia el muchacho, sorprendido por su decisión. Hasta ese momento su temor había sido tan intenso que podía olerse a varios metros.

--Somos muy pocos -objetó Kratos-. Ahí abajo hay más de doscientas personas. Lo mejor es que nos alejemos antes de que reparen en nosotros.

--¡No! -insistió Derguín-. Tiene que haber algo que podamos hacer.

--Lo vamos a hacer. No presenciaré esto sin más -dijo Linar, en un tono que no admitía duda.

Los concurrentes, sin abandonar aquella machacona cantinela capaz de despertar a las piedras, se apartaron unos treinta o cuarenta pasos del monolito central. La mujer había dejado de moverse, resignada a su suerte o acaso desmayada. Linar señaló a la izquierda del anfiteatro.

--Kratos y Derguín, iréis por allí, entre esa maleza. Mikhon me ayudará en una maniobra de distracción para que podáis acercaros al monolito sin ser molestados. Cuando tengáis a la muchacha, volved al sitio donde hemos dejado los caballos.

Kratos iba a objetar algo, pero su disciplina innata le hizo morderse la lengua. Linar les ordenó a él y a Derguín que desenvainaran las espadas, y pasó los dedos por ambas *hashas*, mientras salmodiaba algún sortilegio ininteligible. Las espadas vibraron como diapasones.

--No las envainéis. Ahora, acercaos hasta allí, al borde del claro, y esperad a mi señal. Cuando la oigáis, debéis cerrar los ojos, protegerlos

con las manos y cubriros con los capotes. Luego, contaréis hasta diez, os destaparéis y correréis hasta el monolito. Nadie os saldrá al paso. Tan sólo tendréis que acercar la *hasha* a los grilletes, y éstos se abrirán. -Derguín y Kratos cruzaron una mirada de desconfianza-. ¿A qué esperáis? ¡No tenemos toda la noche!

Sin pronunciar palabra alguna, Derguín y Kratos se alejaron furtivos. Linar ordenó a Mikhon Tiq que reuniera piedras del tamaño de un puño, y él mismo se puso a la tarea. En pocos minutos habían apilado un buen montón, con las que formaron un círculo. Los cantos sonaban histéricos y las pisadas retemblaban en el suelo como un corazón a punto de estallar. No se distinguían palabras en la invocación, sólo un grito único que taladraba las tinieblas. Mikhon Tiq percibió un cambio, un penetrante olor a miasmas que sin duda emanaba de la sima, y miró a Linar.

--Ya lo sé. Lo que sea, está a punto de salir. ¡Entra al círculo!

Mikhon Tiq se escondió tras su maestro, que le sacaba una cabeza, y aguardó. El Kalagorinor levantó los brazos cuarenta y cinco grados, y de sus dedos brotó un chisporroteo de centellas azules que cayeron sobre las piedras y saltaron entre ellas como pulgas incandescentes.

--Ya estamos protegidos. Prepárate.

Linar dio una fortísima voz, que Mikhon sintió retumbar a través de sus costillas, alzó su vara hasta el cielo y un trueno restallo sobre sus cabezas. El canto se interrumpió. Doscientas cabezas se giraron y vieron a Linar, una altísima figura erguida sobre las rocas, como un dios orgulloso y terrible. El hombre-ciervo le señaló con el dedo y gritó:

--¡Muerte al sacrílego!

Algunos hombres rompieron el círculo y empezaron a trepar para llegar a donde se encontraba Linar. El mago ordenó a Mikhon Tiq que cerrara los ojos y se apretara contra su espalda. El joven le obedeció, y en ese momento estalló un trueno mucho más fuerte que el primero y hubo un destello cegador que percibió incluso a través de los párpados cerrados.

--¡Abre los ojos ya!

Pese a las precauciones, cuando Mikhon trató de fijar la mirada en el monolito para ver qué ocurría con la mujer, no pudo distinguir más que un borrón grisáceo en el foco de su visión. Los celebrantes habían corrido peor suerte; algunos se revolcaban por el suelo frotándose los ojos entre gritos de ira y dolor, mientras otros trataban de caminar a ciegas, tentando el aire con las manos.

Linar cogió a Mikhon Tiq de la mano y lo arrastró a una enloquecida carrera por la misma vaguada que habían seguido al ir. El joven sólo distinguía delante de él la espalda de su maestro, y procuraba saltar cuando él lo hacía para esquivar los troncos, las raíces y las piedras más grandes. Linar se movía con zancadas de una longitud imposible, y sus

pies apenas habían rozado el suelo cuando ya de nuevo se levantaban. Tras ellos, los gritos de rabia se perdían en la distancia. No había señales de persecución. Sin embargo, Linar no aflojó su paso hasta que Mikhon Tiq no pudo más y cayó de bruces sobre un matorral.

--Está bien -cedió el mago-. Iremos más despacio para dar tiempo a Kratos y Derguín.

El muchacho se levantó, acezante y con el cuerpo empapado de sudor por debajo de las gruesas ropas. Las ramas del matorral le habían arañado el rostro y las manos, el pecho le ardía y la boca le sabía a sangre. En cambio, Linar respiraba pausadamente, como si hubiera estado meditando en vez de huir como una liebre en la noche.

Siguieron a un paso más tranquilo. Poco a poco, Mikhon Tiq recobró el resuello y el foco de su visión volvió a aclararse. No recordaba el camino que habían seguido, y de ahí su sorpresa cuando llegaron al lugar donde habían dejado los caballos. Kratos y Derguín no tardaron en aparecer por otro lugar, junto con la mujer, que iba cubierta con la capa de Derguín. Linar se acercó a ella, le posó la mano en el hombro para tranquilizarla y le bajó la capucha.

Era una muchacha que no debía llegar a los veinte años, e incluso en la oscuridad su belleza cortaba el aliento. Lo natural habría sido verla posando para un escultor en Narak, o representando a Pothine, la diosa del deseo, en las fiestas de la recolección. El cabello negrísimo le caía sobre los hombros y sus ojos rasgados miraban más allá de ellos, sin verlos.

--Aún está cegada -explicó Derguín, que no se separaba de ella.

--Se le pasará. Dadle algo de ropa.

Mikhon, que era el más delgado, deshizo su fardo y sacó un lío de ropas atado con correas. Eligió unas calzas de lana, una camisa y una chaqueta de piel de ternero. La muchacha se vistió por debajo de la capa, sin alejarse de ellos. Sus ademanes eran rápidos, pero no nerviosos; parecía que saliera del baño y no de un ritual sangriento. Cuando terminó de vestirse, se aferró al brazo de Derguín. Éste la ayudó a montar en su caballo y se sentó tras ella, rodeándola con los brazos para evitar que cayera.

Subieron a sus monturas y salieron de nuevo a la calzada. Mikhon Tiq sugirió volver a Grata.

--Seguiremos camino -respondió Linar-, No quiero volver por aquí, aunque sea mañana y a la luz del día.

La noche estaba avanzada, y Rimom ya había pasado de largo su cénit. El viento seguía soplando frío. Soltaron riendas, para alejarse cuanto antes de la amenaza que dejaban detrás. Derguín relevó a Linar en la cabeza y apresuró el trote. El mago se acercó a Kratos y le preguntó qué tal les había ido.

--Todo resultó como habías dicho. No sé qué hiciste, pero sentí la

luz a través del capote y de las manos, y cuando abrí los ojos vi que los habías cegado a todos, así que pasamos entre ellos tranquilamente. Cuando nos acercamos al foso, me llegó un olor nauseabundo.

--Ya lo noté.

--También sonaba un borboteo, pero no me asomé. Las argollas se abrieron solas y recogimos a la chica. Nos hemos ido turnando para llevarla en brazos e ir más rápido, pero creo que no habría hecho falta. Nadie nos ha perseguido.

--Cuando recobren la vista, espero que estemos lo bastante lejos. ¿Qué os ha contado la muchacha?

--No hemos tenido tiempo de hablar con ella. De todos modos, no sabemos si nos entiende. No tiene rasgos Ainari.

--Sí os entiendo.

La intervención de la muchacha los sobresaltó a todos. Su voz, clara y algo grave, no delataba temor alguno. A Derguín le pareció que armonizaba con su rostro y con el resto de su cuerpo; aún recordaba sus formas desnudas, tal como las había visto y como las había sentido al tomarla en brazos, y aquel recuerdo le turbaba. Ella parecía cómoda sentada delante de él, y Derguín no la habría soltado por nada del mundo.

--¿Cómo te llamas?

--Tríane. -Y añadió en voz alta:- Ojalá las llamas de vuestros hogares ardan eternamente por lo que habéis hecho. No quiero pensar qué habría ocurrido si...

--No lo pienses, pues -dijo Linar-. Nosotros vamos hacia el oeste. ¿Dónde está tu hogar?

--También hacia el oeste.

--Esta noche vendrás con nosotros. Mañana ya decidiremos.

Derguín se acercó a su oído y susurró:

--No tengas miedo. Mientras estés con nosotros, no te ocurrirá nada malo.

Ella se volvió un instante y le sonrió, aunque aún estaba deslumbrada y no podía verle. Pese al frío de la noche, Derguín sintió una calidez que se deshacía en su vientre.

Linar reclamó silencio, pues había oído algo que pronto fue perceptible para los demás: una nota lejana, una invocación irritada y persistente, muy parecida a la que habían escuchado junto al monolito. Avivaron el trote. Nadie dijo nada durante unos minutos. El temor formaba un aura invisible que los unía sin necesidad de palabras.

Sin aviso, cayó sobre ellos una densa niebla que apenas dejaba distinguir las lindes de la calzada. Pronto tuvieron los cabellos chorreando sobre la frente y la cara. Dentro de aquella bruma pegajosa, los cascos de los caballos sonaban apagados, como envueltos en algodón, mientras que la llamada lejana se hacía más apremiante.

--¡Maldita sea! -gruñó Kratos-. Han empezado a perseguirnos.

--Los caballos refrenan el paso -advirtió Derguín-. Hay algo delante de nosotros.

Los animales se pararon en seco. Derguín hizo recular a su montura para refugiarse en el grupo.

--Si al menos esta niebla se levantara y nos dejara ver algo... -rezongó Kratos-. ¿De dónde habrá salido?

Linar desmontó y avanzó con cautela hacia las tinieblas. Cerró su único ojo, extendió su vara y por los ojos de la serpiente proyectó los zarcillos de su syfrón, que podían captar el calor oculto de las cosas. En los márgenes de la calzada no había ya árboles, sólo matorrales raquíticos y tierra que la lluvia había convertido en barrizal. Fue entonces cuando vio algo que jamás había presenciado, y eso era mucho decir tratándose de un Kalagorinor. A ambos lados del camino, el suelo estaba hinchándose en negras jorobas. De ellas brotaban unas excrescencias mucilaginosas que chapoteaban como lodo pisoteado y seguían creciendo, hasta convertirse en siluetas semihumanas que tendían un remedo de brazos hacia ellos. Linar captó en aquellas criaturas una estupidez ciega y vacía, pero también una determinación tan malévola como el canto que las había invocado. Se alzaban a los bordes de la calzada, pero no se movían del sitio, pues tenían los pies clavados en tierra; eran como monstruosas lombrices antropomorfos encadenadas al suelo del que habían germinado.

--¿Qué ocurre? -preguntó Kratos.

--Desmontad. Quedaos detrás de mí y no se os ocurra salir del camino.

Linar extendió de nuevo su syfrón, esta vez para controlar a las monturas, pero el caballo de Mikhon Tiq se desbocó antes de que pudiera hacerse con él y huyó despavorido hacia la izquierda. No bien puso los cascos fuera de la calzada, cayó entre los brazos de aquellas criaturas. Entre relinchos de terror casi humanos y nauseabundos burbujeos de succión, el caballo fue rodeado por una capa de materia viscosa y engullido por la propia tierra sin dejar rastro.

--¿Qué ocurre? ¡Dínoslo de una maldita vez! -exigió el Tahedorán.

--Haced lo que os digo, Kratos -respondió Linar, sin perder la compostura-. Caminad detrás de mí. Hay sortilegios muy antiguos que protegen esta calzada, de modo que si no salís de ella no correréis peligro.

--Hay algo a los lados -susurró Derguín-. Si pudiéramos ver algo...

Linar casi había olvidado que sus compañeros no poseían su percepción. La niebla cuajaba como una gigantesca levadura en un tazón de leche. Era un fenómeno innatural, sacrilego, pero decirlo sólo habría inquietado más a los otros, mientras que iluminar los bordes de la calzada con su vara les habría hecho perder la cordura.

--Sí, hay algo a los lados, pero si os limitáis a caminar detrás de mí no os pasará nada -insistió, aunque no tenía por costumbre repetir sus palabras.

--¡Ni siquiera te veo! -protestó Mikhon Tiq, tanteando a su espalda-. Nos vamos a perder.

--Tomémonos de las manos. Yo me encargo de los caballos.

Sin dejar de andar, Linar tendió hacia atrás su brazo y tomó la mano callosa de Kratos; y a través del guerrero percibió la suave piel de Tríane, la inquietud de los largos dedos de Derguín y el sudor de la mano de Mikhon Tiq. Trató de transmitirles calma y confianza aunque él mismo estaba lejos de sentirlos. Por más que trataba de concentrar su atención en el pavimento que pisaba, no podía dejar de ver la negra procesión que brotaba del suelo a su paso. Aquellas figuras semihumanas no los seguían, sino que surgían de la tierra conforme ellos avanzaban. Si Linar detenía el paso, las sombras dejaban de brotar; si lo avivaba, germinaban por delante de él.

La llamada lejana cesó; pero fue sustituida por algo peor, pues las propias criaturas de barro empezaron a entonar un canto tan bajo que apenas se percibía, pero cuyo frío penetraba hasta la médula. Era un canto terrible y muerto, como el que podrían haber entonado las lápidas de un cementerio de tener voz. No había palabras en él, y sin embargo les hablaba de oscuridad, decepción, vacío, cenizas, olvido. Pero aunque encogía el estómago y erizaba la piel, tenía una cualidad magnética, como la hoguera mentirosa de los saqueadores que atraen al barco a estrellarse en los acantilados. Los primeros en desviarse hacia los bordes de la calzada fueron los animales, y Linar tuvo que aumentar su ligazón sobre ellos; pero pronto comprobó que no les ocurría sólo a ellos, pues Mikhon Tiq soltó la mano de Derguín y se dirigió hacia el margen derecho.

--¡Quieto, Mikhon! -gritó Linar.

Pero Derguín fue más rápido. Soltando a Tríane, corrió tras su amigo justo a tiempo de ver un brazo negro que surgía de la bruma para coger a Mikhon Tiq. Sin pensarlo un segundo, desenvainó la espada y descargó un tajo sobre la sombra. Aunque logró atravesar el brazo, la *hasha* se atascó durante una fracción de segundo en algo legamoso. La criatura se retiró con un alarido similar al de un cristal arañando una pizarra, y sobre las piedras quedó su oscura mano. Los dedos se separaron con vida propia y culebrearon para salir del camino, dejando tras de sí un rastro lodoso.

El susto hizo a Derguín caerse sentado. Kratos le ayudó a levantarse.

--¿Estás bien?

--¿Has oído eso?

--Ojalá no lo hubiera oído.

Linar tenía agarrado a Mikhon Tiq. El muchacho lo miraba sin verlo, como si la oscuridad fuera aún más espesa para él. Volvieron a tomarse de las manos, pero esta vez Linar se encargó de su aprendiz, quien caminaba tras él como un autómatas. El lúgubre cántico seguía llamándolos. A través de los dedos de Mikhon, Linar sintió que era Kratos quien trataba de apartarse ahora.

--Kratos, sigue recto.

Pero no obtuvo respuesta. El guerrero había caído en un trance semejante al de Mikhon Tiq. Derguín se mantenía atento, mascullando contra sus compañeros porque no dejaban de moverse hacia los lados.

--No sirve de nada gruñir, Derguín. Ahora mismo no pueden oírte: no tienen voluntad propia.

--Debe de ser ese maldito canto. Enloquecería a las piedras.

--Aguanta firme detrás de mí. No puedo decirte por qué, pero si no salimos de la calzada no correremos peligro. Yo intentaré guiarlos para que sigan rectos.

Con cautela, Linar exploró la superficie de sus mentes. Ni Kratos ni Tríane estaban poseídos por ningún poder racional, pero la magia de la canción los había hipnotizado y los atraía, tan inexorable como una fuerza natural. Linar contrarrestó este efecto transmitiendo a sus debilitadas voluntades una sola orden: caminar, caminar siempre detrás de él.

Prosiguió su marcha, controlando en todo momento la pequeña caravana y vigilando la espeluznante procesión que los escoltaba. Mil veces suplicó para que llegara la luz del sol. Por fin, tras descrestar una suave loma, la niebla se levantó y las criaturas desaparecieron. Delante, tal vez a una media legua, había una pequeña aldea, cuya cercanía debía haber espantado a los seres de la tierra. Sin darse cuenta, Linar dobló el paso, y llegó a tal grado de excitación que sus pies acabaron por levantarse del suelo, y en su levitación arrastró a todos sus compañeros. Ante el asombro de los demás, que habían salido de sus trances, no los hizo descender al suelo hasta que entraron en el pueblo.

JALKEOS FORJÓ ESTA ESPADA,
LA MEJOR DE CUANTAS HA CREADO,
Y ESPERA QUE SEA DIGNA DEL MUY NOBLE
TAHEDORÁN TOGUL BAROK

Tras releer la inscripción, el príncipe cubrió la espiga de la espada con la empuñadura y deslizó en su sitio las dos clavijas que la mantenían inmóvil. Aquella hoja le había costado trescientos imbriales; podría haberse fundido en oro puro y no le habría resultado más cara. Pero sin duda los valía. Durante todo un año había sido trabajada en el taller de Jalkeos, el espadista más prestigioso del presente, al que algunos parangonaban con el mítico Amintas; aunque él, modesto, se consideraba indigno de tal comparación. Un agente de Togul Barok se había introducido en la fragua para espiar sus secretos. Como el propio Jalkeos aseguraba, el núcleo de la espada había sido forjado en treinta y dos capas de acero que le daban a su alma la solidez de la roca junto con la flexibilidad del junco; pues el príncipe, que había quebrado muchas espadas, quería un arma que no desmereciera de su brazo. El filo, que debía ser de una dureza adamantina, había sido trabajado aún más a conciencia. Jalkeos había repetido una y otra vez la operación de calentar al rojo vivo el lingote originario, doblarlo y martillararlo, día tras día, semana tras semana, hasta conseguir más de treinta mil capas de forjado. Y una vez unidos filo y alma, su pulidor, Melipo, había afilado la espada durante un mes con lijas y esmeriles cada vez más finos. Ahora, Jalkeos aseguraba que una hoja de árbol que, arrancada por el viento, cayera sobre la *hasa* se partiría en dos por su propio peso.

Tengo que darle un nombre, pensó Togul Barok, que se había levantado nervioso, y sentía en la cabeza la presión del gemelo colérico que habitaba dentro de su cráneo.

Sí, tenía que darle un nombre. Pero antes, la hoja debía recibir el baño de consagración.

Su agudo oído le advirtió de que venía gente. Un instante después, Kirión apareció en la galería que cerraba el lado norte del patio y bajó la escalera de la columnata con sus curiosas zancadas de cigüeña. Las pupilas de Togul Barok, que veían colores invisibles (había tardado años en darse cuenta de que nadie más los veía), le informaron que el vientre de Kirión estaba más frío aún que de costumbre. Algún mal se escondía dentro de sus tripas desde hacía casi un año. Togul Barok estaba convencido de que su hombre no tardaría en morir; pero antes, tendría que exprimir sus servicios.

Tras él venían cuatro soldados, rodeando a una reata de cinco prisioneros. Venían vestidos tan sólo con taparrabos, y llevaban los brazos atados y retorcidos a la espalda. Togul Barok comprobó satisfecho que eran todos flacos y de la misma estatura, como había encargado. Se puso de pie, envainó la espada y se la ciñó a la cintura, y se acercó a ellos.

--¿Escoria del Eidostar?

--Esta vez no, Alteza -respondió Kirión-. Son campesinos, cortesía

del gobernador de Gharrium. Al registrar su aldea, les encontraron armas en las casas y graneros.

Habían desobedecido, pues, la ley que desde hacía doce años prohibía a los campesinos tener cualquier arma más peligrosa que un azadón o una horca; una sugerencia directa del Primer Profesor de los Numeristas, para reforzar la autoridad central de Koras en todo Áinar. Togul Barok desenvainó unos centímetros la espada y les mostró a los labriegos el brillo de la hoja.

--¿Qué armas teníais? ¿Espadas como ésta?

Dos de ellos le miraron con opaca curiosidad. Los otros ni siquiera repararon en él. Todos venían drogados; caminaban arrastrando los pies y les goteaban hilillos de baba entre los labios. Togul Barok, seguro de que no había ningún peligro, despachó a los soldados y se quedó solo con ellos y con su esbirro. Kirión le tendió al príncipe un tintero y un pincel. Togul Barok se acercó al primer campesino, se inclinó sobre él (le sacaba casi dos cabezas) y, tratando de olvidar el hedor que desprendía, pintó alrededor de su cuello una línea azul.

--Sobre los nombres que nos dio ese engendro que se nos apareció la otra noche, Alteza, ya he hecho averiguaciones -dijo Kirión.

Mientras recibía los informes, Togul Barok siguió pintando líneas alrededor del cuello y la cintura de sus cautivos. Kirión le habló primero de Aperión. Después menciona a Krust.

--Es arconte de Narak. Según los registros de la Academia, tiene siete marcas de maestría. Goza de amistades en el consejo de la Anficciónía, así que si le pasa algo...

Togul Barok clavó en él sus pupilas inhumanas.

--*Algo* tendrá que pasarle, como a todos. Yo también sé qué resortes debo pulsar en la Anficciónía para hacer que discutan un par de años. Luego ya no importará nada.

Kirión asintió con la barbilla. Dos años era el plazo que se había puesto Togul Barok para convertirse en emperador, terminar de someter a los señores de la guerra Ainari y empezar a devorar los pequeños estados Ritiones de norte a sur. Un ambicioso plan que dependía de un factor crucial: convertirse en el Zernalnit.

--Había otro Ritión entre esos nombres.

--Derguín Gorión. Pero debe de ser un error, Alteza. Después de mucho buscar, he encontrado su nombre registrado como Ibtahán de sexto grado. No puede competir por la Espada de Fuego.

Togul Barok chasqueó la lengua. Resultaba extraño que alguien tan poderoso como para apoderarse del cuerpo de un muerto cometiera un error así.

--Háblame de esa Tylse, Kirión. No esperaba encontrar a una mujer

entre mis rivales.

--Es una amazona de Atagaira, ya sabes lo que eso significa.

--Espléndidas jacas para el jinete que sepa montarlas. ¿Vendrá acompañada por sus guerreras? Eso haría más emocionante el certamen.

--Ya está en Koras, pero ha venido sola. Es hija bastarda de la reina de Atagaira. Parece que ha tenido alguna discusión con ella y ha huido del país.

--Qué curioso lugar en que las mujeres tienen hijas bastardas. Un mundo al revés. Recuérdame que cuando sea emperador lo arrase. Es innatural.

--Señor, es un rincón montañoso en el que no se nos ha perdido nada.

--Oh, Kirión, siempre te tomas al pie de la letra todo lo que digo.

--Por supuesto que lo hago, Alteza. Por eso soy el más fiel de tus sirvientes.

--¿Qué hay del Austral? No recuerdo bien su nombre...

--Es un puñetero nombre Aifolu, Alteza. -Kirión consultó una tablilla y leyó-: Darnil-Muguni-Rhaimil. Consiguió el grado de Tahedorán hace dos años. Es hijo de Binarg-Ulisha-... -Kirión se trabó, pero logró terminar- Rhaimil.

--El general del Enviado -completó el príncipe, mientras terminaba de pintar una línea sobre la cintura del quinto campesino-. Fue él quien tomó la ciudad de Marabha.

--Así es, Alteza. Las cosas que hizo allí ponen los pelos de punta. Togul Barok enarcó una ceja, irónico.

--No sabía que te hubieras vuelto tan sensible, Kirión.

--Sólo repito lo que me han dicho, Alteza.

--Ese Enviado apunta alto. Nada menos que quiere la Espada de Fuego.

Togul Barok desenvainó la espada y empezó a *trazar* molinetes y tajos en el aire para calentar y estirar las articulaciones. Muy lejos, en el sur, había quienes tenían planes de conquista parecidos a los suyos. La clave para apoderarse de Tramórea, como en el ajedrez, estaba en dominar el centro del tablero. Quien primero controlara las ricas ciudades Ritonas...

--Pero ellos, los Aifolu, están más cerca de Pashkri -pensó en voz alta-. Allí tal vez haya más riquezas que en Ritión.

--¿Decías, Alteza?

--Tengo entendido que ese Enviado no cree en los dioses.

--Dicen que para él no son más que demonios traidores, y que rinde culto a un solo dios que los ha elegido a ellos para gobernar el mundo.

--¿Qué tal espadachín es el Austral?

--Es de la escuela del Sur, Alteza, que ha dado pocos maestros. En Uhdanfiún me han dicho que estaba tan bien preparado que no pudieron negarle la séptima marca. Pero no es rival para ti, mi príncipe.

Togul Barok esbozó una sonrisa, satisfecho, mientras llevaba a cabo una serie de técnicas enlazadas ante los ojos bovinos de sus prisioneros.

--Como rival sólo me preocupa uno de ellos. El único que tiene nueve marcas de maestría. Una más que yo.

--Kratos May, Alteza.

--Kratos May... Ese hombre es uno de los capitanes de la Horda. Aperiún no puede haber permitido que un rival como ése luche por *Zemal*. Ah, tal vez nuestro extraño informante no nos haya servido de mucho.

--Alteza, creo que no es un error. Hace unas semanas Kratos se largó de Mígranz, delante de las narices de Aperiún. Fue una huida espectacular, por lo que cuentan.

Togul Barok volvió a envainar la espada. Con la puntera de la bota, empezó a dibujar líneas rectas en el suelo.

--Supongo que tuvo que serlo si logró salir de aquel lugar. Todos los que lo conocen dicen que es un nido de águilas.

--Le rodeaban treinta hombres, y muchos de ellos eran Ibtahanes. Pero él hizo esa cosa rara que hacéis los maestros, Alteza, y se movió tan rápido que casi no lo veían. Se cargó a casi la mitad y luego saltó por una ventana a diez metros del suelo. -Kiriún soltó una seca carcajada-. Eso es lo que cuentan, pero yo creo que fueron tan inútiles de dejarle escapar que luego tuvieron que inventarse una fábula como ésa para que Aperiún no los despellejara.

Togul Barok terminó de dibujar un pentágono.

--Quítales las cuerdas, Kiriún, y ponlos en los vértices.

--¿Dónde, señor?

--Aquí, aquí, aquí, aquí y aquí -señaló con la bota-. Así que crees que es una fábula, que un solo Tahedorán no pudo escapar de tantos hombres.

--Yo sólo digo que exageran, Alteza -respondió, cauteloso, Kiriún, mientras ejecutaba la orden del príncipe.

--Kratos es maestro del noveno grado. Como tal, conoce la fórmula de Urtahitéi, la tercera aceleración. Es un secreto que sólo poseen él y el Gran Maestro... aunque éste lo pensaría mucho antes de utilizarlo. Está demasiado viejo para recuperarse después. Tal vez le costaría la vida.

Los cinco campesinos ocupaban ya los vértices del pentágono. Togul Barok se colocó en el centro de la figura geométrica y les ordenó que lo miraran todos. Ellos se giraron maquinalmente. Eran hombres jóvenes, sanos pero delgados, y todas las cabezas quedaban al mismo

nivel. De esa altura y de ese peso los había encargado el príncipe, como un tratante que comprara cerdos o bueyes.

--Vais a tener un gran honor.

Togul Barok no hablaba tanto por afán de explicarse como porque retarse a sí mismo le secaba la boca y necesitaba saliva. Se puso de frente a uno de los campesinos, al azar. Llevó la mano a la empuñadura un par de veces y ensayó el gesto técnico de desenvainar la espada. Después cerró los ojos y pronunció en su mente una serie de doce letras y números, en cuatro series de tres...

Kirión apenas distinguió lo que pasaba. Su señor pareció convertirse en varias copias de él mismo, borrosas por la velocidad con que se movían. Seguidos como una granizada empezaron a sonar unos golpetazos sordos como cuchillos de carnicero que despiezaran reses, mientras las cabezas de los campesinos volaban por los aires. Una de ellas pasó rozando la mejilla de Kirión, que se apartó justo a tiempo. Los cuerpos se desplomaron uno a uno.

El príncipe volvió a convertirse en una única figura de contornos bien perfilados. La espada estaba en el aire, chorreando sangre. Togul Barok jadeaba y se apretaba un costado. Kirión se acercó preocupado, y sólo entonces reparó en lo que de verdad les había pasado a los campesinos. Pues no sólo habían sido decapitados, sino que antes de que sus cuerpos cayeran al suelo Togul Barok había tenido tiempo de partirlos a todos por la cintura, salvo al último, que ya debía de estar a mitad de la caída cuando lo golpeó; a ése lo había partido en dos más arriba, casi en las tetillas, y era el único cuerpo en el que aún se veía una línea de pintura azul.

Togul Barok respiró hondo y se enderezó, haciendo un esfuerzo visible.

--Por supuesto, aunque aún no me he presentado a la prueba de noveno grado... -se detuvo un momento para jadear y prosiguió-, el Gran Maestro, como favor especial, me ha enseñado el secreto de Urtahitéi. Nadie más que él, tú y estos pobres desgraciados lo saben.

Kirión contempló los restos de la carnicería. Olía a sangre y a entrañas derramadas, aunque los campesinos habían estado en ayunas tres días y les habían administrado lavativas esa misma mañana.

--No es necesario que me degüelles como a ellos, Alteza. Sabes que mi boca sólo habla para ti.

Togul Barok se desciñó la espada y se la entregó a Kirión, que trató de cogerla con el debido respeto.

--Llévasela a Jalkeos. Que la limpien, la pulan y la vuelvan a afilar. Y dale los cien imbrales que faltaban por pagar. Me la quedo. Quiero que en la espiga le grave un nombre.

--¿Cuál, Alteza?

--*Midrangor*. En antiguo Ainari significa «Ajusticiadora». Para eso

servirá, Kirión: para darnos lo que en justicia es nuestro.

«OH, DIOSA ROJA DE LA SANGRE, HERMOSA LLAMA DE LOS CIELOS, REVÉLAME TUS SECRETOS MOVIMIENTOS PARA QUE EL AIRE SILBE Y ENSORDEZCA A MIS ENEMIGOS Y PARA QUE MI *KISHA* SEA CEGADORA COMO EL RELÁMPAGO DE MANÍGULAT, REY DE LOS DIOSES, EN LA OSCURA NOCHE.»

Así se dirigió Derguín a Taniar, como era preceptivo antes de realizar Taniarimya; pues era la propia luna roja quien le reveló aquella Inimya a Áscalos, el creador del arte de la espada tal como hoy se conocía. Derguín contó hasta diez latidos y concentró en ellos las energías que desencadenaría en poco más de un minuto. La brevedad de Taniarimya, primera serie de maestría, enmascaraba una dificultad extrema. Siete pasos a la espalda de Derguín, Kratos había tallado dos muescas sobre la corteza de un abedul. Aquella cruz debería medir la precisión de su acero.

Tras los diez latidos, Derguín contuvo el aliento y guardó el aire unos segundos. Después, dejó que las fuerzas que había contenido rompieran el dique, las proyectó en un grito de guerra y saltó hacia delante. Su espada desapareció de la vista, convertida en un silbido de aire y una lluvia de estrellas fugaces. El cuerpo de Derguín dibujó un baile en el que brazos y piernas, caderas y hombros formaban figuras imposibles, saltando por encima de su propia arma, volteándose, clavándose de bruces en el suelo para brincar al instante como un gato. Luego se quedó inmóvil antes del último movimiento, el más preciso y difícil. Aguantó otros diez latidos y se arrancó en una serie de seis giros hacia atrás, cada uno en una posición más comprometida que la anterior, acabando con enemigos imaginarios en las ocho direcciones del horizonte sin llevar nunca la vista al abedul que cada vez estaba más cerca de su espalda. Tras el sexto giro, Derguín saltó hacia atrás, se volteó con un tirón de las caderas y lanzó el golpe final, acompañándolo con un grito salvaje y con todo el peso de su cuerpo. Cayó al suelo, dio una voltereta sobre el hombro izquierdo y tras revolverse quedó de pie, de cara al árbol y con las piernas abiertas en posición de alerta. La espada había quedado clavada en la madera y aún

vibraba.

Kratos se acercó a comprobar la estocada. Había un palmo de acero hundido en el tronco, y el golpe se había desviado del centro de la cruz por menos de medio dedo. El Tahedorán se sintió complacido, pues en aquel terreno desnivelado lograr más precisión habría sido fruto de la casualidad. Pero al muchacho le hizo ir y le enseñó lo que le había faltado para la perfección.

Derguín meneó la cabeza, contrariado. Después buscó el rostro de Tríane. Ella le sonreía con sus ojos rasgados.

--Otra vez. Puedo hacerlo mejor -insistió el muchacho, y arrancó la espada del árbol.

A cada día que pasaba viajaban menos tiempo y entrenaban más. Durante dos días se apartaron de la Ruta de la Seda para seguir otros caminos más recónditos que Kratos recordaba de años atrás, pues la calzada principal estaba muy concurrida y el maestro no quería que nada rompiera la concentración de su discípulo.

Kratos se veía acuciado por sentimientos contradictorios. Era hombre de lealtades claras; había derramado sangre propia y ajena al servicio de Áinar y más tarde le había jurado fidelidad a Hairón. Ahora se le abría un nuevo camino, el de convertirse en el Zernalnit y recibir el homenaje de los demás en vez de ofrecerlo a otros. Pero en ese sendero se interponía el juramento prestado a Yatom y ahora administrado por Linar. Si el Kalagorinor le exigía que renunciara a la Espada de Fuego para apoyar a Derguín, su palabra le obligaría a hacerlo; mientras que si el muchacho fracasaba en la prueba de maestría, su conciencia quedaría libre.

Kratos se había propuesto adiestrar a Derguín con honradez, mas sin empeñar el corazón. Pero no era tan sencillo. Nunca había tenido un discípulo como Derguín. Los movimientos del muchacho eran tan fáciles que parecían un fenómeno más de la naturaleza, como el viento o la lluvia; había tal pureza en ellos que Kratos no los imaginaba profanados con sangre humana. Era una inocencia engañosa: sus costillas ya habían catado la dureza de sus golpes y día a día aprendiz e instructor estaban más parejos.

Unos días antes, Linar le preguntó si creía que Derguín estaría listo.

--No sé cómo lo juzgará el tribunal de Uhdanfiún -respondió-. Pero si en mi mano estuviera, Derguín ya sería maestro mayor. Es un *natural*.

Y al decir estas palabras se sorprendió a sí mismo, porque hasta entonces no había pensado en ello. Un natural es algo que se da muy de tarde en tarde, tal vez uno por generación, y cuando así ocurre se

comenta con asombro entre los maestros. Se dice que los naturales no aprenden las técnicas del Tahedo, sino que las recuerdan, y que no memorizan las series, sino que las intuyen. Ni el propio Kratos se habría atrevido a decir de sí mismo que era un natural, y sin embargo lo creía de Derguín. ¿Por qué sentir ese orgullo de maestro ahora, cuando sólo debería pensar en sí mismo, en conseguir la Espada de Fuego y en convertirse en el Tahedorán más grande que jamás hubiese existido? Tal vez estaba viejo. Tal vez echaba de menos un hijo, como aquel niño que ya daba sus primeros pasos cuando lo abandonó trece años atrás en Tishipan, y cuyo rostro ya ni siquiera recordaba.

Cuidado, se avisó. Piensas como si quisieras dejar una huella en este mundo justo antes de desaparecer. Si empiezas a aceptar que el soplo de la muerte está cerca de tu oreja, te acostumbrarás a él y no lo oirás venir. Y aún no ha llegado el momento de la despedida para Kratos May.

Tríane era un problema y un enigma para el que no tenían solución. Cuando despertaron tras aquella noche de pesadilla, ella estaba ya calentando agua para preparar gachas. Las ropas que Mikhon le había prestado caían holgadas sin revelar sus formas, pero Derguín la contemplaba embelesado y recordaba el cuerpo menudo que había recogido en sus brazos horas antes. A la luz del día su rostro era aún más hermoso, demasiado sereno para una joven que había estado cerca de sufrir un destino horrible. De noche, sus ojos rasgados parecían negros; ahora, la luz del sol arrancaba de ellos reflejos de amatista. Mas no era Derguín el único al que aquellos ojos habían embrujado. Cuando la mirada de Tríane se posaba en él, a Mikhon Tiq, que no había estrenado su virilidad ni siquiera en los burdeles de Koras, se le despertaba en las entrañas una rara turbulencia que no sabía descifrar. A Kratos se le nublaba el recuerdo y en aquellos ojos oblicuos creía ver los almendrados de Shayre; la garganta se le cerraba en un nudo y luego le subía la sangre a la cabeza acordándose de Aperión y de su crueldad aún impune.

Linar observaba a los tres hombres y a aquella mujer que no aparentaba tener más de diecisiete años, y se preguntaba qué papel tendría en la historia que apenas había empezado a escribirse. Fila no era lo que parecía. Durante el delirante viaje de la noche anterior, Tríane había fingido dejarse hipnotizar por el canto de los engendros de la tierra, pero Linar sabía que aquella llamada no tenía poder sobre ella. Pocas cosas tenían poder sobre aquella criatura.

--Esa mujer desconcentra a Derguín -le dijo Kratos dos días después.

--Yo creo que se afana más cuando ella le mira.

Kratos bufó.

--En cualquier caso, no podemos cargar con ella.

--Tampoco podemos abandonarla -respondió Linar, aunque no se sentía cómodo con Tríane entre ellos.

Al día siguiente de su rescate, Tríane les contó, como si acabara de recordarlo, que los sectarios que intentaron sacrificarla habían arrasado su aldea. Nadie de los suyos quedaba con vida. No tenía adonde ir. Su tono sereno tal vez ocultara su verdadero pesar; pero Linar dudaba de que sus palabras escondieran una sola pizca de verdad.

Sin duda, perturbaba la concentración de Derguín. El muchacho la buscaba con los ojos cuando creía que ella no se daba cuenta, pero Tríane le sorprendía casi siempre, y a veces le contestaba con una sonrisa o le devolvía una mirada enigmática. Ella se había empeñado en encargarse de las comidas; recogía broza y hojarasca seca para prender la lumbre, hervía el agua, guisaba y hasta les servía las escudillas. Tenía buena mano y sazónaba los guisos con hierbas aromáticas que ni siquiera Linar conocía. Cuando Derguín acudía a ayudarla con cualquier pretexto, era ella la que procuraba que sus cuerpos se tocaran. Si Derguín le traía un perol lleno de agua, Tríane se demoraba cogiéndolo y con los dedos le rozaba el dorso de la mano. Si se agachaba para fregar con ella en un regato, Tríane se ponía en cuclillas y, como al descuido, frotaba sus caderas y sus muslos con los del muchacho. Cuando les servía la comida y le tocaba el turno a Derguín, ella se ponía detrás de él y se inclinaba sobre su hombro de forma que sus cabellos le rozaban el rostro y él aspiraba su perfume de enebro, y se apretaba contra su hombro y le clavaba sus pechos pequeños y duros. Todo ello lo veía Linar aunque fingiera no mirar, y bufando entre dientes se preguntaba si Derguín sería un buen candidato para la Espada de Fuego. Después lo disculpaba, diciéndose que sólo tenía diecinueve años y que él mismo... ¿Él mismo? ¿De veras fue joven alguna vez?

La segunda noche después de salir de la Ruta de la Seda, algo despertó a Derguín. El muchacho se incorporó. Mikha y Kratos dormían, arrebuajados en sus capotes. Los caballos estaban tranquilos, atados a unos alisos cercanos. Linar reposaba sentado junto a los rescoldos del fuego, con la espalda recta como el tronco de un ciprés y el ojo apenas entreabierto. Derguín sintió el perfume de Tríane y la buscó. Ella se había acostado a su derecha, al alcance de su brazo, pero en su lugar sólo quedaban las ropas que le había prestado Mikhon Tiq, vacías, como si la carne que las rellenaba se hubiese convertido en agua. Se preguntó si habría abandonado el vivac desnuda, y eso le hizo sentir una punzada

de inquietud y deseo. Se levantó, se ciñó la espada a la cintura y partió en busca de la joven, pues, aunque su olfato no era agudo, el rastro dejado por su perfume se seguía tan nítido como una calzada a la luz del sol.

Linar se encontraba viajando entre los extraños árboles que formaban el paisaje interior de su syfrón, sumido en recuerdos y sensaciones inefables que sólo un Kalagorinor podía entender. Pero desde su duermevela mágico vio cómo Derguín se alejaba entre la espesura. La chica se había marchado unos minutos antes, y el propio Linar había admirado la belleza de su cuerpo bañado en luz púrpura. Pero el rastro que aventaba Derguín, aquel aroma tan intenso que Linar podía verlo flotar en el aire como una senda blanquecina, era sin duda una trampa. Ahora estaba seguro de cuál era la naturaleza de Tríane. ¿Qué hacer? Tal vez levantarse y seguir a Derguín, o al menos llamarle y alertarle del peligro. Los bosques siempre eran peligrosos, y cuanto más alejados de las ciudades y las rutas de los hombres, mayores sus amenazas. Eran muchos los que corrían en la noche detrás de mujeres misteriosas, se perdían para siempre entre la espesura y acababan devorados por bestias sin nombre; muchos también los que se asomaban a oscuras lagunas y en sus propios reflejos atisbaban labios frescos y cálidos brazos, y cuando se arrojaban al agua sólo encontraban el abrazo mortal de las algas y el frío eterno del fondo. Ninfas, dríades o hamadriades, hadas, náyades, ondinas o Niryiin: nombres diferentes para las hembras del antiguo pueblo, una gente que seguía su propio sendero desde la noche de los tiempos y que se divertía jugueteando con los deseos de los hombres.

«Ten cuidado, Derguín», gritó Linar. Pero su voz no llegó a salir del bosque privado de su syfrón. Si Derguín había caído en las redes de aquella lujuriosa ninfa, acaso no era tan inteligente como Linar había creído.

Pero desde su ensoñación, el mago dudaba. Aquella mujer había aparecido para ellos como una víctima a punto de ser sacrificada; pero la gente del antiguo pueblo no solía caer en las trampas de los humanos, sino más bien al contrario. Allí se escondía un propósito de largo alcance. El futuro inmediato de Derguín era una bifurcación que Linar no alcanzaba a ver: en un lado la muerte, en el otro... ¿qué? Sintió la tentación de alzarse el parche para saber, pero la resistió. Cada vez que destapaba su ojo derecho, en algún lugar muy lejano un ser inmensamente poderoso se agitaba en sueños; cuanto más tardara en despertarse, mejor para el mundo. Decidió dejar que los acontecimientos se desarrollaran solos. O tal vez no lo decidió, tal vez el perfume que atraía a Derguín también lo había obnubilado a él. Linar era poderoso, más de lo que sus compañeros sospechaban, pero no omnipotente. Por qué no adormilarse, flotar en su syfrón...

No tardó Derguín en encontrar un arroyo que corría entre álamos y sauces. Siguió una angosta trocha, esquivando las zancadillas de las raíces que asomaban a su paso. El terreno se hizo más accidentado y al poco se encontró caminando entre las paredes de una garganta que no mucho más tarde moría ante un espaldón de roca. El arroyo se había ensanchado en un remanso rodeado de juncias, y allí perdió Derguín la pista del perfume. Miró a su alrededor. Al frente y a la izquierda se levantaba el murallón de piedra, surcado por profundas líneas verticales, como zarpazos dejados por una bestia mitológica, y a la derecha trepaba un talud sembrado de vegetación que entre las sombras se adivinaba impenetrable. El agua del remanso dibujaba traviesos remolinos junto a las orillas, pero en el centro era un espejo en el que Taniar se asomaba para contemplar su belleza carmesí una última vez antes de dormir. El aire olía a ozono, presagiando una tormenta imposible en aquel cielo cuajado de estrellas. Pese al relente, Derguín sintió el impulso de despojarse de la ropa. Se quitó el capote y lo dejó caer sobre una piedra redondeada. Después se desciñó la espada y la ocultó bajo el capote. La siguieron las botas, las calzas, la pelliza; por fin, se quitó la túnica y su piel se erizó al contacto con el aire. El reflejo de Taniar en el agua parecía burlarse de él: rómpeme si te atreves.

Derguín...

Se giró a todas partes, sin saber si había escuchado su nombre o si una racha de viento había dejado un susurro engañoso entre los árboles. Volvió a contemplar el agua. No tenía idea de cuánto podía cubrir, pero le tentaba sentir su caricia en la piel. Se subió a un saledizo de piedra que se asomaba sobre las cañas y saltó de cabeza, dispuesto a romper el rostro de la luna.

El agua estaba tan fría que le congeló el aliento y se cerró como una mano apretándole los testículos. Pero Derguín se dejó deslizar, libre, sin tocar el fondo en el que podía haberse roto el cráneo por su temeridad. Abrió los ojos y vio frente a él un resplandor verde. Lo siguió, aunque una vocecilla en su cabeza le advertía de que era una trampa. Buceó sin tomar aire, confiado en su aliento. Avanzó unos metros y, de pronto, silueteándose contra el resplandor, le salieron al paso unos miembros sarmentosos que trataron de agarrarle. Derguín braceó para apartarlos y tragó agua. Sólo eran ramas sumergidas que le arañaron las manos. Intentó emerger, pero sobre su cabeza había surgido un techo de roca. Se giró sobre sí mismo, llevado por el pánico, pero ya no sabía por dónde había venido ni en qué momento había entrado en aquel impreciso túnel. Sólo tenía una salida: buscar la luz y

confiar en que junto a ella hubiese aire. Volvió a braccar, desesperado; el pecho le oprimía como si lo estuviera aplastando una columna de mármol, los oídos le zumbaban. Ya no se acordaba de Triane, ni de la Espada de Fuego, ni de nada que no fuese la urgencia de sacar la cabeza del agua. Sus manos tropezaron con un fondo de cieno y raíces viscosas como gusanos. Más que nadar, gateó sobre él, lo arañó, y se dio cuenta de que estaba subiendo. Temió que suelo y techo se juntaran hasta aplastarlo como a una mosca, que el resplandor fuera tan sólo un señuelo de las aguas, y habría gritado de pánico si le hubiese quedado una pizca de aire.

Pero el techo ya no estaba ahí y su cabeza emergió del agua. Aspiró el aire con ansia, y eso le hizo tragar también el agua que se había quedado estancada a medio camino de sus pulmones. Tosió, escupió, y entremedias respiró una y otra vez, pensando que no había vino más refrescante ni manjar más succulento que el aire.

Cuando recuperó el aliento, examinó aquel lugar y silbó entre dientes. Se hallaba en una cueva de formas imprecisas. El resplandor provenía del techo, a unos seis metros sobre su cabeza. De él colgaba un auténtico bosque invertido, millares de agujas con fantásticas inflorescencias de aragonito que brotaban de las estalactitas como racimos de uvas brillantes y nacaradas. Entre ellas anidaban docenas, cientos, miles de luznagos. Casi todos eran verdes y su luz pintaba la sala de destellos y reflejos fantasmagóricos; pero también los había azules, e incluso rojos, los más raros y preciados. Estaban canturreando. El canto del luznago es una llamada tan baja que apenas llega a escucharse, pero eran tantos los que bullían en el techo de la caverna que juntos componían un misterioso coro de susurros y cuchicheos. Derguín se puso en pie con un escalofrío y salió del agua. El suelo era una superficie húmeda y arcillosa; poseía una cualidad sensual no del todo desagradable, la caricia indolente de algo vagamente amenazador. Derguín examinó la cueva, buscando una salida. Por donde había venido el agua dibujaba un amplio círculo de reverberaciones fosforescentes, cerrado al otro lado por la pared de la cueva. No se veía la abertura por la que había entrado. Derguín no se atrevió a salir por allí; antes, aun orientado por el resplandor, había estado a punto de asfixiarse. Se volvió y examinó el otro extremo de la cueva. Entre las oquedades y nichos de las paredes, un óvalo de oscuridad más profunda señalaba la boca de un túnel.

Derguín pensó que no tenía otro remedio que internarse por él si no quería bucear de nuevo, pero la oscuridad le amedrentaba. Durante unos minutos no se movió de donde estaba. Después, dos luznagos, uno verde y otro rojo, se desprendieron del hervidero del techo. El de color verde empezó a revolotear delante de él, mientras el rojo se dedicaba a hacer rizos y piruetas más audaces que dejaban en el aire saetas de

fuego y apuntaban siempre al túnel. Si aquello no era una señal, tendría que caer una estrella del cielo, pensó Derguín, y los siguió.

El túnel era sinuoso y estrecho, y descendía en un ángulo pronunciado. Bajo sus pies desnudos el suelo seguía siendo gredoso y fresco. Derguín siguió a sus diminutos guías agarrándose a las paredes para no resbalar. Le pareció que el aire se enrarecía según avanzaba, aunque tal vez era su garganta la que se sentía oprimida entre aquellas estrecheces. Al cabo de un rato, los luznagos se dieron la vuelta y regresaron con el enjambre del que se habían escapado para su breve aventura. Derguín gimió angustiado, pues de pronto se había quedado solo en la oscuridad. Pero en cuanto sus ojos se habituaron a ella, distinguió enfrente un resplandor rojizo. Progresó con mucho cuidado hacia él, aunque no pudo evitar que un saliente le arañara el cuello y que sus rodillas se despellejaran contra las protuberancias de la roca. Cuando la luz se hacía más viva, como si su fuente se hallara a la vuelta de la esquina, se encontró bloqueado entre las paredes. No había allí más de un palmo para pasar. Derguín se giró y trató de entrar de lado. A mitad de la travesía, su pecho se quedó atorado. No podía avanzar ni retroceder. Sus latidos se dispararon y el sudor brotó de todos sus poros a la vez. Un grito de pánico empezó a formarse en su garganta. No, no, no; no puede haber pánico, *¡b* Derguín, se dijo como si fuera su propio instructor en Uhdanfiún. Cerró los ojos y trató de controlar las reacciones de su cuerpo con las técnicas de concentración que había aprendido en Tahedo. Cuando su corazón se enlenteció hasta latir aún más pausado que el ritmo normal, Derguín expulsó hasta la última gota de aire de sus pulmones y empujó con fuerza. Las paredes le arañaron el pecho y la espalda, pero logró pasar.

Al otro lado de la angostura el túnel se recodaba hacia la derecha. Unos pasos más allá, Derguín apareció en una nueva sala, mucho menor que la anterior. En su centro se abría una grieta quebrada en forma de V invertida de la que emanaban el resplandor bermellón que le había atraído y unas volutas de vapor que se enroscaban como serpientes en celo antes de disiparse en la oscuridad del techo.

Allí había alguien más. Derguín miró a su izquierda. Apenas distinguió una línea rojiza, que se movía como el trazo de un pintor siguiendo unos contornos sinuosos: un hombro, una cadera que avanzaba prometiendo algo y después retrocedía burlándose... La línea se giró poco a poco y reveló nuevos detalles. Un pecho pequeño como una fruta antes de entrar en sazón; la punta erguida por el frío, un atrevido guijarro que Derguín deseó apretar entre los dedos.

--Éste es un antiguo oráculo de la Tierra -le dijo Tríane, como si reanudaran una conversación interrumpida.

Derguín tragó saliva y preguntó:

--¿Cómo de antiguo?

--Tanto que ningún humano ha vuelto a entrar en él desde la Edad de Plata. Tú eres el primero.

--¿Yo?

Tríane se rió y no quiso responder la pregunta implícita de Derguín.

--Pueblos del pasado, mucho más poderosos que los de hoy día, lo consultaron para averiguar la voluntad de los dioses y leer alguna línea del libro de Kartine. -Tríane avanzó un par de pasos hacia la fisura y levantó un brazo sobre ella, buscando tal vez su calor. La mitad de su cuerpo se tiñó de rojo mientras la otra mitad se fundía con las sombras-. En aquella época recurrían a mujeres que creían inspiradas por los dioses, pero era la propia Tierra la que entregaba el don de sus visiones a aquellos que sabían ver. -Se volvió hacia Derguín y extendió la mano-. Ven.

Derguín avanzó cauteloso. Ella le tomó la mano y tiró de él, obligándole a asomarse. Derguín vio las paredes rugosas de la grieta, iluminadas por nieblas fantasmales que ascendían del fondo, pero para ver éste tendría que haberse inclinado tanto que no se atrevió a hacerlo.

--¿Qué quieres saber? -le preguntó Tríane.

Derguín miró sus ojos rasgados y sus labios pequeños y carnosos y deseó decirle: «Quiero saber quién eres y qué quieres de mí».

--¿Por qué he de querer saber algo?

Tríane se rió de él.

--Creí que tenías una mente despierta y curiosa. Me decepcionas.

Por nada del mundo habría decepcionado Derguín a aquella mujer, a la que tenía tan cerca que sentía sus contornos dejando su impronta en el aire como un sólido molde de yeso. Se atrevió a dar otro paso y volvió a asomarse a la sima.

--Sí, quiero saber, pero no creo que aquí esté la respuesta.

--¿La respuesta a qué, Derguín? ¿A ese miedo que muchas noches no te deja dormir?

Derguín la miró, sorprendido.

--¿Cómo sabes eso?

--No lo sé... Te observo, nada más -jugueteó ella-. Venga, hazle tu pregunta a la Tierra. Ella sí que es sabia.

--Está bien. -Derguín apretó más la mano de Tríane y se inclinó, hasta que vio muy abajo una extraña oscuridad roja-. Quiero saber de quién es el ojo de tres pupilas y por qué me...

El vapor entró en su nariz y en su garganta y le cortó la voz, y en vez de bajar a sus pulmones subió directo a algún lugar por encima de sus ojos, donde se aposentó como una nube embriagadora que le cubrió de telarañas la vista. Tríane tiró hacia atrás de él.

--Abusar del conocimiento es peligroso -susurró.

Tríane le hizo volverse hacia ella, le tomó las manos y le hizo que se las pusiera en las caderas desnudas. Bajo los dedos Derguín sintió

una carne de materia más tenue que la realidad, hecha de susurros y palpitations anhelantes. Tríane acercó su rostro al de él, se puso de puntillas y le besó. Tenía los labios tibios, pero los entreabrió y dejó deslizar su lengua entre ellos. El deseo y la embriaguez de los vapores hacían que cada sensación fuera nítida y cortante como una roca afilada. La lengua de Tríane era pequeña y lisa, de punta triangular, y estaba fría. Durante unos segundos, se abrió paso entre los dientes de Derguín como un minúsculo arroyo de montaña colándose entre las rocas. Después, Tríane se apartó de él y le miró. Le tomó la mano derecha, como si hubiera leído su deseo anterior, y se la puso en el pecho. También estaba fresco, y el pezón duro como una cuenta de cristal le cosquilleó la palma de la mano. Los vapores se hicieron dueños de él. Tríane le hizo tumbarse en el suelo de la gruta, que seguía siendo una arcilla húmeda y blanda, y de algún modo que no entendió le hizo pensar en un lecho de la vida primigenia. Ella ya estaba a horcajadas encima de él, moviéndose desde las caderas al cuello, sinuosa como un fuego fatuo. Derguín la agarró por las ijadas para controlarla, pero ella le apartó las manos y le hizo extender los brazos en el suelo, como una estatua inerte. Después se inclinó sobre él hasta que sus senos rozaron el pecho de Derguín. Mírame a los ojos, le dijo. Y cuando Derguín fijó la vista en ellos, se dilataron hasta abarcarlo todo, la cueva, la cuña de roca solidificada que se hundía en la tierra y en la que se abría la cueva, el país de Áinar, el vasto continente de Tramórea, el orbe entero. En el centro de sus ojos creció un pequeño agujero que se convirtió en un pozo sin fondo, y mientras Tríane gemía y su cuerpo buscaba placer frotándose contra el pubis de Derguín, éste se precipitó por el pozo, y tuvo visiones de tiempos remotos y lugares lejanos, reinos sepultados por los mares y por el fuego del cielo, héroes y sabios enterrados por las arenas del olvido. Mientras Tríane exprimía cada gota de su cuerpo, Derguín viajó por eones que después no recordaría y perdió la noción de las horas. En algún momento se vació en ella, pero para entonces su conciencia estaba perdida en un rincón muy lejano del espacio y del tiempo.

Derguín despertó junto al remanso. Al incorporarse descubrió que le dolía todo el cuerpo. Tenía las rodillas doloridas y encogidas por el frío, y el brazo izquierdo se le había quedado entumecido debajo del cuerpo. Se puso en pie a duras penas y miró a su alrededor, desorientado. En su último recuerdo todo estaba teñido de rojo, pero ahora la pared de roca que se alzaba sobre el agua era de un azul blanquecino. En el remanso ya no se reflejaba la cálida Taniar, sino Rimom, el frío dios de la noche. Derguín levantó la mirada y buscó en el

cielo la luna azul. Ya estaba casi a medio camino antes de su cénit, de modo que no quedaba demasiado para el amanecer. ¿Por qué había dormido allí, desnudo?

Sus ropas estaban cerca. Se agachó para recogerlas, pero entonces le asaltaron imágenes de un extraño sueño y volvió a mirar a las aguas. Sintió deseo de arrojarse a ellas y a la vez temor de que lo devoraran. Tríane, susurró, y antes de vestirse examinó su cuerpo a la gélida luz de Rimom. Tenía raspones en el pecho y en las rodillas, y la espalda debía estar igual a juzgar por el escozor que sentía. En la cadera izquierda había cuatro marcas paralelas, tres más pronunciadas y una más débil, y entonces recordó que Tríane había cabalgado sobre su cuerpo y le había clavado las uñas. El recuerdo le excitó y la excitación le produjo dolor, pues ella debía haberse servido de él a conciencia. Derguín cerró los ojos y trató de invocar el resto de los recuerdos, pero no pudo pasar de la imagen de Tríane a horcajadas sobre él. Sabía que había visto algo más, que dentro de su cabeza se ocultaba una semilla dura y negra, llena de fantásticas visiones, pero no pudo abrir su cáscara porque ni siquiera supo encontrarla.

Después de vestirse y ceñirse la espada, Derguín desanduvo el camino y remontó el arroyo que lo había traído hasta allí. No tardó en llegar al vivac. Kratos y Mikhon seguían durmiendo junto a los restos de la hoguera, que ya estaban fríos. Linar no se había movido. Las ropas que había llevado Tríane seguían en el mismo sitio. Derguín se agachó junto a ellas, recogió la túnica y se la llevó a la cara, buscando el olor de ella. Sólo olían a humo de hoguera.

--Ven.

Derguín se volvió hacia Linar, que le estaba mirando, y se acercó a él. El mago desdobló sus largas piernas y se puso en pie. Le sacaba una cabeza a Derguín, que tan de cerca se sintió intimidado por su estatura. Linar le puso una mano en la frente y de pronto los recuerdos de esa noche desfilaron ante los ojos de Derguín, fundiéndose en una sola imagen preñada de susurros y aromas. Pero la semilla negra seguía sin abrirse. Linar se apartó de él.

--Pocos se salvan de lo que tú te has salvado, insensato. Duerme lo que queda de noche. -Y añadió medio en broma, medio de veras-: Si mañana te da por echar la vista atrás a cada recodo del camino y me dices que no tienes apetito, le daré permiso a Kratos para que use contigo la espada de acero y no la de instrucción.

Tiempo tuvo Derguín de recordar las palabras de Linar. Su camino los llevó junto al remanso, y aunque nada dijo a sus compañeros, su mirada tornadiza traicionaba que algo había perdido allí; y cada bocado

que tragó durante los dos días siguientes pasó por su garganta como una bola de paja seca erizada de vidrios rotos. Pero estaba decidido a alimentarse y conservar sus fuerzas, y a luchar por la Espada de Fuego. Aunque no lograra conjurar las visiones que se ocultaban en un rincón de su memoria, estaba convencido de que sólo si se convertía en el poderoso Zemalnit podría conquistar a una criatura tan misteriosa y huidiza como Tríane. Tal vez eso le salvó de la locura, o tal vez así lo había dispuesto ella.

El 25 de Bildanil, Linar y Mikhon Tiq se separaron de sus compañeros.

Aquel día había amanecido con el aire recién lavado por la lluvia de la noche anterior y el cielo surcado por nubéculas altas que se alineaban paralelas, como espuma en un mar picado por el viento. Pasada la planicie de Umbhart, la Ruta de la Seda se adentró por un extenso robledal. Avanzaron por aquella sombría espesura más de una hora, doblaron una revuelta y se encontraron sin previo aviso asomados al valle del Eidos. A partir de ese punto la calzada empezaba a caracolear de terraza en terraza bajando hacia el llano. Antes de descender por ella, se detuvieron en un mirador protegido por un pretil de piedra, junto a una capillita dedicada a la diosa Ashine. Desde allí se divisaba toda la llanura, que se abría como una inmensa alfombra verde hacia el oeste. Los sembrados, dibujados por caballones, ribazos y acequias que parecían más obra de pincel que de reja o pala, se alternaban con arboledas cuadradas y rectangulares; aquellos bosquecillos no permanecían aislados entre las hazas por obra de la naturaleza, sino porque su madera era necesaria para las construcciones de la ciudad, y cualquier campesino que osara talar un solo árbol en ellos era reo de muerte. Por doquier se levantaban pequeñas columnas de humo, señalando dónde se hallaban las aldeas y caseríos. La Ruta de la Seda atravesaba entre los campos como una flecha, hasta que la distancia la hacía invisible. Pero el aire era tan diáfano que su destino se veía ya desde casi tres leguas: un óvalo amurallado que se derramaba como una gran mancha multicolor en la llanura verde.

--Allí está Koras --señaló Derguín, en un tono tan ambiguo como las sensaciones que le despertaba la visión de aquella ciudad.

Regresaba al escenario de su fracaso; pero también al lugar en el que se decidirían el resto de sus días.

Y allí mismo se despedirían, anunció Linar. Kratos, Derguín y el propio Mikhon Tiq se volvieron, sorprendidos. Siempre habían creído que entrarían juntos en Koras. Linar les explicó que la instrucción de Derguín estaba ya casi completa, mientras que él debía ocuparse de Mikhon Tiq y de otros asuntos urgentes.

Kratos se llevó a Linar a un aparte y le preguntó por su decisión. ¿A quién de los dos elegiría para la Espada de Fuego?

--Si Derguín consigue la séptima marca, ambos os presentaréis ante los Pinakles. Sabrás la decisión cuando me parezca conveniente.

Kratos agachó la mirada. Linar pareció arrepentirse de la sequedad de sus palabras y le comentó que no debía preocuparse, pues cuando aquellos asuntos estuvieran resueltos, él sabría encontrarlos.

--Cuidaos y no os dejéis ver demasiado. Temo a Togul Barok.

--Me preocupa más Aperión.

--El peligro, sobre todo para Derguín, es Togul Barok. Mejor será que no se encuentren.

Mientras tanto, Mikhon Tiq se despidió de su amigo. Aunque él tampoco se esperaba aquella súbita separación, la esperanza de que su verdadero adiestramiento empezara por fin le había iluminado los ojos.

--Cuando nos volvamos a ver, ninguno de los dos será igual que antes. ¡Es nuestra oportunidad!

Derguín trató de sonreír, aunque la visión aún lejana de las murallas de Koras le había encogido el vientre. Se acercaba para él un momento crucial, el primero de varios; habría deseado sentir por sí mismo la confianza casi devota que le profesaba Mikha.

--Así que cuando te vuelva a ver podrás convertirme en sapo si te enfadas conmigo...

Mikhon Tiq miró de reojo a Linar, que seguía conversando con Kratos, y bajó la voz.

--No me ha dicho nada, pero creo que voy a conocer a otros como él. Me darán poder, Derguín, poder para ayudarte a conseguir *Zemal*. Y cuando la tengas, no habrá nadie que nos pueda detener a los dos juntos.

Derguín reconoció en los ojos de su amigo la confianza desmedida que tan bien recordaba de sus días en Uhdanfiún. El rostro añorado de Mikhon Tiq lo convertía en blanco para las pullas de los matones; él, que era propenso a sobrestimar sus fuerzas, solía rebufar como un gato y se metía en camorras con cadetes que casi le doblaban en tamaño, de modo que al final Derguín tenía que acudir en su ayuda, y más de una vez habían acabado ambos con los ojos morados.

--Ten fe, Derguín. Haremos que muchas cosas cambien. No habrá más espaldas flageladas, ni más inocentes asesinados.

--¡No me recuerdes eso!

Linar llamó a Mikhon Tiq. Los dos jóvenes se miraron. De pronto, Derguín presintió que su amigo tenía razón, que si volvía a verlo ya no sería la misma persona a la que conocía desde niño; y también tuvo la oscura intuición de que, a pesar del optimismo de Mikha, algo los separaría ya para siempre. Los ojos se le llenaron de agua, y para que su amigo no lo viera, le dio un abrazo y le apretó la espalda.

--Cuídate mucho -susurró.

Mikhon Tiq se apartó de él, extrañamente azorado, y montó en su caballo. Linar ya se alejaba hacia el norte sin mirar atrás, por un estrecho camino que zigzagueaba siguiendo el borde sinuoso de la terraza natural. Derguín se quedó mirándolos hasta que se perdieron tras un recodo. Después, él y Kratos emprendieron la última etapa hacia Koras, hacia el tribunal de Uhdanfiún y los Pinakles que habrían de revelarles el paradero de la Espada de Fuego.

Ya era casi media tarde cuando Derguín y Kratos llegaron ante la Puerta de la Seda. A la izquierda se levantaba la muralla antigua, de tiempos de Minos Iyar, y a la derecha la nueva, construida por Mihir Barok para proteger Feryí, el barrio de comerciantes y artesanos extranjeros que había crecido y prosperado al este de la ciudad. Ambos muros eran imponentes, formados por enormes sillares grises que se alzaban hasta los doce metros. Las setenta y siete torres de guardia aún doblaban esa altura.

Se detuvieron ante la puerta, un gran arco rodeado por dos leones de dientes de sable tallados en bajorrelieve y esmaltados de azul y rojo. Por encima de sus cabezas se abrían estrechas aspilleras, tras las cuales acechaban arqueros apenas visibles. El rastrillo de metal estaba levantado, pero a cada lado de la puerta formaban cuatro guardias con largas lanzas. Al verlos a ellos, montados a caballo y armados, abatieron las lanzas hasta formar una V invertida y les cerraron el paso. Un oficial se adelantó. Llevaba en su brazalete tres marcas amarillas de Iniciado.

--Saludos, señores. Debo pedirlos que desmontéis, por favor.

Kratos bajó del caballo muy despacio, y Derguín lo imitó. Tras ellos, un grupo de campesinos que traían sus carretas a la ciudad se vio obligado a detenerse. Algunos empezaron a murmurar, pero al ver que el problema era entre gentes de armas retrocedieron temerosos de que algún hierro mal guiado se escapara contra ellos.

El oficial se acercó un paso más, con precaución.

--Lo siento, señores, pero no se puede pasar a caballo a la ciudad.

--¿Por qué no? -preguntó Derguín-. La última vez que estuve en

Koras no era así.

--Las ordenanzas cambian. Aquí a la derecha están las caballerizas de Koras. Llevad allí vuestras monturas: tendréis que pagar un radial por animal y día de estancia, pero os darán un recibo, y cuando salgáis de la ciudad se os devolverán los caballos.

A Derguín le pareció demasiado caro, pero tenía dinero suficiente y pocas ganas de meterse en líos. Sin embargo, a Kratos no le hacía nada feliz la idea de separarse de *Amauro*.

--¿Has visto a este caballo? -le preguntó al oficial-. Tan sólo lo dejaría en las caballerizas de Uhdanfiún o del propio emperador, no en un sucio establo de extramuros.

--Los establos de Koras no son sucios, señor.

--No dejaré a *Amauro*.

--Por mi vida que no pasarás con el caballo, se llame como se llame.

Derguín olfateó violencia en el aire, y recitó las letras de la Protahití. Al momento sintió el chorro de energía que fluía en sus venas y la conocida sensación de desgarró en los riñones. El mundo a su alrededor se volvió lento, viscoso. Incluso así, le pareció que la mano de Kratos volaba hasta la empuñadura de *Krima* y que su espada surgía por arte de magia para trazar un arco perfecto hacia el cuello del joven oficial. Algún milagro detuvo la *hasha* a un milímetro de su piel. Derguín oyó un *tang* sobre su cabeza y, sin mirar, desenvainó su espada y saltó hacia Kratos. La flecha que iba destinada al pecho del Tahedorán cayó inofensiva a sus pies, desviada por la hoja de Derguín. Él mismo se asombró de lo que acababa de hacer.

--¡Nooo diiisspaaréiiss! -ordenó la voz lentificada del oficial.

Los ocho soldados de la puerta apuntaban sus lanzas hacia ellos, preparados para cargar; pero se habían dado cuenta de que tenían ante sí a maestros de la espada y no atacarían a la ligera. El brazo de Kratos formaba con su espada una recta que acababa junto al garguero del oficial. La *kisha* parecía apuntalada por una columna de granito y no temblaba un milímetro. Los ojos del oficial habían reparado ahora en el brazalete de Kratos; era evidente que estaba contando marcas y que cuando llegó a la novena cayó en la cuenta de con quién se las tenía.

--*Tah* Kratos, si alguien ha de cortarme la cabeza, será un honor para mí que lo hagas tú. Pero he jurado cumplir las órdenes. No puedo permitir que pases de aquí con el caballo.

Los soldados de la puerta se miraron de reojo; arriba, tras la aspillera, los arqueros comentaron en susurros el nombre del Tahedorán y la prodigiosa rapidez del joven que lo acompañaba. Derguín los vigilaba, esperando que la primera exhibición fuera suficiente. Acelerado como estaba, la discusión entre Kratos y el oficial se le hizo eterna.

--¿Cómo te llamas? -preguntó Kratos, sin apartar la espada.

--Amorgos, *tah* Kratos.

--Veo que eres hombre de honor, Amorgos. El nombre de mi caballo es *Amauro*. Mientras esté en Koras lo dejo a tu cuidado. Confiaré en ti... aunque sea en estos días lamentables en que un Tahedorán debe entrar en la ciudad como un vulgar mercader.

--Me sentiré muy honrado de cuidar al noble *Amauro* y responderé con mi vida de que se te devuelva en perfecto estado para que puedas competir por la Espada de Fuego.

Kratos envainó la espada, no sin antes besar su empuñadura, mientras Derguín pronunciaba la fórmula que deshacía el efecto de Protahitéi.

--¿Acaso se ha hablado de mí en un pregón público? -preguntó Kratos.

--¿Qué otra cosa puede buscar en estos días un Tahedorán que no visita Koras desde hace años? En cuanto al joven señor que te acompaña, parece por su habilidad que también es un maestro mayor.

--Aún no, pero pronto lo será -respondió Kratos, orgulloso.

Dos funcionarios se llevaron sus caballos tras entregarles un recibo. Un mozo muy flaco se les acercó y les ofreció cargar sus fardos en una carretilla y llevarlos a donde ellos quisieran. Antes de despedirse, el oficial les firmó un salvoconducto en una tablilla de madera, pues al parecer también había controles entre los diversos barrios de la ciudad.

--Lo hago por el bien de los soldados que guardan las puertas -añadió, con cierta sorna.

Supieron así que el tráfico en el interior de la propia ciudad estaba cada vez más restringido por rígidos reglamentos. Obra sobre todo de los Numeristas, que habían inculcado a las autoridades su amor por las normas geométricas, les informó Amorgos casi en susurros. Uno de aquellos filósofos asesoraba al emperador y otro era preceptor del príncipe.

Entraron en la ciudad seguidos por el porteador, que arrastraba la carretilla con una agilidad sorprendente en alguien tan flaco. Atravesaron una zona de silos y cobertizos donde se almacenaban las mercancías que llegaban por la Ruta de la Seda hasta que pasaban la inspección de los funcionarios. Era también lugar de comerciantes y mercadillos, aunque la manía ordenancista había robado espontaneidad y animación a toda aquella actividad. De alguna manera, tanto los que compraban como los que vendían se movían como si participaran en una danza ritual, y sus voces sonaban amortiguadas por la sordina de un temor indefinible. Siempre que era posible, los viandantes se constreñían a la parte izquierda de la calle, de modo que los que iban no estorbaran a los que venían. Pero cuando el roce era inevitable, escondían las manos en las mangas, agachaban la cabeza y soslayaban los hombros, de suerte que en medio de la multitud uno podía cruzar

media ciudad sin tocar la piel de otro hombre.

Kratos le agradeció a Derguín que hubiera detenido la flecha destinada a su pecho. Su rapidez le había impresionado; aunque, añadió, el mérito era en parte suyo, por haberle hecho practicar con cebollas y nabos. El elogio hizo ruborizarse a Derguín.

--Al menos ese oficial ha demostrado que el sentido del honor Ainari se conserva -prosiguió Kratos-. Veo que en Uhdanfiún mantienen los viejos principios.

Derguín torció la cabeza a la izquierda y escupió en el suelo.

--Eso es lo que pienso de los viejos principios de Uhdanfiún.

Su propio impulso lo sorprendió. Kratos torció el gesto y le preguntó por qué lo había hecho.

--No pretendía ofenderte, *tah* Kratos.

--Ni yo quiero ofenderme contigo, pero no me parece correcto que desprecies a quienes hicieron de ti lo que eres.

--¿Lo que soy? Sólo soy un maestro menor. Si alguna vez me convierto en Tahedorán no será gracias a ellos, sino a su pesar.

El sol empezaba a bajar y les daba justo en la cara, pues la calle se encaminaba recta hacia el centro de la ciudad, en el oeste. El aire refrescaba y aquel calorcillo en el rostro era agradable, aunque producía cierta modorra. Kratos miraba a los lados, buscando alguna posada que tuviera buen aspecto.

--Yo preferiría ir a la derecha -le dijo Derguín-, a Feryí. Allí habrá menos guardias, y conozco varios lugares que no están mal.

Kratos se encogió de hombros.

--En este caso, tú eres el maestro y yo el discípulo. Llevo muchos años sin venir a Koras, y además -añadió con resquemor- tú tienes el dinero.

El padre de Derguín, pese a las protestas de su hermano Kurastas, le había entregado una bolsa con una cantidad de imbriales más que suculenta. En cambio Kratos se había convertido, después de su huida, en un guerrero errante que, de no ser por la tarea encomendada por Linar, habría tenido que ganarse la vida enseñando esgrima o trabajando de matón para cualquier señor acaudalado.

--Lo que posee el discípulo pertenece en realidad a su maestro -dijo Derguín, recurriendo a un viejo proverbio, pues había percibido la amargura de Kratos y quería mitigarla-. Te llevaré a un sitio donde podremos cenar bien.

Se hallaban en el distrito de Dámkar. La calle, prolongación de la Ruta de la Seda, seguía recta hacia el sol y se veía rodeada por casas de madera pintadas en vivos colores y festoneada de árboles y macizos de flores. Más adelante subía hacia el cerro en el que se asentaba Alit, la ciudadela interior, sobre la que destacaba la altísima Torre de los Numeristas como el dedo de un dios loco. Allí, tras la muralla que subía

en espiral, se encontraban el palacio imperial y Uhdanfiún, entre otros edificios oficiales. Pero mucho antes de llegar se desviaron hacia la derecha por otra calleja más estrecha. Conforme se apartaban de la arteria principal, las viviendas eran más humildes, aunque seguían ostentando la limpieza y el gusto por la simetría típicos de los Koratanes.

Pronto se encontraron atascados en un callejón abarrotado de gente. El mozo que llevaba la carretilla les explicó la razón: poco más adelante se levantaba una tapia de ladrillo de unos cinco metros de altura, que separaba un barrio de otro. Seis soldados hacían guardia en ella y pedían la documentación a todo el que quería pasar por la puerta, con lo cual se había formado una cola de más de cien personas.

--No se puede ir de un barrio a otro sin autorización -explicó el mozo.

--Lo que nos había advertido el oficial -bufó Derguín-. Las cosas son peores aún que cuando yo vivía aquí.

--Con todo respeto, señor -respondió el mozo-, las normas del emperador demuestran su sabiduría. Todo está más tranquilo desde que la gente sólo cruza de un barrio a otro cuando tiene trabajo que hacer.

Para demostrarles lo que decía, les enseñó orgulloso una cédula de papiro por la que se le autorizaba, como porteador, a moverse con libertad por todo Koras, excepto la ciudadela. Derguín resopló al contar hasta cinco firmas oficiales, perdidas entre volutas y ringorrangos. Así no se puede vivir, masculló.

Kratos se abrió paso en la cola a fuerza de codos y hombros y les dijo a Derguín y al porteador que lo siguieran. Hubo un coro de protestas, pero se acallaron cuando vieron que se trataba de dos guerreros armados. Al llegar ante los guardias, Kratos les enseñó el salvoconducto que le había firmado Amorgos. Los soldados se cuadraron ante ellos y los dejaron pasar. Mientras se alejaban de la puerta, Derguín oyó que alguien los llamaba «bastardos arrogantes», y pensó que no todo el mundo estaba tan satisfecho con el nuevo orden como su porteador.

Aún tuvieron que atravesar dos controles más antes de llegar por fin a Feryí. Ya en el distrito de los extranjeros, se desviaron hacia la izquierda, a poca distancia de la muralla vieja, y siguieron el curso del Beliar, un afluente del Eidos que bañaba la parte oriental de la ciudad. No era ancho, pero sí profundo, y con las lluvias del otoño bajaba tumultuoso. Allí había más suciedad que en las calles de Dámkar, y abundaba más el ladrillo que la madera, pero a cambio reinaba un desorden espontáneo y, a su manera, agradable. Las ropas eran variadas; un batiburrillo de lenguas confundía los oídos y allí las manos servían para tocar y no tan sólo para rellenar las mangas. Se detuvieron junto a un edificio de piedra de tres pisos que se asomaba sobre el río.

En el soportal colgaba un cartelón de madera recién pintado. «La joya de Kilur», rezaba. Derguín conocía la cocina de aquella posada porque más de una noche libre había cenado en ella; y también sabía algo de las habitaciones y de lo cómodas que eran sus camas, aunque esto no se lo contó a Kratos.

Tras despachar al mozo, al que dieron dos ases y uno más de propina, alquilaron dos habitaciones pequeñas del cuarto piso, que daban al río. El posadero les explicó sus ventajas: las ventanas tenían mosquiteras y a esa altura del año apenas subían olores. Después visitaron los baños del piso inferior, donde se quitaron a la vez el cansancio y la mugre del camino mientras disfrutaban de sendas jarras de cerveza fría. Cuando ya tenían los dedos como uvas pasas, se vistieron, entregaron la ropa sucia a una criada y entraron al comedor. Allí, rodeados de alegres comensales, en su mayor parte Ritiones, cenaron verduras crujientes, patatas asadas y pato en salsa de ciruela servido en tiras sobre finas obleas. El posadero, que recordaba a Derguín, los atendió en persona y, cuando vio que pedían una segunda botella de vino, los invitó a una que él mismo subió de la bodega. Antes de descorcharla tuvo que limpiarla de polvo y telarañas; al parecer, era de la opinión de que la suciedad le daba una pátina de prestigio a sus caldos. Se lo sirvió en anchas copas de cristal de Pashkri y esperó paciente a que le dieran su opinión. Kratos hundió la nariz en la copa y aspiró el aroma antes de revolver el vino en su boca. Excelente, reconoció, y brindó con Derguín por segunda vez.

--Una noche es una noche -dijo el muchacho, olvidándose de los gastos.

El futuro parecía corto: pronto se convertiría en Tahedorán (así se lo aseguraba el calor del vino), y después de eso vendría el certamen por la Espada de Fuego. Si triunfaba, sería el Zernalnit y no necesitaría el dinero (o eso creía), y si fracasaba, sin duda estaría muerto.

Mientras les servía, el posadero se quejaba de que las cosas no le iban bien, como suelen hacer los hombres de negocios en todo tiempo y lugar. Los guardias estaban cada vez más encima de ellos, y de seguir así acabarían con la animación y la prosperidad del barrio. ¿Acaso el emperador se preocupaba ahora por la moral pública?, le preguntaron. La culpa era de los Numeristas, contestó el posadero, y sobre todo de ese chinche de Brauntas, añadió en susurros.

--¿Quién es Brauntas? -le preguntó Kratos a Derguín mientras apuraban la segunda botella.

--Es un filósofo Numerista, uno de los dos Segundos Profesores. Es bastante conocido en Áinar y en Ritió por sus libros. Tiene tratados de política matemática y de ética matemática.

--¿Qué tienen que ver la política y la ética con los números?

--El número lo es todo para los Numeristas, como su propio nombre

indica. El cosmos es orden, armonía, proporción, y cada cosa ocupa un lugar inmutable y perfecto: las estrellas, los cuerpos geométricos, los seres vivos...

--Y los hombres.

--Sí. Todos tenemos un sitio determinado: los guerreros arriba, los comerciantes y artesanos en el medio, los campesinos abajo... Y los filósofos controlándolos a todos. Es imposible que nadie se mueva de su puesto, ya que eso atentaría contra la naturaleza, lo cual es una contradicción lógica.

Derguín levantó la mano para pedir más vino, aunque ya empezaba a notar que la lengua se le hinchaba como un trapo.

--Sin embargo -añadió, sarcástico- si fuera de verdad imposible no tendrían que dictarse normas para ayudar a la naturaleza. Lo que estamos viendo ahora ya lo leí hace tiempo, en *La Ciudad del Arpa*, una obra de Brauntas que habla de una sociedad perfecta. A mí me pareció la pesadilla de un loco, pero parece que se la han tomado en serio.

La conversación siguió por derroteros cada vez más abstractos y profundos, como suele ocurrir cuando el vino se adueña de las mentes y las lenguas. A Derguín no le extrañaba que las ideas de los Numeristas tuvieran tanto éxito, ya que fortalecían la tendencia imperial a acumular poder y a controlarlo todo por medio de la burocracia. Kratos reconoció que, aunque nunca había sido un entusiasta de los filósofos, el orden y la organización le agradaban. Derguín le contó que él mismo había estudiado un tiempo con un Numerista.

--Fui una especie de discípulo oficioso de un Sexto Profesor. Aunque estaba en el penúltimo nivel, me enseñó muchas cosas. Era un tipo curioso. Se llamaba Ahri y procedía de Pashkri, pero llevaba media vida en Áinar. Tenía intereses de lo más variado: las matemáticas, la música, las mujeres...

--¿Las mujeres? Eso le interesa a cualquiera.

Brindaron por las mujeres, y Derguín prosiguió.

--Pero a él le interesaban demasiado. Solía cojear, porque se había hecho un esguince al saltar desde el balcón de una dama y al mínimo traspié se le resentía el tobillo. Decidió aprender a defenderse por si volvía a meterse en líos, así que cuando lo conocí en la biblioteca del Templo de Himdewom llegamos a un acuerdo.

--¿Qué hacía un estudiante de Uhdanfiún perdido en una biblioteca?

Derguín confesó que pasaba allí la mayor parte de sus horas libres, y gracias a eso se había hecho amigo del ilustre geógrafo Tarondas, con el que aún se escribía desde Zirna. Fue Tarondas quien le presentó a Ahri, y ambos llegaron a un pacto prohibido: Ahri le enseñaría los procedimientos mnemotécnicos y de cálculo de los Numeristas y Derguín le iniciaría en los secretos de la esgrima y la lucha sin armas.

--Era la única manera de estudiar todo lo que quería. Los días se

me hacían muy cortos. Me pasaba horas por la noche con el candil encendido encorvado sobre la mesa de nuestra cabaña, mientras Mikhon Tiq roncaba, y a la mañana siguiente las piernas me temblaban cuando entrenaba en la palestra.

--¿Qué estudiabas?

--Lenguas, historia, geografía, astrología, todo... -Las pupilas de Derguín brillaban con pasión-. Gracias a él aprendí a leer diez veces más rápido y a memorizar como un Numerista. Si alguien se hubiera enterado de que él me estaba enseñando lo habrían expulsado de la Orden... como a mí me expulsaron de Uhdanfiún.

Derguín se quedó callado. Quería y no quería contar por qué lo habían expulsado de allí. La timidez y la culpa le imponían el silencio, pero llevaba días escuchando a Kratos cantar las excelencias del honor de Uhdanfiún y estaba estragado. El vino tomó la decisión por él, y antes de darse cuenta se encontró remontándose a dos años atrás.

Él tenía entonces diecisiete años, como Mikhon Tiq, y era otoño: la época en que los maestros de Uhdanfiún llevaban a los estudiantes a parajes apartados para acostumarlos a dormir al aire libre, hacer marchas agotadoras, nadar, escalar montes, orientarse en la espesura y aprender a cazar.

--Una buena preparación para la vida de un guerrero -opinó Kratos.

--Supongo que sí. Pero Mikha lo pasaba mal. En aquel entonces no era tan alto como ahora y estaba aún más delgado. Le llamaban «la niña» y le hacían la vida imposible. Además, no conseguía superar la segunda marca con la espada, cuando muchos de nuestra edad ya tenían la tercera y algunos la cuarta.

--Tú ya habrías conseguido la sexta...

--Sí. Yo le defendía siempre que podía. Había un grupo de chavales que andaban como moscones en torno a un tal Deilos. Todos ellos eran Ainari y de buenas familias. Le hacían la vida imposible a Mikha. En el comedor, le ponían la zancadilla para que se le cayera la bandeja y lo arrestaran; metían renacuajos en su cama; cuando le tocaba hacer guardia iban a tirarle piedras a su puesto... No perdían ocasión de molestarle.

»Entonces nos llevaron a acampar a un lugar de Umbhart.

Estuvimos durante días aislados en el monte, practicando la forma de construir refugios, de encontrar agua y de tender trampas a todo lo que se moviera. -Derguín soltó una carcajada-. Lo peor luego era comerse lo que atrapábamos. Una noche, Deilos y otros cuatro... Me acuerdo de sus nombres: Merkar, Taifos, Bhratar y Tauldos -enumeró Derguín, con la prolijidad de los borrachos-. Pues éstos vinieron a despertarnos. Mikha y yo dormíamos con Mandros, un chico del norte de Ainar, en un chamizo que habíamos levantado entre una piedra y un fresno. Ellos cinco se habían tizado la cara con carbones, así que parecían

demonios. Pero por una vez no venían a molestarnos, sino a decirnos que fuésemos con ellos para participar en la Cacería Secreta.

La Cacería Secreta... Como todos los estudiantes de Uhdanfiún, Derguín había oído hablar de aquel rumor que corría de cabaña en cabaña. Nadie sabía a ciencia cierta en qué consistía. Algunos aventuraban que podía tratarse de matar leones de dientes de sable o bestias aún más formidables; pero otros decían que en Áinar ya no quedaban tales fieras y que para encontrarlas había que cruzar la Sierra Virgen. Como fuere, Mikhon Tiq vio en aquella invitación una tregua con el grupo de Deilos, así que convenció a Derguín para que aceptaran. Con unos palos quemados de la hoguera se pintaron la cara como guerreros bárbaros, ahogando las risas para que los instructores no pudieran oírlos.

Caminaron durante más de una hora, guiados por Deilos, sin dejar de bajar por un terreno plagado de quebradas y breñales. Derguín, temiendo que los llevaran a un barranco para despeñarlos a oscuras, se mantenía a la cola de la comitiva. Pero durante todo el camino se mostraron amigables con ellos, sobre todo con Mikhon Tiq, al que palmeaban en la espalda, le pasaban la bota de vino y le prometían que aquella noche iba por fin a ser un hombre. Derguín sabía lo que para algunos alumnos significaba «hacer a alguien un hombre», pero llevaba la espada al cinto y sabía que los demás sabían que él era capaz de desenvainarla antes que nadie.

El monte se acabó por fin y llegaron a una vega sembrada de huertos. Un sendero rodeaba los cercados, pero ellos caminaron por sus bordes para pisar la hierba y no hacer ruido. Aunque eran ocho, les habían enseñado a moverse de noche como gatos, de suerte que quien se hubiese cruzado con aquellas figuras silenciosas habría pensado que se trataba de un cortejo de duendes o fantasmas. Uno de ellos, Merkar, llevaba un arco, pero había envuelto las flechas en trapos para que no chocaran en la aljaba. Deilos se detenía a veces y se chupaba un dedo para comprobar de dónde soplaban el aire y caminar de cara a él. «Es para que nuestra presa no pueda ventearnos», susurró, y sus amigos sofocaron las risas, mientras Derguín se preguntaba si los habrían llevado tan lejos sólo para cazar gamusinos.

Tras atravesar una cañada llegaron a un pequeño valle atravesado por un río. Allí había un humilde pago, no más de seis o siete chozas. Deilos se puso contra el viento y se acercó sigiloso, indicando a los demás que lo siguieran. Derguín pensó que iban a robar gallinas o tal vez un cerdo, y le corrió por el cuerpo el calorillo de lo prohibido a la vez que se le hacía la boca agua. Había una cabaña un poco más

apartada, y a ella se dirigieron tras pasar la barda de una tapia. Un perro dormitaba en la puerta; tal vez era muy viejo y estaba medio sordo, o ellos habían aprendido de verdad a moverse como sombras, porque el perro siguió roncando. Deilos desenvainó la espada y le cortó la cabeza. Al animal no le dio tiempo ni de soltar un gañido, pero el asesinato de su compañero despertó a los demás perros de la aldea, que desataron un coro de ladridos. Se oyeron algunas voces en las otras chozas que más parecían irritadas por los perros que alertadas por sus avisos. Taifos, que tenía un corpachón como dos de sus compañeros juntos, le dio una patada a la puerta de la cabaña y entró corriendo. Derguín se quedó paralizado unos segundos, sin entender ni qué estaba pasando ni qué demonios hacían allí.

Entonces entró a sacar a Taifos, algo de lo que se arrepentiría toda su vida. Allí hacía calor y reinaba un olor rancio a humo, sudor y ropa mojada. En el hogar quedaban unos rescoldos, a cuya luz se podían distinguir los bultos de muchas personas que dormían allí, tal vez ocho o nueve. Un hombre corpulento se levantó a la derecha de Derguín blandiendo una hoz. Derguín reaccionó por reflejo. Cuando se quiso dar cuenta, su espada ya estaba fuera de la vaina y el hombre se tambaleaba sin cabeza. Le pareció que su cuerpo tardaba una eternidad en desplomarse, y evocó la absurda imagen de un pino aguja cayendo en los bosques de su tierra. Entonces sonó un chillido, y luego muchos más, histéricos y agudos como cristal rayado, y todo se aceleró. Una mujer se arrojó sobre el cuerpo del campesino, se abrazó a él y se puso a llorar y a soltar alaridos junto a su cuello sin cabeza. Deilos, que había entrado después de Derguín, le tiró un tajo a la mujer y le hundió su espada de la clavícula al pecho. Derguín se volvió aturdido a los lados, esperando un ataque que no llegaba. Los chillidos le habían hecho sentirse amenazado, pero se dio cuenta de que allí no había más que crios berreando y salió corriendo de la cabaña.

--¿Qué pasa, qué pasa? -le preguntó Mikhon Tiq, agarrándole el brazo.

En las demás chozas ya se oían voces de alarma y empezaban a aparecer sombras.

Derguín tiró de Mikhon Tiq y echó a correr sin mirar atrás. Seguían llegándoles gritos, y entre ellos había alaridos de niños, pero en aquel momento no quiso darse cuenta.

--¡Corred, idiotas! -les gritó Deilos, mientras los adelantaba.

Al oírlo, Derguín apretó aún más la carrera. Los demás venían muertos de risa, y Mikhon, que no se había enterado de nada, también se reía. Derguín le abroncó para que se callara, pero no le explicó por qué. Corrieron y corrieron; estaban acostumbrados, porque desde hacía años todos los días tenían que trotar una hora antes de desayunar. Derguín no dejaba de pensar en cómo había decapitado a aquel

campesino. Había entrenado la Yagartéi, desenvainar y tajar hacia la derecha a la altura de la cabeza, casi desde que tenía uso de razón, pero era la primera vez que se le interponía un cuello de verdad. Y lo curioso era que no pensaba en el hombre al que había matado ni en los chillidos de su mujer, sino en cómo había ejecutado la técnica. Una y otra vez veía la hoja de la espada trazando un arco delante de sus ojos, y sentía en su hombro y su muñeca la leve resistencia que le había ofrecido la carne humana; estaba embriagado por la facilidad con que lo había hecho.

Se detuvieron en una alameda junto al río. Sólo entonces reparó Derguín en que Taifos cargaba una especie de fardo al hombro. Cuando lo dejó caer al suelo, vio que el bulto era una muchacha. No tendría más de doce años, y daba unos sollozos tan quedos que hasta entonces no la había oído.

Deilos se acercó a Mikhon Tiq y le dio una palmada en la espalda.

--Ahora te vas a hacer hombre por fin. Pero nos toca primero a nosotros.

Taifos se puso detrás de la chica, le agarró los brazos y tiró de ellos hacia atrás. Grilo sacó un cuchillo y le rasgó la túnica, lo único que la pobre muchacha llevaba para dormir, y la dejó casi desnuda. Ella dejó de sollozar y empezó a chillar, pero Taifos le juntó las muñecas con una de sus manazas y con la otra le tapó la boca. Grilo se puso de rodillas, metió sus piernas entre los muslos de la chica para separarlos y empezó a sobarle los pechos. Derguín estaba paralizado. Mientras sus compañeros esperaban excitados a que les tocara el turno, él seguía viendo su espada segando una y otra vez el cuello del campesino.

Mikhon Tiq le apretó el hombro y susurró:

--No dejes que lo hagan, Derguín.

Lo que más recordaba era cómo le había sonado su nombre entonces, *Derguín*, como una campana de plata. La chica estaba agitándose y pataleando en vano contra Deilos, que la abofeteó y se bajó las calzas. Ni el propio Derguín se creyó lo que estaba haciendo cuando le puso la *hasha* en el cuello. Al notar el frío del metal, Deilos se quedó quieto. Después se volvió muy despacio y vio que era Derguín quien le amenazaba.

--Déjala en paz.

--¡Vete a la mierda!

Derguín tiró de la espada con suavidad, como si fuera una navaja de afeitar, y abrió un corte en el cuello de Deilos. Éste se puso en pie como si tuviera un resorte, tapándose la herida. Después trató a la vez de subirse las calzas y desenvainar su arma. En ese momento Derguín podría haberlo convertido en rodajas, pero no se atrevió. Cuando por fin tuvo la espada desnuda y el trasero cubierto, Deilos le amenazó.

--Lárgate ahora mismo con ese marica de amigo que tienes.

Mañana os arreglaremos las cuentas.

Sus compañeros estaban detrás de él, pero nadie más desenfundó el acero. Mikhon Tiq sí lo hizo, y se plantó a la izquierda de Derguín con la espada en guardia.

--Ya habéis oído a Derguín. Dejad a la chica en paz.

--¡Por favor, no os pongáis nerviosos! -intervino Mandros, su compañero de vivac; no quería malquistarse con ellos, pero también se había excitado al ver el cuerpo de la muchacha y ansiaba recibir su parte.

--¡Sois imbéciles! -los insultó Deilos-. Sólo es una campesina. No hemos dejado con vida a nadie de su familia. ¿Qué más da pasárselo bien un rato con ella antes de matarla?

Derguín no sabía cómo salir de la situación, pero incluso en la oscuridad los ojos de la chica se veían muy blancos, y no dejaba de gemir bajo la implacable mordaza de Taifos.

--Tú has matado a su padre -dijo Deilos-, así que no nos digas ahora lo que tenemos que hacer.

Derguín le miró con odio. Tal vez fue entonces cuando se dio cuenta de que no había realizado una técnica de Yagartéi, sino que había asesinado a un hombre, a alguien que hasta hacía unos minutos había respirado, comido y bebido, y sin duda había amado. Sin argumentos que oponer, se limitó a repetir:

--Dejadla en paz. Que se vaya.

--¿Qué harás si no la dejamos?

El tono arrastrado y burlón de Deilos siempre había sacado de quicio a Derguín. Se hallaban ambos de frente, a distancia de combate y con las espadas terciadas a cuarenta y cinco grados. Deilos era un Ibtahán con cinco marcas, uno de los mejores espadachines entre los alumnos. Aún así, Derguín se arriesgó, y en vez de tirar a matar probó una técnica más difícil. Dibujó un molinete con la espada, trabó la de su rival y la apartó, entró en su distancia y le golpeó bajo la barbilla con el pomo. Deilos cayó al suelo como un saco. Derguín se encaró con Taifos, que seguía sujetando a la muchacha.

--Suéltala ahora mismo.

Taifos miró a Derguín con sus ojillos de jabalí. Era mucho más fuerte que él, pero la espada estaba de por medio y era un argumento persuasivo. Merkar, que llevaba el arco, hizo ademán de sacar una flecha de la aljaba. Mikhon Tiq se precipitó hacia él y le plantó la punta de la espada a un palmo de la cara.

--Ni se te ocurra moverte.

Mikhon Tiq estaba más sereno que Derguín; sin duda, disfrutaba de aquella ocasión para vengarse de todas las humillaciones y, si Merkar hubiese movido tan sólo una pestaña, lo habría degollado.

Por fin, Taifos soltó a la muchacha. Ella se acurrucó un segundo, se

recompuso la ropa como mejor pudo y salió corriendo. No volvieron a saber de ella. Habían aniquilado a su familia, así que tal vez murió de hambre; pero Derguín tenía la esperanza de que le quedara algún tío o primo que se hiciera cargo de ella o de que algún aldeano la tomara por esposa.

Taifos recogió a Deilos del suelo, lo reanimó con unas palmadas y miró a Derguín con cara de asesino.

--Ya te pillaré sin la espada y te romperé todos los huesos. Y a ti, mariquita -añadió, dirigiéndose a Mikha-, te vamos a hacer lo que no nos has dejado hacer con esa zorra.

--De momento lo mejor que podéis hacer es largaros de aquí -respondió Derguín. Ahora que la muchacha a la que había dejado huérfana ya no estaba, se sentía más tranquilo-. Merkar, deja el arco en el suelo.

--Y una...

Derguín se acercó a él y le puso la espada aún más cerca que la de Mikhon Tiq.

--¡Déjalo, te digo! Mañana te lo devolveremos.

--Por fin se fueron, no sin antes amenazarnos con todos los sapos del infierno, y Mandros se fue con ellos. Mikha y yo nos quedamos solos, y fue entonces cuando vomité -prosiguió Derguín-. Cuando llegamos al campamento ya nos estaban esperando. Los instructores nos obligaron a entregarles las espadas y nos ataron a un árbol. A los dos días regresamos todos a Koras, pero Mikha y yo lo hicimos encadenados. Nuestra falta era haber desenvainado las espadas contra unos compañeros; los instructores no quisieron escucharnos para saber quién tenía la culpa, y les importó un comino cuando les conté que todo había sido por culpa de una razia contra los campesinos.

»Luego descubrí que la matanza que habíamos llevado a cabo en aquella aldea no era nada insólito; que la Cacería Secreta, en realidad, consistía en eso. El procedimiento siempre es parecido. En alguna comarca los campesinos se muestran levantiscos, o no entregan suficiente grano o lo hacen en malas condiciones. Los informes llegan a Uhdanfiún y, qué casualidad, se organiza un vivac en esa comarca. Los instructores hablan con los cabecillas de los alumnos, y éstos organizan, como si actuaran por su cuenta, una extraña expedición nocturna. Así los guerreros reciben su primer baño de sangre y, de paso, se siembra el terror entre los campesinos, que no saben de dónde les viene el ataque.

»Yo recibí mi baño de sangre, también: decapité a aquel hombre con una Yagartéi perfecta. Ni siquiera tenía que sentir remordimientos

por haber dejado viuda a su mujer y huérfanos a sus hijos, ya que los matamos a todos y no tuvieron que pasar hambre. ¡Ah, se me olvidaba la muchacha! -añadió Derguín con sarcasmo, mientras se enjugaba las lágrimas que desde hacía un rato bañaban sus mejillas-. Supongo que hice mal en respetar su vida. Supongo que por eso atenté contra el honor Ainari, y que por eso cuando llegamos de vuelta a Uhdanfiún a Mikha y a mí nos sometieron a una corte marcial, rompieron en público nuestras espadas, nos flagelaron y nos enviaron de vuelta a casa, deshonorados.

»Es verdad que nosotros los Ritones nunca podremos competir con los Ainari en honor. No concebimos la gran gloria de atacar a nuestros propios campesinos, indefensos en la noche, para ejercitar nuestras armas. Esas muestras de valor las dejamos para los Ainari...

Derguín se calló por fin y vació el resto de su copa de un trago. Kratos le miraba, con un nudo en la garganta.

--Espero que me creas cuando te aseguro que mientras estuve en Uhdanfiún nunca participé en la Cacería Secreta, aunque sospechaba en qué consistía. -Kratos suspiró y añadió-: Albergaba dudas sobre ti, Derguín. Temía que te hubieran echado de la academia por indisciplina, o por falta de temple. Pero obraste bien. Yo habría hecho lo mismo.

--Asesiné a un campesino.

--Actuaste por reflejo, como te habían enseñado. Cuando tuviste ocasión de obrar voluntariamente, tomaste la decisión correcta.

--Sí, actué por reflejo... ¿En qué clase de amenaza nos convierten, Kratos, que podemos decapitar a un hombre sólo por reflejo, como otros aplastan a un mosquito?

Kratos no contestó.

La noche del 24 al 25 de Bildanil, Togul Barok recibió sueños angustiosos. En ellos se le aparecía el rostro de aquel brujo que se hacía llamar Ulma Tor, unas veces bañado en sangre, otras brotando de una tumba o asomando del sexo de una parturienta. Pero siempre bajo la mirada de las tres lunas formando un ojo triple, una visión que ya conocía de otras pesadillas y que, sin que ninguno de los dos lo supiera, compartía con Derguín Gorión. Se despertó con el corazón palpitando como un tambor; se sentó en el lecho y recitó las fórmulas de

concentración que su preceptor, el Numerista Brauntas, le había enseñado, pues no era un buen momento para que el violento gemelo que se escondía en su cabeza se adueñara de él.

Su ayuda de cámara estaba llamando a la puerta. Togul Barok le dio permiso para entrar y se levantó de la cama.

--Alteza -le informó el sirviente, mientras le ayudaba a vestirse una túnica sin costuras-, ha llegado una invitación de tu padre, el emperador. Quiere verte a la quinta hora.

--¿Qué hora es en este momento?

--La cuarta, Alteza.

--¿Por qué no me has avisado antes?

El chambelán agachó la cabeza, y aún pareció más encanijado al lado de su gigantesco señor.

--Disculpa mi estupidez e imprevisión, Alteza. El recado ha llegado hace unos minutos y te he avisado tan pronto como lo he sabido, aunque sin duda es culpa mía.

Togul Barok despidió al sirviente. Hacía mucho tiempo que su imperial padre no se dignaba recibirlo. Catorce meses, calculó; fue para felicitarlo por alcanzar la octava marca de maestría. Sin duda no era casualidad que le concediera una audiencia ahora, cuando se acercaba el momento en que los Pinakles habían de revelar el paradero de la Espada de Fuego. Debo andar con pies de plomo, se dijo.

Tras bañarse, desayunó una hogaza de pan con tajadas de carne fría y medio queso fresco. Después, escoltado por dos de sus guardias, cruzó el jardín que ocupaba el hueco entre las dos alas de la gran C que dibujaba el palacio imperial. Aquel lugar había sido un capricho de la bella Rhiom, la primera mujer del emperador, que echaba de menos la lujuriente vegetación de Pashkri. Allí crecían árboles y flores de toda Tramórea. Cien jardineros trabajaban para que prosperaran juntas las plantas del norte y las del sur, las del llano y las de la montaña, las de la estepa y las del humedal. Se decía que con el agua que se gastaba en mantenerlo podrían beber todos los habitantes del Eidostar, si es que a alguien le hubiese importado abreviar a esa chusma. En el centro crecía un laberinto de setos de alerce. Togul Barok aún recordaba el excitado temor con el que se escondía allí de niño para huir del severo Brauntas. Cuando demoliera el palacio imperial pensaba dejarlo como una reliquia del pasado.

En la puerta principal presentó la tablilla de citación de su padre y despidió a sus guardias. Cuatro lanceros lo condujeron por un pasillo en penumbras. Había más soldados agazapados a los lados. Debían de creer que estaban fuera de su vista, pero los ojos de Togul Barok captaban entre las sombras el calor de sus cuerpos y hasta el temor que les infundía su presencia.

Al llegar a la sala de audiencias del emperador, se hincó de rodillas

en el lugar indicado por el protocolo, el centro de un amplio círculo iluminado por catorce antorchas y por un haz de luz que caía en perpendicular sobre el visitante desde la vidriera del techo.

--Aquí estoy, padre y señor, mi emperador.

--Nos alegramos de ver a nuestro hijo, el muy noble príncipe de Áinar.

La voz del monarca, firme a pesar de los muchos años, provenía de un lugar impreciso. Togul Barok suponía que fuera del círculo alumbrado se extendía una estancia grande, de forma rectangular, y que él se encontraba en un extremo y el emperador en el otro. Pero no eran más que conjeturas, pues más allá de las antorchas todo era negrura. El calor de las llamas enturbiaba su visión. No le había confesado a nadie que veía en la oscuridad, y sin embargo sospechaba que aquellas teas no ardían por azar.

--Sólo queríamos interesarnos por el certamen y saber si nuestro hijo está preparado para él.

--A ello me consagro en cuerpo y alma, padre y señor.

--Quedan ya pocos días, según tenemos entendido.

--Así es, Majestad.

--Esperamos que el príncipe de Áinar quede en el lugar que merece. Ha de pensar que, aunque no consiguiera la Espada de Fuego, nos sentiremos orgullosos de que compita como un digno guerrero. La grandeza de la lucha no reside tanto en la victoria como en la nobleza en el combate y el respeto a las reglas que siempre han distinguido al espíritu de Amar y de sus gobernantes.

--Por tus palabras, padre y señor, me habla la sabiduría de los dioses.

No me vas a ayudar, viejo sarnoso, tradujo; prefieres que cualquier otro sea el Zernalnit.

--No es la sabiduría de los dioses, sino tan sólo la de la edad. Nuestros ancianos ojos se enorgullecen del príncipe de Áinar: nadie podría desear un heredero mejor que el que tenemos. Vete en paz.

Cuando volvió a sus aposentos, Kirión vino a presentarle informes. Togul Barok lo examinó con suspicacia, pero fuera del azulado frío de su vientre no encontró nada anormal en él. Quiso suponer que le seguía siendo fiel. Más tenía que ganar con él que con el emperador.

--¿Has visto ya al Austral?

--Anoche lo vi un momento, en el barrio extranjero. Él y sus hombres cenaron y se retiraron a dormir. Su religión les prohíbe el alcohol, y también deben abstenerse de fornicar cuando están en una misión sagrada.

--¿Cómo es?

--No muy alto, de mirada falsa y piel casi negra, como todos los Australes -repuso Kirión con desprecio, aunque su propia tez era muy

oscura-. Lleva un extraño tatuaje en la frente.

--¿Qué clase de tatuaje?

--Tres círculos unidos por líneas, formando un triángulo invertido.

Me han dicho que representa la triple naturaleza de su dios, aunque no sé qué carajo quiere decir eso.

Togul Barok se estremeció. Tres círculos, un triángulo... ¿Un ojo de tres lunas? Despidió a Kirión, y ya no volvió a sentirse tranquilo en todo el día.

Por la noche, su sueño fue distinto. No aparecieron en él ni Ulma Tor ni el ojo de tres lunas, sino unas visiones nebulosas que despertaron en él aletargadas, como el olor de un perfume olvidado. Se agitó en el lecho, tratando de aferrarías, pero se escabullían burlándose de él; y la burla se materializó en una sonrisa que empezó a dibujarse ante sus ojos. Era, en efecto, una boca trazada por una fina línea de luz, y a partir de ella la luz se extendía como un pequeño amanecer y alumbraba nuevas sombras y relieves que sugerían un rostro femenino. La mujer terminó de brotar de la oscuridad; la cabeza dorada, el cuello delicado, los hombros redondos y el cuerpo sólido y grácil a la vez. Su sonrisa era la de una estatua arcaica. Le habló en una lengua que jamás había escuchado y le llamó *éxaiite*, y Togul Barok supo que quería decir «elegido», y *kasígnetos*, «hermano».

La mujer le tendió la mano. En las tinieblas, Togul Barok sintió cómo sus vísceras se removían y supo que su cuerpo estaba girando y levitando hacia delante. La negrura dio paso a unas visiones confusas, de formas cambiantes que, aunque familiares, no sabía interpretar.

Una luz rojiza lo bañaba todo con una pátina fantasmagórica. En algún momento se había quedado solo y ahora sobrevolaba unas ruinas de extravagantes formas, sembradas de enormes columnas de cristal negro, montañas de escombros y barras de metal retorcido. Después, la presencia de una torre colosal lo llenó todo. Al pasar junto a ella vio una escalera de piedra que la rodeaba en espiral. Una figura muy alta subía por ella, azotada por el viento, y unos metros más abajo otra la seguía corriendo con una espada en la mano; le pareció que el primer hombre era él mismo, pero su vuelo era cada vez más rápido y lo perdió de vista.

Sin transición se encontró flotando en una vasta caverna sumida en penumbras. Cuando sintió el suelo bajo sus pies se arrodilló y ocultó el rostro entre las manos, pues había allí una presencia poderosa que le erizaba el cabello. Una mujer tan alta como él se le acercó y le ayudó a levantarse. Togul Barok aventuró una mirada. En su rostro opalescente se leían la irónica superioridad de la realeza y a la vez la tristeza del

tiempo inconmensurable. Sus ojos resultaban extraños y a la vez familiares, pero esta vez Togul Barok supo a qué se debía esa sensación paradójica: pues aquellos ojos tenían pupilas dobles, como los suyos.

«Ha llegado el momento de la verdad, hijo.»

«¿Quién eres?»

«Diversos pueblos en diversos eones me conocieron por nombres diferentes; pero soy Himíe, señora del fuego del cielo, consorte del poderoso Manígulat, y reino en la morada de los dioses que ningún mortal holló jamás con sus plantas.»

La oscuridad se había desvanecido. Ya no se hallaba en una sala, sino en una inmensa estancia, una nave de formas y colores incomprensibles. Había más dioses allí, que pasaban como destellos fugaces sin apenas dejar huella en sus retinas.

«Recuerda quién eres y cuál es tu misión. Te engendré para devolver a nuestro pueblo lo que le perteneció. La Espada que Tariman forjó ha dejado ya de pertenecer a los hombres: debe volver a ti, príncipe de los Yúgaroi, para que pueda ser empleada contra el Usurpador. Hemos dormitado mil años aguardando nuestra venganza. Ahora llega la hora de la gloria. Se te envió entre los hombres para pasar como uno de ellos, pero llegado el momento tu naturaleza se revelará a todos. Cuando tengas que luchar con tu medio hermano, no temas, pues eres un dios entre los hombres y no puedes ser vencido ni muerto por arma mortal.»

«¿Quién es mi medio hermano?»

«Lo sabes sin saberlo. Es el séptimo ángulo, así como tú eres el primero. Ahora, vete y merece el orgullo de tu madre.»

De pronto estaba despierto y en pie, junto a la ventana de su alcoba. En algún momento la había abierto y estaba contemplando las estrellas. ¿Eran ellas su heredad, su verdadero hogar? ¿No se trataría de una visión engañosa enviada a través de la puerta de marfil? Pero no, no podía serlo. Aquel sueño encerraba una verdad fundamental. Siempre había sospechado que algo profundo lo diferenciaba de los demás hombres. Su naturaleza no era humana y terrestre, sino divina y celestial. El séptimo elemento, el plasma, era la verdadera sustancia de su ser.

Pero al reparar en que aún faltaban piezas en aquella partida de ajedrez, un reguero de sudor frío le corrió por la espalda. El ojo muerto de triple pupila que atormentaba sus sueños. Las crisis de negrura que tanto temía, cuando su cabeza quería desgajarse y su gemelo colérico tomaba el control. Aquel brujo de mal agüero, Ulma Tor, que a través de un muerto le había ofrecido una ayuda jamás solicitada. Y, por fin, el

séptimo ángulo, el medio hermano del que nada sabía y con el que tendría que luchar.

Sólo con la Espada de Fuego podría desenmarañar la trama que lo aprisionaba. En los hechos que estaban guiando sus últimas decisiones había al menos una mentira. Necesitaba ser el Zernalnit para descubrirla.

Su gemelo colérico le chistó desde el fondo de su cabeza: «Déjame a mí. Deja que desenvaine el acero y desencadene mi furia y los barra a todos». Togul Barok sabía que era bien capaz, pero cerró los ojos y se concentró para acallar aquella voz. Por aquella noche, lo consiguió.

Siete son los elementos del mundo.
Seis componen lo material y corruptible:
Agua, aire y tierra, madera, metal y fuego.
Uno solo el que da vida al cosmos eterno:
El plasma, fuego celestial inextinguible
Como eterno es el número siete,
Al que por tres veces, una y dos,
Y cuatro más, dos por sí mismo,
Hay que rendir reverencia.
¡Sublime siete, que gobiernas el mundo!

Brauntas, *La Ciudad del Arpa*, Proemio

La mañana del 26 de Bildanil, Kratos salió de La joya de Kilur para dirigirse a Alit, sin despertar a Derguín. La ciudadela interior de Koras se asentaba sobre una elevación rocosa conocida como la Mesa, coronada por una planicie en forma de trapecio. Si los Koratanes hubiesen vivido millones de años atrás, habrían sabido que aquella meseta era un vestigio del antiguo suelo de la llanura. Los lejanos antepasados del Eidos y el Beliar habían ido royéndolo, arrastrando sus tierras al mar conforme excavaban con milenaria paciencia lo que más tarde sería el valle del Eidos. Alit era, junto con otros cerros desperdigados por el llano, uno de los escasos testigos de aquel tiempo perdido. Pero aunque sus laderas de color ocre y su compacta y rocosa cima habían salido a la luz poco a poco, como la estatua que surge bajo el cincel del escultor, a los Koratanes se les antojaba más bien una planta que hubiese brotado

del suelo primigenio de la noche a la mañana.

Alit era visible desde cualquier punto de la ciudad, no tanto por su propia altura como por el excéntrico edificio que se erguía en su extremo septentrional: Nahúpirgos, la Torre de los Numeristas. Su origen no tenía nada que ver con la orden mística, pues, según las crónicas, ya estaba allí cuando Moghulk, el Rey Loco, fundó Koras. Había quienes conjeturaban que su construcción se remontaba a la era anterior a la Oscuridad, pues en Tramórea no existía desde tiempos inmemoriales sabiduría arquitectónica para levantar tan colosal engendro. La torre estaba encastrada sobre un pináculo de roca de cien metros que brotaba como una excrescencia de la cima de la Mesa. Los primeros veinte metros eran de piedra bruta, natural, si podía ser natural que aquella aguja de roca hubiera germinado en un sitio tan inverosímil: muchos autores, como Dsetses o el propio Tarondas, opinaban que había caído del cielo cuando se produjo la catástrofe que originó el Cinturón de Zenort. El único artificio en aquel primer nivel era la escalera tallada en espiral que los rodeaba. A partir de los veinte metros, brotaban de la torre grandes esferas de roca dispuestas en aparente anarquía. Cada una de ellas, de entre cinco y seis metros de diámetro, ofrecía una estructura interior diferente, ya fuera una cámara única o una serie de celdas. Los Numeristas, que habían acondicionado la torre desde hacía cincuenta años, las usaban según sus necesidades y las posibilidades que les ofrecían, y así las habían convertido en cubículos, estudios, refectorios, bibliotecas, observatorios o incluso en telesterios para sus prácticas más secretas. Cada esfera estaba comunicada con sus vecinas por audaces escaleras que se retorcían en formas vertiginosas y también por sinuosos túneles horadados en la roca. El camino para llegar a la cúspide, la esfera que remataba la torre y en la que moraba el Primer Profesor, era un sendero plagado de revueltas, callejones sin salida y puertas al abismo; tan arduo y laberíntico como la ascensión a la sabiduría y el conocimiento de la auténtica verdad.

La Torre de los Numeristas era la intrusión de una lógica extraña en el equilibrado conjunto de Alit. Nada podía chocar más con las doctrinas de unos filósofos que se complacían en encontrar armonías y relaciones ocultas entre los números naturales y que aislaban en escrupulosa cuarentena aberraciones necesarias como $\sqrt{2}$. Sin embargo, eran ellos los únicos que después de siglos se habían atrevido a habitar aquel edificio formidable e inhumano para convertirlo en un símbolo de su creciente influencia.

Kratos conocía poco de las esotéricas doctrinas de los Numeristas. Mientras caminaba hacia Alit sus pensamientos estaban muy alejados de la armonía y la perfección universales. Como les ocurría a tantos recién llegados a la ciudad, e incluso a muchos de los propios Koratanes,

sentía una mezcla de admiración ante la magnitud de aquel edificio y de repugnancia por su estrambótica silueta.

La torre desapareció de su vista cuando llegó ante la muralla que fortificaba Alit, y Kratos se sintió aliviado ante una arquitectura más familiar. Alit estaba rodeada por un anillo de fortificaciones, como Mígranz; pero en ésta, las murallas formaban círculos concéntricos, mientras que en la ciudadela de Koras dibujaban una espiral que describía tres vueltas completas antes de cerrarse. La puerta del círculo exterior estaba custodiada por diez lanceros y seis espadachines, aparte de los arqueros que pudieran ocultarse tras las troneras superiores. Un oficial se adelantó y le preguntó el motivo de su visita. Kratos levantó el brazo derecho y le mostró su brazaletes, decidido a exhibir sus bazas desde el primer instante.

--Soy Kratos May, maestro mayor de la espada. Deseo ser recibido por el Gran Maestro de Uhdanfiún.

El oficial se cuadró ante Kratos, y en su armadura no quedó una sola placa por entrechocar. Ya habían tenido noticias de su llegada y del penoso malentendido del día anterior, le explicó; dos hombres de su guardia lo escoltarían al momento.

Kratos no tuvo más remedio que hacer todo el camino y rodear el recinto amurallado las tres veces que se enroscaba sobre sí mismo. Durante una hora subió entre angostas paredes, mientras veía cómo a siete metros sobre su cabeza corrían las pasarelas que unían a modo de radios los tres anillos y que lo habrían llevado al corazón de la ciudadela en unos minutos. Cuando pasó el último control y se encontró por fin en la cima del cerro, su humor estaba agriado como leche de dos semanas.

Tomaron la amplia avenida de adoquines que subía hacia Nahúpirgos. Para evitar que ésta empequeñeciera todo lo demás, la calle estaba bordeada por ringleras de arces y tilos cuyas copas entretejían un agradable dosel y ocultaban en parte la visión de la torre. A la izquierda se extendía un parque, tras cuyos árboles y setos se adivinaba la mole del Palacio Imperial. A la derecha de la avenida se levantaba el templo de Anfiún, una gran construcción de piedra, y poco más adelante había otros templos de madera más pequeños y armoniosos en los que se adoraba a Pothine, Taniar, Rimom y otros númenes. Escogieron un sendero que pasaba entre ellos, cruzaron otro jardín y pasaron sobre un gracioso puentecillo que salvaba un riachuelo artificial. Tras dejar atrás el templo de Eleris, llegaron por fin a Uhdanfiún.

La escuela de artes marciales había sido durante mucho tiempo una pequeña fortaleza dentro de Alit, pero hacía treinta años Mihir Barok había hecho demoler sus murallas. Ahora, todo lo que delimitaba el recinto de la academia era un seto vivo de la altura de un hombre. Los soldados llevaron a Kratos a la entrada, una simple abertura en la

vegetación, coronada por un arco de enredaderas. Bajo él esperaba un joven sentado en cuclillas, con una espada al cinto. Al verlos, el joven se puso en pie y saludó a Kratos con una reverencia, pues ya les había llegado noticia de su visita.

Los guardias dejaron a Kratos con el estudiante. Éste, un Ibtahán del cuarto grado, encantado de servir de guía a un maestro tan afamado como Kratos, se empeñó en explicárselo todo. La academia seguía siendo tal como Kratos la recordaba, aunque ahora, por alguna razón, todo se le antojaba más pequeño. Había casas de madera por doquier, sobrias y limpias. Desde los audaces voladizos de los tejados, las estatuas del dios Anfiún y de toda su cohorte vigilaban con mirada belicosa. En aquellas casas dormían los alumnos, sobre las tablas del suelo o, como mucho, en jergones de esparto, avezándose a soportar el calor en verano y el frío en invierno. Entre ellas se abrían pistas para correr, y también circuitos con obstáculos de todos los tipos en los que los alumnos endurecían sus músculos. En el centro se levantaba un edificio rectangular de piedra gris, la palestra, reliquia solitaria de la vieja academia fundada por Áscalos. Kratos observó complacido cómo los grupos de aprendices e Ibtahanes sudaban al sol, aunque la mañana era fresca.

El alumno lo llevó a un rincón algo apartado de la vista, una pequeña hondonada rodeada por un seto en forma de herradura, y se despidió de él. Allí, sentado en cuclillas junto a un estanque, aguardaba el Gran Maestro. Kratos se arrodilló a poca distancia y esperó a que reparara en su presencia. El superior de Uhdanfiún era un hombre anciano; al ver que estaba tirándoles migas de pan a los peces, Kratos temió que los años hubieran devuelto su mente a la infancia. Pero su espalda se mantenía tiesa como una vara y las fibras de los antebrazos se le marcaban como vetas en madera vieja. Sólo él en Tramórea lucía el brazalete con las diez marcas que, según se decía, era herencia directa del propio Áscalos.

Por fin, el Gran Maestro volvió la mirada hacia Kratos, y éste vio en aquellos ojillos la astucia zorruna que tan bien recordaba. Kratos rozó el suelo con la frente, y el Gran Maestro le tocó la muñeca, un leve contacto por el que los alumnos de Uhdanfiún habrían dado la vida.

--¡Querido Kratos! ¡Qué cara has vendido tu presencia en los últimos años! Traes una gran alegría a estos viejos ojos.

--Más alegría recibo yo de encontrarte tan joven como la última vez que te vi, Gran Maestro.

--Me complace escucharlo de tu boca, pues bien sé que no eres un adulator. No puedo quejarme de como me han tratado los años, pero a mi edad es agradable sentarse aquí al sol. Estaba observando a estos peces tigre que trajeron de Áttim hace unos días; tienen unas costumbres muy curiosas.

El anciano guardó silencio durante unos minutos. Kratos esperó a que le preguntara el motivo de su visita, y mientras lo hacía se le ocurrió que todo lo que hasta ahora le había sucedido en su regreso a Koras parecía una extraña lección destinada a recordarle la olvidada virtud de la paciencia.

--Y bien, hijo, te agradezco que hayas venido a visitarme. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

--Gran Maestro, tengo un alumno.

--¿Acaso quieres ingresarlo en Uhdanfiún? Eso está arreglado.

--Hace años que ingresó en la academia y estudió el Tahedo con los mejores maestros, pero no llegó a convertirse en Tahedorán.

--¿Cuál es su nombre?

--Derguín Gorión. Es del norte de Ritión, un gran estudiante de la espada.

--El nombre me resulta familiar -comentó el anciano-. Hubo algo hace unos años... No recuerdo bien. ¡Ah, la vejez! ¿Qué deseas para tu alumno?

--Una prueba de gran maestría.

--Así que posee el sexto grado.

--Ganó seis marcas bien merecidas, pero aún es digno de más.

--Si llega avalado por ti, su examen ya está concedido. Con todo, me gustaría verlo antes.

Kratos carraspeó y agachó la mirada.

--Hay un inconveniente, Gran Maestro. No puede esperar al próximo mes de Anfiún. Queda casi un año, y si no se examina ahora mismo no le servirá para nada.

--¿Cuál es la razón?

--Va a participar en el certamen por *Zemal*. Y sólo quedan tres días.

El Gran Maestro miró a Kratos, entrecerró aún más los ojillos y apretó los labios. Con aquel gesto no parecía el mayor Tahedorán de Tramórea, sino tan sólo un anciano desconfiado.

--¿Te dedicas a presentar candidatos, *tah* Kratos? Se dice que intentarás obtener la Espada para ti... y yo te alabo, pues no conozco a nadie que la merezca más. ¿Por qué quieres ayudar a otro?

--Es un amigo -respondió Kratos. No mentía del todo, pero la explicación le sonó insuficiente y se apresuró a añadir-: Dos espadas valen más que una hasta que llegue el momento de enfrentarse entre sí.

--Me temo que no será posible. Sabes que las pruebas siempre son en el mes de Anfiún. Entonces podrá examinarse si así le place, pero no ahora. Así lo instituyó Minos Iyar.

--Perdona mi estupidez, Gran Maestro, pero yo creía que esa norma se había establecido hace cincuenta años, en tiempos del Gran Maestro

Arkheos, aunque sin duda me equivoco. Antes se podía examinar a un alumno en cualquier momento, siempre que estuviera preparado.

--Bien sabes que quisiera ayudarte, hijo, pero si hago una excepción con él tendré que aplicarla a otros alumnos de nuestra academia que también son Ibtahanes y que no pueden optar a la Espada de Fuego por la misma razón que tu alumno.

--Pero, Gran Maestro, es un favor que te solicito yo, Kratos May. ¿Acaso te he pedido alguna vez algo para mí?

El anciano se puso en pie con rigidez. Su rostro ceroso se había vuelto impenetrable como una máscara funeraria; tanto podría haberlo condenado a muerte como nombrado su heredero. Kratos temió que aquella gélida cortesía fuera el preámbulo de una negativa.

--No es una decisión que deba tomar yo solo, y menos en la precipitación de un momento. Si no fueras tú, ni siquiera tomaría en cuenta esa petición y hasta consideraría que bordea la insolencia. Pero consultaré con el consejo de Uhdanfiún y se te hará saber nuestra decisión antes de que empiece el certamen. -El anciano tomó por el codo a Kratos y le sonrió. La conversación oficial había terminado: nada más sacaría Kratos en limpio-. Ahora, hijo, pasea un rato conmigo y cuéntame cosas de Mígranz y de Hairón. ¡No se verá en muchos años otro guerrero como él!

Kratos siguió los pasos del Gran Maestro y contestó a sus preguntas mientras sus pensamientos corrían en otra dirección. Había intentado convencer al anciano, le había rogado un examen extraordinario para su alumno como un favor personal, pero ¿cómo se lo explicaría a Derguín? A buen seguro que el muchacho no le creería, o cuando menos dudaría de que su maestro se hubiese esforzado lo suficiente por él. Has conservado tu honor, se repetía Kratos. Él te ha salvado la vida, le debes la lealtad del maestro para con su discípulo, por no hablar del juramento que te obliga con Linar, pero tú has conservado el honor. Ahora puedes luchar por la Espada de Fuego sin más trabas.

Suspiró, y él mismo quiso creer que era de alivio, pero la pregunta seguía revoloteándole como un tábano. ¿Cómo se lo explicaría a Derguín?

Y para las costumbres matrimoniales de Ainari y Ritiones, los hijos de hermanos gemelos se consideran, a todos los efectos, como

medio hermanos y no como primos, por lo que no pueden casarse entre sí.

Arkhómenor, *Fuerza de los dioses y leyes de los hombres*, XIII, 24

No todos los monumentos de Koras se encontraban en su ciudadela, pues desde hacía siglos los reyes, y más tarde los emperadores, se habían afanado por embellecer la ciudad con templos, teatros, palestras, termas, hospederías públicas y, en el caso de algún monarca excéntrico, incluso con prostíbulos a cargo del erario. Por tal razón el templo de Hindewom, dios de la sabiduría, no se hallaba en Alit, sino en el distrito de Zeníat, en la parte norte de la ciudad. Dicho templo era un edificio de madera de tres pisos, pintados en rojo, azul y dorado. Pero junto a él se levantaba una dependencia más notable que el propio templo, una gran cúpula tachonada de losas esmaltadas en vivos colores que representaban el arco iris, símbolo de Hindewom. Este domo albergaba la mayor biblioteca de Áinar y una de las más afamadas de Tramórea. Según Tarondas, el ilustre geógrafo y actual bibliotecario, en sus anaqueles se apilaban más de cien mil libros que contenían toda la sabiduría pasada y presente de Tramórea.

--Y -añadió con una risita- tal vez de la sabiduría futura.

Derguín asintió educado, mientras deambulaba con él por aquel laberinto. Los ojos se le iban sin querer a los lomos de los libros mientras aspiraba con fruición el olor a cuero, tinta y pergamino viejo. Allí estaban *Teoría de los orbes celestes*, de Kenir; *Fuerza de los dioses y leyes de los hombres*, del sabio Arkhómenor; *Historia de las islas de Ritión*, del gran Varum Mahal; el brillante *Almanaques de las tres lunas*, de un autor ya olvidado; el *Táctico*, de Bolyenos, imprescindible para cualquier general; el impenetrable pero seductor *Iluminación de la verdad más allá de los ojos*, de la idealista Haryuna; y también el *Florilegio de lírica Aman*, y los *Elementos de música*, y *Fas espadas del maestro Amintas*, y *Fas diez técnicas perfectas del Tahedo*. A veces Derguín cambiaba su sueño de convertirse en el Zernalnit por el de sustituir a Tarondas y disponer para él solo de todas aquellas ventanas que se asomaban a ignotos mundos de sabiduría. Pero ahora que se veía rodeado por aquellos altísimos estantes le invadía una sensación de vértigo y el corazón le palpitaba agobiado al darse cuenta de que el empeño de devorar todo aquel conocimiento era algo titánico, desesperado, fuera del alcance de un mortal.

El pausado andar del anciano Tarondas los llevó por fin al corazón de aquel santuario. Allí los estantes dejaban lugar a escritorios donde los eruditos de la biblioteca y los sabios visitantes se inclinaban, fruncidos los ceños y doblados los codos, sobre antiquísimas páginas. El centro, bajo el óculo acristalado del domo, lo ocupaba una mesa ovalada

de unos siete metros por cuatro. Sobre ella aparecía representado el mapa de Tramórea. O más bien su maqueta, pues cada cordillera se elevaba con meticuloso relieve de escayola; los ríos eran surcos pintados de azul que serpenteaban entre verdes campos y páramos grisáceos; los bosques eran ejércitos de palillos vestidos con diminutas copas de algodón; los desiertos, lijas amarillentas y rugosas cuyos granos evocaban las arenas; y hasta las ciudades importantes se encontraban allí, con sus murallas talladas en madera y primorosas miniaturas de sus monumentos más conocidos.

El anciano geógrafo se paró ante su obra maestra y sonrió con el orgullo de un colegial. Sirviéndose de su bastón a modo de puntero, Tarondas señaló un pequeño círculo amurallado.

--Estamos aquí, en Koras. Desde hace siglos, éste ha sido el punto de partida del certamen por la Espada de Fuego. Nunca se ha sabido nada cierto sobre el lugar en el que se oculta *Zemal*, pero existen indicios.

»Es casi seguro que la Espada ha estado en el oeste desde hace unos seiscientos años, aunque no siempre en el mismo lugar. Los candidatos a Zemalnit juran no revelar dónde se encuentra, pero por los relatos indiscretos de algunos supervivientes se infiere que los Pinakles la han escondido por aquí, por aquí y también por aquí.

Apuntó con el bastón a varios lugares: las tierras de los Équitros y de los bárbaros Mahik, al norte de Áinar; los montes de Shirta, sobre la meseta de Málart; y también la región al oeste de la Sierra Virgen, ya a las orillas del mar.

Derguín le preguntó a Tarondas por qué en un mapa tan detallado se veían sin embargo regiones enteras en blanco, o topónimos rodeados por interrogantes. Conocía la respuesta, pero sabía también que aquella maqueta era la niña de los ojos del anciano. Tarondas podía hablar horas y horas del mapa. Derguín se resignaba a escuchar sus peroratas simulando una ferviente atención; gracias a ello conseguía que el bibliotecario le diera permiso para consultar los libros más valiosos e inaccesibles.

Aquel mapa de increíble detalle era la réplica de una imagen que Tarondas había encontrado muchos años atrás, en unas ruinas al este de Malabashi. Se trataba de una gran losa, derrumbada en medio de lo que debió ser un santuario de la Edad de Plata. Las exóticas letras grabadas en la piedra estaban más allá de la comprensión de Tarondas. Pero había también un dibujo similar a las fauces de una fiera, y su experiencia como geógrafo y viajero le hicieron intuir que era un perfil de las costas de Tramórea. Copió el mapa y se llevó la réplica a Koras; y desde entonces lo había ido completando con los nombres y detalles de todas aquellas regiones que había visitado o que conocía por autores de toda confianza. Las zonas que seguían en blanco eran tierra ignota.

--Lo creas o no -explicó con voz emocionada, mientras señalaba los rincones más apartados de Tramórea-, cuando era joven crucé la cordillera Eskhate y pisé las arenas humeantes del desierto de Hamart, un inmenso cráter creado por el fuego de Manígulat, en el que sólo pueden vivir criaturas diabólicas: por eso su nombre aparece aquí. También escribí «Tierras Antiguas» allí, más al este, pues es el nombre que les da la tradición geográfica, aunque reconozco que no puse el pie en ellas.

Después, Tarondas señaló una isla casi pegada a la costa noroccidental, que aparecía rotulada como «Arak».

--Esta isla tampoco la conozco, pues en mis viajes no he pasado de la Sierra Virgen. La selva que se extiende al otro lado de esas montañas es un lugar impenetrable y maligno, en el que aún sobreviven criaturas de tiempos remotos. Pero un marino llamado Zithas me contó que había bordeado esa isla en un viaje desde las Islas de la Barrera a la Tierra del Ámbar... una expedición sumamente peligrosa, dicho sea de paso. Los pocos que han pasado junto a la isla la llaman Arak, pero nadie ha puesto el pie en ella, pues es un paraje inhóspito en el que no se encuentra agua ni alimento ninguno.

De pronto, Tarondas miró a los lados con cara de conspirador e indicó a Derguín que se acercara. Pese a que la boca del anciano olía a leche agria, Derguín pegó su oreja a ella. Un par de estudiosos levantaron la cabeza, curiosos, y Tarondas apartó a Derguín más lejos.

--Te voy a contar una cosa, muchacho, pero has de guardarme el secreto. Mucho ha sido lo que he leído y muchas las tierras que he pisado, y también son muchos los viajeros que han venido como visitantes a esta biblioteca para informarme de todo lo que han visto y escuchado.

--Sin duda todo eso ha hecho de ti un hombre muy sabio, maese Tarondas -le animó Derguín, apartándose un poco de su aliento; pero el geógrafo volvió a tirar de él.

--Aunque es imposible resumir años de investigación en un puñado de palabras, te diré que tengo una intuición sobre el paradero de la Espada de Fuego. Si quieres encontrarla, estoy casi seguro de que deberás encaminar tus pasos hacia...

Tarondas se acercó aún más a la oreja de Derguín y susurró un nombre. El muchacho asintió. En ese momento, se oyó una voz potente que llamaba al geógrafo como si estuviera en medio de un mercado.

--¡Tarondas! ¡Maestro Tarondas! ¡Quiero hablar contigo!

Derguín aprovechó para soltarse de Tarondas, que se le había emperchado del codo. Rodeando las mesas de los eruditos venía un hombre alto, de anchas espaldas, vestido con un austero manto de lana cruda.

--Ese maldito Brauntas -rezongó Tarondas-. Se cree que es el

dueño de la biblioteca. Pero se va a enterar de quién soy yo... Disculpa, muchacho; si te quedas por aquí, luego seguiremos hablando.

Derguín se despidió con una reverencia y se apartó unos pasos. Mientras fingía examinar un mamotreto que lo recompensó escupiéndole una nube de polvo, aguzó el oído para fisgar la conversación. De modo que aquél era el famoso filósofo Brauntas, Segundo Profesor de los Numeristas, preceptor del príncipe Togul Barok, autor de *La ciudad del arpa* e inspirador de las agobiantes normas urbanas de Koras.

Apenas distinguía las palabras del filósofo, porque su voz espesa retumbaba como un tambor lejano. Pero por lo que pudo entender, la conversación trataba sobre los libros que Brauntas quería expurgar en nombre de la moral, la verdad absoluta y la educación de las clases gobernantes, ante la radical oposición de Tarondas, que a ratos contraatacaba con argumentos intelectuales y a ratos amenazaba al filósofo con descalabrarlo de un bastonazo. Al parecer, los dos sabios tenían para rato, de modo que Derguín disponía de tiempo para el propósito que lo había llevado a la biblioteca.

Rebuscó en la talega y palpó el bulto de una llave. Años atrás había aprovechado un descuido de Tarondas para hurtársela un instante y sacarle un molde en cera. Unos días después consiguió que un herrero le fundiera una copia y desde entonces la utilizó cada vez que el bibliotecario y sus ayudantes se descuidaban. Había guardado aquella llave por si alguna vez regresaba a Koras; pronto averiguaría si seguía siendo útil.

Caminó con sigilo hacia el exterior de la cúpula, esquivando a los dos ayudantes de Tarondas, que solían apostarse entre los anaqueles como perros perdigueros. No tardó en llegar al extremo norte del domo. Allí, entre dos pilastras, una reja de hierro cerraba el paso a una angosta escalera, que tras bajar cinco o seis peldaños se perdía en la oscuridad. Derguín miró a ambos lados. Nadie venía por el estrecho pasillo circular que rodeaba los estantes. Sacó la llave y la probó en el candado de la reja sin hacer ruido. ¡Perfecto! Como ya sospechaba, Tarondas, poco amigo de innovaciones, no había cambiado la cerradura.

Derguín bajó los escalones de puntillas. La oscuridad se espesó según descendía. Contó hasta veinte peldaños antes de atreverse a sacar un cabo de vela y yesca. Encendió la mecha y siguió bajando con precaución.

Diez peldaños más abajo, la escalera moría en un rellano que se abría hacia la izquierda en una estrecha galería. Derguín tomó por allí, y no tardó en llegar a la sala que buscaba. Era una estancia pequeña, fría pero seca. De las cuatro paredes, tres estaban ocupadas por anaqueles, y junto a la cuarta se apoyaba un escritorio de madera con un candelabro de bronce. Derguín encendió tres de las cinco velas con el cabo y se sonrió al imaginar el desconcierto de Tarondas cuando

volviera a visitar aquel cuartito y comprobara que unas velas se habían consumido más que otras.

Aquella era la sala de los libros prohibidos. Había allí tal vez unos ochocientos volúmenes. Muchos de ellos eran grimorios de artes negras, o bien obras de un erotismo tan crudo que las autoridades de Áinar los habían condenado por libertinos; tampoco faltaban tratados políticos que hasta en la democrática Narak se habrían considerado subversivos. Todos ellos los guardaba Tarondas porque amaba con fervor los libros, y ver un volumen quemado, por mediocre o vil que fuese, le dolía como si le prendieran fuego a uno de sus dedos.

Pero no eran esos códices los que buscaba Derguín, sino los que se apilaban en la pared de la izquierda. Pasó con fruición los dedos por aquellos lomos que había aprendido a conocer y extrajo un libro al azar. Las tapas eran de piel flexible y en el lomo aún quedaban restos de unas letras doradas, bajo las cuales un caballo alado arrancaba su vuelo. Abrió el libro y pasó las páginas, que eran de un extraño pergamino, liso y resbaladizo, al que la luz de las velas arrancaba reflejos de seda. Las letras corrían a cuatro columnas por página, diminutas como ejércitos de hormigas, y tan parejas entre sí que ni el copista mejor pagado de toda Tramórea habría podido escribirlas tan regulares. Derguín sospechaba que habían sido grabadas por algún artefacto mecánico. Habría dado un mundo por saber leerlas; pero, aunque guardaban un aire familiar con otros alfabetos, era incapaz de descifrarlas. ¿Qué tesoros de sabiduría esconderían?

Había también ilustraciones, y si las letras resultaban asombrosas, las imágenes superaban el arte del mejor miniaturista. Abundaban los retratos de hombres y mujeres, diminutos y pintados con un realismo tan vivo que a Derguín se le antojaba estar viendo en realidad a homúnculos atrapados en las páginas del libro. Y luego, muchas otras imágenes incomprensibles: hombres vestidos con ropas extravagantes y rodeados por estructuras tan enrevesadas y complejas que Derguín, por más que las examinara, jamás llegaba a comprender su utilidad. Pasó las hojas hasta dar con una de las ilustraciones que más lo desconcertaba y que, sin embargo, era de sus favoritas. Allí se representaba una serie de esferas conectadas por elipses y líneas rectas. Una de ellas debía de ser Kthoma, la Tierra, puesto que los rayos amarillos que brotaban de la segunda esfera sugerían que se trataba de Dirpiom, el Sol. Pero en ese dibujo era la Tierra la que giraba alrededor del Sol, y no al contrario; y además había una luna tan sólo, en lugar de tres. ¿Qué significaba aquel diagrama? ¿Un pasado que fue, un futuro que jamás sería, las fantásticas elucubraciones de una mente desviada?

No tenía tiempo. Devolvió el volumen a su lugar y buscó entre los demás. Había muchos otros, escritos en caracteres similares, pero la mayoría mal conservados. Las tapas estaban agrietadas; el papel había

amarilleado, y la tinta, palidecido. Las escasas veces que lo había llevado allí, Tarondas le explicó que eran libros anteriores incluso a la llamada Edad de Plata. La razón que aducía era que su idioma era ininteligible y aún más antiguo que el idioma de los Arcanos.

Pues Tarondas se enorgulleció de comprender en parte la lengua de los Arcanos. Los anaqueles cuarto, quinto y sexto de aquella estantería estaban poblados de volúmenes escritos en aquel idioma, supervivientes de la Edad de Plata. Merced a sus viajes y sus estudios, Tarondas sostenía que el Arcano era el padre de todos los idiomas de Tramórea, salvo la bárbara lengua de los Australes. Tras una paciente recopilación de libros e inscripciones por toda Tramórea, Tarondas había conseguido descifrar el alfabeto Arcano, traducir parte de su vocabulario y hasta iniciarse en los rudimentos de su gramática.

Gracias a los trucos mnemotécnicos de los Numeristas, Derguín había absorbido todo lo que Tarondas sabía. Gracias a eso podía captar en parte los soliloquios de Linar cuando éste creía que nadie lo escuchaba. Derguín no le había confesado que estaba familiarizado con la lengua de los Arcanos; tan sólo se le habían escapado unas palabras, *Pratus bhloxí bhriktu*, cuando Linar les contó el Mito de las Edades.

Esas tres palabras pertenecían a un verso de uno de los libros prohibidos; justo el que había venido a buscar. No tardó en encontrarlo, el último en el sexto anaquel, separado de los demás por una estatuilla de alabastro. No era en realidad un volumen de la Edad de Plata, sino de mucho después de la Oscuridad, aunque el texto que quería consultar estuviera en Arcano. Derguín lo sacó de su lugar y lo abrió. Las hojas eran de un pergamino muy suave, tal vez vitela de una ternera que no había llegado a nacer. No había título en la cubierta, pero sí en la primera página. Allí había unas líneas en una lengua a medio camino entre el Arcano y formas posteriores. Descifrando una palabra aquí y aventurando otra allá, Derguín había llegado a la conclusión de que aquel libro era una compilación de visiones o profecías. Había un nombre que se leía con claridad, el de la mítica ciudad de Zenorta; y también una fecha en números similares a los que todos los Tramoreanos seguían usando. El año era 498. ¿Se referiría a la misma era en que ahora vivían? ¿Tenía ese libro tan *sólo* cinco siglos? Al pie de la página, en rojo, una firma se levantaba orgullosa hacia la derecha, y el nombre le resultaba a Derguín extrañamente evocador.

Kalitres de Zenorta.

Derguín empezó a pasar páginas y más páginas. Todas estaban en blanco. ¿Que tipo de recopilación era aquella? Kalitres, ¿por qué querías burlarte así de nosotros, viejo bribón? Pero en la última página estaba el texto por el que Derguín se había aventurado en la sala prohibida, escrito en estrechos versos.

*Kuklos trionmenón aveubíu
doru prentadurtaion eghei
to kelainón doru pursón en.
Anlá Tarimán dheios ghalkéus
en tais Pratus bhloxi, bhriktu
ten aidfius mághairan eghálkeusen.
Ambho kasínetoi hemikaseis
huper tu bhotós maghésontai.
Hote hemíkasis Tarímanos
xibhon kéktetai bhlogós
kélainon doru érudhra mághaira
sumpléxontai en Pratei bhoberói
endha mégalai bhloges aién áidhontai.
Tot' áidheros haima sun ghdhonós
háimatí maghésetai
kairós d'estai tu krátistu.*

Su corazón se aceleró. Una nueva luz lo alumbraba todo y disipaba las dudas que le impedían dar sentido al texto. Hasta entonces se había empeñado en separar de forma incorrecta algunas palabras, y raíces que no reconocía se le mostraban ahora evidentes. ¿Cómo no se había percatado, por ejemplo, de que *aidh-* era llama, pero también fuego celeste? Palabra a palabra desentrañó el significado, y todo, verbo a verbo, nombre a nombre, partícula a partícula cobró sentido.

A su espalda sonó un soplo de aire. La sala quedó a oscuras. Derguín dejó caer el libro y su mano buscó por instinto la empuñadura de la espada. Pero unos dedos de hierro apresaron su muñeca y dieron un salvaje tirón de ella. Arrastrado como un pelele, Derguín cruzó la estancia a trompicones y se clavó el borde del escritorio en un costado. En aquella negrura absoluta, una punta fría y metálica se apoyó en su nuez. Derguín comprendió que era una espada. Muy despacio, procurando no hacer ruido, fue desplazando de nuevo su mano a la empuñadura. Si proyectaba una Yagartéi lo bastante rápida...

--Deja quieta la espada. Veo en la oscuridad.

Derguín se quedó seco. Aquella voz intentaba hablar en susurros, pero aún así retumbaba.

--¿Quién eres?

--Alguien que ha oído hablar de ti, Derguín.

--¿Cómo sabes mi nombre?

--Eso no importa. No quiero hacerte daño, pero te atravesaré el gaznate si intentas tu Yagartéi conmigo.

Derguín tragó saliva. Empezaba a sospechar de quién era aquella presencia que llenaba la oscuridad frente a él y que adivinaba gigantesca.

--¿Qué quieres de mí?

--Haz lo que te digo y te ayudaré en lo que más quieres.

--No entiendo...

--No es necesario que entiendas.

La punta de acero apretó un poco más. Derguín sintió cómo algo cálido le goteaba por el cuello hacia el pecho, y supo que no era sudor.

--¿Qué significa lo que estabas leyendo? Tradúceme esas palabras.

--No las comprendo...

--Cuando mientes tu rostro cambia de color. No lo hagas más.

La orden sonó casi a sugerencia, pero a Derguín no se le habría ocurrido desobedecerla. Invocó su memoria de Numerista clandestino y recitó con voz temblorosa:

El orbe de tres lunas muertas
posee la lanza de Prentadurt
la lanza negra que fue roja.
Pero Tarimán el dios herrero
en las llamas del terrible Prates
forjó la Espada de Fuego.
Dos hermanos medio hermanos
lucharán por la luz.
Cuando un medio hermano
posea de Tarimán el arma
entonces lanza negra y espada roja
entre sí chocarán en el terrible Prates
donde arden por siempre las llamas del gran fuego.
Entonces la sangre de la tierra y la sangre del cielo
entre sí lucharán
y será el momento del más fuerte.

--¡Un medio hermano! ¡Entonces es verdad!

Derguín captó temor en la voz. La espada dejó de pinchar su garganta y aquella enorme presencia se giró y salió a oscuras de la estancia. La espalda de Derguín resbaló por el escritorio y, casi sin darse cuenta, se encontró sentado en el suelo. Las piernas se habían negado a sostenerlo.

Había sobrevivido a su primer encuentro con Togul Barok.

Y en aquel reino montañoso [de Atagaira] son las mujeres y no los hombres quienes llevan los asuntos de la guerra. Pues es cierto que, de entre todos los pueblos del mundo, el de Atagaira es único por las siguientes peculiaridades: los hombres se encargan de la crianza de los hijos y de los trabajos manuales, mientras sus esposas se adiestran en el ejercicio de las armas y se gobiernan en una asamblea de mujeres que aconseja a la reina; en aquella raza, los niños nacen más pequeños y con menos peso que las niñas, y así se mantienen el resto de su vida, de modo que los hombres de Atagaira son equivalentes en corpulencia y vigor a las mujeres de otras razas, mientras que una mujer Atagaira es tan fuerte como un varón de cualquier otro país de Tramórea; y otra singularidad es que cuando se unen en coyunda un hombre de Atagaira y una mujer de otro pueblo, cosa que no ha sucedido sino raras veces, o una hembra Atagaira con un varón de otra raza, cosa más frecuente, pues a las Atagairas les gusta acostarse con quien a ellas place, en estos casos, como digo, la unión es siempre estéril. De modo que, si no fuera porque la raza de Atagaira es en todo lo demás similar al resto de las razas, uno creería que se trata de una especie tan distinta de la humana como los caballos lo son de los asnos.

Tarondas, *Geografía*, VII, 23

Tras su entrevista con el Gran Maestre, Kratos tuvo que ocuparse de asuntos mundanos. Por más que le humillara pensar en lo pecuniario, tenía la talega vacía desde que huyó de Mígranz y no podía pasar el resto de su vida a costa de la bolsa de los demás. Un rapaz al que le prometió un as lo guió hasta el templo de Diazmom, en el distrito de Dámkar. Kratos atravesó la nave principal, saludó con una reverencia al dios protector de los injuriados y se encaminó a una capilla lateral protegida por una reja de bronce. Allí, un sacerdote con el cráneo tan rasurado como el suyo le atendió al otro lado de los barrotes.

--Soy Kratos May. Hice una ofrenda en uno de vuestros templos.

--En Mígranz, ya lo sé, *tah* Kratos. El dios nos ilumina...

O más bien las aves mensajeras, pensó Kratos. El sacerdote salió de la capilla por una estrecha puerta y volvió al cabo de unos minutos con una bolsa de tafetán que tintineaba prometedora.

--¿Quieres retirar toda tu ofrenda, *tah* Kratos?

--Excepto lo que con mucho gusto entrego al dios por los favores que me ha dispensado -contestó Kratos tal como exigía el rito.

El sacerdote rompió el sello de estaño fundido que cerraba los cordones de la bolsa, los aflojó y desparramó su contenido sobre un pequeño velador. Después lo contó a la vista de Kratos: había allí cuarenta y siete monedas de oro con la efigie del emperador Mihir Barok. Bien sabía Kratos que aquellos imbriales no eran los mismos que él había entregado en el templo de Diazmom de Mígranz, un día antes

de la muerte de Hairón, pero confiaba en que fueran tan de buena ley como los que él había ahorrado.

Mientras contaba el dinero, el sacerdote le informó con voz untuosa:

--Tal vez sabrás, *tah* Kratos, que el noble Aperión visitó nuestro templo hace unas semanas y exigió que mis hermanos le entregaran tu ofrenda.

--Ah, ¿sí? ¿Con qué razón?

--Repetir lo que dijo sería ofensivo para ti. Pero mis hermanos se resistieron a todas sus amenazas, y al final el noble Aperión decidió que lo más sabio era no malquistarse con el santo Diazmom.

Kratos apartó cinco imbriales para el dios y dos para el sacerdote. Después cambió una moneda de oro en piezas pequeñas y salió. El niño le esperaba sentado en las escalinatas del templo. Kratos lo recompensó con dos ases en vez de uno. Después regresó a la posada. Ahora que no dependía del dinero de Derguín se sentía aliviado de un peso, pero aún le quedaba explicar a su alumno que no podía convertirse en Tahedorán.

Aunque el cuarto de Derguín era pequeño, el muchacho había puesto patas arriba el jergón, lo había arrimado contra una pared y estaba practicando con la espada. Pero en cuanto vio a Kratos enfundó el arma, le hizo pasar y cerró la puerta.

--He hecho averiguaciones sobre *Zemal* -le informó sin disimular su satisfacción-. Creo que sé por dónde tendremos que viajar.

Kratos frunció el ceño, escéptico. Pero Derguín ya había tumbado de nuevo la cama para extender sobre ella unos pergaminos. Kratos se acercó y vio que eran mapas.

--Mira -le señaló Derguín-: seguramente tendremos que ir directos hacia el oeste, cruzar la Sierra Virgen y bajar por el curso del río Haner. ¿Conoces esa zona?

Kratos examinó la primera carta. Había viajado al oeste de Koras cuando estudiaba en Uhdanfiún, y también más tarde, durante los años que sirvió en el ejército imperial, había luchado contra los Gaudabas, los rebeldes de la comarca conocida como las Kremnas. Aquel mapa era casi perfecto, al menos según sus recuerdos. Derguín le enseñó otro que cartografiaba todo el territorio de Áinar y, por último, un tercero que incluía la Sierra Virgen con sus principales picos y pasos y el nacimiento del río Haner.

--¿Qué te han dicho en Uhdanfiún? -le preguntó de pronto Derguín-. ¿Cuándo va a ser el examen?

Kratos se sentó al borde de la cama y le contó la conversación con el Gran Maestro. Le había dado largas, concluyó, y no le comunicaría su decisión hasta el último momento.

--¿Tú crees que me concederá el examen?

Kratos miró a los ojos anhelantes de Derguín y pensó en disfrazar

la verdad con un poco de optimismo; pero no fue capaz.

--No.

Derguín agachó la mirada.

--Me lo temía. A los Ritiones ya ni el pan nos dan en Áinar.

--No es eso, Derguín. Es que...

El muchacho volvió a alzar la *cabeza* y le miró a los ojos. Para extrañeza de Kratos, no parecía ni sorprendido ni hundido por la noticia; aunque él no podía saber que la iluminación sobre el significado de una antigua profecía y su tenebroso encuentro con Togul Barok habían sembrado en la mente de Derguín una idea de predestinación que le hacía sentirse transportado por fuerzas ajenas e inexorables. Todo estaba ya escrito en el libro de la fortuna y nada de lo que Derguín, Kratos, el Gran Maestro de Uhdanfiún o el mismísimo emperador de Áinar pudieran hacer torcería tan siquiera el trazo de una letra.

Interpretando aquella serenidad como desánimo, Kratos invitó a Derguín a cenar. El muchacho soltó una carcajada y señaló que aún faltaba mucho para la hora de la cena, pero Kratos respondió que en ese caso le invitaba a todo lo que pudiera beber hasta entonces. Derguín frunció el ceño, intrigado, pero ni se le pasó por la cabeza preguntarle a Kratos de dónde había sacado el dinero. Los dos eran caballeros.

Era ya pasada la media tarde, pero las calles se veían aún más concurridas que por la mañana. En cada cruce, en cada plazuela, casi en cada recodo se organizaba un mercadillo, una asamblea improvisada, un teatro de mimos o marionetas. Las vestimentas de todos los lugares de Tramórea (túnicas, clámides, ciclatones, casacas, pantalones de montar, calzas de lana, tabardos de paño, mallas metálicas, gasas transparentes, pellizas, capotes, peplos, mantos, chales, quimonos, cogullas) tejían un abigarrado tapiz que mareaba la vista. Las lenguas se mezclaban en una algarabía incomprensible de Ritiún y Trisio, Ainari y Abinio, Malabashar y Pashkriri; un coro de chasquidos guturales, erres vibrantes y rotundas, frufnú de fricativas, eses sinuosas y sugerentes, vocales abiertas y cerradas, claras y oscuras, acentos nasales, timbres palatales, tonos cantarines, graves, severos, acentos cadenciosos, ritmos sincopados, bisbíceos apresurados, exclamaciones tonantes, hiatos, sinéresis, diéresis, sinalefas. Cuando la gente no se entendía recurría al universal procedimiento de sonreír y palmearse las espaldas para hacer negocios o tan sólo para intentar charlar. En algunos tramos había que abrirse paso a codazos; los rateros y cortabolsas aprovechaban la aglomeración para sus negocios, y los más rijosos, para tocar carne con disimulo y sin tener que aflojar la bolsa en el prostíbulo. Las calles se estrechaban tanto que en algunos lugares los vecinos tenían que llamar a la puerta para salir de sus casas por temor a aplastarle la nariz a alguien.

Cansados de nadar contra el gentío, Kratos y Derguín entraron en una cantina. Allí, los ademanes de guerrero del Ainari les dejaron una mesa expedita. Mientras daban cuenta de sendas jarras de cerveza y de una salchicha blanca, gorda y brillante de grasa, entró a la taberna un grupo de ruidosos Ritiones. Iban armados, y algunos se cubrían con petos de cuero o cotas de placas metálicas. Los encabezaba un hombretón de anchas espaldas y barriga prominente, cuya barbaza brotaba fosca alrededor de una boca enorme que parecía hecha para engullir y reír a estruendosas carcajadas. Llevaba una espada a la izquierda y un diente de sable a la derecha del cinto, y su gruesa muñeca lucía un brazalete con marcas rojas.

--Ése es Krust, arconte de Narak -le explicó Kratos a Derguín-. Debe de haber venido a Koras por el certamen.

--¿Cuántas marcas tiene? -preguntó Derguín, estrechando los ojos para contarlas.

--Las suficientes -respondió Kratos, y enseguida se arrepintió al ver el gesto dolido de Derguín-. Siete.

Desde el mostrador, Krust reparó en Kratos y se acercó a él con una risotada.

--¡Viejo canalla!

Kratos desapareció entre las manos y los brazos de Krust, y Derguín observó divertido cómo los pies de su maestro se levantaban del suelo.

--¡Me dijeron que te habían reventado por el norte, pero no lo creí! En cuanto hueles que una espada va a mojar sangre, ya estás al acecho.

Por fin, el hombretón soltó a Kratos y le permitió apartarse un poco. Los dos se escudriñaron para comprobar los estragos que la edad había hecho en el otro y se sonrieron.

--¿Dónde te has dejado el pelo, Kratos? No, no me recuerdes el refrán...

--Estás cada vez más fondón, Krust. Apuesto a que si quieres sacar la espada de la vaina antes tendrás que podarle las raíces.

--¡Puedes jurarlo! Prefiero ejercitarme levantando jarras de cerveza, que en vez de hacer sudar te refrescan. ¡Ven con nosotros y tráete a tu amigo, viejo truhán!

Lo siguieron hasta el mostrador. Krust pidió a la tabernera cuatro codos de jarras de cerveza y los midió con su propio brazo para comprobar que no les había despachado ni una menos. Era como un enorme baúl puesto en pie, pero se movía con una agilidad compacta y engañosa en alguien tan pesado. Su voz era ronca y poderosa; el aire salía a chorros de sus pulmones y resultaba difícil no reírse con sus ocurrencias. Sus ojos de carbón brincaban de un lado a otro soltando chispas. Exudaba tanta vitalidad que quienes lo rodeaban parecían

reflejos en un espejo deslustrado. Derguín comprendió que aquel hombre era un comediante que representaba su propia obra, pues bajo sus ojos se agazapaba una inteligencia fría y calculadora. Y sin embargo, aquel gigantón estentóreo y manipulador que interpretaba su propio papel le fue simpático, y supo que siempre se lo sería.

--Éste es Derguín, mi discípulo, de Zirna.

--Ah, un joven Ibtahán. Dame la mano como hacemos los Ritiones, que vea de qué estás hecho... Bueno, por lo menos no te han crujido los huesos. Muchacho, sigue practicando y conviértete en un Tahedorán como yo y como esa bola de cristal que tienes por instructor. Después, no hace falta que vuelvas a tocar una espada en tu vida: las mujeres se levantan las faldas hasta el cuello en cuanto ven un brazalete de gran maestro. Bebe, bebe... ¿Y qué haces tú aquí, Kratos? He oído que Aperión te estaba buscando para hacerte no sé qué regalo.

Kratos palideció.

--¿Qué sabes de él?

--Poca cosa. Aparte de que es un cretino, pero eso es de siempre, tengo entendido que lleva en Koras una semana. A ti te estaban esperando. Me han dicho que todavía andan mirando por las ventanas de Mígranz para saber cómo diantre te escapaste. Tienes que contármelo.

--Algún día... ¿Son éstos tus hombres?

--Sí. No saben una palabra de Ainari, así que puedes decir que son un hatajo de coruecos si te place.

Eran nueve los guerreros que acompañaban a Krust. Algunos de ellos llevaban espadas rectas, revelando que practicaban una variedad distinta de esgrima, mucho menos eficaz que el Tahedo. Ninguno llevaba brazalete de maestría, ya fuera menor o mayor. Sin embargo, había que decir a favor de los Narakíes que eran grandes marinos y aceptables arqueros, y si bien como combatientes individuales no tenían parangón con los Ainari, en grupo podían resultar peligrosos.

--No parecen tan malos... teniendo en cuenta que son Ritiones.

A Derguín se le escapó una carcajada.

--¿Por qué se ríe el alevín?

--Supongo que porque es Ritión y a veces le dejo que me roce con la espada en los entrenamientos para que no se desanime.

--Caramba. Has dicho que eras de Zirna, ¿no?

Derguín asintió con timidez.

--No sabía que allí manejarais la espada. Así que de vez en cuando le tundes las costillas a tu maestro...

--Sólo he dicho que me roza.

Derguín se encogió de hombros con falsa modestia.

--Cuando estábamos en Uhdanfiún, el único que lograba vapulear a Kratos era yo -contó Krust en tono de confianza.

--No te creas una palabra, Derguín. Krust emborrachaba a todo el tribunal en cada examen. Si no, no le habrían concedido ni el brazalete de Iniciado.

--¡Claro que los emborrachaba! No hay ojo más perspicaz que el del borracho. Bueno, ¿para qué lo has traído a Koras?

--Es buena compañía. -La cerveza y el reencuentro con su viejo compañero habían animado a Kratos-. No me destroza los oídos como tú, con esa voz de corueco en celo. Y es uno de los pocos Ritiones que sabe que una espada no se utiliza para poner al fuego un cochino.

--Pues es su uso más sabroso...

--¿Y la grasa, qué?

--¡Así me ahorro enviarle la espada al pulidor!

Parecía imposible mantener una conversación seria con Krust. Y sin embargo, el ruidoso Ritión fue sonsacándoles hasta que se enteró de todo lo que quería saber. A Derguín no dejaba de lanzarle miradas de soslayo, como si adivinara en él mucho más de lo que Kratos había dicho. Al final, los cinco codos de cervezas se vaciaron, y Krust fue el mayor culpable de la sequía. A Derguín le asombró que pudiera trasegar tanto sin que tan siquiera se le enrojecieran los ojos, cuando él sólo había bebido la tercera parte y ya veía nubéculas blancas delante de los ojos.

--Aquí no hay más que hacer por hoy -decidió Krust, después de achicar la última jarra-. Conozco una taberna junto al río donde la cerveza está más fresca que este meado de vaca. ¡A La Chalupa!

No quedaba otro remedio que obedecer, así que se abrieron paso hasta la puerta. Aún no había caído la noche y ya las piernas de Derguín se empeñaban en seguir caminos divergentes. Cómo se encontraría más tarde era impredecible, pero le gustaba aquella incertidumbre; junto al gigantón vocinglero que los guiaba, la vida adquiriría un nuevo sabor, picante e inesperado.

Descubrieron que antes de llegar a la taberna fluvial era imprescindible detenerse en ciertos puntos estratégicos para abreviar y reponer fuerzas. Para cuando llegaron a La Chalupa era dudoso que la mayoría fuera capaz de apreciar si la cerveza estaba más o menos fresca. Los guerreros que acompañaban a Krust reían a carcajadas, palmeaban la espalda de Derguín, le contaban chistes Ritiones y le animaban a que cantara. A Kratos le chispeaban los ojos y se le había quedado pintada en el rostro una sonrisilla boba que le hacía parecer un monje feliz. Bajaron la escalera de piedra que llevaba a la taberna como una alegre comitiva, exigiendo a gritos que les sirvieran cien codos de jarras de cerveza, o mejor que los dejaran bajar a la bodega y tumbarse bajo las espitas de los barriles con la boca abierta.

El mostrador de La Chalupa era una larga barra de pizarra. Los recién llegados se acodaron en un extremo, no muy lejos del pie de la

escalera por la que habían entrado, ya que no estaban para dar paseos innecesarios. Derguín recorrió el lugar con la mirada. El suelo era de planchas de madera, combadas y desportilladas por la humedad. Había unas veinte mesas, alumbradas por velas solitarias que a él ya se le hacían candelabros, y en todas ellas, alegres bebedores cuyas voces ondulaban como marea en sus oídos. Dos noches en Koras y dos borracheras; esto no puede ser, se dijo. Después reparó en que al fondo de la barra había una mujer sola, alta y rubia, que bebía cerveza de un pichel. (Luego sabría que sólo bebía en aquel vaso de estaño, una de sus posesiones más preciadas.) ¿Quién era y por qué nadie se acercaba a ella?

Al parecer, Derguín se lo había preguntado a Krust sin querer, pues el hombretón le contestó:

--Es una Tahedorán.

Derguín abrió mucho los ojos.

--Se llama Tylse. Es de Atagaira.

Para Derguín aquello explicaba algo más: las mujeres Atagairas, las orgullosas amazonas que vivían en su reino montañoso, rozando la bóveda del cielo. Eran ellas las que desde niñas aprendían el manejo de las armas mientras sus hombres se encargaban de criar a los hijos, apacentar los rebaños y arrancar el sustento a aquellas tierras abruptas y hostiles. Los hombres del resto de Tramórea hablaban con admiración, envidia y una punta de resentimiento de las bravas Atagairas. Sin duda su pequeño país ya habría sido conquistado por otros pueblos, si no fuera porque las picudas montañas lo convertían en una fortaleza inexpugnable.

--Me gustaría conocerla -pensó Derguín en voz alta.

Krust soltó una risotada.

--¡Adelante, muchacho! Pero no te recomiendo presentarte a ella por las buenas. Mira lo que puede suceder... ¡Kharom! ¡Ven aquí!

Kharom era uno de los hombres de Krust, tal vez el que estaba más borracho. Con la barba chorreando cerveza hizo un remedo de ponerse firme delante de su jefe y le preguntó qué quería.

--¿Ves a esa hembra de allí? ¿Has visto qué pechos tiene?

Kharom entrecerró los ojos, pero se le abrieron de par en par cuando reparó en aquella soberbia mujer que bebía sola en el rincón que formaban el mostrador y la desvencijada escalera.

--No hace más que mirarte cuando tú no te das cuenta. Está claro que quiere guerra. ¿Por qué no te acercas y la invitas a una cerveza?

Kharom no necesitó que lo animaran más. Dejó su jarra en el mostrador, trató de enderezarse la ropa, con lo que se la torció aún más, y se abrió paso a empujones hasta llegar junto a la mujer. Derguín observaba curioso. Tylse era casi un palmo más alta que Kharom. Cuando éste se acercó, se giró a medias para escucharle y puso los

brazos en jarras. No llegaron a oír que podría estar diciéndole el Ritión, pero a juzgar por el rictus cada vez más ominoso de la mujer, cada palabra que pronunciaba debía de superar en torpeza a la anterior.

--Oh, oh -dijo Krust-. No te lo pierdas, muchacho. Esto va a ser divertido.

Sin aviso alguno, Tylse agarró a Kharom por la pechera y lo estrelló contra la barra; pero no lo soltó aún, pues su intención no era en realidad golpearlo, sino tomar impulso para lanzarlo hacia el otro lado. Los parroquianos se apartaron de su trayectoria, y el Ritión voló hacia el interior del salón con la cabeza embistiendo como un ariete, los brazos aleteando y los pies correteando en vano para evitar la caída. Chocó con una mesa, la volcó, tiró por los suelos una jarra de vino y una fuente de mollejas en salsa y derribó a un par de clientes; pero se limitaron a levantarse sin protestar, pues nadie tenía ganas de malquistarse con aquella terrible virago.

--¿Has visto lo que puede pasar cuando se actúa sin sutileza? - preguntó Krust.

Para sorpresa de Derguín, que estaba llorando de risa, el hombretón siguió el mismo camino que había tomado Kharom. Pero su maniobra de acercamiento debió de ser muy distinta, porque poco después la mujer se estaba riendo a carcajadas con él y no tardó en acompañarlo donde estaban Derguín y los demás.

--Derguín, te presento a una gran maestra de la espada: *tah* Tylse de Atagaira.

Derguín enrojeció hasta las orejas, sin saber muy bien por qué. De cerca, aquella mujer era aún más formidable; si la estatua de la diosa guerrera Taniar se hubiera bajado de su pedestal para saludarle, no le habría impresionado más. Le sacaba a Derguín tres o cuatro dedos de estatura, y su ceñido peto de cuero revelaba una cintura estrecha y unos hombros anchos y rectos; pero entre ellos se erguían dos pechos que apuntaban al muchacho como dardos. Tylse le estrechó la mano y cada uno examinó el brazalete del otro. Seis marcas azules el de Derguín, siete rojas el de Tylse. Él se atrevió a mirarla a los ojos y ella le sonrió con simpatía. Tenía el pelo blanco y lo llevaba cortado a media melena; sus ojos, muy claros, desprendían reflejos violeta a la luz de las velas. Se decía que las mujeres Atagairas eran albinas; desde luego, aquélla sí.

--Y éste es Kratos May.

--He oído hablar de ti, *tah* Kratos. Es un honor para mí conocerte.

Derguín sintió envidia de Kratos y pensó que aquella sonrisilla que se le había quedado en el rostro le hacía parecer un bobo. Los tres Tahedoranes habían cerrado un triángulo casi sin darse cuenta. Los guerreros de Krust tiraron de Derguín para invitarle a otra cerveza y compartir con él los codazos que se propinaban cada vez que señalaban

a la amazona. Él los oía sin hacerles caso mientras se afanaba por seguir la otra conversación. Pero como los guerreros le hablaban a voces y en Ritión, su lengua natal, mientras que los Tahedoranes utilizaban el Ainari, le era muy difícil captar lo que decían.

Los ojos se le iban hacia Tylse, por más que quería evitarlo. Ella le sorprendió una vez, pero en vez de ofenderse le sonrió y alzó hacia él su pichel. Derguín se ruborizó de nuevo y dio un trago para ocultarse tras la espuma de su cerveza, pero por encima de ella sus ojos volvieron a buscar a Tylse; y ella debió de notarlo, porque sin dejar de hablar con Kratos y Krust giró el cuello y observó a Derguín con una extraña intensidad.

Luego estaban bebiendo en otra taberna. Derguín sospechó que algún genio alado los había transportado hasta allí. Se encontraba apoyado en una balaustrada que se asomaba al río, tal vez a cinco metros de altura. La baranda era alta; de no serlo, sin duda él o alguno de los Ritiones habrían caído de cabeza a las oscuras aguas del Beliar. En algún momento se había hecho de noche. Las tres lunas estaban en el cielo: Rimom en su cénit y Shirta un poco más allá; Taniar había recorrido un tercio de firmamento desde el este y era su luz púrpura la que se reflejaba en el río. No se veían apenas estrellas y el mismo Cinturón de Zenort se divisaba como un borrón blanquecino; aunque Derguín ignoraba si se debía a que las lunas eclipsaban con sus luces todos los demás astros o a la gasa que el alcohol ponía delante de sus ojos. No hacían más que pasarle jarras de cerveza; él, sin apenas probarlas, se las volvía a entregar al siguiente. Su vejiga estaba a punto de reventar y sospechaba que si se soltaba de la balaustrada la tablazón del suelo subiría a encontrarse con su cabeza. Su lengua era un trapo empapado y luego retorcido al sol, aunque teniendo en cuenta las palabras que la mente enviaba a su boca, tanto más daba. Consciente de su miseria física y mental, era, sin embargo, épicamente feliz. Muchos se habrían cortado un brazo por estar en su lugar, agarrando una gloriosa cogorza con aquellos no menos gloriosos Tahedoranes.

En aquel momento Krust salió al balcón desde el oscuro interior de la taberna, con un manojo de jarras y el pichel de Tylse; tras repartir el cargamento, como si hubiera leído el pensamiento a Derguín, propuso un brindis.

--¡Por los viejos héroes que lucharán por la Espada de Fuego! ¡Por mi viejo amigo Kratos May, por mi nueva amiga Tylse de Atagaira, y por el viejo Krust el Grande!

--El Gordo -le corrigió Kratos.

--El Grande. ¡Por nosotros, tres héroes que, al igual que hoy derramamos la cerveza, no vacilaremos mañana en derramar la sangre de los demás!

Tylse agarró a Derguín del hombro y lo acercó a ellos. Para su

sorpresa, la amazona le propinó un pellizco en una nalga. Derguín dio un respingo y la miró, y ella le guiñó un ojo.

--Ya que los héroes somos generosos, brindemos también por el resto de nuestros competidores -añadió Krust-. ¡Propongo que bebamos a la salud del asno flatulento de Aperión, y también de ese Austral, Darniburrimaril, o como diantres se llame, y hasta por su Alteza Imperial, el augusto Togul Barok!

Espabilado por el pellizco de Tylse y por la emoción de completar un cuadrado con los tres Tahedoranes, Derguín se animó a beber de nuevo. Kratos debía de estar tan borracho como él, porque por una vez no se le torció el gesto al oír el nombre de Aperión; quizá ni lo había escuchado. Cuando terminaron el trago, Krust chasqueó la lengua y empezó a contar.

--Yo, Krust el Grande...

--El Gordo.

--Tú, Kratos; y tú también, hermosa Tylse; y Aperión, y el Austral, y el príncipe... Me salen seis. Seis candidatos para una sola espada. El caso es que ese número no me gusta. Trae mala suerte, ¿no os parece?

--Cortémosle el cuello a Aperión y así seremos cinco -sugirió Kratos.

--Yo creo, amigos míos -prosiguió Krust, sin hacerle caso-, que Kartine nos tiene reservada una sorpresa. Tal vez en algún lugar se esconde un héroe desconocido, joven y valiente, que no tardará en aparecer. ¡Burp! -El hombretón se tambaleó; los tres se apresuraron a apuntarlo, por temor a que los aplastara-. Entonces seremos siete y completaremos una Jauka. ¡Eso nos traerá buena suerte! Puede que en el futuro nos conozcan como los Siete Héroes que asombraron a toda Tramórea con sus proezas, aunque tan sólo quedara uno para contarlas.

--Pero ¿quién será el séptimo? -preguntó Tylse.

Más tarde Derguín, al recapacitar, no sabría a qué atribuir su repentina audacia: si a la cerveza, al deseo de brindar como un igual entre los héroes, a las miradas de complicidad de Krust o al pellizco de Tylse.

--¡Si el Gran Maestro lo permite, seré yo, Derguín Gorión!

Esperaba un momento de sorprendido silencio, pero Tylse, como sin darle importancia, le apretó el hombro.

--¡Muy bien, Derguín! ¿Y por qué no te iba a dejar el Gran Maestro?

Derguín se explicó, con la ayuda de Kratos. Lo que el alcohol le robaba de claridad se lo prestaba en vehemencia, de modo que no faltaron recuerdos para las madres de los profesores de Uhdanfiún, y también conjeturas sobre la misteriosa identidad de sus padres. Krust y Tylse se indignaron, y el Ritión tronó:

--¡Pues no será ese viejo carcamal quien nos prive de formar una Jauka! Mañana apareceremos todos en Uhdanfiún y verás si te conceden

el séptimo grado o no.

--¡Y hasta el décimo! -le apoyó Tylse.

--¿Por qué diablos mañana? -terció Kratos-. ¡Vamos ahora mismo! Seguro que tienen cerveza fría.

--¡Brindemos por los Siete Héroes! -propuso Krust-. ¡Por la Jauka de la Buena Suerte! ¡Y por Krust el Grande!

--¡Por los Siete Héroes! ¡Por la Jauka de la Buena Suerte! ¡Y por Krust el Gordo!

Y todos apuraron sus jarras.

Cincuenta leguas al nordeste de Koras, entre un círculo de farallones volcánicos, se oculta un lago en cuyas aguas tan sólo se bañan las mujeres, pues se dice que los hombres que en él se sumergen pierden la virilidad. Quienes tratan de explicar el origen de esa conseja recurren a diversas leyendas del lugar e incluso a un par de peregrinas razones cuyos autores estiman científicas. Tal vez el motivo sea que el lago Bleftar es alimentado por dos ríos de montaña, el Orda y el Mélador, cuyas aguas bajan tan frías que, si no arrebatan la virilidad a los hombres, al menos se la encogen del sobresalto. En su centro hay una isla, o más bien un peñasco que aflora solitario sobre las aguas negras y en el que no crece más que un árbol retorcido que echa hojas y las pierde según un calendario propio del que nadie ha intentado echar la cuenta. Junto al árbol se yergue una atalaya construida en basalto que se alza en el islote desde tiempo inmemorial. Su aspecto es tan siniestro que bastaría para mantener alejados a los curiosos aunque no se contaran historias del mago que pasea de cuando en cuando tras sus almenas y se entretiene arrojando bolas de fuego a las barcas que osan acercarse demasiado.

La memoria de los hombres es corta. Cuando los lugareños afirman que la atalaya se yergue allí desde la noche de los tiempos están pensando como mucho en la época de sus tatarabuelos. Pero la torre de Ulpirgos lleva habitada por el mago Koemyos más de trescientos años, y ya se levantaba allí siglos antes con otro nombre, cuando los Ainari colonizaron por primera vez aquellas tierras. En cuanto a la mesa redonda que preside su sala principal, tallada en una única pieza de corindón gigante, es una reliquia de la Edad de Plata, aquella época que

floreció espléndida antes de que inmensas nubes de ceniza oscurecieran el cielo y Tarimán forjara la Espada de Fuego: un tiempo en que los hombres transmutaban la materia a su antojo, tallaban piedras preciosas grandes como ruedas de molino y creaban otras maravillas que ya no se recuerdan ni tan siquiera de nombre.

Nadie habría podido encontrar la menor falla en Trápedsa, la Mesa. Sobre ella colgaba un globo de cristal en el que revoloteaba en cautiverio una pareja de luznagos, y a su luz fosforescente se reunían los Kalagorinor. Cinco sitiales de basalto estaban ocupados y otros dos envueltos en espesas sombras, esperando que llegara el momento de revelar a las personas que se sentaban en ellos.

Eran siete al principio, recordó Linar. Yatom había muerto, pero Mikhon Tiq aguardaba por él en la estasis sombría. El séptimo asiento era el de Kalitres, del que nada sabían hacía cientos de años. ¿Quién se había atrevido a ocuparlo? Si Kalitres estaba muerto, Linar tendría que haberlo sabido. Ignorar la respuesta le irritaba, pero también despertaba su desasosiego.

Su anfitrión, Koemyos, se levantó para hablar. Siempre se había esforzado en inculcar en los demás su propia convicción de que los aventajaba en sabiduría y poder. Era tan alto como Linar y, pese a su edad incalculable, mantenía erguida la espalda y sus hombros seguían siendo macizos como piezas de mampostería. Abrojos blancos salpicaban su barba; sus ojos eran grises y sesgados como los de un zorro, y su nariz, larga y afilada: los rasgos de un Ainari puro.

--Que la Hermosa Luz os alimente a todos, hermanos. Que envuelva vuestras almas con su cálido abrazo. Que ilumine la senda que hemos de seguir en este mundo y que guíe a Yatom más allá de las tinieblas.

Pronunció estas palabras en la lengua de los Arcanos. Después se extendió elogiando a Yatom, cuyo fin había sido un duro golpe para Trápedsa. Todos asintieron. Conocían bien la muerte, pero como algo ajeno. Los reinos y ciudades en que habían nacido algunos de ellos ya ni siquiera existían. El propio Linar sabía que no quedaba nadie que hablara la lengua en que su madre le enseñó a hablar, y que el nombre de los Ruggaihik, su antigua tribu, no era más que un escolio en crónicas que enmohecían en recónditos anaqueles.

Somos los que esperan a los dioses, salmodió Linar, pues a veces olvidaba quién era y por qué seguía respirando después de tantísimo tiempo. Para reemplazar a los siete Kalagorinor originarios, se nos eligió a otros siete: Koemyos, Yatom, Kalitres, Fariyas, Kepha, Jorim y yo, Linar. Hace trescientos años que no sabemos nada de Kalitres ni de la

ciudad de Zenorta, de modo que su asiento nos ha acompañado vacío hasta esta noche. En cuanto a Jorim, fue muerto por el poder del Rey Gris, cuando aún ignorábamos su verdadero alcance, y Lwctor recibió su syfron. Esta pequeña Mesa ha sufrido algunos cambios a lo largo de los siglos, pero en comparación han sido muchos más los que han trastocado las tierras de Tramórea.

--Todos recordamos cómo Yatom era el primero en las decisiones, el primero en el peligro. Yatom nos dio...

Koemyos seguía hablando. Él, al menos, debía de estar escuchándose. Los demás, como Linar, se hallaban ensimismados en sus pensamientos, en memorias y sensaciones de otros tiempos, o tenían la mente en blanco.

--No diré más por ahora, salvo para recordaros que sois bienvenidos a mi humilde morada de Ulpigos. -Aquellas palabras despertaron a los demás magos, que se rebulleron en sus asientos-. Hemos sido convocados aquí por Lwetor y por Linar, y tenemos dos invitados a la Mesa. Que Lwetor nos haga saber su motivo.

Linar reprimió un respingo. De la convocatoria de Lwetor nada sabía; pero antes de aventurarse a hablar, prefirió escucharle. Lwetor, el más joven de los Kalagorinor, era también el más menudo y en su redonda cabeza no había un solo pelo, ni siquiera en las cejas.

--Hermanos en el Kalagor, os he convocado a esta reunión porque se avecinan días importantes. Se acerca el año Mil...

--¡Paparruchas! -le interrumpió Fariyas, con una voz de eunuco que sacaba de quicio a Linar-. ¿Qué más da que sea el año Mil o el diez mil? Ni las tierras ni los hombres llevan esas cuentas. ¡Yo digo que no son más que paparruchas de Numeristas!

Por los ojos pardos de Lwetor pasó una chispa muy peligrosa, pero fue un relámpago solitario en un cielo de verano. Linar captó aquella ira fugaz y pensó que eran todos demasiado viejos y poderosos y que el tiempo los había ido dejando solos en un mundo volátil. Habían perdido la costumbre de que la más leve voz los contradijera. Si algo los enojaba, se desquiciaban por completo, sus ojos enrojecían y se salían de las órbitas, sus dedos se crispaban sobre las varas deseando aniquilar al atrevido que los hubiese contrariado.

Linar acarició la bruñida superficie de Trápedsa y recordó: Mientras estemos aquí sentados no podemos mentir ni servirnos de nuestros poderes para atacar a los otros. Así se lo juramos a los primeros Kalagorinor, así se lo juraron ellos al Dragón.

--Si son o no son tonterías, no tardaremos en saberlo -siguió Lwetor, esforzándose por no perder la paciencia-. Los tiempos están revueltos, hermanos. Desde la última guerra contra los Inhumanos, un conflicto que al fin y al cabo se libró tan sólo en tierras de Ritión, ha habido paz en general, sí. Las fronteras, donde existen, se mantienen

más o menos. Los caminos aparentan ser seguros, los pueblos no siempre se dedican a aniquilarse unos a otros, sino que además comercian y mezclan sus sangres. Pero esto no va a durar siempre. Hay señales de que el equilibrio actual es como el hielo que cubre un charco a mediodía: está surcado de grietas y puede quebrarse por mil sitios. Pronto chocarán Trisia contra Áinar, Aifolu contra Pashkri, los pueblos nómadas contra los moradores de las ciudades... Por toda Tramórea hay señales que así lo indican.

Lwetor hizo una pausa y escrutó los rostros de los demás. Koemyos asintió con gesto grave, y también lo hicieron Kepha y, aunque a regañadientes, Fariyas. Después buscó la mirada de Linar. Este hizo un gesto para animarle a proseguir. Hasta ahora, lo que decía Lwetor reflejaba los mismos temores de Yatom. Pero algo le hacía temer que la conclusión no sería la misma.

Linar volvió a preguntarse quién estaba sentado en el lugar de Kalitres. La sombra era impenetrable, pero de ella emanaba una vaga amenaza, y esa sensación era aún más inquietante para alguien como él, que por su poder no tenía enemigos naturales.

--Habrà cambios -continuó Lwetor-. No debemos permanecer inactivos. -Fariyas amagó una nueva protesta, pero Lwetor la abortó con un gesto-. Siempre hemos estado a la defensiva, sólo hemos obrado cuando el peligro era evidente y la mayoría de las veces más tarde de lo debido.

Linar carraspeó.

--¿Sí, Linar? -preguntó Lwetor.

--Somos los que esperan a los dioses. No debemos olvidarlo. Nuestra misión no es tomar iniciativas, sino esperar.

--¡Oh, sí! -repuso Lwetor, en un tono casi burlón-. Pero mientras esperamos, bueno será para la salud de nuestras mentes que hagamos algo. ¿No os parece? Si los dioses han de volver, y fijaos que digo «si han de volver»...

Linar abrió la boca para interrumpir a Lwetor, pero al percatarse de que era el único que se había escandalizado guardó silencio. Lo que acababa de decir Lwetor era casi una blasfemia contra la convicción más profunda de los Kalagorinor. «Tarde o temprano, los dioses volverán». Pero nadie parecía recordarlo.

Ojalá los dioses no regresaran nunca. Pero si no lo hicieran, los Kalagorinor no tendrían razón de existir. A no ser (Linar siguió durante una fracción de segundo aquel peligroso curso de la lógica) que utilizaran el poder que se les otorgó para intervenir en los asuntos humanos como si ellos mismos fuesen divinidades.

--... seremos mucho más poderosos para enfrentarnos a ellos si impedimos que Tramórea se desangre en guerras estériles. ¿Que objetivo más loable puede tener esta mesa que la unión de todos los

reinos de los hombres?

Era tal vez la misma intención de Yatom, pero por alguna razón a Linar ahora le sonaba a pizarra rayada. En las palabras de Lweter intuía fuego y acero, sangre, conquista, imperio, poder sin límites y sin moral.

--He traído a alguien que comparte mi punto de vista -prosiguió Lweter-. Se trata de un filósofo Numerista.

Esta vez un murmullo de indignación recorrió toda la Mesa. Lweter había ido demasiado lejos trayéndoles a un falso sabio hasta su sanctasanctórum.

--¡Calma, hermanos! ¡Ya sé que en el pasado no hemos caminado por los mismos senderos, pero confiad en mí!

--¿Cómo te has atrevido a traerlo a Ulpirgos? -protestó Koemyos, levantando las cejas casi hasta el techo.

Linar sospechó que aquella indignación no era más que una añagaza y su inquietud se redobló. Demasiadas cosas se estaban jugando a sus espaldas.

--El no sabe dónde está. Lo he traído en la sombra desde hace cuatro días. No corremos ningún peligro con él.

--¡Por supuesto que no! -chilló Fariyas, y miró a Kepha buscando su complicidad.

El más gordo de los Kalagorinor soltó una carcajada.

--Estaría bien que un simple mortal fuese una amenaza para nosotros... -dijo, mientras su papada ondulaba como gelatina.

--¡Os repito que debéis confiar en mí! -insistió Lweter-. Os pido permiso para levantar su sombra, de modo que pueda escuchar nuestras palabras y nosotros las suyas.

Lweter buscó la aprobación de Koemyos. Su anfitrión se acarició la barba como si lo estuviera pensando, pero contestó demasiado pronto como para resultarle creíble a Linar.

--Ya que has decidido traerlo, no se irá sin ser atendido; aunque no creo que sirva de mucho perder el tiempo con un aprendiz de sabio. ¿Estáis de acuerdo?

Koemyos miró con gravedad a Kepha y a Fariyas, exigiéndoles su asentimiento. Ellos compusieron un gesto serio y cachazudo, como si quisieran dar a sus tornadizas opiniones un empaque del que carecían, y dieron su conformidad.

--¿Y a ti? ¿Te parece mal, Linar?

Los ojos grises de Koemyos se concentraron en taladrar la pupila de Linar. Ah, si me levantara el parche apartarías la mirada y te arrodillarías aterrorizado. Tienes suerte de que no me atreva a hacerlo.

--Yo también os he convocado, hermanos -dijo Linar, dirigiéndose a todos-. Antes de que tomemos ninguna decisión extraordinaria, quiero exponeros mi motivo.

--¿Por qué ese motivo debe tener prioridad sobre la petición de

Lwetor? -graznó Fariyas-. Creo más urgente...

--¿Es que habéis olvidado que Yatom murió? ¿A quién creéis que he traído oculto en esa sombra?

Todos dirigieron la mirada al sitio oscuro, como si repararan por primera vez en que estaba ahí. Eso, ¿a quién has traído?, preguntaron. Linar contuvo un bufido de desesperación.

--Si nadie hubiera recibido la syfrón de Yatom, ésta se habría colapsado y todos habríais sentido el cataclismo. Pero él tuvo tiempo de entregársela a quien ha de sucederle en esta Mesa. Debéis conocerlo y examinarlo antes de que Lwetor nos presente a su filósofo.

--Es tal como dice Linar -dijo Lwetor-. Que levante la sombra para que lo veamos. Si la syfrón de Yatom está en él, hemos de respetarlo.

--La syfrón de Yatom *está* en él -respondió Linar, un poco harto de las condicionales de Lwetor-. Vedlo ahora...

Mikhon Tiq llevaba un tiempo indeterminado flotando en una oscuridad cálida y fluida, lejos y a salvo de todo. Se preguntó si un feto se sentiría así antes de nacer, y si un feto llegaría a sentir algo, y muchas otras cosas, pues no quería hacerse las preguntas que más temor le producían. ¿Cómo serían los demás Kalagorinor? ¿Cómo lo recibirían? ¿Sería capaz de mostrarse a su altura y no defraudar a Linar?

De pronto su cuerpo recobró el peso, y fue como si durante un segundo cayera por un pozo. Sintió el frío de la piedra contra la espalda y una luz fantasmal le taladró los ojos. Preparado para ese momento, no gritó ni saltó asustado; tan sólo engarfió los dedos en los brazos del sillón y los apretó hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Se encontraba en un círculo de luz alumbrado por un globo verde; más allá se extendían las sombras. Delante de él había una mesa de piedra, a la que el revoloteo de los luznagos encerrados en la lámpara arrancaba cambiantes destellos verdes y azulados. Intentó concentrarse en aquellos reflejos, porque levantar la mirada le causaba pavor.

Lo primero que pensó era que estaba rodeado por una bandada de buitres. Debían de ser sólo cuatro, aparte de Linar, pero a él le pareció que un enjambre de ojos saltones y de dedos largos y nudosos se precipitaba sobre él. Sintió como si decenas de cangrejos invisibles le asaltaran con sus pinzas, picándole aquí y allá con calambres que subían desde sus dedos hasta su cabeza. Linar le había advertido de lo que pasaría: en cuanto lo vieran, extenderían los zarcillos de su percepción para examinar si en verdad la syfrón de Yatom estaba en él, y de paso aprovecharían para husmear en su interior todo lo que pudieran. Pero también le había enseñado a defenderse. Mikhon apretó los párpados, cerró la mente y los envió a todos fuera de un portazo.

--¡Un jovenzuelo insolente! -chilló una voz aguda.

--¿Cómo se atreve? -protestó otro.

--¡Esperad! Habéis aparecido de repente ante él y habéis tratado de sondearlo sin ninguna cortesía. Se ha asustado y ha reaccionado como ha podido. Aún no controla sus habilidades.

Mikhon Tiq se decidió a abrir los ojos. La voz familiar de Linar le había tranquilizado. Ahora se permitió examinar con rápidas miradas a cada uno de los Kalagorinor, agachando los ojos siempre que se topaba con los suyos. El más grande de ellos, un hombretón vestido con una cota de malla tornasolada, debía de ser Koemyos; el calvo y menudo, Lwetor; el gordo del turbante y los gruesos collares de oro, Kepha, y el de la barba trenzada y la voz chillona que acariciaba una bola de cristal, Fariyas.

Había algo raro, inadecuado en todos ellos, y no eran sólo sus extraños y anticuados ropajes, que parecían haberse arrojado por encima, ni la forma en que los cabellos y barbas de quienes los tenían se retorcían como setos cortados a dentelladas por un jardinero ciego. Tampoco lo destemplado de sus voces, que mezclaban gritos y susurros, silencios inexplicables y borbotones de palabras, como tal vez era propio en quienes no estaban acostumbrados a hablar con nadie. No, lo peor eran los ojos. Miraban sin ver; saltaban de un lado a otro sin lógica, sin criterio, sin corresponderse con las palabras que sus labios pronunciaban. Así, Koemyos podía mirar a Fariyas mientras su voz se dirigía a Linar, o las pupilas de Kepha apagarse entristecidas mientras sus gruesos labios estallaban en carcajadas, o las de Lwetor cristalizarse durante un minuto como los ojos de un pez muerto para inflamarse de pronto sin razón aparente. Eran los ojos de quienes debían esperar a los Yúgaroi para disputarles el mundo en nombre de los hombres; pero en la larga espera habían olvidado que eran humanos y se habían convertido ellos mismos en una suerte de dioses dementes, ciegos, solipsistas.

Mikhon Tiq buscó la mirada de Linar, y en su único ojo, que hasta entonces había visto tan distante y frío como Rimom, encontró calor y humanidad, y se dijo que él y Yatom, por alguna razón, eran los únicos que se habían mantenido indemnes a la locura del poder y al paso del tiempo. Por un segundo pensó que no quería ser un Kalagorinor; pero a la vez que conocía aquella locura se dio cuenta de que estaba dispuesto a arriesgarse a ella a cambio del poder.

--Os pido perdón, nobles señores -dijo, recordando las instrucciones de Linar-. Estaba aturdido. Por supuesto que podéis examinarme.

Trató de sonar firme, aunque se sentía a punto de ser violado; trató de dejar la mente en blanco y olvidar aquella viscosa sensación de culebras deslizándose por sus venas y trepando por el interior de su

cuello.

La intrusión llegó y pasó. Koemyos, en cuya mirada se agazapaba un poder inmenso, pero también la soberbia irracional de Anfiún, el dios de la guerra, habló complaciéndose en el sonido de su propia voz.

--Puesto que Yatom no pudo reunirnos antes de su muerte y se vio obligado a entregar su syfrón a este joven, todos, y yo el primero, hemos de respetar su decisión. Yo, Koemyos, doy la bienvenida a Mikhon Tiq en Trápedsa.

A Mikhon Tiq le habría tranquilizado más que Koemyos le mirase al dirigirle estas palabras, pero los ojos del mago estaban perdidos en algún lugar remoto. Los otros tres lo aceptaron también; el único de ellos que parecía saber lo que decía era el calvo Lweter.

Linar, que estaba a su izquierda, le apretó el hombro con calidez y, acaso por primera vez desde que lo conocía, sonrió satisfecho. Mikhon Tiq sintió una oleada de gratitud por el viejo mago y se prometió no defraudarle.

--Que siga encomendado al cuidado de Linar hasta que pueda proseguir su aprendizaje por él mismo -propuso Koemyos, y todos asintieron-. Una vez que haya despertado a la Hermosa Luz, podrá sentarse a la Mesa como un Kalagorinor más. Hasta entonces sólo podrá escucharnos y dará su opinión en caso de que se le solicite.

Mikhon Tiq inclinó la cabeza en señal de sumisión. No debo dejar que me impresionen, se recordó; tengo que ser uno de ellos. Pero era difícil olvidar cuánto poder se contenía en aquella estancia, pues una vibración continua recorría el aire y le erizaba el vello, y a veces la mesa, el asiento de basalto y el mismo aire parecían oscilar inestables, removiéndole las entrañas como si se hallara en la proa de un barco que se precipitaba en el seno de una inmensa ola.

--Ahora -prosiguió Koemyos-, ha llegado el momento de que Lweter nos revele a nuestro otro invitado.

Mikhon miró a su derecha. A poco más de un cuadrante de distancia había una espesa sombra en la que hasta entonces no había reparado, y se dio cuenta de que más que negrura era una nada, como una mancha de aceite flotante que hacía resbalar la mirada. Se preguntó si iban a iniciar a otro Kalagorinor, aunque Linar no le había advertido de nada así, y se sintió a la vez acompañado y celoso.

Con un gesto algo dramático, Lweter retiró la sombra y su invitado apareció ante ellos. Era un hombre joven, pero nadie se habría atrevido a llamarle muchacho. Su tez era morena y sobre un hombro le caía una larga trenza de azabache. Tenía el ojo izquierdo tapado por un parche púrpura; el derecho era grande, almendrado, y tenía una mirada oscura, inquietante como el mar en una noche sin lunas. De alguna manera, parecía una imagen invertida de Linar. Y Mikhon Tiq se dio cuenta, cuando ambas miradas tuertas se cruzaron, de que entre ellos había

saltado una chispa de reconocimiento.

--Venerables ancianos, os agradezco que me hayáis permitido acudir a vuestra presencia. -Su voz de tenor era serena y pastosa. Hablaba sin temor, como si fuera el anfitrión y no el huésped-. Mi nombre es Ulma Tor, y soy de Pashkri. He dedicado mis pocos años al estudio de los Cálculos Elevados hasta alcanzar el rango de Segundo Profesor. Pero estoy autorizado para hablar en nombre del Primer Profesor, el más sabio de los Numeristas.

Mikhon Tiq observó furtivamente a los demás. Ahora que eran siete alrededor de la mesa, los magos parecían más centrados. Todos ellos miraban a Ulma Tor con curiosidad, incluso con cierta fascinación, excepto Linar, que tenía puestas las manos sobre el borde de la mesa y los brazos estirados como si quisiera poner más distancia entre el invitado y él. ¿De qué lo conocía?

--Como ha dicho antes maese Lweter, llegan momentos de cambio. Aunque hasta ahora nuestros senderos hayan discurrido separados, ha llegado el momento de unirlos.

¿Como ha dicho antes?, se repitió Mikhon Tiq. Lweter no había abierto la boca, que él supiera. A no ser que Ulma Tor hubiese escuchado desde las sombras una conversación previa; pero eso era imposible, como él bien sabía.

Ulma Tor empezó a acumular cifras, exhibiendo la rapidez de cálculo de la que tanto les gustaba alardear a los Numeristas. Durante minutos, sin que ninguno de los Kalagorinor le interrumpiera, habló de población, de migraciones, de armamentos y guerreros, de esclavos y siervos, de cosechas y hambrunas y también de soberanos y sacerdotes. Todo ello le llevó a la conclusión a la que desde el principio había querido llegar: se estaba alcanzando un punto de ruptura que, fuera por azar o no, coincidiría con el año Mil.

--Será el momento de la gran conflagración. Una catástrofe como no se ha conocido desde los Años Oscuros.

Ulma Tor esperó a que sus palabras calaran en ellos. Koemyos y Kepha cabecearon su asentimiento; Fariyas estaba haciendo unos extraños gestos con la boca, como si se entretuviera en cambiarse los dientes de sitio; Lweter, que de los cuatro parecía el más estable, sonrió satisfecho.

--Eso era lo mismo que había dicho yo. Una catástrofe, un cataclismo. Algo que podemos evitar.

--Así es, maese Lweter. Está en nuestras manos unir nuestros poderes para crear una unión de reinos que abarque toda Tramórea, que garantice la paz y la prosperidad por mil años más.

--¿Algo como esa inútil Anficciónia ritona? -preguntó Koemyos; Linar le había explicado a Mikhon que Koemyos nunca había olvidado su lejano origen Ainari y despreciaba a los Ritiones.

--No, sino un verdadero poder central, fuerte y eficaz. No hay sociedad que funcione si no está regida por una sola voluntad que tenga en su mano la decisión última.

Ulma Tor volvió a buscar la mirada de todos. Después, durante unos segundos, su único ojo se posó en Mikhon Tiq, y le sonrió como si no hubiera nadie más allí. El muchacho enrojeció y agachó la cabeza. Aquella mirada le había provocado un extraño cosquilleo, y a la vez una sensación de culpa, como si Ulma Tor hubiera acariciado a una serpiente que anidaba en su interior sin que él lo supiera.

Nos está rodeando con una red tejida de mentiras y nos va a llevar donde él quiere, pensó a toda velocidad. ¿Cómo no se dan cuenta? Miró a su alrededor. Los Kalagorinor seguían prendidos de las palabras de Ulma Tor, salvo Linar, que tenía una mano crispada en el borde de la mesa, como si quisiera desmenuzar entre los dedos aquella irrompible plancha de corindón.

Por fin vino la propuesta.

--Éste es un momento propicio para conseguir esa unidad que todos deseamos. El certamen por *Zemal* comenzará en pocos días. Más que su poder, muy inferior al nuestro...

Al nuestro. Ulma Tor, un supuesto filósofo, estaba parangonándose en poder a los seis Kalagorinor que con sólo alzar las cejas habrían podido reducirle a cenizas. A no ser que no fuera un inofensivo Numerista, sino algo mucho más peligroso.

--... nos interesa por su prestigio. En las manos adecuadas, este símbolo multiplicará su fuerza y se convertirá en un estandarte de unión.

--¿Puede saberse cuáles son esas manos adecuadas? -preguntó Linar, hostil, y por contraste con la voz sedosa de Ulma Tor la suya sonó a esparto.

Los demás le miraron enojados.

--En el nacimiento de cada nueva era surge un ser extraordinario. Zenort fue quien liberó a la Humanidad de las tinieblas; Minos nos salvó de ser exterminados por el Rey Gris. Ahora, en nuestros tiempos, hay alguien que puede ser la llave de una nueva era.

Ulma Tor sonrió y miró en derredor. Quién, le preguntaron cuatro pares de cejas enarcadas. No las de Linar ni las de Mikhon Tiq, que ya sospechaban y temían la respuesta.

--Togul Barok.

Mikhon Tiq dio un respingo en su asiento y miró a Linar. El mago observaba a Ulma Tor como si hubiera deseado fulminarlo, pero no decía nada. Koemyos sonreía, satisfecho de que el elegido fuera un

Ainari como él. Lweter asentía una y otra vez con la barbilla, orgulloso de la lucidez de su invitado. Las opiniones de los magos se sucedieron atropelladas, y todas ellas derivaron hacia lo impensable, como en una horrible pesadilla. Los planes de Yatom y Linar se habían vuelto del revés: los Kalagorinor estaban dispuestos a apoyar a la peor amenaza. ¿No se daban cuenta de que sus pupilas eran dobles, *como las de los dioses*?

No pudo soportar más y poniéndose en pie estalló.

--¡A Togul Barok no!

Koemyos entrecerró los ojos, murmuró algo entre dientes y levantó la mano derecha. De la piedra roja de su anillo brotó una bola de luz cegadora que buscó la cabeza de Mikhon Tiq a la velocidad del rayo. Pero la vara serpentígera de Linar pareció materializarse justo delante de los ojos del muchacho y absorbió el golpe con un seco restallido. Aún así, la madera mineralizada del caduceo se encendió al rojo vivo y una oleada de calor azotó el rostro de Mikhon Tiq, que apenas tuvo tiempo de pensar qué podría haberle sucedido de no ser por la intervención de Linar.

--¡Insolente! ¡Te he dicho que hables cuando yo te lo solicite! -estalló Koemyos, con los ojos tan abiertos y blancos que sus pupilas parecían cabezas de alfiler.

Linar se puso en pie y señaló a Koemyos con el caduceo, que aún rescaldaba.

--¡Juramos no atacarnos jamás sentados a Trápedsa!

--¡Él no es de los nuestros!

--Ahora sí lo es -silabeó Linar, con una ira gélida.

--¡Hermanos, por favor, no os peleéis cuando estamos hablando de paz y de unión! -intervino Lweter-, Supongo que el joven Mikhon Tiq se ha dejado llevar por su pasión, y que en realidad quería hablar en nombre de Linar. ¿Es así?

Mikhon Tiq se había desplomado sobre el sitial y se agarraba a sus brazos de piedra como si temiera caer en un precipicio. Buscó la mirada de Linar y le pidió ayuda. Pero después sintió en el rabillo del ojo algo parecido a una caricia inmaterial, y giró el cuello a la derecha. Entre la agitación de los Kalagorinor, que hacían aspavientos y se quitaban la palabra, Ulma Tor le sonreía con una turbia dulzura que le hizo estremecerse. Sus labios vocalizaron sin pronunciarlas unas palabras que se elevaron sinuosas como notas de flauta entre vapores de incienso. Yo te puedo enseñar cosas que estos viejos ni siquiera sospechan. Ven conmigo. Tienes unos ojos tan hermosos... Llámame maestro. Yo sé los anhelos secretos que guarda tu corazón. Llámame amigo.

La voz de Linar le sacó de aquel sofocante hechizo.

--Togul Barok es Ainari y príncipe de una dinastía que tan sólo

busca incrementar su poder. No traerá paz ni unidad, sino guerra e imperio. Será el más poderoso que hayamos conocido nunca, pero se levantará sobre millones de cadáveres. ¡Y en nada ayudará cuando llegue el momento de la verdad!

--¡Eres agorero como un cuervo viejo, Linar! -le increpó Koemyos-. ¡Lo único que quieres es llevarme la contraria!

--¡Y tú eres un... asno pomposo! -estalló Linar, y al momento pareció avergonzarse de su estallido, porque bajó la voz-. Hermanos, Togul Barok tiene ojos dobles, y ésa es la señal...

--¡No interrumpas a los demás! -chilló Fariyas.

--¿Quién ha interrumpido a quién?

Mientras los Kalagorinor manoteaban y se gritaban como viejos discutiendo en un agora Ritiona, Ulma Tor se acariciaba la barbilla y sonreía. Lwetor trató de calmar a sus compañeros.

--¡Hermanos, por favor! Linar, aparte de Koemyos, hay aquí otros que nunca hemos sido Ainari. ¿Crees que apoyaríamos a Togul Barok si fuera a establecer un imperio gobernado desde Koras? Tal vez ese príncipe sea joven y ardiente, pero nosotros lo guiaremos.

--¡Nunca hemos participado en el certamen por la Espada de Fuego!

--No debemos atarnos hoy por normas que se establecieron ayer. ¡Pido que se someta a votación!

--¡Pero dejad que termine de explicarme! -se esforzó Linar.

Se negaron a escucharle y levantaron las manos, votando a favor de la moción de Lwetor con una precipitación ridícula en ancianos seculares. Ulma Tor se disculpaba por haber introducido la discordia en la reunión, aunque su sonrisa hipócrita sólo podía engañar a quienes estuvieran ya ciegos. Koemyos quiso tomar la palabra, pero Lwetor le pidió silencio.

--Déjame a mí, por favor. -En tono conciliador, se dirigió a Linar-. El resultado es claro. Debes acatar la decisión de la mayoría. Ahora como nunca hemos de actuar unidos. Olvida tus temores, hermano.

Linar se puso en pie.

--Cierto es que en el pasado siempre hemos acatado lo que la mayoría ha decidido, pero esta noche se han quebrantado muchas normas. Trápedsa ha sido profanada por un impostor y nada hay que pueda deshonrarla aún más.

Las palabras de Linar provocaron un estallido de cólera en sus compañeros. Mikhon Tiq nunca hubiera esperado algo semejante de la Mesa a la que había soñado pertenecer. La razón y la lógica habían desaparecido. Koemyos prácticamente echaba espuma por la boca cuando amenazó a Linar con graves represalias si se obstinaba en su actitud sediciosa. Pero Linar, con una dignidad que silenció a los demás, repuso:

--No me declaro en rebeldía contra el Kalagor, puesto que sigo fiel a él. Pero vosotros, ignoro si engañados o por propia malicia, lo habéis traicionado. Tiempo llegará en que todos lamentemos este día que sera origen de males innumerables.

Y se volvió, tirando de Mikhon Tik para salir de la estancia. Lweter, en un último gesto conciliador, lo llamó:

--¡Hermano Linar!

Pero Linar aguardó sólo para decirles: «La Hermandad se ha roto». Y levantó su vara y entonó una sola nota de poder, tan grave y vibrante que Mikhon Tiq sintió removerse sus huesos. Una profunda grieta atravesó Trápedsa de parte a parte. Era una mesa de corindón azul, una obra anterior a los Años Oscuros, reliquia del mundo de los Arcanos que ni siquiera ellos habían conocido, y como tantas cosas de aquel mundo se perdió para siempre.

Las aguas del lago hervían bajo el viento y la lluvia. En pie a popa, Linar dirigía con el poder de su caduceo la vela cangreja, luchando contra los elementos tras los que adivinaba la hostilidad de sus antiguos hermanos. El pequeño batel de pesca daba patéticas panzadas entre una ola y otra y en cada golpe una cortina de agua gélida barría la cubierta y los empapaba de pies a cabeza.

--¿Quién era ese hombre? ¿De qué lo conocías? -chilló Mikhon Tiq bajo el fragor de aquella tormenta innatural.

Linar siguió como una estatua de madera, la vara alzada hacia el frente; tan sólo su larga trenza blanca parecía rendirse al viento. Mikhon Tiq le miró a los pies descalzos y vio que flotaban a unos centímetros de la tablazón del fondo.

--¡Maese Linar, tienes que confiar en mí! ¡No hay nadie más!

Por fin, Linar se dignó mirarle, aunque no dejó de apuntar a la vela con el caduceo.

--¡Conocí hace más de doscientos años a Ulma Tor, en Zenorta! ¡Se hacía llamar Rothmal y era discípulo de Kalitres!

--¿De Kalitres? ¿Tu compañero perdido?

--¡Así es! -gritó Linar-. ¡Está igual, aunque entonces no era tuerto!

Mikhon Tiq miró a Linar como si quisiera taladrar aquel parche negro y ver qué se ocultaba detrás.

--¿Es sólo casualidad lo de su ojo?

--¡Claro que sí! -respondió Linar, casi enojado.

Mikhon Tiq supo al momento que Linar no estaba diciendo la verdad, pero también se dio cuenta de que por ese camino no iba a averiguar nada más.

--¿Por qué has dicho que Trápedsa ha sido profanada por un

impostor?

--¡Ha jugado con todos nosotros! ¡Estaba escuchándonos desde la sombra, burlándose de nuestro poder! ¡No es un Numerista, sino algo mucho peor!

--¿El qué?

Una ola furiosa barrió la barca. Mikhon Tiq se quedó unos segundos con medio cuerpo por fuera de la borda; hizo fuerza con los pies, que tenía enganchados en las tablas, y su peso inclinó la embarcación, que amenazó con zozobrar. Pero una mano invisible, como un empujón de aire sólido en su espalda, la enderezó de golpe.

--¡Ten cuidado! ¡No puedo ocuparme de ti y de la vela a la vez!

--¿Qué es Ulma Tor?

--¡Algo para lo que no tengo nombre! ¡Ahora, déjame atender a la barca!

En vez de volver al embarcadero de la aldea donde habían arrendado el batel, Linar lo llevó más al oeste, hacia un promontorio cercano que avanzaba como una sombra aún más oscura sobre las aguas. Mikhon Tiq temió que se estrellaran contra la roca, pero tras pasar a unos metros de un amenazador espigón se abrió una pequeña cala y allí dirigió Linar la barca. Cuando pusieron pie en tierra y vararon el bote, la ira del viento se acalló de golpe, y tan sólo quedó el repiqueteo de la lluvia para acompañarlos.

--Es una señal de mis hermanos -dijo Linar, y a Mikhon Tiq le extrañó que le hablara por propia iniciativa-. Ahora estamos solos.

Linar empezó a subir por un resbaladizo sendero que rodeaba el promontorio. Mientras le seguía a zancadas, Mikhon le preguntó cómo podían haberse separado así después de tanto tiempo.

--Tiempo... Tal vez el tiempo no favorezca la comprensión y la amistad. Quizá sólo encalezca los rencores, las pequeñas ofensas del pasado. Pero la verdad es que nunca esperé esto. Ha sido tan grotesco como una pesadilla.

Llegaron a lo alto del peñón y se detuvieron un momento para mirar atrás. Al este, las nubes empezaban a despejar el cielo. El resplandor del Cinturón de Zenort se reflejaba en las aguas del lago como un camino de plata, justo al pie del islote donde se alzaba solitaria la atalaya de Ulpirgos.

--No lo entiendo -prosiguió Linar, extrañamente locuaz-. Mis compañeros estaban dominados por Ulma Tor. Manipular a cuatro de nosotros de esa forma requiere un poder que desconozco. ¿Por qué tú y yo nos hemos librado, por que nos hemos dado cuenta de todo?

Por un momento, Mikhon Tiq creyó que Linar buscaba en él una respuesta.

--No lo sé.

--Me temo que tan sólo ha sido así porque él lo ha querido. Ahora

estamos solos -repitió Linar-. Ellos cuatro combinarán sus fuerzas con las de Ulma Tor, o él los manejará como a títeres. Se avecina una lucha muy desigual.

A Mikhon Tiq le pareció que los dos metros de Linar se encorvaban por primera vez. La lluvia le había calado el sombrero de viaje, y un chorro de agua le goteaba delante de la nariz. La trenza le caía sobre el pecho como lana retorcida y empapada. Por un instante lo vio sólo como un hombre más, viejo, doblegado y rendido.

--No todo está en nuestras manos -le animó-. Confía en Kratos y en Derguín.

Linar esbozó una triste sonrisa.

--Tienes razón, Mikhon. A veces los brujos nos enfrascamos en nuestras luchas, para darnos cuenta al final de que los guerreros nos lo han solucionado todo. Confiemos en Derguín y en nuestro veterano Kratos. Confiemos... porque no tenemos otro remedio. Tal vez los pocos puedan prevalecer sobre los muchos.

No dijo nada más, pero enderezó la espalda y se puso en camino hacia el oeste.

«El secreto de la espada es que no hay secretos.
Deja que el acero piense por ti.»

CUIBERGUÍN GORIÓN,
El arte del Ibtahán (obra inacabada)

Klang, klang, klang, klang...» La espada aporreaba el escudo de Derguín, que reulaba y trataba de cubrirse con un patético escudo de latón dorado que apenas le cubría el antebrazo. Los golpes de Togul Barok llovían como pedrisca y sus ojos dobles escupían chispas multicolores. «¡Traduce, traduce!», le ordenaba, y Derguín recitaba una y otra vez: «Dos hermanos medio hermanos lucharán por la luz, dos hermanos medio hermanos lucharán por la luz, dos hermanos por la luz medio hermanos, hermanomediohermano, manomediormanoporlaluz, mediormano, mediormano...».

«Pam, pam, pam...» Los golpes ya no resonaban a metal sino a madera sorda. Derguín botó en el lecho. Alguien aporreaba su puerta. Trató de levantarse, pero el pie se le enredó en la manta y cayó de

bruces al suelo. Se preguntó cómo había sido capaz de echar el pestillo cuando había llegado a la posada tan borracho que se había acostado con las botas puestas.

El pasador y las armellas que lo sujetaban saltaron por los aires, la puerta se abrió y chocó contra la pared y tras ella apareció el pie de Kratos.

--¿Es que no me oías, demonios?

Derguín se incorporó y se apoyó en la pared para no caerse. Tenía un clavo al rojo vivo en las sienes que se removía con cada ruido.

--No des voces, por favor...

--¡Nos vamos a Uhdanfiún ahora mismo! ¡Te han concedido el examen!

--¿Cuándo?

--¡Ya!

Derguín abrió unos ojos como platos. No podía haber un día peor para examinarse de Tahedo. Kratos, que trataba de sobrevivir a una respetable resaca, se percató de que su discípulo estaba aún medio borracho, tiró de él y se lo llevó escaleras abajo. Después de encargarse de un desayuno sólido, lo arrastró hasta los baños y, vestido como estaba, lo arrojó a la pileta de agua fría. Derguín resopló, braceó, insultó a toda la parentela de Kratos y trató de salir. El Ainari le puso el pie en el pecho y volvió a empujarlo al agua.

--¿Te espabilas?

--¡Me estoy ahogando!

Por fin, Kratos se compadeció y lo ayudó a salir del agua.

--Eres demasiado joven para juntarte a beber con héroes, muchacho.

--¡No me hables de beber, por favor!

Kratos le reveló un truco para despejarse. Derguín pronunció entre dientes la fórmula de la Protahití y al momento experimentó la familiar sensación de que sus riñones se partían en dos. Pero esta vez fue diferente, pues una virulenta batalla se libró en sus venas, como si un ácido corrosivo luchara contra un veneno. Derguín se arrugó sobre sí mismo y corrió a un rincón a arrojar todo lo que tenía en el estómago. Una sirvienta entraba en ese momento a la sala de baños para cambiar paños y toallas, y frunció el ceño cuando vio la vomitona. Kratos le dio un par de ases y le dijo que esperara fuera.

Derguín se incorporó, ya desacelerado. Tenía los ojos surcados de venillas rojas y se apretaba las sienes.

--¿Se te ha pasado la borrachera?

--Creo que sí... Pero me duele mucho la cabeza.

--¿Y eso a quién le importa? ¿Es que piensas derribar a cabezazos a tus rivales? ¡Es tu gran día, Derguín, alégrate!

Desayunaron pan con queso y aceitunas y subieron a la habitación

de Derguín. El muchacho, después de ponerse ropas secas, se arrodilló junto a su equipaje y sacó de él un objeto alargado y envuelto en trapos que empezó a desliar. En cuanto vio la empuñadura, Kratos comprendió que se trataba de una espada muy valiosa y se acuclilló junto a Derguín.

--Era de mi padre. La he reservado para este día.

Derguín le tendió la espada. Kratos la desenvainó con el debido respeto y admiró el brillo de la hoja, el meticuloso oleaje de la línea de templado y la agudísima *kisha*. No había tiempo para quitarle la empuñadura y examinar las firmas. Envainó de nuevo la espada, sin besarla, pues no era suya, y la dejó en el suelo entre él y Derguín.

--Es obra de Amintas. Se llama *Brauna*.

--*¡Brauna!* -exclamó Kratos-. He oído hablar de ella.

Ante la extrañeza de Derguín, Kratos le explicó que existía un registro de las treinta y siete espadas que el gran maestro Amintas había forjado a lo largo de su vida. En Mígranz existía una copia de ese registro, que él mismo había podido leer. De las armas de Amintas, veintitrés estaban localizadas y catorce se habían perdido, destruidas o extraviadas. *Brauna* era una de estas últimas.

--Esta espada pertenecía al hermano gemelo del emperador.

--¿El hermano gemelo? ¿A qué emperador te refieres?

--Al que reina ahora. Mihir Barok.

Derguín recogió la espada y la acunó entre ambos brazos como si alguien quisiera quitársela.

--No sabía que el emperador tuviera un hermano gemelo.

--Pues lo tuvo.

--¿Qué fue de él? -preguntó Derguín, inquieto.

--Sólo he oído rumores contados por personas que a su vez los habían escuchado de otras. En Mígranz había un herbolario que sirvió en la corte de Koras. Fue él quien me dijo que el gemelo de Mihir Barok había sido arrojado a una mazmorra donde lo dejaron morir de hambre. Tal vez fuera verdad, o tal vez no. Pero el registro de las espadas de Amintas lo he visto con mis propios ojos. Te aseguro que el último propietario de esa espada fue un Barok.

--Es mía.

--No seré yo quien juzgue cómo ha llegado a tus manos. Pero no le digas a nadie cómo se llama. Sobre todo en Uhdanfiún.

Derguín examinó la empuñadura de su espada y recordó los versos de la arcana profecía.

--Cuando haya alguien delante la llamaré *Mághaira*.

--Suenan bien. ¿Qué quiere decir?

--Simplemente, «espada».

El edificio principal de Uhdanfiún era la palestra, un bloque de planta rectangular y mampostería gris. En su interior había un gran patio cuyo centro lo ocupaba la arena, un cuadrado de tierra batida en el que incontables generaciones de Ibtahanes y Tahedoranes habían practicado los secretos del acero. En las paredes, tapices ya descoloridos representaban escenas de viejas guerras, algunas ya borradas del recuerdo. A unos cuatro metros del suelo corría una galería con balaustrada que cercaba todo el patio y desde la que los alumnos contemplaban y jaleaban a los luchadores en los grandes días. En aquella ocasión, estaba vacía y silenciosa. Entre la arena y la pared norte del patio se levantaba una tarima, bajo un artesonado de madera ya ennegrecida por el tiempo. Sobre la tarima, acuclillados y con las manos descansando sobre los muslos, los cuatro miembros del tribunal se antojaban efigies de sus propios antepasados. Detrás de ellos, sobre una grada algo más elevada, presidía el Gran Maestro. Las túnicas de los jueces (Turpa, Khom, Dyurgal y Nusargo, como reza en los registros de aquel 27 de Bildanil) eran grises; la del Gran Maestro, negra. Un poco apartado, a la izquierda, Kratos May observaba como único testigo.

Derguín ya había estado allí antes, de rodillas y con la cabeza humillada hacia el suelo. Se dijo que el constructor de aquel escenario lo había diseñado para empequeñecerlo a él y a otros como él. En el pasado había sabido dominar sus nervios. Ahora, al mirar de reojo al Gran Maestro, su confianza se tambaleó. Más allá del anciano, sobre el tapiz borroso, creyó ver una lejana isla y una hoja flamígera. Pero en aquel momento se le antojó infinitamente más fácil conquistar el arma de los dioses que superar la prueba ante aquellos jueces de rancia mirada. Sintió la dulce tentación de dejarse llevar, cometer un fallo, renunciar a la gloria, regresar a las fragancias de Zirna, a los libros que siempre le serían fieles...

Kratos percibió la vacilación del muchacho y le animó entre dientes. No pierdas la concentración, susurró. Toda tu vida se justifica ahora. Con las rodillas clavadas en la arena, se veía a Derguín tan frágil como debió de parecerlo el propio Kratos muchos años atrás, y sin embargo su pulso no debió de latir tan furioso entonces como ahora. Tal vez fuera porque ya nada estaba en sus manos.

El juez Turpa (cincuenta y cuatro años, nueve marcas de maestría, siete cursos instructor de Derguín, verdugo de su espalda) se levantó, le miró con ojos opacos y pronunció una sola palabra:

--Yagartéi.

Antes de que la última sílaba hubiera salido de su boca, *Brauna* ya brillaba clavada en el aire tras cercenar una cabeza imaginaria. En aquel momento Derguín parecía una estatua y Kratos respiró más tranquilo. Ha nacido para esto, se dijo.

Las órdenes de Turpa se siguieron como secos ladridos, y a cada

una contestó Derguín con movimientos que hacían restallar los pliegues de la túnica. Con fluidez, fue realizando técnicas medias y superiores desde cada una de las posiciones conocidas. Los jueces observaban sin mover una ceja, pero el Gran Maestro se puso ante el ojo derecho una joya transparente engastada en oro que solía usar para ver de lejos. Kratos se inquietó. No era tanto el muchacho lo que había despertado su interés como su espada; quizás el viejo sospechaba el auténtico valor de aquella hoja.

Terminadas las técnicas, Turpa exigió a Derguín que ejecutara Isinimya. Kratos respingó como un resorte, se levantó y se plantó en pie bajo el estrado.

--¡Esta serie se exige para la octava marca, no para la séptima! ¡No podéis pedírsela! ¡La obligatoria es Taniarimya!

--Te ruego que guardes silencio, *tah* Kratos -le respondió Turpa-. ¿O es que dudas del criterio de este tribunal para juzgar lo que debe conocer un maestro?

--No son dudas lo que albergo, sino certezas. Sé bien cuáles son las normas y vosotros, *tah* Turpa, las estáis quebrantando.

--No interfieras, *tah* Kratos.

--¡No os saltéis las normas, *tah* Turpa!

--Basta, Kratos -intervino el Gran Maestro.

Kratos agachó la cabeza, rechinó los dientes y volvió a su puesto. Turpa repitió la orden y Derguín, que había seguido la discusión sin perder palabra, asintió. Conocía Isinimya, como todas las series de maestría, pues la había practicado a menudo. Recordaba cada paso y cada ataque y los ejecutó con la soltura de un músico que improvisa de memoria una pieza familiar. Kratos estaba convencido de que ninguno de los Tahedoranes que lo juzgaban lo habría hecho mejor; pero ya se había dado cuenta de que aquel examen no era más que una farsa representada para poder decir que el Gran Maestro no le había denegado un favor a Kratos May.

--Ven aquí, *tah* Kratos -dijo Turpa.

El juez escondió las manos en las mangas de la túnica y le miró con hipócrita compunción.

--Tú mismo has visto que no alcanza el nivel. Aunque nos duela, no podemos rebajar la dignidad de nuestro arte dejando que se le considere un maestro mayor sin serlo.

Kratos trató de contenerse. No estaba furioso por Derguín, sino por él mismo; se estaban mofando de él en la palestra de Uhdanfiún, el sagrado templo del arte de la espada. ¡De él! Se acordó de la historia de Bokhitso, de quien se decía que había llegado a ser el mejor espadachín de su época, hacía casi dos siglos. Por envidia y por temor de que llegara a convertirse en el Gran Maestro, el tribunal le negó el noveno grado. Cuando se enteró, Bokhitso desenvainó su espada y antes de que

lograran abatirlo decapitó a dos jueces, destripó a un tercero y dejó manco al Gran Maestro.

Aparta las manos de *Krima*, se recordó. No quieras acabar como Bokhitso.

--Todos sabemos que la serie que se exige para la séptima marca es Taniarimya. Lo que hemos visto no vale para nada. Ni yo ni ninguno de vosotros tuvo que trabajar Isinimya para convertirse en Tahedorán.

--¿Acaso el que quiere ser maestro mayor debe limitarse a cumplir con la letra de la exigencia, en vez de superarse y dominar el espíritu de nuestro noble arte? -le contestó Turpa.

--No utilices la retórica para confundirme, *tah* Turpa. Somos maestros de la espada, no filósofos ni charlatanes.

--¡Kratos! -le reprendió el Gran Maestro desde su pedestal-. Esas palabras son impropias de ti.

Kratos volvió a agachar la cabeza.

--Te pido disculpas si has pensado que te llamaba charlatán, *tah* Turpa. Pero no retiraré mis palabras sobre Isinimya, puesto que son la verdad.

--No tengo nada personal contra ti, *tah* Kratos. Pero deberías elegir mejor a tus discípulos. Ese muchacho fue alumno mío y sé que no tiene el espíritu de un maestro mayor.

--Ese muchacho tiene más talento en un solo dedo que tú en los dos brazos... nobilísimo *tah* Turpa.

A alguno de los maestros se le escapó un suspiro de consternación. Turpa miró a Kratos con odio, pero no se atrevió a sacar las manos de las mangas, pues Kratos estaba de pie y además era más joven y mucho más rápido. En ese momento intervino una voz profunda pero clara.

--En mi opinión, es de justicia que se le dé otra oportunidad a *ib* Derguín.

Kratos levantó la mirada hacia la izquierda. Un hombre vestido con una capa negra los observaba, las manos apoyadas en la balaustrada de la galería. Aunque no había nadie a su lado que sirviera de referencia, sus dimensiones parecían sobrehumanas. Los miembros del tribunal se inclinaron hasta tocar el suelo con la frente, salvo el Gran Maestro, que sólo llevó su reverencia hasta la mitad.

--Alteza, siempre es un honor tenerte aquí -saludó el anciano.

Kratos comprendió que aquél era el príncipe Togul Barok, del que tanto había oído hablar. Recordó de pronto el protocolo, clavó las rodillas en el suelo y agachó la cabeza como los demás.

--Levanta, por favor, *tah* Kratos. He venido sólo como espectador. Es una pena que el examen de tu discípulo haya sido tan breve.

Derguín esperaba en cuclillas, con la espada envainada. No le había rendido al príncipe la zalema debida, pues en aquel momento era mayor

para él la obligación de mantenerse inmóvil. Había escuchado la porfía entre Turpa y Kratos como si discutieran sobre una técnica o sobre la calidad de un acero de Pashkri y sus palabras no tuvieron nada que ver con él. Por debajo de todo, guardaba la convicción de que algo sucedería, de que era él quien estaba predestinado a completar la Jauka de la Buena Suerte por la que había brindado Krust. La aparición de Togul Barok en aquel instante crucial lo confirmaba. Aunque mientras se lo prometía le estaba amenazando con la espada, lo cierto era que el príncipe le había dicho en la Biblioteca: «Te ayudaré en lo que más quieres».

--Consideraré un favor personal que permitáis al joven Gorión realizar Taniarimya.

Aunque el príncipe había hablado desde lo alto de la galería, su voz era tan potente que no necesitó forzarla para que le oyeran. Sin embargo, la del Gran Maestro sonó a porcelana rayada cuando le contestó servil:

--¡Sin duda un estudiante al que vos mismo defendéis merece otra oportunidad!

El Gran Maestro cruzó una mirada con Turpa, y éste se incorporó e hizo tintinear una campanilla. A su llamada, entraron a la palestra seis fornidos sirvientes que cargaban un grueso tocón de roble con una mole de hierro negro fundida a su base. Entre resoplidos, lo pusieron de pie en la parte posterior de la palestra, a la espalda de Derguín, y se retiraron con pasitos cortos sin dejar de hacer reverencias hacia el príncipe.

Derguín se puso en pie, avanzó hasta el extremo de la arena, clavó los pies y miró de frente al tribunal. Por alguna razón que no alcanzaba a entender, Togul Barok había intercedido por él, un posible rival. Según un dicho de Zirna, la ocasión es una mujer huidiza que tiene un solo pelo untado de aceite. No era momento de hacer conjeturas, sino de demostrar al tribunal dónde estaba el verdadero talento y de advertirle a Togul Barok de que cuando volvieran a enfrentarse no le resultaría tan fácil humillarlo.

--Puedes empezar -le dijo Turpa con una sonrisa.

La hipocresía de su antiguo instructor le llenó la boca de ácido. Trató de contener la ira, pues no la necesitaba en ese momento. Muy despacio, adoptó la posición de partida y utilizó la plegaria a Taniar para encauzar su violencia. «Oh, diosa roja de la sangre, hermosa llama de los cielos, revélame tus secretos movimientos para que al aire silbe y ensordezca a mis enemigos y para que mi *kisha* sea cegadora como el relámpago de Manígulat-rey-de-los-diosesenlaos-curanoche.» Apenas pudo soportar la premura de las primeras maniobras. Cuando llegó el momento de actuar, dejó que el instinto se apoderara de él y lo guiara por donde quisiera. Saltó, giró, estoqueó y tajó sin pensar, disfrutando

de cada técnica y cada movimiento como si fuera un espectador más. Sólo recobró el dominio de sí mismo tras un sonoro estallido final, cuando se levantó del suelo con una voltereta y quedó de pie frente al tribunal.

No podía creerlo. En vez de quedarse clavada en el tronco, la espada estaba en sus manos. Sintió pánico, pero entonces se dio cuenta de que el gesto de los jueces no era de censura, sino de asombro.

--Se ha quedado con la espada en la mano. ¡No es la norma! -se apresuró a objetar Turpa.

El Gran Maestro lo acalló.

--Porque ha partido el tronco en dos. Nunca había visto ejecutar Taniarimya con tal poder.

El pecho de Derguín se empeñaba en jadear y él en controlarlo para mantener la compostura exigida ante el tribunal. Sin mover el cuello, torció los ojos a un lado y vio que Kratos asentía con la barbilla, satisfecho. Después reparó en que el Gran Maestro y los jueces estaban deliberando sin mirarlo, y se arriesgó a girarse un poco más hacia la izquierda. La galería estaba desierta. En algún momento Togul Barok se había marchado. Bien, pues espero que hayas visto esto, masculló.

Por fin, Turpa se dejó convencer, se puso en pie y de nuevo hizo sonar la campanilla. Kratos contuvo el aliento. Tras todas aquellas trampas, quedaba la última prueba, la más difícil. El aspirante tenía que derrotar sobre la arena a tres Ibtahanes de la quinta marca. No se trataba de una lucha al primer contacto, ni había que exhibir la técnica más estilizada: Derguín tenía que dejarlos fuera de combate si quería convertirse en Tahedorán.

Los rivales entraron en la sala, protegidos con petos, hombreras y yelmos. Otro sirviente traía una espada de instrucción para Derguín, que lucharía a cuerpo. Se decía que en los exámenes del pasado las armas no estaban embotadas ni cubiertas de laca, pero Kratos no acababa de creerlo. No se necesitaba una *hasha* afilada para matar. Xamhar, un antiguo compañero suyo, había caído fulminado en el mismo lugar donde estaba Derguín; Kratos aún recordaba el crujido de su sien cuando se astilló bajo la espada. El tribunal felicitó al Ibtahán que había matado al aspirante.

Derguín se acercó a Kratos y le confió a *Brauna* antes de recoger la espada de adiestramiento. Se cruzaron una mirada en la que el maestro trató de decir muchas cosas. Ten cuidado, ten reflejos, sé astuto, no pierdas la coordinación, no te adornes, haz todo el daño posible y cuanto antes...

Derguín volvió a la arena, se plantó en el centro y miró a sus rivales. Todos ellos llevaban brazaletes cruzados por seis estrías azules.

--Estos hombres son de la misma marca que yo. Tienen el sexto grado -informó con frialdad.

Kratos volvió a acercarse al estrado y, perdida ya toda muestra de respeto, increpó al Gran Maestro.

--¿Cómo? ¿No os ha bastado lo que habéis hecho hasta ahora? ¡Sus adversarios deben ser del quinto grado! ¡Esa es la ley!

--Si el alumno es tan bueno como hasta ahora ha demostrado, no tendrá dificultades -respondió el anciano, y en sus palabras se advertía el remordimiento, pero ya era demasiado tarde.

--¡En posición! -advirtió Turpa.

A la voz de atención los Ibtahanes se dispusieron de la forma reglamentaria, dibujando un triángulo alrededor de Derguín. Parecían tres copias del mismo modelo, altos, amenazantes, ansiosos por conseguir puntos a costa del aspirante.

--Derguín -susurró una voz.

Volvió el cuello hacia el Ibtahán que tenía a su espalda. Había reconocido aquella voz después de dos años, y supo que los ojos que le desafiaban tras las barras del yelmo eran los de Deilos, su antiguo compañero, el culpable de su infamante expulsión.

--Veo que le regalan la sexta marca a cualquiera -le dijo Derguín-. ¿Has aprendido ya en qué lado está el filo?

--Nos han prometido nombrarnos Tahedoranes si te dejamos inválido -susurró Deilos-. Sin series, sin combate, sin más exámenes... sólo tenemos que machacarte.

Derguín no supo si creerle; había visto tantas vilezas aquel día que una más no le hubiera sorprendido.

--¡Preparados para el combate!

Derguín volvió a mirar al frente, esperando la voz de «Tahedo-hin»! que lo desencadenaría todo. Pero en ese momento, Deilos se abalanzó sobre él y le golpeó en la cabeza. Derguín cayó como un árbol abatido por el hacha. Kratos entró a la arena sin pedir permiso, mientras Deilos retrocedía balbuceando que había confundido el aviso de Turpa con la señal reglamentaria para iniciar el combate.

Derguín ya se estaba recuperando. Su oído, o tal vez el instinto, le habían advertido del movimiento de Deilos, y gracias a ello se había apartado lo justo para no recibir el golpe de lleno. Tenía una herida detrás de la oreja izquierda; la hemorragia era débil, pero ya empezaba a aparecer hinchazón. Kratos lo ayudó a levantarse.

--¿Estás bien?

Derguín movió el cuello a ambos lados y un par de vértebras le crujieron.

--Lo suficiente.

Kratos le apretó el hombro y sonrió. Su discípulo era más duro de lo que él mismo había esperado.

--Si no te conceden la marca, yo mismo te ayudaré a degollar al tribunal -susurró.

Kratos volvió a su puesto. Al parecer los jueces no le concedieron importancia a lo sucedido, pues ni tan siquiera amonestaron a Deilos. Los combatientes volvieron a formar el triángulo y aguardaron conteniendo la respiración.

Derguín no miraba a sus rivales, sino a Turpa, su viejo maestro. Antes de oír la orden de inicio vio cómo su boca se abría, y todo pareció congelarse. Su mano derecha buscó la empuñadura de la espada, la apretó y tiró de ella.

Por fin. Había llegado. El momento de la venganza.

LIBRO II

La Jauka de la Buena Suerte

El puente de la hoz

Entre los fértiles campos de la comarca de Gharrium y la Sierra Virgen se extienden las Kremnas, un país de montes, barrancos y quebradas, landas, breñas y bosques inaccesibles. Dos ríos la cruzan: el impetuoso Arlahén, que baja desde el norte, y el Feluis, que marca el límite entre las Kremnas y la región de Bhaitar, al sur.

Hace décadas, las Kremnas eran el feudo del clan Ashobda, señores de la guerra que se jactaban de ser libres como las águilas porque sólo de tarde en tarde enviaban los tributos debidos al emperador de Koras. Durante generaciones, los campesinos roturaron los montes de las Kremnas y lograron abrir grandes extensiones de cultivos y pastizales, pese a lo fragoso de su relieve. Aquella comarca llegó a conocer cierta prosperidad. Pero el poder de los Ashobdas se derrumbó por culpa de su crueldad, su codicia y sus propios errores. Al principio de su reinado, el emperador Mihir Barok estaba decidido a terminar con el poder de los nobles, y empezó por mandar un ejército a las Kremnas. Merkos Ashobda, el señor de la guerra, en lugar de aprovechar lo escabroso del terreno, pretendió enfrentarse a las tropas imperiales en una batalla campal. Merkos había adquirido ínfulas de gran caudillo porque aterrorizaba a los campesinos y a los leñadores de sus propias tierras. Un consejero que había leído el *Táctico* de Bolyenos le recomendó que luchara en terreno llano, donde podría desplegar mejor sus unidades. Para desgracia de Merkos, las fuerzas imperiales superaban a las suyas en una proporción de tres a uno, por lo que tuvo que estirar el frente de su ejército hasta que el murallón de lanzas y escudos que había planeado levantar se convirtió en una fila delgada y quebradiza como un papiro. Comprobó además que no era lo mismo sentarse junto a la chimenea y leer el consejo «es necesario enviar unidades de refuerzo al ala más castigada» que llevarlo a la práctica en medio de un griterío infernal, mientras el enemigo machacaba sin piedad el ala derecha, la izquierda, el centro y toda unidad que se le pusiese por delante. Sus hombres, más acostumbrados a incendiar aldeas y violar campesinas que a entrenarse, confundían las órdenes, se atropellaban unos a otros, se dispersaban, huían, se rezagaban o se dejaban matar sin más.

Merkos fue capturado por el general Koratán, y enviado a la capital, donde lo castraron, le sacaron los ojos y lo encerraron en una celda en la que no podía tumbarse ni estar de pie. Cuando se supo que el señor de las Kremnas había sido capturado y que de sus perros de presa no quedaban vivos ni la cuarta parte, los campesinos se sublevaron en decenas de aldeas y marcharon contra el castillo de Armenca. La ira acumulada en años de opresión estalló sin freno; los campesinos asesinaron a todos los habitantes de la fortaleza (al hijo varón de Merkos, que tan sólo tenía ocho años, lo descuartizaron y arrojaron sus pedazos desde el torreón más alto) y saquearon todo lo que pudieron. Para su desgracia, en su furia provocaron un incendio antes de vaciar los silos, con lo que los frutos de sus propios esfuerzos, confiscados por Merkos, se convirtieron en cenizas.

Tras la muerte de Merkos Ashobda, el emperador concedió aquellas tierras a otro señor de la guerra, del clan de los Zorpoy, pero aquel noble se retiró a la ciudad norteña de Xionhán, donde vivía de las rentas que aún recibía y se quejaba, entre banquete y banquete, de que era imposible tratar con los habitantes de las Kremnas. Éstos se organizaron en un ejército rebelde y se dedicaron a saquear las comarcas vecinas, mucho más fértiles que la suya. El vigoroso señor de Bhaitar, que gobernaba las ricas regiones del sur, irritado por la audacia de aquellos forajidos, envió a sus mesnadas contra ellos y los aplastó. Pero aunque su consejero le propuso subir a las tierras altas de las Kremnas y apoderarse de ellas, el señor de la guerra se negó a entrar en aquella comarca salvaje e ingrata de la que nada bueno podía salir.

Los abusos de los Ashobdas, la anarquía posterior y la desastrosa batalla contra el señor de la guerra de Bhaitar dejaron las Kremnas casi despobladas. En pocos años, la naturaleza volvió a apoderarse de lo que los hombres le habían arrebatado con tanto trabajo. Sobre los antiguos pastizales y los campos de cereales brotaron pinos que ahogaron a las demás hierbas. Después, cuando los pinos empezaron a crecer, a su sombra aparecieron renuevos de arces y robles, castaños, fresnos y nogales que poco a poco tejieron frondas inextricables. En aquellos bosques habitaban cazadores, tramperos y leñadores que de cuando en cuando roturaban algún monte; pero preferían hacer incursiones en las tierras bajas del sur o del este para llenar sus graneros, y en años malos incluso lanzaban razias contra la comarca de Xionhán. Escarmentados por los desastres anteriores, los hombres de las Kremnas no intentaron oponerse a las tropas regulares Ainari. Cuando el emperador o algún señor de la guerra enviaban sus fuerzas a las Kremnas en expediciones de represalia, ellos recogían sus alimentos y sus enseres, se refugiaban en las espesuras más recónditas y lo único que le dejaban al enemigo eran sus miserables chozas, de las que hasta las puertas y los tejados arrancaban. De vez en cuando tendían emboscadas a las retaguardias o aprovechaban los pasos estrechos para atacar convoyes y acémilas. Siempre ganaban más de lo que arriesgaban, y así, poco a poco, las expediciones contra las Kremnas se hicieron más raras y aquella comarca agreste, que de nombre pertenecía a Áinar, se convirtió en una astilla clavada en el corazón del imperio que pretendía volver a gobernar el mundo.

Sobre el punto donde confluían los ríos Arlahén y Feluis se alzaba una elevación, conocida como la Garra por los cuatro picachos de piedra rojiza que se levantaban en su cima. Entre ellos se extendía una plataforma inclinada hacia el norte, y sobre la cual tenía su campamento

El Mazo, el más célebre y temido de los Gaudabas, los salvajes caudillos de las Kremnas.

Aunque El Mazo disponía de tres campamentos más, el de la Garra era su favorito, pues desde él dominaba la parte oriental de las Kremnas y también controlaba la llanura de Gharrium. Todos los días se levantaba antes del amanecer y desayunaba de pie, una hogaza de pan y medio queso que regaba con un pellejo de vino, mientras contemplaba cómo el sol alumbraba poco a poco sus dominios. Él no había nacido en las Kremnas, sino más al este, una tierra lisa como una tabla en la que lo único vertical eran las arboledas que los nobles acotaban para sus monterías. Desde niño había doblado el espinazo, como lo hicieron sus padres, sus abuelos y sus bisabuelos, para arar, sembrar y segar, para avenar el terreno y desatascar las acequias, para cargar pacas de forraje sobre las espaldas. Como pasaba la mayor parte del día inclinado hacia el suelo, casi no se dio cuenta de que se había convertido en un gigante que le sacaba la cabeza a la mayoría de sus vecinos. Sus hombros eran tan anchos que se giraba de costado para entrar por la puerta de la cabaña, y tenía unas manos tan fuertes que partía nueces y avellanas entre el pulgar y el índice.

Una noche (tendría entonces unos veinte años), un corueco bajado de las Kremnas atacó su aldea. Mientras los demás huían, él se enfrentó a la bestia, y aunque ésta le rompió un brazo que nunca se volvió a enderezar del todo, consiguió destriparla con una hoz. Después colgó la calavera del corueco sobre el dintel de su puerta y con su fémur se hizo una maza. Los huesos de los coruecos son muy pesados y tan duros que al golpear resuenan como metal, e incluso atraen a la piedra imán. Los hombres más fuertes de la aldea apenas podían levantar aquel fémur con ambas manos, pero El Mazo, que se ganó entonces aquel apodo, la blandía tan sólo con la derecha mientras esperaba que su brazo izquierdo, entablillado, recobrará las fuerzas. Su hazaña corrió de boca en boca y le hizo muy popular entre las muchachas de la aldea, y también entre las de los pueblos vecinos. Él eligió a Tarbe, una chica de mirada tímida, tan menuda como gigantesco era él, y todo el mundo hizo bromas con que la reventaría en la noche de bodas. Pero lejos de reventarla, parece que le daba placer, pues una noche sí y otra también se oían gemidos que salían de su cabaña, así que muchos hacían chistes con «el mazo de El Mazo». Delante de ella El Mazo no juraba ni escupía, procuraba dulcificar su voz de oso y cuando acababa el invierno le regalaba coronas trenzadas con las flores más tempranas. Estaba esperando a su primer hijo cuando ocurrió la desgracia que lo convirtió en jefe de fugitivos.

Era una partida de caza; el noble local y no más de diez sirvientes. Pero aquel día no quedaban en la aldea sino ancianos, mujeres y niños, pues los varones se hallaban a más de una hora de camino, talando un

bosquecillo por orden del propio señor. Los cazadores irrumpieron en el poblado borrachos y dando alaridos, agarraron a tres muchachas, las montaron a la grupa de sus caballos y las violaron a orillas de un riachuelo cercano. Al atardecer, las jóvenes volvieron a la aldea sucias, doloridas y humilladas, y los hombres de la aldea juraron vengarse. No era la primera vez que sucedía, y aquella revancha jamás llegaba. Sin embargo, una de las tres jóvenes era Tarbe. La muchacha se había resistido a mordiscos y arañazos, hasta que el propio noble la ató con las riendas de su caballo y le azotó las piernas y la tripa antes de violarla. Tarbe traía el rostro tan hinchado por los golpes que el ojo derecho no era más que una rendija por la que ni la pupila se le veía. Aquella noche empezó a sangrar y abortó. A la mañana siguiente estaba muerta. De nuevo se oyeron juramentos de venganza en la aldea. Pero esta vez era El Mazo, matador de coruecos, quien los profería.

El culpable no era más que un noblezuelo local al que el título de señor de la guerra le venía grande. Su castillo era un edificio de madera de dos pisos que se levantaba sobre un montículo de tierra en el centro de una pradera. Una empalizada de troncos formaba toda la protección exterior, pues en aquella comarca no abundaba la piedra. Dos noches después de la muerte de Tarbe, bajo la tenue luz de Shirta, aprovechando que el señor celebraba un banquete y los guardias estaban tan borrachos como los demás, campesinos reunidos de cuatro aldeas rodearon el fortín. El edicto que prohibía a los aldeanos poseer armas era reciente; la mayoría de ellos aún guardaban arcos con los que se arriesgaban a la caza furtiva para rellenar sus magras despensas. Tras rodear las puntas de las flechas con estopa o con trapos empapados en aceite, les prendieron fuego y dispararon andanadas contra el tejado, que estaba cubierto de ripias de madera. La fortaleza no tardó en arder por los cuatro costados. Los soldados del señor local salieron empavorecidos, muchos de ellos con las ropas y los cabellos ardiendo, tan sólo para encontrarse con una granizada de flechas, piedras y jabalinas. Uno de los últimos en salir fue el propio noble, montado en el mismo alazán que le había servido para raptar a Tarbe. Una flecha certera derribó al caballo por el talud del montículo. El señor quedó atrapado, con la pierna izquierda aplastada bajo el costado del animal, y ni siquiera pudo desenvainar la espada cuando El Mazo se acercó a él, amenazando con sus rugidos a todo aquel que se atreviera a ponerle la mano encima a aquel hombre. «¡Es mío!», les recordó a todos. Después lo agarró por los cabellos y lo arrastró entre los árboles, lejos de los demás. Sus alaridos se oyeron durante toda la noche.

Aunque el sol se levantaba, las últimas sombras se resistían a

abandonar las quebradas de las Kremnas. Hacia el noroeste se extendían hileras de montes, estrujados y retorcidos en tiempos lejanos por fuerzas más allá de la comprensión humana, como revelaban las líneas curvadas y a veces rotas de los escarpes y laderas que aún no había cubierto el bosque. Entre las elevaciones, en las grietas y barrancas, se agazapaban grisáceos bancos de niebla que aún tardarían horas en despejar. Rodeadas por aquellas brumas, las colinas parecían un archipiélago de islas verdes. Entre ellas, un profundo tajo que se dirigía hacia el norte revelaba el curso del río Arlahén, una barrera casi infranqueable para los pocos ejércitos Ainari que aún se atrevían a acercarse a las Kremnas.

El Mazo acarició casi con ternura la lampiña frente de la calavera que colgaba de su cinturón. Cuando él no estaba delante, sus hombres discutían quién habría sido el dueño de aquel cráneo. Los más sostenían que era el noble cuya muerte convirtió a El Mazo en un forajido; unos pocos creían que podía tratarse de un antepasado, o incluso de su mujer, por la que tanto apego sentía que ni después de muerta habría querido despedirse del todo de ella. Fuera como fuese, con el cráneo a la cintura, el corpachón de oso, la barba negra y retorcida en apelmazadas trenzas, las cejas hirsutas, el *brazalete* erizado de pinchos en su antebrazo izquierdo y el fémur del corueco colgado a su espalda, El Mazo ofrecía un aspecto de ogro que a él le complacía cultivar.

--Hoy hará calor, Faugros -le dijo al cráneo. Nadie sabía por qué lo llamaba así-. Todavía no se nota, pero lo hará. Bueno para nuestros huesos.

Uno de sus hombres, un joven menudo y de ojos vivarachos llamado Aunoxos, le entregó un mensaje escrito en tela. Lo acababa de traer una paloma en su pata. El Mazo examinó las apretadas líneas de tinta roja con el ceño fruncido y resoplando de vez en cuando, como si en verdad comprendiera lo que allí estaba escrito. Después le pasó el mensaje a Aunoxos y le ordenó que lo leyera.

--El príncipe Barok está cerca del puente de la Hoz. Anoche intentaron atraparlo y mató a dos hombres.

--¡Estúpidos! ¡Es una locura acercarse a un maestro de la espada! No se les habrá ocurrido dispararle con los arcos...

--Aquí no dice nada de eso, Mazo.

--¡Mejor será que no le hayan hecho un rasguño, si no quieren que les arranque la piel para embutir salchichas con sus tripas!

El Mazo empezó a moverse por el campamento agitando los brazos y voceando como una bestia enorme y feroz. Los hombres que aún no se habían despertado lo hicieron sobresaltados, aunque allí no era raro que las amanecidas fueran bruscas y ruidosas. Uno de ellos quiso encender un fuego para desayunar caliente y El Mazo le dio un pescozón que casi le arrancó la cabeza. Había prisa, rugió. Tenían una presa muy

rica, nada menos que un príncipe. «¡Un príncipe de Áinar!», insistió. Mientras bajaba a zancadas por el camino que caracoleaba desde la Garra hasta el borde de la barranca del Arlahén, pensaba en cuánto dinero podría pedir por el rescate de un príncipe. Doscientos, trescientos imbriales... ¿Por qué no mil? ¿O más? No debía pensar como un vulgar campesino, sino como un auténtico caudillo. Con ese dinero podrid armar a mas hombres.

--¿Para qué vamos a hacer esa tontería, Faugros? -cambió de opinión en voz baja y se lo dijo tan sólo a su calavera-. Podemos marcharnos tú y yo al sur, lejos de aquí, y ver el mar.

¡El mar! Mucho le habían hablado a El Mazo de aquella infinita extensión de agua, sal y espuma, y él se la había imaginado de mil maneras fantásticas que poco tenían que ver con la realidad. Pero sabía que en medio de sus olas brotaban como flores unas islas blancas y soleadas, las maravillosas islas Ritonas que algunos viajeros le habían descrito, y si el rescate por el Barok era lo bastante alto podría comprarse una casa allí, o tal vez una isla entera, tumbarse al sol el resto de sus días y quizás encontrar a una muchacha complaciente que le hiciera olvidar a Tarbe.

Sin dejar de ensoñar, siguió el borde del barranco hacia el norte, caminando a trancos que sus hombres apenas podían seguir. Brincaron entre piedras y grietas, bordearon arbolillos que se columpiaban osados sobre el cañón que el río había excavado durante miles de años, bajaron y subieron con la lengua fuera detrás de El Mazo, cuya cabellera, que formaba un único y grueso casquete junto con la barba trenzada, ondeaba a cada salto como una capa negra.

El sol ya había trepado hasta un cuarto del cielo cuando llegaron ante el puente de piedra. Allí el barranco del Arlahén giraba hacia el nordeste en un brusco recodo, para retorcerse de nuevo al oeste una legua más arriba. Aquella curva era conocida como la Hoz, y sobre ella cruzaba el puente, una construcción de tiempos remotos que salvaba los treinta metros de la garganta apoyándose en una sola pilastra que partía en dos el curso del río. Unos años atrás El Mazo y sus hombres habían intentado tirarlo abajo, para aislar las Kremnas de las tierras del este. Ellos controlaban varios pasos colgantes de maderas y cuerdas que tendían y destendían a su antojo, mientras que el puente de piedra suponía la amenaza constante de ser invadidos por las tropas Ainari. Sin embargo, su demolición había demostrado ser una tarea más ardua de lo esperado. Con grandes palancas habían logrado derruir buena parte del pretil. Cada vez que un bloque de piedra tallada se hundía en las aguas del río, veinte metros más abajo, los forajidos acompañaban el chapoteo con infantiles gritos de júbilo. Pero mientras se esforzaban en destruir lo que sus antepasados habían tardado meses en levantar, sobre sus cabezas se formó una nube negra y maciza como un yunque,

y de súbito un rayo cayó del cielo y fulminó a tres hombres. Los demás corrieron despavoridos y el propio El Mazo se tomó aquel percance como una señal de los dioses. Desde entonces, habían respetado el puente y se habían contentado con vigilarlo.

El Mazo y sus hombres, una partida de treinta forajidos, se detuvieron junto a una garita de madera que ellos mismos habían levantado sobre la roca elevada que dominaba el puente. Un vigía los saludó desde arriba.

--¡Hay alguien al otro lado! -informó.

El Mazo bajó por una escalera tallada en la roca y se acercó a la entrada del puente. Allí, la curva del barranco formaba un ángulo recto, dividido en dos por el propio puente. Los hombres de El Mazo se apostaron en ambos bordes de aquel ángulo, mientras que él se cubría con la mano a modo de visera para ver al intruso.

El príncipe de Áinar se detuvo a la mitad del puente al ver que le estaban esperando. Con la mano izquierda, echó a un lado el capote y descubrió la larga empuñadura de su espada. Llevaba también calzas y botas de piel; ropa que parecía más práctica que lujosa. El Mazo ordenó a uno de sus hombres, llamado Shartram, que se acercara. Siempre recurría a él cuando se trataba de avizorar algo a lo lejos, pues Shartram era capaz de contar los jinetes de un grupo cuando los demás sólo veían la polvareda y sabía distinguir aves rapaces que para los demás no eran más que puntos en el cielo.

--Dicen que Togul Barok es más grande que yo. ¿Es cosa mía, Shartram, o ese tipo no es ningún gigante?

--A ése le sacas la cabeza, Mazo.

El Mazo rezongó. O mucho le habían mentido quienes le habían hablado de Togul Barok, o el hombre al que observaban y que a su vez los estaba observando a ellos desde el puente no era el príncipe de Áinar.

--¿Quién eres, extranjero? -gritó.

--¿Quién me lo pregunta? -respondió el intruso.

--¿Cómo te atreves a decirme eso cuando entras en mis tierras? ¡Contesta ahora mismo o te echamos del puente abajo!

--¡Eres tú quien está en mis tierras! -contestó el otro, desenvainando la espada-. ¡Soy el príncipe de Áinar, y todo lo que estoy viendo ahora me pertenece!

--Ah, ¿sí? ¿A mí me ves bien? ¡Yo no pertenezco a nadie!

--¡Todo lo que veo es un oso peludo que sin duda cría piojos en la barba, rodeado de un hatajo de patanes!

Entre los hombres de El Mazo se oyeron voces indignadas, pero también algunas carcajadas. Su jefe frunció las cejas y les dirigió una mirada que bastó para acallarlos.

--¡Dime tu nombre para que te lo grabe con el cuchillo en el

estómago, hijo de un cerdo y una babosa! -rugió.

--¡Mi nombre, grandísimo saco de patatas mohosas roído de tiña, es Derguín Barok, príncipe de Ainar!

--¡Jamás he oído hablar de ningún Derguín Barok! ¡El príncipe de Ainar es otro hijo de mala madre como tú, pero se llama Togul Barok!

--¡Togul Barok es un falsario y un usurpador! ¡Pero me agrada que le hayas insultado! ¡Sólo por eso, te perdonaré la vida si me dejas pasar!

--¿Para qué quieres pasar por nuestras tierras?

--¡Están en mi camino para conseguir la Espada de Fuego!

¡Apártate y seguirás vivo!

El Mazo, que no podía creerse tanta desfachatez, se volvió hacia Shartram.

--Clávale una flecha en el muslo. Si le atraviesas las pelotas no me importa, pero no lo mates.

Shartram era el más rápido de los arqueros de El Mazo, además del más certero. En un par de latidos su flecha ya volaba hacia el intruso. Pero éste, sin mover los pies del suelo, trazó un círculo con la espada, cortó la trayectoria del proyectil y lo desvió hacia el río. Entre los hombres de El Mazo corrió un murmullo de admiración.

--¡Callad, estúpidos! No es más que un truco de Tahedorán - rezongó El Mazo, y después subió más la voz para decir-: ¡Está bien, Derguín Barok! ¡Te recibiremos como a un príncipe de Ainar! ¡Deja la espada en el suelo y entrégate a nosotros!

--¡Ven tú mismo por ella!

A pesar de su bravata, el guerrero empezó a recular, con la espada en alto y sin dejar de vigilar a los hombres de El Mazo. El ángulo que formaban el puente y la pared del barranco lo dejaba a merced de sus arcos. Entonces, aparecieron quince figuras más al otro lado de la garganta. Eran también secuaces de El Mazo, los mismos que venían siguiendo al intruso. Este se dio la vuelta, y al descubrir que estaba rodeado se plantó en medio del puente, volviendo la mirada de un lado a otro y con la espada presta para desviar nuevas flechas.

A El Mazo le pareció ver una mancha oscura en la nuca del guerrero y le preguntó a Shartram qué era.

--Creo que es sangre seca.

El Mazo asintió. Según sus espías, Derguín Barok había llegado a Oetos acompañado por otro maestro de la espada. Allí, ambos fueron atacados por un corueco que llevaba un tiempo merodeando por la aldea; pero los Tahedoranes lograron matarlo. Después, los hechos eran aún más extraños y confusos. Por la noche llegaron soldados que apresaron al segundo Tahedorán y se lo llevaron cargado de cadenas. Derguín Barok, aunque herido tras la lucha con el corueco, logró escapar de ellos. (¿Por qué huir, se preguntaba El Mazo, si él era

príncipe y ellos soldados Ainari?) Al día siguiente, intentó comprar víveres en la única taberna de la aldea, y allí se topó con siete guerreros que se habían quedado rezagados en Oetos, tal vez con la misión de encontrarlo a él. Mató a dos y dejó malherido a uno, mientras los otros cuatro huían despavoridos. Después, se marchó de la aldea y se dirigió hacia el oeste, a las Kremnas.

--Un tipo peligroso, Faugros -comentó El Mazo mientras jugueteaba con sus dedos en las cuencas vacías de la calavera.

Algo silbó en el aire. El Mazo miró hacia arriba y vio una flecha que se elevaba en una alta parábola desde el otro lado del puente. Cruzó por encima del cañón y cayó junto a la garita. Aunoxos corrió a recoger el proyectil y se lo trajo. En su punta roma venía atado un trozo de lino en el que se distinguían unas cuantas letras rojas garabateadas de mala manera.

--Dice que los soldados Ainari no andan buscando a ningún Derguín Barok -leyó Aunoxos-. Ese tipo se llama en realidad Derguín Gorión, y es de Ritión. Lo único valioso que se le puede sacar es la espada, y tal vez algo de dinero.

El Mazo soltó una blasfemia por la bajo, y luego gritó:

--¡Ya sabemos que no eres más que un Ritión sarnoso, así que deja la espada en el suelo y aléjate de ella!

--¡Soy el hijo legítimo del emperador de Áinar! ¡Ya te he dicho que puedes recoger tú mismo la espada, si tienes lo que hay que tener!

«Eso no me lo dice nadie», rezongó El Mazo, y ordenó a sus hombres que cargaran y tensaran los arcos. Treinta flechas apuntaron hacia el puente. El intruso apretó más la empuñadura de su espada y miró nervioso hacia atrás. Por el lado este del barranco los otros quince forajidos le cerraban el paso.

--¡Disparad! -rugió El Mazo.

«Tong, tong, tong.» Las cuerdas de tripa chascaron al liberar la energía acumulada. Treinta flechas zumbaron en el aire y llegaron al centro del puente como una nube de insectos. La espada del intruso se movió en círculos a una velocidad imposible. Sonó un repiqueteo metálico tan tupido como si varias campanas tocaran al unísono. Algunas flechas cayeron al suelo, otras se desviaron sobre el pretil del puente y algunas más se partieron en el aire.

--¡Alto! -ordenó El Mazo.

En el silencio que siguió se pudo escuchar el graznido de un cuervo lejano. El intruso aún seguía en pie, pero se tambaleaba a los lados. De la parte derecha de su pecho sobresalía el astil de una flecha. Otra se le había clavado en el vientre, una más en el muslo izquierdo, y una cuarta le atravesaba el antebrazo derecho. Aún intentaba sostener la espada, pero eran las piernas las que le fallaban.

--¡Corred a por él, que no se caiga!

Shartram y otros dos hombres se lanzaron a la carrera por el puente, pero ya era demasiado tarde. El intruso trastabilló y trató de apoyarse con la mano izquierda en el pretil, que estaba derruido. Durante un par de segundos se balanceó al borde del puente y, al manotear, la espada se le cayó al río. Sólo entonces profirió un grito, breve y desmayado, y se precipitó detrás de su arma. Su cuerpo giró apenas un cuarto de vuelta y cayó de plano al río. Con un sonoro chapoteo se estrelló contra las aguas al pie de la pilastra y se hundió entre la espuma. Volvió a aparecer diez metros río abajo, inerte y con los brazos extendidos. La corriente lo arrastró hacia el sur.

--¡Maldita sea! -gruñó El Mazo-. Hemos gastado las flechas para nada.

Hubo un nuevo chapoteo bajo el puente. El Mazo se asomó y presenció algo que tardaría en olvidar. Una gran forma plateada y triangular rompió un instante la espuma y se volvió a sumergir. Bajo el puente se deslizó una enorme silueta que parecía inacabable. Cuando llegó a la altura de Derguín, el triángulo volvió a emerger: era la cabeza de una serpiente gigantesca, una especie de dragón acuático que abrió las fauces, atrapó entre ellas el cuerpo del Ritión y se volvió a hundir. Después se perdió tras la curva del barranco, hacia el sur.

Los forajidos murmuraron incrédulos. Nunca habían visto a una bestia como aquélla, pero hubo algunos que no tardaron en recordar historias oídas de otros. Mientras, El Mazo se rascaba la barba y miraba río abajo como si esperara que aquella enorme serpiente fuera a asomar la cabeza de un momento a otro para sacarle la lengua y burlarse de él.

--Un día extraño, Faugros -le dijo a la muda calavera-. Un día extraño.

A ciegas

En contra de su primera intención, Kratos cabalgaba por una calzada imperial. Tampoco había entrado en sus planes viajar desarmado, con las manos atadas y una venda de fieltro en los ojos. La soga le permitía galopar y sujetarse al arzón, mas no controlar las riendas. Le rodeaba olor a caballos y el ruido de una multitud de cascos golpeteando losas de piedra. No serían menos de cincuenta jinetes, un bosque de lanzas y flechas vigilando su espalda por si intentaba salir del camino a ciegas. Landas, el oficial que mandaba aquel destacamento, le

había advertido de que tenía el grado de Iniciado y conocía por tanto el truco de las aceleraciones. Si sospechaba que pretendía recurrir a una Tahitéi, ordenaría que dispararan contra él.

Tres vueltas daba el fieltro negro que cubría sus ojos, de modo que no llegaba a ellos ni un resquicio de luz. Por las mañanas, el sol le calentaba el costado izquierdo y la espalda, y al atardecer el costado derecho. Así pues, se dirigían al norte o al noroeste; del traqueteo de los cascos en la calzada, dedujo que marchaban por el camino de Xionhán, que estaba pavimentado con losas regulares. Viajaban en silencio; pero cuando hacían un alto para comer, Kratos captaba retazos de conversación. Sospechaba que Tylse, la maestra Atagaira, viajaba con él, pues también la habían capturado en la aldea de Oetos. No tenía forma de cerciorarse, ya que no le permitían hablar con nadie. En una ocasión pararon bajo unos árboles. Hacía aire y una hoja le cayó en la cara. Frustrado por su ceguera, la estudió entre los dedos. Parecía de álamo. Se la imaginó amarilla y añoró la luz que llevaba días sin ver. Fue entonces cuando oyó la palabra «batalla» y aguzó el oído. Al parecer, en algún lugar al nordeste de allí la tercera compañía del príncipe se había enfrentado contra un centenar de hombres de la Horda Roja que se habían infiltrado en las tierras de Áinar.

Kratos ya suponía que Aperión no se conformaría con la escolta de diez hombres que le permitían las normas del certamen. Pero su intento de introducir un pequeño ejército en Ainar había fracasado. Alguien comentó que la compañía del príncipe había quedado diezmada, pero que los hombres de la Horda habían sufrido pérdidas aún peores y se habían retirado sin llegar a encontrarse con su general.

Ojalá lo hubieran capturado también a él. Prefería ver a cualquier otro de Zernalnit antes que a Aperión.

Días después cambiaron de dirección y abandonaron la calzada antes de llegar a la ciudad de Xionhán. Los caballos pisaban hojarasca, agujas de pino y también suelos húmedos que amortiguaban el sonido de sus cascos. Fue entonces cuando se toparon con una patrulla que les dio el alto. «¿Quiénes son esos dos prisioneros?», preguntó una voz arrogante, y así supo Kratos que Tylse viajaba tan ciega y muda como él. «No es asunto tuyo», contestó Landas. «Os halláis en las tierras del señor de Xionhán, así que más os vale mostrar modales.» «Si quiere que esas tierras sigan siendo suyas, bien hará tu señor en no interponerse en el camino del príncipe.» Intercambiaron unas cuantas bravatas más, pero la sangre no llegó al río. El destacamento que escoltaba a Kratos y Tylse debía de ser lo bastante numeroso para disuadir a las fuerzas locales de buscar pendencia.

Ahora viajaban hacia el oeste. Por la tarde, si se calmaba el viento, Kratos sentía cómo se le caldeaba el rostro, y de vez en cuando un rayo de sol directo teñía la negrura de su vendaje de un tibio rojizo. Poco después de desviarse, llegaron a otro camino, que a ratos estaba empedrado, pero más a menudo sonaba a tierra apisonada o gravilla. Kratos pensó que aún quedaba alguna esperanza. Aunque aquel brujo de mal agüero le había roto la espada, aún seguía vivo y lo llevaban al oeste, más cerca de *Zemal*.

Se preguntó qué habría sido de Deiguín. Lo primero que pensó al verlo chocar contra la pared era que el corueco lo había reventado. Pero al parecer había logrado escapar. «Derguín, vence a ese malnacido de cuatro pupilas», salmodiaba. «Humíllalo por mí, por mi espada. Ahora eres *tah* Derguín. Recuerda cómo lo conseguiste...»

El paradero

Cuando el juez Turpa dio la señal de *Tahedo-hin*, Derguín peleó con sangre fría, reservando la ira que había acumulado durante todo el examen para descargarla en los golpes definitivos. Sus técnicas fueron precisas y contundentes. Al primero de sus rivales, cuyos nervios eran los menos templados, lo alcanzó debajo del diafragma con un mandoble que le cortó el aliento. Mientras boqueaba buscando aire, Derguín se abalanzó sobre el segundo rival, lo manejó con fintas y juego de piernas para interponerlo entre él y Deilos, le amagó un par de tajos por la izquierda y luego le descargó un golpe de arriba abajo con tal fuerza que le encajó el yelmo en el cuello y dio con él de rodillas en el suelo.

Ahora estaban solos Derguín y Deilos. «Rápido, rápido -le jaleó Kratos entre dientes-; acaba con él antes de que los otros dos se recobren.» Hubo un intercambio de palabras entre ambos. Kratos no logró captar qué se decían, pero era evidente que entre ambos existía alguna vieja rencilla. Derguín tomó la iniciativa y se arrojó sobre Deilos. Recorrieron la palestra de un extremo a otro, el Ainari retrocediendo y Derguín ganándole terreno. Kratos temió que su pupilo se dejara llevar por la acometividad y abriera alguna fisura en su defensa, pero Deilos había renunciado a toda táctica de ataque y sólo procuraba guarecerse de la lluvia de golpes que se le venía encima. Derguín insistió en sus acometidas hasta que le obligó a clavar la rodilla en el suelo, y entonces le fintó un tajo a la cabeza. Deilos interpuso su arma. Derguín olvidó toda prudencia, levantó la espada hacia la derecha, por encima de sus

hombros, y luego proyectó toda la fuerza de sus brazos y sus caderas en un golpe demoledor. El codo de su rival se rompió con un crujido de ramas tronzadas, y Deilos se desplomó con un aullido de dolor.

Habían quedado los tres tendidos en la palestra, y aún pasó un rato antes de que el primero de ellos pudiera ponerse en pie. Mientras Deilos se retorció en la arena, Derguín alzó la espada ante el tribunal, desafiando a quien aún dudara de él.

--No hay nada que deliberar -anunció el Citan Maestro, levantándose por fin-. Has derrotado a los tres en lucha limpia. Mereces la séptima marca, y digo -añadió, mirando con severidad a Turpa- que no será la última que obtengas.

Kratos interpretó que aquella mirada presagiaba represalias. Sin duda, Turpa había convencido al Gran Maestro de que Derguín no tenía calidad suficiente para pasar la prueba. El viejo ya le pasaría la minuta por aquello.

Fue así como Derguín consiguió su anhelo de convertirse en Tahedorán. Aunque tan sólo había sido su maestro durante unos días, Kratos May se sintió orgulloso del muchacho. Sin duda era un *natural*, pero era él quien al encauzar su talento y corregir sus defectos lo había llevado hasta allí. Aquel mismo día cumplieron los rituales debidos en la propia academia. Primero sacrificaron a Anfiún un cabrito sin mácula, cuya carne compartieron con los miembros del tribunal. Un poco antes, mientras la víctima se desangraba sobre las cenizas del ara y Derguín aguardaba arrodillado ante la estatua del dios, el Gran Maestro le entregó un diente de sable engastado en una empuñadura de madera.

--Ahora tienes derecho a llevarlo, como *tah* Derguín.

Después se agachó junto a él y le susurró al oído la fórmula de Mirtahitéi, la segunda aceleración. Pero añadió que si se la revelaba a alguna otra persona sería reo de muerte, y la sentencia la podría ejecutar cualquier Tahedorán.

--No te apresures a utilizar Mirtahitéi -le aconsejó Kratos mientras regresaban a la posada-. Cuando te desaceleres, experimentarás un hambre y una sed exageradas, y sentirás que te caes de sueño. Si no comes y bebes en abundancia y descansas unas horas, puedes sufrir un colapso.

Kratos no añadió nada más, aunque se estremeció al recordar la consunción que casi lo había matado cuando recurrió a la tercera aceleración para huir de Mígranz y cabalgó leguas y leguas inconsciente y atado al caballo con sus propias bridas. Derguín aún tardaría mucho tiempo en conocer el secreto de Urtahitéi, si es que alguna vez llegaba a serle revelado.

En La joya de Kilur, el posadero les entregó una caja de madera. La había traído un ganapán; de parte de quién, no lo dijo. En la habitación abrieron la caja. Dentro encontraron una pulsera de oro cruzada por siete estrías rojas. Derguín se apresuró a ponérsela. Había pensado en llevar su viejo brazalete de Ibtahán a un orfebre para refundirlo, pero aquel regalo inesperado lo hacía innecesario.

Junto al brazalete había un espejito redondo de metal bruñido. Kratos lo examinó por delante y por detrás, sin comprender la razón de tal obsequio. Pero cuando Derguín se asomó por encima de su hombro y los rostros de ambos se reflejaron juntos, sus imágenes se borraron y en su lugar apareció un rostro alargado, con un parche en el ojo derecho y una blanca trenza cruzada sobre el hombro.

--¡Linar! -exclamó Derguín.

«No intentéis hablar conmigo, pues no soy más que el eco de un reflejo. El brazalete que veis es el que llevó el propio Minos Iyar cuando se convirtió en Tahedorán. Lo he hecho estrechar para que se ajuste a tu brazo, Derguín. Hónralo.»

El muchacho admiró la joya con ojos brillantes de emoción; mientras, Kratos lo observaba a él con el temor de que esa muestra de honor significara una elección para el futuro. Pero el reflejo seguía hablándoles.

«No podré acompañaros en vuestra empresa, pues han surgido dificultades. Tengo enemigos muy poderosos que obran a favor de Togul Barok y que intentarán perjudicaros. No mencionéis mi nombre ni el de Mikhon Tiq, aun cuando habléis en privado. Ni siquiera penséis en nosotros. Viajad lo más lejos posible del príncipe, y también de los demás candidatos. No confiéis en nadie, aunque pretenda hablaros en nombre del Kalagor. Hay en liza poderes más temibles que los maestros de la espada.

»Viajad juntos y ayudaos el uno al otro. Si os mantenéis unidos, tal vez todo termine bien. Cuando llegue el momento, decidiré. No desfallezcáis.»

Linar calló. Su rostro se convirtió por un segundo en el de Mikhon Tiq, que sonreía y musitaba una sola palabra. «Suerte», creyó escuchar Derguín; pero el espejo perdió su encanto y tan sólo quedaron en él sus propios reflejos.

Derguín volvió a mirarse el brazalete. El oro brillaba lustroso, aunque le parecía advertir en él la pátina de los siglos. Kratos le apretó el hombro.

--Nunca he tenido un discípulo como tú, *tah* Derguín.

El muchacho le estrechó la mano; pero los ojos se le humedecieron y se apartó, azorado.

--Gracias a ti, *tah* Kratos. Gracias a ti... -susurró.

La última noche de Bildanil, víspera del día en que los Pinakles revelarían el paradero de la Espada de Fuego, recibieron una visita. Era Amorgos, el oficial que había tratado de retenerlos a la entrada de Koras. En tono jovial, les explicó que quería invitarlos a cenar para compensar aquel malentendido, pues sería un honor para él compartir la mesa con dos maestros mayores. Kratos aceptó, pero dijo que pagaría él la cena, pues era quien debía pedir disculpas por haber estado a punto de cortarle la cabeza. Y Derguín insistió en que invitaba él para celebrar que se había convertido en Tahedorán. Tras una discusión tan escenificada como un ritual sagrado, decidieron que era el muchacho quien tenía más razones para agasajar a los demás.

Cenaron en la habitación de Kratos, atendidos por el posadero y una muchacha de ojos negros que de cuando en cuando dejaba caer lánguidas miradas sobre Derguín. Amorgos les confesó que había pensado en invitarlos a su propia casa, pero al final no le pareció seguro. De hecho, había llegado a La joya de Kilur casi de incógnito, sin uniforme, con el embozo del capote alzado y un sombrero de ala ancha sombreándole el rostro. Cuando le preguntaron a qué obedecía tanto misterio, les explicó:

--Sé que los dos vais a participar en el certamen por la Espada de Fuego. He venido a daros algún consejo.

El interés de ambos Tahedoranes se avivó. Amorgos les explicó que en los últimos días se habían producido extraños movimientos entre las tropas de Togul Barok.

--¿Cuántos hombres tiene? -preguntó Kratos.

--Cerca de mil. Se distinguen de las tropas imperiales porque visten uniformes negros y su estandarte es un terón. El príncipe ha despachado cuatro destacamentos de unos doscientos hombres cada uno.

--Cuatro destacamentos...

--Han salido de Koras hacia el norte, el sur, el este y el oeste. No ha descuidado ninguna dirección.

--No sabe dónde está *Zemal*, pero no quiere descartar ninguna posibilidad -dedujo Kratos-. Me imagino que su intención es apostar a esos hombres en los caminos para servirse de ellos llegado el momento.

--O para tendernos emboscadas a los demás -intervino Derguín-. ¿Las normas del certamen no son que cada candidato sólo puede llevar diez hombres?

Amorgos se encogió sobre la mesa y bajó la voz.

--Su Alteza no es persona que respete demasiado las normas. Todo lo que se interpone en su camino termina aplastado. Pero, cuidado, yo no os he dicho nada...

Después cambiaron de tema. Tras la cena, dieron un paseo hasta una taberna cercana, bebieron un par de vinos y se despidieron de Amorgos. El oficial les prometió que al día siguiente sus caballos estarían preparados al pie de la ciudadela. Y ni siquiera insinuó la posibilidad de un soborno. Mientras volvían a la posada, Kratos y Derguín hicieron cabalas sobre el significado de aquella visita.

--Creo que ha sido sincero, aunque no del todo honrado -dijo Kratos-. Tras este soplo veo la mano de alguna facción del palacio imperial que *no* quiere que Togul Barok se convierta en el Zemalnit. O tal vez esa mano sea la del propio emperador.

No parecía una trampa, pues Amorgos no había pretendido que bajaran la guardia, sino despertar aún más su cautela. Además, el oficial no sabía nada del paradero de *Zemal*; ni siquiera conocía las pistas que Tarondas había dejado caer.

--Si lo que te dijo el geógrafo se confirma y la Espada se encuentra más allá de la Sierra Virgen, tomaremos un camino menos transitado -dijo Kratos-. Si es necesario, viajaremos monte a través. No me fío de Togul Barok, pero tampoco de Aperión.

Kratos temía que Aperión hubiera conseguido introducir en Áinar un destacamento de la Horda y que se comunicara con ellos mediante aves mensajeras en cuanto supiera el paradero de la Espada de Fuego. (Más tarde, ya prisionero, comprobaría que su temor estaba fundado, pero también sabía que el príncipe había previsto y abortado la jugada de Aperión.)

Antes de retirarse a dormir, se estrecharon las manos y juraron por Anfiún y Manígulat seguir juntos hasta que Linar decidiera lo contrario o hasta que sólo quedaran ellos dos. Kratos apenas pegó ojo aquella noche; y supuso que Derguín no había dormido mucho mejor.

Y por fin había amanecido el día I de Kamaldanil. Muy altos en el cielo flotaban unos cirros blancos, pequeñas borlas lanudas que presagiaban mal tiempo. Kratos y Derguín se encaminaron al templo de Tarimán. Al pie de la ciudadela, se les presentaron dos sirvientes de las caballerizas que traían a *Amauro* y al caballo de Derguín, junto con una breve nota de Amorgos en la que les deseaba suerte. Les pagaron para que los esperaran allí y subieron a Alit. Esta vez se les permitió llegar a la ciudadela a través de una de las pasarelas que atajaban por encima de la espiral de murallas. Mientras caminaban por ella, escoltados por dos centinelas cuyas capas verdes ondeaban al viento frío de la mañana, oyeron tras ellos una llamada alegre. Era Tylse, la Atagaira. Esperaron a que llegara a su altura y la saludaron con sendas inclinaciones. De día, la mujer vestía una capa cerrada y se tapaba la

cabeza con una capucha que dejaba ver tan sólo un estrecho óvalo de su rostro. Las manos estaban cubiertas con unos finos guantes de muselina que le dejaban mover los dedos con libertad, pero impedían que el sol rozara su piel albina.

--Hoy es el gran día -dijo la Atagaira.

No hablaron mucho más mientras entraban en la ciudadela. Caminaron por la avenida principal, bajo la ingente presencia de la Torre de los Numeristas, y cuando se hallaban a unos doscientos metros de ésta, giraron por un caminito sembrado de grava que los llevó ante el templo de Tarimán.

Era un santuario más pequeño y antiguo que otros. Estaba construido en madera y tenía dos pisos, cada uno con su propio tejado a cuatro aguas. En el exterior ya esperaba otro Tahedorán, un hombre delgado, de mediana estatura. Vestía con ropas holgadas de color pardo; su tez era olivácea, los cabellos lacios y muy negros le caían sobre los hombros, la barba estaba recortada en dos puntas untadas con fijador. En la frente llevaba tatuados tres círculos negros entrelazados que dibujaban un triángulo invertido. Kratos se acercó a él y lo saludó con una inclinación:

--Mi nombre es Kratos May.

El otro hombre se guardó las manos en las mangas y correspondió a su saludo con una sonrisa.

--Yo soy Darnil-Muguni-Rhaimil, hijo de Binarg-Ulisha-Rhaimil. Es un honor para mí conocer al mayor Tahedorán de Tramórea.

A Kratos le cayó bien. Según le habían contado Linar y Mikhon Tiq, Darnil-Muguni-Rhaimil era seguidor de una peligrosa religión que no admitía a otros dioses. Pero aquella mañana le pareció un hombre cortés y no más peligroso que cualquier otro Tahedorán.

Poco más tarde llegó Krust. Lo primero que hizo fue darle a Derguín un abrazo de oso y felicitarlo por su éxito en la prueba de maestría. «Ya estamos cinco miembros de la Jauka de la Buena Suerte», se dijo Kratos; los dos que quedaban por aparecer eran quienes más le preocupaban.

Aperión llegó poco después de Krust, se quedó a diez pasos y los saludó a todos con una breve inclinación de cabeza. A Kratos la sangre se le retiró del rostro. Advirtió que Derguín le miraba de reojo. Debía de vérselo blanco como una mortaja. Pensó en desenvainar a *Krima* y acabar con todo ello. Estaban en los días de la Espada: si agredía a otro candidato, cometería un sacrilegio que le privaría de *Zemal* y lo convertiría en reo de muerte. Pero a cambio obtendría su venganza.

Sin embargo su mano no fue a la empuñadura. En aquel momento deseaba más convertirse en el Zemalnit que matar a Aperión. La venganza podía esperar. Se limitó a mirarle a los ojos. El jefe de la Horda esbozó una sonrisa y no dijo nada.

«Te arrancaré los párpados como le hiciste a Shayre -juró Kratos entre dientes-, y antes de matarte te echaré sal en los ojos.»

El último en llegar fue el príncipe. Lo escoltaban seis de sus hombres, adustos, con capas negras y un alto estandarte en el que aleteaba la silueta roja de un terón. También lo acompañaba un hombre alto y enjuto, de nariz prominente y ojos apagados. Kratos pensó que debía de tratarse de Kirión el Serpiente, el represor de la revuelta de las fronteras orientales. Los demás aspirantes se inclinaron ante el príncipe, y él correspondió a su saludo con palabras amables. Ahora que veía a Togul Barok a su mismo nivel, Kratos se hizo idea de su verdadera estatura. Debía de medir al menos dos metros diez, pero sus proporciones eran perfectas y se movía con tanta coordinación como cualquiera de ellos. Al imaginar que tuviera que bloquear los golpes de aquel gigante, le empezó a doler el hombro derecho. Trató de alentarse recordando que él era el único de los siete que conocía el secreto de Urtahitéi. Al menos, esa ventaja tenía sobre Togul Barok.

Un sacerdote vestido con una túnica blanca salió del templo y les dijo que pasaran. Los siete candidatos desfilaron uno tras otro. Subieron cuatro peldaños de madera, traspusieron una cortina de gasa y entraron en una sala cuadrada sumida en la penumbra. En un extremo, sobre una tarima elevada, había una estatua del dios Tarimán. No era la original, pues ésta había sido de madera y, deteriorada con el tiempo, la habían sustituido por otra de bronce. El dios herrero aparecía de pie, inclinado en su sagrada cojera y a punto de descargar el martillo. Sobre el yunque adivinaron todos la presencia invisible de la Espada de Fuego. Los ojos de Tarimán eran dos cuentas de vidrio, y en cada una había dos pupilas negras. Kratos miró de reojo al príncipe y se estremeció al comparar sus ojos con los de la estatua.

Los sacerdotes del templo sacrificaron una oveja blanca. Después de examinar sus entrañas, la quemaron sobre el altar y repartieron pequeñas porciones de carne entre los siete candidatos, que aguardaban de pie formando un semicírculo, sin apenas mirarse entre ellos. Tras el sacrificio, los tres Pinakles entraron por una puertecilla que hasta entonces habían ocultado las sombras. Vestían negros mantos que dejaban al descubierto uno de sus hombros; en sus cabezas calvas se advertían las venas, como sogas palpitantes. Era poco lo que se sabía de ellos. Había quienes decían que eran hermanos, e infinitamente viejos, pues se habían encargado de custodiar la Espada de Fuego desde los tiempos del propio Zenort. Otros aseguraban que se trataba de un linaje y que los hijos sucedían a los padres llegado el momento; pero nadie podía asegurar este extremo.

Los Pinakles se quedaron en pie bajo la estatua del dios, silenciosos, escudriñando a los candidatos con ojos de cuervo. Los dos sacerdotes que habían hecho el sacrificio entregaron a cada uno de los

candidatos una corteza de sauce y una tiza, y les indicaron que escribieran su nombre. Después introdujeron las cortezas en una vasija de barro. Uno de ellos las extrajo y fue leyendo los nombres: Tylse, Kratos, Krust, Aperión, Darnil-Muguni-Rhaimil, Togul Barok y Derguín. Después, les señaló un reloj de arena.

--Nobles Tahedoranes, Alteza: cada uno de vosotros escuchará el paradero de *Zemal* cuando le toque su turno. En primer lugar, *tah* Tylse. Después, cuando la ampolleta de abajo se haya llenado, acudirá el siguiente, *tah* Kratos. Aquel a quien se le revele el lugar donde está la Espada podrá partir ya; los demás esperarán. Así lo quiere la suerte.

Kratos se inclinó hacia Derguín y le susurró que él iría con los caballos a la posada y le esperaría allí.

Tylse se acercó a los Pinakles, que formaron un círculo alrededor de ella y le hablaron en susurros. La Atagaira asintió y no tardó en salir del templo; antes le dedicó un rápido guiño a Kratos y Derguín. Los demás esperaron, sentados en el suelo, mientras la arena blanca se deslizaba cansina de una ampolleta a otra.

Por fin llegó el turno de Kratos. Cuando se acercó al altar, los Pinakles lo rodearon; se le antojaron buitres sobre un cadáver futuro, el suyo. Dos de ellos se inclinaron para hablarle en los oídos, y le dijeron:

--*Zemal* está en la isla de Arak. Habrás de cabalgar hacia poniente y cruzar la Sierra Virgen en dirección al mar Ignoto. Allá donde confluyen las desembocaduras del Moin y del Haner, embarca y navega hacia el oeste, y a menos de un día, con ayuda de los dioses, encontrarás la isla. Busca el lugar alto y que tu entendimiento te guíe hasta *Zemal*. Cúmplase la voluntad de Tarimán.

Al pasar junto a Derguín, Kratos asintió con la barbilla. La suposición de Tarondas había demostrado ser cierta.

La espera en La joya de Kilur se le hizo eterna. Los equipajes de ambos ya estaban hechos desde el día anterior. Todo aquello que les sobraba se lo habían entregado al posadero, con la consigna de que lo guardara hasta su regreso.

--Si tardamos más de tres meses en volver, puedes quedártelo. Será que estamos muertos.

--¡Oh, no lo quieran los dioses! -se había horrorizado el posadero.

Mientras aguardaba a Derguín, Kratos consultó una y otra vez los mapas. Cuando ya había pasado el mediodía, el muchacho apareció como una tromba en la puerta. Al ver a Kratos pareció sorprendido.

--¿Creías que me iba a marchar solo? -le dijo el Ainari-. Tenemos un pacto, no lo olvides.

--Es una mala señal que me haya tocado el último en ese maldito sorteo -se quejó Derguín-. Ya llevamos retraso.

--El viaje es largo. Es mejor planearlo bien que apresurarnos antes de tiempo.

Kratos desplegó el mapa que representaba la zona occidental de Áinar y señaló con el dedo un camino que subía desde Koras hacia la izquierda.

--La ruta más normal es ésta. Supone desviarse hacia el noroeste, pero la calzada es buena, y hay posadas y casas de postas a lo largo del camino. Además, todo el territorio está controlado y sería raro toparse con bandidos. Después, de Xionhán parte otra calzada que se dirige hacia la Sierra Virgen por aquí, al sur de los pantanos de Purk. De esta manera llegaríamos al Paso de Rania, por donde cruzaríamos las montañas. Al llegar al otro lado, tendremos que descender por aquí hasta encontrar el río Haner hasta llegar al mar. Según señala el mapa, es una región de bosques y selvas.

--Tarondas confesó que nunca había estado allí -dijo Derguín-. No sabemos qué podemos encontrar en esas tierras.

--Tampoco lo sabe nadie más. ¿Qué opinas de esa ruta?

--Supongo que es la mejor. Al haber calzada y casas de postas, podríamos hacer jornadas más largas y rápidas. Pero...

--Pero todos van a seguir este camino, en efecto. Y están además esos hombres que Togul Barok despachó por todas las calzadas. No, no. No creo que sea seguro tomar esta ruta. El camino que vamos a seguir es éste.

Kratos señaló una línea recta que iba de Koras a la Sierra Virgen. Pero en el camino se interponía una extensa comarca señalada como «breñales» y «espesura»: las Kremnas.

--Atravesaremos por aquí.

--¿Cómo? Ese lugar está infestado de forajidos y de bandas de rebeldes.

--Los Gaudabas -asintió Kratos-. Mejor será que no caigamos en sus manos. Pero es el camino más corto, y no creo que Togul Barok ni sus hombres se atrevan a entrar en las Kremnas.

--Es salir de la sartén para caer en el fuego.

Kratos le miró a los ojos.

--Estamos ya en el certamen, Derguín. Nuestros rivales se hallan fuera de Koras y ahora mismo cabalgan hacia la Espada. No la conseguiremos sin arriesgarnos. Hay un camino fácil, que será el que tomen los demás. Nuestra opción es elegir otra ruta más peligrosa, viajar rápidos y discretos y confiar en que dos hombres solos les pasen desapercibidos a los Gaudabas. Así, no tener escolta se convertirá en una ventaja.

Derguín asintió y tragó saliva. Se acababa de dar cuenta de dónde se había metido.

--Ten valor. Ahora eres *tah* Derguín. No lo olvides.

Mal tiempo

Casi a media tarde, Kratos y Derguín salieron de Koras. Al ser el primer día del mes, las lunas se pusieron poco después de anochecer. Durante dos o tres horas, aprovecharon el resplandor plateado del Cinturón de Zenort. Pero el cielo no tardó en cubrirse y empezó a llover cuando caminaban por una senda de tierra, al sur de la calzada principal. Buscaron refugio en una finca. Un perro empezó a ladrarles. El dueño salió cubriéndose la cabeza con un capote y armado con una hoz. A su lado venía uno de sus hijos, un muchacho de unos quince años con un farolillo. Al ver que eran guerreros, torcieron el gesto. Kratos les dijo que sólo querían alojamiento para esa noche y que no los molestarían. Derguín añadió que podían pagarles bien. Unas monedas ahora, y otras por la mañana.

Los dejaron dormir en una pequeña cuadra, donde había también un pollino y un caballo viejo. A duras penas lograron meter sus dos monturas y acomodarse ellos en un rincón. Despertaron encogidos, pero secos. Le compraron al campesino un queso, una perdiz y unos cuantos huevos cocidos y se marcharon de allí.

Un viento frío arrastraba las nubes y despejaba poco a poco el cielo. Había llovido fuerte durante la noche: las acequias y regatas corrían rebosantes de agua y el suelo estaba tan embarrado que los caballos avanzaban a duras penas.

--No nos vendría mal encontrar una calzada.

--Es peligroso -recordó Kratos-. Mejor perder algo de tiempo ahora que la cabeza después.

Conversaban poco. De vez en cuando se contaban historias que les habían sucedido a ellos mismos o que habían escuchado de otros, pero la mayor parte del tiempo permanecían entregados a sus propios pensamientos. Evitaban hablar de la Espada de Fuego; como mucho, comentaban lo que harían hasta llegar al mar, pero más allá se abría un silencio.

Durante todo el día marcharon por caminos que corrían entre huertos, fincas y tierras de labor. A menudo se encontraban con tapias y cercados que les impedían seguir hacia el oeste. Aquellos obstáculos impacientaban a Kratos, como si en vez de estar allí de siempre los hubieran puesto sus rivales, a los que imaginaba cada vez más cerca de

aquella misteriosa isla de Arak. Derribaron más de una barda y cruzaron a caballo más de un sembrado; en un par de ocasiones los campesinos les tiraron piedras desde lejos e incluso les azuzaron a sus mastines.

A media tarde llegaron a un terreno abierto, de pastizales verdes en los que pacían rebaños de vacas que contemplaban su paso con la apariencia de sabiduría que da el no tener nada en que pensar. Soltaron riendas y aceleraron la marcha, contentos de ver un horizonte más despejado. Llegaron ante un cerro al que Kratos se empeñó en subir para otear el panorama. Dejaron los caballos atados a media ladera y terminaron la ascensión a pie, para rebajar sus siluetas y evitar que se perfilaran contra el cielo. Allí arriba el viento soplaba aún más frío. Al oeste los esperaba otra zona de cultivos, aunque allí los campos se veían más extensos; en medio crecían bosquecillos y también se vislumbraban aldeas, borrones oscuros entre el manto verde. En la distancia se divisaba una línea de elevaciones, azuladas por la distancia. Derguín consultó el mapa y comparó los meticulosos trazos de Tarondas con lo que se veía.

--Las Kremnas.

--Así es -contestó Kratos.

Volviéron la mirada al este, por donde habían venido. A lo lejos se veía a un jinete solitario. Ambos se hicieron visera con las manos; Derguín, cuyos ojos eran más jóvenes, creyó descubrir quién era.

--La mujer.

--¿Quién? ¿Tylse?

--Sí. Parece que nuestra amiga nos sigue. O tal vez sea casualidad. Kratos soltó un bufido.

--No creo en las casualidades. Si es ella, nos está siguiendo.

Tendremos que andar con cuidado y dormir por turnos si hace falta.

--¿Crees que será capaz de atacarnos mientras dormimos?

--Ya sé que esa hembra tiene unos pechos espléndidos, pero trata de pensar con la cabeza y no con la entrepierna. Es nuestra rival. Desea la Espada de Fuego tanto como tú o como yo. Olvídate de las cervezas que compartimos, y si la tienes al alcance de tu espada procura ser más rápido que ella.

Pero, aunque no lo reconociera, al propio Kratos le parecía una lástima rebanar ese precioso cuello. Lo mejor para todos sería que la brava Tylse se mantuviera a distancia.

Aquella noche durmieron sólo unas horas, en un refugio que improvisaron parapetando con piedras una fosa natural. El día siguiente, tercero de camino, amaneció con un cielo bajo y pesado. Por la tarde empezó a llover cuando atravesaban una zona recorrida por hileras de

suaves lomas entre las cuales se extendían llanos cultivados. Toda aquella región estaba sembrada de aldeas, pues Gharrium era una comarca muy poblada. Caía el sol cuando divisaron desde un cerro la mancha pardusca de un pueblo, recostado sobre la larga pendiente de una colina, casi al borde de las elevaciones de las Kremnas.

--Debe de ser Oetos -concluyó Kratos, tras examinar el mapa.

Llegaron a la aldea al anochecer. Subieron por una calle embarrada. Las casas eran de adobe y techos de paja; las más lujosas estaban cubiertas por tablones de madera. Los postigos estaban cerrados y no se veían luces. Al final de la cuesta llegaron ante un edificio de piedra, de dos pisos, que en aquel lugar destacaba como un palacio. Un cartelón roto del que se habían borrado las letras se balanceaba sobre la puerta, rechinando a los hostigos del viento. Aunque la puerta estaba cerrada, por debajo del umbral se veía una luz amarilla. Llamaron una, dos, hasta tres veces. A la tercera, se entreabrió un resquicio por el que asomaron un par de ojos. Por fin, la puerta se abrió del todo y un hombre gordo, vestido con un mandil sucio, les preguntó qué querían.

--¿Qué podemos querer en una noche como ésta? -preguntó Kratos, de mal humor-. Comida caliente y una cama seca.

Pasaron al interior, casi empujando al posadero. Pero el fuego de la chimenea estaba ya en los rescoldos, los faroles apagados y las mesas vacías. Sólo quedaban tres clientes, que los examinaron con gesto de temor.

--Aquí no hay sitio.

--¿Cómo que no? No me dirás que tienes la posada llena a rebosar.

--¡Oh, no, señor, no es eso! Hay tres cuartos ocupados, y los otros tres que tenía están inservibles. Hace dos noches se me vino abajo el techo de la parte oeste. No lo podré reparar hasta que deje de llover, y además el albañil que me...

--Basta, basta. ¿Hay algún otro sitio donde podamos dormir?

El posadero intercambió extrañas miradas con sus clientes, y por fin contestó:

--Siguiendo esta calle, tengo un establo vacío.

Derguín resopló e hizo un comentario sobre las delicias del estiércol. Kratos lo miró con severidad y se dirigió de nuevo al posadero. Siempre que estuviera seco, les parecería bien. Oh, claro que lo estaba, protestó el posadero, frotándose las manos; y había sitio de sobra para ellos y para sus monturas, e incluso forraje.

--Llévanos entonces. Si te parece, te pagaremos por adelantado.

El tabernero se humedeció los labios, se rascó la nariz y escupió a un lado antes de contestar, sin mirarlos a los ojos.

--Con cuatro ases me conformaré, si os place pagármelos. Ahora, si queréis acompañarme, os llevaré.

El tabernero tomó un candil y, una vez que salieron todos, le echó la llave a la puerta. Los tres parroquianos, alumbrados con otra linterna, los acompañaron mientras bajaban por un callejón que se perdía entre las sombras. Las luces proyectaban halos fantasmales en el suelo, que hervía bajo la lluvia. Nadie hablaba. Derguín resbaló en una rodera marcada en el barro y se agarró a la brida del caballo para no caer. El posadero y sus compañeros respingaron asustados.

--Esos tipos empiezan a parecerme demasiado nerviosos -comentó Kratos, utilizando el idioma Ritión para dirigirse a Derguín.

--Somos guerreros, Kratos. No olvides que nos temen. Saben que si se acercan demasiado a nosotros, les podemos cortar la cabeza en un segundo.

Kratos no entendía que Derguín sintiera tanto remordimiento por la muerte de aquel labriego. Había sido un accidente, y además aquella vida tenía escaso valor: un campesino era igual que cualquier otro. Un auténtico Tahedorán debía acostumbrarse a derramar sangre. Se preguntó cómo reaccionaría Derguín cuando tuviera que luchar por su vida, no contra hojas embotadas, sino contra *kishas* bien cortantes.

Se detuvieron ante una casa derruida a cuyo costado se apoyaba el establo. Estaba menos sucio y más seco de lo que habían esperado, y había forraje en abundancia. Envueltos en sus mantas y cubriéndose de paja podrían dormir calientes.

--Si todo está a vuestro gusto, me iré a casa -les dijo su anfitrión, ya de retirada.

Kratos salió a llamarle y le avisó que se dejaba la linterna, pero el posadero se apresuró calle arriba junto a los otros tres hombres.

--Qué raro -comentó Derguín-. Parecía tan asustado como si hubiera visto a un fantasma, y sin embargo ahora nos deja su candil y se vuelve a oscuras en una noche como ésta. Y además se ha olvidado del dinero.

Kratos trató de cerrar la puerta del establo. Al hacerlo casi se le vino encima, pues estaba desquiciada. Como pudo, la encajó en el hueco y trató de rellenar con paja las grietas que quedaban para evitar que el viento se colara dentro. Los resultados fueron tan desalentadores que se dedicó a almohazar a *Amauro* mientras Derguín hacía lo propio con su montura.

--Podríamos buscar leña para asar algo de panceta -propuso el muchacho.

--¿Vas a buscar un dragón para que te prenda la madera mojada? Si lo consigues, dile de paso que me seque las botas.

En la pared frontera a la puerta había un ventanuco. Derguín abrió el cuarterón para asomarse al exterior. Se veían un par de edificios con los techos derrumbados, fueran casas o corrales, y después empezaba el bosque, una masa apelmazada y oscura bajo la lluvia. Kratos le pidió

que cerrara el postigo y no dejara escapar el calor.

--Este sitio no me acaba de gustar. Huele raro -protestó Derguín.

El Ainari olisqueó un poco. Debajo de los olores del heno, la ropa mojada, las monturas y el estiércol, había otro que le resultaba familiar. Era vagamente metálico, y quería despertar en él algún recuerdo lejano; pero Kratos no tenía el olfato demasiado fino y en cuanto aspiró un par de veces la nariz se le saturó y no fue capaz de distinguir nada más.

--A mí tampoco me gusta mucho, pero es peor dormir bajo la lluvia. ¿Vas a dejar de dar vueltas y ayudarme un poco? Podrías intentar que el aire no entrara por la puerta.

Derguín puso las alforjas apoyadas contra la pared, de forma que tapaban el hueco por el que se colaba el aire. El establo, que no era muy grande, no tardó en calentarse con los cuerpos de los hombres y los caballos. Kratos y Derguín se quitaron las botas empapadas, sacaron las provisiones y el vino, y una vez tuvieron el estómago repleto y los pies calientes se les disipó el mal humor y dejaron de regruñirse. Kratos incluso se explayó y le habló a Derguín del invierno más frío que había sufrido, en las tierras de los hombres Mahík, al norte de Ainar.

--Salíamos de las tiendas cubiertos de pieles hasta arriba; y lo poco de rostro que dejábamos al descubierto nos lo untábamos de sebo para protegernos de la ventisca. Había que escupir y orinar contra el viento. Aquel invierno encontramos hasta a un corueco congelado al borde de un camino, y eso que...

Sus propias palabras lo dejaron pensativo. Derguín creyó que se trataba de un recuerdo doloroso y relacionado con la cicatriz de su cuello, pues Kratos había arrugado el ceño y se había palpado bajo la oreja; pero lo que hacía era oliscar de nuevo de un lado a otro. Por fin se levantó y echó mano a la espada.

--¡Que me rebanen la nariz si esto no es olor a corueco!

--¿Aquí, en pleno Áinar? -preguntó Derguín.

Para él aquellos ogros eran personajes de historias de terror contadas a la lumbre.

Kratos se calzó las botas, se incorporó y empezó a dar vueltas por el establo, olfateando como un perdiguero que hubiese perdido el rastro. Derguín se alarmó al verlo tan inquieto y también se levantó. Ambos callaron y trataron de descifrar los sonidos de la noche; pero sólo se oía la respiración de los caballos y el repiqueteo de la lluvia en el exterior.

--Ojalá me equivoque -musitó Kratos-. Dime: ¿no te parece que huele a sangre, como en un matadero?

Derguín venteó el aire.

--No sé. Sí. O no. ¿Cómo puede haber un corueco por aquí?

--Aún quedan algunos en las Kremnas, aunque pocos, porque les cuesta mucho reproducirse. Alguno podría haberse aventurado a buscar

carne en las tierras bajas.

--¿Carne? ¿Qué carne?

--La nuestra, por ejemplo.

Derguín miró a Kratos con la esperanza de que tratara de asustarlo, como suelen hacer los veteranos con los novatos. Pero el Ainari estaba pálido y giraba el cuello de un lado a otro como un pájaro nervioso.

--¿Es que has oído algo?

--Nada -susurró Kratos-. Maldita sea, si hay un corueco merodeando ya entiendo por qué la aldea está tan oscura y silenciosa.

--¿Crees que ya habrá atacado a alguien?

--No sé qué creer. Apaga el candil.

--¿No ahuyenta la luz a los coruecos?

--Sólo si junto a esa luz hay un ejército. Que no es el caso.

Derguín apagó el candil y se acercó a la puerta. Los caballos se estaban inquietando. El repiqueteo de la lluvia era más intenso, o tal vez lo parecía en el silencio.

--Si de verdad aparece un corueco -susurró Kratos-, recuerda que hay que herirlos en el abdomen, donde no tienen huesos. Su esqueleto es duro como el bronce.

--El abdomen... -repitió Derguín.

--Pero las costillas les llegan muy abajo, así que el golpe tiene que ser en el bajo vientre. Además, son bestias muy rápidas, y si te ponen la mano encima...

Kratos se señaló el cuello. Aunque en la oscuridad Derguín tan sólo vislumbró el gesto, comprendió que se refería a la cicatriz triple que le bajaba desde la oreja.

--¿Cómo escapaste de aquel corueco?

--No escapé. Me salvó Yatom.

--¿El brujo amigo de Linar?

--Ese mismo.

Derguín no volvió a preguntar nada durante unos minutos. Pero la espera crispaba sus nervios, y sugirió que salieran de allí, para luchar en lugar abierto si se veían obligados.

--No. Si viene ahora y pasa por la calle tal vez no repare en nosotros; y si lo hace, tendrá que entrar por aquí, y mientras se encoge para pasar podremos sorprenderlo.

--¿Quieres decir que no entra por esta puerta? -se alarmó Derguín.

--¡Chssss! Escucha.

Pegaron la oreja a la puerta. Entre el redoble de la lluvia, distinguieron un chapoteo que se acercaba. Contuvieron la respiración. Eran pasos que se acercaban. Ambos buscaron las empuñaduras de sus espadas. Se oyó un suave relincho. Derguín suspiró de alivio, pero Kratos le advirtió de que siguiera quieto. Había más enemigos, no sólo los coruecos. El caminante y su montura se alejaron hacia la derecha, al

interior del pueblo. Derguín sugirió que lo siguieran, pero Kratos se negó.

Al cabo de un rato, escucharon pisadas que venían de nuevo desde la izquierda; pero esta vez venían solas y el chapoteo se sentía más pesado. Pronto les llegó un sonido silbante y fuerte, como un fuelle, y comprendieron que era la respiración del merodeador. Los pasos se acercaron hasta el establo, pasaron de largo, se detuvieron. La respiración se convirtió en un poderoso resuello y los pasos volvieron atrás. «Chof, chof.» Dos chapoteos más y un nuevo resuello. «Chof.» Fuera lo que fuese aquello, los había olfateado, a ellos o a los caballos.

Se apartaron de la entrada y desenvainaron las espadas con cuidado para que no rechinaran. Al otro lado de la puerta se sentía una presencia enorme y ahora silenciosa. Luego, algo duro rascó la puerta. Kratos y Derguín se miraron.

De pronto sonó un bramido que helaba la sangre, y la puerta voló de sus quicios como si la hubiera arrancado un huracán. Una sombra enorme apareció en el hueco, tapándolo todo, y una mano palpó la pared. Los nervios traicionaron a Derguín, que descargó su espada contra aquel brazo. La hoja de *Brauna* se hundió en la carne superficial y chocó contra el hueso con un ruido metálico. La mano se retiró como una culebra, y Derguín, perdida ya la calma, saltó para colocarse frente a la puerta y atacar. Antes de que tuviera tiempo de acelerarse, una garra enorme apareció de la nada, lo levantó en vilo y lo catapultó contra la pared del establo.

Kratos escuchó el crujido de los huesos de Derguín al estrellarse contra la pared, y un instante después el rugido de la bestia. Entró en Mirtahitéi y le lanzó un tajo al vientre. El monstruo aulló y retrocedió, y Kratos salió del establo tras él. Lucharon bajo la lluvia, una sombra contra otra. Aquel corueco era un ejemplar enorme; erguido, sin duda habría medido dos metros y medio. Y sin embargo se movía rápido, incluso para Kratos, que estaba en aceleración. Esquivó uno de sus zarpazos por poco y volvió a buscarle las tripas con la espada. Las costillas de la bestia, más bajas de lo que había esperado, detuvieron el golpe. Kratos había apoyado aquel tajo con toda la fuerza de sus caderas, y al no terminar la técnica como tenía previsto, trastabilló en el barro. Aquella vacilación fue suficiente para que la manaza del corueco lo agarrara por la ropa. En un segundo Kratos se vio levantado a tres metros del suelo. Pero cuando esperaba que la bestia le reventara la cabeza contra el suelo, algo silbó en el aire y golpeó con un sordo impacto el vientre del corueco. La bestia bramó de dolor y soltó a Kratos. El Ainari rodó por el barro y se revolvió sin soltar la espada. Otra flecha volaba en busca del abdomen del monstruo. A Kratos le pareció que iba floja, como lanzada por un arco de juguete, pero era efecto de la aceleración que le hacía ver los movimientos lentificados. La saeta se

clavó a medio palmo de la primera, en el escaso espacio vulnerable que dejaban los huesos, y toda su punta se hundió en la carne. El corueco rugió y se giró a todas partes, buscando el lugar de donde venía aquel enemigo invisible. Kratos volvió a cargar contra él, pero esta vez su golpe fue preciso, una estocada de abajo arriba buscando las vísceras. Dejó la espada hundida hasta la empuñadura, la soltó y se apartó de los zarpazos del monstruo con una voltereta. Su golpe debió alcanzar el corazón, porque el corueco cayó fulminado boca arriba. Kratos se desaceleró, acudió junto al cadáver y, con cierta dificultad, le arrancó la hoja del cuerpo. Después clavó una rodilla en tierra y respiró hondo.

--¿Estás bien?

Kratos se volvió hacia la voz. Era Tylse, que venía hacia él con una flecha en el arco y dispuesta a tensar la cuerda. El Ainari se apoyó en su propia rodilla con los brazos y empujó para ponerse en pie. No se sentía con ánimo para empezar otra pelea, pero puso la espada en guardia. Tylse quitó la flecha del arco y volvió a guardarla en la aljaba.

--No te he ayudado para ponerme a pelear ahora contigo -le dijo Tylse.

--Mejor. Gracias por tu ayuda -respondió Kratos, envainando a *Krima*-, ¿Te ha traído aquí nuestra buena suerte o... ?

--Os he seguido desde que salisteis de Koras. No conozco Áinar, pero sé seguir un rastro, y me pareció menos peligroso venir tras vosotros dos que juntarme con los demás. ¿Y Derguín?

--¡Derguín! -recordó Kratos-. No sé si aún...

--¡Alto en nombre de Áinar!

Se volvieron hacia la parte norte de la calle. Tras las luces de cuatro candiles bajaba un grupo de hombres. Sus ropas eran oscuras y bajo ellas resonaban hierros y aceros. Iban a pie, pero tras ellos se oían relinchos y se vislumbraban bultos de caballos y jinetes. Delante venía un oficial; junto a él, un portaestandarte llevaba en alto un pendón. Pero la bandera caía hacia abajo bajo la lluvia y en las sombras no se veía qué criatura flameaba en ella, si el dientes de sable del emperador o el terón del príncipe.

--¡Prestadme atención! -dijo el oficial-. Debéis desceñiros las espadas, dejarlas en el suelo y apartaros de ellas seis pasos.

--¿Por qué? -respondió Kratos-. Habéis dicho «en nombre de Áinar», pero nosotros no hemos quebrantado ninguna ley y si llevamos nuestras espadas es con derecho.

--¿Vendréis por propia voluntad o tendremos que recurrir a la fuerza?

Kratos y Tylse cruzaron una mirada y desenvainaron las espadas. Entonces de la calle abajo llegó un nuevo chapoteo. Por allí venían más jinetes armados con arcos. Los habían rodeado.

--Estoy un poco cansado -susurró Kratos-, pero puedo volver a

entrar en Mirtahitéi. Cargaremos contra los de abajo, a las patas de los caballos.

--De acuerdo.

Algo, un vago temor que se apoderó de ellos, un extraño vacío entre latido y latido, les hizo demorar el ataque. Los soldados de la parte norte de la calle abrieron sus filas y dejaron pasar a un jinete. Era un hombre delgado, que montaba un caballo tan negro como *Amauroy* pero de más alzada, pues no mediría menos de dieciocho manos hasta la cruz. Su jinete se echó atrás la capa con un gesto teatral. Por un momento Kratos creyó que era Linar, pero enseguida se dio cuenta del error. Aquel hombre también llevaba una larga trenza sobre el hombro, pero negra y no blanca, y el ojo que le faltaba era el izquierdo. Aunque seguía lloviendo, tanto él como su cabello estaban secos, como si los rodeara una invisible campana de cristal.

--Es inútil que luches, Kratos May.

La voz del jinete era suave, pero llegaba a todas partes y escondía un filo de acero bajo su terciopelo.

--¿Quién eres tú, que sabes mi nombre? -le desafió Kratos.

--No necesitas saberlo. Entrégame tu espada.

--¡Ven tú por ella!

Kratos sintió que algo quería tirar de su espada y apretó la empuñadura. Pero aquella fuerza invisible dio otro tirón, más violento, y *Krima* salió volando de sus manos. La espada trazó un arco en el aire y acabó en la mano del desconocido, que la cogió por la hoja. Cualquiera que hubiera hecho eso habría perdido los dedos, pero él ni siquiera sangró. Después, cerró la otra mano junto a los gabilanes y empezó a hacer fuerza. La hoja se dobló como una V y se partió en dos trozos que el jinete arrojó a un lado con un gesto despectivo.

Kratos aulló y se lanzó hacia delante, entrando de nuevo en Mirtahitéi. Aunque fuera con las manos desnudas, no pensaba más que en vengar aquella afrenta. Pero de pronto notó que su peso se doblaba, y luego se triplicaba. Cayó de bruces en el barro y trató en vano de levantarse, pues las manos, los brazos, las piernas y todo el tronco se le habían convertido en plomo. Se quedó allí tendido, sin poder girar el rostro para levantar la nariz del charco en el que había caído. Junto a sus ojos apareció una bota negra. Era el desconocido, que había bajado del caballo y se acercaba ahora a Tylse para pedirle la espada. A Kratos le costó un esfuerzo sobrehumano, pero torció una pulgada el cuello y pudo ver cómo la mujer envainaba su arma, se desceñía el talabarte y dejaba caer todo, espada y correa, al suelo, para retroceder después con el temor pintado en el rostro.

Dos soldados se arrodillaron junto a Kratos y tiraron de sus brazos para juntárselos a la espalda, pero pesaban tanto que no pudieron movérselos. El desconocido se acercó a Kratos, le plantó la bota encima

de la mejilla y apretó.

--No te moverás.

Kratos notó que el peso que lo aplastaba sobre sus propios huesos se aligeraba, pero no se atrevió a moverse. Se sentía humillado, pero era aún peor el miedo, un pavor que no había sentido nunca. Mientras el desconocido, sin duda un mago, le seguía pisando el rostro, los dos soldados le ataron las muñecas. Sólo entonces la bota se apartó de su mejilla. El oficial, al que luego conocería como Landas, se acercó a él y le ayudó a levantarse.

--Lo siento, *tah* Kratos -susurró.

Mientras tanto, otros dos soldados salieron del establo con gesto de desconcierto. «No está», informaron a su oficial. Kratos se dio cuenta de que se referían a Derguín y el corazón se le aceleró con una insensata esperanza.

--¿Cómo que no? -preguntó el mago de mal humor.

--Dentro hay dos caballos, señor, pero nadie más.

El mago bufó y les arrebató el candil de las manos. Después, con la otra mano, agarró el nudo que ataba las dos manos de Kratos y lo empujó, obligándolo a entrar con él al establo.

--¿Dónde está tu amigo?

En la cuadra sólo se veía a los dos caballos. Pero la ventana que había en la pared contraria estaba abierta, y por ella se colaba el viento y hacía golpear el cuarterón contra un poste de madera. Kratos sonrió. Derguín no debía de estar malherido cuando había conseguido salir por aquel hueco.

--Hijo de mala madre... -masculló el mago, y sacó a Kratos de otro empellón.

Durante unos minutos, los soldados buscaron en los alrededores del establo, pero no encontraron a nadie. El mago permanecía apartado de los demás, cerrado su único ojo y pellizcándose el puente de la nariz como si se concentrara en algo o le doliera la cabeza. De vez en cuando maldecía y hacía gestos de frustración, y una vez Kratos le oyó murmurar «Por qué demonios no puedo verlo».

--Parece que se te ha escapado una de las tres perdices -se burló de él, recobrando algo de su temple-. Tu amo el príncipe no te lo va a perdonar.

El mago clavó en él la mirada. Su ojo, inyectado en sangre, parecía el de un perro rabioso. Kratos se arrepintió de sus palabras.

--¡Amo, amo! ¡Sólo uno puede llamarse amo de Ulma Tor, y es el dios dormido!

El mago hizo un floreo y desapareció bajo la negrura de su propia capa. Kratos miró hacia su izquierda y vio cómo una sombra alada se alejaba de allí, pero fue tan fugaz que no llegó a distinguir sus formas. Calado bajo la lluvia, se estremeció, y no fue de frío. En ese momento

se le acercó Landas, el oficial, con una banda de tela.

--Lo siento, *tah* Kratos, pero no debes saber adonde vamos.
Y así empezó un largo viaje en la oscuridad.

Despertar

Después de enviar a Derguín y a Kratos el mensaje en que les comunicaba que no podría ayudarlos, Linar dirigió sus pasos al noroeste de Áinar. Era cierto que ignoraba el paradero de la Espada de Fuego, pero sospechaba que no estaría en los bosques de Hilar. Por eso eligió aquella dirección, y además de forma bastante conspicua, pues pretendía que los cuatro Kalagorinor, ahora que se habían convertido en sus enemigos, lo siguieran y se alejaran de Kratos y Derguín.

Linar reflexionó sobre la situación, y decidió que no tenía más remedio que despertar ya la syfrón de Mikhon Tiq, pues necesitaba su poder para enfrentarse al resto de los magos. Lo lamentaba por él, pues la prueba que tendría que pasar el muchacho era mucho más dura de lo que imaginaba. A decir verdad, no había ordalía más terrible que aquella. Pero así debía ser.

Mikhon Tiq aguardaba en un establo abandonado, la espalda recostada contra una pared, los ojos cerrados y concentrado en contar y memorizar una por una las briznas de paja que había entre sus manos. Era asombroso cuánto había crecido la sutileza de su percepción y cómo detalles minúsculos en los que nunca había reparado ahora se le hacían tan evidentes como una nube de tormenta en el cielo o una roca en el camino. Pero aquello seguía sin ser la iniciación que él estaba esperando. Dentro de sí sentía un gran poder que borbotaba como un caldero a punto de ebullición. Por enésima vez se preguntó cuánto tiempo le haría esperar Linar.

Su maestro se acercaba. Mikhon Tiq sonrió. En realidad, Linar aún se hallaba a más de cien pasos del establo y caminaba con aquel paso almohadillado que apenas hollaba las hierbas, y sin embargo él lo había percibido.

Linar se agachó, asomó la cabeza por la puerta del establo, y anunció:

--Ha llegado el momento.

La voz del mago sonaba fúnebre, como si en vez de concederle un deseo largo tiempo esperado lo mandara al patíbulo. Con cierta aprensión, Mikhon Tiq salió del establo y le siguió. Se hallaban a mitad

de una ladera, en la umbría del monte. En otra época del año pasaban por allí los pastores con sus rebaños, pero en aquel momento el lugar estaba solitario. Subieron por la ladera y entraron en un pinar. Caminaron un rato entre los árboles, pisando helechos secos que crujían bajo sus pies. Cerca de la cima del monte, llegaron a un claro en cuyo centro se alzaba una gran roca de granito. Treparon por ella, aunque estaba resbaladiza por la lluvia, y desde aquella atalaya natural se asomaron hacia el norte. El cielo estaba cubierto por un techo bajo y gris cuya pesadez oprimía las sienes. Por debajo de aquel lúgubre dosel volaban nubes sueltas y deshilachadas, como enormes ovejas perdidas y sucias. El sol, a punto de ponerse, apenas se intuía, un vago resplandor tras aquel manto de plomo. Una tarde demasiado triste para volver a nacer, se dijo Mikhon Tiq. Al pie del monte, el río Eidos caracoleaba hacia el norte por un terreno ondulado, entre pastizales de un verde húmedo y melancólico. En las suaves faldas de las lomas crecían bosquecillos de abedules, mientras que en los valles y hondonadas se levantaban álamos solitarios de ramas descarnadas. La niebla formaba capas blanquecinas, como si la propia hierba humeara, y se arracimaba entre los árboles.

--Mira el paisaje con tus ojos mortales -le advirtió Linar-. Después todo será distinto.

--¿Distinto... para bien o para mal?

--Distinto.

Se deslizaron por una pendiente de la roca hasta caer a un pequeño semicírculo, rodeado por paredes de granito. En su centro crecía un viejo pino, con la corteza tan arrugada que parecía un enorme velón surcado de goterones de cera. Linar le dijo a Mikhon Tiq que apoyara la espalda en él, sin moverse y mirando al interior del semicírculo de piedra.

--Cierra los ojos y concéntrate en las sensaciones -añadió.

Mikhon Tiq obedeció a su maestro. Captó el aroma dulzón de las agujas de pino húmedas que se pudrían en el suelo, y a través de la ropa sintió en la piel de su espalda las profundas hendiduras de la corteza del árbol, y también escuchó el mortecino susurro de sus ramas que recogían la brisa del atardecer. De algún modo le pareció que el árbol le hablaba, y sonrió por dentro, pues pensó que había alcanzado un nuevo estadio de sabiduría y de unión con la naturaleza, como si sus pies se hincaran en la tierra tan adentro como las raíces del pino, y que en aquella paz comprendía muchas cosas.

Se equivocaba, por supuesto.

Sin previo aviso, algo áspero apretó su cuello. Abrió los ojos, pero no había nada más que el nicho de granito delante de ellos. El invisible agresor le oprimió aún más fuerte y lo levantó del suelo de un salvaje tirón. Mikhon Tiq se llevó las manos al cuello y encontró una soga de

cáñamo anudada en torno a él. Trató de hundir los dedos entre la piel y la cuerda, pero su propio peso la apretaba aún más y no pudo introducir ni las uñas. Pataleó en el aire, sin apoyo, y al hacerlo se giró como un pelele. Allí a la derecha, junto al abrupto borde de la roca, estaba Linar, jalando de la cuerda. Mikhon Tiq miró hacia arriba y vio que el mago la había enganchado en una gruesa rama, a varios metros sobre su cabeza.

--¿Jjjjéstásss cienndohh?? -gorgoteó.

Por toda respuesta, Linar se alejó y anudó el extremo de la cuerda al tronco de otro árbol que crecía más allá, fuera del nicho de roca. Mikhon Tiq seguía dando vueltas y pataleando en el aire.

--No grites -le dijo Linar-. Reserva fuerzas.

Mikhon Tiq se giró y logró agarrarse al tronco del árbol. Trató de trepar por él para que la cuerda se destensara; subió unos centímetros, pero la mano derecha le resbaló, se clavó un pico de la corteza en la palma y volvió a caer el corto espacio que había conseguido subir e incluso unos centímetros más. Había tomado un buche de aire, pero ahora la cuerda se clavó más profunda sobre su nuez. Manoteó impotente. Las manos no le obedecían: querían relajar la presión sobre su cuello, buscar el nudo tras su cogote, deshacerlo, trepar por el árbol, todo a la vez.

--Lináaah -trató de gritar.

El mago estaba a sus pies, alto, gris, callado como un árbol más. Mikhon Tiq intentó patearle la cara, pero sólo consiguió dar al aire y girar sin control. Se dio un golpe en la frente con el tronco, se raspó un pómulo y empezó a sangrar. Todo a su alrededor oscurecía. «Tienes las manos libres», le decía una vocecita interior. «Utilízalas antes de que pierdas el control. No te queda apenas tiempo». Pero sus dedos, aún más empavorecidos que su mente, parecían trozos de madera.

Por fin se encontró con los pies y los brazos alrededor del tronco. Trepó de nuevo unos centímetros y pudo respirar una bocanada de aire. La cuerda estaba tan apretada que le seguía mordiendo el cuello aunque su peso ya no descansaba en ella. Pero pensó que había pasado la prueba; había vencido al pánico.

Algo tiró de sus piernas. Miró hacia abajo y vio los largos dedos de Linar aferrando sus muslos y tirando de ellos. Trató de resistirse, arañó la corteza del pino como si fuera un gato, pero Linar hacía cada vez más fuerza y parecía un lastre de plomo colgado de él. La cuerda le volvió a cortar la respiración. Mikhon Tiq intentó subir, pero era como si todo el peso del monte pendiera de sus piernas. Entre la neblina que borraba su visión vio algo clavado en la corteza del árbol, con un resto de sangre, y se dio cuenta de que era una de sus uñas, arrancada de cuajo. La prueba no era vencer al pánico, comprendió con tristeza. La prueba era morir.

Ya no había oscuridad. Se hallaba en una vasta llanura sembrada de lirios y asfódelos que se movían en ondas, agitados por una brisa baja y caprichosa. Mikhon Tiq caminó entre las flores y dejó que le rozaran los muslos, abrió los brazos y acarició los pétalos contra las manos. Llegó ante un extraño árbol, un olmo de corteza blanca y hojas carmesí, alumbrado por un imposible sol verde. A su pie corría un arroyuelo sobre un lecho de piedras lisas y plateadas. Mikhon Tiq metió la mano en el agua. Estaba más fría que el hielo, pero no le dolió. Se dio cuenta de que tenía la garganta seca como el esparto y ansió beber de aquellas aguas gélidas. Cuando se agachó para hacerlo, alguien le tocó el hombro. Era Linar, que flotaba sobre la superficie del riachuelo, alto y rodeado por un halo de luz, tal como lo había visto la primera vez.

--No bebas.

--¿Por qué? Tengo sed. Tú me has destrozado la garganta. Necesito agua.

--No te he destrozado la garganta. Te he hecho morir.

--¿He muerto de verdad?

--Siempre hay que morir para renacer. Ven.

Linar le tendió la mano. Mikhon Tiq dudó. Aquélla era la misma mano que había anudado la soga para ahorcarlo, la que había tirado de sus piernas para lastrarlo. En cambio, el agua era tan tentadora como el olvido.

--Es tu decisión, Mikhon. Si bebes de esa agua perderás tus recuerdos y tu muerte será definitiva. En ese caso la syfrón de Yatome se hundirá sobre sí misma y la explosión me destruirá a mí también. Puedes matarnos a los dos, o puedes ver lo que llevas guardado dentro de ti.

La dulzura del cansancio luchó contra el hormigueo de la curiosidad. El conflicto duró apenas un instante, que en aquella vasta pradera fuera del tiempo tal vez fuera una eternidad. Mikhon Tiq aceptó la mano que le tendía Linar.

--¿Dónde estoy ahora?

--Ante las puertas de tu syfrón. En este viaje no te puedo acompañar.

Mikhon Tiq levantó la cabeza. Los lienzos y torreones del castillo colgaban sobre sus ojos, tan altos y verticales que sintió vértigo. Miró a la derecha, donde Linar le ofrecía una llave gruesa y herrumbrosa.

--Sólo puedo franquearte la entrada. Te he enseñado a ver y ahora

debes avanzar por tu propio pie.

--¿Hacia dónde?

--Entra y lo verás.

Mikhon Tiq tomó la llave. No tenía peso; tan sólo se sentía en la mano por el frío de su tacto. Le costó introducirla en la cerradura, pues nunca había manejado un objeto ingrávito como aquél. El gran portón de madera se deslizó hacia el interior con un apagado siseo. Al otro lado se entreveían formas oscuras. Mikhon Tiq vaciló.

--Pasa y no mires atrás -le animó Linar-. Éste es tu hogar, Mikhon Tiq. No debes temer.

El muchacho avanzó unos pasos y se dio la vuelta para ver si Linar le seguía. El hueco de la puerta formaba un rectángulo blanco cada vez más estrecho, luego una rendija, después nada. El mago ya no estaba allí.

Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, Mikhon Tiq descubrió que se encontraba en una vasta sala. Las paredes estaban levantadas con sillares de granito gris y decoradas con tapices descoloridos y armaduras herrumbrosas. Se sintió como el heredero de un antiguo linaje que volviera al lar de sus antepasados. Caminó sobre las losas oscuras y frías y sus pisadas despertaron reverberaciones lejanas. Levantó la mirada. La bóveda del techo se veía remota y oscura como el firmamento nocturno. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Al fondo del gran salón se abría una puerta de dos batientes abollonados con gruesos clavos de bronce. La cruzó y se encontró en un largo pasillo. En ambas paredes había vidrieras de colores, y la luz se colaba por ellas como si hubiera un sol amaneciendo a cada lado. Entre las vidrieras se abrían puertas, siete por pared, y otra más al final de la galería. Ésta fue la siguiente que atravesó, y que lo llevó a otra sala. Era una biblioteca, cuyos anaqueles se sucedían en largas hileras que se perdían de vista al fondo de la sala. Mikhon Tiq desfiló ante ellos como si pasara revista, bajo una luz tibia y amarillenta que provenía de estrechas lumbreras en la alta bóveda del techo. Al llegar ante la séptima hilera de estanterías, se decidió a pasar entre los anaqueles, caminó cinco o seis pasos, se volvió a la izquierda y tomó un libro al azar. Era un pequeño volumen encuadernado en cuero negro. No tenía título ni inscripción alguna, ni en las tapas ni en el lomo. Al abrirlo se encontró con un par de líneas escritas en una hermosa caligrafía rítona.

Bienvenido a tu hogar, Mikhon Tiq. Tu amigo y antepasado Yatom te saluda.

Mikhon Tiq volvió a examinar el libro. La encuademación estaba raída; las páginas, amarillentas; la tinta, desvaída, como si aquel volumen tuviera siglos de edad. Volvió a abrir el libro y pasó a la página

siguiente.

Tenemos mucho que aprender juntos. Durante siglos exploré estas salas y paseé por las galerías, los patios y los jardines, pero ni la mitad de los misterios me fueron desvelados. Eres el heredero de esta mansión. Ahora es tu syfrón, la morada de tu poder y tu sabiduría.

El resto de las páginas estaban en blanco. Mikhon Tiq dejó el libro en su sitio, caminó unos cuantos pasos más y eligió otro volumen, con tapas de madera y fabricado en papel de Pashkri. Había en él unas extrañas ilustraciones que no alcanzaba a entender. Al pie de unos símbolos indescifrables rezaba una leyenda:

Entre estas paredes se esconden los siete pozos de la sabiduría, las siete luces del conocimiento, los siete pilares del poder.

Hojeó el libro buscando algo que le aclarara aquella enigmática sentencia, pero no halló nada más. Miró a su alrededor. A ambos lados las oscuras estanterías corrían como senderos infinitos, hasta perderse en una oscura lejanía. Y había decenas de ellas. ¿Cuántos volúmenes podrían contener? Miríadas, millares, millones, cualquier cifra se quedaba corta. ¿Cómo hallar las respuestas? Tendría que confiar en que se le presentaran por sí solas.

Siguió caminando y comprobó que en aquellas inacabables estanterías se abrían huecos, puertas que daban a otras galerías de libros. La biblioteca era tan vasta que en un momento dado creyó que se había perdido sin remedio; pero la fortuna, o algún propósito que se le escapaba, guió sus pasos hacia otra puerta que se abría a un jardín. Bajó una escalera de granito y paseó por él. Allí crecían infinidad de flores, arbustos y árboles, al parecer tan sólo un ejemplar de cada especie, pues no se veía ningún espécimen repetido. Cerró los ojos, aspiró y con su olfato recién despertado tamizó millares de aromas diferentes. Cuando trató de recordar a la vez todos sus nombres, se le atascaron en la entrada de la memoria. Se tranquilizó y tiró del hilo, tal como Linar le había enseñado, y uno a uno desfilaron ante su mente como las perlas de un collar: helecho, mirto, anémona, zigurta, caléndula, romero, sauce, limora, berro, ciprés, saúco, serbal, arrayán, orquídea, madroño, muérdago...

En el centro del jardín había un estanque ovalado cuyas aguas reflejaban un cielo sin sol ni nubes. Alguien le observaba desde ellas. Al pronto pensó que era su imagen, pero aquel rostro estaba debajo de la superficie. Se inclinó sobre el agua para verlo mejor.

--¡Yatom! ¿Qué haces aquí?

«Formo parte de ti. Existo en tanto que tú existes.»

--¡Pero yo no te siento en mi interior!

«Sí me sientes. ¿Acaso no ves mi imagen y escuchas mis palabras?»

--Sí -reconoció Mikhon Tiq.

«Entonces acéptame.»

Mikhon Tiq asintió casi sin querer. Allí todo era extraño y fantasmal. ¿Cómo podía considerar su morada a aquel lugar ajeno y casi amenazador?

«Entiendo tu perplejidad. Posees tu syfrón, pero no la conoces, y de hecho nunca llegarás a conocerla del todo. Yo puedo guiarte por los pasajes que llegué a explorar, pero más allá, si te aventuras, deberás buscar a otros que te guíen.»

--¿Qué es la syfrón?

«Es la fuente de tu poder. La syfrón eres tú, y tú eres el origen de tu magia.»

Una hoja cayó en el agua y enturbió la imagen de Yatom.

--¡No te vayas!

Mas el agua sólo le devolvió el reflejo de un joven boquiabierto.

Después caminó bajo los árboles hasta llegar a otra escalera que subía a una puerta de metal. Sólo tuvo que levantar una mano y se abrió. De nuevo se encontró en el interior del castillo, y durante un tiempo paradójico como el de los sueños deambuló sin rumbo fijo por corredores inacabables y salas que parecían sucederse hasta el infinito. Había dormitorios, comedores, cocinas, despensas, letrinas; y algunas salas extrañas, almacenes que contenían objetos extravagantes, armas retorcidas, esculturas absurdas, frascos que parecían contener entidades tan abstractas como el amor o el saber. Empezó a aceptar que aquella era su morada y que necesitaba tiempo para explorarla. «Encontrarás en tu syfrón los hechizos de un Kalagorinor», le dijo una voz, y no supo si era la de Yatom, la suya propia o un eco del inmenso castillo. Tal vez no tenía sentido tratar de distinguirlas. ¿De modo que en aquella horrible pintura del corredor podía esconderse el secreto de algún hechizo? Si era así, ¿cómo podría descifrarlo?

Sintió bajo sus pies un pesado ronquido en las profundidades. «En tu morada hay puertas selladas, entradas prohibidas, y detrás de algunas se oculta el terror», susurró la voz.

En algún momento encontró una trampilla en el suelo. Al tocar la argolla sintió un intenso temor que le resultó extraño. La syfrón estaba en su interior, era parte de él, ¿qué podía amenazarle pues, si todo estaba en su propia mente? Levantó la trampilla. Bajo ella, una escalerilla se perdía en la oscuridad. En las paredes había antorchas encendidas. Tomó una y emprendió la bajada. Los escalones eran

estrechos y resbaladizos, y el aire tenía un olor picante. La escalera lo llevó a otra galería, baja y angosta; caminaba con la cabeza agachada y el brazo estirado para alejar de sí la llama de la tea. Llegó ante una reja de hierro, cerrada. Un cartel de madera estaba sujeto a ella por un alambre retorcido, que atravesaba un agujero en el cartel y lo ataba a uno de los barrotes. Mikhon acercó la luz. Escrito en un rojo tan pálido que apenas se veía, rezaba un aviso: «NO PASES DE AQUÍ, MIKHON TIQ». Soltó una carcajada nerviosa. La madera estaba carcomida, y la tinta, descolorida, como si aquel aviso llevara allí más de un siglo. Movi6 la mano izquierda hacia arriba y la reja sigui6 su gesto. Encantado por aquella nueva capacidad de mover los objetos sin tocarlos, Mikhon Tiq traspas6 la reja y sigui6 avanzando por el t6nel.

Lleg6 a una estancia circular. En las paredes se abrían cuatro aberturas: una era la puerta por la que 6l había entrado; otras dos, nichos vacíos, y la cuarta, otra reja herrumbrosa que llevaba hacia un nuevo corredor. Pero el centro de la sala lo ocupaba un pretil circular que delimitaba un c6rculo de unos cinco metros de diámetro. Mikhon Tiq se acerc6. El brocal le llegaba casi a la altura del cuello. Se puso de puntillas y vio un pozo de paredes talladas en la roca viva. El olor era tan acre que se le saltaron las l6grimas. Había algo que creaba un extraño campo en el aire. Mikhon Tiq tuvo la sensaci6n de que un insecto le corría por los brazos; pero al arremangarse comprob6 que era su propio vello, que se le había erizado como si se hubiera frotado con 6mbar.

Mikhon Tiq dej6 la antorcha sobre el pretil, de tal manera que el extremo que ardía qued6 haciendo equilibrios sobre el pozo. Despu6s, apoy6 las manos y dio un peque6o salto. Con el pecho sobre el borde y las puntillas apretadas contra la pared del brocal, asom6 la cabeza a las profundidades.

Una fuerza invisible subía desde el pozo. Los cabellos de Mikhon Tiq se pusieron de punta y el coraz6n empez6 a latirle de una forma extra6a, como si hubiera perdido el comp6s. El fondo del pozo no se llegaba a atisbar, pero de 6l brotaba un vago resplandor, apenas un grado m6s visible que la negrura. Mikhon Tiq percibi6 en su interior algo grande, inmensamente poderoso, una fuerza bruta adormilada. Sintió miedo y quiso bajarse del pretil. Al hacerlo, empuj6 la antorcha, que se precipit6 al vacío. La tea cay6 dando vueltas, sin apagarse, alumbrando un c6rculo que se hacía cada vez m6s peque6o y que no parecía tener fin. La luz se hizo m6s d6bil, se convirti6 en un punto lejano y por fin se perdi6. Pero Mikhon Tiq estaba convencido de que a6n no había llegado al fondo, y se qued6 esperando.

Al cabo de un tiempo supo que la antorcha había dejado de caer. Algo se despert6 muy, muy abajo. Una fuerza brutal, inmensa, empez6 a subir por el pozo...

Soy yo quien tiene que despertar, se dijo Mikhon Tiq. Despierta.
¡Despierta!

Y despertó sobresaltado. Linar lo sacudía por el hombro. Al momento comprendió que algo iba mal. Trató de ponerse en pie, pero le falló el equilibrio y cayó de bruces. El suelo entero temblaba con violencia. La roca junto a la que había pasado su angustiada ordalía se estaba levantando de sus raíces, como si un ariete inmenso la empujara desde las profundidades.

--¿Qué ocurre? -gritó Mikhon Tiq.

--¡Tenemos que salir de aquí si no queremos quedar aplastados!

Linar empezó a correr monte abajo con sus zancas de garza.

Mikhon Tiq trató de seguirle, resbaló por el suelo de agujas de pino mojadas y se dio de cabeza contra un árbol. Aunque el golpe fue muy duro, algo, una extraña burbuja de calor, estalló dentro de él y ahogó el dolor. Linar se volvió, lo agarró de la mano y le gritó que corriera como él.

--¡No sé hacerlo!

--¡Ahora sí!

Linar empezó a dar saltos cada vez más largos, como si fuera perdiendo peso en cada uno y el viento lo arrastrara. Sin pensarlo, Mikhon Tiq lo imitó y en la primera zancada cubrió dos metros, y en cada una voló más lejos. Mientras, el seísmo se hacía más rabioso. Una gran roca se levantó del suelo, rompiéndolo como un diente gigantesco. La rodearon y esquivaron por un palmo la caída de un pino que se venía sobre ellos. La ira de la tierra parecía buscarlos. Cada vez que posaba los pies, Mikhon Tiq sentía bajo ellos un poder ciego y abrumador que tal vez sólo estuviera desperezándose.

El suelo que pisaban se rompió y se levantó en una gran placa que, como un barco a punto de zozobrar, se inclinó sobre la boca de la sima recién abierta. Mikhon Tiq resbaló hacia aquella boca enorme y rugiente. Asustado, apretó más el talón derecho contra el suelo y su peso desapareció por un instante y él se plantó al otro lado de la grieta. La violencia del temblor se reduplicó; tal vez la bestia sumergida en las rocas se había enfurecido aún más al ver que se le escabullía su mísero bocado.

Llegaron a un pastizal, en la ladera de una colina roma. Allí no había piedras ni árboles, y se detuvieron, con manos y pies apoyados en el suelo, mientras el terremoto llegaba a su paroxismo y su rugido hacía retemblar hasta las bóvedas del cielo. Ante ellos, la tierra vomitaba árboles, piedras, enormes mendrugos de sedimentos y raíces rotas, en una erupción de materia sólida. Mikhon Tiq, sobrecogido de terror, se

cubrió la cabeza con las manos y gritó:

--¡El mundo se acaba!

Tras unos segundos de furia máxima, el terremoto comenzó a declinar. El rugido se fue perdiendo y la tierra recobró su estabilidad. Se pusieron en pie. Mikhon Tiq sentía bajo sus pies los últimos coletazos del monstruo que volvía a hundirse en las profundidades. Miró a Linar y no le gustó nada la expresión que vio en su rostro.

--Yo te he despertado al Kalagor -dijo el mago con voz severa-. Pero tú has despertado algo más. ¿El qué?

El muchacho recordó el aviso. NO PASES DE AQUÍ, MIKHON TIQ. Había cometido un error terrible y estúpido.

--No lo sé, Linar. No lo sé.

Curación

Un sol cárdeno flotaba al borde del horizonte. Derguín, muy cansado, se sentó al pie de un olmo blanco, junto a un arroyo que cascabeleaba como plata entre juncias y asfódelos. Tenía la garganta tan seca... Se agachó y ahuecó la mano para beber.

--No lo hagas.

Derguín se detuvo con los labios a flor de agua y levantó la mirada. Un hombre le observaba. Era grande, demasiado grande. La barba roja caía como una cortina sobre un mandil de cuero. Sus bíceps eran tan gruesos como su cabeza y las manos anchas como palas; pero una de sus piernas estaba tullida y seca.

--Si bebes de esta agua lo olvidarás todo y jamás podrás regresar.

--¿Por qué he de querer regresar?

El gigante resopló.

--*Diatan mághairan* -le contestó, y sólo entonces se dio cuenta Derguín de que estaban hablando en la lengua de los Arcanos-. Por la Espada. Sé que la quieres.

--Sí.

--¿Para qué?

--No lo sé. La quiero, sin más.

--Siempre se quiere algo para algo. ¿Qué buscas en ella, la gloria o el poder?

--No lo sé. La gloria, supongo...

Derguín estaba demasiado cansado para pensar. El agua del arroyo bajaba con manchas rojas que se deshacían en nubes e hilachas. Sólo entonces se dio cuenta de que tenía el cuerpo lleno de heridas y que aquellas manchas eran sangre que le goteaba por las piernas, los codos, el vientre.

--La gloria no sirve para nada. *Zemal* es un instrumento de poder. Un necio vanidoso preferirá la gloria; un hombre inteligente se quedará con el poder.

--El poder... es muy cansado -suspiró Derguín. El aliento se le escapaba por las heridas-. La gloria es hermosa. El poder está manchado de... sangre.

--Si consigues a *Zemal* tendrás poder. No podrás renunciar a él.

--¿Por qué discuto contigo? Me estoy desangrando. Nada importa ya... Quiero beber.

Derguín se agachó de nuevo.

--¡No lo hagas! Aún puedes salvarte, pero debes aceptar tu misión y tu poder.

--El poder es malo. ¿Por qué he de dominar yo las voluntades de otros?

--Porque ellos lo necesitan.

--Yo no lo necesito. No entiendo... por qué otros lo necesitan.

Se agachó de nuevo sobre el agua, aunque ahora, teñida de sangre, no le pareció tan tentadora como antes.

--¡Te he dicho que no bebas! -Derguín se apartó sin querer-. Es igual que lo entiendas o no. Tendrás el poder, tanto si quieres como si no. Te salvaré para que cumplas tu misión.

--¿Qué misión? ¿Qué pedirás de mí?

--Nada. Los hechos te harán elegir. Tu deber está escrito en tu corazón desde que fuiste engendrado.

--¡No quiero el poder!

--No podrás renunciar a él.

--¡¿Quién eres tú?!

Una mano enorme se acercó al rostro de Derguín. Fue como si se hubiera corrido una cortina en el cielo.

Derguín recordaría más tarde que estuvo flotando en una negrura húmeda y fría, sin direcciones, sin arriba ni abajo, sin antes ni después, pues nada sucedía en ella. Su mente se dejó absorber perezosa por aquella oscuridad, su cuerpo se encogió como un feto para conservar el calor, y sólo albergaba el vago pensamiento de que aquello era estar muerto y que no resultaba tan terrible como había pensado. Allí no había urgencias, ningún anhelo que cumplir, ninguna espada que

conquistar; tan sólo disfrutar de ese sueño sin fin.

Pero los ojos se le abrieron sin querer y la negrura se convirtió en formas. Durante un rato no supo interpretar lo que le rodeaba. Su cuerpo estaba tumbado y envuelto en algo suave y cálido. Un murmullo lo arrullaba y se volvió a hundir en la negrura, pero esta vez soñó con otros lugares y otras cosas; con un puente de piedra que cruzaba un río, con un ejército que le disparaba sus flechas, con el dolor de los hierros hurgándole las carnes uno tras otro, perforándole el vientre, astillándole los huesos, y con una caída eterna hacia la negrura.

Cuando volvió a abrir los ojos ya no los quiso cerrar, porque los sueños habían sido dolorosos e inquietantes. Tenía todo el cuerpo dolorido, aunque era un dolor difuso, embotado, que casi podía ser placentero mientras no tuviera que moverse ni pensar demasiado. Giró un poco la cabeza a la derecha y trató de averiguar dónde estaba.

Era una bóveda baja y alargada de la que colgaba un bosque de estalactitas. La luz venía de los luznagos que revoloteaban entre las oquedades del techo. Al principio pensó que era la misma gruta en la que se había aventurado cuando lo atrajo el rastro perfumado de Tríane. Pero el techo de esta caverna era mucho más bajo. Él estaba acostado en un rellano, casi arrinconado contra una pared, y a su derecha el suelo bajaba hacia una gran charca central.

Derguín trató de incorporarse apoyándose en un codo, pero el brazo derecho le falló. Su espalda volvió a topar en algo blando; eran pieles que lo envolvían por arriba y por abajo. Cerró los ojos un rato más y trató de olvidar las punzadas en el brazo y el vientre, que ahora le enviaban latigazos de dolor con cada latido del corazón.

--No debes moverte aún -susurró una voz.

Derguín abrió los párpados. Tal vez se había quedado dormido un instante, porque recordaba la cueva vacía; mientras que ahora había una mujer arrodillada a su lado. Era tan sutil que se confundía con las sombras. Una larga cabellera negra le caía por los hombros y se derramaba junto al rostro de Derguín. Flores blancas le adornaban el cuello, y llevaba una túnica mojada. Derguín se complació en observar los minúsculos pliegues, los frunces blancos que se separaban de su cuerpo y las sinuosidades más oscuras que corrían entre ellos y revelaban la piel.

--Tríane... -musitó.

Los ojos rasgados le sonrieron, y unos dedos como pétalos le acariciaron los párpados. Las sombras jugaban en el rostro de Tríane, embelleciendo lo visible y haciendo deseable lo oculto.

--Derguín Gorión -susurró Tríane-. ¿Quién ha podido dañarte así?

Las yemas de sus dedos se deslizaron por la mejilla y el cuello de Derguín; después apartaron la manta con delicadeza y recorrieron su piel desnuda con un aleteo de mariposas. Él miró hacia abajo, temeroso

de encontrar un cuerpo perforado de llagas. Pero donde esperaba ver las heridas había unos círculos recubiertos por una película blanca que bullía como si bajo ella revolotearan criaturas minúsculas y perezosas. Tríane las observó frunciendo un poco las cejas, y luego pasó la mano sobre ellas. Una débil corriente atravesó sus palmas y recorrió la piel de Derguín.

--No debes moverte aún -repitió ella.

--Pero... la Espada...

--Tienes tres costillas rotas en la espalda, una brecha mal curada en la nuca, y cuatro flechas te han atravesado un brazo, una pierna, el vientre y un pulmón. Es mucho exigirle a tu cuerpo que te ayude a conseguir la Espada.

Derguín dejó caer la cabeza y cerró los ojos. No era cobardía. Él había hecho lo que estaba en su mano. Lo que estaba en su mano...

Pasó el tiempo. Tríane le daba de comer, le lavaba, le extendía un unguento sobre las heridas para aliviar la picazón que producía en ellas aquel hervor incesante. Le explicó que bajo la película blanca que las tapaba había un ejército de criaturas diminutas. Aquellos seres, creados por una ciencia más antigua que los reinos de Tramó--rea, eran sastres y albañiles en miniatura que remendaban sus tejidos y reconstruían sus huesos. Pero debía tener paciencia.

Paciencia no le faltaba a Derguín. Tríane le mezclaba en la comida unas hierbas sedantes que le hacían dormir la mayor parte del tiempo; y no soñaba, sino que flotaba entre sensaciones arrullado-ras e imágenes placenteras. A veces las visiones eran más extrañas. Una vez creyó despertarse y miró hacia la izquierda al oír un chapoteo; pensó que sería Tríane, que salía de la gruta y volvía a entrar en ella por la charca. Pero lo que surgió del agua fue una enorme cabeza escamosa de ojos amarillos. Era una especie de serpiente gigantesca, un dragón acuático con el cráneo festoneado por una corona de púas y crestas. Se miraron durante unos segundos. Derguín, por extraño que fuera, no sintió temor alguno. Los párpados de la bestia se movieron hacia arriba y entornaron las córneas amarillas y las astutas ranuras de las pupilas. Derguín parpadeó también y bostezó, presa de una pesadez letárgica. El dragón abrió la boca, canturreó algo en un tono muy bajo, como un pájaro de voz gigantesca y baja, y desapareció de nuevo bajo el agua. Después le preguntó a Tríane por aquella criatura, y ella le sonrió y le dijo que Lorbográn no era precisamente inofensivo, pero que a él le había salvado la vida.

--¿No lo recuerdas?

Pero todo lo que había pasado después de llegar a la aldea de

Oetos era una niebla rojiza en la que no distinguía nada.

Poco a poco su cuerpo se recuperaba. Tríane levantaba la manta de piel que lo cubría y examinaba su cuerpo desnudo. Siempre lo recorría con la mano, y cuando llegaba al vientre meneaba la cabeza y chasqueaba la lengua. Pero un día (en aquel lugar aislado del día y de la noche) encontró la reacción que esperaba y sonrió. No te muevas, le dijo a Derguín, y se acurrucó encima de él y volvió a servirse de su cuerpo, como ya había hecho antes, pero esta vez fue tierna y cuidadosa para no hacerle daño.

Desde entonces hicieron el amor a todas horas. Derguín se dejaba utilizar, pero según recobraba fuerzas se fue animando; al principio se conformaba con amasar los pechos de Tríane mientras ella le cabalgaba, pero luego la agarraba por los hombros y tiraba de ella intentando tumbarla, y ella se resistía entre carcajadas y le apretaba los ijares con los muslos como a una montura rebelde. Un día Derguín logró volcarla, y acabó encima de ella, le puso las manos en las mejillas y las sienes, apretó para que no se moviera y respirando junto a su rostro sintió por primera vez que era él quien la poseía. Así, cada vez que hacían el amor era una lucha de resoplidos, jadeos, manos que apretaban otras manos, ojos que se lanzaban chispas, dientes que mordían labios propios y ajenos, piernas que se anudaban y trataban de desanudarse.

Después, se envolvían en la piel y se quedaban tendidos de costado, mirándose muy de cerca. Los ojos de Tríane eran tan rasgados como dos sonrisas.

--¿Quién eres? -le preguntaba Derguín.

--Soy Tríane -se rió ella-. ¿No te basta con eso?

--No.

Pero entonces ella cambiaba de tema. Una vez, mientras Derguín dormitaba, cantó unos versos en la lengua de los Arcanos, y el muchacho se espabiló al oír aquellas palabras, pero no abrió los ojos.

Princesa de las Niryiin, hija de los grandes bosques,
reina en la profunda arboleda y en la fronda húmeda,
tú que peinas tus cabellos bajo los rayos del sol,
tú que haces crecer la hierba bajo tus manos de agua.
Negra y dorada, verde y negra, blanca y oscura,
princesa de las Niryiin, hija de los grandes bosques.
Tu cuerpo modeló en su torno el divino alfarero
y las gracias del agua y del viento en él derramó...

Derguín volvió a adormecerse arrullado por la voz de Tríane, que más que cantar susurraba, como el viento que se desliza entre las hojas de un sauce y arranca de ellas una nota escondida, una campana que se abre en gotas de perfume. Oyó sobre bosques profundos, sobre arroyos secretos, sobre grutas a las que no había llegado el hombre y donde

aún moraban razas tan antiguas como las piedras.

--¿Cuál es tu edad? -insistió más tarde.

--Tengo más años de los que parezco y menos de los que te temes.

Soy joven, ¿no te basta con eso?

--¿Qué son las Niryiin?

--Has oído mi canción...

--Sí.

--Temes que yo no sea humana.

--No. Tal vez sí. Pero me daría igual.

--Lo sé. Tú no eres como los demás: amas lo que desconoces. Yo soy y no soy humana. Soy una mujer, y para ti siento como una mujer, y eso es suficiente.

Un día Tríane le limpió las heridas y retiró la membrana blanca que las cubría. La piel estaba intacta. Derguín se puso en pie y estiró brazos y piernas. Nada le dolía, y los músculos los sentía más frescos y firmes que cuando salió de Koras. Pero entonces recordó que de nada le servía haber recobrado la salud, pues era un Tahedorán sin espada, un candidato que ya no podría convertirse en el Zemalnit.

Tríane le preguntó por qué se había entristecido y Derguín se lo explicó.

--¡Entonces, disfruta del sol de una vez! ¡Sígueme!

Desnuda, como pasaba la mayor parte del tiempo, Tríane corrió hacia la charca y se zambulló de cabeza. Derguín la siguió. El agua estaba muy fría. Se sumergió detrás de Tríane, que buceaba sin mover pies ni brazos, culebreando con el cuerpo como una nutria. Al principio se movían entre un resplandor fosforescente y confuso. Después pasaron bajo un techo de rocas puntiagudas; por delante una cortina de largas hebras blancas se hundía en las aguas. Derguín se dio cuenta de que eran los rayos del sol. Ya le quedaba poco aire; pronunció mentalmente la fórmula de la segunda aceleración, y por primera vez notó un desgarrón en los riñones mucho más penetrante que el dolor sordo de la Protahitéi. Pero el dolor se disolvió en el torrente de energías que invadía sus venas. De pronto Tríane pareció bucear en miel, en vez de en agua. Derguín pasó a su lado y torció el cuello para contemplarla; los pequeños músculos se le marcaban bajo la piel, las nalgas puntiagudas se contraían en cada ondulación. Ella le miró sorprendida, y él sonrió travieso mientras la adelantaba.

Cuando rompió el agua con la cabeza y tomó aliento se desaceleró. Habían sido unos segundos, pero suficientes para comprobar que la segunda aceleración cansaba mucho más que la primera. Miró a su alrededor. Estaba en una laguna de aguas de cristal, rodeada por

grandes rocas. A su derecha se levantaba la única orilla accesible, en la que un enorme sauce llorón inclinaba sus ramas hacia el agua. Derguín nadó hacia allí. Algo le agarró del tobillo y tiró de él hacia abajo. Se hundió, tragó agua, y al mirar hacia abajo vio a Tríane, que trepaba por su cuerpo para sumergirlo. A duras penas se zafó de ella y llegó a un lugar donde pudo apoyar los pies.

--¿Después de curarme me quieres ahogar?

Ella le lanzó un chorro de agua con la boca.

--¿Cómo has conseguido adelantarme, tramposo?

--Recuerda que ahora soy *tah* Derguín...

Salieron a la orilla. El sauce crecía en un pequeño llano cubierto de hierba. Un poco más allá subía un caminito tortuoso que zigzagueaba entre piedras y espinos. A la derecha de Derguín, al norte, el lago estaba cerrado por una escarpada pared que se quebraba en repechos y estrechas terrazas. El agua saltaba de una a otra, buscando aquí y allá el sendero más corto, y en su bajada se dividía en decenas de pequeñas cascadas que dibujaban una cabellera de espuma colgando sobre el lago. Derguín miró hacia el cielo. El sol estaba casi en su cénit. Abrió los brazos, respiró hondo, aspiró mil aromas. Se dio cuenta de que en la gruta sólo olía a Tríane. El perfume de ella era delicioso y excitante, pero ahora se embriagó de todos aquellos olores que lo devolvían al mundo. En sus últimos recuerdos, el cielo era un dosel gris; ahora se veía azul, sin una nube. Tal vez ya hubiera pasado el invierno.

Tríane pareció leerle el pensamiento.

--Mira hacia allá.

Derguín giró la cabeza hacia el oeste. No había horizonte, pues las rocas que rodeaban la laguna se levantaban hasta diez y quince metros sobre las aguas e impedían ver lo que había más allá; pero sobre aquel borde empezaba a asomar una línea gris.

--El mal tiempo volverá enseguida. No han pasado tantos días como crees.

Derguín volvió a sonreír con tristeza.

--Más que suficientes. No me extrañaría que Togul Barok esté de vuelta en Koras con la Espada de Fuego.

--¿Eso crees?

Derguín miró a Tríane, receloso por el tono burlón de su voz.

--¿Sabes qué día es hoy? -volvió a preguntar ella.

--No tengo ni idea. Tendría que saber cuánto...

--Estamos en el mediodía del día siete de Kamaldanil, según vuestros calendarios.

Derguín frunció las cejas.

--Te estás riendo de mí.

--Es siete de Kamaldanil -repitió Tríane, mirándole a los ojos.

--Es... imposible. Llegamos a Oetos el tres de Kamaldanil, y eso

sería hace cuatro días. Yo llevo allí dentro meses.

--Tú lo has dicho, Derguín, *allí* dentro.

Tríane se sentó en la hierba e invitó a Derguín a que hiciera lo mismo. Frente a frente, el muchacho la interrogó con los ojos. Tríane habló por primera vez abiertamente, y aunque siguió ocultando muchas cosas que Derguín habría querido saber, en su forma de expresarse reconoció sin ambages que no era humana.

--Entre los humanos -explicó- se dice que más allá del horizonte, en lo más profundo de los bosques o en montes inaccesibles, se extiende el país de las hadas. Corren entre vosotros muchas fábulas sobre ese lugar y sobre las gentes que lo moran. Por ejemplo, que en él el tiempo transcurre de forma engañosa; cuando un mortal se interna en el país de las hadas y después de siete días vuelve con los suyos, descubre que en realidad han pasado siete años y encuentra a sus hijos crecidos y a sus mujeres casadas con otros hombres.

»Esos cuentos intuyen la verdad, porque es cierto que algo se conserva de un saber muy antiguo y de una época remota en que el tiempo no tenía secretos. Has estado en un sitio muy especial, Derguín. Su nombre es Gurgdar, la bóveda del tiempo. No es una gruta natural, sino obra de un pueblo más sabio y antiguo aún que los Arcanos. Si escarbaras en sus paredes, encontrarías bajo la roca una cúpula lisa forjada en un metal que ya no existe en este mundo. Su virtud es la contraria de la que cuentan las fábulas. En Gurgdar el tiempo se acelera de tal modo que por cada cuarenta días sólo transcurre uno en el mundo exterior. Por eso te trajo aquí Lorbográn. Para tu cuerpo han sido casi tres meses. Pero en realidad no han pasado más de dos días.

--Eso quiere decir...

--Que todavía estás a tiempo de conseguir la Espada de Fuego.

Derguín se levantó casi de un brinco y se dio un puñetazo en la palma de la mano.

--¡Sí! No, no, no puede ser... Es todo una locura. Yo no...

--Tranquilo. Siéntate un momento, aquí, más cerca de mí.

Derguín se sentó. Tríane le tomó la cabeza y tiró de él, hasta recostarlo en su pecho. Después le acarició las sienes y aquella corriente que tan bien conocía el muchacho le cosquilleó entre la frente y la nuca.

--Recuerda. Trata de recordar todo lo que pasó... Vuelve al día tres.

Derguín cerró los ojos y vio de nuevo el establo de Oetos. Allí se perdían sus recuerdos; pero ahora la niebla se disipaba bajo los dedos de Tríane.

--Un corueco. Por Himíe, era enorme, y tan rápido que no... Me levantó y me lanzó contra la pared. No había sentido en mi vida una fuerza tan brutal...

Cuando chocó contra la pared del establo, todos los huesos de la espalda le crujieron como madera rota y el aire escapó de su pecho. Me ha matado, pensó, mientras se hundía en unas aguas negras. Pero, aunque cada bocanada parecía una roca de granito, logró respirar un pequeño buche de aire, y luego otro y otro más, y poco a poco salió de las aguas. Sintió el heno clavarse en su costado, y en sus manos y en su rostro. La espalda estaba fuera de su percepción, era un globo sin sensaciones que se hinchaba y le apretaba el resto de los órganos. Me ha partido en dos, pensó. Era preferible la muerte: había visto a qué quedaban reducidos los hombres con la columna rota.

Pero descubrió que podía moverse. Primero las manos y los brazos, y después las piernas, lo obedecieron con lentitud. Con moroso placer fue descubriendo mil pequeños dolores de la cabeza a los pies.

Entonces le llegaron voces del exterior. Derguín había quedado tan aturdido por el golpe que no oyó el estertor de muerte del corueco, pero ahora pudo escuchar la discusión entre Kratos y otros hombres. «¡Alto en nombre de Áinar!» Se levantó a duras penas. Fuera debía haber un pequeño ejército, demasiado para él en esas condiciones. En una de las paredes había un ventanuco cerrado con un postigo. Apartó a los caballos para llegar hasta él y lo abrió; pero cuando trató de introducir los hombros por el hueco, sintió una punzada en la espalda que le hizo clavar las uñas en la pared. Fuera, una voz ordenaba que lo buscaran en la cuadra. No tenía tiempo ni fuerzas para salir por la ventana. A la desesperada, corrió hacia la otra pared y se pegó a ella. Lo iban a ver, ya oía sus pasos chapoteando junto a la puerta. Se acurrucó más hasta que el heno le llegó a la cintura, y entonces se le ocurrió que si se enterraba del todo tal vez no repararían en él. Una esperanza absurda, pero se hundió entre la paja como un topo en la tierra y contuvo el aliento.

Los soldados entraron en el establo. Derguín pudo oír sus respiraciones acezantes; al parecer, le tenían más miedo que él a ellos.

--¡Mira, la ventana está abierta! ¡Se ha escapado por allí! -dijo uno de ellos, aliviado.

Los oyó salir, pero no se movió. Luego sonaron más pasos y sintió un miedo que le encogió las entrañas; algo mucho más peligroso que un corueco acababa de entrar al establo.

--¿Dónde está tu amigo? -silbó una voz airada.

Hubo unos segundos de silencio, y luego esa misma voz se acordó de la madre de Derguín mientras salía por la puerta.

Después, Derguín debió de quedarse dormido entre el heno, pues lo siguiente que recordaba, con mucho esfuerzo, era que salía del establo ya por la mañana.

--Todo está embrollado, como en un sueño -le dijo a Tríane, sin

abrir los ojos-. Sé que soy yo, pero a la vez soy otra persona. Soy príncipe de Áinar, estoy convencido de que vivo en palacio, de que mi padre es el emperador. -Las palabras le salían a borbotones-. Me llamo Derguín Barok y sé que mi hermano quiere suplantarme, me quiere arrebatarme mi puesto y también la Espada de Fuego. Tengo que reunir a mis tropas leales...

Tríane le sacudió por los hombros. Derguín se quedó mirándola como si despertara después de una pesadilla.

--¿Por qué? -preguntó-. ¿Por qué estaba convencido de ser hijo del emperador? ¡Soy un Gorión, no un Barok!

--La respuesta está dentro de ti, si deseas encontrarla.

Derguín se puso de pie y se apartó de Tríane.

--¡No quiero recordar más! Pero... Sé que salí del establo y entré en una taberna. Se habían llevado mi caballo y mis provisiones, y quería comer. Allí luché contra unos hombres, unos soldados. Creo que algunos murieron...

Se apretó las sienes al recordar el olor a sangre y a tripas. Era la primera vez que mataba por propia voluntad y sintió náuseas, porque la única memoria clara que le había quedado era la de aquella pestilencia.

--Después caminé, caminé mucho. Y crucé un puente. Ese puente... Yo creía que era como en un sueño, que no me podrían hacer daño. Pero aquellas flechas se me clavaron y... -Se detuvo y enseñó los dientes en una mueca de dolor-. A veces sueño que estoy en un sitio alto, en una montaña o en una torre, y entonces salto al vacío y vuelo como un dragón. Cuando me hirieron, perdí la espada y me caí de aquel puente, y moví los brazos, pero no volé.

Tríane le abrazó por detrás y le besó en la nuca.

--Déjalo. Cuando el corueco te estrelló contra la pared, te hiciste una brecha en la cabeza. Tu mente estaba confusa. Lo extraño es que sobrevivieras. Mezclaste lo que era real con los pensamientos que te obsesionaban. Olvídalo ya.

Derguín se volvió.

--¿Adónde iba yo? ¿Adónde me conducía aquel puente?

--Ibas hacia el oeste, buscando la Espada de Fuego.

Derguín agachó la cabeza y cerró los ojos, pero los abrió de nuevo al instante. Eran demasiadas imágenes arremolinándose, pasados, presentes y futuros soplando en un vórtice furioso, unos reales, otros imaginados, algunos posibles... Se dejó caer en la hierba, abrumado por el cansancio de todo lo que había pasado y de lo que aún tenía que suceder.

Algo alargado cayó junto a sus rodillas. Tallado en la madera, un guerrero disparaba flechas contra un león de dientes de sable.

--¿No la reconoces?

--Es... *Brauna*. ¡Mi espada!

Derguín extrajo la hoja de la vaina y la examinó. Había sido pulida de nuevo y brillaba más que nunca. Los ojos se le llenaron de lágrimas al verla, pues la creía perdida en las aguas de un río, o tal vez perdida en un sueño en el que la perdía en las aguas de un río.

--Ahora recuerdo más... Al salir del establo encontré una espada rota. La recogí, porque pensé que era la espada de mi vasallo Kratos May. ¡Mi vasallo, nada menos! Quería llevarle los trozos para que los guardara. Supongo que los extravié cuando caí de aquel puente.

--¿Eso crees?

Derguín levantó la mirada. Tríane le tendía otra espada, enfundada en una vaina de cuero rojizo. Derguín reconoció la empuñadura.

--¡La espada de Kratos!

La extrajo con cuidado y la examinó. Parecía *Krima*, pero él la recordaba partida en dos fragmentos. Ahora su hoja volvía a estar intacta, brillante, recién pulida. Pero una espada como ésa no se podía reforjar.

--Esto es imposible.

--Toma esto -le dijo Tríane, tendiéndole un gancho-. Compruébalo.

Derguín desmontó la empuñadura de *Brauna*. En la espiga, junto a la firma del espadista Amintas y las marcas de los Gorión y de los Barok, aparecía un nuevo signo, una T grabada en el alfabeto de los Arcanos. Después examinó la espada de Kratos. Allí encontró la marca de Beorig y, a su izquierda, de nuevo la misteriosa T. Pasó la yema del dedo índice sobre la letra y advirtió que los bordes aún se notaban afilados y desiguales. La marca era reciente.

--¿Qué significa esta firma? ¿Quién ha trabajado en ellas?

--¿Te parece que estas dos espadas son un buen presente, Derguín Gorión?

--Sí, claro, pero es...

--Entonces tú me debes un presente a cambio -contestó Tríane, pegando su cuerpo a él.

Después comieron al pie del sauce y bebieron vino dulce en copas de barro. Derguín se recostó contra el árbol y sin darse cuenta volvió a quedarse dormido. Le despertó un cosquilleo en la mejilla. Manoteó creyendo que era una mosca, pero resultó ser Tríane que jugueteaba con una ramita.

--¡Vamos, perezoso! Es hora de seguir tu camino. ¡La Espada de Fuego te espera!

Derguín se levantó y le preguntó a Tríane por qué tenía tanto interés en que consiguiera la Espada.

--No debe caer en manos de Togul Barok. Sería terrible para

nosotros, y también para vosotros.

Derguín la miró con suspicacia. Le dolió que Tríane lo manejara como pieza de ajedrez, al igual que Linar. Pero recordó que poco antes, mientras la poseía sobre la hierba, ella le había mirado a los ojos para decirle muy seria: «Te amo, Derguín Gorión». Pasión de ninfa, capricho de hada, engaño o amor verdadero. Tal vez aquellas palabras significaban algo distinto en los labios de Tríane, pero al escucharlas Derguín había sentido que se hundía en un pozo vertiginoso, y un miedo desconocido se apoderó de él.

Mientras él dormía, Tríane le había preparado un fardo con ropas y provisiones, y también le trajo la manta de piel que le había abrigado mientras se curaba en la cueva. Derguín se vistió, por primera vez en muchos días, al menos en los de su mente. Al cubrirse la piel sintió que estaba cerrando una puerta, que salía del mundo nebuloso y mágico en el que había vagado desde que llegó a Oetos y que volvía a la Tramórea de piedra y barro en la que los hombres luchaban y se mataban por conquistar el poder.

Subieron por el caminito que serpenteaba entre las piedras. Era empinado y resbaladizo, pero las piernas de Derguín entraron en calor enseguida y parecían pedir más esfuerzo. Hicieron alto en una explanada en la que crecían unos cuantos avellanos, y Derguín se volvió. El lago quedaba bastante abajo, acaso a veinte metros o más; desde arriba, sus aguas se veían opacas y duras como malaquita.

Allí los esperaba un hermoso caballo blanco, de remos largos y cabeza orgullosa. No tenía una sola mancha en el cuerpo, salvo un círculo oscuro entre los ojos. Cuando Derguín se acercó a él, el animal le miró a los ojos como si lo examinara. Tríane le acarició el cuello y dijo que se llamaba *Riamar*. De la boca del animal salió un suave gorjeo que en nada se parecía al relincho de un caballo.

--Es que no es un caballo, sino un unicornio -explicó Tríane.

Derguín enarcó una ceja. Muchas cosas extrañas y difíciles de creer había escuchado aquel día, pero ésta le parecía la más extravagante de todas. En un tono algo displicente, preguntó dónde estaba entonces el cuerno. Tríane le tomó la mano y la guió hacia la frente de *Riamar*. Allí, al llegar al círculo oscuro, los dedos de Derguín se toparon con algo duro. Le siguió la forma con cuidado y comprobó que, aunque no lo viera, allí había un cuerno fino y tibio, que se retorció en espiral, tan largo y aguzado como su propia espada.

--Es un unicornio de las tres lunas -le explicó Tríane, con tal naturalidad que Derguín no se atrevió a preguntarle qué tenía de peculiar esa raza-. Por eso ha sobrevivido a los cazadores que buscan los cuernos de estos animales para obtener pócimas y filtros. Debo advertirte que *Riamar* no es una montura, pero ha aceptado la silla y los estribos para ayudarte a llevar la carga. No necesita bocado ni riendas.

Te llevará a donde debas ir.

Tras las explicaciones, Tríane se puso de puntillas y le besó. *Riamar* apartó la cabeza como si se avergonzara de aquellas efusiones propias de bípedos. Derguín respondió al beso de forma ausente. Tríane se dio cuenta y se apartó.

--¿Qué pasa?

--Tengo que preguntarte algo.

--¿Sí?

--Quiero saber qué ha sido de Kratos. ¿Sigue vivo?

--¿Qué más te da? Tú deja que *Riamar* te lleve a las montañas y consigue la Espada de Fuego.

--Dímelo. Quiero saberlo.

--¿Por qué? Él es tu rival.

--No lo entiendes. Es mi maestro.

Tríane retrocedió un paso.

--Quiero que seas el Zemalnit. No debes pensar en nada más.

Derguín percibió en sus ojos un filo de dureza que le asustó un poco, pero insistió.

--Dímelo.

--Si tanto te interesa saberlo, fue capturado por un poderoso hechicero, y ahora lo llevan a un castillo llamado Grios. Pero no quiero que vayas allí. Debes ir al noroeste, al paso de Rania, y alejarte de Grios. Contra ese brujo la espada no te valdrá de nada, y yo no podría ayudarte aunque quisiera.

Derguín la abrazó, pues no quería verle los ojos. El cuerpo de Tríane se envaró bajo sus brazos, pero cuando le frotó la espalda y pegó los labios a su cuello, se relajó y volvió a sonreír.

--Suerte, Derguín. Cuando llegue el momento, recuerda que eres mi campeón. Debes serme fiel.

Se despidió de él con un beso fugaz, y después corrió hacia la espesura y antes de que Derguín se diera cuenta ya se había perdido entre las sombras de los árboles.

Derguín no tardó en darse cuenta de que *Riamar* no era una montura cualquiera. Por frágil que fuera el terreno, el unicornio se movía como si en lugar de cascos tuviera alas y flotara a unas pulgadas del suelo.

Poco después de despedirse de Tríane, coronaron una loma que ofrecía una amplia vista de los alrededores. Derguín desmontó. El sol empezaba a vencerse hacia el oeste, donde las nubes se amontonaban cada vez más tupidas, pero aún demasiado altas para amenazar lluvia. Hacia allá, el paisaje se quebraba en línea tras línea de olas verdes y

cobrizas, sembradas de rocas y picachos que rompían como dientes lejanos y amenazadores. A la izquierda de Derguín, a unos tres kilómetros, el terreno se hundía en una larga zanja que corría hacia el oeste. Aunque ya no tenía los mapas de Taronas, pensó que era el río Feluis. Su curso era una buena guía para orientarse hacia la Sierra Virgen.

Había llegado el momento de tomar una decisión. Hasta entonces, todas le habían sido impuestas por los demás. Linar, Mikha y Kratos habían aparecido en Zirna para llevarlo casi a rastras a Koras. Mientras se entrenaba para el examen no había tenido tiempo para pensar, y después, casi sin darse cuenta, se había embarcado en el certamen por la Espada de Fuego. Todo se había precipitado fuera de su control, hasta el punto de que había llegado a creer que era otra persona.

--¿Por qué creía llamarme Derguín Barok? ¿Me lo puedes decir tú, *Riamar*?

El animal le miró como si pudiera entenderlo. Pero Derguín prefirió olvidar aquellos pensamientos que lo relacionaban con el príncipe, pues eran demasiado inquietantes.

A su alrededor, los álamos levantaban sus ramas desnudas hacia el cielo, como dedos esqueléticos; pero las hojas de robles y castaños estaban teñidas de oro y cobre. El otoño aún no había dado paso al invierno. Tríane no le había mentado, todavía podía conseguir la Espada de Fuego. La cuestión era si de verdad deseaba convertirse en el Zernalnit. Es decir, si lo deseaba tanto como para arrostrar aún un largo viaje, más allá de unas montañas que ni siquiera conocía, y enfrentarse a peligros tal vez peores que los que había sufrido. La cuestión era si lo deseaba tanto como para derramar sangre, para matar de nuevo.

Aunque desde aquella loma no se distinguían senderos ni trochas, Derguín veía ante sí tres caminos. El primero, el de la seguridad, conducía al este, de regreso a su casa o a alguna otra ciudad Ritona donde pudiera ejercer como maestro de la espada ahora que lucía las siete marcas rojas. El segundo era el de la gloria, y lo llevaba al noroeste, para llegar hasta las montañas sin acercarse al castillo de Grios, cruzar el paso de Rania, las tierras ignotas de poniente, y al final, arribar a la isla de Arak.

Pero el camino del deber, el tercero, viajaba paralelo al río Feluis y conducía a una fortaleza casi al pie de las montañas. Allí estaba Kratos May. Su maestro, al que debía cuidado y veneración. Su amigo, al que había jurado ayudar hasta que sólo quedaran ellos dos en el certamen. Pero también el mayor Tahedorán de Tramórea, el más peligroso de los rivales, el hombre que, cuando se enfrentaran por ver quién de los dos se convertía en el Zernalnit, tal vez le quitaría la vida.

Al pensar en cualquiera de los dos senderos que llevaban al oeste las tripas se le contraían. Sólo se sentía tranquilo al volver la mirada

hacia el este. ¿Qué hacer?

Al final volvió a montar sobre *Ríamar*, se agachó junto a su cuello, lo palmeó y le susurró al oído:

--Llévame a donde mi corazón quiera ir.

Grios

El día 11, si Kratos no había perdido la cuenta, la cabalgata que lo escoltaba llegó al final del camino. Debía de ser de noche, pues el aire era fresco, las voces sonaban cansadas y el canto de grillos y buhos había relevado al de los pájaros. Poco después empezó a oler a humo y estiércol, a ganado y paja húmeda, y oyó ladridos de perros y puertas de madera que se cerraban. Tal vez estemos en la aldea de Grios, pensó Kratos, que sólo conocía aquel lugar por los mapas. Su caballo empezó a ascender por una cuesta tan empinada que Kratos se agarró al arzón para no caer de la silla. Unos minutos después se detuvieron. Landas, el oficial, dio el santo y seña y en respuesta sonó un pesado rechinar de cadenas. Sin duda estaban levantando un rastrillo de metal. Kratos podía sentir delante de él una presencia muda y gigantesca que aquietaba el aire; tal vez un gran muro. Atravesaron un lugar en el que los cascos de los caballos levantaban ecos y reverberaciones tan tupidos que por fuerza debía de ser un túnel de piedra. Después volvieron a salir al exterior y desmontaron. No hizo preguntas, pues durante el viaje había comprendido que nadie se las contestaría. Guiado por la mano de un soldado, caminó veinte pasos por un suelo empedrado, después subió cinco escalones, recorrió otros quince pasos sobre losas pulidas y empezó a subir por una escalera de caracol que olía a moho. Cuando llevaba contados ciento treinta y siete peldaños, salieron a un rellano. Una puerta chirrió sobre sus goznes. Le hicieron pasar al otro lado. Algo frío se cerró en torno a sus muñecas. Le quitaron las cuerdas, pero seguía sin poder separar las manos. Por fin, le destaparon los ojos.

Después de tantos días, era una bendición recuperar la vista, aunque tan sólo fuese para ver a la luz de una antorcha el rostro del oficial que lo había hecho prisionero. Kratos se miró las manos. Estaban rodeadas por sendos grilletes unidos entre sí por una barra de metal. De ésta partía una cadena que terminaba en una gruesa anilla incrustada en una pared de bloques de piedra. Ni con la fuerza que le añadía la

aceleración sería capaz de arrancarla de allí.

--Siento todo esto, *tah* Kratos -se disculpó Landas, una vez más.

Después salió de allí con el resto de los soldados y dejó la estancia a oscuras.

Kratos aprovechó el resto de la noche para dormir en el camastro y reponer fuerzas. Cuando despertó, en la celda reinaba una penumbra en la que apenas se distinguían trazos grises y mortecinos; pero tras su larga ceguera, lo que le rodeaba era un espectáculo tan entretenido como un tapiz de Malabashi tejido en hilos de mil colores. La estancia tenía forma de pentágono alargado. A los pies de la yacija, en la pared más alejada, a la que no podía llegar por culpa de la cadena, había una puerta de tabloncillos verticales, claveteada con gruesos bollones y reforzada con travesaños de hierro. Las paredes de los lados eran de ladrillo puesto a soga. Kratos las aporreó. Debía haber más de una capa de ladrillos, pues no retemblaron ante sus golpes. En cuanto a los dos muros restantes, eran de mampostería y se cruzaban en un ángulo obtuso. Allí, en la intersección, se abría una tronera baja y estrecha por la que apenas cabían tres dedos. Kratos se acercó a ella, se agachó, aplastó la nariz contra la pared y asomó un ojo, intentando abrirse todo el campo de visión posible. Logró ver un patio enlosado, y parte de un torreón encastrado en una muralla gris; más allá se alzaba una montaña que ocupaba todo lo demás. La tronera no permitía ver ni siquiera una franja de cielo.

La Sierra Virgen, pensó. Sólo tenía que escapar de allí y cruzarla, y no estaría tan lejos de la Espada de Fuego. Pero ¿cómo?

Se puso de rodillas y trató de girar las palmas de las manos hacia el techo, pero los grilletes no le permitían tan siquiera ese movimiento. Oh dioses, disculpad que no os eleve las manos, musitó. Por primera vez en muchos años, se dirigió a los Yúgaroi y les imploró ayuda. Rezó a Manígulat, soberano de los dioses; a Anfiún, señor de la guerra y patrón de los Tahedoranes; a Vanth, diosa de la justicia, y a su esposo Diazmom, protector de los injuriados, y, sobre todo, a Tarimán, forjador de la Espada de Fuego. Les prometió cuatro bueyes y una ternera si le libraban de aquel encierro y le regalaban la venganza sobre sus enemigos. Una ternera y cuatro bueyes enteros si era preciso, repitió, un holocausto, ni un gramo de carne se quedaría para él, los cuatro bueyes y la ternera para vosotros, oh Yúgaroi, ¡pero venganza, por favor! ¡Dadme la venganza!

Dos veces al día le traían una jarra de agua y un cuenco con leche de cabra y copos de avena. El carcelero entreabría la puerta, dejaba todo en el suelo y se lo acercaba con una horquilla de madera. Antes de

que Kratos recogiera la comida, ya había vuelto a cerrar. Con el carcelero venían más hombres, bien armados a juzgar por sus pisadas metálicas. El agua era fresca, sin duda de un manantial de montaña, pero las gachas acababan formando una bola pastosa en la boca que a duras penas lograba tragar. Poco antes de que se hiciera de noche le traían una bacina para que se aliviara, y se la llevaban de mañana. Kratos procuraba aguantar lo más posible para no atufar la celda. Ya se sentía lo bastante sucio después de tantos días sin bañarse y sin afeitarse la barba ni el cráneo. Cuando se pasaba la mano por la cabeza y notaba bajo la palma los pelos ásperos y cortos se los imaginaba como un prado plagado de piojos, y cualquier sensación extraña en el cuero cabelludo se le antojaba un picotazo.

La segunda noche que pasó allí oyó ruidos al otro lado de la pared que estaba a la izquierda de la tronera. Se levantó del camastro, se acercó y pegó la oreja. Le había parecido oír un grito de mujer. Tras un rato de silencio volvió a escucharlo, lejano y apagado. Tal vez sonaba al otro lado de la pared, y ésta era más gruesa de lo que imaginaba, o tal vez hubiera otra celda en medio. Kratos cerró los ojos y pronunció la fórmula de Protahitéi.

Sus sentidos se agudizaron, y a la vez las palabras se hicieron más lentas y claras. La voz era la de Tylse, que profería insultos en Ainari y también en la lengua de Atagaira, que Kratos apenas entendía. Sobre ella escuchó ahora otra voz, desagradable como una lija, que alternaba amenazas y lisonjas. Sólo la había oído una vez antes, junto al templo de Tarimán, pero aún la recordaba: era la de Kirión el Serpiente. Siguió un pataleo, ruidos de lucha, luego chillidos. Más golpes, voces de otros hombres, carcajadas, tintinear de cadenas, y luego silencio. Después le llegaron jadeos acompañados de comentarios lascivos. Al cabo de un rato, un largo gemido de placer y alivio que le revolvió el estómago, y por fin un portazo y pisadas de metal que se alejaban. Tylse debía estar inconsciente o muerta, porque de su boca no salió ningún ruido más.

Una Tahedorán no merecía ese trato. Kratos volvió al lecho y trató de dormir, pero no dejaba de rechinar los dientes y de clavarse las uñas en la palma de la mano, hasta que se hizo sangre. Aunque Tylse fuera una rival, la deshonra que acababa de sufrir clamaba venganza. Pero ¿qué podía hacer él, un maestro de la espada sin espada, un guerrero también deshonrado?

Oh, dioses, volvió a salmodiar. No será carne de ganado lo que os ofrende, sino sangre humana.

Cuando se durmió, soñó una y otra vez que Kirión entraba en su celda y lo sometía a mil vejaciones. Al día siguiente estuvo alerta, y cuando le trajeron la comida se puso en pie y aguardó en posición de combate posibles ataques. Aunque no tuviera espada, estaba preparado para acelerarse en un segundo y utilizar la cadena para romper el cuello

de cualquiera que se atreviera a acercarse. Pero tan sólo vio al carcelero que le acercaba la jarra y el cuenco con la horca de madera.

La noche siguiente tampoco fue tranquila. De nuevo le despertaron voces destempladas. Tardó un rato en darse cuenta de que venían de abajo. Se bajó del camastro y reptó por el suelo, pegando la oreja a las losas de piedra. Buscando el lugar de donde provenía el sonido, llegó hasta el ángulo que formaban las paredes exteriores. Allí había una abertura triangular de unos dos dedos de ancho en la que hasta entonces no había reparado. Se contorsionó y dobló el cuello todo cuanto pudo para acercar el oído.

--¡Debes tratarme como Alteza! -exclamó una voz.

Era Togul Barok, pero sonaba más agudo, extrañamente furioso.

--No reconozco tu autoridad sobre mí -le contestó otra voz con acento extranjero.

A Kratos le resultaba familiar, pero no la reconoció.

--¡Estás de rodillas y encadenado en una de mis mazmorras! ¿No te parece que mi... ?

Kratos se perdió el resto de las palabras. Recurrió al mismo truco de la noche anterior y pronunció la fórmula de Protahitéi, pues había comprobado que su cuerpo apenas sufría desgaste en la primera aceleración si permanecía inmóvil. La voz del príncipe pareció de pronto más tranquila, aunque Kratos sabía que era una ilusión causada por sus sentidos alterados.

--¿Qué significan los tres círculos en tu frente?

Hubo un silencio, que a Kratos aún se le hizo más largo. Después sonó el restallido de un golpe, tal vez una bofetada, y un rechinar de cadenas.

--¿Qué significan? ¿Tiene que ver con el dios de las tres pupilas?

Nuevo silencio.

--¡Mírame a la cara!

Por fin se escuchó la voz del prisionero. Kratos comprendió que era Darnil-Muguni-Rhaimil, el Austral que llevaba tatuados tres círculos negros en la frente.

--Está escrito: ¡Perdición eterna para quien revele los Misterios de la Tríada! ¡Salvación para quien derrame su sangre por preservarlos!

--Por fin dices algo... -La voz del príncipe bajó de tono hasta ser ininteligible-, ¿... a los tuyos?

--Que fueron asesinados por un cobarde. No creí que un maestro de la espada pudiera ser un cobarde.

Un aullido de cólera y una ristra de golpes. Gemidos ahogados. La áspera voz de Kirión que le pedía calma a su príncipe.

--¡No repitas jamás eso que has dicho!

--¡Cobarde! ¡Cobarde, cobarde!

--¡Al... lawéeee! -gritó el príncipe-. ¡Soltadlo y dadle una espada!

Kratos se mordió los dientes. El Austral había conseguido sacar de quicio a Togul Barok. Ahora se enfrentarían en duelo. Aunque jamás se había imaginado que preferiría que un Austral venciera a un Ainari, rezó a los dioses para que le dieran la victoria a Darnil. No sabía nada de él. Tal vez era un *natural*, un maestro de la espada invencible.

--Ahora comprobarás si el príncipe de Áinar es un cobarde.

Durante un rato no sonó nada más. Kratos se desesperaba. Supuso que algún sirviente o soldado habría ido por una espada digna del Tahedo, y que después los dos rivales estarían arrodillándose en el suelo y saludándose de la forma ritual. Por fin sonó la propia voz del príncipe.

--¡Tahedo-hin!

Hubo unos segundos más de silencio. Los rivales debían estar estudiándose. Después sonó un repique de acero contra acero, seguido por tres más. Kratos intentó imaginarse la escena. En su imaginación veía al Austral atacando al príncipe, y a éste, que de pronto se había reducido a la estatura de un hombre normal, retrocediendo hasta la pared. Segundos de silencio. Más acero. «Klang, klang, klang.» Los golpes se le antojaban lentos, pero de pronto se hicieron más rápidos. «Klang-klang-klang-klang.» Uno de los dos había entrado en Mirtahitéi. Su rival hizo lo mismo. El tañido del metal se convirtió en un redoble continuo. «Klanklanklanklan-klanklanklanklan...» Un grito de dolor. Uno de los dos había sido herido, pero el metal seguía repiqueteando. El quejido podía haber sido del Austral; sonaba gutural. «¡Mierda!», maldijo Kratos. Pero también podía haber sido Togul Barok. Los lamentos no conocen idioma ni acento.

Un instante de descanso, y de nuevo los golpes. ¿Quién estaría dominando el combate? El príncipe, seguro. Pero estaba encolerizado, fuera de sí, como revelaba su voz. Sin duda estaba lanzando una andanada de golpes contra Darnil. Ésa no es manera de luchar cuando se combate a muerte, susurró Kratos. Cada tajo y cada estocada deben elegirse con cuidado para buscar una zona vital, pero sin descuidar la defensa. «Klanklanklanklanklan.» Un buen Tahedorán no pelea así, repitió. Ánimo, Darnil. Ten paciencia, desvía sus golpes, deja que resbalen por tu acero, no pierdas fuerzas. «Klanklanklanklanklan...» No trates de bloquearlos o te debilitará. Es más fuerte que tú y que yo y que cualquiera. ¡Vamos!

Kratos esperaba que en cualquier momento se detuviera aquel repique continuo, que se oyera el grave estertor del príncipe, y luego el sordo impacto de su cuerpo contra el suelo. Ahora, ahora, se repetía. Seguro que abre los brazos y descubre la cintura. ¡Mata a ese hijo del

demonio que nos ha encadenado! Pero el redoble se aceleró hasta la locura. Kratos casi dio un respingo en el suelo de la celda. Fueron apenas dos segundos, y después un grito de ataque irreconocible le taladró el tímpano.

--¡*Aiáaaah!*

No hubo ni siquiera estertor de muerte. Un golpe sordo, como el de un melón reventado. Kratos lo conocía. La cabeza de uno de los dos había volado lejos de los hombros y se había estrellado contra una pared.

De nuevo el silencio. Kratos volvió a rezar a los dioses.

--¿Por qué te ríes? -pronunció una voz aguda. No era la del príncipe. Kratos apretó los puños de alegría. Pero aquella voz acelerada no tardó en agravarse al regresar al estado normal-. ¿Te he dado lo que querías, maldito Austral?

Kratos se apartó de la grieta. No quería oír nada más. Ya tenía suficiente. Acababa de comprobar que el Gran Maestro de Uhdanfiún estaba más corrupto y vendido de lo que había temido. Pues aquel imposible repiqueteo de espadas sólo podía significar una cosa: la única ventaja que Kratos creía poseer sobre el príncipe era una ilusión. El Gran Maestro le había revelado a Togul Barok el secreto prohibido de Urtahitéi, la tercera aceleración.

El resto de la noche fue una negra desesperación para Kratos May.

--¿Te he dado lo que querías, maldito Austral?

--Me temo que se lo habéis dado, Alteza.

Togul Barok se volvió hacia la escalera de caracol. Una esbelta figura envuelta en una capa negra acababa de aparecer allí. A la luz trémula de las antorchas su rostro parecía aún más pálido e inquietante. Sólo un ojo tenía, pero su mirada era como un carbón.

--Haz que se lo lleven, Kirión -ordenó el príncipe, que recobraba poco a poco la respiración y la calma.

Tres soldados se llevaron a rastras el cuerpo de Darnil-Muguni-Rhaimil, mientras un cuarto recogía su cabeza agarrándola por los cabellos. Todos abandonaron la estancia, incluso Kirión, que al pasar junto a Ulma Tor se pegó a la pared para no rozarlo.

--¿Qué has querido decir? -preguntó Togul Barok, mientras limpiaba con un paño la sangre de su espada *Midrangor*.

--Cálmate, mi príncipe. No es bueno que tu gemelo colérico tome el timón en estos momentos.

Togul Barok agachó la cabeza y cerró los ojos. Nadie más que él conocía la existencia de lo que él llamaba el «gemelo colérico», una presencia negra y visceral que había latido dentro de su cabeza desde

que podía recordar. Aquel doble incrustado en su cráneo tomaba a veces el control de su persona y lo impulsaba a comportarse como un bruto sin sesos. Lo empujó para dentro. Vete, vete, vete, le dijo. Para concentrarse recitó series de números como le había enseñado su preceptor Brauntas. 3, 7, 4, 6, 14, 8, 9, 21, 12, 12, 28, 16, 15, 35, 20, 18, 42, 24, 21, 49, 28, 24...

Levantó la mirada y la enfrentó a Ulma Tor. Había vuelto a encerrar en su mazmorra de hueso al gemelo colérico; un ser de cuya existencia el nigromante no tenía por qué saber, y sin embargo lo había llamado con el mismo apodo que Togul Barok le había puesto. Ulma Tor le leía la mente y lo reconocía sin reparo.

--¿Y bien? ¿Qué significan tus palabras?

--Ahora vuelves a ser tú, Alteza. Te preguntabas si habías dado al Aifolu lo que quería. Los Australes que profesan la religión del Enviado creen que, si mueren en el combate, irán a un paraíso al otro lado del Mar de los Sueños. Acabas de enviar a ese hombre a una eternidad de banquetes y placeres.

--Me alegro de que me brindes esa información justo ahora. Muy generoso por tu parte.

Se miraron durante unos instantes. En presencia de aquel creador de sortilegios, Togul Barok se sentía disminuido. Jamás había encontrado a nadie que le aguantara la mirada; pero a Ulma Tor una sola pupila le valía para sostener las cuatro del príncipe.

--¿Qué más sabes de esa religión?

--Te he dicho todo lo que sabía, Alteza. Esos fanáticos prefieren morir descoyuntados en el potro antes que revelar nada.

--Y tú, ¿no tienes medios para obtener su confesión? ¿El mismo que es capaz de hablar a través de los muertos, no puede conseguir nada de los vivos?

Ulma Tor apartó la vista, dio un floreo con la capa y empezó a pasear de un lado a otro de la celda. Al hacerlo quebrantaba el protocolo; delante del príncipe había que estar de frente, a pie firme y con las manos pegadas a los muslos. Pero Togul Barok agradeció que aquel ojo negro dejara de presionar en los suyos.

--Mi ciencia no carece de límites -explicó el nigromante-; unos límites que, a los no versados en tales artes, pueden parecerles arbitrarios. Sospecho que esa fe da a sus adeptos un poder extraordinario que rebasa mi comprensión.

--Me he entretenido más días en Grios porque quería averiguar qué significa ese extraño tatuaje que llevaban en la frente el Aifolu y sus hombres. Ahora todos están muertos. No me queda nadie a quien interrogar, salvo tú. ¿Vas a decirme que he perdido el tiempo de forma miserable?

Ulma Tor dejó de pasear.

--Alteza, eres de los pocos hombres a los que respeto, pero no pienses que eso te da derecho a amenazarme.

El gemelo empujó contra el hueso temporal. «Deja que me encargue yo. Un golpe de muñeca y ¡zas! ¡Adiós a esa cabeza tuerta!»

--Fuiste tú quien me ofreció ayuda.

--¿Y hasta ahora no te la he dado? ¿Quién ha encontrado para ti al Austral, y a los cuatro Tahedoranes que aún siguen encerrados en este castillo?

--Sin duda tienes tus propios intereses en ello.

--Pero no seré yo el Zernalnit, sino tú... siempre que partas hacia el oeste cuanto antes.

Togul Barok se inquietó.

--¿Por qué tanta prisa? Cuatro de mis rivales están a buen recaudo. Uno acaba de morir. En cuanto a Derguín Gorión, *mis* espías me han informado de que una banda de forajidos lo abatió en el río Arlahén.

--Yo no estaría tan seguro de eso.

--Tú no fuiste capaz de encontrarlo. Se escapó delante de tus mismas narices. Ahí tus servicios estuvieron muy lejos de ser perfectos.

--Si no te conociera mejor, mi príncipe, te acusaría de ingratitud. He localizado para ti a cinco candidatos, ¡cinco! -El mago se quedó clavado a tres pasos de Togul Barok-. Sólo Derguín Gorión escapa a mi percepción, por algún motivo que tarde o temprano comprenderé. Aún así, estuve a punto de apresarlos. Te habría entregado a los seis, atados y amordazados. ¡Un viaje triunfal hasta la Espada de Fuego! ¿Es mucho pedir que haya dejado a uno, a uno solo de tus rivales, para que *tus* espías y *tus* hombres se ocupen de él?

Ahora fue Togul Barok quien desvió la mirada y paseó por la celda. Hedía a sangre recién derramada, como en un matadero, pero aquel olor no le molestaba tanto como el perfume cálido y untuoso que emanaba de Ulma Tor. En las sombras, los ojos de Togul Barok veían el cuerpo de Ulma Tor como una mancha azulada, fría como el hielo. Una piel tan gélida no debería oler a nada.

--Perdona, maese Ulma Tor. En verdad me has facilitado las cosas.

--Perdóname tú mi tono, Alteza. En cuanto a Derguín Gorión, no creo ni dejo de creer: sé lo que mis propios ojos ven, y no me consta que esté muerto. Recuerda el *Táctico* de Bolyenos. El general debe dar por cierta la peor de las hipótesis para no correr riesgos. Es muy probable que seas ya el único candidato a la Espada de Fuego, pero cuanto antes la empuñes, mejor será.

--Partiré mañana al despuntar el alba.

--Una medida prudente, Alteza. Yo me cercioraré de que Gorión está muerto. Si sigue vivo... no será por mucho tiempo.

El nigromante saludó para irse. Antes de que se volviera, Togul Barok le preguntó con la voz más indiferente que pudo fingir:

--Tú no sabrás qué significa el tatuaje que llevan esos Aifolu, ¿verdad?

--Si no te contesté antes, Alteza, es porque lo ignoro. Todos mis conocimientos están a tu disposición.

--Me preguntaba si tendría algo que ver con un misterioso dios de ojos de tres pupilas.

Las sombras cubrían de manchas negras el rostro de Ulma Tor, pero por debajo de ellas se encendieron trazos anaranjados cuando la sangre afluyó a su piel.

--No es prudente que los hombres indaguen en los asuntos de los grandes dioses. Ni siquiera tú, Alteza.

Sin aguardar la venia del príncipe, Ulma Tor se volvió y se dirigió a la escalera de caracol. La capa ondeó a su espalda con un aleteo que a Togul Barok le recordó a un inmenso murciélago. El príncipe se rozó los genitales y escupió a la izquierda para ahuyentar el mal. Aunque dudaba mucho de que un simple gesto sirviera contra una criatura de tan mal agüero como Ulma Tor.

Las Kremnas

Los Gaudabas, caudillos de las bandas que señoreaban las Kremnas, se reunían varias veces al año, improvisando sus juntas según el anárquico calendario de aquellas tierras salvajes. En aquellos días de Kamaldanil se congregaron en Larmiyal, una aldea situada en un llano que se extendía entre el río Feluis y una escarpa casi vertical arqueada hacia el norte. En los bordes de la explanada y a la ribera del río crecían álamos, sauces y grandes fresnos cuyas copas formaban una compacta enramada, y el sendero que llevaba hasta el poblado estaba alfombrado de hojas cobrizas y doradas; pero en el centro se abría un gran prado que subía en una suave pendiente hasta las casas y chozas, construidas ya casi al pie de la pared rocosa y alejadas de las traicioneras aguas del Feluis. En esa pradera se habían acomodado los visitantes, en corrales y cabañas medio derruidas que nadie solía ocupar. Había también allí tres cercados para sus caballos, y grandes barbacoas de piedra y ladrillo, e incluso una letrina de paredes de adobe y techo de paja para que los forasteros no mancharan los corrales de los aldeanos.

Aquellos consejos servían a los Gaudabas para planear rapiñas, dirimir querellas, fanfarronear ante los demás del botín obtenido o,

simplemente, como pretexto para emborracharse y banquetear durante unos días. El anfitrión y Gaudaba de Larmiyal era Burtún, un hombre de ojos saltones y barbilla prominente que apuntaba hacia arriba como si hubiera extraviado algo en la copa de un árbol. Tenía una voz metálica y estridente; siempre hablaba como si los demás se hallaran en la otra punta de una plaza. Estaba convencido de ser el primero entre los Gaudabas y se empeñaba en inculcarles a ellos esa certeza. Se jactaba de la hospitalidad que ofrecía a los demás en Larmiyal como si aquella mísera aldea ostentara los lujos de Áttim, la fabulosa capital del lejano Pashkri. Burtún presumía incluso de lo hondo y grande que había hecho excavar el pozo negro. Los demás hacían chistes sobre la letrina: cuando alguien iba a aliviarse llevaba a algún compañero que lo sujetara de las manos, pues el agujero era tan ancho que podían colarse por él.

Ocho Gaudabas habían acudido a Larmiyal con sus escoltas. El Mazo, uno de ellos, estaba ahito de hospitalidad tras dos días atiborrándose de cerveza, jabalí y venado. Cuanto más borrachos veía a sus homólogos, más botarates se le antojaban. El peor era Burtún, que se empeñaba en ponerse de puntillas para gritarle a la oreja y regársela de salivazos, y aún peor, toquetearle la frente a su calavera, Faugros. Si hubiera estado en sus tierras, El Mazo le habría arrancado los brazos con sus propias manos. Pero no quería malquistarse con los demás. Lingre, el Gaudaba con el que tenía más amistad, le había advertido de que Burtún no hacía más que hablar mal de él y de que los otros escuchaban aquellas difamaciones con agrado, pues envidiaban su creciente influencia.

En aquella junta tenían previsto discutir sobre una razia contra un par de aldeas de Gharrium, pero hasta el momento tan sólo se habían jactado de proezas pasadas mientras trasegaban barriles de cerveza. El Mazo ya se temía lo que iba a pasar. Ahora, Burtún les ofrecía parrilladas de jabalí, liebre y venado, truchas del Feluis, ruedas de queso, enormes hogazas de pan y, sobre todo, bebida en abundancia. Pero luego empezaría a lloriquear pensando en los gastos y se los echaría en cara a los demás; sobre todo a El Mazo, de quien rumoreaban que en algún lugar de la Garra tenía enterrado un caldero repleto de monedas de oro. ¡*Allawé*, ya habría querido él tener ese famoso caldero, mandarlos a todos a los cuervos y largarse de aquellas tierras miserables!

Era ya el tercer día de reunión. El bosque en otoño rezumaba mil fragancias, pero en la aldea las únicas que se podían captar eran las del alcohol y la inmundicia que se acumulaba por todas partes a pesar de la célebre letrina. No muy lejos de ésta se levantaba un destartalado cobertizo que se había convertido en un improvisado prostíbulo. Siempre había una larga hilera de clientes a la puerta, pues dos mujeres los atendían a todos. El Mazo había acudido la segunda noche, pero la

visión de aquellas infelices de pieles costilludas y sarnosas lo espantó. Tanta sordidez le hacía pensar que malgastaba el tiempo; él, que estaba destinado a cosas más grandes. Sin saber muy bien por qué, se acordaba del guerrero que buscaba la Espada de Fuego y al que habían matado en el puente. No es que él pusiera tan altas sus miras, pero sin duda alguien que había matado a un corueco con sus propias manos podía aspirar a algo mejor que reunirse con una panda de piojosos ignorantes con ínfulas de generales.

Cuando volvió a tener noticias de Derguín Gorión, El Mazo reía a gruesas carcajadas el chiste que contaba otro Gaudaba. Unos esbirros de Burtún se acercaron a su jefe y empezaron a explicarle algo entre cuchicheos. El Mazo se acercó un poco y aguzó el oído. Al parecer, habían apresado a un intruso, un forastero que venía a caballo desde el este, por la orilla del río. Era un guerrero, pero no había podido utilizar sus armas, pues lo habían descabalgado de una certera pedrada. Su caballo, un animal de pura raza, se había espantado y había huido con las alforjas.

--¡Pues buscad ese caballo, imbéciles, y traédme! -respondió Burtún-. ¿Quién es ese guerrero?

--Dice que se llama Derguín Gorión.

Al escuchar aquel nombre, El Mazo se acercó a Burtún y le preguntó qué pensaba hacer con el prisionero. Al Gaudaba no le hizo gracia que El Mazo huroneara en sus asuntos; aun así, respondió que planeaba tenerlo cautivo hasta obtener un rescate.

--Por lo visto -añadió- algunos de tus hombres han dicho que lo conocían y que hace unos días lo acribillaron a flechazos. ¡Ja! O tienen muy mala puntería o mienten como bellacos.

El Mazo no preguntó nada más. Pero de noche, cuando la mayoría de los hombres daban tumbos por el prado o rodaban borrachos sobre la hierba, se acercó al cobertizo donde habían encerrado al intruso. Dos hombres de Burtún vigilaban la puerta, o más bien la puerta los sostenía a ellos. El Mazo les explicó que quería ver al prisionero, pero no consiguió que lo entendieran ni que le respondieran con palabras coherentes, así que empujó a uno con cada mano y los dejó durmiendo la mona en el suelo.

El cobertizo era una especie de granero comunal. Había allí todo tipo de cosas: leña, toneles de cerveza, sacos de patatas, balas de heno, armas herrumbrosas, hoces rotas, y también montones de porquería imposibles de identificar. Olía a establo, como todo en la aldea, y las paredes se habían bofado por la humedad. El forastero estaba sentado en el suelo, atado al poste central con las manos a la espalda. Tenía la cabeza doblada sobre el hombro. El Mazo se acercó un poco más y comprobó que dormía. Con la lamparilla de aceite le examinó la cabeza; tenía una brecha encima de la oreja izquierda. La

sangre ya se le había secado y formaba un feo costrón en el pelo.

Sin duda era el mismo hombre al que recordaba. El problema era que también había sido testigo de cómo le clavaban en el cuerpo cuatro puntas de hierro de medio palmo. Allí había magia negra.

Le sacudió un poco la cabeza, hasta que logró despertarlo. El guerrero abrió unos ojos aún velados de sueño y le preguntó quién era. El Mazo casi se ofendió.

--¡El Mazo, quién diantres iba a ser! ¿Y tú quién eres, Derguín Gorión?

--Tú lo has dicho: Derguín Gorión.

El Mazo agarró al joven por los hombros, tiró de él y lo deslizó por la viga hasta ponerlo de pie. Aún así, tenía que inclinarse sobre él, pues le sacaba la cabeza.

--No te hagas el gracioso conmigo. Quiero saber quién eres de verdad.

--Ése es mi nombre. No tengo otro.

--Delante de mí presumiste de ser un Barok, un príncipe de Áinar. Derguín entrecerró los ojos.

--Si un corueco te estrellara de cráneo contra una pared, podrías creer que eres el mismo Manígulat.

Aquello interesó a El Mazo. ¿Era verdad lo que decían de él, que había matado a un corueco? Derguín meneó la cabeza.

--No. Yo sólo lo herí. Quien lo mató fue mi maestro, Kratos May.

El Mazo sacó de la funda de cuero el fémur del corueco y se lo enseñó. Sin duda le había golpeado en el hueso, le dijo. Eso era un error, pues ya podía comprobar que era tan duro como el metal.

--¿Cómo quieres que lo compruebe si tengo las manos atadas?

El Mazo se sonrió. No pensaría que con ese truco tan burdo lo iba a soltar. Además, aquélla no era su aldea, así que no podía hacerlo. Allí quien mandaba era Burtún. Pediría un rescate a sus familiares y cuando lo recibiera tal vez lo liberaría; aunque era más probable que terminase colgándolo de un pino. Derguín chasqueó los labios.

--No me puedo permitir el lujo de perder tanto tiempo.

--¿Perder tiempo? No sé si tienes los oídos llenos de cera o la pedrada de la cabeza te ha dejado sin entendederas. ¡Lo que vas a perder es la vida, imbécil!

Derguín meneó la cabeza. Podía estar seguro de que no. Después de todo lo que le había sucedido, estaba convencido de que Kartine, la diosa del destino, tenía decretado que él llegase hasta una lejana isla, en Poniente, donde le esperaba la Espada de Fuego.

--Eso ya lo dijiste en el puente de la Hoz. ¿Por qué estás tan seguro de que la vas a conseguir?

--Hay poderes que me protegen -dijo el muchacho en un tono misterioso y amenazador-. Ahora te recuerdo. Fuiste tú quien quiso

matarme en aquel puente. Ya ves que no lo conseguiste. Ni vas a conseguirlo ahora.

El Mazo no contestó, pero pensó que el muchacho podía tener razón; si había sobrevivido a varias heridas mortales, a las aguas del río y a las fauces de un dragón, sin duda era un protegido del destino. Echó un vistazo al cobertizo buscando un lugar donde sentarse. Una gran bala de heno le pareció lo más apropiado, y ya iba a cogerla cuando reparó en un largo tablón tendido sobre dos borriquetes a modo de mesa. Encima de él había dos espadas. El Mazo se acercó y las tocó.

--¡No hagas eso! -le advirtió Derguín.

El Mazo se volvió hacia él.

--¿Tú me dices lo que tengo que hacer?

--Las espadas son sagradas. No se pueden manejar así como así. Lo único que vas a conseguir es cortarte los dedos.

El Mazo se empeñó en desenvainar una, y como era de esperar, pasó los dedos por el filo y se cortó.

--Ahora tendrás que limpiar la sangre.

Chupándose los dedos, El Mazo acercó la hoja a la cara de Derguín.

--¿Y qué pasa si la limpio en tu piel?

--No seas estúpido. Estás demostrando una hospitalidad lamentable. Manígulat protege a los huéspedes y a los viajeros, y os va a castigar a todos por tratarme así.

--Aquí en las Kremnas el único Manígulat que conocemos es el que parte los árboles con el rayo y nos aporrea la cabeza con el granizo. No es un dios muy hospitalario.

Derguín le dijo que en Zirna, su ciudad, a los huéspedes se les ofrecía vino y alimento, ropa limpia y agua para lavarse los pies del camino. A El Mazo le picó la curiosidad y le preguntó dónde caía Zirna, mientras aposentaba su enorme trasero en la bala de paja. Siempre había tenido interés por los lugares lejanos. A todos los viajeros que pasaban por sus tierras les hacía mil preguntas, y si lo que le contaban le caía en gracia les perdonaba la vida y a veces hasta el rescate. Al enterarse de que el muchacho era Ritión, le interrogó sobre el mar. Derguín tampoco lo había visto, pero gracias a sus lecturas lo describió y lo adornó con una buena dosis de literatura. Le habló de las olas y la espuma, de las mareas y las galernas, de cómo el mar podía cambiar de color bajo las lunas y pasar de turquesa a jade, de malaquita a amatista o a topacio. De cómo, cuando los barcos se aventuraban en las undosas aguas, las sirenas los seguían y saltaban juguetonas junto a sus costados, atormentando a los marinos con la visión de sus pechos inalcanzables. A El Mazo le chispeaban los ojos; Derguín comprendió que le encandilaban las historias y las fábulas, y siguió hablando y hablando.

Fue entonces cuando entró Burtún, borracho como una cuba. Al ver

a El Mazo se enfureció.

--¿Cómo te han dejado entrar esos malditos holgazanes? ¡Es mi prisionero!; El rescate es mío, no tuyo!

--Sólo estaba hablando con él.

Derguín captó el rencor que existía entre los dos Gaudabas, y también su codicia, y decidió aprovecharlo.

--Aún no habéis encontrado el caballo, ¿verdad?

Burtún volvió su mentón hacia el muchacho.

--¡Lo están buscando! ¡Seguro que lo han encontrado ya!

--Hay mucho dinero en sus alforjas. El que lo encuentre se esfumará sin daros un mísero cobre. Pero ese caballo es muy listo y sólo aparecerá si yo lo llamo.

--¿Cuánto dinero lleva?

--Casi doscientos imbriales.

A El Mazo los ojos le soltaban chispas, pero Burtún se sonrió con astucia.

--¡Doscientos nada menos! Mañana te tostaremos en una parrilla y ya veremos si dices la verdad. Ese caballo está en mis tierras y tarde o temprano aparecerá.

--Eh, Burtún -intervino El Mazo-. Vamos a soltarlo y a obligarle a que busque a ese animal. Entre tú y yo seguro que no se nos escapa. Cien para cada uno, y no le decimos nada a nadie.

Burtún se volvió rabioso.

--¡Tú vete de aquí! ¡Esto no es asunto tuyo!

El Mazo le dijo que no chillara o todos iban a enterarse de que había dinero de por medio. Burtún se empeñó en vociferar que podía gritar todo lo que le viniera en gana, ya que estaba en su aldea. El Mazo le agarró de la nuca con la mano izquierda y con la derecha le tapó la boca para que se callara. Burtún intentó liberarse y ambos forcejearon. Se oyó un chasquido como el de una rama al troncharse, y de pronto las piernas y los brazos de Burtún colgaron flácidos.

--Me parece que lo acabas de matar -dijo Derguín.

«No puede ser», gruñó El Mazo, pero al quitarle la mano de la boca a Burtún comprobó que así era. Sus ojos seguían tan saltones como siempre, pero se habían quedado fijos.

--¡Mierda, mierda, mierda! -rezongó. De pronto se le ocurrió algo, se volvió a Derguín y le dijo-: Tú no te muevas de aquí.

El Mazo se llevó a rastras a Burtún, mientras seguía hablándole como si estuviera vivo, y así pasó entre los centinelas que roncaban junto a la puerta del cobertizo. El cielo estaba despejado y por el oeste brillaba cuajado de estrellas, mientras que por oriente lo dominaba la luz azul de Rimom. Ya apenas se escuchaban ruidos, salvo un lejano canturreo de borrachos. Las hogueras se habían reducido a montones de brasas, y junto a ellas eran muchos los que dormían al raso

envueltos en mantas y capotes. El Mazo se alejó hacia un rincón del prado, donde se hallaba la célebre letrina. Una tapa de tablas cubría el agujero. El Mazo la apartó a patadas. Olía como era de esperar. Cogió a Burtún por debajo de los sobacos y trató de meterlo por el hueco. Aunque éste era grande, no resultó tarea fácil, y cuando Burtún quedó atascado a mitad de trayecto a El Mazo se le ocurrió que tal vez no había sido tan buena idea. Plantó un pie sobre la cabeza de Burtún y apretó con todas sus fuerzas, y por fin el cadáver terminó de colarse. El pozo negro era hondo, tal vez ocho o nueve metros. Se oyó un chapoteo que hizo sonreír a El Mazo. «Espero que te haya parecido un entierro digno», susurró, y volvió a poner la tapa de madera en su sitio.

Después se dirigió al cercado donde guardaba sus caballos. Tenía relevos de tres hombres para vigilarlos, pero los de aquel turno se habían quedado dormidos sobre la hierba. Bendiciendo la indisciplina de sus huestes, El Mazo escogió a un par de animales: una yegua alazana y su propio caballo, un animal enorme y corpulento, de color casi negro salvo por unas calzas blancas que le caían sobre los cascos. Estaba castrado y no era muy rápido, pero soportaba bien su peso y no parecía un borriquillo cuando El Mazo se encaramaba a sus lomos. Los ensilló en silencio, les colgó unas alforjas y, sin montar aún, se los llevó de allí. Uno de los guardias abrió un ojo y preguntó qué pasaba. Era Aunoxos, el joven que le hacía de lector y escribano. «Duerme», le dijo El Mazo, y el muchacho volvió a roncar.

Así equipado, El Mazo regresó al cobertizo. Se puso detrás del poste y aflojó la cuerda de Derguín.

--Si te mueves, te arranco los brazos -le amenazó.

Lo apartó del poste y volvió a atarle las manos por detrás. Después se quedó mirando las dos espadas, dubitativo; por fin, se decidió a cogerlas y salió de allí.

Abandonaron la aldea hacia el norte, por el camino que corría junto al río. Siguieron un rato sin montar y caminaron en silencio. Después tomaron un camino que salía a la derecha y ascendía por un roquedal. Las piedras, húmedas por las lluvias de aquella misma mañana, relucían azules bajo la luna y proyectaban sombras cortantes y fantasmales. Tras atravesar entre brezos de hojas duras y ramas puntiagudas, llegaron a un bosque de pinos jóvenes que no muchos años antes había sido un pastizal. Derguín susurró el nombre de *Riamar*. El animal no tardó en mostrarse entre los árboles, blanco como una aparición. El Mazo fue derecho a mirar en las alforjas, y en la de la derecha encontró una talega de piel que tintineaba.

--Ahora estarás pensando que ya puedes matarme -dijo el muchacho.

El Mazo se volvió hacia él, sopesando la bolsa, y contestó con una sonrisa cruel:

--Es posible.

Derguín subvocalizó letras y números, entró en Mirtahití y lanzó una patada fulgurante a la entrepierna de El Mazo. El gigante soltó un resoplido, se dobló sobre la cintura, se desplomó y empezó a retorcerse en el suelo mientras farfullaba maldiciones. Derguín apretó los dientes, se *agachó* y tiró de los hombros hacia arriba. En Uhdanfiún había practicado el pasarse las manos por encima de la *cabeza* mientras sujetaba un palo, pero nunca lo había hecho con las muñecas tan juntas. Los hombros se le descoyuntaron y tuvo que ahogar un grito de dolor, pero logró pasar los brazos al otro lado y las articulaciones luxadas volvieron a su sitio con un nuevo chasquido. Con las manos por delante, sacó a *Brauna*, que colgaba de la silla de uno de los caballos, y con algunas dificultades logró cortar la soga. El Mazo ya estaba de rodillas, tratando de incorporarse, cuando Derguín se plantó tras él y le apoyó la punta de la espada en la nuca. Sólo entonces se desaceleró.

--Puedo cortarte esa cabezota peluda antes de que respires.

--Pues hazlo, porque como no lo hagas te voy a arrancar las bolas de cuajo. Te lo juro -jadeó El Mazo.

--Si tienes en cuenta que por tu culpa me clavaron unas cuantas flechas en el cuerpo, creo que una patadita en la entrepierna no es la mayor de las venganzas.

--¿Cómo has hecho eso, cabrón?

--Trucos de Tahedorán. Eres un hombre muy fuerte, pero yo siempre seré más rápido que tú. Y ya has visto cómo corta el filo de mi espada. Voy a proponerte un trato.

--¡Ja!

--Atiende un momento. No has soltado la bolsa ni cuando te retorcías en el suelo. Supongo que el dinero no le vendría mal a alguien que acaba de matar al jefe de una aldea y se ha escapado como un fugitivo.

--Así que me darás el dinero. Bien, entonces yo te dejaré vivir.

--No, no. Es mi espada la que está en tu nuca y soy yo quien te va a dejar vivir a ti. A cambio de eso y de la mitad de las monedas, me guiarás por estas tierras malditas. No quiero que nadie vuelva a clavarme flechas ni a descalabrarme a pedradas. Debo ir al oeste, y tú me acompañarás.

Discutieron un rato, tensos y asustados. El Mazo jamás se había visto en una situación tan apurada ni en inferioridad de condiciones, así que no sabía cómo ceder. Derguín tan sólo tenía que mover un poco su espada y hacerle un corte en la carótida, pero sentía las muñecas rígidas como dos tarugos de madera. No quería matar a aquel gigantón; quitarle la vida se le antojaba como asesinar a tres o cuatro hombres a la vez. Tras mucho porfiar, le arrancó la promesa de que irían juntos hasta Grios. Después, El Mazo podría marcharse a donde quisiera, con

dos tercios del dinero.

Cuando llegó el momento de jurar, también tuvieron problemas, pues Derguín no confiaba en que un salvaje de las Kremnas respetara la palabra dada ante un dios de tierras civilizadas. Al final, El Mazo juró por lo que le era más sagrado.

--Te lo juro por la memoria de mi esposa Tarbe y del hijo que llevaba dentro.

Algo le dijo a Derguín que aquella promesa era más sincera que cualquier voto pronunciado por todos los dioses de Tramórea, y por fin envainó su espada y le tendió la mano a El Mazo para ayudarlo a levantarse. Cuando los dedazos de aquel hombre cubrieron su antebrazo le invadió un instante de pánico. Pero El Mazo se puso en pie, sin dejar de tocarse la entrepierna, y se acercó a su enorme caballo. Derguín le quitó las alforjas a *Riamar* y las cargó sobre la yegua alazana. Después, descinchó la silla, la dejó en el suelo y palmeó el cuello del unicornio.

--Gracias por aguantar esto -susurró-. Ahora eres libre para irte. ¡Vuela, *Riamar*!

Pero el unicornio sacudió con vigor la cabeza, como si dijera que no. Cuando Derguín puso el pie en el estribo de la yegua, *Riamar* gorjeó de aquella manera suya, volvió a mover el cuello y se acercó a Derguín.

--¿Quieres que te monte a ti?

Riamar subió y bajó la larga cabeza dos veces. El Mazo soltó una carcajada.

--Tienes un caballo muy celoso.

--¡Chssss! No lo llames ni siquiera caballo. Es *Riamar* y es... Da igual, llámalo *Riamar*.

Con ciertos problemas, pues los hombros le dolían mucho más de lo que quería reconocer, Derguín se encaramó a lomos del unicornio. Después partieron hacia el oeste.

Las Kremnas eran siempre distintas y a la vez siempre iguales. Peñas, brezales, quebradas, bosques, gargantas cruzadas por arroyos espumosos, cresta tras cresta, hondonada tras hondonada. Galopaban cuando podían, trotaban las más de las veces y en ocasiones tenían que echar el pie a tierra para que sus monturas pudieran avanzar por los sitios más escabrosos. Pero las montañas del oeste se veían cada vez más altas y cercanas y las nieves tempranas refulgían en sus cumbres.

El primer día de viaje fue muy penoso para Derguín. Los hombros se le habían inflamado por la luxación y cualquier movimiento le provocaba un intenso dolor. El Mazo le observaba y hacía comentarios sarcásticos. Pero al final se le removi6 por dentro algo parecido a la

compasión, y en un alto del camino le dijo a Derguín que se quitara el jubón. Lo primero que hizo fue buscar las heridas de las flechas.

--Es inútil. Ya no están.

--¿Cómo lo has hecho?

--Si me ayudas hasta el final, tal vez te lo cuente -respondió

Derguín, que ya se había dado cuenta de que lo que El Mazo sentía por cualquier tipo de historia o relato no era curiosidad, sino codicia, auténtica concupiscencia.

Al ver la inflamación de los hombros, El Mazo sugirió utilizar zigurta.

--¿Qué es la zigurta?

--Una hierba. Por aquí no la veo, pero puede que la encontremos cerca de algún río.

Por la tarde llegaron junto a un arroyo que saltaba sobre un lecho de piedras redondeadas y cubiertas de musgo. Allí estuvieron buscando un rato, hasta que *Riamar* los llamó con su extraño gorjeo y señaló con la cabeza hacia un arbusto de ramas delgadas y flexibles, con hojas lanceoladas y cubiertas por minúsculas vellosidades.

--¡Aja! -dijo El Mazo-. Tienes un caballo muy listo, Derguín Gorión.

--Ya te he dicho que no lo llames caballo. No queremos que se ofenda.

Con las hojas, El Mazo preparó un cocimiento en una cazuela de latón. Después le hizo beber el líquido a Derguín y con los restos de las hojas ya hervidas le preparó un emplasto que le aplicó sobre los hombros.

--Tal vez deberías haberte dedicado a sanador, en vez de a terrible jefe de forajidos.

--No tientes a la suerte. ¡Recuerda que soy El Mazo!

Los hombros mejoraron con aquel tratamiento, aunque la infusión le produjo retortijones durante un par de días. Siguieron cabalgando, y mientras se acercaban a las montañas El Mazo le hizo a Derguín un sinfín de preguntas sobre el mundo exterior. Él le habló de historia, y de los mitos de los Yúgaroi, de las leyendas de los grandes héroes, Briakmat, Minos o el propio Zenort, de costumbres de pueblos lejanos, como los Pashkriri y las mujeres Atagairas, o bárbaros como los Trisios. Le describió los tejados de jade y cornalina de Áttim, las arenas blancas de las playas de Malirie, los templos de pórvido y mármol rosado de la acrópolis de Narak, las murallas ciclópeas de Acruria, la ciudad en las nubes de las mujeres Atagairas, incluso la extravagante forma de Nahúpirgos, la Torre de los Numeristas de Koras.

A El Mazo le extrañaba que alguien que parecía tan joven supiera tantas cosas y hubiese visitado tantos lugares lejanos. Derguín le dijo que tan sólo tenía diecinueve años.

--¿Cuántos tienes tú, Mazo?

El Gaudaba se rascó la pelambreira, torció la vista a un lado, echó cuentas con los dedos y al final confesó que no tenía ni idea.

--Más de treinta, seguro, y a lo mejor menos de treinta y cinco.

--¿No sabes en qué año naciste?

--¿Cómo que en qué año nací?

--Sí, claro. Yo nací en el año 980, y ahora estamos en el 999.

--¿En el 999 de qué? ¿Es que los años tienen número?

Derguín le resumió entonces el mito de las edades que a su vez había escuchado de Linar, y le explicó que los años se contaban a partir de la fundación de Zenorta, la ciudad perdida. El Mazo se encogió de hombros. Jamás había oído hablar de esa cuenta de los años, ni le importaba demasiado. En su vieja aldea, y luego en las Kremnas, sólo les importaba saber cuándo era verano, primavera, invierno, cuándo llovía más y cuándo llovía menos. Derguín le explicó que, según muchos filósofos, arúspices, matemáticos y teosofos, cuando llegara el año Mil acaecerían grandes prodigios y terribles cataclismos estremecerían el mundo. Será para los que sepan que viven en el año Mil, le rebatió El Mazo, no para los que nunca hemos llevado la cuenta. Derguín soltó una carcajada y admitió que su lógica era impecable.

--Yo nunca me he creído esas tonterías. -Luego reflexionó y añadió: Aunque si consigo la Espada de Fuego, eso ya sería un gran cambio.

Derguín confesó a El Mazo que la mayor parte de aquellos lugares lejanos los conocía por los libros, pero que algunos de esos tratados eran tan vividos y estaban tan bien escritos que gracias a ellos podía ver en su mente aquellos parajes y aquellas ciudades como si los tuviera delante.

--Hay un lugar maravilloso que sí he conocido en persona, y es la gran Biblioteca del dios Hindewom, en Koras. Allí he aprendido miles de historias.

El Mazo le preguntó qué era una biblioteca. Y cuando se enteró, quiso saber cuál era la magia de leer; si había que llevar a cabo algún ritual, aprender trucos de hechicería, beber la sangre de algún animal o dormir tres noches en un bosque de brujas. Derguín se rió. Pero después, mientras comían, cortó una ramita de brezo y con ella escribió en un parche de tierra negra y blanda entre un par de arbustos el nombre EL MAZO. Después lo leyó en voz alta, sílaba por sílaba, y volvió a escribirlo dos veces más. Por fin, le dio la rama a El Mazo y le dijo que probara. El Mazo copió los signos muy despacio, frunciendo el ceño y sacando la lengua, pero al final consiguió un resultado reconocible. Después, Derguín escribió su propio nombre: DERGUÍN. El Mazo soltó una carcajada y señaló la «E» con el palo. Derguín se sorprendió al ver lo pronto que la había reconocido y miró a aquel hombretón con respeto.

A partir de entonces, cada vez que se detenían para comer, dar

descanso a los caballos, o antes de dormir, El Mazo buscaba un trozo de suelo liso, y si no lo había lo alisaba él, y se empeñaba en recibir otra lección de escritura. En un par de días había memorizado el nombre de todas las letras, aunque aún era incapaz de leer palabras enteras sin ayuda. Después le recitaba a Faugros lo que había aprendido, pues trataba a aquella calavera con tanta ternura como una niña a su muñeca. Derguín pensó que era una lástima que un talento así se hubiera desperdiciado tanto tiempo entre aquellas breñas.

Conforme se acercaban a las montañas, Derguín se daba cuenta de que su espada tendría que derramar sangre, y cada vez aquella idea se le hacía más tangible. Desde que era niño, cuando su mente se distraía, se veía a sí mismo practicando Inimyas o luchando con rivales inventados. Pero ahora le venían a la cabeza otras imágenes en las que su acero no surcaba graciosamente el aire, sino que partía carne, huesos y tendones con un repugnante sonido de maceración, y levantaba chorros de sangre que le salpicaban los ojos. Aquellas visiones lo obsesionaban; rechinaba los dientes y sacudía la cabeza para espantarlas, pero regresaban una y otra vez. El sueño de convertirse en el Zemalnit amenazaba ser una pesadilla manchada de sangre.

--Pero ya has matado a hombres -le dijo El Mazo una noche, al calor de la hoguera, cuando Derguín le expresó sus pensamientos-. Te cargaste a dos de los míos, y también a unos soldados de Áinar.

--Ése no era yo.

Aquellos días, le explicó Derguín, cuando creía ser un príncipe llamado Barok, los había vivido como un sueño. Ahora sabía que esos hombres habían muerto, pero sus espíritus no le atormentaban la conciencia, porque no lo había hecho él, tan sólo lo había presenciado desde un lugar brumoso dentro de su propia alma.

--Sólo una vez maté a un hombre yo, como Derguín Gorión -reveló.

Por un instante se arrepintió de lo que acababa de decir. ¿Qué pensaría El Mazo de alguien que había participado en la Cacería Secreta? Tal vez él o alguien de su familia la hubiera sufrido y en cuanto oyera aquella historia querría vengarse. Pero lo cierto era que aquel gigantón al que acababa de conocer, y que había estado a punto de matarlo, le inspiraba una extraña confianza; o tal vez era que se sentía solo y tenía deseos de hablar. Le contó todo tal como se lo había contado días atrás a Kratos May, y cuando terminó su relato se quedó mirando a las llamas. Si El Mazo decidía ponerse en pie, enarbolar el fémur de corueco y machacarle los sesos, por fin habría expiado aquel crimen.

Pero El Mazo siguió asando su salchicha al calor de la lumbre.

--En mi aldea nunca supimos nada de esa Cacería Secreta. Nos bastaba con los nobles que vivían en nuestros bosques.

Ahora fue El Mazo quien descargó su corazón, y le habló de Tarbe, del hijo que esperaban y de cómo la perdió por el capricho de un señor. Llevaban un pellejo de vino, y esa noche entre confidencias y desahogos se bebieron más de la mitad. Derguín derramó lágrimas al oír el relato de El Mazo, y juró que si hubiese estado allí habría destripado a aquel canalla. El Mazo se lo agradeció con una palmada que casi volvió a desencajarle un hombro. Después le preguntó:

--Si cada vez deseas menos tener esa espada, ¿por qué no te das la vuelta y regresas a tu casa?

--No lo entenderías -contestó Derguín.

Lo que le arrastraba al oeste era la fuerza de las palabras, de las promesas. Su maestro estaba cautivo en un castillo, donde tal vez lo matarían, lo atormentarían, o quizá dejarían que se pudriera en soledad. Derguín no podía consentir que el hombre al que le debía su brazalete de Tahedorán sufriera un destino tan miserable.

--Mira -dijo, levantando el brazo derecho-. Este brazalete lo llevó un gran héroe, Minos Iyar. ¿Ves esas letras grabadas?

Incluso El Mazo, en su ignorancia, había oído relatos sobre aquel legendario rey. Con esfuerzo, deletreó el nombre entallado en letras ya antiguas, pero aún legibles. M-I-N-O-S. Ahora que estaba aprendiendo a leer, la palabra escrita tenía para él tal magia que las letras bastaron para convencerle de que el brazalete era auténtico.

--Me lo dio un mago llamado Linar. Si ahora volviera a Zirna también lo decepcionaría a él. Sobre todo, decepcionaría a mi padre. Ya volví una vez fracasado. No quiero repetirlo. No, no voy a hacerlo.

Aunque Derguín había perdido los mapas de Tarondas cuando los soldados del príncipe se llevaron su caballo y el de Kratos, los recordaba de memoria. La ruta más corta a Grios remontaba el curso del río Feluis, en línea recta al oeste. Pero en el tercer día de viaje tuvieron problemas para seguirla. La vegetación era cada vez más tupida. Cuando querían recobrar el camino hacia el río, zarzas y cardizales impenetrables se interponían y los obligaban a desviarse hacia la derecha. Mientras avanzaban en dirección noroeste encontraban trochas, calveros, cañadas y vaguadas sembradas de suaves helechos; pero si trataban de girar de nuevo a la izquierda, la espesura se cerraba frente a ellos y les oponía un muro de espinas y ramas puntiagudas. Eso, cuando no aparecían crestones y dientes de roca que de lejos no habían visto. El Mazo blasfemaba y maldecía a la suerte, pero Derguín se fue volviendo más taciturno conforme transcurría la tarde. El cielo se había cubierto

de plomo, el sol apenas se adivinaba y en el aire reinaba una pesadez que hacía zumbar los oídos. Derguín recordó la advertencia de Tríane, que era casi una amenaza: no debía ir a Grios, sino derecho al noroeste, al paso de Rania. Detrás de aquella conjura vegetal que los alejaba del río intuía la voluntad de ella.

A media tarde llegaron a un claro sembrado de malas hierbas y piedras grises cubiertas de líquen. Había unas viejas ruinas en su parte este, y en el centro una charca a cuyo borde se asomaba un sauce muerto cuyas raíces asomaban como dientes podridos. Sobre las aguas oscuras de la poza flotaban algas y juncos tronchados de los que emanaba una vaga amenaza. Cuando los caballos acudieron a abreviar, *Riamar* gorjeó una advertencia y las dos bestias se apartaron del agua.

--Este sitio es de mal agüero -dijo El Mazo, apretándose los genitales y escupiendo a un lado.

Derguín no imitó su gesto apotropaico, pero convino en alejarse de allí cuanto antes. Se adentraron en un bosque de fresnos y robles cubiertos de madreSelva. El dosel de hojas era tan espeso que apenas dejaba pasar la escasa luz que se filtraba entre las nubes. Sobre el suelo quebrado, surcado de hondonadas y raíces retorcidas, los helechos crecían a una altura innatural y se mezclaban con una tupida maraña de arbustos espinosos. Era imposible avanzar en línea recta, y además en aquella selva oscura y sin sombras no había forma de orientarse. Caminaron durante horas tirando de las riendas, pues los caballos se mostraban reacios a avanzar. El aire era sofocante. Al respirarlo, entraba a duras penas por el pecho con un silbido asmático que nunca acababa de llenar los pulmones. Los sonidos quedaban amortiguados por aquella extraña pesadez que también se aposentaba detrás de los ojos.

Por fin llegaron a un claro. Pero al mirar a su alrededor, comprobaron que habían llegado junto a la misma poza oscura de la que habían partido.

--Aquí hay un embrujo -dijo El Mazo, lleno de temor.

Derguín no contestó, aunque pensaba lo mismo.

Ya estaba anocheciendo. Decidieron pernoctar en las ruinas, alejados del agua. Se sentaron sobre unas viejas losas que ya ni siquiera estaban a nivel, pues las malas hierbas las habían levantado y rajado por la mitad. Entre ellas quedaban unos capiteles rotos, el fuste de una columna y una estatuilla de la altura de un niño, con la cabeza arrancada. El mármol era muy poroso, y las lluvias y el aire lo habían desgastado y roído. Encendieron una hoguera al amparo de una roca en forma de cresta que se interponía entre las ruinas y la charca. Cenaron en silencio. El vino se les subió a la cabeza enseguida. El Mazo se desplomó sobre sus alforjas y empezó a roncar. Derguín quiso aguantar, pero empezó a sentir un extraño entumecimiento que le subía desde las

manos, y al final se quedó dormido.

Algún tiempo después abrió los ojos. Las formas del claro se distinguían mejor que antes, pues las nubes se habían despejado como por arte de magia. Rimom estaba en su cénit, mientras Shirta se levantaba ya sobre los árboles del este. La luz azul era más intensa, pero el verde de Shirta lo teñía todo con una cualidad feérica. A su izquierda escuchó unas carcajadas de niño. Miró hacia la charca. Las aguas oscuras se abrieron y de ellas surgieron tres cabezas de mujer. Una tenía los cabellos blancos, otra negros y la tercera rojos. Salieron las tres a la orilla, vestidas con unas túnicas sutiles que se pegaban a sus cuerpos. Las risas eran suyas, aunque Derguín pensó que era absurdo, pues las había oído antes de que pudieran salir del agua. Estoy soñando, se tranquilizó. Eran jóvenes y hermosas, tres ninfas inquietas e impúdicas. Se dedicaron a corretear por el claro, a jugar y perseguirse y a danzar bajo las lunas agitando sus cabellos para que se secaran al aire. Una de ellas, la pelirroja, se subió a la roca, trepando con sus pies descalzos por el borde dentado, y se quedó allí, recortándose contra la blanca banda del Cinturón de Zenort. A su luz plateada, la túnica se mostraba como un halo flotando sobre su cuerpo desnudo. La muchacha se inclinó con la espalda recta, apoyadas las manos en las rodillas; sus pechos colgaban generosos y las nalgas sobresalían puntiagudas. A su pesar, pues percibía una clara amenaza, Derguín se excitó. La ninfa saltó desde la piedra y durante unos segundos flotó en el aire entre un revolar de gasas. Se posó junto a Derguín, se arrodilló junto a él, le tomó una mano y se la llevó a los pechos. La muchacha albina se acercó por el otro lado e hizo lo mismo con la otra mano.

--No sigas ese estúpido camino. Quédate aquí.

La boca que le había susurrado estaba detrás de su nuca, acariciándole el oído con el aliento.

--Goza con nosotras... Podemos darte una dicha sin fin.

El cuerpo de Derguín estaba rígido, pero ellas lo levantaron como si fuera una tabla. Sólo al ponerse de pie recobró sus movimientos, aunque entumecidos. Las ninfas lo guiaron hasta el borde de la charca. Sus aguas habían dejado de ser oscuras. En el fondo se adivinaban luces brillantes, joyas, esmeraldas, jades, cabujones, zafiros, y también cintas fosforescentes que ondulaban y serpenteaban como un cruce entre algas y culebras.

--Ven con nosotras. Báñate en nuestras aguas y calmaremos tu ansia de goces.

Estaba rodeado de carne tibia, aromas de hierba, susurros de seda. Albina a la derecha y Morena a la izquierda, frotándose contra él como gatos; Pelirroja detrás, restregándole la espalda con sus senos. Ven, ven, le insistían; las aguas son frescas, o cálidas, como tú quieras. Derguín luchaba contra el torpor. Pero si se dejaba llevar todo sería

fácil. Las carnes que rozaban la suya eran flexibles como espigas, tiernas como un lecho de nenúfares, y desprendían una nube de perfumes que le hacían ventear como un animal en celo. Morena le tomó la mano derecha y se la llevó a un cálido lugar entre los muslos. Pero al hacerlo, los dedos de Derguín rozaron la empuñadura de *Brauna*. Una corriente le subió por el brazo y le despertó. Por instinto, desenvainó la espada. Las tres se apartaron de golpe, abrieron los ojos de pupilas diminutas y lo amenazaron con lenguas de reptil.

--¡Aparta de nosotras el metal del cielo! ¡No nos toques con eso!

Pero Derguín aferró la empuñadura con ambas manos. Ellas empezaron a girar a su alrededor, agachándose y retorciendo los cuerpos, adelantándose cuando él les daba la espalda y retrocediendo cuando apuntaba a ellas con *Brauna*. Sus lenguas siseaban, sus cabellos se habían encrespado. Derguín trazó un arco alrededor de su cabeza con la espada y lanzó un grito de ataque. Las tres ninfas se espantaron y saltaron al agua. Bajo la superficie se formó un remolino de luces que las devoró, pero antes de que desaparecieran a Derguín le pareció que les habían crecido largas colas de serpiente.

--De una buena te has salvado, buena, sí -le dijo una voz arenosa.

Derguín se volvió. A su espalda había aparecido una extraña criatura de patas velludas que terminaban en pezuñas hendidas. Su piel relucía verdosa, dos cuernecillos adornaban su cabeza, y tenía las orejas puntiagudas y los ojos estrechos y fosforescentes.

--¿Quién eres?

--Si esas tres te hubieran seducido, no te lo habría perdonado ella, no señor, no.

--¿Quién?

--¿Quién va a ser, quién quién quién? La princesa de las Niryyiin, ella. Un grande honor te ha caído siendo amado por ella, pero ¡ah!, tiene sus inconvenientes.

La criatura, un macho, a lo que se veía, parecía inofensiva, de modo que Derguín envainó a *Brauna*. El hombre-cabra se puso a cuatro patas un instante, correteó unos metros, volvió y se enderezó de nuevo, frotándose nervioso las manos.

--Ella es celosa, ¿es que sabes o ignoras? No puede su amor ser despreciado ni ensuciado. Si esas tres a la charca te hubieran arrastrado, no creo que ella esta vez te salvara.

--¿Era una trampa? ¿Me ha puesto Tríane a prueba? -preguntó Derguín

Estaba irritado. El hombre-cabra era una criatura grotesca por la que no sentía ningún temor; pero sabía que se había salvado de un gran peligro en el último momento. Estaba hartándose de vivir sobre el filo de una espada.

--¿Prueba, prueba? ¿Qué prueba? -La criatura trotó otra vez

alrededor de Derguín.

--¡Estate quieto de una vez! ¿Quién demonios eres?

--¡Ah, demonio, demonio, me ha llamado demonio! Así nos llamaron antes, pero nobles habitantes somos. Mucho tiempo ha nos echaron los hombres, después destruyeron su mundo y volvimos, y ahora a empujarnos nos vuelven a las tierras de los rincones. ¡Demonio, demonio!

--«Demonios» es una interjección, no un atributo. ¿Es que no sabes gramática? -contestó Derguín, y se dio cuenta de que se estaba dejando arrastrar a una conversación absurda-. ¿Te ha enviado Tríane? ¿Qué quiere de mí?

--No vayas a Grios, me dice te diga y te digo, te digo. No a Grios, a Grios no, a Grios de ninguna manera. Deja al hombre sin pelo, un rival menos es, tú has de ser el único Zemalnit. Toma camino al noroeste, ni norte ni oeste, noroeste, derecho al paso de Rania, de Rania, de Rania, apártate de la piedra y la almena.

Derguín respiró hondo.

--Dile a Tríane de mi parte -empezó a hablar enojado, pero después suavizó su tono-, dile, por favor, que la amo y que le soy fiel. Pero Kratos May es mi maestro. Si enfermara, mi deber sería cuidarlo. Si se quedara inválido, tendría que llevarlo a mi propia casa y tratarlo como a un padre. Ésa es la ley de los Tahedoranes, la ley de la espada, y no puedo desobedecerla. Recuérdale a ella que fue la hoja de Kratos la que soltó los grilletes que la sujetaban a la piedra. Recuérdaselo, y dile que sólo cuando haya cumplido mi deber con mi maestro lucharé por la Espada de Fuego. -Derguín desenvainó a *Brauna* y apuntó con ella a la espesura que bordeaba el claro por el este-. ¡Corre!

La criatura soltó un balido y huyó a cuatro patas. Mientras se alejaba por el claro, terminó de perder sus rasgos humanos y se convirtió en una cabra. Derguín se acercó a El Mazo y lo sacudió por el hombro. El gigantón se despertó quejándose de que Derguín acababa de interrumpir un sueño en el que tres hermosas mujeres trataban de seducirlo.

--Ya sé a quiénes te refieres -le contestó Derguín-. Pero será mejor que nos pongamos en camino.

Aunque era de noche, ensillaron a los caballos y salieron del claro. Esta vez no tuvieron problemas para dirigirse hacia el oeste, en la dirección que les marcaba Rimom, ya de camino a su ocaso.

La voz de la tierra

No están donde deberían estar.

Los dos magos, veterano e iniciado, seguían viajando hacia poniente por las comarcas del norte de Áinar.

--¿Quiénes?

--Kratos y Derguín.

--¿Cómo sabes su paradero?

Linar había utilizado dos fragmentos minúsculos de cuarzo, magnetizados y después prendidos con sendos alfileres en las botas de ambos guerreros. Gracias a la radiación que emitían conocía la orientación y la distancia a la que se hallaban. Ahora, Kratos había tomado el camino de Xionhán. Eso lo desconcertaba.

--Al principio, ambos se encaminaron en línea recta hacia el oeste. Algo ha forzado a Kratos a desviarse al norte, pero ignoro qué.

--¿Por qué dices «Kratos»? ¿Qué pasa con Derguín?

--No está con él. Se han separado.

--¿Han peleado?

--No lo sé. El cuarzo no me dice tanto. Sé que Derguín ha seguido la ruta de las Kremnas, pero he dejado de percibir su cristal.

A Mikhon Tiq no le gustó nada el gesto de Linar.

--¿Qué significa eso?

--Muchas cosas podía significar. Que el alfiler se le hubiera soltado de las botas y el cuarzo, al perder la cercanía de un cuerpo humano, ya no desprendiera su energía. Que Derguín hubiera perdido las botas. Que hubiese muerto... Eso último no lo creo -concluyó Linar.

Pero su gesto seguía siendo severo, así que Mikhon Tiq no supo qué pensar.

Viajaron durante días por un terreno casi siempre llano, aunque aquí y allá se levantaban lomas y a veces hileras de montes bajos. Entre los pastizales había sotos dispersos, alamedas y alisales, filas de sauces que crecían junto a las aguas. En las charcas, entre los juncos, nadaban patos y ánsares que al mínimo ruido alzaban el vuelo en estridentes bandadas. Había también grullas de largas patas que volaban con el cuello estirado y garzas que lo doblaban en una graciosa voluta. Conforme avanzaban al oeste los pueblos eran más pequeños y dispersos. Al principio encontraron rebaños de vacas apacentados por pastores que un par de veces les regalaron queso y vino. Después fueron viendo manadas de caballos salvajes y ciervos rojos que hacían tamborear la llanura con sus pisadas. También avistaron parejas de

dientes de sable que acechaban a sus presas entre las cañas.

--Nos alejamos de las tierras civilizadas -dijo Linar, y señaló al cielo.

Allá, muy arriba, justo sobre sus cabezas, pasó volando un terón. Con sus sentidos recién acrecentados, Mikhon Tiq vio que llevaba en la boca el cuerpo desmadejado de un buitre al que había partido el espinazo. Con las alas muertas colgadas a ambos lados de aquel pico largo como una lanza, el buitre parecía tan pequeño y frágil como un gorrión.

Marchaban con un trote ligero que, en aquella llanura inacabable, parecía el paso de una hormiga. Linar no explicó adonde se dirigían, pero Mikhon sospechaba que quería atraer tras sus huellas a los otros cuatro Kalagorinor para mantenerlos lejos de los aspirantes a la Espada de Fuego. Tarde o temprano, sospechaba, tendrían que enfrentarse con ellos. Dos magos contra cuatro. Linar y él contra Koemyos, Lweter, Fariyas y Kepha. La perspectiva lo llenaba de excitación, pero también de temor. Y sin embargo sus pulsaciones no se aceleraban. Su corazón había dejado de latir.

--No es del corazón de donde extraes ahora la energía que bombea la sangre por tu cuerpo, sino de tu syfrón -le explicó Linar-. El corazón de un hombre tiene un número limitado de latidos para toda su vida. Tú ya no gastarás los tuyos.

Mikhon Tiq respiraba, aunque podía contener el aliento todo el tiempo que quisiera; y comía y bebía, aunque también podría haber prescindido de hacerlo. Pero no sentir el palpito de su corazón le recordaba que su cuerpo había llegado a morir colgado de aquel pino, y se preguntaba si en verdad habría resucitado o si seguía muerto sin saberlo.

Cada vez que se detenían, Mikhon Tiq se sentaba en el suelo, cerraba los ojos y entraba en su syfrón para practicar sus nuevas habilidades. De esta manera aprendió a conocer los recovecos del castillo. Al principio tenía que utilizar la llave para acceder a su syfrón, y buscar entre el dédalo de galerías y salas hasta hallar lo que buscaba. Pero la voz que a veces reverberaba entre los muros le aconsejó que no se concentrara tanto, que limpiara su mente y se olvidara de pensar. Cuando se dejó arrastrar por el instinto, sus pies se acostumbraron a llevarlo por sí solos a los rincones más escondidos, aunque se cuidó mucho de visitar los oscuros subterráneos de aquel castillo que a la vez era su alma y la albergaba. Aprendió a diferenciar los conjuros de los poderes. Los primeros aparecían bajo la forma de objetos que los simbolizaban, como libros, tenazas, cofres o tapices, y para que actuaran era necesario recurrir a palabras o rituales. En cambio, los

poderes puros eran corrientes de colores, ríos luminosos que fluían por el aire ondulando las imágenes a su paso, y resultaban difíciles de atrapar y controlar, pues había que aprender a utilizarlos como el niño aprende a usar sus piernas.

--Los poderes son más rápidos -le advirtió Linar, en una de las raras ocasiones en que compartía con él sus conocimientos sobre la magia-. Es atractivo y a veces embriagador recurrir a ellos, pero también resultan más destructivos y menos sutiles, y consumen las energías de la syfrón antes de que te des cuenta.

--¿Qué ocurre si la syfrón se... consume?

--No es fácil agotar la energía que se encierra en ella. Pero si lo hicieras, tu syfrón se hundiría sobre sí misma y provocaría una onda destructiva tan terrible que no sólo te mataría a ti, sino que también lo arrasaría todo en una legua a tu alrededor.

--¿Es eso lo que pasa cuando un Kalagorinor muere?

--Si nadie recoge su syfrón, sí.

Mikhon Tiq tragó saliva. De pronto, la idea de combatir contra los otros Kalagorinor se le antojaba menos excitante. Si lograban destruirlos, su victoria sería muy breve. Tan sólo tendrían el consuelo de ser aniquilados unos segundos después que ellos.

La tierra despertó por segunda vez el 10 de Kamaldanil.

Estaban sentados a media ladera de una loma. Mikhon Tiq practicaba moviendo objetos sin tocarlos. Para canalizar su poder, utilizaba su espada de baratillo, al igual que Linar se servía de su caduceo. Apuntaba con la *kisha* a los escasos bártulos que llevaban en las mochilas y con ellos hacía malabares en el aire, complaciéndose más en la habilidad que en la fuerza bruta. Pero después busco desafíos mayores y se atrevió a levantar a Linar, aprovechando que parecía dormir. El mago enarcó una ceja, se bajó al suelo con su propio poder y le dirigió una mirada de malas pulgas. El muchacho decidió que era mejor experimentar con materia inerte y volvió la punta de su espada a un peñasco cercano, una mole de granito cubierta de liquen que entre quince hombres con las manos enlazadas apenas habrían podido rodear. No creía que fuera a conseguirlo, pero lo intentó. Se dio cuenta de que la roca estaba muy enraizada, pero insistió en excavar bajo ella con zarcillos invisibles que emanaban de su syfrón a través del acero.

--¿Qué haces?

El propio Linar se puso en pie, sorprendido. La roca tembló, rechinó y empezó a levantarse con breves sacudidas circulares. Mikhon Tiq había cerrado los ojos, pero a través de la empuñadura de la espada sentía cada cristal y rugosidad del granito, cada gramo de su peso. La

roca se alzaba pulgada a pulgada rompiendo el suelo de tierra negra. Quiero levantarla entera, pensó Mikhon Tiq, mientras un río de calor hirviente le corría por las venas, la boca se le llenaba de sabor a sangre y los tendones de todo su cuerpo se le retorcían por dentro.

--¡Déjalo!

Mikhon Tiq abrió los ojos sobresaltado y perdió el control de la roca. Esta se volvió a hundir y la ladera tembló. Hubo un instante de silencio, y después el suelo empezó a agitarse con una vibración sorda. Aquel trepidar provenía de las profundidades. Mikhon Tiq se dio cuenta de que algo enorme subía hacia él, buscándolo. Miró a Linar, pero no encontró en él explicación alguna; tan sólo un ceño preocupado y frío. El temblor se hizo más fuerte, el suelo empezó a sacudirse. Huyeron como lo habían hecho la primera vez, alejándose del epicentro. Corrieron como gamos entre los herbazales y sólo se detuvieron al llegar a una loma cercana. Haciendo equilibrios se mantuvieron de pie en medio de terribles convulsiones que querían romper la tierra. No era un temblor continuo, ni el fragor de un terremoto natural; más bien parecía que un gigantesco ariete subterráneo embistiera una y otra vez contra el lecho de rocas, con una obstinación ciega y brutal.

--¡Mira allí!

Linar le señaló a Mikhon Tiq el lugar donde se hallaba el peñasco que había intentado levantar. El suelo se había abierto en una larga grieta que rajaba la colina desde la cima hasta la base. Durante un segundo atisbaron una forma oscura que palpitaba en su fondo; la piedra desapareció engullida por la sima y un instante después brotó un chorro de esquirlas y polvo. Algo bajo la superficie del suelo había triturado la roca. Sólo entonces se calmó el seísmo. Y allí estaba yo, junto a la piedra, pensó Mikhon Tiq.

En los días siguientes la tierra tembló dos veces más, siempre cuando Mikhon Tiq desplegaba el poder de su syfrón. Frustrado, hubo de renunciar a sus prácticas.

--Temo que esto tiene que ver con Yatom -dijo Linar.

--¿Qué quieres decir?

--Cuando Yatom viajó al este, para llegar a Zenorta... ¿Qué me dijo? -Linar entrecerró el ojo y recitó como en trance-: «El camino estaba cortado por un inmenso pantano, un mar de lodo en el que no *crecía* nada vivo. No encontré ningún sendero para atravesarlo, así que envié un mensaje a nuestro hermano Kalitres. Pero sólo logré despertar a una criatura espantosa del cenagal, una babosa de lodo, informe y repulsiva y tan gigantesca que apenas se puede concebir. Verla bastaba para enloquecer. No sólo no pude destruirla, sino que desde la lucha

que sostuve con ella mi poder empezó a declinar».

Mikhon Tiq asintió. Yatom le había hablado de aquel monstruo de barro.

--Yatom debió despertar a una criatura inimaginable -prosiguió Linar-. Ahora, su syfrón se ha convertido en tuya. Cuando despliegas tu poder, la energía que brota de ti lleva escrito un mensaje: «Ésta es la syfrón de Yatom». Cualquiera de los demás Kalagorinor sabe leerlo. Lo que no comprendo -añadió, acariciándose el mentón- es cómo puede hacerlo una bestia descerebrada.

--¿De qué tipo de criatura me estás hablando, Linar?

--Nadie conoce lo que se oculta bajo la superficie de la tierra. Pero muchos sabios creen que el suelo que pisamos se sustenta sobre un inmenso lecho de lodo primordial. A veces, ese lodo sube a la superficie en su estado ardiente y lo vemos brotar como lava volcánica. Otras veces asciende por inmensos pozos y túneles que taladran la tierra y toma contacto con el aire en su forma más fría: barro y cieno, la arcilla blanda de los pantanos.

»Hay quienes piensan que en ese océano subterráneo de cieno ardiente moran enormes criaturas. Pero imaginemos que lo habita un solo ser de tamaño inconcebible, y que lo que Yatom vio no fuera más que un apéndice minúsculo en su escala. Ese monstruo sólo podría salir a la luz en las grandes ciénagas, donde el lodo aflora a la superficie. En cambio, si en su camino se interponen rocas más densas y sólidas, las golpeará, y al hacerlo provocará terribles temblores.

Mikhon Tiq recordó el pozo al que se había asomado de forma tan atolondrada en los subterráneos de su syfrón, y cómo la caída de la antorcha había despertado a la bestia que dormitaba en su fondo. Nada de ello le dijo a Linar, pero el mago pareció intuir por dónde iban sus pensamientos.

--Cuando despliegas tu poder, atraes a esa criatura. De ahora en adelante, debes tener cuidado.

Mikhon Tiq habría preferido no creer a Linar. Pero sabía que era él quien había despertado a la tierra cuando no quiso obedecer al cartel que le vedaba el paso. Las consecuencias de aquel pensamiento eran terribles de aceptar: una colosal criatura primigenia, más antigua quizá que la humanidad, seguía sus pasos para destruirlo. Todas las capacidades que acababa de adquirir y que estaba aprendiendo a dominar se convertían en inútiles, pues cualquier alarde de poder que fuera más allá de un débil sortilegio atraería al monstruo. La devastación lo perseguiría. Entrevió posibilidades insólitas, la potestad de derrumbar fortalezas y asolar ciudades invocando a la bestia del barro primordial. Se convertiría en un emisario de la muerte. Se estremeció al pensarlo.

En los días siguientes comprobó que podía utilizar conjuros que no

exigiesen grandes derroches de energía; pero cuando recurría al auténtico poder, la tierra temblaba. Entonces, si interrumpía enseguida su actividad, el temblor no pasaba de un ronquido profundo, una especie de estertor grave y enterrado, como la respiración de un gigantesco animal agazapado en las profundidades. No se atrevía a seguir más allá.

Y, mientras, cuatro magos poderosos, antiguos como los bosques y dementes como el mar nocturno, habían empezado a perseguirlos.

Honor

Cuando las montañas empezaron a cubrir cada vez más cielo con sus crestas blancas, Derguín se empeñó en que El Mazo se afeitara las barbas y se recortara aquella melena espesa como el vellón de un carnero negro. El Gaudaba abrió los ojos como si le hubieran mentado a un diablo.

--Ahora que a ti te empieza a salir barba de hombre, ¿pretendes que yo parezca una mujer?

--¡Ja! No parecerías una mujer aunque te vistiera con las ropas de mi madre.

Durante más de medio día atravesaron un páramo de suelo grisáceo y polvoriento en el que no crecían más que arbustos, malas hierbas y algunas encinas retorcidas que daban bellotas amargas. Un par de leguas atrás, el Feluis había torcido su curso hacia el sur, y ellos se apartaron de su orilla para dirigirse hacia una cumbre nevada que destacaba entre las demás montañas de la Sierra Virgen, el Diente Pelado.

Fue en aquel margal donde avistaron un terón. Volaba a tanta altura que lo tomaron por un buitre, pero luego Derguín aguzó la vista, descubrió que no era ninguna ave y se lo señaló a El Mazo. El reptil alado se dejó caer casi en picado, y ellos agacharon la cabeza y los caballos relincharon inquietos. Cuando estaba a cien metros del suelo, la bestia aleteó de nuevo y empezó a ascender en amplios círculos. Tuvieron tiempo de contemplar la silueta de sus alas membranosas, dentadas como las de un gigantesco murciélago, y su pico largo y

puntiagudo. El Mazo preguntó si aquella criatura vomitaba fuego y Derguín soltó una carcajada.

--¡No! Es un terón, no un dragón. Aunque, por su tamaño, hay quien lo llama «dragón sin fuego».

Derguín tampoco había visto un terón en su vida, pero no se lo confesó a El Mazo. Durante un rato estuvo torciendo el cuello hacia atrás, hasta que la silueta alada se perdió tras unas nubes bajas. El resto del día se sintió más animado de lo que recordaba desde que salió de Koras. Por unas horas volvió a ser un chico de diecinueve años que veía mundo.

Después de cruzar el páramo, bajaron una garganta tortuosa en cuyas paredes las antiguas eras habían dejado marcas de estratos anaranjados, cobrizos y parduscos, como las capas de un gigantesco pastel seco. Por el fondo corría un arroyo, poco más que un hilo de agua. Casi sin transición, se encontraron en una comarca verde y fértil, y por primera vez en muchos días Derguín volvió a ver tierras de labor.

--Estamos otra vez bajo jurisdicción de Áinar -le recordó a El Mazo-. Debes cortarte esas barbas de oso.

--Jamás hemos estado aquí -respondió El Mazo, mientras acariciaba las sienas de la calavera-. ¿Qué te parece, Faugros? ¡Este mamón pretende que se me quede cara de sapo!

Entraron en un pueblo. Mientras llenaban los odres en una fuente y discutían si buscar una taberna para comprar vino, advirtieron que los lugareños los miraban de reojo, se daban codazos entre ellos y no dejaban de señalar a El Mazo. Un joven asintió y se alejó corriendo calle abajo. No necesitaron más indicios para montar de nuevo y marcharse de la aldea a trote ligero.

Poco después comprendieron el interés de los aldeanos. En una encrucijada se levantaba una horca, de la que colgaba un campesino con las manos atadas a la espalda y la lengua cruzada a un lado de la boca, hinchada como una gran babosa negra. El travesaño se sujetaba sobre dos postes. En el de la izquierda, un letrado informaba de que aquel pobre diablo había escondido en su casa un arco y siete flechas. El Mazo se quedó descifrando el resto del mensaje, mientras Derguín se acercaba al otro poste. En él habían clavado un cartelón de madera de castaño con tres rostros dibujados a pincel. Al pie de cada retrato había un párrafo escrito en líneas torcidas, y más abajo el dientes de sable rampante que representaba la autoridad imperial.

--¡Mira esto!

El Mazo se acercó. Dos de los dibujos representaban a personajes patibularios cuyos rasgos podrían haberse correspondido con cualquier varón de gesto torvo. Pero en el tercero se veía una cabeza tan grande como las otras dos juntas, con melena de león y una barba adornada en trenzas tejidas con pequeños lazos. Derguín fue señalando con el dedo

los caracteres escritos bajo aquella imponente cabeza, y El Mazo los deletreó:

--E... Eeel... Maa... zoo... ¡Pero si soy yo! ¡Claro, es mi nombre! - exclamó, contento de haberse reconocido en aquellas letras que cada día se le antojaban más sobrenaturales y prodigiosas.

--Observa este de la derecha. Es tu amigo Burtún, ¿no te das cuenta?

El Mazo se rascó la barba, entrecerró los ojos y, por fin, contestó que aquel dibujo no le recordaba ni por pienso a Burtún.

--En cambio, a ti se te reconoce perfectamente por la barba y esas guedejas que llevas. ¿Sabes cuánto ofrecen por tu cabeza?

--¡No! -respondió El Mazo, que aún no había aprendido a leer cifras-. ¿Cuánto?

--Cincuenta imbriales.

--¿Sólo eso valgo? ¿Y cuánto dan por Burtún?

--Veinte.

--¡Ah, mucho mejor! Ya decía yo que su sitio estaba en la mierda.

Durante un rato, El Mazo se quedó extasiado contemplando su efigie entintada y los signos mágicos que hablaban de él. Derguín le tiró del brazo para apartarlo de allí, pero no consiguió moverle ni un talón.

--¿No lo entiendes? ¡Te han puesto precio! ¡Tenemos que salir del camino! ¡Rápido!

Por fin, consiguió hacerle entender que estaban en peligro. Se alejaron del sendero, bajaron un pequeño declive y se sentaron a la orilla de un río, bajo unos sauces llorones cuyas ramas los ocultaban de la vista. Derguín buscó en la vaina de *Krima*, donde Kratos guardaba su navaja de afeitar. El Mazo meneó la poderosa cabeza, pero Derguín porfió, tratando de hacerle entender que no podría disfrutar de los cien imbriales si lo ahorcaban en el camino.

El Mazo terminó rindiéndose. Esquilarlo no fue labor fácil ni breve, pues sus pelos eran duros como púas de erizo y Derguín nunca había hecho de barbero; pero un par de horas después El Mazo parecía otro hombre, con menos cabeza y una cara más gruesa y redonda. Derguín le sugirió que se asomara al río para contemplar el resultado, pero El Mazo se negó.

--Si veo cómo me has dejado, te retorceré el pescuezo.

Afeitado y con el cabello cortado como un tazón, no parecía ya un fiero Gaudaba, sino un enorme campesino de mejillas carnosas, labios finos y nariz de patata. A todas horas se tocaba la cara, sorprendido de encontrar piel desnuda allí donde el sol no se había asomado desde hacía años.

Pasaron la noche en una hondonada cavada por las raíces de un vetusto roble. A la mañana siguiente avistaron el castillo de Grios, cimentado en un espolón de la propia sierra. Después lo perdieron de vista, mientras cabalgaban por estrechos senderos en un terreno que no dejaba de ascender. A los lados encontraban prados cercados por muretes de piedra y barda; el suelo era desigual, roto aquí y allá por piedras cubiertas de musgo y líquen, pero las vacas se las arreglaban para trepar por todas partes en busca de las hierbas más jugosas. Los taludes más empinados estaban cortados por terrazas en las que crecían huertos y sembrados. Los paisanos que los veían los saludaban con la mano, sin cordialidad, pero también sin temor, pues Derguín había escondido las espadas bajo los fardos y podían pasar por comerciantes o buhoneros.

Subían ya por las primeras estribaciones de la Sierra Virgen. De lejos les había parecido una enorme manta de colores, atravesada por pliegues y profundos surcos en los que se agazapaba la niebla. Ahora esos primeros espolones estaban ya encima de sus cabezas y los ocultaban de la vista las grandes cumbres que se elevaban más al oeste. Los árboles adornaban las ondulaciones del relieve como festones púrpura, cobrizos o amarillos. Todo estaba húmedo. Fuentes y arroyos atravesaban el camino; a menudo se convertían en ríos que bajaban espumeando entre piedras redondas y verdosas, y tenían que cruzarlos sobre puentes de madera que crujían bajo los cascos de los caballos. La vegetación brotaba por doquier: en los intersticios de los muros, en los taludes, en las paredes de las casas, en los troncos de robles y castaños, tan cubiertos de líquenes y madreselvas que apenas se veían sus troncos; incluso sobre la dura coraza de las mismas rocas. Allí donde el terreno ascendía lo suficiente, las crestas aparecían coronadas de verdes pinos. A más altura, los árboles desaparecían y dejaban su lugar al piorno y, aún más allá, al monte pelado.

Tras atravesar un robledal aún cuajado de brumas, el sendero los llevó a un pequeño lago de aguas oscuras y quietas. Sobre él, una larga peña se erguía de nordeste a sudeste, brotando de una montaña que, a su vez, se desgajaba del inmenso tronco del Diente Pelado. Al pie de aquel cantil se veía un poblado de casas de piedra, tejados de pizarra y chimeneas humeantes. De él subía zigzagueando un sendero tallado que, en cuatro tramos quebrados, ascendía por las paredes de roca hasta llegar al pie del castillo.

Se acercaron a él desde la parte sur. Derguín lo estudió. A la derecha, una torre triangular se asomaba al borde del risco y dominaba el poblado. De ella partían dos murallas, cuyos adarves ascendían siguiendo la inclinación de la explanada que coronaba el risco. A mitad de camino de la muralla meridional había un baluarte incrustado en los grandes sillares del lienzo; después seguía otro tramo de muro que

subía hasta terminar en otra torre. Era de suponer que la estructura de la pared septentrional fuera simétrica, pero el resto del castillo la ocultaba. En el centro de la fortaleza se elevaba un gran torreón pentagonal coronado por almenas y un mástil en el que tremolaba el león dientes de sable de Áinar. Derguín calculó que los lienzos exteriores medían unos quince metros, y el torreón central el doble.

--¿Es ahí donde tienen a tu maestro?

--Eso me temo.

--Ni con un ejército enorme conseguirías entrar ahí.

Derguín sonrió de medio lado. Sin duda para El Mazo un ejército enorme consistía en una tropa de cien desharrapados provistos de arcos y estacas puntiagudas.

--Ahí está la clave. Yo no soy ningún ejército. Mi problema no va a ser entrar, sino salir.

Después se volvió hacia el Gaudaba.

--Has cumplido tu palabra. Me has traído hasta aquí.

El Mazo trató en vano de retorcerse las trenzas de la barba.

--Sí, te he traído hasta aquí.

--En realidad no tengo doscientos imbriales, sino sólo ciento cincuenta. Pero te prometí la mitad de doscientos, así que te daré cien.

--Eso me parece bien.

--Aunque si me hicieras un último servicio podrías conseguir quince más.

--No pienso entrar ahí.

--No tendrás que hacerlo. Sólo esperar con los caballos a que yo salga. Después podrás irte.

--¿Sólo esperar?

--Sólo. Pero tenemos que encontrar un sitio apropiado.

Derguín alzó la mirada hacia el castillo. Con gusto habría vuelto grupas para acompañar a El Mazo en su viaje al sur y embarcar en alguna nave rumbo a las Islas de la Barrera. Pero ahora era esclavo de sus palabras, del mensaje que le había enviado a Tríane por medio del hombre-cabra. «La ley de los Tahedoranes, la ley de la Espada». Unas palabras altisonantes, más grandes que él mismo. Pero tenía que hacerles honor o morir por ellas. Si no, no merecería ser llamado *tah* Derguín.

Cosecha añeja

El día 13 de Kamaldanil, Togul Barok partió de Grios con treinta jinetes escogidos. Él montaba a *Amauro*, el caballo de Kratos May, pues al verlo en las cuadras pensó que era corcel digno de un príncipe y se apropió de él. Aiskhros, alcaide del castillo, y Kirión salieron a despedirlo a la puerta sudeste.

--No maltratéis a los prisioneros -les ordenó Togul Barok, ya montado-. Deben seguir aquí, con vida, hasta que yo regrese. Sólo entonces decidiré qué hacer con ellos. Si saben lo que les conviene, aún me pueden ser útiles.

Ambos contestaron con una reverencia. Cuando se enderezaron, el príncipe ya bajaba trotando hacia la aldea, flanqueado por su portaestandarte. Esperaron a que se perdiera de vista antes de entrar de nuevo al castillo. Kirión le dio al alcaide una vaga excusa y se despidió de él.

--Allá va, a refocilarse con la prisionera -murmuró Aiskhros, mientras cruzaba la galería que llevaba al patio de armas-. Me da asco respirar el mismo aire que ese individuo.

El alcaide era un hombre de tipo pícnico, desde las plantas de los pies, que tenía rellenas de carne como un bebé hipertrofiado, hasta las orejas caídas y gordezuelas. Sin duda había heredado aquella turgencia de su madre, y no de su padre, el emperador. Aiskhros era uno de tantos hijos bastardos a los que Barok había repartido cargos y prebendas en las fronteras de Ainar para alejarlos de la corte. Grios, al igual que otros puestos avanzados, no dependía de aristocracias ni dinastías locales, sino de la jurisdicción imperial. Así, Mihir Barok controlaba la defensa exterior de Ainar y de paso les recordaba a los señores de la guerra lo largo que era el brazo de Koras y cuán corta su paciencia.

Aiskhros era, por tanto, hermanastro del príncipe, que durante aquellos días lo había tratado más como lacayo que como pariente. Una hora después de su partida, desde las almenas del torreón central, el alcaide se dedicaba a despotricar de él.

--¡Mira eso, Daengol! -le dijo al capitán que lo acompañaba-. Todo el patio norte parece un campamento enemigo.

Desde aquel torreón se divisaba un paisaje magnífico: al sur, Bhaitar, verde y fértil; al este, el borde de la meseta de Gruba, una línea de color ladrillo que en la distancia adquiría tintes violáceos; al oeste, las montañas. Pero Aiskhros sólo tenía ojos para su patio de armas, donde los hombres de Togul Barok habían plantado doce tiendas de lona parda, entre las cuales flameaba orgullosa la bandera con la bestia alada.

--¡Me revuelve la bilis ver ese estandarte en mi castillo! ¡Nosotros no le debemos lealtad a él, sino al emperador!

Daengol asintió en silencio. Era un hombre joven, de mejillas chupadas, hombros estrechos, manos frías y ojos ambiciosos.

--¡Me ha dejado aquí más de cien hombres! -prosiguió el alcaide-. Me están saqueando la despensa y la bodega, y ni siquiera me ha dicho cuándo se irán. ¿Acaso se cree que el emperador me ha encomendado esta plaza para dar alojamiento a todos los niños que vengan de Koras?

Daengol agachó la cabeza. Él era de Koras; de todos los oficiales de Grios, era el único que había estudiado en Uhdanfiún, y ostentaba con orgullo las cuatro marcas turquesa de su brazalete de Ibtahán. Pero ahora prefirió no decir nada, pues sabía que su señor era impulsivo y quejumbroso y que abría la boca más de la cuenta, y todo lo que a Aiskhros se le escapaba de los labios, Daengol lo archivaba en su memoria.

Al alcaide no le daba ningún empacho contradecirse. Aquella misma noche invitó a Kirión a cenar con él en sus aposentos, y lo agasajó con varias botellas de vino de su bodega, la mejor de aquella parte de Áinar. Las lenguas se fueron calentando y Aiskhros empezó a lamentarse de que un hombre de su talento (por cuyas venas, añadió bajando la voz, corría sangre imperial) se viera desterrado en Grios, la única frontera de Áinar que no limitaba con nada.

--Porque mandar a mis tropas a quemarles el culo a esos montañeses no es lo que yo llamaría una misión arriesgada. ¡Así no se pueden conquistar méritos!

Mientras ellos cenaban, Daengol asistía a pie firme en un rincón, como un mueble más. Kirión también bajó la voz. Sin duda, su señor iba a ser el próximo Zemalnit. Bien lo sabían ellos, que tenían a sus rivales a buen recaudo. Considerando la avanzada edad del emperador, era lógico pensar que Togul Barok, a su regreso con la Espada de Fuego, no tardaría en ocupar el trono. Una vez coronado, como joven y ardiente que era, no se conformaría con mantener sus fronteras, sino que buscaría expandirlas hacia las ricas ciudades del este. ¿Cuántos generales y gobernadores necesitaría para administrar las nuevas provincias? La gloria y, sobre todo, inmensas riquezas esperaban a los afortunados a los que eligiera Togul Barok.

--Por eso hay que ser más partidario del príncipe que el propio príncipe.

Aiskhros le miró con ojos mortecinos. Cuando bebía, los párpados se le caían como un tejado a dos aguas.

--¿Qué quieres decir?

--Mi señor espera que, cuando se convierta en el Zemalnit, esos Tahedoranes que tienes encerrados le sirvan para algo. Pero ellos le guardarán rencor y a las primeras de cambio le traicionarán. Y no olvides que pueden quitarnos el sitio a la hora de recibir tajada.

--Así que sugieres que...

--Que no estén aquí cuando mi señor regrese.

--Pero él me ha encargado que los vigile.

--No pierdas el sueño por eso, señor alcaide. El príncipe estará tan contento con la Espada de Fuego que ni se acordará de ellos.

--Propones que los haga asesinar...

--No propongo nada. Sólo digo que a veces suceden desgracias, accidentes, y más en estas fronteras salvajes. -Kirión sonrió y enseñó una sarta de dientes negros y aguzados-. Hónralos, y si te parece dales un banquete, para que nadie diga que no los trataste bien... pero arréglatelas para que al día siguiente no se sepa más de ellos.

Cuando Kirión se marchó, Aiskhros le dijo a Daengol que tomara asiento y se sirviera vino. El capitán apoyó sus magras posaderas en el borde de la silla y bebió un sorbo.

--No puedo hacer lo que me sugiere esa lagartija. Esos hombres son Tahedoranes, aspirantes a la Espada de Fuego. Uno de ellos es arconte en Ritión, y el otro gobierna la Horda Roja. El emperador no lo aprobará...

--Ritión y Mígranz están lejos, mi señor -repuso Daengol-. Contrariar al emperador ya es un asunto más delicado.

--¡Eso es lo que digo yo!

--Por otra parte, esos prisioneros no le son útiles a nadie. Si el príncipe decide librarse de ellos, eliminándolos te adelantaría a sus deseos. Si prefiere concederles honores, lo más probable es que tú seas postergado injustamente. Incluso alguno de ellos podría culparte a ti de su confinamiento y tratar de vengarse en tu persona.

--Parece que esos hombres son un estorbo para todos, en verdad...

--Y un problema. Ahora están encadenados, pero con una espada en la mano son peligrosos como cobras.

--Sí, es verdad que lo son. ¡Maldito Tahedo!

Aiskhros se volvió a llenar la copa y rezongó al ver que su capitán apenas había bebido de la suya. Después siguió dándole vueltas a aquel asunto. ¿Y si el príncipe moría en las salvajes regiones más allá de las montañas? ¿Y si Mihir Barok seguía siendo emperador muchos años más? Acabar con los cuatro prisioneros podía ser una buena idea, sí, pero siempre que las culpas no recayeran en él. ¿A quién se las podrían endosar?

--A Kirión, mi señor -sugirió Daengol-. No es hombre que goce de muchas simpatías en Koras. Tiene sangre plebeya.

--Sí, es verdad. Algunos incluso dicen que es hijo de esclavos.

--Eso no sería del todo extraño. Pensemos en esto, mi señor: ¿Qué crimen no ha cometido Kirión?

--Es una bestia sanguinaria, sí. Como dijo Barjalión: «Nada noble puede salir de gentes de baja condición». ¡Lo que le ha hecho a esa

Atagaira! No es que me parezca mal, porque una mujer que se atreve a llevar armas como un hombre debe ser castigada, pero ultrajar así a una Tahedorán, en mi castillo...

Daengol le ofreció la copa al alcaide para frenar su verborrea.

--¿Sabes, mi señor, que a Kirión lo apodan «El Serpiente»?

--¡Ja, ja! Es rastrero como un reptil y tiene los colmillos afilados.

--Pero además se sabe que más de una vez ha recurrido al veneno para eliminar a sus enemigos.

Aiskhros dio un respingo y se apretó el estómago.

--¿No insinuarás que me ha envenenado en mi propia mesa?

--No es eso, mi señor, no te alarmes. Lo que sugiero es que te sirvas de sus propias artes para hacer que las sospechas recaigan sobre él.

Daengol dejó que el alcaide digiriera sus palabras. Por fin, una luz de comprensión destelló en sus ojillos carnosos.

--¡Eso es! Veneno... Ya lo hemos usado más de una vez. -Aiskhros volvió a llenarse la copa y la elevó al cielo-. Doy gracias a los dioses por haberme otorgado una mente ingeniosa. ¿Tú no bebes, Daengol? ¡Vamos!

Al día siguiente consultaron con Lormesto, el médico Ritión que atendía a Aiskhros; un viejo de cabellos ralos y pajizos y mirada opaca que también era herbolario y experto en drogas.

--Hmmm... Se puede recurrir a muchos procedimientos, dependiendo de que se busque una muerte rápida o lenta, dolorosa o dulce, escondida o evidente. Existen venenos que matan en una sola dosis, otros que han de administrarse a lo largo de varios días. Hay tóxicos que matan al ser ingeridos, otros que lo hacen sólo con rozar la piel, otros que más bien actúan por...

--No disponemos de todo el tiempo del mundo, maese Lormesto -le interrumpió Daengol-. ¿Qué tienes aquí?

--Bien, bien, bien. Hmmm, sí, sí. -El anciano rebuscó en un estante entre frascos de cristal y tarros de cerámica-. Hay azogue, sales de cianuro, flores de cicuta, saliva de can rabioso, hongo del diablo...

--Mi señor estaba pensando en algo para lo que exista un antídoto.

--¡Ah, un antídoto! Haber empezado por ahí... Es cierto que todo en la naturaleza tiene su contrario, como dijo el gran Arkhómenor. Por desgracia, a veces los venenos actúan con tal rapidez que las ulceraciones que causan en las entrañas son ya irreparables, y el paciente muere antes de que el antídoto pueda anular la mezcla de elementos que contiene el tóxico. Claro, eso en el caso...

--¿Y si el antídoto se ingiere antes?

--¿Estáis pensando en una intoxicación disfrazada, en que el envenenador comparte la comida con el envenenado y aparenta sufrir lo... ?

--¿Tienes algo así o no?

--Sí, sí. Por los dioses, qué impaciencia. Esperad un momento...

Ah, aquí está.

El médico les enseñó un frasquito tapado con corcho y lacre. Contenía apenas medio dedo de un líquido espeso y negruzco al que la luz arrancaba reflejos purpúreos.

--Esto es veneno extraído de los dientes de una serpiente negra de las selvas de Pashkri. No se puede decir que sea discreto, pero sí eficaz, muy eficaz. En cuestión de minutos la víctima cae entre violentas convulsiones, soltando una baba oscura de tacto viscoso que después se...

--Ahórrate las descripciones -le cortó Aiskhros, asqueado-. ¿Existe antídoto?

El anciano señaló otro frasco, alineado junto al primero. El veneno estaba etiquetado con un triángulo negro, y el antídoto con otro amarillo. Según les explicó, se trataba de una mezcla de beleño, mandrágora y diversos principios activos.

Aiskhros hizo que trajeran dos prisioneros, pues no se fiaba de Lormesto. Eran dos campesinos que llevaban algún tiempo en las mazmorras del castillo. Nadie recordaba por qué los habían encerrado. A uno de ellos le dieron el antídoto y el veneno; al otro sólo el tóxico. Éste cayó entre convulsiones y expulsó un vómito hediondo de bilis y sangre oscura. Una hora después murió. El primero, al verlo, sufrió un ataque de pánico que le hizo revolcarse apretándose el estómago; pero no tardó en recobrar y pudo volver por su propio pie a la mazmorra.

Convencido Aiskhros, no tardó en improvisar los detalles para una cena con la que desagaviar a los prisioneros, pues la iniciativa que le faltaba para el gobierno de su plaza le sobraba para organizar banquetes, agasajos y cacerías.

--No podrán llevar espadas, claro, deben entenderlo -le explicó a Daengol-. No queremos que las serpientes cenen con sus colmillos... Les diremos que mañana o pasado, cuando el príncipe esté lo bastante lejos, los liberaremos.

--Podemos añadir que son órdenes del propio emperador -sugirió Daengol.

--¡Bien, bien! Les serviremos buenos vinos, pero dejaremos para el mejor momento una botella de tinto de Áttim. Es apropiado que un veneno de Pashkri se sirva con vino de Pashkri, ¿no? Es un caldo con cuerpo, un poco especiado: disimulará el sabor. No se darán ni cuenta. Los pobres desgraciados se pondrán enfermos al momento. Yo también. Me sacarás de allí y me llevarás a mis aposentos. Lormesto me atenderá

durante varios días, se desvivirá por mí y yo sobreviviré. Me temo que ellos no.

Los días anteriores, a Kratos le habían traído la cena ya de noche. Sin embargo, esta vez la puerta de la celda se abrió cuando aún entraba algo de luz por la tronera. Ese cambio en la rutina le hizo sospechar que le había llegado el momento: o iban a matarlo, o a someterlo a algún ultraje como a Tylse, que ya había recibido dos veces la visita y las atenciones de Kirión. Kratos recogió tres palmos de cadena, preparado para estrangular al primero que se le acercase. El carcelero que siempre le traía la comida se quedó detrás de la puerta. Fue otro hombre el que entró a la celda, un oficial joven que se inclinó ante él a una distancia prudencial.

--*Tah* Kratos, permite que te presente mis respetos. Soy *ib* Daengol. El alcaide de Cirios, el noble Aiskhros, te envía sus saludos y pide disculpas por el indigno trato que has recibido, que no es responsabilidad suya.

Kratos frunció el entrecejo. Se temía una traición; pero los días de cautiverio e incertidumbre habían socavado su voluntad y lo habían vuelto más proclive a aceptar amistad y buenas palabras, vinieran de donde vinieran.

--Por ese motivo -prosiguió el oficial- te ruega que le acompañes esta noche a un banquete que dará en vuestro honor.

--¿En nuestro honor? No pretenderás que te crea.

El oficial despachó al carcelero, y después entornó la puerta de la celda para acercarse a Kratos y hablarle en confianza. En ese mismo instante, el Tahedorán se arrojó sobre él, le enrolló la cadena al cuello y lo tiró en el camastro sobre el costado izquierdo, para que no pudiera desenvainar la espada.

--*¡Tah* Kratos, por favor! -suplicó Daengol, con voz ahogada-. ¡La culpa es del príncipe! ¡Pero ya no está aquí!

--¿Dónde está entonces? -Kratos aflojó la cadena lo justo para dejar explicarse al oficial.

--¡Ha ido al norte!

--¡Mientes! -Kratos volvió a apretar.

--¡No, no! Va a tomar el paso de Rania, y luego al oeste.

--¿Y después?

--¡No lo sé! ¡No sé dónde está la Espada de Fuego! ¡No nos lo ha dicho!

--Si de verdad queréis desagraviarme, dile a tu señor que me quite estas cadenas y me deje ir -dijo Kratos rechinando los dientes.

--¡No podemos hacerlo aún, *tah* Kratos! ¡El alcaide envió ayer una

paloma a Koras, pero no ha recibido respuesta! ¡Cuando llegue, sin duda te liberará!

Kratos volvió a apretar.

--¡Pues libérame tú ahora!

--Mátame si quieres, *tah* Kratos, pero no saldrás de aquí. No está en mi mano... ¡Por favor, no aprietes más! Si tienes paciencia, un par de días de retraso sobre el príncipe no significarán nada. Hay otro paso, más complicado que el de Rania, pero está más cerca.

Aquello interesó a Kratos, que aflojó la presión de la cadena. Daengol le explicó que por la puerta oeste del castillo salía un estrecho sendero que subía a las montañas. Era fácil perderse por él, pues se bifurcaba varias veces, pero al final llevaba a un enorme valle en forma de U y a un desfiladero que cruzaba la Sierra Virgen.

--No tendrás que pisar la nieve siquiera, *tah* Kratos. Puedes estar al otro lado de las montañas en un día y medio.

--¿Por qué Togul Barok no ha tomado ese camino?

--¡Porque no se lo hemos dicho! El príncipe no es santo de la predilección del alcaide. Por favor, *tah* Kratos, suéltame ya. Mi señor quiere favorecerte, de verdad. En cuanto pueda os soltará a todos... Así vosotros mismos os podréis vengar de Togul Barok.

Kratos desenrolló por fin la cadena. No dejó de vigilar al oficial mientras se levantaba, pero Daengol no hizo amago de echar mano a la espada. Tenía una marca roja en el cuello.

--Me complace ver que no has perdido la agilidad en este encierro, *tah* Kratos. No he dejado de decirle al alcaide que me parecía una indignidad lo que os habían hecho, pero él no se atrevía a contrariar a Togul Barok mientras siguiera en el castillo. Mira -se subió la manga de la casaca y le mostró un brazalete con cuatro marcas azules-: yo también estudié en Uhdanfiún.

Kratos estaba deseando creer en alguien, quería que ese joven oficial de mirada noble lo convenciera, así que se dejó convencer. Pero se negó a acudir a la cena oliendo a pocilga y con aquella barba. Daengol le prometió que lo solucionaría y, tras despedirse con una inclinación aún más pronunciada que la primera, se marchó.

Poco después llegó el carcelero, acompañado por dos mozos que traían un gran barreño de agua, y también jabón y aceite aromático. Lo lavaron, sin quitarle la cadena, y después le afeitaron la barba.

--El cráneo también -le ordenó a uno de los mozos.

Por fin, le trajeron ropas limpias: unas calzas, una túnica corta, una casaca azul. Pero no podía vestirse con las manos encadenadas. El carcelero entreabrió la puerta y le señaló al otro lado, donde doce soldados armados le apuntaban con arcos y lanzas. Le quitaría los grilletes, dijo, siempre que prometiera portarse bien. Él no era más que un sirviente, no tenía culpa de las incomodidades que hubiera sufrido.

--Al final, nadie tiene la culpa de nada -murmuró Kratos-. Vamos, suéltame ya. Lo único que quiero ahora es cenar como mandan los dioses.

Escoltado por los soldados, Kratos bajó por la escalera de caracol. Contó ciento cuatro peldaños. Al entrar a ciegas, había subido ciento treinta y siete. Dedujo que no se hallaba al nivel del suelo. Luego sabría que todo el castillo estaba en una cuesta que subía de este a oeste, y que él había entrado al torreón por la parte oeste, la más baja.

Se encontró en una gran sala pentagonal, construida alrededor del gran pilar de piedra por cuyo interior se retorció la escalera. Todo el mundo estaba ya allí, esperándolo. Kratos recorrió la estancia con la mirada, como hacía siempre que entraba a un lugar desconocido. Había cuatro mesas alargadas, a poca distancia de las paredes; en el quinto lado del pentágono, que estaba libre, una puerta de dos batientes se abría a una galería abovedada. Por ella iban y venían los pinches y sirvientes con las bandejas. El techo, de madera oscura y artesonada, estaba a unos seis metros del suelo. De él colgaban grandes candelabros redondos de hierro forjado. En las paredes alternaban tapices y vidrieras de colores. Por la que quedaba a la izquierda de la puerta entraba aún algo de claridad. Rodeaban la sala unos veinte guardas que vestían uniformes pardos bajo las armaduras de cuero.

Las mesas estaban adornadas con manteles de hilo blanco, flores y candelabros, y también bandejas, fuentes y platillos surtidos con todo tipo de manjares. Los invitados se pusieron en pie al ver llegar a Kratos. El último en hacerlo fue un hombre grueso que debía de ser el alcaide, pues a su espalda un guardia sostenía el estandarte de Áinar.

--¡*Tah* Kratos! ¡Querido amigo, me harás un honor compartiendo mi mesa!

Un sirviente le ofreció la silla que había frente al gobernador. Kratos tomó asiento, aunque de esa manera el centro de la sala quedaba a su espalda y eso le producía un desagradable cosquilleo en la nuca. Los demás prisioneros habían llegado antes que él. A su derecha estaba Tylse. La mujer le miró un instante y le dedicó una sonrisa, pero fue un gesto fugaz. Tenía el rostro tumefacto, aunque había intentado disimularlo con maquillaje blanco, y un labio partido y cosido con puntadas de hilo negro. Frente a él, a ambos lados del gobernador de Grios, estaban Krust y Aperión. Kratos volvió la cabeza a los lados. A su mesa se sentaban diez hombres más, oficiales con casacas pardas. En las otras mesas había entre treinta y cuarenta hombres más. No llevaban armaduras, pero sí espadas. Los que ocupaban la mesa que había a la derecha de la del gobernador vestían casacas negras y

terones bordados. Hombres del príncipe, se dijo. Por un momento, pensó que Daengol le había mentido y que Togul Barok seguía en Cirios; pero en ese caso habría presidido el banquete él, en lugar del alcaide.

Sin embargo, entre los hombres de negro estaba sentado Kirión. El esbirro del príncipe le saludó con una inclinación de barbilla. Kratos no se dignó contestarle. La presencia del Serpiente le hacía presentir una traición.

--No bebas mucho vino -le susurró a Tylse-. No me fío.

--Son cincuenta hombre armados -contestó ella-. ¿Qué más da?

Kratos observó al oficial que tenía a la izquierda. Para quitarle la espada tendría que separarlo de la mesa de un empujón, cruzarse sobre él, estirarse hasta llegar a la empuñadura. Calculó en su mente todos los movimientos. ¡Ah, tener una espada en la mano por última vez! Sin duda acabarían matándolo, pero antes se llevaría al infierno a más de diez hombres.

Su mirada se cruzó con la de Aperión. El jefe de la Horda le hizo un gesto con los dedos. Luego, quería decir. Kratos asintió: sí, luego ajustarían cuentas. De momento eran aliados en una situación adversa.

El gobernador adelantó la cabeza sobre la mesa y se dirigió a ellos en tono confidencial.

--Ahora que estáis los cuatro, debo pedir os disculpas. Lo que se os ha hecho es una infamia. Por desgracia, mientras el príncipe estaba en el castillo me ha sido imposible aliviar vuestra situación. Yo me opuse desde el principio a que sufrierais un trato tan indigno, pero no tuve más remedio que obedecerle.

--La mejor forma de aliviar nuestra situación, noble Aiskhros, sería dejarnos partir ya -intervino Krust, mientras le daba mordiscos a un muslo de faisán-. Vuestro príncipe nos ha hecho una jugarreta que pone en entredicho el honor de Áinar.

--No hables tan alto, *tah* Krust. En esa mesa de allí hay hombres del príncipe. Mientras estén aquí no puedo dejar que abandonéis Grios... Pero os aseguro que en un día o dos me libraré de ellos y podréis marchar a donde queráis. En muestra de mi buena voluntad, os daré monturas y víveres para el camino. Ahora, por favor, disfrutad del banquete. -El alcaide dio un par de palmadas y exclamó-: ¡Juglares!

Al punto empezó a sonar la música. Kratos volvió la cabeza, pues no había reparado en los artistas. Eran cuatro, y estaban junto a la escalera de caracol. Había un gaitero que tocaba de pie; sentados en sendos taburetes, un hombre con largos cabellos blancos rasgueaba el laúd y otro más joven, casi oculto tras el pilar central, le acompañaba punteando una tiorba de dos mástiles; delante de ellos, una muchacha rubia con un vestido verde ceñido a su estrecha cintura cantaba y tocaba la pandereta, mientras contestaba con sonrisas a los donaires de los oficiales. Por alguna razón, al verla Kratos se sintió más tranquilo,

como si en presencia de aquellos dulces ojos azules fuera inconcebible derramar sangre.

El alcaide se puso en pie y propuso una libación en honor de Anfiún, patrón de Áinar. Todos brindaron por el dios y, como estaban en lugar cerrado, apuraron las copas en vez de derramar los últimos posos, como habrían hecho al aire libre. Después volvieron a sentarse y se sirvió más vino de unas botellas etiquetadas en azul. Aiskhros presumió ante sus invitados de las virtudes de aquel caldo.

--Es de uva Ritona, pero ha sido criado en barricas de roble de Áinar, embotellado en vidrio soplado de Pashkri y tapado con corcho de alcornoques de Malabashi. ¿Qué os parece?

A Kratos le hizo gracia cómo el alcaide se llenaba la boca de sonoros gentilicios para ponderar las virtudes de su mesa. Pero después de probar el vino, tuvo que reconocer que era excelente. Aiskhros se hinchó como un pavo y les dijo que en su bodega atesoraba cientos, miles de botellas de las mejores comarcas vinícolas de Tramórea.

--Para terminar la cena -les dijo, en tono conspirador- haré que nos traigan una botella especial. Es de un vino de Attim del 78.

--¡Excelente! -aprobó Krust, mientras le hacía un gesto a un criado para que le rellenara la copa-. Una vez probé uno, hace mucho tiempo. Aún no he olvidado aquel aroma.

Aiskhros enrojeció un segundo y bajó la mirada.

--Esa botella me ha costado nada menos que quince imbriales, así que -bajó aún más la voz- la beberemos sólo nosotros cinco. Todos éstos son unos botarates que no saben apreciarlo.

--¡Pues yo doy por compensados estos días de encierro si a cambio puedo beber un Áttim del 78!

A Kratos le pareció que Krust llevaba demasiado lejos su cordialidad y pensó que ya estaba borracho. Pero cuando su mirada se cruzó con la del Ritión, éste le hizo un guiño de inteligencia en el que no había ni pizca de embriaguez.

La cena siguió durante dos, tres horas. No dejaban de llegar fuentes con carnes y pescados, asados y a la parrilla, acompañados de patatas, arroz aromático, hortalizas y hierbas frescas, pasas, higos y nueces; todo regado por vinos de Ritión, Simas y Malabashi. Los oficiales que rodeaban a los prisioneros les daban conversación, eludiendo referirse a su confinamiento o a la Espada de Fuego. Kratos se enteró de que su compañero de mesa, aquel cuya espada asomaba por encima de la cadera izquierda, se llamaba Tafmos, era aficionado a la cetrería y conocía los movimientos de las dos primeras Inimyas. Las voces subían de volumen, las copas resonaban en las mesas, algunas se derramaban sobre los manteles. Los ojos de los oficiales chispeaban alegres, el vino y las especias encendían chapetas en sus mejillas. A Aiskhros se le iban descolgando los carrillos y los ojos con cada copa de

vino, y el cabello se le había pegado a la frente. Las antorchas y los candelabros arrancaban reflejos de las vidrieras. A ratos la muchacha cantaba; a ratos, mientras los músicos seguían tocando, pasaba junto a las mesas y recogía monedas y piropos con la misma sonrisa. De cerca, Kratos reparó en que tenía arrugas en la comisura de la boca y un poso de cansancio en los ojos. Sus piel era pálida, y sus muñecas tan frágiles que temblaban al sujetar la pandereta.

Aiskhros llamó a un chambelán y le susurró algo al oído. Después, con voz ya pastosa, informó a sus invitados de honor en tono de cómplice:

--He dicho que traigan ya la botella de la que os hablé.

Mientras tanto, el laúd entonó una melodía lenta, de ritmo muy marcado. A Kratos le sonaba familiar, pero no recordaba que tuviera letra. La muchacha empezó a cantar unos antiguos versos épicos que sonaban extraños en su delicada voz.

¡Espada, don de los dioses!
Eres bendición del cielo y maldición del malvado.
Eres el brazo de la tierra, de carne arrancada de su seno.
¡Espada don de los dioses!
Tú proteges al guerrero de noble corazón.
Cuando te empuño tiemblan mis enemigos como mies en el viento.

Mientras la chica seguía desgranando estrofas, el chambelán llegó con una botella de cristal cubierta de telarañas. Kratos sospechó que, por afectar vejez, Aiskhros había ordenado que se las pegaran antes de subirla de la bodega.

--Por favor, trae copas nuevas -le pidió Aiskhros al sirviente-. Este vino no debe mezclarse con ningún otro.

--¿Qué más da? -preguntó Aperión, en tono brusco-. Es vino, ¿no?

--No seas ignorante -le reprendió Krust-. Un vino así es para una ocasión especial.

--¡Bien dicho, *tah* Krust! -dijo Aiskhros-. Os aseguro que no vais a olvidar su sabor mientras viváis.

Ya estaban listas las copas, y el chambelán con el sacacorchos preparado. Entonces Kirión se levantó de su mesa y se plantó al lado de Aiskhros. Su enorme nariz debía haber olisqueado aquel carísimo vino incluso a través del corcho.

--Tch, tch. ¿Vas a sacar una botella especial para tus invitados?

Aiskhros palideció primero, y luego enrojeció.

--Sólo queda una en la bodega. Pensé que era apropiada para

agasajar a estos huéspedes de honor.

--Entiendo que no me consideres a mí un huésped de honor... - apuntó Kirión, con una sonrisa siniestra.

--Pero ¿cómo no? A ver, poned aquí una copa más para el noble Kirión. Quédate y brinda con nosotros.

La muchacha había dejado de cantar, pero la gaita, el laúd y la tiorba seguían interpretando la misma pieza. Aunque aún no había acelerado hasta convertirse en danza, Kratos reconoció por fin el compás y la melodía: era una Jipurna, la música de los Tahedoranes. La misma que había bailado con Derguín en aquella taberna y en aquella noche que ahora se le antojaban lejanísimas.

El bajo que acompañaba a la melodía subió de volumen, como si sonara detrás de su oreja. Aiskhros, que estaba a punto de hablar, levantó la mirada, incrédulo. Kratos se dio cuenta de que el músico que tocaba la tiorba estaba justo detrás de su espalda.

--¿Puedo sugerir un brindis, señor? -preguntó una voz que le sonó más que familiar.

Aiskhros se levantó, irritado. Al hacerlo se tambaleó y tiró al suelo la silla. Un criado se apresuró a ponerla en pie.

--¡Sacad a este patán de aquí y cortadle la lengua! ¡Así no volverá a interrumpir a aquellos a quienes no debe ni dirigirse!

La música dejó de sonar y las conversaciones se acallaron una por una. Dos lanceros se apartaron de la pared para rodear la mesa y prender al insolente músico. Éste, lejos de amilanarse, apartó a Kratos con suavidad y se acercó a la mesa. El Tahedorán casi tuvo que echarse encima de Tafmos. En un gesto inesperado, el juglar levantó la tiorba agarrándola por ambos mástiles y la estrelló con un golpe brutal contra el recio tablero de la mesa. Sonó un acorde desafinado, saltaron astillas y tablas, y la caja del gran laúd se abrió en dos. El juglar acercó el extremo abierto a Kratos, y éste vio que por su hueco interior asomaban dos objetos alargados, dos tesoros inapreciables, dos dones de los dioses. Su mano voló a buscar uno de ellos, la empuñadura de *Krima*. Mientras levantaba la hoja y sus ojos seguían el brillo de aquella línea perfecta que creía quebrada para siempre, se encontró de frente con el rostro del juglar, que ya estaba sacando de su escondite la otra espada. Se le veía distinto, con barba, más angulosas las facciones, pero era Derguín. *Tah* Derguín.

--¡Mirtahitéi, maestros! -gritó el muchacho.

Kratos empuñó a *Krima* y volvió la mirada a la izquierda, al tiempo que subvocalizaba la fórmula de la segunda aceleración. El cuero de la empuñadura en su mano, el peso del acero y el desgarrón en los riñones le hicieron gritar de júbilo. Tafmos ya se estaba levantando y echaba la mano a su propia arma. Tal vez su intención no era atacar, sino apartarse de él, pero no había tiempo para sutilezas ni para

recordar que un momento antes había charlado con aquel joven oficial. Como apenas tenía sitio, en lugar de decapitarlo golpeó al sesgo, le clavó la espada entre el cuello y el hombro y luego usó el codo izquierdo para apartar de sí aquel cuerpo del que empezaba a saltar un chorro rojo y palpitante. Los demás comensales de su izquierda ya se habían puesto en pie y trataban de desenvainar sus armas, pero unos se estorbaban a otros y Kratos ya avanzaba sobre ellos repartiendo tajos. La sangre salpicó el mantel y se mezcló con el vino en las copas, sonaron gritos ralentizados, una cabeza cayó sobre los restos de un faisán, otra rodó por las losas del suelo.

Aquel lado de la mesa estaba limpio. Kratos dio un giro completo sobre sus pies, y aprovechó ese movimiento para partir por la mitad el astil de una lanza que ya buscaba su espalda. Sus sentidos agudizados lo captaron todo en un destello. Los lanceros alineados en las paredes habían terciado sus armas y trataban de pasar por entre las mesas al centro de la sala, pero tropezaban unos con otros y con los oficiales, de los cuales unos desenvainaban sus espadas y acudían a la refriega, otros lo intentaban pero estaban tan borrachos que se caían de espaldas, y los más cobardes o prudentes buscaban la salida. Todos se movían despacio, como si nadaran en un agua gelatinosa. Entre ellos, vio a Derguín girar, saltar, agacharse, y su espada trazaba curvas y rectas precisas que arrancaban salpicones de sangre en cada trayectoria. Kratos terminó el giro y vio entonces a Tylse, que ya le había arrancado la espada y la vida a su compañero de mesa, y que ahora saltaba sobre el tablero y desde arriba le cortaba la mano a Kirión el Serpiente. Aperión tenía la espada de Aiskhros y aquello que había debajo de la mesa y que estaba ensartando con su acero debía de ser el cuerpo del alcaide. Krust le había arrebatado la lanza a un soldado y, sosteniéndola por mitad del astil, repartía golpes por igual con la moharra y la contera.

¡Ah, cinco maestros para cincuenta enemigos!, se dijo Kratos, o tal vez se le ocurrió más tarde y creyó que lo había pensado entonces. Mataron como lobos en un rebaño de ovejas, pues sus rivales eran lentos y se estorbaban, se herían entre sí al tratar de acometerlos a ellos, y en aquel caos, contra cinco Tahedoranes que no necesitaban más de un segundo para matar, no tenían tiempo de organizarse ni formar filas. Krust consiguió dos espadas y a costa de los enemigos exhibió el arte de las dos hojas. Tylse le cortó la nariz a Kirión y de paso se llevó la mitad de su labio inferior. Aperión arremetió contra una fila de lanceros con un grito salvaje y los puso en fuga. Derguín se abrió paso como un segador entre las mieses hasta las puertas de la sala y las abrió de una patada antes de que los aterrorizados sirvientes las pudieran trancar desde fuera.

--¡Seguidme!

El poder de *Krima* fluía por el brazo de Kratos. Sus enemigos eran mieses tronchadas por el vendaval. Las bocas que antes sonreían se curvaban de terror. Los oficiales saltaban por encima de las mesas, ponían las sillas por reparo, se escondían bajo los tableros. Jarras, copas y platos saltaban y se hacían añicos en medio del griterío mientras los maestros herían en silencio, implacables y certeros como dioses de justicia. Kratos llegó hasta las puertas saltando entre cadáveres. Allí esperaban ya Tylse y Krust, que le ayudaron a cerrar la puerta y a correr la recia aldaba.

--¡Desaceleraos!

Obedecieron a Derguín, comprendiendo que debían reservar sus fuerzas. Corrieron por una galería abovedada y alumbrada por antorchas. Derguín cogió una y los demás lo imitaron. Salieron al patio de armas y siguieron corriendo. A ambos lados de ellos se levantaban tiendas de campaña. Reinaba un extraño silencio, pues la matanza del torreón había sido tan rápida que aún no había llegado la voz de alarma. Pero después sonó una trompeta, y una campana empezó a repicar en lo alto del torreón. Derguín se frenó y acercó la tea al faldón de una tienda. Los demás comprendieron su táctica y lo imitaron. Las lonas se prendieron al instante. Los centinelas que hacían rondas en el adarve lanzaron la voz de alerta y dispararon flechas, pero ya salían los ocupantes de las tiendas entre gritos y carreras, algunos de ellos envueltos en mantas incendiadas, y era imposible discernir quiénes eran amigos y quiénes enemigos.

El gran portón que daba al norte, a las montañas, no tenía rastrillo, sino una gran tranca de madera. Apremiados por el calor y el rugir de las llamas, Krust, Kratos y Derguín la levantaron, la arrojaron a un lado y empujaron con los hombros una de las jambas. Salieron a un camino polvoriento, seguidos por soldados de Togul Barok que los tomaron por salvadores que ofrecían una vía de escape.

Corrieron por un sendero estrecho y empinado, poniendo distancia entre ellos y el castillo. Estaban los cinco, ilesos salvo por algunos rasguños. Iban en fila india detrás de Derguín, entre abruptos taludes y paredes que caían a pico a ambos lados. Trotaban en silencio, acompañados tan sólo por el sonido de sus jadeos y pisadas, siguiendo el camino que les marcaban sus propias sombras sobre un angosto terreno que Taniar pintaba de rojo.

En el comedor del torreón yacían veintitrés cadáveres, y había al menos otros tantos heridos. A Aiskhros, Aperión lo había tratado con saña: tenía el abdomen reventado por tres estocadas y dos tajos. Kirión, sentado contra una pared y con las piernas estiradas sobre la

espalda de un lancero muerto, trataba de poner un dique a la hemorragia de su rostro con la mano izquierda, mientras por el muñón derecho la sangre le brotaba a raudales. Los sirvientes que levantaron la aldaba y abrieron la puerta se encontraron con cuerpos apilados entre sillas astilladas, manteles desgarrados, restos de comida, sangre y vino mezclados por el suelo y las paredes, como si en vez de cinco Tahedoranes hubiera pasado por allí una horda de bárbaros Trisios. Junto a la escalera central, en medio de tal carnicería, los dos juglares y la muchacha rubia estaban acurrucados, abrazados y temblorosos. Jamás se les habría pasado por la *cabeza* que aquel músico joven y de mirada apacible, que a mediodía les había pagado tres imbriales por unirse a ellos, se convirtiera en un dios de la muerte sediento de sangre.

De entre los guerreros, Daengol era de los que había salido mejor parado, pues tan sólo había perdido el lóbulo de la oreja izquierda. En cuanto se cercioró de que Aiskhros estaba muerto, tomó a un oficial y a tres lanceros que se tenían en pie y salió al patio. Allí vio que el pequeño campamento de los hombres del príncipe era pasto de las llamas. La lona de las tiendas no tardó en consumirse, pero por desgracia en los muros interiores había andamios y cobertizos de madera, y las chispas que saltaron de las tiendas prendieron en ellos y provocaron un incendio más peligroso para el castillo. Daengol ordenó que la campana del torreón tocara a rebato, organizó brigadas para extinguir las llamas y después encargó a un oficial que hiciera formar a todos los arqueros y caballos que pudiera reunir.

--¡Vamos a cazar a esos bastardos como si fueran liebres! -rugió-. ¡De poco les han de valer sus espadas!

No escaparían impunes de Grios, masculó. Cuando Togul Barok regresara con la Espada de Fuego, sería él mismo quien le ofreciera sus cinco cabezas.

El camino del despeñadero desembocó al fin en una explanada rodeada por crestas de roca. Kratos se detuvo y agarró a Derguín del brazo.

--Allí hay alguien.

--No te preocupes. Está esperándonos.

Era El Mazo, que aguardaba a Derguín con los dos caballos y *Riamar*. Al ver al muchacho, le dio un abrazo que le hizo crujir las costillas.

--¡Has salido vivo de allí! He oído campanas y trompetas y me imaginé que...

--¡Vámonos, grandullón! ¡Hay que darse prisa!

Buscaron el camino por el que El Mazo había subido desde la aldea. Mientras trataban de encontrarlo, Kratos le apretó el hombro a Derguín y le dijo que lo que había hecho iba mucho más allá de lo que exigía el juramento que se hicieron en La joya de Kilur.

--La noche aún no ha terminado -respondió Derguín, aunque la gratitud de su maestro le hizo enrojecer de satisfacción.

Una gruesa nube ocultó a Taniar. Entre las sombras, El Mazo tomó por un camino pedregoso que corría entre una pared de roca y un talud que caía hasta perderse en la masa oscura de un pinar. Derguín pensó que los llevaría hasta el lago, al pie del castillo, pero de pronto el sendero se retorció hacia la derecha y empezó a subir. El Mazo se detuvo y dudó.

--¡No podemos pararnos ahora! -le urgieron.

El Mazo meneó la cabeza y siguió adelante. Treparon durante unos minutos por una escarpa muy pronunciada, entre oscuras masas de roca que apenas los dejaban ver lo que los rodeaba. Llegaron a un repecho abierto y miraron atrás. Ya lejos, y acaso a doscientos metros bajo sus pies, divisaron el castillo. Era un espectáculo, pues su interior resplandecía por las luces del incendio; las llamas lamían los paramentos interiores y algunas se elevaban ya por encima de las almenas.

--Has organizado un buen jaleo, Derguín -dijo El Mazo.

--Mejor -dijo Krust-. Así tendrán algo en que ocuparse y no nos perseguirán.

Su comentario no fue profético, pues en aquel momento resonó la llamada metálica de un clarín, y empezó a llegarles un rumor sordo y persistente. Kratos se agachó y pegó el oído al suelo.

--Vienen a caballo. Hay que irse.

--¿Por dónde seguimos? -preguntó Aperión, en tono áspero.

El Mazo se encogió de hombros y reconoció que se había perdido hacía ya un buen rato. Tylse les dijo que los conduciría para que no se despeñaran. La siguieron sin rechistar, pues ella era montañesa y sus ojos albinos sabían escudriñar las sombras.

Llegaron a una encrucijada. A la derecha se abría un sendero apenas digno de tal nombre que se retorció entre agujas y crestas por las que a duras penas podrían pasar con las monturas. Tylse eligió un camino más suave que bajaba a la izquierda. Mientras descendían, la nube se levantó por fin y Taniar volvió a alumbrarlos. Sus sombras correteaban por delante de ellos. Desembocaron en un pequeño llano, y al momento la Atagaira soltó una maldición. Allí no había salida. Se habían metido en una hondonada.

--¡Rápido, tenemos que salir de aquí! -les apremió.

Oyeron un silbido sobre sus cabezas, y luego el tintineo de algo metálico que chocaba contra la piedra. Se volvieron y alzaron la mirada.

En lo alto del camino por el que habían venido acababa de aparecer un jinete que volvía a cargar su arco.

--¡Están aquí abajo! -gritó.

Empezaron a brotar más sombras junto al jinete, diez, veinte, treinta arqueros. Mientras los arcos crujían al ser armados, los Tahedoranes examinaron la hondonada. No había donde refugiarse. Sólo podían salir de aquella ratonera escalando como salamandras por las paredes de quince metros que los rodeaban por la parte norte, o cuesta arriba por el talud que los había llevado hasta allí; pero eso significaba correr de frente hacia las flechas.

En lo alto, contra el fondo lechoso del Cinturón de Zenort, un jinete se destacó de entre los soldados y levantó su espada.

--¡No dejéis con vida ni a los caballos!

Kratos reconoció la voz de Daengol.

--Lo siento -le susurró Derguín.

--Moriré con una espada en la mano. Es más de lo que esperaba.

Pero cuando el oficial iba a dar la orden de disparar, un chillido penetrante resonó en las alturas. Todos, sitiados y sitiadores, miraron hacia el norte. Sobre los crestones de roca, una forma oscura bajaba del cielo tapando las estrellas. Otro chillido rasgó el aire, y la sombra, que parecía descender en picado hacia la hondonada, viró hacia el este. Aun contra la oscuridad del cielo, sus alas se recortaron enormes y sombrías. Sonó un poderoso batir de aire, como el flamear de la vela de un gran navío, y aquella masa negra y siniestra quedó suspendida un instante a veinte metros sobre las cabezas de los Tahedoranes. Los arqueros apuntaron sus flechas hacia la bestia y dispararon. Pero cuando los proyectiles silbaban buscando su vientre, de la cabeza del monstruo brotó un rugiente chorro de fuego. Las flechas ardieron en el aire; las llamaradas siguieron su camino, azules y cegadoras, y achicharraron a Daengol junto con su caballo. El aullido del hombre y el relincho del animal se fundieron con el crepitar de aquellas llamas sobrenaturales. La bestia alada siguió vomitando fuego, y barrió a derecha e izquierda en un arco abrasador que sembró la destrucción entre los arqueros Ainari. Los que pudieron huyeron de allí gritando «¡Dragón, dragón!», y trataron de montar en sus caballos. Pero éstos se espantaron y los descabalgaron, o se despeñaron con sus jinetes por los barrancos. De los treinta y siete hombres que habían seguido a Daengol, sólo cuatro volvieron vivos a Grios para contar que habían sido atacados por un dragón.

Después, la bestia se posó sobre una cornisa, entre los restos humeantes de sus víctimas, y se giró para mirar hacia la hondonada. La yegua y el caballo de El Mazo relinchaban aterrorizados, piafaban y coceaban contra las paredes de roca tratando de huir de aquella criatura infernal. Pero *Riamar* gorjeó y miró hacia lo alto, de frente a los ojos del

dragón. Mientras, con las armas en la mano, los Tahedoranes y El Mazo aguardaban qué nuevo horror o prodigio habría de sucederles en aquella noche interminable.

Los pantanos de Purk

Seguían viajando hacia el oeste. Ahora que Mikhon Tiq había despertado al Kalagor, Linar le preguntó si podía percibir la presencia de sus perseguidores. El muchacho cerró los ojos y extendió los zarcillos de su syfrón hacia el este. Allí captó grandes auras de energía, tan cercanas unas a otras que no se distinguían por separado, pero vastas y poderosas.

--Me temo que nos persiguen los cuatro -dijo Linar-. Mis antiguos hermanos. Sin embargo, ya no los reconozco.

Mikhon Tiq se concentró en sus auras. Lo que percibía al cerrar los ojos era una compleja pauta de radiaciones, un abigarrado dibujo de colores y líneas negras que apenas sabía describir, puesto que no lo captaba con ninguno de los sentidos que hasta entonces había conocido. «Examina mi syfrón y compárala con las de ellos», le dijo Linar. Mikhon Tiq lo hizo, y comprobó que el patrón de Linar era estable, de trazos nítidos y rectos. En cambio, las syfrónes de sus perseguidores parecían brochazos trazados por la mano de un loco y luego desleídos por un aguacero.

--Algo ha corrompido sus syfrónes hasta hacerlas irreconocibles -le explicó Linar.

--Algo, ¿cómo qué?

--Ulma Tor.

Mikhon recordó aquel ojo negro de mirada pegajosa como el pétalo de una planta carnívora; le había hecho sentirse sucio, como si Ulma Tor pudiese ver en sus honduras algo oscuro que a él mismo se le escondía.

--¿Viene él también? -preguntó, con un estremecimiento.

--No, creo que no -respondió Linar-. A no ser que sepa ocultarse muy bien. Pero no hace falta que esté Ulma Tor: tenemos que huir. Somos dos contra cuatro.

--Y yo ni siquiera puedo ayudarte. Si utilizo mi poder provocaré un terremoto -repuso Mikhon Tiq, con tristeza.

Linar le miró con una extraña intensidad, pero no dijo nada.

Siguieron viajando, cada vez más veloces. La noche del 13 de Kamaldanil los sorprendió corriendo por un valle entre dos hileras de montes bajos y romos. En el cielo había nubes sueltas, vellones que a la luz de Shirta parecían malas hierbas en las alturas. Treparon a un otero para ver el panorama. Al este se vislumbraban luces rojas en el horizonte oscuro. Siguieron avanzando a paso ligero, ahora por las crestas de las lomas, y cada vez que volvían la cabeza encontraban que las luces rojas eran más abundantes y cercanas. Al aguzar la vista, descubrieron que aquellos resplandores formaban una línea de llamas, una serpiente de fuego que avanzaba voraz por los pastizales.

--Son ellos -dijo Linar.

--No lo entiendo. Esas hierbas están húmedas.

--Hay fuegos que ni el agua puede extinguir.

--¿Por qué lo hacen?

--El placer de destruir. O un alarde para asustarnos a nosotros. No lo sé. He renunciado a entender a mis antiguos hermanos.

Apenas descansaron aquella noche. Las cuatro presencias seguían persiguiéndolos. De pronto los pastos se incendiaron delante de ellos, y Mikhon Tiq temió que sus enemigos los hubieran rodeado. Pero era Taniar, que había salido a sus espaldas y derramaba sus rayos oblicuos por la pradera como una lluvia de fuego. Siguieron sin descanso; dejaron una alameda a la derecha, y de allí les llegó un lúgubre coro de aullidos y ladridos. Entre las altas espadañas venía corriendo una jauría de licaones, más de treinta ejemplares cuyos ojos brillaban como ascuas a la luz de la luna.

Aceleraron su trote y lo convirtieron en carrera. Linar levantó su vara serpentígera y lanzó una lluvia de chispas contra los primeros de la manada. Tres o cuatro licaones se frenaron, entre gañidos de miedo y dolor, pero los demás siguieron persiguiéndolos.

--No es natural -dijo Linar.

--¿Qué quieres decir?

--Es la voluntad de mis queridos hermanos la que mantiene el valor de estas bestias. ¡Sigúeme!

Linar dio una zancada, se elevó por encima de las hierbas y no descendió hasta cuatro o cinco metros más allá. Mikhon Tiq lo imitó por instinto. La primera zancada lo llevó casi hasta Linar. Sus pies volaron como si tuvieran alas propias, y el cuerpo quiso quedársele detrás, de modo que tuvo que bracear en el aire para no caer de espaldas. Cuando volvió a tocar el suelo, lo rozó como una pluma y volvió a elevarse sobre los pastos. No tardó en equilibrar el cuerpo; para ello, debía impulsar los brazos hacia delante casi como si nadara. Corrió al lado de Linar de aquella forma suave y embriagadora. Dejaron atrás a los licaones, que ladraron frustrados. De un solo brinco, sin pensarlo, Mikhon Tiq cruzó

un río de más de seis metros de anchura. Se deslizaba entre las altas hierbas y los cañaverales, silencioso y ligero como el mismo viento. A pesar de que lo perseguían animales salvajes y cuatro hechiceros dementes, se sintió feliz por primera vez en muchos días.

Esa noche se detuvieron a descansar tres o cuatro veces, pues aquella manera de viajar consumía sus energías. Pero apenas tenían tiempo de recobrar el aliento cuando aparecían nuevos enemigos persiguiéndolos. Sobre las crestas de las lomas que dejaban a la izquierda, se recortaron contra el resplandor blanco del Cinturón de Zenort unas figuras que corrían bamboleándose sobre piernas cortas y arqueadas. Al principio eran sólo cinco o seis, luego más, hasta que formaron un apretado grupo en el que apenas se distinguía a unos de otros. Al pronto le parecieron humanos a Mikhon Tiq, pues llevaban armas, lanzas cortas y espadas que blandían en alto; pero luego el primero de la fila se echó su arma a la espalda, agachó los brazos y arrancó a correr a cuatro patas como si fuera un felino. Los demás imitaron al cabecilla y el pequeño ejército se convirtió en una gran jauría. Mikhon Tiq buscó en su syfrón y descubrió que aquellos seres eran Fiohiortoi, los terribles Inhumanos de los cuentos de miedo, las huestes del Rey Gris que siglos atrás habían tiranizado Tramórea y que ahora estaban confinadas a la península de Iyam.

--¿Qué hacen tan al oeste?

--Inhumanos en Áinar -se lamentó Linar-. Yatom tenía razón. ¡Es una señal del fin de los tiempos!

Volvieron a apretar el paso y los dejaron atrás, pero siempre había nuevas criaturas que aparecían a los lados para acosarlos. Más Inhumanos y licaones, pero también lobos y hienas, gigantescos dientes de sable que les rugían al pasar, y hasta una bandada de grajos que cayó sobre ellos buscándoles los ojos. Cuando el terreno era lo bastante llano o subían a alguna elevación, veían las llamas en lontananza, siempre a la misma distancia. Mikhon Tiq tenía la sensación de que no avanzaban, de que al correr sus pies empujaban el suelo hacia atrás y ellos en realidad seguían en el mismo sitio.

Cuando el sol salió a sus espaldas, Mikhon Tiq se volvió para saludarlo. Los herbazales seguían extendiéndose en todas direcciones, en aquel terreno de tierra negra y colinas aplastadas como jorobas viejas. Las criaturas de la noche dejaron de perseguirlos, pero el incendio seguía tras ellos, un penacho de humo negro que se elevaba en la lejanía. No se cansan de destruir, se quejó Linar. A lo mejor si aquellos cuatro hechiceros locos no malgastaran sus poderes en esa estúpida maldad ya los habrían alcanzado.

Desayunaron al trote, que era el paso que seguían ahora cuando querían reponer fuerzas, y lo hicieron más por aligerar sus fardos que por hambre. No se detuvieron ya en ningún momento. El horizonte verde al oeste parecía siempre el mismo; el mar de hierba no tenía fin. A media mañana, se formó a poniente una línea gris que se acercaba a gran velocidad. Poco después, la mitad del cielo estaba llena de nubes, una ominosa flota de oscuros buques que enfilaban hacia ellos. Crecían de forma innatural según volaban a su encuentro. Pronto se convirtieron en gigantescos cumulonimbos de bases planas y aceradas cuyas cumbres se perdían en las alturas, casi en el reino de los dioses; y venían escoltados por jirones de nubes grises que volaban bajo ellos como un escuadrón de aves de rapiña. Estaban acaso a dos kilómetros de aquel frente cuando el viento arreció. Antes de que llegara la tormenta, se desató el vendaval. Las hierbas y las cañas se doblaban a su paso, aplastándose hasta tocar el suelo, los álamos y los sauces dispersos se inclinaban como juncos, algunos cedieron y se troncharon como astillas. El viento empezó siseando, luego aulló, ululó, y al final su voz sonó como un rugido entre los pastos. Ya no podían avanzar con aquellos largos saltos, pues volvían a caer en el mismo sitio. Caminaron contra el viento poniendo en ello toda su voluntad. Linar clavaba su vara en el suelo, Mikhon Tiq se desató la espada de la cintura y, con vaina y todo, la utilizó a modo de cayado. A veces se agarraban a las hierbas, como si en vez de avanzar por el llano estuvieran trepando por una escarpa sembrada de matorrales. El primer rayo cayó a su izquierda, tan cerca que la descarga los derribó. Mikhon Tiq se levantó a duras penas apoyándose en la espada, ensordecido por el trueno. El aire olía a ozono caliente.

--¡Nos están atacando! -gritó Linar.

Levantó la vara y pronunció unas palabras que el viento acalló. Pero de la boca de la serpiente que se enroscaba en su bastón brotó un haz rojizo que se abrió sobre ellos y empezó a ascender, hasta formar un gran dosel de luz, como una medusa gigantesca y transparente que flotaba a veinte metros sobre sus cabezas. Siguieron avanzando contra el viento. Empezó a llover, con gotas frías que les venían de frente, como andanadas de dardos lanzados por un ejército innumerable. Furiosas, las nubes acumulaban su carga en sus altas cumbres, allá donde el aire es irrespirable, y cuando se sentían con bastante energía la arrojaban desde sus raíces plomizas en forma de rayos que se desplegaban por el cielo como ramas cegadoras. El conjuro de Linar los desviaba hacia los lados, pero cada descarga la recibía como una tremenda sacudida en su vara y a través de ella en las manos y los hombros.

--¡No quieren que sigamos hacia el oeste! -gritó.

--¡Pero este viento también los entorpece a ellos!

--¡Mira tu espalda!

Mikhon Tiq se dio la vuelta, y a través del dosel protector vio algo que no olvidaría en mucho tiempo. Pues el techo de nubes desfilaba sobre sus cabezas a toda velocidad, como los rápidos de un río que fluyera encima de ellos. Pero más allá, hacia el este, era como si la mano de un titán hubiera plantado en el aire un tajamar invisible y colosal contra el que el viento y las nubes se estrellaban y partían en dos. Y aquel inmenso torrente gris se dividía en dos corrientes, una de las cuales seguía soplando hacia el nordeste y la otra hacia el sudeste, abriendo entre ambas un triángulo de cielo azul, y bajo ese triángulo quedaba una zona de calma por la que sus enemigos podían avanzar sin estorbo. Aquella tormenta era un prodigio sobrenatural, invocado por los hechiceros renegados para dejarlos clavados en el sitio y alcanzarlos. Mikhon Tiq se sintió desfallecer y plantó las rodillas en el suelo, pero Linar tiró de él.

--¡Sigue andando! ¡Ellos no podrán mantener ese esfuerzo mucho tiempo! ¡Vamos!

Los rayos caían a uno y otro lado, tan tupidos que los truenos se habían convertido en un solo fragor que hacía retemblar la llanura de horizonte a horizonte. Mikhon Tiq creyó oír entre el estrépito unas carcajadas crueles, y levantó la mirada. Las nubes se agitaban y revolvían sobre sí mismas, retorcidas por el viento del oeste y por remolinos que giraban vertiginosos en su seno. Poco a poco se esculpieron en ellas rasgos reconocibles: primero una barbilla, luego una nariz, ojos, una frente. Mikhon Tiq sólo los había visto una vez en su vida, pero reconoció a los cuatro Kalagorinor, las cabezas apiñadas, como si pelearan entre ellos por asomarse a una rendija. Koemyos, Kepha, Fariyas y Lwetor. Sombras y vórtices más profundos formaron cuatro pares de ojos, y todos ellos se estrecharon destilando odio sobre los dos minúsculos hechiceros que trataban de abrirse paso entre los cañaverales aplastados por el huracán. Mikhon Tiq sintió que el tiempo se congelaba. La boca del Koemyos-en-las-nubes se abrió y de ella brotó una línea de plasma azulado que buscó el suelo, y siguiendo aquella guía bajó una ráfaga de descargas que hicieron estremecerse los cimientos del mundo. Linar clavó los pies en tierra y, alzando al cielo la vara con ambas manos, gritó:

--¡Estúpidos! ¡Vuestro alarde será vuestra ruina!

Era la primera vez que Mikhon Tiq veía a Linar tan irritado. El dosel rojizo se elevó y se ensanchó aún más, hasta chocar con el techo de nubes, y los relámpagos resbalaron por su superficie formando un dibujo radial que se abrió como una estrella de mar de cien brazos palpitantes y cayó al suelo en una lluvia de chispas a más de cien metros de los magos. Linar se tambaleó y clavó la rodilla en el suelo, pero no soltó el caduceo. La exhibición de poder debió de agotar a sus

enemigos, o tal vez se aburrieron de atacarlos desde las alturas, pues los rostros de los cúmulos se deshicieron y los rayos empezaron a caer más espaciados y lejanos. Poco a poco el viento y la lluvia amainaron y la tempestad pasó sobre sus cabezas como una tormenta más.

--¿Hemos vencido? -preguntó Mikhon Tiq, aunque sabía la respuesta.

--Sólo hemos ganado un respiro.

Linar jadeaba. El viento había roto el barbuquejo de su sombrero y se lo había llevado volando. Mikhon Tiq lo vio de pronto como un anciano, pues estaba encorvado por el cansancio, la trenza se le había deshecho y los cabellos le colgaban apelmazados y húmedos por encima de los hombros. Era de día. ¿Qué ocurriría cuando cayera la noche?

Durante algunas horas no supieron más de sus perseguidores. El cielo se despejó, salvo por nubes rotas en jirones que viajaban a gran altura. Pasada la media tarde encontraron un monte de laderas verdes en cuya cima se levantaban unos peñascos blanquecinos, como huesos rotos que asomaran por una herida abierta en el prado. Treparon por su falda hasta llegar al pie de las rocas, y entre ellas encontraron una grieta tortuosa que les sirvió de camino para llegar hasta la cima. Desde allí otearon el paisaje. Sobre sus cabezas, bandadas de pájaros negros revoloteaban con audaces giros que poseían su propia magia, pues cuando el grupo entero cambiaba de dirección, sus alas ofrecían el perfil más fino y las aves se borraban por un segundo de la vista. Al este y al sur todo eran pastos húmedos, salpicados de manchas más oscuras allá donde crecían árboles y matorrales, y líneas de lomas que hinchaban el suelo como crestas de dragones sumergidos bajo el mar de hierba. Al norte se vislumbraba la gran masa boscosa del Hilar, una sombra cobriza salpicada de verde en la distancia. A poniente, el sol ya bajaba y sus rayos sesgados se reflejaban en unas brumas bajas y en grandes manchas blancas y deslumbrantes que debían de ser lagunas y pantanos. Aún más allá se levantaban las formas quebradas de la Sierra Virgen, formada por varias cadenas de montes, cada vez más altas y desvaídas; pero la reverberación del sol impedía distinguir bien aquel paisaje.

--Vamos hacia allá -dijo Linar.

--¿Dónde?

El brujo levantó el caduceo y apuntó directo al oeste.

--Al pantano de Purk.

--¿No íbamos al bosque de Hilar?

--Íbamos.

Linar se volvió de nuevo hacia oriente y se puso la mano sobre las

cejas a modo de visera. Mikhon Tiq lo imitó, aunque en aquella dirección el sol no molestaba a la vista. Tal vez a un kilómetro y medio de distancia y a cien metros por debajo de ellos distinguió unas manchas oscuras entre dos suaves lomas. Concentró sus ojos en un círculo, como había aprendido. Al hacerlo dejó de ver el resto del paisaje, pero aquellas figuras se le mostraron aumentadas. Eran los Kalagorinor, no cabía duda. Tres de ellos se quedaron donde estaban; el cuarto, apoyándose en un largo báculo, venía hacia ellos caminando entre la hierba. Mikhon Tiq se volvió hacia Linar, interrogante.

--Esperaremos aquí. Creo que viene a parlamentar.

--¿Qué tienen que parlamentar después de haber intentado achicharrarnos?

--No sabría decirlo -reconoció Linar, una confesión extraña en él-. Tal vez la corrupción de sus espíritus no haya llegado tan lejos como para olvidar que una vez fuimos hermanos. O acaso quieran ganar tiempo para que oscurezca y puedan conjurar de nuevo a las fuerzas de la noche.

--Entonces deberíamos alejarnos.

--No demasiado -repuso Linar en tono enigmático-. Además, no nos vendrá mal reponer fuerzas.

--Si se acerca más, podrías atacarlo. Así sólo quedarían tres.

--Para eso tendría que vencerlo, y no está tan claro que así suceda, pues tú no puedes ayudarme.

--En ese caso, tarde o temprano acabarás luchando tú solo contra los cuatro.

--Ya sabes lo que pasará si los destruimos.

Colapso. Catástrofe. Aniquilación, pensó Mikhon Tiq.

--Entonces no tenemos salida.

--Eso parece. Razón de más para sentarnos a descansar y disfrutar de esta espléndida puesta de sol.

Linar soltó una risa tan descarnada como las ramas de los álamos que crecían en la ladera del monte.

No tardaron en reconocer al emisario. Era Lweter, el mismo que había introducido a Ulma Tor en la reunión de Trápedsa y había precipitado la ruina de la Mesa. Vestía una túnica blanca poco apropiada para un viajero y se apoyaba en un largo báculo cuya punta se enroscaba en espiral. Buscaba la apariencia inofensiva de un viejo fatigado y el claro color de la sinceridad, una trampa burda, pero, a su manera, eficaz. Mikhon miró a Linar y vio cómo se mordía los labios. Algo debía removerse por dentro al ver de nuevo a su antiguo compañero.

Lweter los saludó de lejos con la mano y empezó a ascender por las primeras piedras que conducían a lo alto del roquedo. Su aspecto era el mismo que en la última reunión de Trápedsa, pero Linar advirtió a

Mikhon Tiq que examinara su syfrón. El muchacho cerró los ojos. Las franjas que le llegaban parecían rectas y estables en un primer examen; pero si atendía bien, observaba una fluctuación que las deformaba y que ensuciaba sus colores.

El mago llegó por fin junto a ellos y se sentó sobre una piedra baja, de forma que las piernas se le quedaron encogidas en una postura no demasiado digna. Resopló un par de veces y se secó el sudor de la calva con la manga de la túnica. No finjas, pensó Mikhon Tiq, irritado; hasta ahora no te ha cansado perseguirnos.

--Salud, hermanos. Veo que habéis encontrado un hermoso mirador.

Su tono era trivial, como el de un viejo que saluda a sus compadres mientras holgazanea en la plaza mayor al calor del sol. Pero Linar pronunció la fórmula tradicional en tono grave:

--Que la Hermosa Luz te envuelva y alimente, Lweter.

El gesto del mago se descompuso un segundo, y musitó el mismo saludo como si le escociera en los labios. Estaba sentado a unos tres metros de ellos, una distancia prudente, pero no amistosa.

--Me has hecho correr mucho, Linar. No pensé que a tu edad conservarás unas piernas tan ágiles.

--¿Qué os trae a buscarme? ¿Habéis cambiado vuestros planes para la Espada de Fuego? Si no es así, lamento que os hayáis molestado en seguirme.

--¡No seas tan burdo, Linar! *Zema!* es importante para los guerreros, pero no para nosotros. No merece la pena que discutamos por ella y enturbieemos nuestra amistad después de tantísimo tiempo.

Mikhon Tiq recordó la tormenta sobrenatural, los rostros de los magos burlándose de ellos desde las nubes y, sobre todo, la imagen de Linar empapado y exhausto como un perro vagabundo bajo la lluvia, y sintió el deseo de despeñar a aquel brujo hipócrita.

--¿Para qué has venido entonces? -le espetó.

Lweter le dirigió una mirada de ira y levantó el báculo un instante, pero vio que Mikhon Tiq apoyaba las manos sobre los gavilanes de la espada y comprendió que aquélla era su vara mágica y que sabría protegerse. Los labios le temblaron, pero logró cubrirse los dientes y componer una sonrisa.

--Mi jovencísimo amigo, existe algo muy antiguo entre Linar y yo que tú no puedes entender. Debes permitir que dos viejos amigos se expliquen.

--Contesta a la pregunta de Mikhon Tiq -respondió Linar.

Lweter se rascó el cuello y miró a un lado, incómodo.

--He venido para convencerte de que vuelvas con nosotros, Linar. La Mesa sin ti está coja.

--No está coja, sino rota. Yo mismo la quebré.

--Pecas de orgullo, hermano. Somos cuatro contra uno. Tu amigo el neófito aún está demasiado verde.

--Eso ya lo veremos -masculló Mikhon Tiq.

Lwetor fingió no haberlo oído.

--Apoyar a un guerrero o a otro para que consigan la Espada de Fuego es algo baladí, Linar. Siempre podemos guiar a quien la conquiste por el camino conveniente. Todos esos Tahedoranes son hombres jóvenes y de temperamento ardiente, que cometerán los mismos errores. Nosotros estamos para evitarlos o corregirlos.

--Si todos van a cometer los mismos errores, ¿por qué queréis ayudar a Togul Barok? -preguntó Mikhon Tiq-. ¿Qué más os da?

--Jovencito, si el príncipe nos parece mejor es tan sólo porque goza de una posición aventajada para realizar los cambios que en estos momentos son necesarios.

--Hablas y no dices nada, como un filósofo de feria.

Lwetor rechinó los dientes y por un instante sus pupilas se agrandaron hasta devorar los iris. Mikhon Tiq se removió en la piedra que le servía de asiento, pensando que tal vez había ido demasiado lejos.

--¡No basta llamarse Kalagorinor para serlo de verdad, cachorro!

--Mikhon Tiq lamenta su atrevimiento -intervino Linar, apoyando la mano en el hombro del muchacho.

--Claro que lo lamento -dijo Mikhon, con voz lisa como un espejo.

--Pero el caso, hermano Lwetor -prosiguió Linar-, es que has venido a pedirme que regrese con vosotros, y mi respuesta es no.

--¡Pero, Linar, hablemos antes! No puedes dejar el Kalagor de esa manera.

--Yo soy Kalagorinor, y Mikhon Tiq es Kalagorinor. Sois vosotros quienes habéis abandonado el sendero de la Hermosa Luz.

--¡La soberbia te hace desbarrar..., hermano! ¿Cómo pretendes tener razón en contra de nosotros cuatro?

--La verdad es la verdad, crean en ella muchos, pocos o nadie.

Lwetor agachó la cabeza y se calló durante unos segundos, mientras hacía girar el báculo entre las palmas de sus manos como un cazador que quiere prender fuego en el bosque.

--Siempre has sido mi más querido compañero, Linar -dijo por fin-. Desde el principio he admirado tu pureza y tu rectitud, y te considero el primero entre nosotros. Koemyos... es poderoso, en verdad, pero la vanidad lo obnubila demasiado a menudo. En cuanto a Kepha y Fariyas, a veces creo que los años los hacen chochear. Por mi parte, no tengo una voluntad tan firme como la tuya. Eres el mejor, Linar. Necesitamos tu guía. Ven con nosotros.

El mago tendió su mano. La mirada de Mikhon Tiq saltaba de uno a otro, expectante. ¿Se dejaría engañar Linar? Lwetor hablaba como si se

hubiera arrancado todas las máscaras y ropajes, como un amigo que desde el fondo del corazón le pide ayuda a otro amigo. Linar se incorporó con cierto trabajo sobre sus largas piernas y dio un paso hacia su antiguo camarada. Mikhon sofocó un grito de advertencia. Pero Linar plantó la vara sobre la roca y miró a Lwetor desde sus dos metros de altura.

--Lo siento, pero no cambiaré mi camino.

Durante unos segundos los dos magos se sostuvieron la mirada. Después, Lwetor se dio por vencido y se levantó para irse. Antes de emprender la bajada se detuvo un instante, agachó la cabeza y se acarició la barbilla, como si le hubiera venido a la mente algo que quisiera decir.

--Linar, si luego por desgracia... No quiero que pienses...

--Adiós, Lwetor.

--Adiós, hermano Linar.

Cuando bajó del peñasco, ya no fingió la fatiga de los años. Unos minutos después correteaba por la ladera para unirse a sus compañeros. La sombra del monte se alargaba sobre las hierbas hasta llegar al lugar donde lo aguardaban los otros tres Kalagorinor.

--Vamos, Mikhon. Cuando caiga la noche, la caza se reanudará. Y ésta será la batida definitiva.

Ni siquiera los Kalagorinor son inmunes a la fatiga, se dijo Mikhon Tiq, mientras saltaba entre juncos y espadañas por un terreno cada vez más encharcado. Rimom se había mostrado por unos instantes tras el ocaso, pero enseguida había hundido su rostro azul tras las montañas del oeste. Shirta estaba a punto de ocultarse y Taniar se levantaba tras sus espaldas, proyectando sus siluetas alargadas sobre un espectral fondo rojo. Ya no había lomas; el suelo era una inmensa llanura. Detrás de ellos y a los lados les llegaban los ruidos de la persecución, matas aplastadas, cañas tronchadas, respiraciones resollantes, ladridos, aúllos, graznidos, llamadas guturales. Mikhon Tiq sacaba fuerzas de donde ya no las tenía para dar aquellos largos saltos que cada vez le parecían menos divertidos y le dolían más en las rodillas y los tobillos. Si giraba el rostro veía el círculo carmesí de Taniar, pero debajo centelleaban muchos otros puntos de luz, ojos amarillos de coruecos, reflejos purpúreos en las pupilas de los licaones, antorchas cuyas llamas anaranjadas se agitaban con los bamboleantes movimientos de los Inhumanos que las portaban.

--¡Aguanta, Mikhon! ¡Estamos cerca del pantano!

El pantano, pensó con desmayo. Limo y cieno. Lodo primordial. El final de la carrera se presentaba aún más aterrador que la propia

persecución. Había cometido el error de invocar en su syfrón la memoria de Yatom. En ella había encontrado la imagen de la gigantesca babosa de barro que lo atacó al borde de las Tierras Antiguas. Aunque no llegaba a verla con claridad, intuía una masa colosal, informe, viscosa, y durante una fracción de segundo, antes de espantar el recuerdo, escuchaba su lento chapoteo, su repugnante crepitar. No, no, no pienses en ello, se repetía.

El suelo empezó a descender. Delante de ellos se levantaban bancos de bruma y volutas de vapor. Shirta ya se estaba ocultando al otro lado, y su luz verde atravesaba la niebla y la teñía de un color pútrido. Mikhon Tiq exploró las sombras con sus ojos de Kalagorinor. El marjal se extendía ante ellos, leguas y leguas de hierbas enfermizas, cañas raquílicas y arbolillos enanos y retorcidos que aprovechaban los escasos islotes de tierra firme para hincar sus débiles raíces. Purk, como Guiños, como el desierto de Hamart, era un residuo de un mundo muy antiguo, de una época en que hombres y dioses libraron guerras con armas más allá de la comprensión y contaminaron por siempre grandes extensiones de tierra y de mar con venenos invisibles que aguaban la sangre, pudrían los cabellos y los dientes y convertían a los recién nacidos en monstruos de dolorosas formas. Un tormento para la vida, un sitio perfecto para morir.

Linar se detuvo y Mikhon Tiq lo imitó. Ante ellos, a unos veinte metros, había una fila de seres oscuros y enormes, de formas vagamente humanas. Mikhon reconoció las crestas craneales, los brazos largos, los ojos fosforescentes que nunca se cerraban, cubiertos por una película húmeda y transparente. Coruecos. No debo temerlos ahora, se aleccionó. Soy un Kalagorinor.

Las criaturas, no menos de quince, los miraban y gorgoteaban sin decidirse a avanzar.

--Nunca había visto tantos coruecos en tierras habitadas -dijo Linar-. Nuestros enemigos han reclutado un extraño ejército.

--¿No nos van a atacar?

Linar avanzó hacia las bestias muy despacio, levantó la vara y emitió una orden seca, firme y sencilla. «Apartaos.» No se movieron.

--¡Maldición!

--¿Qué sucede?

--Era de esperar. Mis queridos hermanos les controlan la mente. Tendremos que atravesar por en medio.

Si Mikhon Tiq se hubiera atrevido a desatar su poder, habría levantado su espada y a través de ella habría enviado un haz de fuego para abrasar a tres o cuatro bestias y espantar a las demás. Se preguntó qué haría Linar. El brujo trotó hacia los coruecos como si se dispusiera a embestirlos con su cuerpo enjuto. Los monstruos enarbolaron sus zarpas para recibirlo entre gorgoteos malignos. Cuando

estaba ya casi sobre ellos, Linar abrió los brazos y de pronto se elevó sobre sus cabezas como una pluma arrebatada por una ráfaga de aire, mientras los coruecos saltaban agitando sus garras y buscándole los pies entre rugidos de frustración. Tras un breve vuelo se posó en tierra quince metros más allá y se volvió. Las bestias se giraron hacia él, y Mikhon Tiq aprovechó ese momento para arrancar a correr. Estaba ya casi encima de las bestias y aún no sabía lo que había hecho Linar. No pienses, sigue el instinto, se recordó; y cuando creyó que se estrellaría contra aquel muro de piedra y huesos de metal, su syfrón le ofreció un conjuro para engañar durante unos segundos a la madre Tierra. De pronto perdió casi todo su peso, y al patear el suelo con su pie derecho se elevó tan rápido que el estómago le bajó hasta los pies. Pasó por encima de las garras de las bestias, engañadas por segunda vez, y una uña dura como marfil le arañó la caña de la bota. Aquel momento de ingravidez le hizo gritar de asombro y placer, pero el peso regresó a sus miembros y el suelo subió a buscarle. No había calculado bien el salto y rodó sobre las hierbas. Mientras a su espalda resonaban los rugidos de los coruecos y los pisotones de sus grandes pies planos al arrancar a correr, Linar lo agarró de una mano y tiró de él para levantarlo.

Corrieron de nuevo y dejaron atrás a las bestias, pero Linar no tardó en detenerse de nuevo.

--Tenemos que seguir más despacio -le advirtió-. El terreno es traicionero.

El pantano se abría ya bajo sus pies. El suelo exudaba una humedad pestilente como la serosidad de un cuerpo enfermo, que al brotar al aire se levantaba en anillos y espiras de vapor verdoso; era la respiración insana de la ciénaga. Mikhon Tiq podía sentir su presencia como un empujón continuo y tosco que le oprimía en la cabeza y el vientre. No era una inteligencia ni una voluntad, y sin embargo poseía algo de ambas. En el aire flotaba una hostilidad pasiva, una amenaza vaga que se extendía de horizonte a horizonte hasta hacerse enorme y abrumadora.

--¿Nos libramos de nuestros perseguidores cruzando el pantano? -preguntó Mikhon Tiq.

--No vamos a cruzarlo.

Horror, pensó Mikhon, pero no dijo nada. Recordó lo que podía haber bajo ellos, en las simas insondables, y se estremeció. Era una triste ironía haberse convertido en Kalagorinor para atraer el enojo de una entidad para la que él era poco menos que una hormiga.

Caminaban ya sobre el marjal. Mikhon Tiq iba delante, buscando pasos seguros. Sus pupilas rastreaban brillos y reflejos más débiles y fríos que la luz roja, para averiguar dónde el suelo era húmedo y viscoso y en qué lugares estaba seco y duro. A veces pisaba marañas de hierbajos y juncos que le ofrecían un punto de apoyo fugaz, antes de

hundirse en el lodo. Otras, no podía evitar que las piernas se le clavaran hasta las rodillas y tenía que tirar de las botas con las manos para no perderlas. Mientras tanto, Linar vigilaba los alrededores. Reinaba un extraño silencio, en el que sólo se oían el chapoteo de sus pies y las apagadas maldiciones de Mikhon Tiq.

Llevaban unos minutos avanzando cuando Linar le puso la mano en el hombro y se llevó un dedo a los labios. Mikhon Tiq se volvió y miró hacia el este. Al borde de la ciénaga se extendía una larga fila de seres oscuros, cientos de ellos, tal vez miles, de varias especies y pelajes, pero todos ellos de miradas malignas, y dientes, picos y garras que deseaban desgarrar carne humana.

--¿A qué esperan? ¿Tienen miedo del pantano?

--Mis hermanos quieren jugar con nosotros. Ya lo verás.

Les llegó el eco mental de una orden poderosa, y supieron que algo iba a venir contra ellos. De aquella fila se adelantaron decenas de criaturas que se lanzaron a cuatro patas al interior del tremedal. Eran licaones, hienas, lobos y perros salvajes, animales cobardes en solitario pero temibles en jauría; y entre ellos avanzaban con grandes saltos de sus pesadas patas cinco leones de dientes de sable que babeaban de rabia bajo sus terribles colmillos.

--Sigue andando, Mikhon. Yo me encargaré de ellos.

El muchacho buscaba apoyos en el suelo, pero no podía dejar de mirar hacia atrás. Shirta se acababa de ocultar. Ya sólo reinaba Taniar en el cielo y bajo su luz púrpura los carniceros que corrían de frente hacia ellos parecían congelados en mitad de su carrera. Pero era una sensación engañosa, pues aunque no se les vieran las patas, los bultos oscuros de sus cuerpos eran cada vez más grandes y sus ladridos y jadeos más cercanos. Aquí y allá se oían los gáñidos de frustración de las bestias que quedaban atascadas en el lodo, y también los aullidos de terror de aquellas que se hundían para no salir más; pero los atacantes eran tantos que, por más que devorara la ciénaga, no parecían acabarse nunca.

Ya estaban a menos de veinte metros cuando Linar hinchó el pecho, abrió la boca y exhaló un soplido largo y poderoso, un viento que dejaba penachos de humo y que lo barrió todo en un amplio arco. A Mikhon Tiq le llegó algo de aquel hálito, y captó en él un aroma intenso que se agarró a sus vísceras y se las retorció. Los licaones y las hienas lloriquearon de terror y se retiraron con el rabo entre las piernas; los perros y los lobos los siguieron, y los dos dientes de sable que no se habían hundido en el cieno se pararon en seco y se contentaron con rugir de lejos a los magos. Linar había condensado en su interior el olor del miedo puro, del pánico cervical, del terror instintivo y animal y lo había proyectado como una pavorosa cortina sobre sus atacantes.

--¡Bien hecho! -le animó Mikhon Tiq, exaltado como si estuviera

contemplando un combate de Tahedo.

--Sigue. Esto no ha hecho más que empezar.

Mikhon Tiq avanzaba cada vez más rápido, aprendiendo de lo que veía y de lo que sentía bajo sus pies. Pero no tuvo tiempo de enorgullecerse por sus avances, pues ya una legión de nuevos perseguidores saltaba al pantano. Algunos de ellos llevaban antorchas y avanzaban entre torpes bamboleos; pero la mayoría corrían a cuatro patas, sirviéndose de sus encallecidos nudillos a modo de pezuñas. Y mientras cargaban contra ellos, hacían choquetear las mandíbulas y rechinaban sus dientes afilados y triangulares en un roce lacerante de cristal rayado.

--¡Inhumanos! -exclamó Linar.

Mikhon Tiq trató de no mirar hacia atrás. Ante ellos se extendía una laguna oscura de aguas amenazadoras. Giró hacia la izquierda, por un estrecho sendero de islotes de hierba. A su espalda sonó un potente soprido y le llegó un débil efluvio del olor del miedo. Pero en vez de aullidos de terror, tan sólo escuchó una maldición.

--No sirve para ellos -se lamentó Linar, y le empujó-. ¡Date prisa!

--¿Por qué no sirve?

--Los perros de presa y nosotros exhalamos secreciones comunes, pero los Inhumanos no tienen nada que ver con nuestra especie. ¡Vamos, vamos!

Mikhon Tiq saltó a un islote de barro negro y hierbajos, pero el pie derecho le resbaló al pisar y cayó de costado en las aguas fétidas. Se agarró a unas cañas retorcidas y tiró para salir, pues el fondo del pantano parecía una boca enorme formada por mil ventosas. Linar lo agarró de la capa y lo sacó de un violento tirón. Mikhon Tiq se quedó sentado sobre las hierbas y miró a su maestro. Los Inhumanos, más de cincuenta, formaban un semicírculo a su alrededor. Algunos se enderezaron para arrojarles sus cortas lanzas. Linar cazó una de ellas al vuelo y la partió en dos. Después abrió los brazos en cruz y una luz azulada lo envolvió, y sus pies se elevaron sobre el suelo cenagoso. Los Inhumanos se detuvieron un momento, expectantes. Entonces Linar abrió la boca, pero esta vez no recreó ningún olor, sino que pronunció una palabra de poder. Atónito, Mikhon Tiq vio cómo de sus labios brotaban tres letras de fuego en los caracteres de los Arcanos: «MEN». Las letras se desenrollaron en el aire y formaron una línea dorada que se abrió delante de Linar. El brujo extendió su caduceo y empujó con un gesto imperioso. La línea ígnea se alejó de él como un latigazo que ondeaba y crecía al desplazarse. Muchos de los Inhumanos se dieron la vuelta y huyeron al ver lo que se les venía encima, otros se agacharon y se cubrieron la cabeza con las manos; pero el conjuro pasó culebreando entre ellos, y cada vez que aquella soga de luz chocaba con algo sólido lo cortaba con un agudo siseo acompañado de chispas cegadoras.

Troncos, cabezas, brazos y piernas segados cayeron sin derramar sangre sobre el cieno. La palabra de poder se perdió en la distancia y doscientos metros más allá se disipó con un apagado zumbido.

Linar cruzó los brazos, agachó la cabeza y dejó de levitar. Sus pies se hundieron en el agua y en el fondo lodoso. Esta vez fue Mikhon Tiq quien lo sacó a rastras hasta el islote de hierbas, y allí trató de reanimarlo.

--Estás demasiado cansado. Tengo que ayudarte...

El único ojo de Linar lo miró de soslayo. El brujo se incorporó como si tuviera un resorte.

--¡Cuando necesite que alguien me ayude a levantarme, yo mismo me rebanaré el cuello!

Cuatro nuevas criaturas se internaron en el pantano. Eran muy grandes, de cuatro o cinco metros de altura, aunque caminaban a medias erguidas. Avanzaban sobre unos pies anchos de grandes membranas que apenas se hundían en el fango, y cada uno de ellos agitaba tres brazos coronados por enormes pinzas, de las que destilaba un ácido corrosivo que levantaba espirales de humo al caer en el agua. Sus gruesos cuerpos estaban cubiertos de cerdas, hispidas y gruesas como púas. Pero aún más horribles eran sus cabezas, provistas de quelíceros que se abrían y cerraban como gigantescas tijeras de podar y sembradas de ojos blancos y viscosos. Linar se detuvo un instante y se apoyó en el hombro de Mikhon Tiq; y el joven percibió su repulsión a través de la piel. Aunque el miedo físico era algo que Linar había olvidado, la idea de que aquellas pinzas lo destrozaran y aquella boca informe redujera a gelatina sus huesos lo hacía estremecer de asco. Mikhon le preguntó qué eran aquellos monstruos. Linar lo ignoraba; tal vez fuesen criaturas de Purk, nacidas en la maldición ponzoñosa que infestaba el aire y el agua de ese lugar, o creaciones enfermas de sus antiguos hermanos o del propio Ulma Tor.

--Estoy cansado -susurró-. Muy cansado.

Aquellas palabras las murmuró para sí mientras contemplaba cómo se acercaban los cuatro engendros, chapoteando con sus enormes patas palmípedas. Pero Mikhon Tiq oyó aquella confesión de debilidad y volvió a tirar de él.

--¡Vamos! ¡Te llevaré auestas si hace falta!

Linar se lo sacudió de encima. Era increíble cómo recobraba las fuerzas cada vez que parecía a punto de desplomarse. Después alzó la vara de nuevo y gritó:

--¡Deteneos ahí mismo si no queréis que os destruya!

Uno de los monstruos abrió los quelíceros, y de su boca brotó un sonido estremecedor, una mezcla de estertor de ahorcado y gorgoteo de barro hirviente, que sin embargo se articuló en palabras. «Linar, Linar, espéranos. Somos tus hermanos.» Una segunda criatura sumó su

inhumana voz a la primera. «Linar, hermano nuestro, aguarda.»

--¡Apartaos de mí! ¡Sois una abominación!

«Ven con nosotros. Estrecha nuestras manos.» Las criaturas avanzaban despacio, agitando las pinzas venenosas sobre sus informes cabezas. Linar levantó un muro de fuego, pero eran llamas débiles y frías y se apagaron cuando los monstruos las atravesaron. «Estás débil, hermano. Esperáanos y te reconfortaremos.»

--¡Deja que te ayude, Linar!

El mago se volvió hacia Mikhon Tiq y le miró con tal ira que por debajo del parche negro brilló un destello rojizo.

--¡Ni se te ocurra!

Las negras filas que rodeaban la ciénaga se rompieron. Como una inmensa bandada de pájaros que levanta el vuelo, las criaturas que las formaban se lanzaron al pantano, saltando, corriendo, reptando. Había más lobos y licaones, coruecos e Inhumanos, y también jabalíes furiosos, licántropos babeantes, enormes serpientes del cieno, lagartos bípedos de aguzados dientes y otros seres deformes para los que no existía nombre. Pero los cuatro Kalagorinor seguían detrás, esperando a orillas del gran marjal.

--Hay que atraerlos o todo será inútil -dijo Linar-. ¡Tenemos que hacer que entren en el pantano!

«Linar, Linar, no huyas de nosotros», le llamaban aquellas criaturas, mientras el resto del ejército infernal cerraba un arco alrededor de ellos.

--¡Venid a abrazarme con vuestras propias manos! ¡No me gustan esas pinzas!

«Son más suaves que las mejillas de una doncella. Espera y verás qué caricia de terciopelo...»

Las criaturas estaban tan cerca que ya se veía el temblor gelatinoso de sus ojos y les llegaba su acre olor, una mezcla de azufre y ácidos digestivos. Los dos magos llegaron a un islote de tierra negra, y allí Linar se dejó caer de rodillas y cerró el ojo. Uno de los monstruos se acercó a él y levantó una pinza en el aire. Sus puntas se abrieron goteando veneno sobre el rostro de Linar. Cuando iban a cerrarse, Mikhon Tiq se adelantó y descargó la espada sobre aquel repugnante apéndice. La pinza cayó cercenada, abriéndose y cerrándose a sus pies como si tuviera vida propia.

La criatura retrocedió unos metros y Mikhon Tiq suspiró aliviado. Pero de repente, el monstruo dio un salto increíble y se abalanzó sobre él enarbolando las dos pinzas que aún le quedaban. El muchacho agachó la cabeza por instinto; en ese momento, un chorro de fuego blanco se estrelló contra el tórax cerdoso de la bestia y lo empujó hacia atrás. La criatura se revolcó en el fango y empezó a arder con unas llamas que el agua no podía extinguir. Sus palmas pateaban frenéticas

el suelo, sus pinzas y sus quelíceros se consumían y quebraban como ramas en una chimenea. Un brazo hizo retroceder a Mikhon Tiq. Linar se había puesto en pie y brillaba. Pero esta vez no lo envolvía un aura, sino que sus ropas y su propia carne se habían vuelto translúcidas, y a través de ellas se le veían los huesos fosforescentes; y una luz blanca chisporroteaba dibujando arcos a su alrededor. A Mikhon Tiq se le erizó el cabello de todo el cuerpo, y hasta las hierbas y juncos que estaban tronchados se levantaron como serpientes enhiestas. El aire crepitó con olor a tormenta. Linar levantó el caduceo y apuntó con él a las tres criaturas que aún quedaban. Su voz, deformada por mil chasquidos, gritó:

--¡¡Al Infierrrrnoooooo!!

Linar tomó la vara con ambas manos y barrió el aire a derecha e izquierda. Haces de plasma brotaron de la boca de la serpiente y azotaron el aire como látigos. Los rayos cayeron sobre los monstruos del pantano, que empezaron a agitar los miembros como marionetas desmadejadas y a relucir descubriendo sus entrañas, hasta que se partieron en pedazos y sus visceras se derramaron en el fango entre chorros de ácido. La energía del caduceo llegó aún más allá y azotó las primeras filas del siniestro ejército convocado por los antiguos Kalagorinor. Lobos e Inhumanos se volvieron en desbandada, se hundieron en el lodo, chocaron con los enormes pechos de los coruecos. En el pantano retumbó una orden poderosa que Mikhon Tiq sintió resonar en su esternón. «QUEDAOS DONDE ESTÁIS.»

Linar se encorvó y apoyó el bastón en el suelo. Aunque de su piel brotaban chispas sueltas, su energía se había apagado. Mikhon Tiq lo agarró por el codo, y esta vez su mentor no se lo sacudió de encima.

«Eso ha estado muy bien, Linar. Lástima que hayas agotado tu poder.»

Mikhon Tiq miró hacia el este, de donde provenía aquel coro de voces. A media legua de allí estaban los Kalagorinor. Orgullosos, despreciando toda cautela, se alzaron envueltos en llamaradas rojas y levitaron sobre el barro. Vinieron a por ellos, volando como grandes fuegos fatuos, y sobre sus cabezas proyectaban enormes imágenes de sí mismos en nubes de vapores escarlata, deformadas como retratos demoníacos.

--Ahora -jadeó Linar-. Crea una barrera a nuestro alrededor y resístete a ellos. Yo aún tengo que hacer la última invocación...

El brujo se apoyó en el hombro de Mikhon Tiq, se enderezó y caminó con pasos cortos hacia el centro del islote. Sus mejillas se veían chupadas como si una sanguijuela le hubiera absorbido la carne desde dentro, y cuando Mikhon le tocó el codo no sintió debajo más que hueso. Se preguntó si le quedaría aún algo de poder para esa invocación que pretendía hacer.

Los cuatro Kalagorinor ya llegaban, levitando sobre las cabezas de su tenebroso ejército. Soberbios, embriagados de poder y victoria, se inflamaron en llamas carmesí para mostrarse más terribles y majestuosos. El más alto y terrible de ellos era Koemyos, cuya barba y cuyos cabellos formaban una corona de fuego alrededor de su rostro. Los cuatro juntos parecían un panteón de dioses enloquecidos y sedientos de sangre. Koemyos alzó su mano derecha, y de su anillo brotó un puño de energía sólida que derribó de espaldas a Mikhon Tiq.

--¡Aprendiz de brujo! ¿Tan acabado está tu maestro que deja a un niño hacer la tarea de un hombre?

Mikhon Tiq se incorporó dolorido, y durante unos segundos su ser se desdobló. La mitad seguía en el pantano de Purk, encarándose con los cuatro magos que flotaban delante de él. La otra mitad corrió por las galerías de su castillo interior, buscando conjuros y poderes. Por un largo pasillo se deslizaba una serpiente de luz azul que trató de huir entre sus dedos, pero la agarró con fuerza y...

Mikhon Tiq levantó en alto su espada, la misma que había comprado en la herrería de la aldea de Banta por un puñado de monedas. La hoja se encendió, se puso al rojo vivo y después se convirtió en una barra azulada. Mientras la alzaba, el muchacho pensó en Uhdanfiún, y en que nunca había pasado de ser un Iniciado en el arte de la espada. Ahora, por primera vez, se sintió poderoso con una hoja en la mano.

--¡Probad mi Espada de Fuego! -chilló.

Los Kalagorinor se carcajearon de él. Koemyos volvió a levantar la mano anillada; Lwetor, el báculo; Kepha, el cetro de oro, y Fariyas, la bola de cristal. De los cuatro objetos mágicos brotó una lluvia de fuego, una tormenta de proyectiles incandescentes que se precipitaron crepitando contra Mikhon Tiq. Pero él giró las muñecas y agitó la espada, y de la punta brotó una luz que se convirtió en una cortina brillante, como la aurora que aparece al norte de la Tierra del Ámbar. Los bólidos se estrellaron contra aquel baluarte, estallando en ondas rojas que se extendían por la pared protectora y hacían retemblar el suelo del islote bajo los pies de Mikhon Tiq.

--¡No pasaréis de aquí!

Ellos volvieron a reírse, y le dispararon una ráfaga de meteoritos. Cuando los vio la primera vez, alrededor de la Mesa, Mikhon Tiq ya había pensado que estaban locos, pero sólo ahora se daba cuenta del alcance de su demencia. Estaban intentando matarlos, a Linar y a él. Pero si lo conseguían, sus syfrónes se colapsarían y la explosión los aniquilaría a ellos también.

Que era lo mismo que sucedería en el remoto caso de que Mikhon Tiq consiguiera matar a alguno de los cuatro.

Mikhon Tiq aguantó con la espada en alto. Su cortina de luz había

formado un cilindro que envolvía todo el islote. Los Kalagorinor revoloteaban a su alrededor como luznagos hipertrofiados, mientras le lanzaban todo tipo de ataques y conjuros. Mikhon Tiq comprendía ahora cuánto había sufrido Linar. La energía fluía de él en un torrente tan caudaloso que cada uno de los ligamentos de su cuerpo aullaba de dolor como si lo estiraran en un potro infernal. Las venas de sus manos se hincharon y empezaron a palpar con vida propia, los dientes le rechinaban entre chispas, pero aguantó. Jamás había sufrido tanto, jamás se había sentido tan embriagado de poder. Los ataques rebotaban en su campo azul, caían como pavesas multicolores en el pantano, incendiaban las hierbas y los cañaverales, y el agua hervía y el lodo saltaba en pedazos.

Fue entonces cuando la tierra empezó a temblar bajo sus pies. De las profundidades subía el grave bramido que ya había aprendido a conocer. Toda la ciénaga empezó a borbotear, y Mikhon Tiq comprendió que todos ellos, sus enemigos, él, Linar, iban a morir. Dos por cuatro no era un mal cambio. Era una pena que no estuviese también Ulma Tor; cómo se reiría cuando supiera que los Kalagorinor se habían aniquilado entre sí.

Los ataques de sus enemigos eran cada vez más débiles. Mikhon Tiq apretó los dientes y sintió un sabor de hierro recalentado goteándole por los labios. Toda su piel rezumaba gotas de sangre, pero él seguía resistiendo. Soy el más fuerte de todos, se dijo, y comprendió por qué, pues era el único Kalagorinor de la tercera generación, y cada una de ellas era más poderosa que la anterior. Qué lástima perecer ahora.

Todo crepitaba bajo los pies. El ejército infernal se batió en desbandada; coruecos, serpientes, hienas y licántropos huyeron despavoridos en todas direcciones. Los Kalagorinor, fatigados, renunciaron a sus ataques y se posaron sobre la ciénaga, mirando al suelo sin comprender. Mikhon Tiq abatió la espada.

El estrépito del terremoto era ensordecedor. El islote empezó a levantarse sobre sus raíces. Mikhon Tiq, braceando para mantener el equilibrio, se giró para ver qué había pasado con Linar. El mago estaba en pie y levantaba los brazos y la cabeza al cielo. Mikhon Tiq miró hacia arriba. Una sombra enorme tapó la luz de Taniar y bajó sobre ellos. Era un terón, que plantó las patas en el centro del islote. La criatura abatió el cuello y Linar subió a él. Mikhon Tiq comprendió lo que pasaba, corrió hacia allá y se encaramó sobre el lomo del terón. Lwedor también debió darse cuenta, pues trepó corriendo al islote. Pero el terón dio un poderoso aleteo que derribó al brujo. Koemyos les disparó una bola de fuego carmesí, pero Mikhon Tiq la repelió con su espada, que aún despedía chispas. El estómago se le bajó a los pies, pues en dos poderosas batidas el terón se plantó a diez metros del suelo.

--¡Rápido! ¡Vuela rápido! -le urgió Linar.

El terón empezó a ascender en diagonal. Mikhon Tiq miró al suelo, cada vez más lejano. La ciénaga entera hervía como un colosal caldero. El islote sobre el que había luchado contra los magos había desaparecido, engullido por un remolino que crecía con rapidez y empezaba a devorarlo todo. Los Kalagorinor habían comprendido por fin el peligro y trataban de huir, pero habían consumido demasiadas energías y ahora, desde arriba, parecían patéticas hormiguitas intentando escapar por los bordes de un agujero de arena. El remolino se convirtió en un embudo, y en medio de un borboteo ensordecedor los magos, primero Kepha y Fariyas, después Lweter y por último Koemyos, desaparecieron arrastrados por aquel torbellino de lodo y agua. Se sumieron en la negrura lanzando sus últimos conjuros, pero cuando comprendieron la inutilidad de todo esfuerzo enviaron un grito de desesperación a la noche.

--Aún no han sido destruidos -masculló Linar, y se agachó sobre el cuello de la criatura alada y gritó:- ¡Vuela, más rápido! ¡Vuela, te digo!

Agarrado a la espalda de Linar, Mikhon Tiq no dejaba de mirar hacia atrás. Se hallaban ya a más de doscientos metros de altura, y tal vez a un kilómetro del lugar donde había estado el islote. El remolino no había dejado de crecer. De súbito, un espantoso rugido subió desde las profundidades, millones de fragmentos de lodo y tierra volaron en todas las direcciones y una enorme columna, un inconcebible gusano de barro negro se alzó de las profundidades buscando el cielo. Subió tan rápido que su ascensión hizo silbar el aire. Más de cien metros se levantó, y después giró y se inclinó, como si buscara algo, y su extremo apuntó hacia Mikhon Tiq abriéndose en una boca monstruosa. Aquello, comprendió, no era un gusano, sino tan sólo un tentáculo de la criatura que habitaba en el barro primordial y cuya magnitud escapaba a toda comprensión.

Le buscaba a él. Tenía por enemiga a la misma tierra.

--¡¡Belistar, viento del norte!! -rugió Linar, alzando su vara al cielo-. ¡¡Yo te conjuro!! ¡¡Sopla, Belistar, sopla por nuestras vidas!!

Una ráfaga poderosa empujó al terón. Mikhon Tiq resbaló por su espalda, pero Linar tendió la mano hacia atrás y lo sujetó. El viento silbaba en sus oídos, pero por encima de él se alzaba el rugido de la criatura que no dejaba de surgir del abismo. Mas no era por aquel monstruo telúrico por el que Linar había invocado a los vientos, sino porque temía lo que al fin sucedió. En las entrañas de la bestia, los cuatro Kalagorinor perecieron uno tras otro, aplastados y ahogados entre toneladas de cieno. Sus syfrones, aquellos reinos propios contenidos dentro de ellos, repliegues del espacio y del tiempo de los que extraían su poder, se colapsaron durante unos segundos, y después estallaron liberando toda la energía que guardaban.

La base del tentáculo de barro, una columna de más de veinte metros de diámetro, se encogió sobre sí misma. Reinó un instante de silencio sobrenatural, y Mikhon Tiq pensó que el tiempo se había parado para el mundo entero, salvo para él. Después estalló un brillo cegador que habría abrasado los ojos de un humano normal; y aun con su vista de Kalagorinor, Mikhon Tiq dejó de ver todo lo demás, salvo una bola de fuego que empezaba a ascender a la vez que se hinchaba y adquiría proporciones monstruosas. Estamos perdidos, susurró, pues comprendió que en aquella llama reinaba el calor de un sol en miniatura, capaz de volatilizar todo aquello que se interpusiera en su camino. Aterrorizado, se dio la vuelta y escondió el rostro tras la espalda de Linar, esperando el fin. Entonces le llegó el sonido de la explosión. Los tímpanos le reventaron, un chorro de sangre brotó de sus oídos y sintió cómo le caía por el cuello, y un pitido llenó su cabeza. Pero con sus huesos aún seguía oyendo aquel fragor, a través del espinazo de la bestia que aleteaba tan empavorecida como él. Después sintió a su espalda el golpe de una mano gigante, una ola de aire sólido que los empujó a una velocidad incalculable. Grande y poderoso como era el terón, aquella onda de choque debería haber destrozado las membranas y aun los huesos de sus alas, pero la vara de Linar seguía en alto y había creado una vela fantasmal tras ellos que absorbió el impacto y los lanzó aún más veloces sobre el cielo. Mikhon Tiq se atrevió a girar el cuello, y lo que vio no lo olvidaría nunca. Pues donde se había levantado el tentáculo de lodo, ya a mucha distancia de ellos, ahora se estaba alzando un monstruoso hongo de humo que subía y subía buscando las estrellas.

Volaron hacia el sur arrastrados por el viento, sobre las alas de aquel dragón sin fuego, mientras el humo de la pira funeraria de los cuatro Kalagorinor ascendía a decenas de kilómetros, hasta regiones donde ya no quedaba aire. Linar se desplomó sobre el cuello del terón, sus últimas fuerzas agotadas ya, y la vara resbaló de sus dedos. Pero antes de que cayera al vacío, Mikhon Tiq extendió su mano izquierda y la llamó, y la vara voló obediente hacia él. Con la otra mano sujetó el cuerpo del anciano brujo, y se dio cuenta de lo liviano que era. Pues lo cierto era que Linar había exprimido hasta las últimas fuentes de su poder y había sacrificado hasta la materia de su cuerpo, y ahora su carne era tan sutil que podía verse a través de ella, y no pesaría más de treinta kilos.

--No te mueras tú ahora -le pidió Mikhon Tiq, pero el pitido que llenaba su cabeza no le dejó escuchar ni su propia voz.

No te mueras, repitió, porque si te mueres me matarás a mí también; y apretó el cuerpo de Linar contra su pecho y lo alimentó con

sus energías. Siguieron volando hacia el sur, hacia Grios; lejos de Purk, aquel lugar que volvía a ser maldito.

La Sierra Virgen

... Y cuando los cinco héroes de la Espada estaban rodeados por un ejército de no menos de mil quinientos enemigos, decidieron hacer una última carga contra ellos y vender caras sus vidas. Pero fue entonces cuando apareció un dragón alado cabalgado por dos ancianos magos. El dragón era del tipo que se conoce como *birmios*, por tener sólo dos patas en lugar de cuatro. Esos dragones son raros en nuestros días, aunque en los tiempos en que se colonizaron las tierras de Áinar eran frecuentes, y devastaban cosechas y devoraban rebaños hasta que los primeros Tahedoranes los expulsaron.

Las llamaradas del dragón achicharraron a los soldados Ainari, cuyas cenizas aún manchan de negro y gris las nieves eternas del lugar, y los lugareños aseguran que cada 15 de Kamaldanil, aniversario de aquella matanza, resuenan entre las peñas los gritos de muerte de aquellos infelices. Los magos despidieron a la bestia alada y la enviaron de vuelta a su nido, más allá del mar, y les dijeron a los cinco héroes que el pérfido príncipe de Áinar ya había cruzado las montañas. Ellos se juramentaron para luchar codo con codo hasta que llegaran al Mar Ignoto y derrotaran al príncipe que tan arteramente los había traicionado.

Gran Barantán, *Crónicas del Año Mil*, II, 3 5
(Prohibido en Áinar)

Las crónicas y las historias tienen la loable misión de evitar el olvido, pero no siempre logran evitar los peligros de la retórica, la hipérbole y los testimonios embellecidos. No fue un dragón, ni *birmios* ni heráldico, ni siquiera de agua o de arena, la criatura que aniquiló a la pequeña fuerza de jinetes Ainari que había salido de Cirios al mando del capitán Daengol, sino un terón de las montañas. Es cierto que se vieron llamaradas aquella terrible noche, pero no brotaron de las fauces de la bestia alada, sino de la espada de Mikhon Tiq, a la que desde entonces llamaría *Istegané*, «la protectora».

El juramento de luchar codo con codo hasta el Mar Ignoto tampoco surgió de forma tan espontánea y amigable como sugiere el Gran Barantán. Mientras Derguín y Mikhon Tiq se abrazaban, Aperión y Kratos decidieron que era una buena ocasión para saldar sus rencillas con el acero. Pero los demás los agarraron por los brazos.

--¡Dejad eso para más adelante! -les pidió Krust-. ¡Esa sabandija con ojos de culebra nos lleva dos días de delantera!

Pero la inquina entre ambos era demasiada. Kratos jamás perdonaría la muerte de su concubina Shayre ni las torturas sufridas por su amigo Siharmas. En comparación, las ofensas que Aperión creía haber sufrido resultaban insignificantes, pero a cambio su capacidad de odiar era desmesurada. Sólo un arbitraje superior podía obligarlos a una tregua. Mikhon Tiq se plantó entre ambos decidido a poner paz.

--¿Quién eres tú, mocoso? -le increpó Aperión.

Si Linar no hubiese estado suspendido en trance entre la vida y la muerte, una sola mirada suya habría acallado al jefe de la Horda Roja. Pero el poder que dominaba Mikhon Tiq era aún reciente y no lo nimbaba con la aureola de aquellos que acostumbran ser obedecidos. Tan sólo parecía un muchacho delgado, de ojos grandes y hambrientos y rasgos femeninos. Aunque tenía los oídos reventados y lo único que oía era un zumbido penetrante dentro de su cráneo, su vista acrecentada leyó el insulto en los labios de Aperión. Venía de luchar contra cuatro brujos dementes y de desatar fuerzas destructivas mayores que un imperio, y no pudo soportar aquel desaire. Acercó la mano derecha al pecho de Aperión y de sus dedos brotó un zarcillo de energía chisporroteante. Fue muy breve, pero bastó para enloquecer el ritmo de los latidos de Aperión. El guerrero se desplomó y empezó a retorcerse en el suelo. Los demás se apartaron de él y del joven mago que llevaba la muerte entre los dedos. Aperión boqueaba y maldecía apretándose el pecho.

--¿Harás lo que yo diga? -preguntó Mikhon Tiq.

Aperión farfulló una negativa. Pero la vida se le iba con cada aliento.

--Sólo una vez más. ¿Harás lo que yo diga?

--¡Sí, sí!

Mikhon Tiq desenvainó su espada y una chispa brotó de su punta. El corazón de Aperión volvió a latir a compás y el Tahedorán dejó de retorcerse. Poco a poco recobró el aliento y al cabo de un rato pudo ponerse en pie con la ayuda de Krust.

Aquella demostración fue suficiente para que los demás supieran que les convenía temer a Mikhon Tiq, aunque por el momento no les granjeó su amistad. Juraron por Vanth y por Diazmom, y también por los espíritus de los muertos, que no habría violencia entre ellos hasta que vieran las olas del Mar Ignoto. Uno solo sería su enemigo mientras tanto: Togul Barok.

Mientras el fatigado terón levantaba el vuelo y regresaba a su nido en los lejanos picachos del norte, Mikhon Tiq levantó a Linar en brazos. Derguín le ayudó a montarlo sobre la yegua alazana.

--Es ligero como una pluma -se sorprendió.

Lo ataron a lomos de la yegua, pues había perdido tanto peso que hasta un soplo de viento podría descabalarlo, y se pusieron en marcha. El ojo de Linar permanecía entreabierto, pero su respiración era imperceptible.

--¿Ha muerto?

--No. Si hubiese muerto, nosotros no estaríamos aquí para contarlo.

--¿Qué quieres decir?

Mikhon no contestó y se puso en camino. Derguín lo siguió sin decir nada. Su amigo no era el mismo que se había despedido de él antes de llegar a Koras; la severidad de su mirada fue más elocuente aún que los bárbaros prodigios que había ejecutado.

Desde las alturas, Mikhon Tiq había escudriñado las montañas a la luz de Taniar. Al pie del Diente Pelado se abría un valle, y por éste se podía llegar hasta la siguiente cadena de montañas. Para llegar a él siguieron un tortuoso sendero por el que los guiaron el recuerdo de Mikhon y la pericia montañera de Tylse. Aquello les ocupó el resto de la noche, pero la marcha les sirvió para entrar en calor, pues el cielo estaba despejado y en esas alturas el relente se convertía en escarchada.

Al amanecer empezaron a subir por el fondo de un enorme valle, cuyas paredes se levantaban casi verticales a ambos lados. El propio Mikhon Tiq no lo sabía, pero aquel lugar era un testigo mudo del Mito de las Edades que les había contado Linar. Mucho tiempo atrás, cuando los hombres y los Yúgaroi se enfrentaron en la guerra que casi aniquiló el mundo, sus armas levantaron por toda la tierra nubes de polvo y cenizas que taparon durante un tiempo la luz del sol. Los inviernos fueron crudos y largos, los veranos tímidos, y las capas de nieve se acumularon en las montañas creando inmensos glaciares. Allí, en la Sierra Virgen, uno de aquellos gigantescos ríos de hielo había ido excavando el seno de las montañas hasta formar una enorme cubeta que con el tiempo se había vaciado y por la que ahora avanzaban.

Su ascensión los llevó a una laguna de aguas oscuras y gélidas. A la derecha y por encima de sus cabezas, se *alzaba la* ingente mole del Diente Pelado, todo nieve y piedra parda, con su inalcanzable cumbre a cinco mil metros de altura. Más abajo, la roca se veía verde, casi fosforescente por los líquenes que la cubrían. Delante de ellos se *alzaba* un gran talud que se curvaba a la izquierda, coronado por picachos agudos como astillas de un hueso fracturado. Se antojaba un muro infranqueable, pero entre dos de aquellas agujas corría un estrecho desfiladero. Sin embargo, incluso aquel camino tenía una pendiente muy

empinada y requería piernas fuertes. El cautiverio, la Mirtahitéi, la lucha y la huida en la noche habían debilitado a los maestros de la espada, de modo que decidieron descansar allí junto a la laguna.

Mikhon Tiq desató y desmontó a Linar y lo sentó bajo el sol, con la espalda apoyada en una roca. Su cuerpo no estaba rígido del todo, sino que mantenía la postura que le dieran, como un muñeco de arcilla antes de cocerlo. Mikhon Tiq le levantó la mano y la examinó. Si la ponía delante del sol y colocaba sus propios dedos detrás, los veía perfilados como sombras sobre un fondo rojo. Meneó la *cabeza*. Le había dado la impresión de que el mago era cada vez más liviano, como si la poca carne que quedaba en su cuerpo se estuviera consumiendo. Si su syfrón perdía la última conexión con la realidad material, se colapsaría sobre sí misma.

El zumbido que no dejaba de sonar en sus oídos le recordaba que el resultado de una syfrón colapsada era un estallido aniquilador. Todos ellos morirían a no ser que se alejaran más de una legua de allí. Lo mejor sería abandonar a Linar allí y confiar en que se recobrara solo o en que al menos en su muerte no destruyera a nadie más.

El Mazo se tendió un poco apartado de los demás, sobre una roca plana. Derguín se acercó a él con la bolsa de piel donde guardaba las monedas.

--Has cumplido con nuestro pacto y has ido más allá. Esto es tuyo.

El Gaudaba abrió los ojos y se sentó. Sus mejillas ya estaban erizadas de puntos negros que le daban un aspecto casi tan fiero como la barba crecida.

--¿Me estás despachando?

Derguín se sentó a su lado y le pasó un pellejo. El Mazo bebió un trago, pero lo apartó con un gruñido al comprobar que era agua. El vino se les había terminado el día anterior.

--No sé adonde vamos -respondió Derguín-. Esta sierra se llama Virgen; las tierras que hay más allá ni siquiera tienen nombre. Quizá no encontremos comida, ni agua potable. Puede que ninguno de nosotros regrese vivo.

--Aja.

--Es un buen momento para que tomes tu caballo y te marches al sur.

--Aja.

--Aquí tienes ciento quince imbriales. Los cien que te prometí desde el principio, y los quince por llevar los caballos a la explanada.

--Aja.

--¿Quieres dejar de contestarme con ese maldito «aja»?

El Mazo tomó la bolsa, la sopesó y escuchó aquel tintineo que hasta sus oídos veían dorado. Después se la guardó.

--¿Pretendes que me marche ahora mismo?

--Más tarde puede que no sepas volver.

--Es que ahora mismo ya no sé volver. -El Mazo bajó la voz y acercó su cabeza a la de Derguín-. Anoche os perdí cuando quise llevaros al pueblo de Grios.

--Lo recuerdo.

--Ahora estoy mucho más perdido. Si me marchó, puedo despeñarme por cualquier precipicio o aparecer de boca en ese maldito castillo.

--Seguro que estarían encantados de toparse contigo.

--Pues yo no tengo ninguna gana de toparme con esos que me pintaron. Así que vas a tener que contratarme como escolta. Esos de ahí no son gente de fiar.

Señaló con su dedazo a los otros maestros, que dormitaban al sol después de haber devorado de una sentada las provisiones de día y medio. Tan sólo la albina Tylse se había refugiado a la sombra de una gran roca.

--¿Pretendes que te dé más dinero? Me has dejado casi sin un cobre.

--¡Y una mierda! Esta bolsa pesaba el triple cuando la cogí la primera vez. Algo te habrás guardado.

Mientras Derguín y El Mazo regateaban, Mikhon Tiq examinó el equipaje de Linar. Se excusó a sí mismo con el pretexto de que tal vez allí encontraría algo que les fuese útil para el viaje; pero lo cierto era que había deseado registrar esa mochila desde que salieron de Corocín. Encontró hierbas diversas, como solima, muérdago, adormidera, jazmín del diablo y un par de especies más de las que ni en su syfrón encontró noticia. Había además una bolsa de piel con una pizca de café de Pashkri, y el diminuto ajedrez de madera y marfil con el que Linar solía jugar contra Derguín.

Pero, envuelto en un lienzo gris, encontró algo inesperado. Era un librito formado por hojas no mucho más grandes que la palma de una mano y cosidas con cordeles. Al pasar las páginas, que eran de fino papel de Pashkri, Mikhon Tiq descubrió dibujos y pinturas de un detalle minucioso. Había al principio algunas imágenes ya antiguas, que representaban al Gran Viejo, el árbol de tres troncos en el que había vivido Linar, o paisajes del bosque de Corocín. Junto al cuaderno halló también un carboncillo, una cuchilla quebrada y tres barras de creta de colores. Mezclando el azul, el rojo y el amarillo con las sombras del carbón, Linar había conseguido reflejar una gama de matices casi infinita.

Mikhon Tiq fue pasando más hojas y contempló pinturas recientes

que le hablaban de su viaje. Por primera vez tuvo una prueba de que Linar miraba las cosas. El seco Kalagorinor se había emocionado con la belleza de una montaña que se perfilaba azul en la lejanía, con los reflejos cobrizos de una alameda al borde de una charca tranquila, con la soledad de unas flores de otoño perdidas entre un mar de hierba o la tristeza de un arco en ruinas que conmemoraba el triunfo de algún pueblo extinguido. Pero también encontró a los demás en la mirada del Kalagorinor. Allí estaba Derguín, arrodillado con su armadura de cuero, preparado para enfrentarse a Kratos en el patio de los Gorión, tan concentrado que el propio Mikhon contuvo el aliento al verlo. Después encontró una imagen de los dos guerreros, Derguín y Kratos, cruzando sus armas a pecho desnudo en un bosquecillo. Con dos o tres trazos certeros (las cejas fruncidas, una chispa en los ojos), las miradas de ambos recobraban toda la ferocidad de aquel instante. Del mismo modo que Tríane, sorprendida en el gesto de volver la mirada hacia la espesura, volvía a ser la esquiva criatura de los bosques que Mikhon Tiy ya casi había olvidado. Aquellos bocetos no los había tomado Linar al natural, pues nadie le había visto dibujar. Debían de ser imágenes grabadas en su memoria y plasmadas luego en el papel mientras los demás dormían.

Pero lo que más le sorprendió fue encontrarse a sí mismo. Dos veces lo había dibujado Linar. En una de ellas se le veía con los ojos muy abiertos, perdidos en la lejanía o tal vez en algún ensueño. En la otra dormía, con las manos juntas bajo la mejilla. La sensación de paz que emanaba del retrato, de él mismo, le conmovió, y cuando pasó la página para ver el siguiente dibujo se dio cuenta de que lo veía borroso a través de las lágrimas.

De modo que velabas mi sueño, maese Linar, se dijo. Ahora el aprendiz sería quien velara el sueño del maestro. No lo dejaría allí abandonado. Si su syfrón se colapsaba... Correría ese riesgo.

Cuando rodeaban la laguna para emprender la subida hacia el desfiladero, aparecieron los Kurhones; mas, lejos de ofrecerles hospitalidad, los amenazaron con piedras y azagayas. Eran unos veinte los que se mostraban a la vista, pero entre aquellas rocas quebradas por las heladas se escondían sin duda muchos más. Kratos contuvo a Tylse para que no disparara el arco.

--No les demos excusas para atacarnos.

Se adelantaron tres Kurhones. Uno de ellos vestía una piel de oso cuya mandíbula abierta caía sobre su frente a modo de cimera. Otro lo escoltaba con una especie de toscos estandarte formado por un palo largo y otro en cruz del que colgaban dos garras. El tercero era un

chamán, un viejo pellejudo que a pesar del frío llevaba desnudo el torso. El primero, el jefe al parecer, les habló en un bárbaro dialecto del Ainari. Aunque no declinaba la mitad de las palabras y el orden de las frases era un galimatías, entendieron que se habían adentrado en territorio prohibido y debían dar la vuelta. Pero antes debían dejar como tributo a dos de ellos para sacrificarlos en desagravio a los dioses de la nieve y la tormenta. A una víctima ya la habían elegido, añadió señalando a Tylse. La otra les daba igual.

Mikhon Tiq le pidió a Kratos que cuidara de Linar, pues hasta entonces él no se había apartado en ningún momento de la yegua que lo llevaba a lomos. Se adelantó unos pasos para hablar con los bárbaros. Los demás no pudieron oír sus palabras, pero vieron que el chamán hacía unos gestos extraños con las manos, como si quisiera atraer sobre él algún conjuro pernicioso. Después empezó a canturrear en una extraña jerigonza. Derguín se acercó a Mikhon Tiq.

--Se parece a la lengua de los Arcanos, pero con dos vocales menos.

Mikhon se volvió hacia su amigo.

--¿Es que la conoces?

--Desde antes que tú, maese Mikhon.

Mikhon Tiq escuchó un rato al chamán, y después le contestó en Arcano, intentando adaptar su pronunciación para que le entendiera. Le explicó que ellos, y la mujer la primera, eran protegidos del gran señor Manígulat, el dios de la tormenta y la nieve. Que eran enemigos de los soldados, los que ocupaban el fuerte al otro lado de los picos, mirando al sol naciente. Y que estaban persiguiendo a un hombre de ojos dobles, un individuo perverso que pretendía quemar las aldeas de los Kurhones, violar a sus mujeres y robarles sus rebaños.

Todo esto lo dijo con una voz cadenciosa y sin dejar de mirar a los ojos del chamán. Éste repetía las palabras de Mikhon Tiq en voz baja, cabeceando a los lados y columpiándose sobre los pies. Después se acercó al jefe y cuchicheó junto a él, tapándole la oreja con la mano para que las palabras no se escaparan. El jefe contestó con un par de monosílabos; no parecía demasiado convencido.

--Añade que necesitamos comprar cosas y les pagaremos con oro - sugirió Derguín.

--¿Tú crees?

--Prueba.

La palabra «oro» terminó de completar la magia. El jefe se adelantó un par de pasos y preguntó quién de ellos mandaba el grupo. Derguín señaló con el pulgar a Mikhon Tiq y para reforzar su afirmación se inclinó ante él. El Kurhón puso sus manos sobre los hombros del Kalagorinor y le besó en ambas mejillas. Así sellaron el vínculo de hospitalidad.

Los Kurhones los condujeron entre los pináculos de roca, y luego empezaron a bajar a otro valle. La niebla les cayó encima a media ladera. De no haber tenido a los Kurhones como guías, más de uno se habría despeñado. Pero al fin llegaron al fondo del valle, donde la bruma se despejó. Allí crecía un bosque de abetos, y también alerces desnudos que esperaban a la primavera para renovar sus hojas. La aldea era un grupo de cabañas de madera; los únicos edificios de piedra eran la vivienda del jefe y una casa comunal donde esa misma noche les ofrecieron un banquete. La comida fue sencilla, pero abundante: pan de cebada, queso de cabra, carnes de ciervo y de oso. Los Kurhones bebían leche de una especie de vaca de patas cortas y recio pelaje que se criaba en aquellas montañas; la dejaban fermentar y la consumían en grandes cantidades hasta embriagarse. De los visitantes, todos la probaron por cortesía y trataron de no arrugar demasiado el ceño, aunque sabía tan agria como agrios olían los alientos de los lugareños, lo cual no era de extrañar. El único que la bebió con gusto fue El Mazo, que entre aquellos montañeses velludos y ruidosos parecía uno más, salvo por el tamaño.

Los únicos que no participaron del festín fueron Aperión y Tylse, que estuvieron toda la noche apartados y rumiando sus propios pensamientos. Derguín advirtió que el jefe de la Horda, cuando creía que nadie lo observaba, lanzaba a Kratos miradas que, de haber poseído la fuerza mágica de un basilisco, lo habrían convertido en cenizas humeantes. En cuanto a la Atagaira, se quedó sentada en un rincón, con la cabeza cubierta y abrazándose las piernas, y apenas probó bocado en toda la noche.

Cuando la leche fermentada caldeó los ánimos, varios guerreros hicieron una exhibición de lucha local. Se ataban las manos a la espalda y se embestían con pechos y hombros, hasta sacar al rival de un cuadrado delimitado con rayas de tizón. El Mazo se animó a competir y hubo grandes carcajadas al ver cómo derribaba a todos los demás competidores abusando de su mole.

Mientras tanto, Kratos y Krust conversaban con el jefe para informarse de cómo podrían pasar las montañas. Mikhon Tiq y Derguín aportaron monedas de oro para adquirir pieles y víveres. También compraron unos pellejos de vino; los Kurhones no lo elaboraban, sino que se lo compraban o robaban a los pueblos del llano. El que les trajeron ya estaba casi avinagrado. Al ver que Krust arrugaba la nariz, Kratos insistió en llevárselo.

--No es para emborracharse ni para acompañar un asado de cochinitillo, viejo tripón. Es para mezclarlo con agua.

--¡No lo permitan los dioses! ¡Antes mezclaré mi sangre con orín de burra!

--¡No seas botarate! No sabemos qué hay más allá de las

montañas. Los Pinakles nos dijeron que deberíamos bajar por un río, pero ¿quién nos dice que sus aguas no están corruptas? El agua mezclada con vino evita la disentería.

En ese momento se oyó un estrépito de maderas astilladas, platos rotos y jarras que se estrellaban contra el suelo. Kratos y Krust se volvieron, a tiempo de ver cómo El Mazo terminaba de dar una voltereta sobre una de las mesas comunales. Había tenido la ocurrencia de embestir contra el campeón del poblado, y éste lo había esquivado en el último instante. Tronchados de risa, los Kurhones ayudaron al aturdido El Mazo a levantarse. Después empezaron a retirarse, porque sus invitados debían dormir aquella noche en la casa comunal y si seguían con la fiesta no iba a quedar ni un mueble entero.

Cuando apenas quedaban el jefe y tres o cuatro guerreros más, Krust sacó de algún lugar entre sus ropas y su enorme corpachón una botella de vino.

--¡Esto es un tinto como mandan los Yúgaroi, y no ese vinagre que habéis comprado!

Los demás le preguntaron de dónde lo había sacado. Krust sonrió taimado, mientras se afanaba por descorchar la botella con un cuchillo. Después olió la botella.

--¡Hmmm! Mejor sería escanciarlo en copas de cristal de Pashkri o al menos de Narak, pero a falta de copas lo beberemos a gollete. ¡Aquí tenéis el famoso vino de Áttim del 78 con el que nos iba a agasajar el alcaide de Grios cuando nuestro amigo *tah* Derguín tuvo la ocurrencia de interrumpir el banquete!

--No es necesario que me lo agradezcas con tanta efusividad, *tah* Krust -contestó Derguín.

--¡Oh, no pienses que soy un ingrato, muchacho! Es sólo que podrías haber esperado a que nos bebiésemos esta ambrosía divina antes de hacer esa irrupción tan dramática.

--¿Y mientras nosotros nos matábamos contra toda aquella gente, a ti no se te ocurrió otra cosa que robar el vino? -preguntó Kratos.

Krust soltó una risotada y empinó la botella para dar un trago. Casi tan rápido como un Tahedorán, Mikhon Tiq se la arrebató, y hubo otra carcajada, esta vez general, cuando Krust se quedó con la enorme boca abierta hacia la nada.

--Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado? -le preguntó a Mikhon, esta vez sin el menor asomo de humor.

--¡Ten cuidado, Mikha! -advirtió Kratos-. Krust es como los chuchos: cuando le quitan un hueso de la boca, muerde.

Mikhon Tiq no los estaba mirando, así que no entendió qué le estaban diciendo. Cuando Krust descorchó el vino le había llegado un aroma sospechoso. Ahora olisqueó el gollete un par de veces, frunció el ceño y estampó la botella contra una pared. El líquido dejó regueros

oscuros en el granito. Krust se mesó las barbas y empezó a soltar improperios contra Mikhon Tiq. Al ver que el muchacho no le hacía ni caso, lo agarró por los hombros y le hizo girar para encararlo.

--¿Se puede saber qué has hecho, insensato?

Mikhon Tiq tardó unos segundos en leerle los labios, y por fin le contestó:

--Salvarte la vida otra vez. Ese vino estaba envenenado.

--¿Que estaba qué? ¡Tú te has vuelto loco, hechicero de tres al cuarto!

Kratos y Derguín tomaron a Krust por los codos y lo apartaron, temiendo más por él que por Mikhon Tiq.

--Déjalo -dijo Kratos-. Si él asegura que estaba envenenado, sus razones tendrá.

Krust se dejó caer de rodillas ante la pared por la que aún goteaba el vino.

--¡Veintiún años! ¡Veintiuno! ¡Veintiún años encerrado, esperando este momento, y ahora te tienen que sacrificar de esta manera, todo derramado, desperdiciado como si fueras una ofrenda para los dioses infernales!

Por sus mejillas rodaban lagrimones como cuentas de vidrio, y su planto era tan sentido como si lo pronunciara por un hijo muerto y no por una botella de vino. El granito absorbió los restos del líquido, y la ponzoña de la serpiente negra se perdió entre sus partículas cristalinas. Durante muchos días, Krust seguiría insistiendo en que Mikhon Tiq había perdido el seso al echar a perder un tesoro como aquél. Los demás nunca llegaron a saber con certeza si el vino estaba en verdad envenenado, pero aquel caldo del año 978 fue en verdad motivo de discusión durante mucho tiempo.

Aguas extrañas

Al día siguiente partieron con la primera luz del día. El valle estaba aún sumido en una honda penumbra, pues, encerrado entre las montañas del este y las del oeste, aquél era un país sin horizontes, alumbrado por una estrecha franja de cielo. Llevaban guías, dos bárbaros de pelo hirsuto vestidos con pieles de oso gris que se habían comprometido a conducirlos hasta el otro lado de las montañas. Más allá no, porque era «mala tierra»; aunque no supieron dar cuenta de en qué

consistía su malignidad.

Caminaron toda la jornada entre las dos murallas de roca, alejándose cada vez más del Diente Pelado, que aún dominaba el paisaje desde su altura nevada. Cada paso que se desviaban al sur ponía más inquieto a Kratos, pero los guías le explicaron en su montaraz dialecto que era la única forma de encontrar un paso practicable al otro lado. Salieron de los abetales y atravesaron una zona de terrazas de granito horadadas por pozas oscuras. Allí rellenaron los odres que habían comprado en el poblado; llevaban tanto líquido que el caballo de El Mazo parecía más bien burro de aguador. El resto de la impedimenta la transportaban ellos mismos a los hombros, pues la yegua seguía cargando con Linar y Derguín había dejado bien sentado que *Riamar* no llevaría nada a costas.

--Quien tenga alguna objeción, puede volver a Grios a pedir que le presten un caballo -añadió, mirando a los ojos a Aperión, que rezongaba por andar cargado como una acémila, él, que era un caudillo de hombres.

Después de mediodía emprendieron la subida por un sendero plagado de crestas y espolones. Las piedras se veían surcadas de profundas grietas verticales. El hielo, con su cuña paciente e implacable, había creado relieves estrambóticos, como pagodas de Malabashi. El camino giró hacia el norte rodeando una gran giba granítica; allí, en aquellos rincones que la mole rocosa ocultaba del sol durante todo el día, quedaban restos de nieve del año anterior. Mikhon Tiq se apartó por un momento de la yegua que cargaba con Linar, se acercó a un nevero y estrujó entre los dedos aquella materia tan blanca como las arenas de su isla, Malirie, y sin embargo tan fría. Siempre le había gustado la nieve, le confesó ruborizado a Tylse cuando ésta le miró. La Atagaira sonrió; una de las pocas sonrisas que se le había escapado en aquellos días.

El día fue agotador. Tanto los guías Kurhones como Tylse saltaban entre las piedras como cabras montesas, pero los demás tropezaban y se torcían los tobillos a cada paso. Por fin, al atardecer llegaron a dos altas crestas que según sus guías se llamaban los Cuernos del Demonio, y entre ellas se asomaron al oeste y tuvieron su primer atisbo de las tierras que se extendían más allá de la Sierra Virgen.

El sol rozaba ya un horizonte que había regresado a una posición más familiar para los hombres del llano, que no acostumbran a levantar los ojos. A sus pies arrancaba una bajada vertiginosa entre ásperos peñascales, y luego se extendía una ladera grisácea. Más allá, una gran llanura con ondulaciones que quedaban difuminadas por la distancia, la neblina y la luz oblicua. De lejos asemejaba un océano verde, y Derguín recordó que en el mapa de Tarondas casi toda aquella región hasta el mar la ocupaba un inmenso bosque.

Al día siguiente, sus guías los llevaron hasta un torrente que bajaba entre las quebradas y que, era de suponer, se convertía en el río que los Pinakles habían llamado Haner. Allí los dejaron y se volvieron a sus montañas.

Durante día y medio descendieron hacia la llanura. Llegaron después a la zona de bosques que habían oteado desde las crestas de la sierra. El río había ido creciendo y ya tenía cinco o seis metros de anchura. Caminaron a la derecha de su curso, aunque en ocasiones tenían que desviarse, pues la vegetación se hacía cada vez más espesa. Al principio los árboles eran de especies a las que estaban acostumbrados, robles, castaños, sauces, fresnos, y el color rojo y el amarillo dominaban al verde. Pero aunque seguían una ruta que los conducía poco a poco hacia el norte, el terreno era cada vez más bajo y la temperatura aumentaba. El aire era más húmedo y empezaron a aparecer otros árboles exóticos cuyos nombres desconocían. A los dos días, se encontraron avanzando por una auténtica selva cuyo follaje era tan espeso como el de las junglas del sur de Pashkri. No parecía haber dos árboles iguales: crecían juntos, abrazados en sofocante promiscuidad, gigantes de esbeltos troncos, enanos de anchas copas, enormes arbustos de tallos tupidos y leñosos, helechos gigantes y espesos matorrales que apenas dejaban ver el suelo negro y blando. Era, por lo general, vegetación de hojas anchas, húmedas y carnosas. Encontraron multitud de pequeñas plantas carnívoras que exhibían formas llamativas y colores chillones para atraer a sus presas. Había lianas, madreselvas, líquenes, hongos de mil especies que crecían sobre los troncos y los tapaban a la vista.

Empezaba a resultar difícil abrirse paso. Mikhon Tiq desmontó a Linar de la yegua, pues a esa altura la cabeza le tropezaba con las ramas, y se lo acomodó a su propia espalda. El Kalagorinor era tan alto que, aunque Mikhon lo agarraba por debajo de las corvas, los pies le rozaban en el suelo. Derguín ayudó a su amigo a atar las piernas de Linar con correas, de modo que las llevaba encogidas como alas de pollo. Pero el mago se quedaba quieto en cualquier postura en que lo colocaran, por difícil que fuera.

Kratos no dejaba de repetir que aquél era un lugar raro, innatural, y los demás estaban de acuerdo, pues había algo en aquella selva que crispaba los nervios. Cuando hacían un alto y dejaba a Linar en el suelo, Mikhon Tiq olisqueaba, escarbaba con las uñas y examinaba la tierra, probaba el agua del río, la revolvía en su boca antes de escupirla y meneaba la cabeza.

--¿Qué ocurre? -le preguntó Derguín.

--Aún podemos bebería sin que pase nada, pero pronto será venenosa.

--¿Venenosa?

Mikhon Tiq levantó la cabeza y miró a su alrededor, venteando el aire.

--El veneno se halla en todo este lugar, y su presencia es más intensa a cada paso que damos hacia el oeste. Está en el aire, en el suelo, en las plantas. Es el veneno que levantaron las antiguas guerras, el que contamina el desierto de Guiños o los pantanos de Purk. Una ponzoña que ni miles de años pueden curar.

--¿Es muy virulento?

--Si nos quedáramos aquí demasiado tiempo, nos acabaría matando. Está en todas partes, pero sobre todo en el agua. Ya te digo que aún podemos bebería, pero no por mucho tiempo. Esperemos que este viaje sea corto.

Derguín se estremeció. Si el mapa de Tarondas no estaba equivocado, aún les quedaban muchas leguas hasta el mar. ¿De qué morirían antes, de envenenamiento o de sed?

--¿Cómo puede haber plantas aquí?

--Ellas son más fuertes y se adaptan al veneno. Vosotros no podréis.

Vosotros, pensó Derguín. Mikhon Tiq lo había dicho con ligereza; sin duda no pretendía ofenderle, sino que ya no se sentía un mortal como ellos. Pero para recordarle que los Kalagorinor no eran simples hombres, allí estaba Linar, una estatua opalescente y ligera, la imagen de un ídolo silencioso que no había dado señales de vida ni de muerte en muchos días.

Cada vez resultaba más penoso avanzar a pie. La vegetación era tan tupida que los árboles parecían brotar del mismo río. De cuando en cuando hallaban alguna trocha entre la espesura, pero la mayor parte del tiempo tenían que abrirse paso con las hachas que habían traído del poblado kurhón. Aunque el otoño estaba avanzado, hacía cada vez más calor; un calor que, según Mikhon Tiq, también era un residuo de las guerras del pasado.

--Hay algo enterrado bajo el suelo, hacia allá -dijo, señalando al oeste-. De allí salen el calor y el veneno. Por fortuna, no pasaremos justo encima de ese lugar. De lo contrario... moriríamos.

Derguín entendió que había estado a punto de decir «moriríais», pero se había arrepentido.

Los animales que encontraban eran tan extraños como la flora del lugar. Había sobre todo arañas e insectos; unas libélulas grandes como

gorriones revoloteaban delante de ellos haciendo zumbir sus alas irisadas. Por las copas de los árboles saltaban monos de ojos saltones y uñas largas y amenazantes. Una vez cazaron un animal tan grande como un cerdo, que se movía torpemente sobre patas arqueadas y gruesas como una tortuga, y cubierto de placas más duras que cuero prensado. Mikhon Tiq les recomendó que no probaran su carne, aunque las provisiones no abundaban.

Al caer la tarde, los mosquitos empezaron a atormentarlos con sus picaduras. Entre los viajeros se estableció una competición de maldiciones y juramentos. Krust demostró tener un repertorio inagotable que a menudo hacía reír a los demás; aunque los exabruptos de El Mazo eran los más brutales. Ambos habían hecho buenas migas, pues tenían mucho en común. Ahora que la barba de El Mazo empezaba a repoblarse, parecía una réplica aumentada de Krust, que ya de por sí era un hombre grande. Cuando se reían, los dos lo hacían con todo el cuerpo, moviendo a la vez la tripa y la barba, y también eran los que más gruñían cuando llegaba el reparto de las magras raciones.

El río medía ya diez metros de ancho. Al ver que bajaba tranquilo, sin rápidos ni grandes remolinos, decidieron que merecía la pena perder un día o dos fabricando balsas en vez de seguir abriéndose paso a hachazos entre la maleza. El Mazo recordó sus tiempos de leñador y taló más árboles que todos los demás juntos. En día y medio de trabajo construyeron dos almadías atadas con lianas. Aperión no dejaba de gruñir; sin duda, Togul Barok se pondría muy contento si se enteraba de que en vez de avanzar se entretenían con labores de carpintero.

--En cuanto tengamos listas las balsas le quitaremos toda la ventaja -repuso Krust, el único que se molestaba en contestarle-. Así que, ¡arrima el hombro y deja de rezongar como una vieja, *tah* Aperión!

Con ramas escamondadas fabricaron remos y pértigas para todos, y también clavaron troncos más finos en los costados de las almadías, a modo de bordas. Con todo esto, a mediodía del día 21 botaron las embarcaciones. En una de ellas viajaban Kratos y Mikhon Tiq, junto con Linar, al que sentaron apoyado en los fardos. Llevaban también a los caballos, que al principio se mostraron reacios a montar. Pero Mikhon los adormeció con un suave canturreo y consiguió que viajaran tranquilos. En la segunda balsa iban los otros cuatro Tahedoranes y El Mazo.

Pronto se acostumbraron a remar y a clavar las pértigas en el fondo cuando la corriente los arrastraba hacia las orillas. Avanzaban más rápido que a pie y además en medio del río el aire resultaba menos sofocante que bajo los árboles. Sobre sus cabezas el sol brillaba mortecino tras una capa de cirros; con todo, su luz les levantó los ánimos. La única a la que molestaba era a Tylse, que no dejaba ni una pulgada de piel expuesta a sus rayos y sólo se bajaba la capucha

después del crepúsculo.

El río llevaba un par de días fluyendo casi directo a poniente; pero en las últimas horas del atardecer el sol no llegaba a darles en los ojos, pues el dosel que formaban las copas de los árboles era tan alto y tupido que lo ocultaba mucho antes de que llegara al horizonte. A Derguín le extrañaba que un lugar en el que flotaba el veneno pudiera reventar de vegetación.

--Sí, es un lugar lleno de vida -le respondió Mikhon Tiq-. Pero no es como la nuestra. Las plantas y los animales de estas tierras son diferentes, pervivencia de un mundo aún más antiguo que los recuerdos que se guardan en mi syfrón. No sé si se han adaptado a este efluvio tóxico que lo impregna todo o en realidad son fruto de él.

No tardaron en tener muestras de que las criaturas que moraban en aquellos parajes eran muy diferentes de las del mundo que conocían. El sol ya caía y los escasos rayos que lograban filtrarse entre la vegetación entretejían enmarañados tapices de luces y sombras. En la orilla izquierda se abría un pequeño claro, a ambos lados de un tronco caído. Había allí un gran revuelo de aves. Derguín creyó ver el casco de un caballo emergiendo entre las hierbas y alertó a los demás. Se acercaron a investigar. Ataron las balsas al tronco y echaron pie a tierra. Una bandada de extraños pajarracos levantó el vuelo entre graznidos de rabia y frustración. No tardaron en averiguar la razón: las habían interrumpido en mitad de su banquete. Entre los helechos y el herbazal se amontonaban cadáveres de hombres y de caballos que hedían a sangre y a tripas reventadas.

--Mirad esto -señaló Kratos, girando un cuerpo con la punta de la bota.

La casaca negra con un terón bordado en rojo revelaba que el muerto había sido soldado de Togul Barok. La mitad del rostro había sido arrancada por las fauces de alguna bestia, y luego los picotazos de las aves habían terminado de desfigurarle. También tenía brazos y piernas desgarrados por terribles dentelladas. Kratos se agachó sobre el cadáver tapándose la nariz y lo examinó.

--No conozco ningún animal que muerda así. Parece una boca muy estrecha y alargada, como la de un caballo, pero con dientes afilados.

Derguín se apartó para vomitar. Tylse se acercó a él y le puso la mano en la espalda.

--¿Te encuentras bien? No es más que un cadáver.

--Debería acostumbrarme, ¿verdad? Yo mismo he sembrado unos cuantos por el mundo. -Derguín se enderezó y se limpió la boca-. Lo siento. Llevo todo el día con el estómago revuelto.

--Es este lugar -repuso Tylse, mirando aprensiva a ambos lados-. A mí me pasa lo mismo. No consigo pegar ojo, y cuando logro dormir mis sueños son malignos.

Encontraron restos de al menos diez cuerpos humanos, y otros tantos de caballos. Los atacantes no habían tenido tiempo o apetito suficiente para disfrutar el festín y se habían conformado con algunas porciones, dejando el resto para los pájaros carroñeros. Aparte de las mordeduras, todos los cadáveres presentaban heridas largas y profundas en el vientre y el pecho.

--Parecen de espada o de cuchillo -dijo Kratos-. Pero ¿qué clase de animal maneja un cuchillo?

Buscaron en vano el cadáver del príncipe entre sus hombres. Aunque los cuerpos estaban demasiado desfigurados para reconocerlos, ninguno de ellos tenía la estatura de Togul Barok.

--Sigue vivo -se lamentó Krust-. ¡Qué mala suerte!

--Puede que no nos lleve ni siquiera un día de ventaja -repuso Kratos-. Estos cadáveres son bastante recientes.

Se dedicaban a recoger arcos y flechas cuando El Mazo, que se había alejado unos pasos, los llamó con su vozarrón. Acudieron a comprobar qué había encontrado. Entre un montón de helechos aplastados yacía una extraña criatura. La cabeza se hallaba a unos tres pasos del cuerpo, limpiamente cercenada. Era similar a la de un lagarto, con mandíbulas largas y dientes aguzados como una sierra. Los ojos ambarinos seguían abiertos y los observaban malévolos. El cuerpo era casi del tamaño de un hombre y estaba recubierto de escamas verdosas y rojizas que formaban vivos dibujos. La cola medía al menos metro y medio. La forma de sus extremidades sugería que aquel animal caminaba sobre dos patas. Kratos le examinó los pies. El primer dedo estaba atrofiado, mientras que el tercero y el cuarto debían servirle para apoyarse; fue el segundo el que más le llamó la atención, pues estaba curvado hacia delante y armado con una enorme garra, curva y aguzada como una hoz.

--Ése es el cuchillo que estabas buscando, Kratos -comentó Krust-. ¡Es aún más agudo que un diente de sable!

--El golpe que ha segado el cuello de este animal es limpio. Lo ha hecho una espada. Seguro que ha sido Togul Barok.

--Esta matanza no es obra de una sola criatura -intervino Mikhon Tiq, acercándose a ellos-. Lo mejor será que volvamos al río.

Krust le miró irritado, pero no contestó. Ni él ni Aperión toleraban bien que aquel jovenzuelo les diera instrucciones; pero tampoco olvidaban el poder destructor que podía brotar de sus manos y su espada.

De la espesura llegó un exótico canturreo, como la llamada de un ave gigantesca. *Riamar* se acercó a Derguín, apoyó la cabeza en su

espalda y lo empujó hacia el río, restregándole el borde retorcido del cuerno contra los omoplatos.

--Tranquilo, *Riamar* -murmuró Derguín-. Ya nos vamos.

Hubo un estrépito entre las ramas y todos contuvieron el aliento. Un pájaro rojo y amarillo salió volando hacia el río con un graznido. Las manos que habían buscado las empuñaduras de las espadas volvieron a abrirse. Tylse y Derguín se sonrieron, como diciéndose que se habían vuelto demasiado asustadizos.

Un relámpago verde brotó de detrás de un helechal y saltó sobre El Mazo con un chillido inhumano. El gigante cayó al suelo, derribado por una criatura carnicera aún más grande que la que habían visto muerta. Rápido como una cobra, el depredador se inclinó sobre el cuello de El Mazo abriendo la boca. Pero Tylse fue aún más veloz, y lo decapitó de un tajo antes de que llegara a morderle.

El cuerpo sin cabeza aún coleó y pateó unos segundos en el suelo antes de morir. El Mazo se levantó con la ayuda de Krust y Derguín, pálido como una mortaja. Se palpó el cuerpo para comprobar si tenía heridas. La gruesa piel que vestía estaba desgarrada, pero no había sangre bajo ella. La frente de la calavera que colgaba de su cintura se veía surcada por un largo arañazo que había rayado el hueso.

--Eres un hombre afortunado -le felicitó Derguín-. Si no hubiera sido por Faugros, ese espolón te habría sacado las tripas.

Entre el follaje sonó un coro de gorjeos nerviosos. A toda prisa, cortaron las amarras de las balsas, embarcaron y empujaron con las pértigas contra la orilla para apartarse de ella. Tres reptiles más aparecieron en el claro. Como habían sospechado, caminaban sobre las patas traseras, sin apoyar en el suelo aquellos terribles espolones. Sus cabezas de lagarto giraban nerviosas, en movimientos espasmódicos, como si fueran pájaros gigantes. Al descubrir que sus presas se habían escabullido, sisearon y chillaron rabiosos. Uno de ellos dio un gran salto, cayó al río y empezó a nadar hacia las balsas que ya se alejaban hacia el centro de la corriente. Sin perder la calma, Tylse sacó una flecha de la aljaba, armó el arco, apuntó y disparó. El dardo se hincó en el ojo derecho del reptil, que murió con un último chirrido de agonía. Las otras dos criaturas, al ver el destino que había sufrido su compañera, prefirieron quedarse en el claro, hozando entre la carroña.

--¡Enhorabuena, Tylse! -la felicitó Derguín-. Has matado a dos, uno más que el príncipe.

Ella le sonrió, un gesto que en los últimos días prodigaba algo más. Las heridas de su rostro ya estaban curadas. De las de dentro, no le decía nada a nadie.

Por la noche siguieron avanzando mientras dormían por turnos. Tylse y Derguín coincidieron remando cuando Taniar se ocultó. Rimom reinaba gélida en el cielo, mientras Shirta empezaba a asomar su faz verdosa por el este. En la otra almadía, por delante de ellos, Mikhon Tiq manejaba la pala al tiempo que vigilaba la corriente.

--Nuestra madre se ha retirado a descansar -comentó Tylse, como de pasada.

--¿Qué quieres decir?

--Taniar es nuestra madre. Ella creó a las mujeres de Atagaira, una especie de capricho suyo. Por eso somos enemigas del Sol. Pero no debió moldearnos del todo bien.

--¿Por qué no?

Tylse se volvió hacia Derguín. Su rostro bañado en azul parecía frío como el de una muñeca de porcelana; pero sus ojos ardían febriles.

--Porque nos infundió fuerza y valor de hombres, pero dejó en nuestro corazón sentimientos de mujer. Nosotras deseamos varones de fuertes brazos, que nos abracen y nos hagan sentir mujeres de verdad, pero en lugar de eso Taniar nos dio a nuestros hombrecillos, que tiemblan cuando nos ven, agachan la cabeza y nos tocan con manos frías y blandas como tripas de pescado.

--¿Todos vuestros hombres son así?

--Todos. Acostarse con uno de ellos es como beber vino aguado o cerveza mezclada con orín. No nos queda más remedio que hacerlo para mantener nuestra raza, pero aquellas que pueden compran esclavos de otros pueblos para convertirlos en sus compañeros de lecho.

--¿Tú has tenido hijos, Tylse?

Ella se quedó callada un rato y miró hacia delante. Una lágrima le rodó por la mejilla, un diminuto zafiro bajo la luz de Rimom.

--Tuve una hija. Tynode. Blanca como la leche, con los ojos de color turquesa, y ¡qué pulmones tenía!

Derguín no se atrevió a preguntar qué había sucedido con la pequeña, pero Tylse tenía ganas de desahogarse y siguió hablando de Tynode. Se extendió contándole cómo lloraba por las noches, con qué fuerza se agarraba a sus pechos y cómo apretaba los deditos y le tiraba del pelo siempre que tenía ocasión; y cómo una mañana, después de mamar, la miró a los ojos, le sonrió por vez primera y soltó un ruidito delicioso, una risa que era como el gorjeo de un pajarillo contento.

--Me la quitaron a los seis meses.

--¿Por qué hicieron algo así?

--Porque siempre nos quitan a nuestros hijos. Si son niñas, las cuidan las ancianas de Taniar. Si son niños, quedan a cargo de los hombres. Nosotras tenemos que olvidarnos de que hemos sido madres y volver a acordarnos de que somos guerreras. Sólo así podemos defender nuestras tierras contra los enemigos.

--¿Y no volvéis a ver a vuestros hijos?

--Más adelante, cuando son mayores, pero... Yo no volví a ver a Tylnode. Ella echaba de menos mi leche: la de cabra la vomitaba toda. Me dijeron que duró sólo cinco días desde que me la quitaron. Debió de quedarse hecha un saquito de huesos, la pobre... -Tylse se enjugó otra lágrima y clavó el remo con rabia-. Eres joven y puedes tener más, me dijeron. De hecho, debes tener más, me dijeron. Tienes que parir por Atagaira, por tu reina. Como si fuera una yegua.

Durante un rato no dijeron nada más. Después, aprovechando que la balsa se deslizaba sola, Derguín apretó la mano de Tylse. Ella se giró hacia él y le miró a los ojos con una expresión que le hizo estremecerse.

--Cuando consiga la Espada de Fuego, volveré a Áinar -le dijo-. No pararé hasta encontrar a Kirión el Serpiente.

--Podrías haberlo matado en Grios. Tuviste tu oportunidad.

--¿Sabes lo que me hizo?

--Me lo contó Kratos...

--No quise matarlo. Me hubiera gustado tener más tiempo para irlo rebanando en pedacitos. Por eso, juro que tarde o temprano caerá en mis manos. Me suplicará mil veces que lo mate, pero no le daré esa merced.

Los dientes de Tylse relucían en la oscuridad mientras los hacía rechinar como si estuviera limando entre ellos los huesos de Kirión. Derguín pensó que no querría tener por enemiga a aquella amazona. Como si le hubiera leído el pensamiento, Tylse le agarró por la nuca, tiró de él y le besó. Al principio lo hizo con rabia, como si quisiera herirlo con su lengua, pero enseguida se calmó y se demoró unos segundos jugueteando con sus labios. Cuando le soltó, Derguín se quedó jadeando. El corazón le palpitaba como un tambor.

--Las mujeres de Atagaira estamos acostumbradas a tomar lo que queremos, no a ser tomadas. ¿Entiendes?

--Entiendo -musitó Derguín.

--Eres un muchacho muy guapo. Me gustaría saber si eres capaz de abrazar como un hombre de verdad...

Derguín no llegó a contestar, pues en ese momento Aperión se incorporó y se les quedó mirando. No dijo nada, pero curvó los labios en una sonrisa despectiva y Derguín se preguntó qué habría oído y qué habría visto.

Al día siguiente Mikhon Tiq les dijo que ya no debían beber agua del río. Tendrían que racionar los cinco odres que les quedaban. Por el momento, le hicieron caso, aunque de mala gana. Los caballos, aunque dormitaban la mayor parte del día gracias a los ensalmos que les

canturreaba Mikhon Tiq, seguían abrevando en la corriente. *Riamar* era el único que se apartaba de ella. A escondidas, Derguín le daba parte de su ración de agua. Mikhon Tiq lo sorprendió más de una vez y sonrió con indulgencia. Ya se había dado cuenta de que aquel soberbio animal blanco no era un caballo como los demás, pero no comentó nada.

Al anochecer encontraron un islote que partía en dos las aguas del río. Vararon en él las balsas para tensar las cuerdas y lianas que mantenían unidos sus maderos, y de paso encendieron una hoguera para calentarse y cocinar. Al registrarla y ver que parecía un lugar seguro, aprovecharon para descansar unas horas.

--Yo velaré -les dijo Mikhon Tiq, y mientras los demás intentaban dormir, él se quedó observando el río, al lado de Linar.

Derguín no hacía más que dar vueltas. Aquella selva estaba impregnada de un aura extraña, una vibración que los oídos no percibían, pero que entraba por las manos y los pies y subía por todo el cuerpo como el correteo de un ejército de hormigas. Tylse estaba tumbada a su lado, un poco apartada de los rescoldos de la hoguera. Cada vez que Derguín se giraba, veía la silueta de su cadera, curvada a la luz de Taniar como una suave duna; entonces se le venía a la memoria el beso de la noche anterior y el pulso le zumbaba en las sienes.

Los demás se habían quedado dormidos, aunque también se agitaban en sueños y a veces se les escapaban palabras sueltas. El Mazo, que se había tumbado boca arriba, empezó a roncar, con unos ronquidos largos y poderosos que acallaban los rumores del río y de la noche. Derguín se arrastró por el suelo hasta pegar su cuerpo a la espalda de Tylse.

--¿Estás dormida? -le susurró al oído.

Ella no contestó, pero, sin darse la vuelta, sus manos buscaron a Derguín y manipularon en su propia ropa para abrirle camino. Hubo un rápido frufú de tejidos rozándose, y después se acoplaron entre jadeos y susurro de hierbas, cubiertos por los ronquidos de El Mazo. Sus cuerpos reaccionaron con rapidez. Tylse echó un brazo hacia atrás y, con una fuerza insospechada, agarró a Derguín por los riñones para clavarlo contra ella. Al final no pudo reprimir un gritito, pero éste quedó devorado por un extraño ruido que llegó del río, como si las aguas hubieran roto a hervir durante un segundo. Se quedaron callados un instante, asustados. Todo volvió a la calma y ellos se rieron en silencio. Tylse se volvió, besó a Derguín muy despacio y le miró a los ojos.

--Gracias -le susurró al oído-. Me has limpiado la ponzoña que me dejó aquella serpiente.

Aquellas palabras no las olvidaría Derguín, por la ironía que, sin saberlo, demostraron encerrar. Tylse no tardó en dormirse abrazada a él. Pero Derguín seguía inquieto. Las hormigas de su cuerpo se habían

retirado a la madriguera, pero a cambio no hacía más que pensar en aquel borboteo del río. Se le antojaba que las aguas estaban llenas de ojos y oídos y que todos lo vigilaban a él. «Debes serme fiel», le había dicho Tríane. Las aguas eran su reino. ¿También lo serían aquéllas, tan extrañas y tan alejadas de Ainar?

Con cuidado de no despertar a Tylse, apartó sus brazos y se puso en pie. Después de orinar al otro lado del islote, se acercó a los rescoldos y se sentó junto a Mikhon Tiq.

--¿No puedes dormir?

--No.

Su amigo sonrió, sin dejar de mirar al río.

--Pensaba que te habrías calmado.

--¿Es que has oído algo?

--Hace días que recuperaré mis tímpanos. ¿Tú crees que es sensato hermanarse de esa manera con una rival?

--Lo había oído llamar de muchas maneras, pero «hermanar» es nueva -repuso Derguín, con una carcajada.

Después volvió la mirada hacia Linar. Había tenido la impresión de que se movía.

--Sí -contestó Mikhon Tiq, como si le hubiera leído el pensamiento-. Ya se le empieza a notar la respiración y ha recobrado la mayor parte de su peso. Creo que no tardará mucho en despertar.

--¿Cómo puede recuperar peso si no come ni bebe desde hace días?

--Todo lo que necesita lo extrae de su syfrón. Pero es un proceso lento. El esfuerzo que hizo casi acabó con él.

--Algún día me explicarás qué es la syfrón.

--Algún día, si tú me enseñas tus secretos de Tahedorán.

--No sabía que quisieras recordar nuestros viejos tiempos de Uhdanfiún.

--¡No! Bien olvidados están. Sólo quiero manejar a *Istegané* con un poco de dignidad.

Derguín le apretó la mano.

--Lo haces mejor que el mejor de los Tahedoranes, Mikha. Tu espada nos salvó en las montañas. Nunca podré olvidar cómo apareciste a lomos del terón, cabalgándolo como si fueras un dragonero. Fue magnífico.

--¿Te acuerdas de lo que te dije cuando nos despedimos?

Derguín asintió.

--Me dijiste que cuando nos volviéramos a ver ya no seríamos los mismos.

--Sí, Derguín. Hemos pasado grandes pruebas, y hemos salido de ellas. Ahora somos algo más que jóvenes aprendices.

Pero de la ordalía más dura de todas no llegaron a hablar; y así no

supieron que ambos habían visitado los campos de la muerte, sembrados de asfódelos, y que ambos habían estado a punto de beber las aguas del olvido. Su destino estaba más entrelazado de lo que ellos mismos sospechaban.

Mikhon Tiq los despertó a todos horas antes del amanecer. De mala gana, apenas descansados por aquel sueño atormentado de pesadillas y picores, tomaron las pértigas y los remos y siguieron río abajo. Cuando se hizo de día empezaron a vigilar la orilla izquierda, buscando señales del príncipe y sus hombres. Encontraron más adelante restos de una fogata, y después un caballo enfermo, tumbado en un helechal y acechado por una bandada de pájaros carroñeros. Tylse le disparó una flecha desde la balsa y acabó con su agonía.

--No deben estar muy lejos -dijo Kratos.

--¡Eso llevas diciendo tres días! -gruñó Aperión desde la otra balsa.

Derguín se hallaba confuso. El recuerdo de la noche anterior le hacía más palpable la cercanía de Tylse, de aquel cuerpo escondido del sol bajo capas de tela y fieltro, pero cuyo olor exuberante venteaba como si no hubiera nadie más en la balsa. Sentía violentos impulsos de apretarse contra ella, de pegar la nariz a su cuello y aspirar su aroma. Pero después de hablar con Mikhon Tiq, cuando por fin logró conciliar el sueño, había soñado con las tres ondinas que habían intentado seducirlo y arrastrarlo a sus oscuras aguas. Se había despertado empapado en sudor, con el corazón acelerado y un resabio ácido en la boca. Tenía grabado el aviso del hombre-cabra: «Ella es celosa. Su amor no puede despreciarse ni mancillarse». Cada vez que hundía el remo en el agua, imaginaba mil amenazas inescrutables bajo su superficie espesa y amarronada. Trataba de recordar a Tríane, su olor y el tacto de su piel, pero sólo le venía a la memoria aquella última mirada de advertencia y su voz severa. «Debes serme fiel.»

Se preguntó si la amaba o la temía, pero no encontró respuesta. Tan sólo sentía el recelo por las aguas del río; sin embargo, aquella aprensión que se aferraba a sus tripas se mezclaba con una tibieza lánguida cuando cruzaba su mirada con la de Tylse. El rostro de la Atagaira estaba envuelto en sombras tras la capucha, pero sus labios carnosos le tiraban besos a escondidas. Había descubierto en aquella guerrera una extraña ternura que la hacía más fuerte que el acero. A mediodía le había susurrado al oído:

--Cuando llegue el momento, no levantaré mi espada contra ti.

Derguín se estremeció. Siempre olvidaba que de los cinco Tahedoranes que remaban río abajo, sólo uno sería el Zernalnit. Pero sin duda había otros que lo tenían bien presente, como Aperión, que miraba

a los demás como si les tomara las medidas para el sarcófago.

El ataque llegó al atardecer. Seguían remando, como habían hecho durante todo el día, durante los días anteriores, hora tras hora. Empezaban a creer que en realidad aquel río no se dirigía al oeste, sino que fluía en un círculo cerrado y eterno, una serpiente de agua y hojas que devoraba su propia cola. En la orilla izquierda avistaron otro caballo, ya muerto; tal vez había más y los pasaron de largo, pero era difícil reconocer lo que se ocultaba entre la espesura. Buscaban islotes para descansar, pues desde el ataque de los reptiles carnívoros no se atrevían a pernoctar en la orilla. Cada día estaban más agotados por el esfuerzo, la escasez de agua y aquella perturbación que flotaba en el aire; pero cuando hacían un alto imaginaban que el príncipe seguía su camino hacia el oeste, inmune al cansancio, como un ser mitológico e inexorable, y aquella idea no los dejaba reposar.

Las sombras se espesaban. Aunque el río tenía en aquel lugar casi quince metros de anchura, los árboles que lo ceñían entrelazaban sus copas en lo alto formando un lúgubre palio sobre sus cabezas. Llevaban un rato en silencio, demasiado cansados y de mal humor como para conversar, cuando el agua empezó a borbotear. *Riamar* se encabrió y casi hizo zozobrar la almadía. Todos se pusieron en pie y echaron mano a las armas. De pronto el río se convirtió en un hervidero de culebras verdes que nadaban hacia ellos enroscándose y resbalando unas sobre otras. Se precipitaron sobre la balsa de Derguín y empezaron a trepar por la borda, abriendo las mandíbulas y mostrando unos colmillos tan aguzados como las lanzas de una horda de asedio. Eran decenas, cientos de culebras; formaban racimos en los que cabezas y colas se confundían en una masa palpitante, y los malignos siseos se mezclaban con el viscoso rozar de sus cuerpos y el chapoteo del agua agitada por sus ondulaciones.

Fue una lucha frenética. Los hombres batían el agua con espadas y hachas, descargaban golpes sobre los propios troncos de la balsa para partir en pedazos aquellos cuerpos zigzagueantes que aún después de cercenados seguían revolviéndose y buscándoles los tobillos con los dientes; todo entre gritos, advertencias, silbidos de culebras, sonido de carne chafada sobre madera. De pronto, tan rápido como habían venido, los reptiles se retiraron reptando y retorciéndose en manojos siseantes, como si en vez de serpientes fueran haces de tentáculos entrelazados. Cuando la última culebra desapareció bajo las aguas cada vez más oscuras, reinó el silencio en las balsas, roto tan sólo por sus jadeos. Se miraron unos a otros y se palparon incrédulos, pues habían salido ilesos de aquel ataque, aunque el que menos serpientes creyó haber visto más

tarde diría que eran doscientas.

Derguín se volvió hacia Tylse y le guiñó un ojo.

--De buena nos hemos salvado...

Ella se mordió los labios y le apretó el codo. Las rodillas se le doblaron y se desplomó sobre la balsa con un gemido. Derguín se agachó sobre ella y le cogió las manos.

--¿Qué te ocurre, Tylse? ¿Qué te ha pasado?

--El cuello -murmuró ella-. Lo siento...

Las sombras ya caían sobre el río. Derguín le bajó la capucha a Tylse y buscó picaduras en su garganta. A la derecha, por encima de la clavícula, encontró dos marcas muy finas y apenas separadas. Alrededor de ellas la piel ya estaba ennegreciendo.

--¡Llebad la balsa a la orilla, rápido! -gritó, volviéndose hacia El Mazo.

La almadía cabeceó al recibir un golpe. Derguín se giró a un lado. Mikhon Tiq había saltado desde la otra balsa, a más de cuatro metros.

--¿La han mordido?

--¡No dejes que se muera, Mikha!

La piel de Tylse empezaba a arder, los labios se le estaban amoratando, los ojos se le habían vuelto hacia arriba. Mikhon Tiq pidió un cuchillo y abrió dos incisiones cruzadas sobre la herida. Después se agachó sobre Tylse, pegó los labios a su cuello y sorbió; pero en lugar de escupir el veneno, lo revolvió entre el paladar y la lengua.

--¿Estás loco? -le preguntó Derguín.

Mikhon Tiq terminó su extraña degustación y escupió hacia el río.

--Todo en la naturaleza tiene su contrario. Debo saber qué toxinas contiene este veneno para contrarrestarlas con sus opuestos.

El Mazo y Krust ya habían llevado la balsa a la orilla, y Aperión la estaba amarrando. Mikhon Tiq bajó de un salto y se internó en la espesura para buscar plantas que pudieran frenar aquel veneno. Derguín tomó la mano derecha de Tylse y se la apretó. Ella seguía con los ojos en blanco; su frente ardía, pero los dedos se le empezaban a enfriar. En la herida recién abierta por Mikhon Tiq la sangre había coagulado formando una fea costra. La respiración de la Atagaira era cada vez más trabajosa y el aire silbaba al entrar a sus pulmones.

--Es por mi culpa, Tylse, perdóname... -murmuró Derguín-. Ha sido ella.

--¿Qué estás diciendo? -le preguntó Kratos, arrodillándose junto a él.

--Las serpientes la han atacado por mi culpa.

--No digas tonterías.

--¡Venían con un propósito, y ese propósito era Tylse! Estamos en el río, y es su reino.

--¿El reino de quién? -preguntó Kratos, mirando a Derguín como si

éste hubiera perdido la razón.

Pero el muchacho no le contestó.

Refrescaron la cara y la frente de Tylse con paños humedecidos en agua del río. Ella temblaba y gemía. Los ojos se le giraban en las órbitas; hubo un momento en que los abrió y sus iris violeta se clavaron en Derguín.

--¡Ayúdame!

Derguín le encomendó a Kratos que cuidara de ella y saltó a la orilla. Mikhon Tiq había ido hacia la izquierda, y hacia allá se dirigió Derguín, siguiendo una angosta trocha y llamando a gritos a su amigo. No tenía idea alguna de qué estaba buscando Mikhon ni de cómo ayudarlo, pero no podía seguir en la balsa viendo cómo Tylse se asfixiaba.

Se abrió paso bajo una bóveda de ramas y troncos retorcidos que dibujaban una extravagante tracería vegetal. Reinaba un extraño silencio en la selva, o tal vez su ruidosa carrera había ahuyentado a todas las bestezuelas de los alrededores. Las sombras eran densas como brea. Se paró y trató de serenarse. Había arrancado a correr detrás de Mikhon Tiq, pero tan sólo había conseguido extraviarse. No encontró nada que lo orientara. Aún se filtraban vestigios de luz entre la vegetación, pero eran tan tenues que le resultaba imposible averiguar dónde estaba el sol.

Llegó a un pequeño calvero; aunque el dosel de hojas no permitía ver el cielo, el suelo estaba más despejado y podía verse la tierra oscura entre los helechos, los arbustos y las raíces que formaban un dibujo de venas hinchadas y retorcidas. El aura de amenaza que impregnaba la jungla se hacía allí tan espeso que saturaba el aire. Derguín miró hacia arriba. Las lianas parecían colgajos pútridos que caían de las ramas, serpientes vegetales a punto de despertar de su letargo. Más arriba se cernía una forma oscura que colgaba entre las hojas como un enorme murciélago. Derguín se quedó mirando con una extraña fascinación, y de pronto aquella sombra cayó sobre él.

Derguín saltó, se retorció en una voltereta y apareció cinco pasos más allá con la espada en la mano. La forma oscura se había convertido en un hombre. Por un momento le pareció Linar, pues era alto y tuerto, y también llevaba una trenza. Pero la impresión duró un instante. El extraño era poco mayor que el propio Derguín, y tenía el cabello negro como ala de cuervo. Su rostro pálido relucía entre las sombras como si bajo su piel ardieran diminutas brasas.

--¿Quién eres tú?

--Alguien que lleva tiempo buscándote, Derguín Barok.

El corazón le dio un vuelco. El extraño empezó a caminar en círculos a su alrededor, cruzando los pies con la elegancia de un bailarín. Derguín giró sobre sus talones para encararlo, sin dejar de

apuntarle con la *kisha* de *Brauna*.

--Me llamo Derguín Gorión.

--Que te llames a ti mismo así, no lo dudo. Que sea tu verdadero nombre, es otra cuestión.

--¿Quién eres?

--Prefiero decirte quién eres tú. Deberías sentirte honrado: eres el medio hermano del príncipe Togul Barok. Los hijos de gemelos son medio hermanos. Al menos, es lo que se dice en Áinar y en Ritión, ¿no?

El gemelo del emperador. La mente de Derguín empezó a correr, aunque él quería frenarla. El legítimo dueño de *Brauna*, según el registro de las espadas de Amintas. Aquel Barok se había podrido en una mazmorra. ¿O acaso había huido de Áinar, para refugiarse en un lugar llamado... ?

Zirna.

--Togul Barok lo sospecha desde hace un tiempo, pero no se lo he confirmado. Lo dejaremos como un pequeño secreto entre tú y yo.

--Explícate rápido si no quieres que te degüelle -amenazó Derguín, rechinando los dientes.

--¡Oh, se me olvidaba que ahora eres *tah* Derguín, conocedor del secreto de las aceleraciones! Pero ¿qué puede hacer un Tahedorán sin su espada?

El extraño alzó la mano derecha y chasqueó los dedos. Derguín sintió un fuerte tirón que trató de arrancarle a *Brauna*, pero apretó con firmeza la empuñadura y no la soltó.

--Te resistes...

El tirón se hizo más intenso. Derguín se clavó las uñas en la palma de la mano, pero siguió sin soltar la espada. De pronto, aquella fuerza invisible desapareció.

--Ya entiendo por qué no pude verte de lejos, como a los demás -dijo el extraño, contrayendo la boca en un rictus-. Tienes un poderoso valedor, Derguín Barok. El herrero ha apostado por ti. Percibo sus malas artes a tu alrededor, pero no te protegerán de mí ahora que te tengo al alcance de mi mano.

--¿Quién es el herrero?

--Este es un asunto de dioses, que os manejan a los patéticos mortales como peones en un juego que no comprendéis. Togul Barok es el campeón de los grandes Yúgaroi. El señor del cielo incluso toleró que su esposa y hermana Himíe mezclara su sangre con la de un humano para engendrar al príncipe. Así que si pretendes luchar contra un dios, no tienes nada que hacer.

--¡Entonces márchate y déjame en paz!

--No me gusta dejar cabos sueltos. Al parecer ese renegado, el maldito dios cojo, quiere que tú tengas la Espada de Fuego. Eso no debe ser.

En cada vuelta, el intruso se acercaba más a Derguín. Pensó que sólo tenía que acelerarse y saltar hacia él para ensartarlo como una perdiz.

--No intentes lo que estás pensando, *tah* Derguín.

Un miedo animal se estaba apoderando de Derguín. El temor brotaba como una emanación de la oscura capa de aquel hechicero. El parche que cubría su ojo empezó a palpar y a hincharse, exudando un resplandor rojizo, como si un diminuto corazón latiera enterrado en su cuenca.

Derguín entró en Mirtahitéi y se arrojó sobre el extraño. Pero algo falló, pues el mundo debería haberse vuelto lento como jalea, y sin embargo el hechicero se agachó con una rapidez increíble y esquivó el tajo destinado a decapitarlo. Después, aún en cuclillas, proyectó las manos hacia delante, las puso en el pecho de Derguín y empujó. El muchacho voló cinco metros pataleando por el aire y se estrelló contra el tronco de un árbol. Allí se quedó sentado, tratando de recobrar el aliento. Su enemigo levantó la mano y de ella brotó una bola de fuego que partió silbando hacia él.

Derguín cerró los ojos y sintió en su rostro un calor que le chamuscó las cejas. Pero el zumbido se alejó en el aire en el último segundo. Al abrir de nuevo los párpados, vio cómo el bólido llameante se alejaba hacia las alturas, abrasando en su camino hojas y lianas.

Ahora había alguien más en el claro. Mikhon Tiq acababa de aparecer de entre la espesura y miraba al extraño con odio.

--Ulma Tor...

--Vaya con el cachorro -silabeó el hechicero-. Un muchachito con unos ojos tan lindos no debería meterse en peleas de magos.

Mikhon Tiq dio un alarido y se abalanzó sobre Ulma Tor. Sus pies se elevaron del suelo y voló más de siete metros con el rostro contraído en una mueca de odio. Jamás había presenciado Derguín una lucha de magos, y no se la hubiese imaginado así. Fue una pelea física, un combate a golpes, mordiscos y arañazos, gruñidos e insultos guturales. Ulma Tor saltó a la vez que Mikhon Tiq y ambos chocaron en el aire. Entre revolar de capas, negra y parda, parda y negra, se revolcaron por el suelo. Mientras con los dedos se buscaban los ojos y con los dientes el cuello, brotaban de sus cuerpos chispas blancas, rojas y azules que formaban humeantes arcos de plasma y chocaban aniquilándose entre sí. Cayeron sobre una masa de helechos que ardió sin llama y se redujo a cenizas. Ulma Tor arrancó un trozo de raíz y lo convirtió en una tea entre sus dedos, pero Mikhon Tiq le mordió la muñeca y le obligó a soltarla. Rodaron por la tierra negra, se levantaron; trataban de apartarse y a la vez mantenerse abrazados para desplegar su poder e impedir que lo hiciera el otro. Derguín se acercó poco a poco y preparó la espada, pero la lucha era tan rápida y violenta que apenas distinguía

a los dos magos.

Ulma Tor logró levantar a Mikhon Tiq en el aire y lo estrelló contra el mismo árbol en el que había golpeado a Derguín. El muchacho agarró al nigromante por el cuello y apretó para estrangularlo. Con una cruel sonrisa, Ulma Tor acercó su rostro al de su rival, abrió los labios y le besó en la boca. Mikhon Tiq le soltó la garganta y empezó a aporrearle la espalda y los hombros, pero Ulma Tor seguía aplastándolo contra el tronco y besándolo como si le quisiera aspirar las entrañas. Los cabellos de Mikhon Tiq empezaron a ondear como mieses azotadas por un vendaval. Derguín lanzó un tajo contra Ulma Tor, pero su espada chocó contra una barrera de luz que repelió el golpe entre una lluvia de chispas, y él cayó sentado en el suelo. El nigromante seguía absorbiendo la boca de Mikhon Tiq; las mejillas del muchacho se juntaban cada vez más, como si le estuvieran chupando el alma, y su cuerpo empezó a iluminarse por debajo de la capa. La lucha de luces alumbraba el claro con relámpagos fantasmales. El suelo empezó a temblar bajo sus pies.

Un grito horrisono, deformado por un sufrimiento más allá de la comprensión, salió de Mikhon Tiq. Desde el suelo, Derguín se hizo visera con la mano izquierda, pues apenas distinguía los rostros de los magos. El grito de Mikhon Tiq onduló, se quebró, y de pronto se convirtió en otra voz, la de Ulma Tor, ululando en un chillido de ira y frustración. Por la nuca del nigromante asomó un triángulo oscuro del que brotaban espiras de humo verde. Aquel triángulo siguió brotando, hasta que Derguín descubrió lo que era: la espada de Mikhon Tiq. Ulma Tor abrió más la boca y clavó los dientes en los labios de Mikhon, mientras éste seguía hurgándole con la espada en las entrañas hasta que la empuñadura le llegó a las costillas. El chillido del nigromante se convirtió en un taladro que hizo rechinar el aire. Una bola de luz cegadora devoró a ambos magos. Después, un remolino rojo subió hacia el cielo girando en una espiral vertiginosa y se perdió sobre el techo del bosque, silbando hacia las alturas como una estrella fugaz que cayera de la tierra al cielo.

De pronto, todo había terminado. Derguín, aún deslumbrado, se incorporó sobre codos y rodillas. El suelo había dejado de temblar y el claro estaba sumido en las sombras. Se arrastró hasta el árbol y se puso en pie. Ulma Tor había desaparecido. Mikhon Tiq seguía apoyado en el árbol, sujetando a *Istegané*, que humeaba un vapor fosforescente mientras de su punta chorreaba un líquido denso y oscuro. Derguín le quitó la espada y la arrojó a un lado.

--Vamos, Mikha. Le has vencido.

Su amigo no reaccionó. El espanto le había congelado los ojos y la boca, su mano izquierda seguía crispada como si aún agarrara el hombro de Ulma Tor, la derecha cerrada en torno a una empuñadura

que ya no sostenía. Derguín le tocó los dedos y los sintió rígidos y fríos.

Algo se movió a su espalda. Derguín se giró dispuesto a golpear. Una figura muy alta se acercaba con paso cansino; en la mano sostenía una vara con una serpiente enroscada, y los ojos de la serpiente relucían blancos alumbrándole el camino.

--¡Linar! ¡Has vuelto!

El Kalagorinor llegó junto a Mikhon Tiq y le puso una mano en la frente.

--¡Tienes que hacer algo! ¡Seguro que puedes hacer algo!

Linar agachó la mirada y meneó la cabeza.

--Demasiado tarde.

--¿Está muerto?

--No. Si hubiese muerto, no estaríamos aquí para verlo.

--¿Entonces?

Linar volvió a tocar la frente de Mikhon Tiq y cerró el ojo. Pero aquel segundo intento fue tan infructuoso como el primero.

--¡Dime qué le pasa!

--Algo que no podría creer si no lo tuviera delante. Ulma Tor le ha arrebatado su syfrón.

--¿Y eso qué quiere decir?

Linar miró a Derguín y le apretó el hombro. Tal vez intentaba calmarlo con su contacto, pero sus dedos le transmitieron ansiedad y miedo.

--Que se ha llevado su alma.

Derguín quiso protestar, decir que eso era imposible, pero cuando volvió a mirar a los ojos de su amigo los vio opacos como la obsidiana y supo que detrás de ellos no había más que un vacío inerte.

--¿Adonde... ? -musitó, conteniendo un sollozo.

--Es mejor no pensarlo.

Derguín, que no se resignaba, agarró a Mikhon Tiq por los hombros y lo sacudió. Pero el cuerpo estaba tan rígido que respondió como un bloque de madera y se le vino encima, de modo que tuvo que volver a recostarlo en el tronco del árbol.

--Tenemos que marcharnos -dijo Linar-. No podemos hacer nada por Mikhon Tiq. Si perdemos más tiempo y Togul Barok consigue la Espada de Fuego, el triunfo de Ulma Tor será total.

Linar hizo ademán de irse. Derguín le agarró de la capa y tiró de él.

--¡No puedes dejarlo así!

El Kalagorinor le clavó una mirada de gorgona.

--¿Tú me dices lo que puedo o no puedo hacer?

--¡Conviértete en cenizas si quieres, pero no lo dejes tirado como si fuera carroña! ¡Él cargó contigo cuando todos creíamos que habías muerto! ¡Se lo debes!

--¿Qué sabes tú de las deudas que hay entre Mikhon Tiq y yo? Tal

vez ya estén soldadas.

--¡Es mi amigo! ¡Y yo creí que tú eras su maestro! ¿Vas a dejarlo aquí para que se lo coman las aves de rapiña?

Linar bajó la mirada. Era la primera vez que lo hacía ante un mortal en cientos de años. Después apartó suavemente a Derguín y apoyó sobre la frente de Mikhon Tiq la boca de la serpiente que rodeaba su vara. El caduceo empezó a iluminarse con una luz nacarada, mientras Linar canturreaba algo entre dientes. Aun en la oscuridad, Derguín vio cómo la capa de Mikhon Tiq, luego sus manos, su rostro y su mismo cabello perdían los colores. La luz fluyó de la vara a él y luego se extinguió poco a poco.

Derguín volvió a tocar la mano de su amigo, que seguía aferrando el vacío. Donde antes sintiera rigidez, ahora encontró la dureza de la piedra.

--Lo has convertido en una estatua... -susurró.

--He gastado en ello fuerzas que no me sobran y que tal vez nos sean necesarias más tarde. Pero su cuerpo estará protegido por algún tiempo, aunque ni siquiera la roca es eterna. En cuanto a su alma...

Linar se dio la vuelta. Derguín tomó del suelo la espada, que había dejado de humear, y la puso de nuevo en la mano de Mikhon Tiq. La empuñadura quedó encajada entre los dedos de piedra. Linar ya se alejaba del claro, y Derguín tenía que seguirle si no quería extraviarse de nuevo. Pero antes de marcharse se inclinó sobre la estatua y besó su fría frente.

--Voy a conseguir la Espada de Fuego, Mikha. Y te juro que iré al mismo infierno si hace falta para encontrarte.

El príncipe y sus hombres habían plantado su vivac en un espolón que formaba un recodo en el río. Rimom se reflejaba en el agua, pero su diáfana luz azul no conseguía hacer más limpia aquella corriente que incluso de noche parecía turbia. Buscaban siempre acampar lo más lejos posible del borde de la espesura; recordaban con horror el ataque de los reptiles carnívoros, y también se habían enfrentado con serpientes venenosas y habían alanceado a escorpiones tan grandes como un brazo de hombre. Tan sólo quedaban nueve de ellos. Los que no habían muerto en la matanza de aquellos lagartos infernales, habían ido cayendo por el camino, víctimas de la extenuación y de una misteriosa enfermedad que los había atacado uno por uno.

Los caballos habían sido las primeras víctimas de aquel mal. Empezaban por renquear, y si se los tocaba se notaba que tenían los remos fríos y el pulso agitado. Después se detenían para escarbar el suelo, se tumbaban y ya no se levantaban aunque los molieran a palos.

Uno a uno los fueron abandonando, hasta que sólo quedó *Amauro*, el caballo de Kratos. Estaba lejos de ser el soberbio animal que el príncipe había cogido en las cuerdas de Grios, pero aún resistía.

Luego cayeron los hombres. Vómitos, diarreas, hemorragias en las encías. Se iban quedando atrás, y el príncipe ordenaba que los demás recogieran sus provisiones y los dejaran abandonados. Merkos, el único oficial del destacamento, se atrevió a protestar por aquel trato impío. Por toda respuesta, Togul Barok le clavó el diente de sable en la garganta, y después le dijo al suboficial Aidos que desde ese mismo momento estaba ascendido.

De noche el príncipe apenas dormía, pues no se le escapaban las miradas de odio y temor de sus hombres y sabía que si su sueño era demasiado profundo, no vacilarían en degollarlo. No hacía más que masticar solima, que lo mantenía despierto, pero a cambio le tensaba los nervios como cuerdas de laúd. Por culpa de eso, su gemelo colérico tomaba el control más de una vez, como le había ocurrido cuando apuñaló a Merkos. Ahora se arrepentía, pues el oficial era un hombre disciplinado, un militar que había estudiado en Uhdanfiún y que, aunque hubiese declarado su desacuerdo, jamás se habría rebelado abiertamente.

Poco antes del atardecer, habían encontrado a Ulma Ton Los esperaba sentado en un tronco caído junto a la orilla y se dedicaba a arrojar piedrecillas al río, como si fuera un paseante y tuviera una cabaña tan sólo a un centenar de pasos de allí. Mientras él y Togul Barok hablaban, los soldados se quedaron apartados, pues lo temían como al espíritu de un muerto.

--Llevo tiempo esperándote, Alteza -dijo el mago-. Pensé que viajarías más rápido.

--Mis hombres caen como chinches. Al parecer, no supe escogerlos bien.

--Es el agua. En ella flota el mismo veneno invisible que impregna el aire. Esta selva no es lugar apropiado para los humanos.

--¿Por qué yo no he enfermado como ellos?

Ulma Tor sonrió.

--Ya sabes la respuesta a esa pregunta. Tengo asuntos más apremiantes que regalarte los oídos. Tus rivales por la Espada te siguen los pasos. Aunque aún les llevas ventaja, no están muy lejos de aquí.

--¿Han escapado de Grios? -masculló el príncipe.

--No me mires así, Alteza. Fui yo quien te los entregó. En aquel momento te sugerí que los ejecutaras.

--¿Has venido a hacerme reproches?

--No -contestó Ulma Tor, con una sonrisa enigmática-. Voy a ayudarte una vez más. Pero cuando llegue el momento me lo cobraré.

Ulma Tor se cubrió el pálido rostro con la capa y se convirtió en una

sombra que de pronto ya no estaba ahí. Entre los soldados se oyeron gemidos y lamentos atemorizados; uno de ellos señaló hacia las aguas, y los demás miraron hacia allá a tiempo de ver cómo un gran pájaro negro aleteaba río arriba.

Togul Barok no se asustó. Le daba igual la forma que eligiera el nigromante para mostrarse a los demás. Sus palabras habían corroborado su convicción de que el sueño en que la diosa Himíe aseguraba ser su madre era cierto. Llevaba en sus venas la sangre de los Yúgaroi, y se sentía inmune tanto a los males que aquejaban a los mortales como a las amenazas y los conjuros de Ulma Tor.

Sin embargo, la imagen del ojo de tres pupilas atormentaba sus escasos momentos de sueño. Pronto llegaría la primera noche del año Mil, y con ella la conjunción de Shirta, Taniar y Rimom. ¿Se convertirían las tres lunas en las tres pupilas de un monstruoso ojo celeste?

Ahora, entrada la noche y al calor de la hoguera, seguía pensando en el enigma del ojo triple. Por él, habría seguido caminando, pues le había alarmado saber que los demás aspirantes venían tras sus pasos. Pero los hombres estaban tan fatigados que para continuar habría tenido que abandonarlos y abrirse camino él solo. Tenía las fuerzas intactas, pero no se atrevía a desembarazarse aún de ellos. Si aquellos reptiles volvían a atacar, prefería que hubiera carne en abundancia para saciarlos.

Aidos, su nuevo oficial, estaba asando una loncha de tocino sobre la hoguera cuando de pronto se llevó la mano al costado izquierdo. La boca se le torció en un rictus de dolor, y cayó al suelo, revolviendo las ascuas con sus patadas. Los demás lo apartaron del fuego, pero un momento después soltó un ronquido y se quedó tieso.

Uno de los soldados se inclinó sobre él para comprobar si respiraba o tenía pulso. Al tocarlo, se apartó como si le hubiera picado un escorpión.

--¡Se ha movido!

--Eso es que está vivo, imbécil -dijo otro.

Pero Aidos se enderezó de una forma extraña, sin mover los brazos, como si tuviera una bisagra en la cintura. Todos se echaron atrás, salvo Togul Barok, que se acercó a él. La boca de Aidos se abrió muy despacio y empezó a hablar como si unas tenazas invisibles tiraran de sus mandíbulas y le movieran la lengua. Del fondo de su garganta brotó un ronquido, un estertor de muerte violentado para hablar.

--He sido derrotado temporalmente, pero tú aún puedes vencer. Rápido. Te persiguen tus rivales y un mago.

Aquellas palabras agotaron el aire que aún quedaba en los

pulmones de Aidos. La fuerza que lo había matado para luego poseerlo lo abandonó, y su cuerpo se dobló a un lado y cayó inerte al suelo. Togul Barok sintió un escalofrío al recordar su visita a la cripta en el Eidostar. No tenía duda alguna de que quien se había dirigido a él era Ulma Tor.

--¡Venid aquí! -llamó a sus hombres, que se acurrucaban de miedo a unos metros de la hoguera-. ¡Nos ponemos en marcha!

Los soldados se quedaron donde estaban; algunos se negaron a moverse, meneando la cabeza. Togul Barok entró en cólera, desenvainó a *Midrangor* y arremetió contra ellos. Tres cabezas rodaron antes de que los demás se arrojaran al suelo y, tumbados, suplicaran perdón. El príncipe refrenó su respiración, limpió la hoja de su espada en la capa de uno de los muertos, y dijo:

--¡Llegaré al mar el primero aunque tenga que devorar vuestros hígados! ¿Me habéis oído?

--¡Sí, príncipe! -gimieron ellos, soldados convertidos en guiñapos por el temor y el mal de la jungla.

Togul Barok enfundó su espada, tratando de serenarse. Pero hasta él tenía miedo. La forma de que se había servido Ulma Tor para comunicarse con él era estremecedora. ¿Tendría el poder de matarlo a distancia también a él, al elegido de los dioses?

--¡No! -exclamó, mientras montaba a lomos de *Amauro*.

Lo que más lo inquietaba era saber que sus enemigos estaban cerca. Le era igual cómo hubiesen escapado; el hecho era que ni siquiera él podía enfrentarse a la vez a cuatro maestros mayores. Y no estaban solos. Los acompañaba alguien poderoso, lo bastante para derrotar a Ulma Tor, un brujo que aun después de vencido había sido capaz de matar a un hombre y hablar por boca de su cadáver.

El mar

Era el último día del mes de Kamaldanil. La víspera del año Mil. En muchas ciudades de Tramórea, las gentes se agolpaban en los templos, ofrecían sacrificios, ayunaban y se echaban ceniza por los cabellos para suplicar a los dioses que el Sol siguiera alumbrando Tramórea mil años más.

Pero al oeste de cualquier lugar civilizado, en el extremo más occidental de Tramórea, había quienes no tenían tiempo para hacer sacrificios a los Yúgaroi. En la desembocadura del río Haner, los

aspirantes a la Espada de Fuego exprimían sus últimas fuerzas para llegar al mar y a la isla de Arak antes que Togul Barok.

Desde el amanecer el río se había ensanchado. Encontraron extraños islotes, formados por árboles de troncos verdes y flexibles que salían del agua y entrelazaban sus copas formando plataformas de vegetación. De lejos parecían auténticas islas, mas al aproximarse a ellas revelaban su verdadera naturaleza. Ya no dejaron de verlas, aunque no se acercaron a ellas, pues era improbable que pudiera hacerse pie en ellas y además, como todo en aquella región inhóspita, era probable que escondieran una amenaza.

El olor a sal era tan intenso que todos lo percibían, y lo aspiraban como si fuera el más dulce de los aromas. Entraba en sus pulmones como una brisa vivificante, les avisaba de que la meta estaba cercana y los impulsaba a remar sin descanso. Hacia mediodía las orillas se separaron en un ancho estuario. A su izquierda, al norte, el río Moin se unía con el Haner y sus aguas verdes y opacas se fundían en una sola corriente. Los Tahedoranes cobraron nuevos ánimos y se exhortaron unos a otros a remar más rápido. Viajaban en una sola balsa, que habían agrandado con tres troncos de la otra almadía. Habían acabado sacrificando a los caballos, salvo a *Riamar*, pues estaban ya tan enfermos que respirar era para ellos una tortura. Aquel día, El Mazo derramó una lágrima por su viejo percherón, y tuvo que ser Kratos quien le diera el golpe de gracia, pues él no fue capaz.

Ahora, 28 de Kamaldanil, una bandada de pájaros blancos pasó sobre sus cabezas, entre ásperos chillidos. El Mazo levanto la cabeza y preguntó qué aves eran aquéllas, pues nunca las había visto.

--Eso, amigo -le dijo Krust-, son gaviotas. ¡Las mensajeras del mar!

El Ritión empezó a cantar una Jipurna con su poderosa voz de barítono, y los demás, uno a uno, se sumaron a su canción. Aunque tenían los ojos hundidos, la piel seca y la lengua hinchada por la sed, empujaron las palas con ahínco y entonaron alegres aquellos versos guerreros.

Derguín cantó con los demás, pero la Jipurna le sabía a hiél en la boca. Su mirada recorrió la balsa. A estribor, El Mazo remaba con una pala tan grande como dos de las otras, y cada vez que la clavaba en el agua la balsa entera se sacudía hacia la izquierda. Detrás de él, Aperión bogaba y cantaba la Jipurna, menos malhumorado que otros días, aunque no dejaba de vigilarlos a todos con ojos como rendijas. En el centro de la balsa, sentado junto a *Riamar*, Linar rumiaba sombríos pensamientos. A babor iban Krust y Kratos, y por último él. No había nadie más en la almadía.

Cuando Derguín había llegado al río, tras despedirse de la estatua en que se había convertido su amigo Mikhon Tiq, Kratos y Krust estaban bajando a Tylse a la orilla, envuelta hasta la cabeza en su capa. Le

dijeron que llevaba un rato muerta. Derguín se arrodilló junto a ella y se empeñó en descubrirle el rostro para echarle una última mirada. Los demás se extrañaron, pues estaban tan agotados y abstraídos en sus propios planes que no habían reparado en la fugaz relación que los había unido. Sin embargo, se apartaron sin decir nada y le dejaron tranquilo.

Los labios de Tylse estaban amoratados, pero Kratos, antes de cubrirla, le había cerrado los ojos y compuesto el gesto. Derguín desenvainó la espada de la Atagaira, se la puso sobre el pecho y le cruzó los brazos por encima. Después, en un impulso, tomó su diente de sable y le cortó un mechón de aquel cabello casi blanco. Al hacerlo sintió que estaba desafiando a Tríane y un escalofrío le recorrió la espina dorsal, pero aun así se guardó aquel mechón.

Encendieron una pira junto al río. Después, mientras las llamas se alzaban en la noche, se alejaron de aquel paraje de mal agüero donde habían perdido a dos compañeros. Aperión comentó que ya quedaba uno menos para la Espada de Fuego, y que eran dos menos para beber agua. Derguín se arrojó sobre él, empezó a darle puñetazos en la cara y quiso tirarlo por la borda, pero Krust y El Mazo los separaron.

--Tranquilo -le susurró Kratos-. Si hay alguien que jamás pondrá la mano en la Espada de Fuego, ése es Aperión.

El sol bajaba ya cuando Linar les dijo que arrimaran la balsa a tierra. Remaron hacia la orilla izquierda y embarrancaron la almadía sobre un ribazo sembrado de piedras. Después se echaron los fardos a hombros y tomaron un sendero que se retorcía por una empinada pendiente. Derguín acarició el cuello de *Riamar* y le susurró palabras de aliento. El animal había enflaquecido tanto que se le notaban todas las costillas, pero respondió meneando las crines y empezó a trepar con brío.

Siguieron subiendo, siempre con el río a su derecha. Después, el sendero se desvió hacia el sur y perdieron de vista las aguas del Haner, que durante tantos días los habían acompañado. El Mazo hizo un gesto apotropaico y escupió a la izquierda.

--Río maldito -susurró-. Espero que volvamos por otro sitio.

Derguín pensó que él tendría que remontar el Haner tarde o temprano. No dejaba de reprocharse por haber abandonado a Mikhon Tiq; aunque se hubiera convertido en estatua de piedra, aunque corrieran el riesgo de ser aniquilados si moría, debería haberlo cargado, aunque fuera a hombros, como el propio Mikha había hecho con Linar.

--Volveré por ti -susurró, echando una última mirada al río.

Atravesaron un par de hondonadas y, poco después, el camino los

llevó a descrestar una elevación. Allí se detuvieron y respiraron hondo, pues bajo sus pies se extendía un prolongado declive, y éste conducía hasta su penúltima meta.

El mar, se dijo Derguín, y paladeó aquel nombre. El reflejo del sol pintaba un sendero blanco y deslumbrante en unas aguas que parecían extenderse hasta el infinito. Por primera vez, Derguín escuchó el estrépito de las olas al romper contra la costa, y aquel fragor se mezcló con los chillidos de las gaviotas y el olor a sal, y se embriagó de aquellas sensaciones desconocidas. Durante unos segundos olvidó por qué estaba allí, y sólo existió aquella inmensidad que le hacía guiñar los ojos por el reverbero del sol, pero a la que no podía dejar de mirar. Cuando logró apartar la vista, observó a sus compañeros. Todos estaban embelesados, incluso los que ya conocían el mar. Pero El Mazo, sobre todo, tenía la boca abierta y parecía que se quisiera beber toda aquella agua con los ojos. Derguín le apretó el codo.

--Ahí lo tienes.

--Es... es... -El Gaudaba buscó palabras, pero no las encontró.

--Yo tampoco lo había visto nunca.

El Mazo lo miró, sorprendido.

--Pues es tal como me lo describiste.

--Y sin embargo no es tal como lo imaginé.

Sus miradas siguieron la línea del horizonte, un trazo que separaba el azul cerúleo del mar de la palidez rojiza del cielo, allí donde el sabio Ura, padre de los dioses, los había dividido con la segur primigenia. Hacia el norte, el horizonte se difuminaba hasta perderse en una zona neblinosa en la que aguas y aire se confundían en un enorme banco de vapor ambarino que se cernía sobre el mar.

--Allí debe de estar la isla de Arak -dijo Kratos.

Bajaron hacia el mar por el declive. El suelo estaba sembrado de grandes rocas oscuras que se levantaban verticales rompiendo el suelo. Buscaron senderos entre ellas, con la mirada puesta en los pies para no tropezar. Durante un rato perdieron de vista el mar. El Mazo empezó a gruñir y Krust tuvo que tranquilizarlo. No se lo habían llevado a ninguna parte, le dijo: pronto volvería a verlo, y mucho más cerca.

Camuflados entre las crestas rocosas, descubrieron restos de edificios. Sus paredes estaban construidas con hileras de piedras pequeñas y apiladas sin argamasa. Las casas eran circulares y en algunas quedaban restos de las vigas de madera que debieron sustentar los techos. Después pasaron junto a reliquias de lo que debió ser un gran recinto amurallado. En el centro se levantaba una gran torre, de más de quince metros de altura; era el edificio mejor conservado de aquella ciudad muerta.

--¿Qué lugar era éste? -le preguntó Derguín a Linar.

--No tiene nombre para mí -le respondió el mago, con aire ausente.

Entre las rocas bajaba un hilo de agua. Linar la probó y les dijo que era potable. Perdieron un tiempo precioso bebiendo y llenando los odres, pero cuando volvieron a mirarse unos a otros los ojos les brillaban de nuevo. Después siguieron caminando, mientras *Riamar* se rezagaba para calmar su sed.

Tras las últimas ruinas de la muralla, llegaron a una explanada arenosa. Más allá, antes de llegar al mar, se interponía un malecón natural formado por bloques de basalto, negros y hexagonales, apretados como las celdas de un inmenso panal. Al borde de aquellos pilares naturales había cinco hombres, sentados alrededor de una hoguera. Las armaduras estaban tiradas por el suelo y las lanzas terciadas unas en otras; los uniformes se veían tan raídos y sucios que era imposible reconocer su color original.

--¡Eh, vosotros! -gritó Krust, levantando la mano.

Cuando los vieron, los cinco soldados huyeron despavoridos. Sin tan siquiera recoger sus armas, los últimos restos del destacamento de Togul Barok se perdieron hacia el sur, brincando entre las rocas. Ninguna crónica vuelve a mencionarlos.

Había alguien más allí, aunque al principio no lo habían visto, pues su negro pelaje se confundía con las columnas de basalto. El caballo dio un débil relincho, se incorporó con trabajo después de intentarlo tres veces y vino a ellos renqueando. Kratos corrió hacia él y se abrazó a su cuello. El pobre *Amauro* había quedado reducido a poco más que un pellejo extendido sobre el costillar. Kratos lloró al verlo en ese estado, y no dejó de decirle ternezas y de palmearle el cuello. Después desenvainó su espada y se dispuso a acabar con los sufrimientos del que durante años había sido su fiel compañero. Pero Linar lo retuvo agarrándole del codo.

--Espera.

--Tengo que ser yo quien lo haga, Linar.

--Tal vez aún pueda hacer algo por él. Ahora, debemos buscar la forma de llegar a la isla.

Amauro volvió a tenderse en la arena, resignado a su suerte.

Riamar se aproximó a él y le acercó el morro. Los dos animales debieron de decirse algo, porque al final *Amauro* se levantó y siguió a *Riamar* hacia las ruinas, donde habían encontrado agua.

Siguieron el malecón hacia la derecha. A unos cien metros de allí formaba un recodo, y dentro de él se abría un pequeño puerto de aguas tranquilas. Se acercaron a él, saltando de bloque en bloque. Un balandro se balanceaba mansamente, fondeado en un embarcadero natural, con las velas recogidas. A popa, junto al timón, se sentaba su único tripulante, un hombre flaco, vestido con un manto negro, de nariz estrecha y cráneo afeitado y venoso.

--Un Pinakle -susurró Derguín.

--¿Cómo demonios ha llegado aquí antes que nosotros? -preguntó Krust.

Aperión se acercó al borde del embarcadero y balanceó los brazos para saltar al balandro. Pero el Pinakle se puso en pie y se lo prohibió con la mano.

--Sólo dos hombres pueden pisar la isla de Arak -advirtió con voz áspera.

Los cuatro aspirantes a la Espada se miraron. Las mentes de todos cavilaban el mejor modo de elegir a los dos tripulantes del pequeño velero cuando el Pinakle añadió:

--Esta mañana ya partió el primero. Sólo uno de vosotros puede embarcar.

Volvieron a cruzar miradas. Toda camaradería había desaparecido; los ceños estaban fruncidos y los labios arrugados sobre los dientes, como si olisquearan en el aire la sangre que aún no se había derramado. Kratos señaló hacia la arena de la explanada.

--Vamos allá. Tenemos que decidir.

Mientras se alejaban del velero, Aperión trastabilló con el borde de un pilar de basalto y cayó sobre Linar. El mago estiró los brazos para sujetarlo, más por reflejo que de intento. Después profirió un gemido apagado, cayó sobre la rodilla derecha, manoteó un momento en el aire y, por fin, cayó boca arriba. Aperión había recobrado el equilibrio como por ensalmo, y ahora en su mano se veía un diente de sable ensangrentado. Buscaba el corazón de Linar y al parecer lo había encontrado; en el pecho del Kalagorinor había aparecido una mancha oscura que se extendía lentamente.

Aperión retrocedió unos pasos, desenvainó su espada y los miró a todos. Derguín acudió junto a Linar y se arrodilló a su lado. Tenía el ojo abierto, pero la vista se le había quedado fija. Le tocó el cuello para buscarle los latidos y no los encontró. Kratos dejó caer la mochila y el capote, desenvainó a *Krima* y avanzó decidido hacia Aperión. Los músculos que le tensaban las mandíbulas se marcaban como sogas en sus sienes.

--Ahora pagarás por un crimen más.

--¿Crimen? -repuso Aperión-. Ese hechicero era amigo tuyo y de tu cachorro. Yo nada le debía. Si no me hubiera adelantado a él, nos habría quitado de en medio a Krust y a mí.

--No me incluyas en tus manejos -dijo Krust.

--¿Por qué no? Tú también sales beneficiado. Ahora los cuatro podemos luchar limpiamente. El que quede vivo, montará en esa barca.

Kratos dio otro paso hacia Aperión. Ya estaba a menos de cuatro metros.

--No serás quien quede vivo, tenlo por seguro. Vamos a arreglar cuentas, tú y yo.

--Pero sin aceleraciones -respondió Aperión, enseñando los dientes-. Hoy no harás como la última vez. Limpiamente, como te he dicho.

--Limpiamente no -dijo otra voz.

Era la de Linar.

Derguín se había puesto en pie y buscaba la empuñadura de *Brauna*, pero ahora volvió la mirada al Kalagorinor. Éste, que se había incorporado a duras penas, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la mano izquierda apretada contra el pecho, como si pretendiera taparse la hemorragia con los dedos. Derguín se acercó para levantarlo, pero el mago rechazó su ayuda y se quedó sentado.

--Te sorprende que los demás sigan vivos, *tah* Aperión -dijo Linar.

Su voz sonaba apagada y cada palabra brotaba de su pecho con un gran esfuerzo, pero miraba a Aperión con una intensidad que daba miedo.

--¿De qué hablas, viejo cuervo?

--Hace varias noches llenaste el odre del que beben Kratos y Derguín con agua del río.

--¡No digas majaderías!

Derguín se llevó la mano al vientre. Había visto caballos agonizando por beber las aguas del Haner, y más tarde los cadáveres de los hombres que el príncipe había ido abandonando. De pronto sintió bascas y los intestinos se le retorcieron.

--Dormíamos, creías tú -siguió Linar-. Pero yo veo todo. Cambié los odres.

Levantó el caduceo como si pesara una tonelada y con la boca de la serpiente apuntó a Aperión.

--Tu traición ha podrido tus entrañas. Te he mantenido en pie hasta ahora. No más.

Aperión tosió, y un chorro de sangre brotó de su boca. Soltó la espada y cayó de rodillas, apretándose el estómago con ambas manos. Dio dos arcadas y vomitó otra bocanada de sangre, más negra y abundante que la primera. Después se apoyó en el suelo y trató de incorporarse, pero empezó a toser y con cada tos arrojaba otro chorro de sangre más fétida y oscura que la anterior.

Kratos se plantó delante de él.

--Mírame.

Aperión levantó la cabeza, y sus ojos miraron por última vez con todo el odio que había acumulado a lo largo de los años. Kratos le agarró del pelo con la mano izquierda, tiró hacia arriba para levantarle la barbilla y, con la parte central del filo, lo decapitó de un solo tajo. El cuerpo de Aperión cayó de lado. Kratos alzó la cabeza, la miró de cerca y escupió entre los ojos. Después giró la cintura, estiró el brazo para tomar impulso y la arrojó al mar.

Los demás lo observaban horrorizados por aquella acción impía.

Kratos limpió su espada en la ropa de Aperión, la envainó y por fin les devolvió la mirada.

--Le cortó las manos y la lengua a mi amigo Siharmas. A mi amante le arrancó los párpados antes de decapitarla. Que su espíritu me persiga para vengarse de mí, si se atreve. Aún pagará más.

La sombra de Kratos se alargaba sobre los pilares de basalto y sus ojos relucían con una fiera determinación. Derguín buscó la mirada de Linar, pero el mago se había quedado sentado con las piernas cruzadas, y había cerrado los párpados. Era imposible saber si estaba vivo o muerto, aunque la mancha oscura sobre su pecho había dejado de extenderse. Ahora que había llegado el momento de que decidiera entre Kratos y Derguín, no daba señales de verlos.

Tal vez finge, pensó Derguín. Tal vez no sabe qué hacer y prefiere que sean las espadas las que elijan.

--Quedamos tres -resumió Kratos-. La arena del reloj corre en contra nuestra. Hemos de decidir quién va a montar en esa barca.

El Mazo se inclinó sobre el hombro de Derguín.

--Puedo acercarme a él como quien no quiere la cosa y espachurrarle el cráneo con la maza.

--No te preocupes -contestó Derguín, sin dejar de mirar a Kratos-. Todo sucederá como tenga que suceder.

Una extraña sensación de adormecimiento se había apoderado de él. Se sentía pesado y a la vez ajeno a su cuerpo, como si se hallara encerrado en un sueño. Era un espectador de lo que estaba pasando, tan sólo un lector del libro del destino.

--Las espadas deben decidir -dijo Kratos-. Echémoslo a suertes. Dos de nosotros lucharán y el otro esperará el resultado para enfrentarse con el vencedor.

Krust levantó las manos, mostrando sus palmas.

--¡Oh, no, no! Conmigo no contéis para pelear.

Kratos lo miró, perplejo.

--No, no, señores Tahedoranes. -Krust se desciñó el talabarte y, con todo cuidado, lo depositó en el suelo-. Mi única esperanza era llegar aquí el primero. No se me ocurre cómo puedo vencerlos, a no ser en un duelo de comer chuletas. -Sus ojos se volvieron al noroeste. El sol, cerca ya del horizonte, parecía incendiar las brumas que ocultaban de la vista la isla-. Y no tengo el menor deseo de correr tras ese diablo de ojos dobles. Llamadme cobarde si queréis, pero no lo haré.

Kratos inclinó la cabeza.

--No seré yo quien te llame cobarde, pues llegando hasta aquí has demostrado tu valor.

Después miró a Derguín. El muchacho se estremeció. En la mirada de su maestro no quedaba ningún rastro de calor.

--Hicimos un juramento, *tah* Derguín. Seguiríamos juntos hasta

este momento. Hemos llegado al mar, y sólo quedamos tú y yo. Me temo que Linar no puede decidir entre nosotros.

Derguín tragó saliva.

--Entonces, debemos luchar.

Como ya habían hecho en la remota Zirna, maestro y discípulo se arrodillaron y se saludaron tocando el suelo con la frente. Después se levantaron, adelantaron la rodilla derecha y, muy despacio, desenvainaron sus espadas. *Brauna*, obra de Amintas, y *Krima*, forjada por Beorig, habían de cruzarse por primera y última vez. Derguín imaginó que su hoja se hundía en el cuerpo de Kratos y el estómago se le revolvió al recordar el sonido de la carne macerada.

--Puedo enfrentarme a Togul Barok mejor que tú -dijo Kratos, sin moverse. La *kisha* de su espada apuntaba a Derguín, clavada al aire por garfios invisibles-. Hay un secreto que él conoce y tú no. No quiero que el príncipe te mate.

--¿Y para evitarlo me matarás tú?

--Preferiría no hacerlo, Derguín. Deja que vaya yo a la isla. Si consigo la Espada de Fuego, te prometo que haré que te sientes a mi derecha. Tendrás todos los honores que mereces.

--Deja al muchacho, Kratos -intervino Krust-. Estás intentando liarle la cabeza para que no pueda pelear bien.

--¡Eso, no lo aturulles! -protestó El Mazo.

--Él no puede vencerme -contestó Kratos, sin apartar los ojos de Derguín.

Estaban a dos metros. Si uno de ellos se arriesgaba a atacar de repente, podría llegar al cuello del otro y matarlo o morir a mitad del movimiento. Una sola técnica sería el final.

Derguín tuvo una visión. El mismo viento que en sus pesadillas lo llevaba al yermo infernal ahora lo había arrastrado a aquel confín del mundo, y sin embargo, allí, en el borde último de las tierras, era donde se cruzaban todos los caminos.

«¿Cómo reconoceré mi destino, padre?»

«Cuando llegue el momento, deja la mente en blanco. Que el corazón te guíe.»

Derguín cerró un instante los ojos, lo olvidó todo y dejó que su cuerpo actuara por él. Cuando volvió a abrirlos, sus manos, que de pronto parecían las de otra persona, estaban devolviendo a *Brauna* a su funda. El acero rechinó sobre la madera durante una eternidad, y al final los gavilanes de la empuñadura chocaron contra la vaina con un ruido sordo, como el de una puerta cerrándose para siempre. Derguín suspiró aliviado, bajó los hombros y dijo:

--Eres mi maestro, *tah* Kratos. Jamás levantaré la espada contra ti, aunque en ello me vaya la vida.

Krust soltó una exclamación de asombro y El Mazo blasfemó entre dientes. Kratos no se movió, pero la punta de su espada tembló una sola vez. Derguín se dio la vuelta y los dejó allí.

Caminó hacia el borde del mar y luego siguió hacia el norte, saltando entre los pilares de basalto. Las olas rompían con golpes sordos y lo bañaban de espuma. La boca se le llenó de agua de mar, pero mezclado con su sabor salado había otro más dulce y cálido, y se dio cuenta de que estaba llorando. Llegó a una minúscula playa, que se abría en el malecón como una media luna, y saltó a ella. Se quitó las botas y dejó que la arena, que era oscura y gruesa, se clavara en sus dedos. Una ola llegó más lejos que las demás y le acarició los pies. Pensó, sin saber por qué, que aquellas aguas no pertenecían al reino de Tríane. De pronto, el estómago se le vino a la boca. Cayó de rodillas sobre la arena y empezó a vomitar, y siguió vomitando hasta que en la última arcada creyó que las tripas se le iban a derramar por la boca. Una ola se estrelló contra él, lo empapó entero, y en el reflujó arrastró todo lo que había vomitado. Derguín pensó que aquello tenía un significado, pero su mente estaba tan embotada que no supo desentrañarlo.

--Derguín.

Se levantó y se volvió hacia la izquierda. Sobre las rocas de basalto que bordeaban la cala se alzaba Linar, apoyado en su caduceo. Visto desde allí abajo parecía más alto que nunca. La mancha negra ocupaba todo su pecho, pero ya se estaba secando.

--Tú... estás vivo.

--Por suerte para vosotros.

Derguín recordó las palabras de Mikhon Tiq sobre la syfrón y comprendió lo que Linar quería decir.

--Te ha clavado el diente en el corazón.

--Mi corazón dejó de latir hace cientos de años, Derguín. No es él quien mueve mi sangre ni da fuerza a mis miembros. ¿Puedes subir? - añadió, en tono fatigado-. Me ha costado seguirte hasta aquí, y si intento bajar por estas piedras acabaré rodando por la arena. No tengo edad para eso.

Derguín se puso las botas y trepó a donde estaba Linar. La silueta del Kalagorinor se recortaba contra el mar, alargada y ribeteada de púrpura, como un monolito bañado en la sangre del cielo. El sol había empezado a hundirse en el mar.

--¿Por qué has hecho eso, Derguín?

Tardó en comprender a qué se refería el mago.

--No más sangre, Linar. No más muerte. No puedo soportarlo.

--Elegiste el camino del acero. El acero siempre acaba mezclándose con la sangre.

--Es igual. -Derguín agachó la cabeza-. No tengo valor para ser el Zemalnit. No quiero.

--Lo que tú quieras da igual, Derguín. Mírame.

Derguín se resistió a levantar la cabeza, pues la sensación de que se encontraba dentro de un sueño se hizo mucho más fuerte, y de pronto el mugir de las olas se convirtió en el ulular del viento en la llanura baldía, el yermo de su vieja pesadilla, y temió lo que podría encontrar si miraba hacia lo alto.

--Mírame.

La orden no podía ser desobedecida. Derguín enderezó el cuello, y respiró aliviado al ver el rostro familiar del viejo mago. Sus hombros se relajaron, pero fue sólo un instante. Pues Linar se quitó el parche y por primera vez miró a Derguín con su ojo derecho. El muchacho se quedó helado, pero ya no pudo apartar la vista de lo que tenía delante.

Un ojo rojo y palpitante, tan grande como un huevo, parecía haber brotado en la órbita derecha de Linar, como si el parche, más que taparlo, lo hubiera contenido hasta entonces. Aquel ojo tenía tres pupilas, tres puntos negros que formaban un triángulo invertido. Su mirada era inhumana, cruel como un viento cargado de arena ardiente que le arrancara las ropas, la piel y la carne, que le limara los huesos. Derguín gritó, pero no pudo oírse, y volvió a gritar más fuerte, pero no encontró suficiente aire en sus pulmones para dar sonido a su voz.

El mar desapareció de su vista. Linar se convirtió de pronto en una gran águila blanca y levantó el vuelo, arrastrando a Derguín entre sus garras. Dejaron atrás las tierras y el mar, atravesaron una nube helada que crepitaba en blancos relámpagos. Subieron por encima del cielo azul, llegaron a un espacio inmenso y oscuro donde las voces no sonaban, volaron rodeados de estrellas frías y remotas. Pero dentro de su cabeza, el gran ojo seguía clavado en él, y Derguín contemplaba todo lo que veían las tres pupilas. El tiempo se convirtió en un país de mil ríos que bajaban levantando cortinas de espuma. Asistió a futuros insondables, a encrucijadas de probabilidades. Y mientras se asomaba a ellos, le llegó el eco de una voz terrible, y supo que el dios loco Tubilok se removía en sueños en su prisión de piedra bajo el lecho del mar, y reclamaba que le devolvieran su ojo. «Todavía no lo tendrás», contestó la voz de Linar, deformada por la tensión y por un miedo que ningún mortal podía concebir. Los ríos del tiempo se cruzaban, mezclaban sus aguas, se aniquilaban, se devoraban unos a otros. Derguín vio dos corrientes muy anchas, y en una de ellas flotaba su propio cadáver, desmadejado sobre unos escalones arrastrados por el agua, y en otra el

cuerpo era el de Kratos. En un puente por encima de ellos, Togul Barok blandía la Espada de Fuego y arrastraba a Áinar a la guerra. Pueblos enteros inundados, el suyo propio ahogado en una guerra insensata. Los dioses volvían y señoreaban la Tierra.

Pero a la vez surgían arroyos más angostos y de curso más imprevisible. En algunos de ellos, Derguín lograba sacar la cabeza del agua, levantaba la Espada de Fuego y Togul Barok se hundía en un remolino con un aullido interminable; mas estos torrentes también se bifurcaban y la mayoría de ellos conducían a un mar de llamaradas y sangre, antes o después. En algunos futuros los dioses regresaban, magníficos y hermosos sobre sus navíos blancos; en otros, Tubilok despertaba y anegaba el mundo bajo un mar de lodo y corrupción; en unos pocos más, el Rey Gris derramaba sus cataratas de Inhumanos sobre los reinos de Tramórea. Había unos riachuelos, pocos, que se perdían más allá de la visión; pero en otras corrientes confluían todos los desastres: fuego, barro, podredumbre, la extinción de la raza humana, la aniquilación del orbe entero. «Y sólo estoy yo para esperar a los dioses», se quejó una voz desmayada, y Derguín supo que era Linar, abrumado por las visiones. Todo se aceleraba, ya no podía retener lo que desfilaba ante él. Derguín moría, Derguín se dejaba corromper, Derguín se convertía en un tirano sanguinario, guerra, muerte, sangre, llama. Dioses, gusanos que se alzaban al cielo, Ulma Tor que reía, Mikhon Tiq -sí, Mikhon Tiq- desatando las fuerzas de la destrucción...

De pronto todo acabó. Derguín estaba frente al mar, apretándose las sienes. Linar había caído de rodillas. Tenía los hombros encogidos y las manos engarfiadas sobre el caduceo. Derguín se acercó a él y le ayudó a levantarse. Por debajo del parche, dos hilos de sangre goteaban por las mejillas del mago.

--¿Es verdad lo que he visto, Linar?

El Kalagorinor se apoyó en el hombro de Derguín y se incorporó. Los dedos le temblaban.

--He tenido que hacerlo, Derguín. Habría querido evitarlo, pues el riesgo de despertarlo es terrible, pero tenía que saber.

--¿No hay esperanza?

El sol ya se había puesto. Por encima del horizonte, las tres lunas, Shirta, Taniar y Rimom, aparecían en la conjunción que inauguraba un nuevo mes, un nuevo año, un milenio. Pero sus luces, aún débiles, no formaban un ojo diabólico, sino que se asomaban frías y distantes a los asuntos de los hombres. No ayudaremos, pero tampoco obraremos contra vosotros, parecían decir.

--Vamos con los demás, Derguín. Se hace de noche.

Linar respiró hondo y enderezó los hombros. De algún lugar escondido sacó nuevas fuerzas, y empezó a caminar a grandes zancadas de vuelta al embarcadero. Derguín corrió tras él.

--¡Contéstame, Linar! ¿No hay esperanza? -suplicó.

--Esa respuesta tendrás que dárme la tú.

--¿Qué quieres decir?

--Si Kratos pone el pie en la isla de Arak, morirá. Tú, tal vez no.

--¿Entonces? -jadeó Derguín.

El corazón se le desbocó, y de pronto olvidó las terribles visiones y todo lo que había dicho sobre sangre y muerte.

--Serás tú quien luche por la Espada de Fuego.

La Espada de Fuego

Poco después del anochecer, las tres lunas se hundieron juntas tras el horizonte y la oscuridad cayó sobre el mar. Derguín se acomodó como pudo en el escaso sitio que quedaba en el fondo del baidro. Pretendía dormir para reponer fuerzas, pero sus ojos se negaban a cerrarse. No recordaba haber visto un firmamento tan nítido y cuajado de estrellas como el de aquella noche. Un bólido pasó de norte a sur y dejó una estela blanca que iluminó un cuarto del cielo antes de desvanecerse. Derguín no pidió ningún deseo; si había algún dios encargado de cumplirlos, sin duda conocía el suyo. Las olas golpeaban contra la borda y el velero cabeceaba y saltaba sobre sus crestas. Linar le había cocido unas hierbas y se las había hecho beber para que el mareo no le hiciera vomitar, pero a Derguín no le quedaba nada por expulsar en las entrañas.

--¿Es verdad que mi padre es hermano del emperador? -le había preguntado al mago mientras volvían con los demás.

Linar siguió caminando, y le contestó sin mirarle a la cara:

--Antes de ser Cuiberguín Gorión se llamó Kubergul Barok.

--¿Por qué no me lo has contado?

--Tu padre me pidió que no lo hiciera.

--¿Por qué?

--Porque no debes verlo a él/ como tu hermano. Si no, te matará.

Ahora, mientras contemplaba las estrellas, Derguín sentía que los demás, tanto los muertos como los vivos, viajaban a la isla con él, encaramados sobre sus hombros, aplastándolo bajo el peso de sus demandas, sus promesas, sus esperanzas. Su padre, gemelo del emperador, heredero postergado de mil honores. Mikhon Tiq, cuya alma se había extraviado en algún lugar sombrío, acaso en el inmenso yermo de sus pesadillas; sólo si conseguía la Espada de Fuego se atrevería a buscarlo. Tríane. «Recuerda que eres mi campeón.» Si se convertía en el Zemalnit, ¿qué haría cuando la viera? ¿Rendiría la Espada a sus pies o la decapitaría para vengar la muerte de Tylse?

Tylse. Tylse. ¿Qué podría hacer por ella? Un mito Ritión contaba que al pie del Bardaliut se extendían las anchas praderas de Saelil, donde los guerreros pasaban la eternidad entre banquetes y torneos. Tal vez Tylse acabaría llegando allí, con su espada *Atagaira* y su pichel de cerveza. Tal vez en Saelil encontraría a su pequeña Tynode.

El mar estaba tranquilo, casi como un espejo. Derguín, que no conocía su furia, ignoraba lo afortunado que era. El severo Pinakle manejaba el timón y la vela mientras escrutaba las sombras como si viera algo en ellas. Derguín se dejaba arrullar por las olas y por los recuerdos.

El Mazo y Krust le habían abrazado con tal fuerza que casi le rompieron las costillas. «Si me partís el espinazo no podré hacer nada», les recordó. Linar le obsequió con hierbas y consejos. Kratos seguía sentado al borde del malecón, con la mirada perdida en el horizonte, dejando que las olas lo salpicaran de espuma. Cuando Linar le comunicó su decisión final y supo que debía renunciar a la Espada de Fuego, tan sólo agachó la cabeza, cerró los ojos y asintió. Después se apartó de los demás y no se había movido desde entonces. Mientras Derguín terminaba los preparativos, observaba de reojo a su maestro. Deseaba acercarse a él, pedirle disculpas, consejo, tal vez una bendición. Pero no se atrevía, pues ignoraba cuál sería la reacción de aquel hombre que le había mirado con una frialdad desconocida cuando estuvieron a punto de cruzar las espadas.

Se despertó bajo una luz pálida, aunque no recordaba haberse quedado dormido. Se incorporó tiritando, con la ropa húmeda y el cabello pegado a la frente. El velero estaba rodeado por una bruma perlada que no dejaba ver más allá de la proa. Derguín le preguntó al Pinakle cuánto quedaba para arribar a Arak, pero no obtuvo respuesta.

Poco después, el balandro salió de la niebla y Derguín avistó la costa de la isla por vez primera. No se veían edificios en ella, ni árboles, ni montañas; tan sólo una línea ondulada, de arenas grisáceas.

Después, el sol se levantó al este, sus rayos atravesaron la barrera brumosa y pintaron de ocre las dunas. Tarondas le había advertido de que ni los marinos más avezados desembarcaban en aquella isla, pues era un lugar inhóspito en el que no se encontraba ni agua ni comida. Derguín había cargado dos odres y una mochila con comida. Tenía la esperanza de que fuera suficiente, aunque ignoraba qué distancia habría de recorrer. Según los mapas, la isla era extensa; pero en ellos aparecía vacía, una tierra incógnita, sin flechas ni leyendas que indicaran «aquí está la Espada de Fuego».

El Pinakle subió la orza para embarrancar el velero en la arena. Derguín se puso en pie y estiró los brazos, doloridos por la humedad y la estrechez de las tablas donde había dormido. Después trepó por encima de la proa y saltó a la playa. Al pronto, le pareció que era la tierra firme la que se balanceaba, y no el mar. Se volvió hacia el Pinakle, con una pregunta en los labios. El monje apuntó al noroeste con un dedo descarnado y Derguín supo que ésa era toda la información que iba a recibir de él.

Togul Barok le llevaba más de diez horas de ventaja. Si la Espada estaba escondida cerca de la costa, el príncipe ya la tendría en su poder. Pero si se encontraba en el interior de la isla, tal vez le quedaba una oportunidad de alcanzarlo.

--*Riamar!* ¡Vamos!

Riamar se levantó y saltó a tierra, sacudió las crines y canturreó, contento de librarse de la angostura del velero. Derguín se acercó a él y le palmeó el cuello. El Pinakle le miró con severidad, como había hecho por la noche, cuando Derguín se empeñó en embarcarlo.

--No puedes ir a la isla con un caballo -le había dicho.

--¿No puedo ir a la isla con un caballo? -repitió Derguín.

--No. No puedes.

Entonces Derguín se apartó a un lado, para que el Pinakle pudiera ver a *Riamar*. Éste levantó la cabeza hacia el oeste, mirando hacia las tres lunas, que estaban a punto de hundirse en el mar. Bajo los rayos combinados de Taniar, Shirta y Rimom, una luz blanca apareció sobre su frente y empezó a girar en espiral, siguiendo el retorcido perfil de su cuerno.

--*Riamar* no es un caballo. Es un unicornio de las tres lunas - respondió Derguín, que por fin entendía el nombre que le había dado Tríane.

No preguntó más; embarcó al unicornio y lo acomodó en el fondo, mientras él se acurrucaba en un rincón con las piernas encogidas. El Pinakle quiso protestar, pero *Riamar* giró la cabeza hacia él y le apuntó con aquel cuerno fantasmal. El monje tal vez pensó que en las futuras normas del certamen se incluiría alguna cláusula relativa a los unicornios, pero no volvió a quejarse.

Ahora ambos, hombre y unicornio, emprendieron camino en la dirección que les había señalado el Pinakle. A su derecha, los restos de un gran barco se pudrían en la playa; su maderamen desnudo se le antojó a Derguín el costillar de un animal gigantesco devorado por los buitres. Se alejaron del mar y cabalgaron entre dunas. No tardaron en encontrar huellas en la arena. Derguín bajó al suelo para examinarlas. Los pies eran mucho más grandes que los suyos y las pisadas estaban muy separadas; o el hombre que las había dejado iba corriendo o se desplazaba a enormes zancadas. Derguín montó de nuevo y animó a *Riamar*.

--Vamos. Sólo tenemos que seguirlas.

Media legua después, las dunas dejaron paso a un desierto de arenisca. Al sentir un suelo más duro bajo sus cascos, *Riamar* apretó el paso y corrió con un galope fácil que ningún caballo ordinario habría podido mantener. Cabalgaron por una llanura roja y desolada, donde sólo crecían cactus y matorrales secos. No había árboles, ni pájaros; si bajo las piedras se escondían lagartos o escorpiones, Derguín no llegó a verlos. Aquí y allá, sobre laderas formadas por escombros y derrubios, se levantaban oteros en forma de grandes pilares, testigos de la altura que había alcanzado aquella planicie en el remoto pasado. Había también grandes rocas que se sostenían como por milagro sobre estrechas basas de tierra casi suelta. El paisaje era magnífico, pero poseía una belleza cruel que no quería ni necesitaba admiradores.

Habían perdido el rastro de Togul Barok, pero a cambio encontraron un camino que corría recto como una flecha hacia el borroso horizonte. Era un sendero recubierto por una materia oscura y casi negra, que tenía la dureza de la piedra, pero no estaba cortada en losas ni adoquines, y si no hubiera sido por las grietas y socavones que la rompían, habría parecido de una sola pieza, como una cinta infinita. El llano era tan extenso y monótono que a ratos Derguín caía en la ilusión de que estaban parados, y sin embargo, *Riamar* seguía galopando veloz, y el cloqueteo de sus cascos era el único sonido que rompía el vasto silencio.

Varias veces se preguntó si ése era el camino correcto. «Busca el lugar alto y que tu entendimiento te guíe», le habían dicho en el templo de Tarimán. En aquella inmensidad ocre podría haber elegido cualquier otra dirección, pero la calzada era la única que se diferenciaba de las demás. El lugar alto, fuera lo que fuera, no parecía estar a la vista. Aún no se divisaban montañas en lontananza, tan sólo aquellos cerros que parecían columnas alargadas y que a lo sumo medirían treinta o cuarenta metros.

Antes de que el sol llegara a su cénit, Derguín llegó a unas ruinas. Eran los restos de una ciudad, que debió haber sido al menos tan extensa como Koras; pero allí se acababa todo parecido. A ambos lados del camino se alzaban enormes montoneras de escombros, pero la calzada seguía despejada, como si alguien se hubiera preocupado de mantenerla abierta tras la destrucción de aquella ciudad olvidada. En otro lugar de Tramórea sin duda habría crecido un bosque y lo habría devorado todo, pero allí sólo brotaban jaramagos y malezas secas. Derguín miró a los lados con curiosidad, pero no encontró sillares de granito, ni troncos, sino vigas grises y retorcidas con corazón de hierro, planchas de metal, cristales, y también un material descolorido que no se parecía a nada que él conociera. Entre los cascotes surgían objetos de formas extrañas y torturadas, masas de metal retorcido y herrumbroso que le recordaron las ilustraciones que había visto en la sala de los libros prohibidos, en Koras. Aquellas ruinas debían de ser anteriores incluso a los Arcanos; tal vez fueran reliquias de aquella Edad de Oro de la que les había hablado Linar, la época en que los hombres llegaron a la cúspide de su poder.

La calzada subió por una empinada cuesta, siempre rodeada de ruinas y de otros caminos que la cortaban en ángulo recto. Al acercarse al final de la pendiente, una forma blanca empezó a asomar al otro lado de la cresta. Cuando coronó ésta, vio que las ruinas de la ciudad se prolongaban más allá, en un largo declive que caía hasta la base de la estructura blanca.

--¡El lugar alto, *Riamar*!

Lo que tenía ante sus ojos era una torre elevadísima, tanto que no tenía forma de calcular cuánto medía. Se alzaba entre las ruinas como una inmensa columna blanca, con la base más estrecha que el capitel, y de lejos parecía completamente lisa. *Riamar* se lanzó cuesta abajo por la calzada y a Derguín le empezó a palpitar el corazón más fuerte que nunca. Se preguntó si Togul Barok habría llegado hasta allí, o si se habría extraviado en el desierto de arenisca. Alimentó la esperanza de no verse obligado a cruzar su acero con él, pero una voz interior le decía que mucho antes del crepúsculo se derramaría sangre.

La torre no dejaba de crecer a sus ojos, pero el camino hasta ella parecía eterno. Al acercarse, Derguín vio que estaba rodeada por una espiral. Imaginó que era una escalera, y al pensar en subir por ella le entraron sudores fríos. Después vio un destello de luz, a dos tercios de la altura de la torre. Para entonces, ya tenía que estirar el cuello para ver su final. El destello desapareció, pero al cabo de un rato volvió a mostrarse más arriba. Derguín comprendió que era el reflejo del sol en

algo metálico.

--¡Es él! ¡Apresúrate, *Riamar*! ¡Llévame hasta el pie de la torre y yo volaré como tú has volado por mí!

Riamar entonó una nota potente, casi un trompetazo, y aceleró aún más su galope. Por primera vez Derguín sintió las sacudidas de su lomo y se tuvo que agarrar a sus crines con ambas manos, pues el unicornio corría a una velocidad que ningún corcel del mundo habría podido alcanzar, ni siquiera en una breve arrancada. El cabello de Derguín ondeaba al viento, los ojos se le llenaron de lágrimas, los broches de la capa se le soltaron y el aire se la arrebató.

Por fin llegaron al pie de la torre. Estaba construida en una única pieza, un inmenso fuste de mármol vetado de franjas rosáceas en el que no se veían ni juntas ni puertas. La rodearon hasta dar con el arranque de la escalera. No tenía balastrada y apenas pasaría de un metro de anchura. Derguín desmontó, puso el pie en el primer peldaño y tragó saliva. Levantó la cabeza y miró a las alturas. Debido a que el diámetro de la torre aumentaba a partir de la base, daba la impresión de que se le iba a caer encima. Sabía que tenía que subir lo más rápido posible, pero su instinto le pedía que pegara el pecho y los brazos a la pared y que ascendiera poco a poco, palpando el camino como un ciego y sin asomarse al abismo.

Derguín dejó en el suelo la mochila y los odres de agua, se quitó la casaca y respiró hondo. Entonces sintió un golpe en el hombro. Se volvió y descubrió que había sido *Riamar*, con el hocico; el unicornio había doblado las patas delanteras y tenía el cuello agachado.

--¿Es que quieres que vuelva a montar?

Riamar asintió.

--Es una locura. No puedes subir por esa escalera.

Riamar le dio con la frente en el hombro, y Derguín sintió el roce de su cuerno. Se dijo que sólo los locos pueden conseguir locuras y volvió a montar. Apenas se había acomodado sobre su lomo, el unicornio se lanzó por la escalera.

--¡Más despacio, *Riamar*! ¡Vamos a matarnos!

El unicornio galopó como una tromba, devorando los escalones bajo sus cascos. Derguín se aferró con ambas manos a las crines y pegó la cabeza al cuello de *Riamar*. Quería gritar de pavor, pero no le quedaba aliento en el pecho. *Riamar* subía a tal velocidad que temía que resbalara sobre los peldaños, siguiera en línea recta y se precipitara de cabeza al abismo con él. Derguín cerró los ojos, pegó la boca al cuello del unicornio y empezó a recitar series de cifras, como le había enseñado Ahri el numerista.

Después abrió los ojos y despegó la cabeza del cuello de *Riamar*. Fue sólo un segundo. El suelo estaba a su derecha, pero infinitamente abajo. El cuerpo de *Riamar* le tapaba de la vista el borde de la escalera,

de modo que parecían subir por el aire, pisando la nada.

--¡Dioses del Bardaliut, ayudadme!

Volvió a cerrar los ojos, que le lloraban de frío y de miedo. Tenía los muslos agarrotados de apretarlos contra los costados de *Riamar*, y los dedos sin sangre de cerrarlos sobre sus crines.

Riamar fue frenando poco a poco y le avisó con un gorjeo. Derguín abrió los ojos y vio que la escalera desembocaba por fin en una terraza de unos tres metros de anchura. La torre se prolongaba hacia arriba, aunque Derguín no se atrevió a mirar a las alturas, como tampoco se asomó al borde de aquel mirador que no tenía balaustrada. A la derecha había una abertura en la pared, una puerta por la que a duras penas hubiera cabido *Riamar*. Derguín desmontó y se abrazó al cuello del unicornio. Las rodillas le temblaban y apenas sentía las piernas.

--Bendito seas, *Riamar* -susurró, besando el cuello del unicornio-. Ahora me toca a mí.

Entró por un pasadizo abovedado, cada vez más oscuro. Giraba hacia la izquierda, como la escalera, y subía en una pronunciada rampa. El techo estaba casi a la altura de su cabeza; si Togul Barok había pasado por allí, lo había hecho agachado. Poco después se encontró caminando en una oscuridad completa, pero prefería avanzar a ciegas palpando las paredes del túnel que asomarse a las alturas vertiginosas por las que lo había subido *Riamar*. Pensó que Togul Barok no debía andar lejos, con Espada de Fuego o sin ella, pero no se atrevió a desenvainar a *Brauna*, pues necesitaba ambas manos para comprobar que a los lados seguía habiendo piedra y no un abismo.

No caminó en las tinieblas mucho tiempo. Al principio vislumbró una claridad rojiza; después el túnel giró en ángulo recto, y desembocó de repente en un espacio abierto. Derguín se detuvo al final del pasillo y examinó el lugar. Se hallaba en una vasta sala circular, de más de cuarenta metros de pared a pared. La iluminación provenía de un gran agujero en el techo, de unos veinte metros de diámetro. En el suelo había otra abertura igual; Derguín supuso que el centro de la torre debía de ser hueco, pero no se atrevió a asomarse a aquel pozo. A lo largo de la pared se abrían nichos tapados por puertas de cristal; dentro de ellos se veían armaduras y momias de guerreros, algunos de los cuales no parecían humanos. Pero Derguín apenas detuvo la mirada en ellos.

Togul Barok estaba sentado en el suelo, apoyado sobre sus propios talones, y se apretaba las sienes como si le fuera a estallar la cabeza. Debíó oírle entrar, pues se volvió al instante y desenvainó la espada en una rápida Yagartéi. Derguín también sacó a *Brauna*, y ambos se miraron de lejos.

--¡El séptimo ángulo! -dijo el príncipe-. Es lo que dijo ella.

En vez de responderle, Derguín siguió recitando fórmulas de

control. Había llegado a olvidarse de lo grande que era Togul Barok, aún más alto que El Mazo y que Linar; y a pesar de su envergadura se había levantado con la agilidad de un gato.

--No quiero matarte, hermano.

La voz del príncipe sonaba crispada, y la mano derecha se le fue sola a la sien, pero al momento volvió a cerrarla sobre la empuñadura.

--¿Tú también lo sabes? -preguntó Derguín.

--Ella me lo dijo y tú me lo confirmaste en la biblioteca. Ahora seré el Zemalnit y la profecía se cumplirá.

--«Cuando un medio hermano posea de Tarimán el arma» -recitó Derguín, y comprobó que el sonido de su propia voz lo serenaba-. La profecía no dice quién de los dos ha de ser.

--No serás tú quien me venza, Derguín. Capto tu miedo desde aquí.

--Yo no te temo.

--Tienes las manos frías y te corre un reguero de sudor por la espalda. ¿Acaso me equivoco?

Derguín se estremeció.

--Tú también tienes miedo. Si no, lucharías en vez de hablar.

--No es ésa la razón, sino lo que tengo a mi espalda.

Detrás de Togul Barok había tres puertas cerradas. Por encima de ellas corría un friso con una inscripción grabada a cincel. Pero la luz que llegaba allí era débil y Derguín no alcanzaba a leer las letras.

--Acércate a verlo -le dijo el príncipe-. Yo me apartaré.

Togul Barok empezó a retroceder, alejándose de las puertas mientras Derguín se aproximaba por el lado opuesto del pozo. Estaban tan lejos que tenían que hablar casi a gritos, y entre ambos se abría una sima; sin embargo, ambos se movían como felinos y mantenían las espadas en alto.

Cuando vio que el príncipe había llegado al otro extremo de la estancia, Derguín examinó el friso. La inscripción rezaba, en el idioma de los Arcanos:

DOS DE ESTAS PUERTAS LLEVAN AL ABISMO Y UNA A ZEMAL. UNA DICE VERDAD Y LAS OTRAS DOS MIENTEN.

Volvió la cabeza hacia Togul Barok. Seguía al fondo de la sala y otra vez se estrujaba las sienas como si le fueran a reventar; pero en cuanto se sintió observado, bajó la mano y la pegó a su muslo.

Derguín se acercó a la puerta de la derecha. En el dintel, talladas en la piedra, se leían estas palabras:

NO SALGAS POR ESTA PUERTA O MORIRÁS.

La puerta del centro indicaba:

SAL POR ESTA PUERTA Y VIVIRÁS.

Y la última, la de la izquierda, seguía burlándose:

NO SALGAS POR LA PUERTA DEL CENTRO O MORIRÁS.

Derguín pensó unos segundos, se acercó a la puerta de la derecha

y la empujó con el pie. La puerta se abrió y golpeó contra una pared. Al otro lado había una escalera que subía.

--¿Cuál es el razonamiento? -preguntó Togul Barok.

Derguín se volvió. El príncipe se acercaba con sus largas zancadas. Pensó que lo mejor sería entrar en aceleración y huir por la escalera, pues la Espada de Fuego no podía estar muy lejos. Pero no había reaccionado a tiempo. Togul Barok ya estaba a ocho pasos, una distancia demasiado corta para darle la espalda.

--Descúbrelo tú, hermano. ¿O es que te duele la cabeza si piensas demasiado?

Sin duda había tocado un punto débil. La boca de Togul Barok se crispó, y sus dientes, grandes y rectos como palas, asomaron entre los labios. Tenía unos rasgos atractivos, pero cuando se enojaba, las mismas líneas rectas que le daban a su rostro aquella armonía de estatua se retorcían en curvas y picos y le conferían un aire casi demoníaco.

--Sin duda lo haré, hermano. Cuando termine contigo.

--Sin Tahitéis.

--Sin Tahitéis.

Se miraron a los ojos, en una guerra de nervios. Derguín comprendió que ese asalto lo iba a perder. Aquellas pupilas dobles le quemaban las retinas, pero no podía apartar la vista de ellas, pues lo llamaban con el vertiginoso reclamo de los abismos.

--Vas a conocer el frío de *Midrangor* -susurró el príncipe, y su voz sonó venenosa como la de una cobra.

Las piernas de Derguín decidieron actuar antes de que él les diera permiso. De pronto se encontró penetrando en la distancia de combate del príncipe y amagando un tajo indeciso. Togul Barok lo bloqueó, y su respuesta fue fulgurante. Derguín hurtó el cuerpo hacia atrás, pero la *kisha* le rasgó la ropa y la piel. Como había amenazado el príncipe, sintió el frío del acero y después la tibieza de la sangre. Se llamó idiota, y luego una vocecilla trémula, la de la desesperación, le dijo que se resignara, pues iba a morir hiciera lo que hiciera. Su mente casi se dejó convencer; pero cuando *Midrangor* volvió a caer sobre él, fue su cuerpo el que reaccionó por reflejo interponiendo la espada. Después de aquel primer cruce, ambos se apartaron.

No es un entrenamiento, se recordó. Esa hoja corta y mata.

Tú vas a conocer el frío de *Brauna*, pensó. Pero las palabras no salieron de sus labios. Tenía la boca apretada y los ojos fijos en Togul Barok, atentos a cualquier señal que anticipara por dónde iba a venir el ataque.

El príncipe se arrojó sobre él y aprovechó su estatura para lanzar tajos que caían desde arriba. Sus golpes eran fuertes y pesados, como martillazos en una fragua. Cuando Derguín bloqueó uno en ángulo recto

la muñeca se le dobló y estuvo a punto de perder la espada. Retrocedió un par de pasos, girando a la derecha para no acorralarse contra la pared. En el próximo ataque, recordó lo que le había enseñado Kratos y dejó que la espada del príncipe resbalara sobre la suya. «En doblarse está la fuerza.» Ante un rival tan poderoso como Togul Barok, había que adelantarse a su ataque o retrasarse, pero nunca recibirlo en el momento de máxima potencia. «Si te empujan, tira. Si tiran de ti, empuja.»

Ahora fue Togul Barok quien retrocedió dos pasos. Respiraron hondo y se miraron a los ojos. Derguín había aguantado el primer embate. Las pupilas del príncipe ya no quemaban tanto, el pánico había desaparecido, su mente era una pared blanca. No tenía que pensar, ya lo hacía el acero por él.

El rostro de Togul Barok se desencajó, y su mano amagó con tocar de nuevo la sien. Fue sólo un instante. Después sonrió y movió los labios para que Derguín pudiera leer lo que decían. «Mirtahitéi.»

Sé cuál es tu juego, pensó, pero yo también tengo una sorpresa. Derguín entró en segunda aceleración, sintió el desgarramiento en los riñones y el torrente de calor en la sangre. Togul Barok cayó sobre él como una galerna. Derguín dejó que descargara su ira sobre él. El príncipe golpeaba con tal furia que, aunque las espadas no chocaban de lleno, saltaban chispas de sus filos.

Está fuera de sí, pensó Derguín. Sintió una extraña embriaguez mientras recibía aquella granizada de golpes. Recordó las veces en que se había defendido de Kratos con los ojos vendados, y se le ocurrió que ahora también podría cerrar los ojos, que *Brauna* había tomado el control y su cuerpo se limitaba a seguirla. Desvía, desvía, se dijo. Su espada era el cauce por el que las aguas del aluvión resbalaban sin hacer daño.

Togul Barok volvió a retroceder para tomarse otro respiro. Sus ojos llameaban de furia, y cuanto mayor era su cólera, más profunda y extraña era la calma que invadía a Derguín. Acababa de descubrir que tenía una ventaja sobre él: el príncipe no había sostenido un duelo difícil desde hacía muchos años y no estaba acostumbrado a emplearse a fondo.

Togul Barok jadeó. Su mejilla derecha se crispó, sus párpados temblaron, como si en su interior se librara un combate aún más titánico que el que lo enfrentaba con Derguín.

--Hay algo que tú no sabes, hermano -silabeó.

Su voz parecía la de otra persona, un lobo encerrado debajo de una piel de hombre. Derguín no le contestó. Su concentración era tan perfecta que no quería romperla con el sonido de sus propias palabras. Sabía lo que iba a pasar...

Un recuerdo brevísimo, apenas el suficiente para invocar de nuevo el conjuro. Las tres lunas ya casi rozaban el horizonte, y él ya había puesto los pies en el velero cuando vio que Kratos venía desde el borde del malecón, corriendo y haciéndole aspavientos.

--¡Espera!

Derguín volvió a bajar a tierra. Kratos se paró ante él.

--Te he dicho que Togul Barok conoce un secreto. Escucha.

Kratos se acercó y susurró algo en su oído. Derguín cerró los ojos y memorizó lo que oía. Sintió una cálida gratitud, pensó que había recobrado a su maestro y quiso abrazarlo, pero cuando abrió los ojos, Kratos ya se había apartado de él...

--¡Urtahitéi! -gritó Togul Barok.

El príncipe se arrojó sobre él y proyectó una estocada fulgurante. Derguín empezó a subvocalizar letras y números, pero a la vez que lo hacía saltó, encogió las piernas, giró sobre su centro de gravedad y dejó que Togul Barok pasara por debajo de él en su embestida. Cuando cayó al suelo y se giró sobre los talones, el chorro de fuego de la tercera aceleración invadió sus venas con tal poder que su concentración casi se rompió. Togul Barok ya se había vuelto; un tajo destinado a partirle la cabeza en dos caía desde las alturas. Derguín apartó el cuerpo, entró en la distancia del príncipe y se escurrió a su izquierda, pero antes le tocó con la *kisha* en el costado.

Se miraron de nuevo, frente a frente. Togul Barok estaba sangrando, más furioso que nunca.

--¡Te han revelado la Urtahitéi! ¡Kratos morirá por esto!

Todos sabemos hacer trampas, pensó Derguín con una sonrisa, pero no habló. Togul Barok le enseñó los dientes; los tenía rojos de sangre. Debía haberse mordido los labios o la lengua. Atacó con un aullido y lanzó otra lluvia de golpes. Derguín siguió burlándolos, pero no tardó en darse cuenta de que no podría aguantar mucho en tercera aceleración. Por las pantorrillas empezaba a correrle un cosquilleo que pronto se convertiría en calambre, la mano derecha se le estaba agarrotando. Ya no valía defenderse: tenía que atacar cuanto antes.

Togul Barok lanzó un tajo lateral envenenado, y luego se revolvió como un látigo, con un revés que habría partido por la mitad a un buey. Derguín debería haber flexionado las rodillas, doblado la cintura hacia atrás para apartar la cabeza e interponer la espada para robar su fuerza a aquel golpe. Pero, sin pensarlo, corrió un riesgo terrible, pues lo que hizo fue doblar la cintura hacia delante, y en vez de ayudarse de la hoja para desviar el tajo metió la *cabeza* por debajo de *Midrangor*, que no lo decapitó por una fracción de segundo. A la vez, soltó la mano izquierda de la empuñadura, echó el brazo derecho hacia atrás y luego lo lanzó en

una estocada a fondo, empujando con hombros y caderas. Todo fue tan rápido que no llegó a verlo, pero pudo sentir cómo la *kisha* de *Brauna* penetraba en algo blando. El príncipe le golpeó con el codo en las vértebras y Derguín cayó de rodillas, pero no soltó el arma, sino que se revolvió bajo los brazos de su rival y se apartó de él.

Togul Barok soltó la espada con un gemido y se desplomó como un fardo. Quedó boca arriba, con el brazo derecho extendido y el izquierdo doblado sobre la cabeza, tapándole el rostro. Una mancha de sangre empezaba a extenderse justo bajo su esternón. Derguín pensó que tal vez la espada había salido por el otro lado, pues su mano había topado con las costillas, pero no lo comprobó. Salió de la aceleración, limpió la espada en sus propias calzas, besó la empuñadura y envainó a *Brauna*. Después se giró hacia la pared. Estaba al lado de la puerta. Era curioso cómo el azar del combate los había vuelto a llevar hasta allí.

--Adiós, hermano -musitó.

Empezó a subir la escalera. Estaba cada vez más oscura, de forma que apenas acertaba a distinguir los peldaños. Contó dieciocho escalones y llegó a un rellano que giraba a la derecha. Se detuvo allí a tomar aliento, pues estaba muy cansado y las piernas le dolían como si le estuvieran clavando cien cuchillos. Kratos ya le había avisado de que la tercera aceleración podía agotar sus fuerzas en menos de un minuto.

Oyó un ruido que venía de abajo. Se dio la vuelta para mirar. Desde arriba, se veían las piernas de Togul Barok, quietas y separadas en el hueco que dejaba la puerta. Esperó unos instantes, sin saber muy bien por qué. Al comprobar que no sucedía nada, se volvió hacia el rellano.

Entonces creyó ver algo con el rabillo del ojo y miró de nuevo a la puerta. El pie izquierdo se había movido. Sólo son los últimos estertores, le dijo una vocecilla; pero otra más sensata le advirtió: ¡sigue subiendo, estúpido! Después del izquierdo, fue el pie derecho el que resbaló por el suelo, mientras él lo observaba paralizado.

Togul Barok se incorporó lentamente y recogió la espada del suelo. Luego cruzó el umbral, mientras se palpaba el pecho y el estómago, buscando el agujero que la espada de Derguín le había abierto. No debió de encontrarlo, pues soltó una carcajada feroz.

--¡Era verdad! ¡Ella tenía razón!

Entonces miró a Derguín.

--No se puede matar a los dioses -dijo Togul Barok, y empezó a subir hacia él.

Derguín lo miraba hechizado, contando los peldaños según los pisaba el príncipe. Uno, dos, tres. Desde arriba, se le veía como una enorme sombra, pero sus ojos relucían en la oscuridad. Cuatro, cinco, seis. Estaba tan cansado... Ya había hecho más de lo que cualquier otro habría hecho. Siete, ocho...

¡Ocho! Ocho era el primer número de la fórmula. Aunque apenas le quedaban fuerzas, la subvocalizó y entró en Urtahitéi. Se volvió a la derecha y empezó a subir casi a ciegas por otro tramo de escalera, palpando con las manos. Detrás de él oyó un bramido grave y lento, como el crujido de un árbol al caer, pero de pronto se convirtió en un alarido y reconoció en él la voz del príncipe. Togul Barok también había entrado en la tercera aceleración, pero él veía en la oscuridad y no tenía que subir a gatas.

Derguín se estrelló de cabeza contra una pared, volvió a girarse a la derecha y acometió el tercer tramo de escaleras. Los gritos de Togul Barok sonaban tras él, tan cerca ya que su aliento casi le acariciaba la nuca.

--¡Dioses del Bardaliut! -exclamó, y su invocación retembló en las paredes de la angosta escalera-. ¡Ayudadme a aplastar a este gusano!

Aquel tramo era más largo, pero al final no había una pared, sino una luz azulada. Derguín aprovechó las fuerzas que le daba la aceleración y saltó los primeros escalones de tres en tres. Algo frío le rozó los riñones y supo que la espada de Togul Barok le había alcanzado; el tajo retardó los pasos de su enemigo y a él lo espoleó. Los últimos siete peldaños los cubrió de una sola zancada.

Apareció en una sala circular, igual que aquella en la que habían luchado. Pero ésta se veía inundada de luz, pues allí, en el centro del pozo, flotando en el vacío, estaba *Zemal*.

Derguín sintió cómo los cabellos se le erizaban, electrizados por la energía que hacía crepitar el aire. No había tiempo para pensar. En dos zancadas cubrió los diez metros que lo separaban del pozo y saltó hacia la Espada de Fuego.

Pero Togul Barok también la vio, y sus ojos y su corazón se inflamaron de deseo. Dejó caer su propia arma, una hoja creada por manos mortales y forjada de acero quebradizo, un remedo de la belleza absoluta que resplandecía a unos pocos pasos. Pero delante de él, casi al alcance de sus brazos y sin embargo demasiado lejos, corría su medio hermano, un gusano que no merecía aquel premio y que sin embargo estaba a punto de alcanzarlo.

--O *genétira, boédhei emói!!* -rugió-. ¡Madre, ayúdame!

Derguín batió con la pierna derecha a dos metros del borde y saltó al pozo, buscando la negra empuñadura de *Zemal*. El tiempo se congeló mientras, en el momento culminante, se daba cuenta de que había calculado mal. Recorrió seis, siete, ocho metros braceando en el aire, rechinando los dientes de desesperación cuando sintió que el impulso de

su salto se agotaba y que empezaba a perder altura. Iba a caer al abismo. Pero nada importaba si no podía alcanzar la Espada.

Algo duro como un ariete le golpeó la espalda y unos brazos de bronce le rodearon el pecho. Sus costillas crujieron y el aire se le escapó del pecho, pero la fuerza sobrehumana del príncipe, multiplicada por las energías de la Urtahití, le dieron a Derguín el empuje que le faltaba. En un instante eterno pasó por debajo de la Espada, torció el cuello y vio que la dejaba atrás, pero dobló el hombro derecho, el mismo que ya se había descoyuntado, en un ángulo imposible, y su mano, guiada por el instinto, se cerró sobre la empuñadura.

Cuando tocó la Espada, un relámpago recorrió las paredes del pozo y un trueno resonó en la torre, y a la vez se levantó un fortísimo soplo de aire que lo arrastró al otro lado del pozo, llevándose con él a Togul Barok. Rodaron por el suelo, enredados en un confuso montón de brazos y piernas. Su enemigo aún lo tenía agarrado, pero Derguín culebreó y lo apartó de sí con un solo movimiento.

El príncipe salió despedido contra la pared. Derguín se incorporó, confundido por la rapidez con que había sucedido todo. Sus manos aferraban el pomo de la Espada de Fuego. De él manaba un chorro de energía que entraba en sus venas, más poderoso que ninguna aceleración. Ya ni siquiera estaba seguro de si seguía en Urtahití. La hoja brillaba ante sus ojos, blanca como el acero en la fragua y rodeada por un halo de llamas azuladas que bailaban como minúsculas hadas.

Un grito lo arrancó de su éxtasis. El príncipe había recogido del suelo su espada y venía corriendo hacia él, con el rostro tan desencajado que más que un dios parecía un demonio del Prates.

--¡No puedes matarme, estúpido! -gritó-. ¡Ningún mortal puede herirme!

El príncipe saltó sobre él y a la vez que caía le descargó un mandoble vertical. Derguín retrocedió un paso y se cubrió con *Zemal*. Ambas hojas chocaron, saltó un chorro de chispas y *Midrangor* se quebró como una aguja de cristal. Togul Barok retrocedió con una mirada incrédula. Su mano sujetaba tan sólo media espada.

--¡No puedes matarme! -protestó.

--Esta espada no la forjó un mortal -le recordó Derguín.

Togul Barok comprendió y empezó a recular paso a paso. Derguín se dio cuenta de lo que iba a ocurrir, pero siguió avanzando hacia él, apuntándole con la *kisha* llameante. El príncipe llegó al borde del pozo central, perdió pie, braceó un par de segundos tratando en vano de recobrar el equilibrio, y cayó de espaldas con un último alarido de rabia.

Derguín se asomó al borde. La luz que brotaba de la Espada de Fuego alumbró los primeros metros del pozo, pero más allá se abría una sima de negrura insondable. Creyó oír un eco lejano, tal vez un grito que se perdía. Durante unos segundos esperó el sonido del choque final,

pero el abismo permaneció mudo.

Sólo entonces volvió a mirar lo que tenía en las manos. Trazó un molinete, lanzó un tajo y una estocada, y a cada movimiento el aire vibró y crepitó como en una tormenta. En la empuñadura había una inscripción, grabada en la lengua de los Arcanos, y Derguín la leyó en voz alta.

*Tarimán dheios ghalkéus
en tais Pratus bhloxí bhriktu
ten aidhus mághairan eghálkeusen.*

Tarimán el dios herrero
en las llamas del terrible Prates
forjó la Espada de Fuego.

Las letras seguían leyéndose claras bajo el amanecer de otoño. Corría el segundo día del año Mil. Derguín desembarcó del velero en una playa sembrada de guijarros, y *Riamar* saltó tras él. No se despidió del severo Pinakle, pues sabía que no obtendría respuesta. Estiró los brazos, contempló cómo la espuma rompía gris contra las piedras y respiró el aire de la mañana. En aquel momento, por primera vez en muchos días, no tenía prisa por llegar a ningún sitio. Sin embargo, aún quedaba algo que deseaba hacer. Montó en el unicornio y juntos cabalgaron hacia el norte.

«En las llamas del terrible Prates», volvió a recitar. La inscripción de la empuñadura coincidía con tres de los versos de la profecía que había leído en la sala de los libros prohibidos. El medio hermano elegido por el destino había sido él, y no Togul Barok. Sin embargo, si el oráculo debía verse cumplido hasta el final, tendría que blandir la Espada de Fuego contra la lanza negra de *Prentadurt*, el arma del rey de los dioses. Y eso habría de suceder en un sitio que apenas se atrevía a nombrar.

Lanza negra y espada roja
entre sí chocarán en el terrible Prates
donde arden por siempre las llamas del gran fuego.
Entonces la sangre de la tierra y la sangre del cielo
entre sí lucharán
y será el momento del más fuerte.

El propio ojo de las tres pupilas le había mostrado que los futuros eran muchos, casi infinitos, así que trató de ahuyentar sus temores. El invierno ya se cernía sobre Tramórea, y sin embargo aquel día había amanecido sin nubes, la brisa del mar era fresca y traía el sonido de las

gaviotas y el olor de la sal. Y, sobre todo, él llevaba consigo aquello por lo que tanto había sufrido y por lo que otros habían muerto.

Cabalgó durante una hora dejando el mar a su izquierda, mientras el sol trepaba en el cielo. Por fin, avistó el malecón de basalto, y a la derecha el pueblo en ruinas. En la explanada que había entre ambos se veía una hoguera encendida, y unas cuantas figuras se afanaban a su alrededor, tal vez preparando el desayuno.

Riamar arrancó a galopar, y el sonido de sus cascos alertó a aquellos hombres, que volvieron sus miradas. Aun de lejos, Derguín captó su sorpresa, pues sin duda esperaban que aquel día llegara un velero del noroeste, y no un jinete del sur. Pero precisamente por eso había insistido Derguín en desviar el rumbo del balandro durante la noche y en tocar tierra en un lugar bien alejado de donde había partido. Porque sabía que ese momento jamás se repetiría y quería que fuera perfecto.

--Hazlo, *Riamar* -susurró.

Y Linar, Kratos, El Mazo y Krust vieron cómo el soberbio unicornio blanco se encabritaba recortándose contra el mar, y montado en él el joven Gorión desenvainaba su hoja y la alzaba hacia el cielo. La hoja llameó sobre su brazo, porque ese joven era el Zemalnit y portaba la Espada de Fuego. Y así supieron que Derguín había triunfado.

En algún lugar había un hombre enorme, de barba roja y manos poderosas. Mientras batía el metal al rojo sobre el yunque, miró a Derguín con sus ojos de pupilas dobles (pues tal vez no era un hombre) y sonrió con orgullo, pero también con infinita tristeza. Mucho habría de sufrir aquel muchacho todavía. El triunfo estaba lejano, y el plan del que formaba parte sólo había dado su primer fruto.

Pero el herrero cojo meneó la cabeza y espantó aquellos sombríos pensamientos. No sería él quien le arrebatara aquel momento a Derguín Gorión.

Glosario

Aceleración (Tahitéi) Práctica ancestral de los maestros del Tahedo, que aumenta durante un lapso de tiempo la velocidad y agilidad de sus movimientos, y en cierta medida también su fuerza. Consiste en una fórmula secreta, compuesta por una serie de letras y números, que al ser subvocalizada provoca una reacción corporal instantánea. La contrapartida es que las aceleraciones consumen rápidamente las energías del cuerpo, de modo que tras ellas hay que reponer fuerzas ingiriendo comida y bebida en gran cantidad y con un descanso adecuado.

Existen dos aceleraciones conocidas. La primera es Protahitéi, que se enseña a partir del quinto grado, y mejora el rendimiento físico en un cincuenta por ciento. Mirtahitéi, la segunda aceleración, duplica la velocidad de un organismo normal. Un maestro en Mirtahitéi puede cruzar un río de diez metros de un salto. Requiere una recuperación más larga, y por ello no suele recurrirse a ella salvo en caso de necesidad, y raras veces durante más de cinco minutos.

Se dice que existe una tercera aceleración, y que ésta sólo la conocen el Maestro de Uhdanfiún y algún otro Tahedorán privilegiado, como el gran Kratos May.

Aifolu o Australes Pueblo que vive en la parte meridional de Tramórea. Siglos atrás la invadieron, procedentes del desconocido continente que se extiende al sur de Pashkri, al otro lado del mar.

Áinar País situado al noroeste de Tramórea. En tiempos pasados fue un imperio que dominó casi todas las regiones civilizadas del continente. En la época en que transcurre la novela, su monarca sigue denominándose emperador, y los soberanos de otros reinos le deben pleitesía, aunque esta autoridad es puramente nominal. La capital de Áinar es Koras.

Ainari Natural de Áinar.

Alit Ciudadela interior de Koras, la capital de Áinar.

Anfiún Dios de la guerra, patrón de Áinar.

Anfiundanil Mes de Anfiún, antepenúltimo del año. Coincidiría más o menos con septiembre.

As Moneda de cobre. Es la de menor valor.

Atagaira Reino montañoso habitado por una raza de mujeres guerreras.

Áttim Capital del reino de Pashkri. Ciudad afamada por sus riquezas.

Australes Véase **Aifolu**.

Banta Aldea situada en la linde sur del bosque de Corocín.

Bardaliut Ciudad donde moran los dioses. Según los mitos, sus cimientos se sustentan en el aire y flota a gran altura sobre el macizo de Halpíam, o tal vez sobre las Tierras Antiguas.

Belistar Viento del norte.

Bildanil Penúltimo mes del año. Coincide más o menos con octubre.

Brauna Espada forjada por Amintas en el año 735 con el hierro de un asteroide. Propiedad de la familia Barok, y más tarde de Derguín Gorión.

Cinturón de Zenort Banda luminosa que aparece en el cielo nocturno siguiendo la misma trayectoria que recorre el Sol durante el día. Está formada sobre todo por polvo blanquecino, aunque también hay luces de mayor tamaño que en las noches muy claras se distinguen como rocas gigantescas de formas irregulares.

Corocín Uno de los mayores bosques de Tramórea, situado entre Ainar, Ritión y las tierras de Málart. Recibe su nombre por los coruecos que aún merodean entre su espesura. Es allí donde vive Linar.

Corueco Bestia antropomorfa, de largos brazos, piel recubierta de escamas y huesos metálicos que en ocasiones se utilizan como armas. El corueco es omnívoro, aunque prefiere la carne, en especial la humana. Un corueco adulto suele superar los dos metros de altura y los trescientos cincuenta kilos de peso.

Equitros Pueblo bárbaro que habita al norte de Tramórea, en la Tierra del Ámbar.

Feryí Distrito de Koras en el que se agrupa toda la población extranjera de la ciudad.

Fiohiortói Véase **Inhumanos**.

Gaudaba Reciben ese nombre los jefes de las bandas de rebeldes, en particular las que dominan el territorio de las Kremnas.

Gharrium Comarca de Ainar, al oeste de Koras.

Hasha Parte final del filo de la espada.

Himíe Diosa, hermana y esposa de Manígulat.

Hindewom Dios de la sabiduría. A él le está consagrada la gran Biblioteca de Koras.

Horda Roja Ejército de mercenarios que constituye un estado independiente, fundado por Hairón. Tiene su sede en la fortaleza de Mígranz.

ib Título de cortesía que se antepone al nombre de un Ibtahán.

Ibtahán Maestro menor del Tahedo, entre el cuarto y el sexto grado, autorizado para adiestrar a discípulos de grados inferiores. El tratamiento abreviado para un Ibtahán es *ib*. A partir del quinto grado, a los Ibtahanes se les revela el secreto de Protahitéi, la primera aceleración. Las marcas que aparecen en el brazalete de los Ibtahanes son de color azul.

Imbrial Moneda de oro acuñada en Áinar, pero aceptada en toda Tramórea.

Inimya Serie establecida de técnicas y movimientos enlazados, con los que el practicante de Tahedo se enfrenta a un enemigo imaginario. Se agrupan por dificultad creciente y se requiere su dominio para obtener los diversos grados de maestría.

Inhumanos o **Fiohiortói** Especie enemiga de la humana, procedente de la isla de Fiohiort. En el siglo VII invadieron y conquistaron todo el oeste de Tramórea. Fueron derrotados por Minos Iyar, el mayor emperador de Áinar. En la época de la novela, ocupan tanto la isla de Fiohiort como la península de Iyam, a orillas del mar de Kéraunos.

Isinimya Serie o Inimya que hay que dominar para alcanzar la octava marca de maestría en el Tahedo.

Islas de la Barrera Archipiélago que separa el mar de Ritión del mar Ignoto.

Istegané Espada de Mikhon Tiq.

Jauka Conjunto de siete objetos o personas. El término tiene connotaciones mágicas, pues refleja los ciclos de las lunas y también el número de los elementos del mundo: agua, aire, tierra, madera, metal, fuego y plasma.

Jipurna Danza guerrera, de origen Ainari, que consiste en un combate fingido. Los maestros del Tahedo suelen bailarla en las fiestas.

Kalagorinor, plural **Kalagorinor** Miembro de una antigua orden de magos que sirven al Kalagor, la Hermosa Luz.

Kamaldanil Último mes del año. Coincidiría más o menos con noviembre.

Kartine Diosa del destino. No pertenece a la familia de los Yúgaroi.

Kisha Punta de la espada.

Koras Capital de Áinar, situada en el cruce del río Eidos y el Beliar, uno de sus afluentes. Según el último censo imperial, tiene doscientos treinta mil habitantes. En el suburbio del Eidostar, al otro lado de las murallas y del río, se calcula que se hacían otros cien mil o ciento cincuenta mil habitantes, aunque no existe un control fiable sobre ellos.

Koras Capital de Áinar.

Koratán Ciudadano de Koras.

Koratán Natural de Koras.

Krima Espada de Kratos May, forjada por el espadero Beorig en el año 923.

Kurhones Montañeses bárbaros que viven en la parte central de la Sierra Virgen.

Luznago Insecto volador de gran tamaño que emite una potente

luz. Los hay de varios colores, aunque los verdes son los más numerosos.

Malabashi País situado en la parte central de Tramórea.

Malirie Ciudad Ritona, situada en la más hermosa de las Islas de la Barrera.

Manígulat Dios del cielo y de la tempestad, soberano de los Yúgaroi. Hermano y esposo de Himíe.

Midrangor Espada de Togul Barok, forjada por Jalkeos en el año 999.

Mígranz Fortaleza situada al nordeste de Áinar, sede de la Horda Roja.

Mirtahitéi Segunda aceleración.

Nahúpirgos La Torre de los Numeristas, extraño edificio situado en Alit, la ciudadela de Koras.

Narak Ciudad isleña de Ritión. Es la principal potencia marítima de Tramórea y la ciudad más influyente en la Anfictionía de Ritión.

Niryiin Ondinas, ninfas de las aguas.

Numeristas Orden filosófica obsesionada por encontrar una correlación total entre la aritmética, la naturaleza y la moral. Dejando aparte ciertos abusos místicos, los Numeristas son responsables de grandes avances en el cálculo y la geometría, así como en la lógica y la teoría del número. A lo largo del tiempo han desarrollado procedimientos y trucos que amplían el poder de su mente, de manera que pueden desarrollar de cabeza cálculos muy complejos y aprender de memoria volúmenes de datos casi ilimitados. Su jerarquía es muy estricta y está regida por el número Siete (mágico entre los mágicos) y por el principio del cuadrado. Así, la cabeza de la orden es el Primer Profesor; inmediatamente por debajo están los Segundos Profesores, que son dos; el tercer rango lo componen cuatro profesores; a continuación vienen ocho, dieciséis, treinta y dos y, por fin, los sesenta y cuatro del último escalafón, con el título de Séptimos Profesores (aunque en realidad desempeñen más papel de aprendices que de auténticos profesores). La orden se compone, pues, de 167 miembros: nunca puede haber más, ni tampoco menos.

Pashkri El reino más meridional de Tramórea.

Pinakles Sacerdotes que, a la muerte del Zernalnit, se encargan de custodiar la Espada de Fuego. Son ellos quienes comunican a los aspirantes a conquistarla el lugar donde se encuentra.

Prates Una inmensa sima que se abre bajo las raíces del mundo, tan honda como alto es el cielo de los dioses. El infierno.

Protahitéi Primera aceleración (véase **Aceleración**).

Rey Gris Hechicero que gobierna desde hace siglos a los Inhumanos o Fiohiortói.

Radial Moneda de plata.

Rimom La luna azul. Su ciclo es de catorce días. También es el dios de la noche, hijo de Manígulat y de Himíe, y esposo de Pothine, la diosa del amor.

Ritión Confederación de ciudades e islas alrededor del mar de Ritión. Se gobiernan mediante el Consejo de la Anfictionía. También se utiliza el término para los habitantes de Ritión.

Ruta de la Seda Calzada que recorre miles de kilómetros desde Áttim, la capital de Pashkri, hasta Koras. Es la principal ruta comercial de Tramórea.

Shirta La luna verde. Su ciclo es de siete días, el más breve de las tres lunas. Es también una diosa, hija de Himdewom y de Eleris.

Solima Planta que cocida produce un jugo con propiedades excitantes.

Syfrón Sede mística del espíritu de un Kalagorinor, que existe fuera de las dimensiones del mundo normal. Para cada Kalagorinor, la syfrón adopta una forma distinta: un bosque, un castillo, una ciudad...

Tah Título de cortesía que se antepone al nombre de un Tahedorán.

Tahedo El Arte de la Espada.

Tahedorán Maestro mayor del Tahedo, autorizado para dar clase a todo tipo de discípulos, siempre que sean de grado inferior. Para convertirse en Tahedorán hay que conseguir siete marcas de maestría. Existen otros dos grados más, el octavo y el noveno, y un décimo que es honorífico y que tan sólo posee el Maestro de Uhdanfiún.

El tratamiento honorífico abreviado para un Tahedorán es *tah*. Se calcula que uno de cada cinco mil alumnos que empiezan a estudiar el Arte de la Espada llegan a convertirse en Tahedoranes. Todo Tahedorán debe dominar los secretos de las setenta y siete técnicas y las diez primeras series, hasta Taniarimya. Cuando alguien se convierte en Tahedorán, se le enseña el secreto de Mirtahitéi, la segunda aceleración.

Se reconoce a un Tahedorán por las marcas rojas de su brazalete y por el diente de sable que lleva en el cinto.

Tahitéi Véase **Aceleraciones**

Taniar La luna roja. Su ciclo es de veintiocho días. También es el nombre de una diosa guerrera, hija de Manígulat y de Himíe.

Taniarimya Serie o Inimya que hay que dominar para alcanzar la séptima marca de maestría y convertirse en Tahedorán.

Tarimán Dios herrero, forjador de la Espada de Fuego.

Terón Criatura alada, sin plumas, también conocida como «dragón sin fuego». De gran tamaño, puede alcanzar una envergadura de quince metros, y algunos dicen haber avistado ejemplares de más de veinte. Tiene el pico muy alargado, con dientes, y una gran cresta puntiaguda en la cabeza. Los terones anidan en montañas apartadas. Se dice que sus huevos tienen propiedades curativas y afrodisíacas, por lo

que sus nidos son muy buscados por los montañeses. Eso hace que apenas queden ejemplares en Tramórea. En Áinar, tan sólo se encuentran unos pocos en los picos más apartados de la Sierra Virgen.

Tíshipan Ciudad situada al sudoeste de Áinar, a orillas del mar de Ritión.

Tramórea Continente en el que se desarrolla la acción de *La Espada de Fuego*.

Trápedsa La mesa alrededor de la cual se reúnen los Kalagorinor. Por extensión, el colegio que forman los seis Kalagorinor (siete con el ausente Kalitres).

Trisios Pueblo de jinetes nómadas que viven en pastizales y estepas al norte de Tramórea.

Tubilok Dios, hermano de Manígulat, que le usurpó el trono y extendió una nube de cenizas sobre todas las tierras. Fue derrotado por Zenort el Libertador gracias a la Espada de Fuego.

Uhdanfiún La academia de artes marciales más prestigiosa y antigua de Tramórea. Fue fundada por Áscalos hace más de quinientos años. En ella estudian sobre todo Ainari, aunque se admite a alumnos de otros lugares siempre que juren obediencia al emperador de Áinar y sirvan durante cinco años en su ejército.

Yagartéi Técnica de Tahedo que consiste en desenvainar la espada y a la vez dar un tajo de izquierda a derecha, normalmente para decapitar al adversario. La posición de partida puede ser sentado en el suelo, en una silla o de pie. La Yagartéi es un arte marcial en sí misma.

Yugar, plural **Yúgaroi** Nombre que reciben los grandes dioses.

Zemal La Espada de Fuego, arma forjada por el dios Tarimán.

Zemalnit Legítimo propietario de la Espada de Fuego. Los requisitos para convertirse en Zemalnit son: poseer el grado de Tahedorán o gran maestro de la espada, y vencer a los demás candidatos en el certamen por *Zemal*. La Espada de Fuego pertenece al Zemalnit mientras éste viva. A su muerte, los monjes Pinakles la devuelven a un lugar secreto y convocan un nuevo certamen entre los Tahedoranes de toda Tramórea que quieran optar a ella.

Zenordanil Primer mes del año. Coincidiría más o menos con diciembre.

Índice de personajes

Ahri Numerista, con el grado de Sexto Profesor, que enseñó a Derguín las reglas mnemotécnicas, de cálculo y concentración de su

orden.

Aiskhros Hijo bastardo del emperador Mihir Barok, y alcaide del castillo de Grios.

Amorgos Oficial del ejército Ainari, encargado de la vigilancia en las puertas de la ciudad.

Aperión Uno de los capitanes de la Horda Roja. En la práctica, es el segundo en autoridad después del caudillo Hairón. Es un Tahedorán con ocho marcas.

Brauntas Filósofo Numerista, Segundo Profesor de la orden, y preceptor del príncipe Togul Barok. Autor de la utopía *La Ciudad del Arpa*.

Burtún Un Gaudaba, jefe de la aldea de Larmiya, y rival de El Mazo.

Cuiberguín Guerrero de origen Ainari que, por desavenencias con su antiguo aliado, Mihir Barok, huyó del imperio y se estableció en Zirna. Allí abandonó las armas y acabó formando parte de una familia de prósperos comerciantes y empresarios. Cuando ya había cumplido los cincuenta años tuvo al menor de sus hijos, Derguín Gorión, al que empezó a adiestrar en el Tahedo desde niño.

Daengol Ibtahán con cuatro marcas de maestría. Capitán de la guarnición de Grios.

Deilos Antiguo compañero de Derguín y Mikhon Tiq en Uhdanfiún. Enemigo declarado de ambos, fue el culpable de que los expulsaran.

Derguín Gorión Antiguo estudiante de Uhdanfiún, que fue expulsado por indisciplina junto con su amigo Mikhon Tiq. Posee seis marcas de maestría, lo que lo convierte en Ibtahán (pequeño maestro). Es Ritión, natural de Zirna.

Fariyas Kalagorinor oriundo de la península de Iyam.

Ghiem Capitán de la Horda Roja. Es un Tahedorán con ocho marcas de maestría.

Gran Maestro Director de la academia de Uhdanfiún. Su nombre es Bahartas. Es el único Tahedorán de Tramórea que posee las diez marcas de maestría.

Hairón Caudillo del ejército mercenario conocido como Horda Roja y poseedor de la Espada de Fuego al comienzo de la historia. Es un Tahedorán con nueve marcas de maestría.

Kalitres Kalagorinor de Zenorta, del que los demás no saben nada hace cientos de años.

Kepha Kalagorinor oriundo de un reino perdido, al este de Pashkri.

Kirión el Serpiente Lugarteniente de Togul Barok. De baja extracción social (hijo de campesinos emigrados al suburbio de Eidostar), ascendió en el ejército gracias a su falta de escrúpulos y a la dureza con que reprimió el motín de las tropas de la frontera noroeste.

Koemyos Kalagorinor de origen Ainari. Vive en la torre de Ulpirgos, donde se reúne la Mesa de los magos.

Kratos May Capitán de la Horda Roja, de origen Ainari. Es el único Tahedorán que, sin haber cumplido los cuarenta años, posee nueve marcas de maestría.

Krust Arconte de la ciudad Ritona de Narak. Antiguo compañero de Kratos en Uhdanfiún, él mismo es un Tahedorán con siete marcas de maestría.

Landas Oficial de las tropas de Togul Barok, que apresa a Kratos y Tylse en Grios.

Linar Kalagorinor que vive apartado del mundo en el bosque de Corocín.

Lormesto Médico y herbolario en el castillo de Grios.

Lweter Kalagorinor de origen Trisio. Es el más joven de los miembros de la Mesa: tan sólo tiene trescientos años.

Mazo, El Gaudaba de gran estatura y prodigiosa fuerza, el más temido de la región occidental conocida como las Kremnas.

Mihir Barok Actual emperador de Áinar, padre de Togul Barok.

Mikhon Tiq Antiguo estudiante de Uhdanfiún que fue expulsado junto con su amigo Derguín. Aunque estudió artes marciales junto con él, no alcanzó tanto dominio como para convertirse en Ibtahán. Es Ritión, natural de Malirie. Al empezar el relato, es aprendiz del mago Yatom.

Minos Iyar El mayor héroe de la historia de Tramórea, tras Zenort el Libertador. Cuando los Inhumanos dominaban prácticamente todas las tierras y tenían esclavizados a los hombres, Minos encontró ¡a Espada de Fuego, que llevaba largo tiempo perdida, y reconquistó el trono de Áinar. Después de derrotar a los Inhumanos y al hechicero que los gobernaba, el Rey Gris, llevó al imperio de Áinar a su máximo esplendor. Cuando tenía tan sólo cuarenta años, afectado por la muerte de su esposa Asheret, lo dejó todo, trono, palacio y ejércitos, y partió hacia lo desconocido. Se dice que vigila a los hombres desde su constelación, a la espera de la última lucha contra el Rey Gris.

Nalobas Médico de la Horda Roja, que atiende personalmente a Hairón.

Shayre Joven concubina de Kratos May en Mígranz.

Siharmas Capitán de la Horda Roja. Es un Tahedorán con siete marcas de maestría.

Tarondas Geógrafo, cartógrafo y director de la biblioteca del templo de Hindewom, la más importante de Áinar.

Togul Barok Hijo legítimo del emperador Mihir Barok, príncipe heredero de Áinar. Es un Tahedorán con ocho marcas de maestría. Debido a su gran estatura (dos metros diez) y, sobre todo, a sus pupilas dobles, corre el rumor de que es en realidad un semidiós.

Tríane Un misterio.

Turpa Maestro de Uhdanfiún, miembro del Tribunal de la Espada. Fue instructor de Derguín antes de que lo expulsaran.

Tylse Mujer de Atagaira, Tahedorán con siete marcas de maestría.

Ulma Tor Hechicero de origen desconocido que no pertenece a la orden del Kalagor y que ayuda al príncipe Togul Barok.

Yatom Kalagorinor de origen Ritión, maestro de Mikhon Tiq y amigo de Linar. En el pasado salvó la vida a Kratos May.

